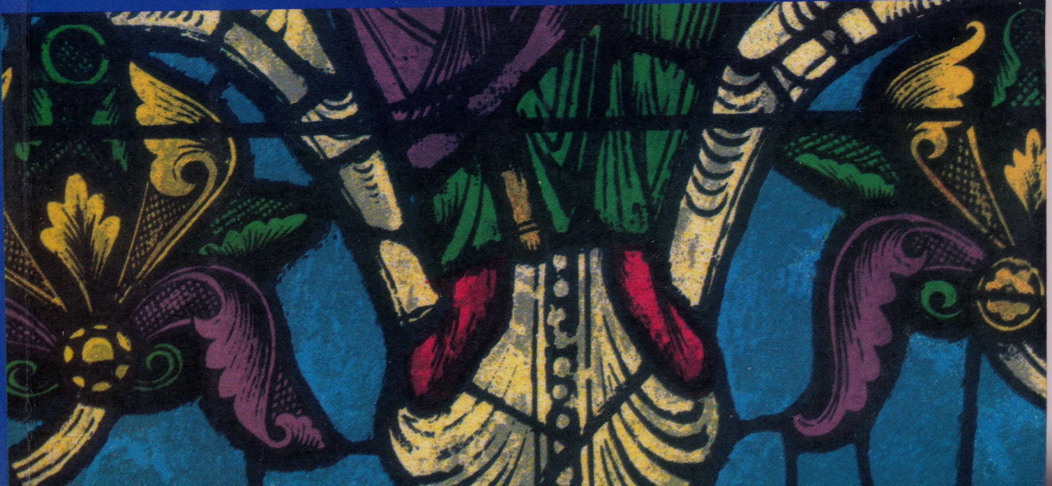


Alfredo Sáenz

EL CARDENAL PIE

Lucidez y coraje al servicio de la verdad



"Lo hemos ensayado todo.
¿Por qué no ensayamos la verdad?"

EL Cardenal Pie, Arzobispo de Poitiers, una de las personalidades más relevantes del siglo XIX, digno heredero de su antecesor San Hilario –el gran contrincante de la herejía arriana en el siglo IV–, vivió una época de intensas controversias doctrinales en la Francia impregnada por la mentalidad de la Revolución francesa. El espíritu de dicha Revolución había penetrado en amplias capas de la Iglesia bajo el nombre de "catolicismo liberal", reeditándose así las viejas pretensiones del arrianismo bajo una óptica diferente.

Este libro expone de manera sistemática el pensamiento del Cardenal, centrado en el Señorío de Cristo sobre las personas y las sociedades. Se analiza la naturaleza de la Revolución moderna, los grandes errores doctrinales del siglo pasado: el naturalismo, el racionalismo, el liberalismo, errores que no han desaparecido, ya que siguen permeando nuestra conflictuada época; al tiempo que se consignan sus ardientes proclamas en pro de una decidida militancia contrarrevolucionaria, emprendida por caracteres recios, absolutamente extraños a aquella cobardía que se enmascara cómodamente bajo el nombre de "moderación" y "equilibrio".

Trátase por cierto de un libro de género histórico, pero de acuciante actualidad, merced al cual el Cardenal Pie, obispo de la raza de Hilario y de Atanasio, podrá seguir haciendo escuchar su voz, proclamando verdades de a puño, a modo de clarinadas, que no dejarán de estimular al lector para que ponga por centro de sus luchas a Dios, a Cristo Rey, a la Santísima Virgen. La lectura de esta obra hará "renacer en nosotros el coraje", como gustaba decir el Cardenal.

ISBN 978-950-9674-93-6
9 789509 674936

Alfredo Sáenz

Serie "Héroes y Santos"

EL CARDENAL PIE

Lucidez y coraje al servicio de la verdad

GLADIUS
BUENOS AIRES
2007

SERIE HÉROES Y SANTOS

Tomo 1. **Héroes y Santos**
San Pablo, San Vladímir, San Bernardo, Isabel la Católica, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Jesús, Hernandarias, San Roque González, el Padre Francisco de Paula Castañeda

Tomo 2. **La Ascensión y la Marcha**
San Fernando, Antonio Ruiz de Montoya, María Antonia de Paz y Figueroa, Anacleto González Flores

Tomo 3. **El Pendón y la Aureola**
Santa Catalina de Siena, Gabriel García Moreno, Antonio Rivera, Antoni Gaudí

Tomo 4. **La Catedral y el Alcázar**
Santo Toribio de Mogrovejo, Antonio de Oliveira Salazar

Tomo 5. **José Canovai**

Tomo 6. **El Cardenal Pie. Lucidez y coraje al servicio de la verdad**

Imagen de tapa

Vitral de la fachada occidental de la catedral de Chartres
con la representación del árbol genealógico de Cristo
(mediados del siglo XII)

1ª edición: 1987
2ª edición: 2007

Sáenz, Alfredo
El Cardenal Pie. Lucidez y coraje al servicio de la verdad
2ª ed. - Buenos Aires: Gladius, 2007
544 p., 20 x 14 cm.
ISBN 978-950-9674-93-6
1. Filosofía. I. Título
CDD 190

Fecha de catalogación: 22-10-07

Índice

Segunda Parte

EL PENSAMIENTO DEL CARDENAL PIE

Hay un proverbio alemán que reza: «Mut verloren, alles verloren» (cuando se pierde el coraje, todo está perdido). Hay otro latino según el cual la pérdida de la razón es el verdadero heraldo de la destrucción. Pero, ¿qué le ocurre a una sociedad en que se produce la intersección de ambas pérdidas, la pérdida del coraje y la pérdida de la razón? Éste es el cuadro que a mi juicio presenta hoy día el Occidente.

Aleksandr Solzhenitsyn



Y has de saber que un pueblo se realiza tan sólo
cuando traza la Cruz en su esfera durable.
La Cruz tiene dos líneas: ¿cómo las traza un pueblo?
Con la marcha fogosa de sus héroes abajo
(tal es la horizontal)
y la levitación de sus santos arriba
(tal es la vertical de una cruz bien lograda).
Josef, si como pueblo no trazamos la Cruz,
porque la Patria es joven y su edad no madura
la debemos trazar como individuos,
fieles a una celosa geometría.
¡La vertical del santo, la horizontal del héroe!

Leopoldo Marechal

Prólogo

Para sostener y animar a sus discípulos en medio de las incomprensiones y persecuciones que esperan a todo fiel pregonero de la verdad, San Pablo les exhortaba a buscar la *"consolatio scripturarum"*. El consuelo de las escrituras no se refiere tan sólo a las enseñanzas de los Libros Sagrados, sino a todo lo que nos ha sido transmitido de la historia y de su pueblo, y lo que la sabiduría y la experiencia de nuestros antepasados pueden enseñarnos para comportarnos rectamente frente a las realidades de nuestro tiempo.

El Cardenal Pie es uno de esos grandes espíritus que tienen mucho que enseñarnos hoy, y es sin duda una obra útil y meritoria hacer conocer su personalidad y su pensamiento. Ha vivido en un período en que se presentaban problemas religiosos, sociales y políticos muy semejantes a los que vivimos ahora. Recuerdo muy bien cómo hace cincuenta años el estudio de las obras de personajes como el Cardenal Pie y el escritor Louis Veuillot nos ayudaba a comprender ciertos fenómenos nuevos para mi patria canadiense pero que Francia había vivido y sufrido varias décadas antes. La perspicacia y el valor de estos grandes pensadores y hombres de acción nos preparaban para reconocer a los enemigos de la verdad y de la religión y para detectar sus maquinaciones, ocultas a menudo detrás de legislaciones o políticas aparentemente dictadas por la piedad o la búsqueda de la paz.

La parte del libro consagrada a la biografía del Cardenal es breve, concisa, pero muy viva y sumamente útil para comprender la substancia y la tonalidad especial de sus discursos y escritos. Muestra la fidelidad del dignatario de la Iglesia a sus ideales de joven ardiente y de sacerdote apostólico, vecino a su grey. Muestra la unidad, la coherencia entre sus convicciones, maduradas en la oración al pie del Santísimo, y sus actividades en favor de la comunidad eclesial y de las instituciones. Muestra también cómo, en todas las etapas de su vida, la docilidad frente al magisterio del Pastor Supremo y una obediencia escrupulosa a su persona, fueron el secreto de la seguridad de Luis Eduardo Pie cuando tuvo que tomar decisiones difíciles y denunciar errores, injusticias y violaciones de los derechos. Fue porque radicaba en una doctrina sólida y profunda que su acción pastoral y social supo ejercerse en las circunstancias más diversas y concretas.

Por otra parte el Cardenal tenía un amor ardiente a Jesús y a su divina Madre, y por eso su amor al prójimo era tal que no podía consentir en que quedara engañado por los sofismas del día o por una noción de libertad que, desconociendo los derechos del Creador, llevara al ser creado a su perdición. El Cardenal, así como la Iglesia misma, no ha pensado nunca que se ama y se presta servicio al hombre dejándolo en la "ignorancia material".

La parte del libro consagrada al pensamiento de Monseñor Pie ilustra bien la reflexión del autor, a saber, que "Pie no se limita a predicar la verdad sino que la predica bien". Las amplias citas que lo jalonan nos dan a conocer una persona de cultura excepcional, que a su conocimiento de la Escritura y de la Tradición añade un talento literario y sobre todo un fuego de caridad tales, que le hacen encontrar las palabras más adecuadas para llegar a las mentes y a los corazones.

No quiero quitar a los lectores el placer de descubrir poco a poco las riquezas de la enseñanza de Monseñor Pie. Pero quiero congratularme con el autor por el modo orgánico con que la presenta. Nuestra religión, nuestra fe, no es un andamiaje de atrayentes abstracciones. Es la adhesión de todo nuestro ser a un Dios que se nos ha revelado en Jesucristo, la adhesión al Señor, Dios y hombre. Se le debe aceptar tal como es, y es el Rey de la creación, tanto por derecho de naturaleza como por derecho de conquista: en la Cruz ha adquirido por su muerte redentora, en cuanto hombre, el derecho que tenía ya como Dios sobre nuestras personas y sobre las sociedades que constituimos. La realeza social de Jesús es un hecho del que no podemos prescindir. El reino del Señor no es como los reinos de este mundo. Es por cierto un reino de amor. Pero, como bien dice Teresa de Ávila, no es porque amo a mi Señor que le debo menos respeto y lealtad.

El reconocimiento de la soberanía de Cristo no es meramente cuestión de palabra. Debe comprometer toda la vida. Y por eso en sus sermones le agrada a Monseñor Pie presentarnos personas que han puesto todas sus fuerzas al servicio del Rey: Nuestra Señora, la Virgen María, en primer lugar; luego los santos que han tenido un gran impacto sobre sus respectivas épocas; y los ministros sagrados, llamados a continuar la obra de los santos.

A veces pensamos que somos nosotros quienes hemos descubierto la idea de que la Iglesia tiene que encarnarse en el mundo de su tiempo. Monseñor Pie, a la vez que propone ante nuestros ojos la figura de diversos santos que han cambiado su mundo, nos indica cómo podemos y debemos hacer en la actualidad para que todas las cosas y todos los días se hagan sagrados en nuestras patrias y en el mundo. Y para ser muy práctico nos enseña cómo el Enemigo de Cristo sabe utilizar los medios más variados, violentos o sutiles, para llevar a los ingenuos o despre-

venidos por la senda de la secularización, del humanismo pagano, de las revoluciones materialistas y destructivas.

Espero pues que muchos cristianos, preocupados por la crisis actual, se interesarán por este trabajo apasionante. Sé que una vez empezada su lectura encontrarán motivos de confianza en el porvenir y estímulo para un apostolado bien inspirado en favor del Reino de Cristo.

CARDENAL EDOUARD GAGNON
Presidente del Consejo Pontificio para la Familia
Ciudad del Vaticano - ROMA 10 de junio de 1987

Introducción

La figura episcopal del Card. Pie, cuya actuación cubre casi por entero la segunda mitad del siglo pasado, merece ciertamente ser más conocida, no sólo por su carácter paradigmático sino también porque los problemas que tuvo que afrontar y de hecho afrontó con tanto denuedo son en extremo semejantes a los que presenta nuestra agitada época.

Su lucha –porque su episcopado resultó una extenuante lucha nunca del todo terminada– fue de veras frontal contra los enemigos de Cristo y de la Iglesia. Tuvo la suficiente clarividencia para saber reconocerlos –lo que no es poco–, aunque se mostrasen camuflados con el disfraz del catolicismo, y tuvo también el coraje de desenmascararlos, aunque ello le significase cierta pérdida de prestigio mundano en comparación con otros obispos, contemporáneos suyos, considerados como más "abiertos", sobre todo por parte del poder masónico que durante esas décadas gobernara a Francia.

Hemos escrito en otro lugar sobre el sacerdocio, sobre la fisonomía espiritual del sacerdote de Cristo. Es un tema que nos resulta sumamente grato de tratar. Pues bien, si el sacerdocio debe ser estudiado ante todo a la luz de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, que es *fons totius sacerdotii* ("fuente de todo sacerdocio"), como se expresa Santo Tomás, debe serlo también, aunque en un segundo lugar, a la luz del episcopado, que es la plenitud sacramental del sacerdocio. Al presentar así a la consideración de nuestros lectores la figura egregia del Card. Pie, nuestra am-

bición principal es mostrar cómo las cualidades con que Cristo ha querido que estuviesen adornados sus vicarios en cada diócesis son susceptibles de encarnarse con una perfección tan admirable. Porque, desgraciadamente, no siempre la dignidad del cargo va unida con la ejemplaridad. Dios ha querido que en la Iglesia coexistiesen dos filones: el de la santidad y el de la autoridad. A los santos los hemos de imitar, a la autoridad le debemos acatamiento. Por cierto que la voluntad de Dios es que la autoridad se revista de santidad. Si el obispo cumple en su diócesis el papel de vicario de Cristo, ha de serlo no sólo porque ejerce el poder de Cristo sino también porque posee la doctrina de Cristo, las virtudes de Cristo, la santidad de Cristo. Sin embargo la secular historia de la Iglesia e incluso nuestra experiencia personal nos muestran que con frecuencia resultan dos líneas paralelas: los santos no han sido investidos de autoridad, y los que tienen autoridad carecen de santidad. Pero no por ello los santos dejan de ser tales ni la autoridad pierde su legítimo poder espiritual.

Nos parece que el Card. Pie ha juntado en sí las dos cosas. Hombre de autoridad –sin prepotencias autoritarias– y hombre de Dios –sin sombra de pietismo. He aquí la figura que queremos presentar. Ofreceremos primero algunos datos de su biografía, para mejor ubicarnos en el ambiente en que debió actuar, y luego expondremos el contenido de su enseñanza. Ambos capítulos nos revelarán la grandeza de esta figura arquetípica, no sólo de los obispos –aun de nuestro tiempo–, sino también de todos los sacerdotes, que de algún modo tenemos parte en la labor pastoral de la Santa Iglesia.

Primera Parte

VIDA DEL CARDENAL PIE

SI bien el fin principal de esta obra y su aspecto propiamente original es la exposición sistemática del pensamiento del Cardenal Pie, nos pareció conveniente, como hemos señalado más arriba, que a dicha exposición precediese un resumen de las principales etapas de su vida. No en vano los diversos acontecimientos que jalonaron su agitada existencia fueron como el pedernal de donde brotaron los chispazos de su genio.

Para la presente biografía nos hemos valido de las páginas que Jean Crété publicara bajo el título de *Vie du cardinal Pié,* en el año 1980. Crété, a su vez, se ha inspirado prevalentemente en una obra que también nosotros hemos leído con crecido provecho, a saber, *Histoire du Cardinal Pie*, de Mons. Baunard, 2 tomos, publicada en 1886.

Dividiremos esta parte en dos secciones. En la primera de ellas describiremos a grandes rasgos los años de juventud de Luis Eduardo Pie, hasta el día en que le fue conferida la consagración episcopal. En la segunda, los diversos hechos de sus largos años de episcopado, hasta su muerte.

Capítulo Primero

PIE, SACERDOTE

La vida del Card. Pie extrae del sacerdocio todo su sentido, de ese sacerdocio que sería la palpitación de su vida. A la luz del mismo podría decirse que su existencia en la tierra comporta dos grandes etapas: el tiempo de preparación al sacerdocio, su lenta y mística subida al monte Calvario, el altar de Dios; y el tiempo de irradiación, desde este punto focal, de todas las riquezas de la Redención hacia el mundo agónico que lo rodeaba.

I. Subiré al Altar de Dios

Louis Edouard Pie nació en Pontgouin, diócesis de Chartres, el 26 de septiembre de 1815. Era su padre un humilde artesano dedicado a hacer zapatos. Jamás Luis Eduardo renegaría de ese pasado modesto aun cuando, con el transcurso del tiempo, su fama hubiese trascendido las fronteras de Francia. Su madre, desposada muy joven, a los 17 años, asistía un día a la Santa

Misa, cuando un primer sobresalto le hizo comprender que esperaba un hijo. "Puse entonces en el seno de Dios al niño que llevaba en el mío", confesaría más adelante. Luego, dirigiéndose al altar de Nuestra Señora, le rogó que se mostrara siempre madre de su hijo. Más adelante, Pie haría suya la súplica de su madre y por eso no resulta extraño que cuando fue preconizado obispo eligiese como lema episcopal la fórmula *Tuus sum ego* ("Tuyo soy"). Quería pertenecer de por vida a aquella Señora a la que había sido confiado desde antes de nacer.

Sus primeros estudios los hizo en Chartres, en un colegio común. Luego, creyendo tener vocación sacerdotal, entró al Seminario Menor. Mientras allí estudiaba murió su padre, lo cual lo afectó profundamente. Experimentó asimismo el efecto de la primera de las persecuciones que signarían su vida. En 1828 el gobierno francés había dado un decreto contra las órdenes religiosas. Si bien los profesores del Seminario, que eran diocesanos, no resultaban afectados por dicho decreto, el Obispo de Chartres, muy respetuoso de la vida religiosa, no los quiso someter a la ultrajante declaración que se les pedía, a saber, que ninguno de ellos pertenecía a una congregación no autorizada. Los alumnos fueron entonces dispersados por grupos en diversas parroquias. Sin embargo la tempestad se calmó pronto de modo que al año siguiente el Seminario pudo reabrirse.

Ya desde el Seminario Menor el joven Pie dejó traslucir el filón militante de su carácter: en 1830 –tenía entonces 15 años– redactó en latín un poema que no constituía propiamente un elogio de la Revolución francesa. Su salud frágil le impidió que, una vez terminados sus estudios en el Menor, pudiese pasar inmediatamente al Mayor. Sólo le fue posible hacerlo en 1835, ingresando al Seminario de Saint-Sulpice, en Issy, cerca de París, donde vivían los seminaristas que estudiaban filosofía. Comenzó allí su nueva vida haciendo junto con sus compañeros

los ejercicios espirituales. Su padre espiritual, el P. Lecomte, archipreste de la catedral de Chartres, le había inculcado incansablemente: "Jesucristo sea siempre el soplo de tus labios (*spiritus oris tui Christus*)", a lo que hizo eco escribiendo en su cuaderno de apuntes espirituales: "Uniré las palpitaciones de mi corazón con las palpitaciones de amor del Corazón de Jesús y de María; cada una de mis espiraciones tendrá por fin lanzarme hacia Dios, y cada una de mis aspiraciones atraerlo hacia mí" [1].

El espíritu de los seminarios de Saint-Sulpice era por aquel entonces relativamente bueno: la vida, sobria y disciplinada; los estudios correctos, si bien la enseñanza de la filosofía resultaba un tanto ecléctica, o al menos no era tomista. Tras un solo año de estudios, fue enviado a cursar teología al Seminario sulpiciano de París, donde encontró profesores de distintas tendencias, algunos ultramontanos y otros galicanos. Estos últimos eran lo suficientemente amplios como para permitir que su perspicaz discípulo les discutiese sus tesis. En 1838 lo ordenaron de subdiácono y fue entonces cuando adoptó el lema: *Tuus sum ego*. Al año siguiente le fue conferida la ordenación sacerdotal en la catedral de Chartres, donde cantó su primera misa, y donde asimismo fue nombrado teniente del querido P. Lecomte, cuya dirección espiritual le pareció entonces más preciosa que nunca.

II. El presbiterado

El joven sacerdote Pie, siempre exigente consigo mismo, se había impuesto una especie de reglamento personal por el que

1 Cit. M. Baunard, *Histoire du Cardinal Pie*, H. Oudin, Libraire-Editeur, 2ª ed., 1886, T. I, p.39.

se comprometía a llevar adelante una vida espiritual seria y a perfeccionar su formación doctrinal. En este último campo se proponía leer la Sagrada Escritura íntegramente, con la ayuda de algún sólido comentario, así como dedicar un rato cada día para ir repasando ordenadamente la teología, sobre todo la dogmática, tratado por tratado, complementando luego lo estudiado con lo que los Padres y Doctores de la Iglesia enseñaban sobre cada tema. Sus autores preferidos eran San Agustín, Santo Tomás, San Francisco de Sales y Bossuet. La lectura de los Padres ocupó en este plan un lugar destacado, proponiéndose leerlos por orden cronológico. "Con San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y San Agustín –decía– se conoce de memoria los filósofos y los políticos de hoy, y se aprende a rebatirlos" [2].

Pie soñaba con un sacerdocio vivido en un clima de grandeza. "Aspiro a ser grande –escribe en su libreta espiritual–, tengo derecho a ello. Mi corazón es más grande que el mundo, y sólo Dios puede llenarlo. Quiero pues ser grande, y para esto es menester que me adhiera al Dios grande. ¡Dios mío, amo tu grandeza, que es la medida de la mía!" [3]. Sus destacadísimas condiciones espirituales e intelectuales le concitaban una admiración siempre creciente entre sus fieles, lo que no dejaba de implicar un grave peligro para su vida interior: "Olvidando al Dios que es el único grande –escribe en otra página–, me apego a una grandeza ficticia y miserable. Quiero hacerme grande, me levanto sobre la punta de mis pies [...] Pero a medida que me elevo, Dios mío, Tú te retiras más y más. Por el contrario, cuando me humillo, te acercas; tu grandeza se abaja hasta mí [...] *Quis ut Deus?* ("¿Quién como Dios?") Sólo Dios es grande" [4]. El P. Le-

2 Cit. ibid., p. 81.
3 Cit. ibid., p. 78.
4 Cit. ibid., pp. 77-78.

comte supo enseñarle cómo se debía y podía ser humilde, sin dejar por ello de tender a la grandeza, no buscando a ésta sino en Dios, según Dios y para Dios.

Pie se abocaba con entusiasmo a su ministerio sacerdotal. En medio de numerosas actividades, dedicó un lugar privilegiado a la formación de un grupo de jóvenes en la cultura y la religión. "Los más hermosos días de vacaciones –testimonia uno de ellos– eran aquellos en que el P. Pie nos mostraba las maravillas de la catedral. A veces nos hacía bajar con él a la iglesia subterránea, dirigiéndose primero a las fuentes bautismales por las que siempre tuvo tanta veneración; luego, arrodillándose en el lugar donde más tarde fue erigido el altar de Notre-Dame de Sous-Terre, y mostrándonos el pozo antes lleno con los cuerpos de los mártires, inflamaba nuestras almas para los combates de la fe" [5].

El ardiente sacerdote experimentaba un contagioso entusiasmo por el templo de Chartres. Lo conocía piedra por piedra, y le gustaba detenerse delante de su puerta principal, para tener una visión de conjunto no sólo de la iglesia sino de la entera fe católica, elevada e inmensa como aquella catedral. "¿No es acaso evidente que el cielo y la tierra, la gracia y la naturaleza, todos los tiempos, todos los lugares, pertenecen a Aquel que ha construido este templo para sí? De todos los puntos del edificio ¿no oís acaso como una voz que os grita: Yo soy católico? –Yo soy católico: mío es el cielo; ved, en mis vitreaux, los ángeles y los santos en la luz de la gloria [...] –Yo soy católico: mía es la tierra; ved esas olas de fieles inundando mis naves; y esas generaciones dormidas bajo mis losas, esperando el despertar de la resurrección. –Yo soy católico: mía es toda la creación; ved esa

5 Cit. ibid., p. 109.

vegetación de piedra en mis esculturas: todos los reinos de la naturaleza, todas las estaciones, los árboles, los frutos, las vides, las espigas, las flores [...] –Yo soy católico: mío es el tiempo; ved esos zodíacos colocados en la puerta del templo, como para decir que el tiempo es para nosotros el vestíbulo de la eternidad. –Yo soy católico: mía es la historia y los siglos; ved en esas estatuas todas las edades reunidas, desde Adán hasta Jesús, desde Melquisedec hasta San Pedro, desde David hasta San Luis" [6].

A partir de 1840 comenzó a predicar las "cuaresmas", como entonces se decía, en la catedral; destacándose por la firmeza de su doctrina, la claridad de su exposición y el ardor con que afirmaba los derechos de Dios y de la Iglesia frente a la sociedad apóstata. Nunca subía al púlpito sin haber antes encendido un cirio ante la imagen de Nuestra Señora, de modo que al ver palpitar la llama desde el lugar donde predicaba se acordase de que sus palabras debían pasar primero por el Corazón ardiente de María. En 1841, año verdaderamente borrascoso, se decretó una nueva proscripción de la Compañía de Jesús, blanco predilecto, por aquel entonces, de los enemigos de la verdad. "¿Quiénes somos nosotros –se preguntaba el joven predicador– para esperar que nuestra voz domine el estrépito de la tempestad?" Y se respondía con palabras de Dios: "Ve y combate hasta la muerte por la verdad. Yo te daré una frente más dura que el bronce, y derramaré en tu alma un coraje más fuerte que el odio del mundo" [7].

En 1845, el Obispo de Chartres, Mons. Clausel de Montals, promovía al P. Pie a las funciones de vicario general, con miras sin duda a su propia sucesión. Pie veneraba a su Pastor y más tarde le aplicaría aquel elogio de la Escritura: "Toda Judá ama-

6 Cit. ibid., pp.119-120.
7 Cit. ibid., pp. 92-93.

ba a David porque siempre se lo veía el primero en entablar el combate y caminar a la cabeza de los guerreros" [8]. En sus notas espirituales Pie nos revela con cuánta seriedad comprendió que su nombramiento exigía de él una santidad más elevada, un mayor acercamiento al Corazón de Cristo, al tiempo que una visión más universal de los intereses de la Iglesia y de la sociedad. A partir de entonces se dedicó como nunca a la predicación y su palabra adquirió acentos cada día más ardientes.

8 Cit. ibid., p. 155.

Capítulo Segundo

PIE, OBISPO

En 1849, el Ministro de instrucción pública y de culto, envió a los obispos de Francia una carta solicitándoles la presentación de una lista de sacerdotes aptos para el episcopado. El Obispo de Chartres propuso a Pie para la diócesis de Poitiers, que acababa de quedar vacante por la muerte de su titular. El hecho es que el Papa Pío IX nombró ese mismo año a dos obispos: Mons. Dupanloup en Orleans, y el P. Pie en Poitiers. Con sus apenas 34 años, Pie sería el obispo más joven de Francia.

Se preparó concienzudamente para el cumplimiento de su función episcopal. Leyó con gran atención las sabias instrucciones que el Concilio de Trento da a los pastores, así como la biografía de varios obispos santos, estudió con detenimiento la historia de la Iglesia que está en Poitiers y concretó su filial devoción a Nuestra Señora eligiendo como lema de su escudo la fórmula: *Tuus sum ego*. El mismo día de su consagración dirigió a los nuevos diocesanos su primera carta pastoral, toda ella en torno a lo que sería el tema central de su episcopado: *Instaurare omnia in Chris-*

to ("Instaurar todo en Cristo"). Al llegar a Poitiers, se dirigió inmediatamente a la iglesia de Notre-Dame-la-Grande, y allí depuso su mitra, su anillo y su pectoral, ante el altar y estatua de Nuestra Señora, consagrándole así su episcopado. Tras un rato de oración se levantó y señalando el lugar donde había estado arrodillado dijo: "Aquí es donde quiero ser enterrado." Luego, acompañado de su pueblo, se dirigió hacia la catedral donde pronunció su primer sermón, verdaderamente admirable. Fue como su carta de presentación: ¿Quién eres tú?, se preguntaba a sí mismo, respondiéndose con una expresión de San Hilario: *Episcopus ego sum* ("Soy obispo"), por tanto soy padre, pastor, centinela de la verdad...

En 1850 se reunió un concilio general en Burdeos, zona eclesiástica a que pertenecía la diócesis de Poitiers. Los obispos que en ese tiempo integraban el episcopado francés estaban divididos en dos sectores, etiquetados como "galicanos" y "ultramontanos", según defendiesen cierta autonomía de Roma o profesasen fidelidad total a la Sede de Pedro. Pues bien, los obispos de la región de Burdeos eran todos "ultramontanos". Mons. Pie fue nombrado presidente de la "comisión de fe y doctrina", por lo que tuvo parte destacada en este concilio en que se recordaron las verdades de la fe, se fustigaron los errores del tiempo, y se profesó total acatamiento al Santo Padre; propicióse asimismo en su transcurso la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción y la adopción de la liturgia romana con la consiguiente abolición de los ritos galicanos. Mons. Pie logró asimismo que el concilio elevara una súplica a Pío IX para que declarase a San Hilario Doctor de la Iglesia y se retomase la causa de beatificación de Luis María Grignion de Montfort. De hecho San Hilario sería efectivamente proclamado, en 1851, Doctor de la Iglesia, con gran alegría de Mons. Pie, quien en tal grado lo había adoptado como a su modelo y maestro que no hay casi sermón o pastoral

suya que no contenga alguna referencia a él, a veces muy extensa, llegando en cierta ocasión a anunciar que el tema de sus sermones en el curso de todo el año versaría sobre el *Comentario a los Salmos* de su santo predecesor en la sede de Poitiers.

Las luchas internas del episcopado francés y sus incidencias en el seno del catolicismo de Francia no lo dejaron por cierto neutral. El 1° de septiembre de 1850, el periódico *L'Univers*, de los católicos tradicionalistas, anunciaba en su primera página que el Arzobispo de París le había dirigido una severa advertencia, y que a raíz de ello sus redactores apelaban a Roma. Los obispos franceses tomaron partidos diversos. Cuando le preguntaron a Pie su opinión, respondió: "Dejemos que sea el Papa quien juzge en este debate y se pronuncie. Si la Iglesia cree oportuno licenciar a su ejército laico, que lo diga por la boca de su jefe supremo; pero no se pretenda poner en campaña a soldados con las manos atadas, frente a adversarios a quienes nuestras instituciones conceden la libertad más ilimitada." En otra ocasión semejante, refiriéndose a aquellos que cuando se trata de temas relacionados con la fe enarbolan la bandera dei libre examen y la libertad de prensa, pero cuando se trata de controversias político-religiosas se muestran absolutistas y no vacilan en amenazar con la excomunión, afirmó: "La actitud de estos hombres, que yo llamaría los doctrinarios del clero, ofrece contrastes singulares. Es una mezcla de liberalismo y de absolutismo igualmente exagerados [...] Preconizan la libertad allí donde la Iglesia la condena, y la suprimen allí donde la Iglesia la protegió siempre. Pareciera que, por una inversión doblemente alarmante, hubiesen tomado por divisa: *In necesariis libertas, in dubiis unitas* («En las cosas necesarias la libertad, en las dudosas unidad»)" [9].

9 Cit. ibid., pp. 319-320.

I. Su solicitud por el clero y la vida consagrada

Una de las grandes preocupaciones de su episcopado fue la perfección del clero. Con ocasión de los aniversarios de su consagración episcopal y en las solemnidades litúrgicas, le gustaba que lo rodeasen sus sacerdotes y seminaristas. Si el sacerdote ha de ser siempre luz del mundo, solía repetirles, mucho más en días de tanta tiniebla y turbación como eran los de entonces. Era menester que se revistiesen de coraje, sin dejarse arredrar ante la magnitud de las dificultades: "¿No fue acaso bajo la rueda del molino de la perfección, bajo la prensa del viejo Imperio Romano que los primeros defensores del cristianismo produjeron sus obras maestras?" [10]. Y les recordaba a San Jerónimo, escribiendo en el fragor de la caída de Roma, y a San Agustín, en la Hipona asediada por los bárbaros. "No, señores, los acontecimientos que producen espanto e inmovilidad a los hombres de la tierra, no deben congelar nuestro coraje ni quebrar nuestras armas" [11]. Nunca se cansaría de exaltar ante su clero la grandeza del sacerdocio: "Confieso que cuando me encuentro entre los hombres del mundo, y veo a qué cosas de nada consagran su vida, siento por ellos una conmiseración profunda. ¡Qué pequeños son sus grandes negocios! Lamentaría un cuarto de hora de mi vida de obispo o de vuestra vida de sacerdotes empleado en lo que constituye la ocupación de sus días, de sus semanas, de sus años" [12].

Mons. Pie exhortaba a sus sacerdotes a un celo siempre más intenso. Quería que fuesen los exorcistas de su siglo: "El mundo es de Satán; la Revolución tiene un carácter satánico ya señalada

10 Cit. ibid., pp. 421-422.
11 Cit. ibid., p. 422.
12 Cit. ibid.

por de Maistre. Hay que exorcizarlo; vosotros sois ordenados exorcistas para esto: *Ut sitis spiritales imperatores* («Para que seáis soberanos espirituales»)" [13]. Los enviaba a rehacer lo que la Revolución había destruido, a rehacer la vida de Dios en los corazones y el reino de Dios en la sociedad.

En orden a asegurar la ortodoxia de su clero resolvió enviar cada año a Roma algunos seminaristas para estudiar en el Colegio Romano y "beber allí la pura doctrina del seno mismo de la Iglesia-madre". De tal iniciativa tomaría nacimiento el Seminario Francés. Los historiadores han observado que en la época de Pie el clero de Poitiers fue admirable no sólo por su número sino sobre todo por su calidad.

Preocupóse asimismo por restablecer o consolidar las órdenes religiosas en el ámbito de su diócesis. Las consideraba de gran importancia no sólo por la excelsitud del estado de vida consagrada sino también porque veía en ellas las animadoras de la espiritualidad del clero diocesano. En 1853, los benedictinos de Solesmes, aquella admirable abadía restaurada por su gran amigo dom Guéranger, tomaban posesión de la antigua abadía de Ligugé, rescatada de sus ruinas por el Obispo de Poitiers, cuna de la Orden monástica en las Galias. "Si yo no hubiese hecho otra cosa en todo mi episcopado, esto sería suficiente para la alegría de mi corazón y mi mérito ante Dios" [14]. Llamó asimismo a los jesuitas a quienes confió el colegio San Vicente de Paul. Pie admiraba a San Ignacio como al apóstol de la gloria de Dios y el fundador de la sociedad religiosa más militante de los tres últimos siglos. Con ocasión de una peregrinación a Loyola, había tomado la resolución de imitar siempre el celo ignaciano. Pie

13 Cit. ibid., p.424.
14 Cit. ibid., p.431.

amaba sobre todo a la Compañía por las contradicciones de que era blanco: "Mi estima por este Instituto se mide por la oposición y el odio de que es objeto de parte de los enemigos de Dios y de la Iglesia" [15]. A los benedictinos y jesuitas se agregaron luego los dominicos. Pero Mons. Pie no se contentó con esta "importación" de religiosos. Deseaba que del suelo mismo de su diócesis brotase una nueva institución, y así, inspirándose en el espíritu de los Oblatos de San Ambrosio, instituto establecido en Milán por San Carlos Borromeo, fundó una congregación diocesana, los Oblatos de San Hilarlo, invitando a los sacerdotes más generosos a vivir en común.

Interesóse asimismo por la radicación de órdenes contemplativas femeninas, cuyas casas consideraba verdaderos baluartes de la fe. Quería colocar uno de esos bastiones en cada uno de los lugares en que la acción del mal tuviese más necesidad de ser contrabalanceada por la de la oración e inmolación. Para salvar a Sodoma, decía, se necesitaron diez justos, pero era menester que esos diez justos fueran residentes en Sodoma. No los hubo, y sabemos lo que pasó. Especial predilección sentía por las carmelitas, a las que pedía ser militantes y guerreras, en asaltos de oración contra los enemigos de Dios.

II. Su relación con los fieles

El celo de Pie no se agotaba en su preocupación por el clero. Visitaba sus parroquias, una tras otra. Y donde faltaban, las erigía. Buena parte de las iglesias que hoy se levantan en el campo de Poitou y de la Vendée son fruto de su ardor apostólico.

15 Cit. ibid., p.432.

Tenía el gusto de la edificación y de la arquitectura. Pero no se contentaba con construir numerosos templos. Buscaba que se llenasen, insistiendo repetidas veces en la necesidad de cumplir el precepto dominical. Puso asimismo mucho énfasis en la santificación de la familia, exaltando sobre todo el papel de la madre cristiana, "obra maestra de Dios", decía, y la belleza de las familias numerosas. A un amigo que le comunicaba el nacimiento de su décimo hijo le escribe: "Es el salterio decacordo sobre el que cantaréis un himno al Señor; y la piadosa madre que habrá sido la educadora de esta hermosa familia tendrá el derecho de tocar allí arriba este instrumento de diez cuerdas ante el trono del Padre común" [16].

Especial predilección experimentaba por los hombres de campo, recurriendo con gusto al lenguaje agrario para expresar las realidades del orden sobrenatural. "¿En qué consiste el cultivo? En cavar, sembrar, regar, escardar, injertar, podar, finalmente cosechar. Y ¿qué es lo que hacemos nosotros, jardineros de las almas, sino todo eso? [...] Me gusta contemplar este cinturón de rocas a pico que protege vuestras tiernas semillas contra los vientos del este y del norte [...] ¡Cuántas veces he pedido a Dios la misma protección para vuestras almas, para vuestras conciencias, para la fe y para la virtud de vuestros hijos, para la inocencia y la piedad de vuestras hijas!" [17].

Durante el período de su gestión episcopal convocó y presidió veinte sínodos diocesanos, para tratar los grandes temas de la vida espiritual y pastoral en relación con el momento histórico que se iba viviendo. "Ud. ha obtenido del cielo –le escribía el Obispo de Luçon– las dos virtudes que el cielo pide para sus

16 Cit. ibid., T. II, p.257.
17 Cit. ibid., pp.263-264.

prelados: *sapientiam et fortitudinem* ("sabiduría y fortaleza"). Por la interpenetración de estas dos virtudes, Ud. se ha hecho capaz de hacer renacer el coraje en muchas almas" [18].

Pie dedicó buena parte de su precioso tiempo a "hacer renacer el coraje" y a confirmar el ímpetu de los católicos militantes. Uno de ellos, Jules Richard, cuenta que cuando iba a visitar al obispo, éste lo recibía en su gabinete de trabajo, no escatimando para nada sus minutos: "Me parecía estar con San Hilario. Monseñor habla de muchos temas con una amplitud y una gracia del todo apostólicas. Es la gran antorcha de la diócesis" [19]. Un día, el periódico *L'Ami de la Religion*, que se batía ardientemente en pro de la verdad, recibió una advertencia de parte del gobierno laicista. El mismo día, Pie escribía a su director para felicitarlo: "Es la suerte más ordinaria de los verdaderos defensores de la Iglesia ser blanco de estas hostilidades" [20]. En 1853, *L'Univers* era censurado por Mons. Sibour con más severidad que la primera vez; el debate se caldeó, interviniendo en él varios obispos. Entonces Guéranger le escribió a Mons. Pie pidéndole que informase de todo al Santo Padre: "Hable alto y firme", le decía. Pie no se demoró en hacerlo, y con tanto éxito que el Papa dirigió al director del diario, Luis Veuillot, una carta donde le manifestaba todo el aprecio que sentía por su lucha, y poco después una carta colectiva a los Obispos de Francia en que les pedía respaldasen a los hombres que se dedicaban a escribir libros y periódicos en defensa de la verdad católica, y si en algo debían corregirlos no lo hiciesen sino con palabras prudentes y paternales. Por eso, cuando años más adelante apareció un folleto anónimo contra el *L'Univers*, acusándolo de faltar a la caridad y cubrién-

18 Cit. ibid., T. I, p.348.
19 Cit. ibid., pp.404-405.
20 Cit. ibid., p.467.

dolo de insultos, Guéranger no dudaría en recurrir otra vez a Pie rogándole saliese en defensa del periódico, ya que "es preciso que se sepa que quienquiera ama y defiende a la Iglesia está bajo vuestra protección".

Y así, donde hubiera alguien que militase con coraje, allí estaba Mons. Pie, alentando y exhortando a la altivez que debe caracterizar al hombre espiritual, de quien San Pablo decía que juzga a todos y no es juzgado por nadie: "No es la silla del acusado, es el tribunal del juez el que os conviene. No os dejéis medir a la medida del hombre, vosotros que tenéis el metro divino para medir a los hombres" [21]. Era, por otra parte, su modo habitual de obrar. Cuando en cierta ocasión apareció un folleto donde se pretendía demostrar que el Sacro Imperio Romano Germánico había sido funesto para Italia, el Papado y la Iglesia, Pie respondió: "Ni Carlomagno y Francia, ni San Enrique y Alemania fueron otra cosa que soberanos y naciones que, un día dado, tuvieron la inteligencia de la Oración Dominical en sus tres primeras peticiones. ¡Y tanto peor para las razas y los pueblos cuya política ha olvidado el *Pater* antes aprendido!" [22]

En su afán por defender todo lo que merecía defensa, Pie se creyó obligado a exaltar la memoria de los héroes de la Vendée, que se habían batido en zonas de las que él era Pastor. La marquesa de la Rochejaquelein, esposa de uno de los principales héroes de esa guerra, entablada en defensa de Dios y de la Patria contra las ideas subversivas de la Revolución, le escribía con frecuencia felicitándolo por estar a la cabeza de una diócesis de fe arraigada, "cuyos buenos campesinos –le decía en una ocasión– habían sacrificado por la religión su vida y todo lo que po-

21 Cit. ibid., p.669.
22 Cit. ibid., pp.677-678.

seían". Cuando la marquesa falleció, el obispo pronunció su elogio fúnebre donde, aludiendo a lo que ella le había escrito, evocó el coraje de aquel campesino que, malherido por numerosos sablazos, oyó que le gritaban: "¡Entrégate!", a lo que respondió, mientras seguía combatiendo: "¡Entrégame a mi Dios!", tras lo cual expiró. Veía allí una imagen de la Vendée, luchando durante siete años por su fe. "Si el cielo llegara a caerse, decían los antiguos Galos, nosotros lo sostendríamos con nuestras lanzas. Y la Vendée tomó la lanza, y sostuvo el cielo" [23].

III. Su lucha por la integridad de la doctrina

Pie entendía que uno de los principales deberes de su episcopado era la refutación de los errores imperantes. En 1854, le comunicaba al abad de Solesmes: "Voy a escribir sobre el tema de los errores contemporáneos. Percibo en mí una voz clara de la conciencia pidiéndome que aborde ante todo la necesidad del sobrenaturalismo" [24]. La situación era delicada: "París es malo hasta en sus buenos", decía [25]. En ese mismo año, durante el retiro al clero, dio a conocer una "Instrucción sinodal sobre los principales errores de nuestro tiempo". Ya hacía dos años, un Cardenal romano le había enviado un cuestionario en 28 capítulos acerca de los errores contemporáneos. Se estaba preparando el gran acto que Pío IX iba a realizar, doce años después, con la publicación de su encíclica *Quanta Cura* y el anexo *Syllabus*. El Papa había dispuesto que se enviase dicho cuestionario a algunos

23 Cit. ibid., p. 653.
24 Cit. ibid., p.536.
25 Cit. ibid., p.537.

Obispos selectos y capaces de responder con más autoridad. Habiéndose propuesto como modelos de su episcopado a Hilario y Atanasio, Mons. Pie comienza su Sinodal colocándose bajo tan alta protección: lo que ellos habían hecho en el siglo IV, refutando el arrianismo, él trataría de hacerlo en el XIX, en relación con los errores del naturalismo y del liberalismo. Su época estaba viciada por las teorías de los llamados "filósofos": "El Cristo de esos filósofos no es el Señor Jesucristo que yo adoro; es un Cristo psicológico, concebido por el espíritu del hombre. Ese Cristo no es sino consustancial al hombre; el mío es consustancial a Dios" [26]. Tras analizar con detención la lista de los errores doctrinales, expone luego la de los errores morales, consecuencia de aquéllos: los de quienes pretenden una ética sin Cristo, sin la fe, sin la Iglesia, sin la gracia, sin los sacramentos. No se trata, dice, de condenar las personas, a quienes desea su conversión y el cielo. "Si hay algún calor de vivacidad en nuestro lenguaje, es indudablemente porque la tibieza, cuando se trata de la doctrina, sería un crimen, y toda capitulación implicaría una traición; pero también porque, además, implicaría una crueldad para con tantos espíritus extraviados, muchos de los cuales pecan más por ignorancia que por impiedad" [27]. Es, en última instancia, el grito de una fe que no puede callar: "La filosofía niega a Jesucristo su imperio; ¡frente a semejante negación, se nos pide silencio! No: Ay de mí si no evangelizare" [28].

La historia del arrianismo, que le había inspirado el exordio de su Instrucción, le inspirará también esta espléndida conclusión: "En el fondo de los santuarios del Oriente, entre muchas otras pinturas que decoran el ábside, hay una representación que se en-

26 Cit. ibid., p.544.
27 Cit. ibid., pp.546-547.
28 Cit. ibid., p.547.

cuentra por doquier. Es un obispo, San Pedro de Alejandría, en actitud de extrañeza y estupor. Se ve delante de él a Jesucristo, desnudo y transido de frío. El obispo lo interroga con una mirada llena de emoción. Jesús le responde: «Es Arrio, el impío Arrio, quien me despojó de mi túnica.» Ah, venerados Hermanos, el mismo Jesús, despojado del manto de su divinidad y de su realeza por la mano glacial del nuevo arrianismo, ha aparecido ante vuestras miradas y las mías. Y cada uno de vosotros exclamó como los sacerdotes a quienes San Pedro de Alejandría contó su visión: «¡Mientras me quede un soplo de vida, elevaré la voz contra el impío Arrio!»" [29]

Este Sínodo tuvo amplia repercusión. Aplaudido, como era de esperar, por los mejores teólogos, uno de los cuales "agradecía a Dios desde el fondo de su corazón que por fin se hubiese encontrado un obispo capaz de decir estas cosas" [30]. Pero atacado también, y duramente, por los enemigos, en especial por los políticos liberales, que se sintieron gravemente tocados: el Obispo de Poitiers, decían, olvida que él es obispo y nosotros somos laicos; incluso el Ministro de cultos llegó a escribirle diciéndole que el Emperador había sentido pena al leer algunos pasajes de su Instrucción. Pero Pie sabía muy bien que esto estaba en el programa...

En 1855 hizo su primer viaje a Roma. Fue una hora solemne de su vida cuando vio por primera vez a Pío IX, a quien tanto amaba. El Papa le expresó estima por su fidelidad –¿no se llamaba acaso Pie, como él?, le dijo– y por la firmeza de su doctrina. Tras elogiarle la reciente Sinodal –"¡Es un excelente comentario de mi pobre palabra!" [31]–, se explayó sobre las doctrinas li-

29 Cit. ibid.
30 Cit. ibid., pp.547-548.
31 Cit, ibid., p.570.

berales y el mal que hacían en la sociedad. Mons. Pie estaba extasiado. Ya en esta audiencia, la primera, el gran Papa y el gran Obispo se habían entendido perfectamente, como si se hubiesen conocido desde siempre. Ello no obstó a que subsistiesen algunas diferencias, ya que el respeto que Pie sentía por el Papa jamás degeneró en servilismo, por lo que a veces no dejaría de hacerle observaciones, aun con riesgo de contrariarlo. El hecho es que en este viaje conoció al Papa y conoció también por primera vez a Roma, dejándonos testimonio de su admiración no sólo por el primero sino también por la segunda, por el arte y la belleza que adornan a la capital del catolicismo.

Volvió a su diócesis con el corazón dilatado, dispuesto a seguir en la brecha. Su espíritu se había universalizado más aún, si cabe, tanto en su adhesión al bien como en su conocimiento de la generalización del mal. "Una liga europea se ha formado con el fin confeso de componer un cuerpo de ejército que pueda resistir gloriosamente a las doctrinas que la Revelación quiere imponer al espíritu humano", escribe citando las palabras de un adversario de la Iglesia [32]. La literatura, el teatro, la novela, los diarios, todo ha entrado en esta conspiración inmensa contra el orden sobrenatural. Lo peor es la complicidad que tales proyectos encuentran en el seno mismo de la Iglesia. Está la de aquellos que se obstinan en negar la presencia del enemigo y sólo atinan a acusar de "soberbia" a los que quieren militar contra él; o la de aquellos que intentan una "prudente" condescendencia con los errores de la época: son comparables a un farmacéutico que, en tiempo de epidemia, cometiese el gravísimo error de cortar con mitad de agua el antídoto que necesitaría todo su poder para triunfar del morbo; tal hombre no sería menos criminal que un envenenador público. Pie refuta asimismo, aunque sin nombrar

32 Cit. ibid., pp.619-620.

a sus sostenedores, las ideas liberales de algunos obispos, especialmente del Arzobispo de París, Mons. Sibour, a quien el gobierno había sugerido para tal cargo, en 1848, por sus ideas republicanas, lo cual no impidió que luego se acercara, con excesiva complacencia, al Imperio. En una palabra, Pie no consentiría jamás en dejar caer los brazos: "Sé evidentemente que el Anticristo debe venir un día, y ha de prevalecer. Pero Dios me guarde de haber figurado entre sus agentes y precursores" [33].

Nos hemos referido más arriba a la carta sinodal que Pie publicara en 1855, donde denunciaba vigorosamente los errores del tiempo, el naturalismo, el sincretismo, las falsas filosofías, los atentados a los derechos de la Iglesia, y dijimos que provocó las iras del gobierno. A raíz de ella, Napoleón III lo mandó llamar. Pie se presentó ante él con el coraje de siempre, y no trepidó en denunciar escuetamente su alianza con el Piamonte. Estos encuentros se repitieron varias veces. Por ejemplo en 1859, cuando la gravedad de la situación lo impulsó a pedir una nueva audiencia, considerando que su deber episcopal le obligaba a "proclamar la verdad tanto ante los reyes como ante los particulares". El mismo Pie reveló algunas partes de dicha entrevista. Tras enrostrar al Emperador ciertas medidas poco cristianas de su gobierno, como su apoyo a la potencia otomana, éste le replicó: –"Pero, en fin, Monseñor, ¿acaso no he dado suficientes pruebas de mi buena voluntad en favor de la religión? ¿La misma Restauración ha hecho más que yo?" Monseñor respondió: "Me apresuro a hacer justicia a las religiosas disposiciones de Vuestra Majestad, y sé reconocer, Sire, los servicios que habéis hecho a Roma y a la Iglesia, particularmente en los primeros años de vuestro gobierno. Quizás la Restauración no ha hecho más que Vos. Pero dejadme agregar que ni la Restauración, ni Vos, habéis hecho por Dios lo

33 Cit. ibid., p.681.

que había que hacer, porque ni una ni otro habéis vuelto a levantar su trono, porque ni una ni otro habéis renegado de los principios de la Revolución, cuyas consecuencias prácticas sin embargo combatís, porque el evangelio social en que se inspira el Estado es aún la Declaración de los derechos del hombre, la cual no es otra cosa, Sire, que la negación formal de los derechos de Dios." El Emperador lo detuvo: "¿Pero entonces creéis que ha llegado el momento de establecer ese reino exclusivamente religioso que me pedís? ¿No pensáis, Monseñor, que sería desencadenar todas las malas pasiones?" Pie no había hablado de un "reino exclusivamente religioso" sino de la impregnación evangélica de la sociedad. Pero lo esencial de la objeción consistía en la oportunidad de su proyecto. Por lo que Pie replicó solemnemente: "Sire, cuando grandes políticos como Vuestra Majestad me objetan que el momento no ha llegado, no me queda sino que inclinarme, porque no soy un gran político. Pero yo soy obispo, y como obispo, os respondo: ¿No ha llegado para Jesucristo el momento de reinar? Pues bien, entonces no ha llegado para los gobiernos el momento de durar." [34] El secretario de Pie, que transcribió el relato de la entrevista, agregó al fin de su relación: "¡Qué cosa tan hermosa encontrar en las filas del Episcopado un hombre que tenga el coraje de decir tales cosas en la cara!" [35]

IV. La Cuestión Romana

En 1859, Francia y el Piamonte declaraban, sin razón valedera, la guerra a Austria. Mons. Pie imperó oraciones, pero no aquéllas especialmente destinadas para el tiempo de guerra sino salmos

34 Cit. ibid., pp.685-689.
35 Cit. ibid., p.690.

penitenciales. Antes que francés, Pie se sabía miembro de la Cristiandad. Austria es un Estado católico, explicó a su clero, uno de los pocos que van quedando, mientras que el rey del Piamonte y su ministro Cavour están excomulgados por sus atentados contra los bienes de la Iglesia. "¿Cuál es el chauvinismo liberal religioso que querría obligarme, so pena de no ser nacional, a hacer votos por el triunfo de una causa que va en detrimento de la Iglesia?" [36]. Por su parte, el Papa acababa de fustigar, en una Encíclica, a sus enemigos coaligados, lo que dio ocasión a Pie para escribirle: "Santísimo Padre, la crisis actual es menos política e internacional que religiosa y eclesiástica. Es un esfuerzo supremo de la Revolución por establecer los principios del 89 en toda Italia y hasta en los Estados de la Iglesia, para que la Iglesia ya no tenga ni la idea ni la posibilidad de restablecer los principios del derecho cristiano en las sociedades civiles" [37].

En 1860, tras la conquista del reino de Nápoles por parte de Garibaldi, el rey del Piamonte fue proclamado rey de Italia. Un año antes, cuando sus sacerdotes le preguntaron a Pie qué regalo podían hacerle a Pío IX: "Mándenle más bien tropas y dinero", les respondió. Parecerá extraño que un obispo, ministro de paz, exhorte a la formación de un ejército para la Iglesia. ¿Acaso no basta Dios y las armas espirituales? "Sí, la Iglesia cuenta con Dios, pero cuando Dios actuó más manifiestamente en socorro de su pueblo, dicho pueblo estaba también defendido por un grupo selecto de bravos. Era un batallón semejante el que tocaba la trompeta gritando: *Gladius Domini et Gedeonis!* (¡La espada del Señor y de Gedeón!) Sí, apélese al fervor de la oración, al oro de la caridad, a la sabiduría de los consejos y de la diplomacia, incluso a la espada del anatema: *Gladius Domini*. Pero también que

36 Cit. ibid., T. II, p.6.
37 Cit. ibid., pp.7-8.

el Pontífice-Rey defienda en la necesidad su soberanía temporal con las armas temporales de los reyes; que no niegue a los buenos la honra de derramar su sangre por la causa del bien, mientras los malvados la derraman por la causa del mal [...] ¿No será la guerra lícita sino en provecho de causas vulgares o incluso criminales? Para el triunfo de una causa sagrada no es demasiado que la espada espiritual y la espada temporal sean desenvainadas de común acuerdo, y que cada una de ellas brille en las manos que deben tenerla: *Gladius Domini et Gedeonis!*" [38]

Y así, a instancias de Pie, el general de La Moriciére fue a tomar el mando de las tropas de Pío IX, así como muchos jóvenes se enrolaron en las filas de los voluntarios pontificios. Pie gustaba comparar esta gesta con las Cruzadas, e incluso llegó a preguntarse si en tal reclutamiento de voluntarios para la defensa de la Iglesia no se escondería el germen del restablecimiento de las antiguas Órdenes militares. Podría llamarse "la Caballería de San Pedro", sugirió. La más noble sangre de Bretaña, de Poitou, de la Vendée, se ofreció para la defensa del gobierno pontificio cuya altiva actitud frente a la Revolución interesaba más que al sostenimiento del derecho monárquico en Europa, al amparo de la religión y la libertad de las almas. "Puesto que Roma es amenazada, puesto que Astolfo y Didier han reaparecido, ¡de pie la gran sombra de Pipino y de Carlomagno! Pero si, por misterios que no queremos sondear, la espada de Pipino y de Carlomagno permanece envainada; si los batallones franceses no pueden franquear los montes y los valles sino para asistir pasivos e inmóviles a la invasión sacrílega de los nuevos Lombardos [...], partid, generosos voluntarios. Y si no sé qué patriotismo mal nacido cree oportuno renegar de vosotros, decid que vuestro rey se llama Pipino y vuestro emperador Carlomagno; decid que vuestro estandarte es el

38 Cit. ibid., p.73.

oriflama de San Dionisio; decid que un soldado francés, en lugar de perder sus títulos de nacionalidad, los reconquista mucho más realizando las obras de la Francia cristianísima, pagando las deudas de la hija primogénita de la Iglesia" [39].

Mientras tanto, los ejércitos del Papa eran derrotados, uno tras otro, abrumados por la superioridad numérica del enemigo. En 1860, Pie publica una Pastoral donde recuerda que en la historia de la Pasión de Nuestro Señor, el gran responsable fue Pilatos, y que resultó inútil que se lavara repetidamente las manos. La alusión a Napoleón III era clara. Esta Pastoral, publicada poco antes de la semana santa, alcanzó una enorme resonancia. Cuentan los cronistas que cuando el día de Ramos, en la basílica de San Pedro, en Roma, el diácono cantó la Pasión, al llegar aquel momento en que el relato dice: "tomando agua, Pilatos se lavó las manos", los cardenales, prelados y oficiales del ejército francés se volvieron hacia el embajador de Francia. Ese mismo día, Pie recibía una carta de felicitación de Pío IX.

Su fiel colaborador, el P. Gay, le escribía: "¡Qué bien hacéis! ¡Qué sostén dais a los buenos, qué ánimo a aquellos cuya derrota el mundo ya comienza a cantar, qué estigmas de fuego grabáis en la frente de los enemigos de Cristo!" Pero ¿no se excedía quizás Monseñor Pie en el lenguaje? El Obispo de Belley así se lo insinuaba en una carta: "¿No tenéis que acusaros de haber sido demasiado agresivo? Es verdad que tenéis por patrono a San Hilario, y yo, que apenas me atrevo a formular una observación a un colega tan eminente, he elegido por modelo y patrono desde la infancia a San Francisco de Sales." A lo que Pie respondió: "¡Cuán dichoso, Monseñor, de haber elegido a San Francisco de Sales por modelo y patrono desde vuestra infancia! Yo tengo una tierna predilección por este santo del que he leído y de quien

39 Cit. ibid., pp.95-96.

sé de memoria casi todos sus escritos. Me gustaría conocer vuestra impresión sobre la conducta que él habría tenido... en la coyuntura en que estamos. ¡Me pregunto dónde se habrían detenido las quejas de este corazón tan francés, de este corazón sobre todo tan católico y episcopal, al mismo tiempo que tan resuelto y caballeresco, si hubiese visto a los descendientes de la familia augusta de sus señores provocar, con el concurso de la Francia cristianísima, la ruina más radical de la soberanía eclesiástica, la dispersión más irremediable de los últimos restos de la república cristiana, la revolución más infernal que se haya operado en nuestro globo, y la unificación más favorable al éxito de los planes urdidos por los precursores y los pioneros del anticristo!" [40]

En 1867, Garibaldi invadía los Estados Pontificios. Mons. Pie multiplicó sus llamados en favor del Papa. Por fin, Napoleón III se decidió a enviar un cuerpo expedicionario en socorro de Roma, y el 3 de noviembre venció, en unión con los zuavos pontificios, a las tropas de Garibaldi. En 1868, Napoleón III recibía a Pie por cuarta y última vez.

Como era de esperar, las "belicosas" posiciones de Mons. Pie, a lo que se agregó su condenación del prestigioso libro de Renan, *Vie de Jésus*, aparecido precisamente en esos borrascosos años, concitaron en torno a él un inmenso coro de odios. No sólo los declaradamente jacobinos sino también algunos católicos "sensatos" veían en Pie el espíritu de la Vendée que renacía. Y así empezaron a seguirlo por doquier, para poder calumniarlo, lo acusaron de polarizar a todos los que se oponían al espíritu democrático, de ser un gestador de cruzadas, e incluso de querer hacerse la víctima, complaciéndose en la vanidad del martirio. Ante semejante campaña, los canónigos de la catedral resolvieron hacerle un desagravio. "Vosotros me habláis de mis pruebas per-

40 Cit. ibid., pp.119-120.

sonales –les dijo–. Sería quizás presuntuoso decir que esas pruebas me son dulces, me son queridas. Pero un obispo que no bebe en el cáliz de su Maestro, ni en el del Jefe visible del Episcopado, podría preguntarse con inquietud si es verdaderamente discípulo de Cristo, si es defensor suficientemente esforzado del Vicario de Cristo" [41]. En el fondo de su corazón nunca dejó de poner su confianza en el apoyo de Aquella que es "terrible como un ejército alineado en batalla" y que, según la liturgia, "aniquiló las herejías en el universo entero". Ella, en el momento oportuno, pondrá su pie sobre la serpiente de la Revolución.

V. Su rechazo del catolicismo liberal

En 1863, se celebró en Malinas un congreso católico, durante el cual Montalembert pronunció un elogio desmesurado de la libertad política que imperaba en Bélgica, lo que consideraba un "progreso inmenso". En torno a él, un grupo de católicos destacaba los avances que el catolicismo había hecho bajo el régimen liberal e indiferentista de 1830. Tras estas manifestaciones, se escondía el peligro de erigir en principio algo puramente fáctico. Mons. Pie, que ya había tocado el tema en anteriores intervenciones, volvió ahora sobre él, aunque sin nombrar a Montalembert. Es cierto, dijo, que Dios ha sacado buen partido del período del indiferentismo. Lo sacó más aún del período de las persecuciones romanas. Pero ello no significa que la persecución y el indiferentismo sean lo que Dios quiere para la sociedad. Son beneméritos, sin duda, quienes emplearon su talento para sacar de la terrible situación existente todas las ventajas posibles, pero a

41 Cit. ibid., p.154.

la postre su acción resultaría funesta si se pretendiese erigir en principio lo que no es sino una situación deplorable. "Sin un poder cristiano y sin instituciones cristianas, nuestro país no se levantará." [42] No que baste, por cierto, la voluntad enérgica de un gobernante católico para que Francia ocupe de nuevo su lugar. "Si Francia debe volver a ser socialmente cristiana, necesitará un siglo y más para desinfectar su vestido, día tras día, del veneno revolucionario que la ha impregnado; pero no por eso se aminora nuestro deber de trabajar en favor de ello hasta el último suspiro." [43]

En su Sinodal de 1864 Mons. Pie volvió sobre el tema. Admitiendo la distinción entre la tesis y la hipótesis, se negaba a relegar la tesis al rango de la pura teoría o ideal imposible. La tesis, claro está, ya no existía de hecho, ello era una desgracia que había que tener en cuenta, pero quedaba en pie el deber de ir tendiendo a ella, y el interés vital de las sociedades así lo exigía. El debate tenía a sus espaldas frondosos antecedentes: el cesarismo de Federico II y de Felipe el Hermoso, a fines de la Edad Media, el protestantismo, en el siglo XVI, y finalmente, el filosofismo y la Revolución, en el siglo XVIII, habían ido trastrocando paulatinamente la situación tradicional de la sociedad católica. Y ahora se quería construir el edificio social sobre otra base, la base de la libertad, de los nuevos dogmas del 89. La concepción católica del Estado cristiano dejaba paso al proyecto del Estado indiferente, que ponía todos los cultos bajo una legislación igual. No pocos católicos pensaban que en la práctica un régimen que respetase la libertad de la Iglesia era mejor que aquel régimen sedicente cristiano que de hecho la había oprimido. Y la experiencia así parecía atestiguarlo, ya que en la Francia escéptica había brotado

42 Cit. ibid., p.64.
43 Cit. ibid., p.65.

un sinnúmero de iniciativas cristianas verdaderamente admirables, como la fundación de la Sociedad de San Vicente de Paul, las lecciones de Ozanam, las campañas de Montalembert. De este modo, renunciando en cierta manera a abogar por la impregnación cristiana de todo el tejido de la sociedad, los católicos liberales se limitaban a pedir "una Iglesia libre en un Estado libre", considerando esta nueva solución más como una evolución legítima que como una auténtica desviación. Ya no se quería formular más la tesis católica de la Realeza social de Jesucristo; lo único que se pedía era libertad para el catolicismo. Más aún, fueron numerosos los que llegaron a sostener que dicho régimen de libertad e igualdad era el estado normal y legítimo, y marcaba un progreso sobre la tesis tradicional.

Mons. Pie adhería, en cambio, y con extrema firmeza, a la tesis tradicional. Lo cual no obstaba para que buscase sacar de la situación actual –no aceptada en teoría– todas las ventajas posibles para la propagación del cristianismo. Era la hipótesis después de la tesis, la cuestión prudencial después de la cuestión doctrinal. Sin embargo su posición de fondo implicaba el rechazo del espíritu de "moderación" de muchos católicos, que buscaba atenuaciones en la doctrina, respeto por todas las opiniones, reconciliación con la sociedad apóstata. Le parecía que una actitud semejante desalentaba toda resistencia al mal y enfriaba el odio al error, que es una de las expresiones del amor a las almas y a la verdad.

Juzgando que la posición de Montalembert dañaba a la Iglesia, Mons. Pie comunicó al Papa su intención de redactar una Tercera Instrucción Sinodal sobre los errores del tiempo, donde incluiría las afirmaciones del catolicismo liberal: "Allí paso revista –le decía a Pío IX–, según mis débiles luces, a la mayoría de las aberraciones contemporáneas, desde ese naturalismo ateo y panteísta que hace de la naturaleza un Dios, hasta ese naturalismo

mitigado que se contenta con excluir a Jesucristo de las cosas temporales." [44] Poco después la dio a conocer. Remontándose a Atanasio, Hilario, Agustín, Jerónimo, Belarmino y Bossuet, fustiga en ella los diversos tipos de naturalismo: el ateo, el deísta, el abstencionista y el pretendidamente católico. Bien sabía que tal doctrina no tenía a su favor la ola de la popularidad. Pero ello poco le importaba. "Mediocre es el mérito de quien se declara apóstol de la verdad cuando todos la reconocen [...] Un pequeño número de reclamantes basta por lo demás para salvar la integridad de la doctrina." [45] Y desdeñando a los que lo acusaban de atentar contra la paz, abrió la Cuaresma de ese año trayendo a colación un pasaje de San Hilario sobre aquella afirmación de San Juan: "Hay muchos anticristos", es decir, enemigos de Cristo. Bajo ese nombre, hizo comparecer al anticristianismo filosófico, político, moral y social. Después del anticristianismo más radical, que niega a Dios Padre, "sustituyendo la realidad de Dios por abstracciones y sueños que fluctúan entre el ateísmo y el panteísmo", denunció el anticristianismo propiamente dicho, el que niega a Jesucristo, Hijo de Dios y Dios como el Padre. Luego decía: "Anticristo es también el que niega el milagro; anticristo el que niega la revelación divina en las Escrituras; anticristo el que niega la institución divina de la Iglesia [...]; anticristo el que niega la superioridad de los tiempos y de los países cristianos sobre los países infieles, o dice que el cetro de Cristo, dulce y bienhechor para las almas, y aun quizás para las familias, es malo e inaceptable para las ciudades y los imperios." [46] A cada una de las denuncias, daba por conclusión esta frase de San Hilario: *Unde moneo, cavete antichristum!* (¡Os advierto, cuidado con el anticristo!).

44 Cit. ibid., p.214.
45 Cit. ibid., p.224.
46 Cit. ibid., p.194.

Las enseñanzas de Mons. Pie prepararon el gran acto que se aprestaba a cumplir Pío IX, quien seguía atentamente sus actuaciones y leía cuidadosamente sus escritos. Si bien los obispos enemigos se mostraban reticentes, cuando no airados, los obispos amigos no ahorraban elogios al Obispo de Poitiers. El de Tours, por ejemplo, cuyo pensamiento era muy semejante al suyo, le escribía: "Debemos mantenernos y seguir nuestra línea. Me afectan muy poco los reproches de exageración que nos dirigen los moderados; nosotros somos exagerados como esa gente que viendo que un carro está por caer al precipicio, se inclina violentamente hacia el lado opuesto."

El hecho es que el Papa apoyaba a estos obispos "exagerados". El 8 de diciembre de 1864, promulgó solemnemente la encíclica *Quanta cura* y el consiguiente *Syllabus errorum*, decisión de capital importancia, tan deseada por Pie, quien así la comenta: "La grandeza del acto del 8 de diciembre consiste precisamente en que la verdad sobre las doctrinas de la Revelación haya sido proclamada frente a la Revolución topoderosa. Y si alguna vez se hace en Europa una restauración social, será gloria de la Iglesia haber propuesto de antemano, en medio de la tempestad y de la noche, el programa del gobierno cristiano tal cual es aún hoy posible sobre la tierra, ese programa fuera del cual no hay salvación para nadie." [47] El Gobierno francés prohibió la publicación del *Syllabus* en el territorio nacional, así como de la Encíclica. Mons. Pie protestó vigorosamente contra dicho decreto y él mismo leyó y comentó ambos documentos en su catedral. Durante el siguiente retiro al clero, desarrolló las explicaciones y refutó la interpretación restrictiva que Mons. Dupanloup daba del documento, mostrando que también el catolicismo liberal caía en la condenación. De hecho, los católicos liberales nunca aceptaron la Encíclica ni el *Syllabus*.

47 Cit. ibid., p.237.

VI. El Concilio Vaticano

Mientras Pie se movía apostólicamente y enseñaba por doquier la doctrina de siempre, aplicándola a los problemas modernos, Pío IX preparaba reservadamente un Concilio Ecuménico. Pie fue uno de los 36 obispos consultados en secreto sobre el programa del mismo. En 1866 fue a Roma y mantuvo tres largas conversaciones con el Papa, donde le pidió que se aprovechara la ocasión para ofrecer una exposición completa de la doctrina católica.

Desde entonces se dedicó a preparar directamente el Concilio, comenzando por encomendarlo a Nuestra Señora, reina del Cenáculo, que presidió el primer Concilio de la Iglesia. Cuando llegó la hora de la convocatoria, se puso en camino hacia Roma. Ni bien llegado, obtuvo una audiencia de Pío IX quien lo felicitó por el acierto de sus pastorales. En una de las primeras sesiones del Concilio resultó elegido miembro de la comisión de la doctrina y de la fe. Pocos días después predicó en la iglesia S. Andrea della Valle sobre la doctrina de San Hilario, que fue aplicando a los tiempos presentes. El día anterior, el Concilio había promulgado su primer decreto, precisamente sobre San Hilario, redactado por Pie, en que exhortaba a que se siguiesen sus huellas, se estudiasen sus escritos, y se restaurase su basílica en Poitiers. Para la misión teológica que el Concilio le había encomendado, Pie eligió como colaborador suyo al P. Gay, y se dedicó a trabajar sobre todo en la redacción del esquema *"de fide"*. El capítulo IV, *"de fide et ratione"*, le es particularmente deudor.

Se planteaba, mientras tanto, el proyecto de la declaración sobre la infalibilidad pontificia. Las posiciones de los Padres conciliares eran en este punto sumamente encontradas. Pie había sido siempre acérrimo defensor de la infalibilidad. En cierta ocasión, aprovechando un descanso entre sesión y sesión, estaba pasean-

do con Mons. Cousseau por la campiña romana, cuando advirtieron que por el mismo camino venía Pío IX en su carroza. Al verlos, el Papa se bajó y abordó enseguida el tema de la infalibilidad. "Santísimo Padre –le dijo Pie–, no estimo que esta definición sea ahora oportuna." Sorprendidísimo el Papa por la afirmación, ya que la posición infalibilista de Pie era ampliamente conocida, le preguntó: "¿Qué quiere Ud. decir?" Respondió Pie: "Sí, Santísimo Padre; después de todo lo que se ha dicho del otro lado para impedirla, no es ya oportuna, se ha hecho necesaria." [48] ¿Quién la había hecho necesaria? Principalmente la actitud de Mons. Dupanloup, según el cual esta cuestión encendería a Europa en llamas y haría llorar a no pocos obispos piadosos. Al comienzo, el Concilio incluía una minoría de infalibilistas reconocidos, una minoría de oponentes resueltos, y una mayoría de obispos indecisos. El discurso que Pie pronunciara en el aula conciliar acabó por inclinar a estos últimos en favor de la infalibilidad. ¿Podría acaso el juez supremo y universal instituido por Jesucristo ser falible en el ejercicio solemne de su supremo magisterio? La constitución dogmática *Pastor Aeternus* fue votada casi por unanimidad. Y Pío IX la promulgó.

A Pie le esperaba una triunfal recepción en su sede de Poitiers. En el patio de su palacio habían levantado una pirámide coronada por una estatua de San Pedro, con esta inscripción tomada de San Jerónimo: *Ecclesia Pictavorum Hilarium de praelio revertentem amplexa est* (La Iglesia de Poitiers ha abrazado a Hilario que vuelve del combate). Sobre su escritorio, Monseñor encontró un Breve de Pío IX felicitándolo por los servicios excepcionales que había prestado a la Iglesia en el curso del Concilio. Poco después, el 20 de septiembre de 1870, las tropas italianas ocupaban Roma, y el 20 de octubre el Concilio quedaba suspendido.

48 Cit. ibid., p.391.

VII. Los últimos años de Pío IX

En 1871, un hecho significativo llenó de gozo al Obispo de Poitiers. Pío IX era el primer Pontífice de la historia que alcanzaba y luego superaba los años de gobierno de San Pedro. "Hermanos –dijo Pie con esta ocasión–, no soy ni seré jamás un cortesano; pero apenas si adelanto el juicio de la historia cuando me animo a decir que Pío IX es la única grandeza viviente en nuestro siglo, la única gloria de la humanidad contemporánea." [49] El aprecio era mutuo. Desde ahora el Papa se dirigiría frecuentemente a Pie para que le mandase listas de candidatos al episcopado. Con ocasión de enviarle una de esas listas, le sugirió al Santo Padre la conveniencia de que las preferencias de Roma "se inclinasen hacia hombres de mérito superior, de santidad probada, de doctrina pura, particularmente los que habían sido expulsados a causa de esto por la administración imperial" [50]. Los candidatos insinuados por Pie fueron frecuentemente aceptados por el Papa.

En ese tiempo, algunos franceses tuvieron la idea de que sería oportuno hacer una consagración de la Francia penitente al Corazón de Cristo, y le pidieron a Pie tomase la iniciativa. Pie consintió gustosamente: Francia, decía, ha cometido un crimen público, nacional y social; debe pues a Cristo una reparación nacional y pública. Se refería concretamente y ante todo a la actitud de la Francia napoleónica en la cuestión de Italia, aunque en el telón de fondo estaba la consideración de la apostasía de Francia por obra de la Revolución. Y sugirió una idea suplementaria, a saber, que la Nación hiciese el voto de elevar al Sagrado Corazón un monumento nacional expiatorio, por ejemplo en Montmartre. La idea se cumpliría en su momento.

49 Cit. ibid., pp.467-468.
50 Cit. ibid., p.469.

A partir de 1873, Mons. Pie se embarcó en un proyecto de cierta connotación política, pero que él consideraba, como de costumbre, a la luz de la doctrina de la Realeza social de Cristo. El Obispo de Poitiers soñaba con la instauración de una Monarquía verdaderamente católica en Francia, que continuase la obra de Carlomagno y de San Luis. Tal proyecto se encarnaba en una persona concreta: el conde de Chambord, descendiente de San Luis, gracias al cual Pie anhelaba "la hora en que Jesucristo volverá a entrar no solamente en las inteligencias y en los corazones de los hombres, sino en las instituciones, en las sociedades, en la vida pública de los pueblos" [51]. De esta época datan numerosos escritos suyos sobre las condiciones que, de acuerdo a la Escritura, ha de tener un rey según el Corazón de Dios, un poco a la manera de Bossuet en su admirable libro acerca de la Política sagrada. Quería que la nueva monarquía fuese como la tradicional, a saber, no arbitraria, ni siquiera absoluta, sino temperada por las libertades y usos locales, por la Iglesia, por las costumbres cristianas. Pero que a la vez fuese un poder respetado y, por ende, fuerte, ya que "el orden consiste en que la fuerza esté al servicio del derecho" [52].

El 5 de agosto del mismo año, el conde de París reconoció al conde de Chambord como único heredero del trono, con lo que la restauración pareció inminente. Pero la unidad entre los dos condes era ilusoria, ya que divergían en los principios. El de Chambord quería una monarquía fuerte, católica, independiente de los partidos; el de París, en cambio, así como los monárquicos liberales que estaban en el poder, apoyaban la monarquía parlamentaria, en un ambiente de partidos. Otra divergencia se manifestó con motivo de la bandera. El conde de París y sus seguidores aceptaban la bandera tricolor, oriunda de la Revolución; el de

51 Cit. ibid., pp.498-499.
52 Cit. ibid.. p.509.

Chambord quería la bandera blanca. Los primeros pidieron a Pie que insistiese sobre Chambord para que cediera en esta materia, ya que el ejército nunca haría suya la bandera blanca. Pie se negó a ello: "Jamás me mezclaré directamente en cuestiones de este género", y además, decía, un trámite semejante desmentiría su propio pensamiento: "La bandera tricolor, en cuanto bandera simplemente política, es irremediablemente revolucionaria. Significa la soberanía popular, o no significa nada." [53] Más aún, Pie alabó la decisión intransigente de Chambord: el asunto no era de poca monta, como a primera vista podía parecer, ya que no se trataba sólo de elegir entre una bandera y otra, sino entre una realeza u otra. De hecho el proyecto no se concretó. Los monárquicos liberales consideraron que la intransigencia del conde de Chambord hacía imposible la restauración. Chambord acabó en el exilio y Pie le permaneció fiel. Tras el fracaso del proyecto de restauración, se votó la República en 1875.

Las grandes desgracias públicas encendieron en el alma de Pie un ardiente deseo de su propia santificación. Se fue a hacer Ejercicios en la casa de los jesuitas de la calle Sévres, junto a la tumba de los religiosos mártires de la Comuna. Allí hizo su preparación para la muerte. Estaba en realidad en el último decenio de su existencia; se hubiera dicho que tuvo de ello un claro presentimiento. El martirio lo atraía, por eso quiso estar cerca del sepulcro de los mártires. "Que mis últimos momentos se parezcan a los suyos", escribió en sus notas [54]. El tema del retiro fue el sacrificio: el sacrificio de la cruz, el sacrificio de la Misa, el sacrificio de la propia vida.

El año 1875, el de su Jubileo, fue enlutado por un duelo: la muerte del gran luchador y amigo, dom Guéranger. Su amistad

53 Cit. ibid., p.526.
54 Cit. ibid., p.451.

con el abad de Solesmes databa de antes de ser obispo y se había aquilatado en los mismos combates sostenidos con idéntica pasión. Divergían sólo en la manera de luchar: Guéranger era más arrojado y se lanzaba de cabeza a la lucha doctrinal, Pie era más cauto en orden a mejor asegurar el éxito. Pero ambos tenían los mismos amigos y los mismos enemigos. Pie fue invitado a pronunciar su sermón fúnebre en Solesmes, donde lo presentó como el hombre suscitado por Dios para restaurar la Orden monástica y para reparar la Iglesia en Francia.

Sus fuerzas físicas comenzaban a declinar. Lo que nunca se eclipsaba era el nivel de su conversación. Pie era un gran conversador: vivo, animado, chispeante, gracioso. A medida que disminuían sus fuerzas crecía su vida espiritual, dándose ahora a la lectura de un maestro moderno de espiritualidad al que mucho admiraba: el Padre Faber, del Oratorio de Londres. Lo leía, lo saboreaba, lo extractaba.

Fue también en 1875 cuando recibió la visita del conde de Mun, el gran apóstol de la cuestión social, quien lo invitó a hablar en el Segundo Congreso de la Unión de las Asociaciones obreras. Pie aceptó con gusto y pronunció el discurso de apertura. Tras escuchar la ponencia de su principal orador, el conde de Mun, no vaciló en alabar "a aquel cuyo celo es ardiente como la llama de sus ojos, cuya espada es aguda, soldado del ejército de Cristo y del ejército de los Francos, orador de una cruzada nueva, que levanta multitudes de trabajadores hasta las alturas del espíritu de fe y de sacrificio" [55]. El conde de Mun sería posteriormente elegido para integrar el Parlamento desde donde, a instancias de Pie, proclamaría con altivez, en la cuestión de la enseñanza, lo que llamó "el derecho de Dios".

55 Cit. ibid., p.565.

Desde su rincón de Poitiers, Mons. Pie consideraba atentamente la situación de la Iglesia entera, sujeta en ese momento a una vasta red de conspiración anticatólica. En Alemania se anunciaban las primeras violencias del Kulturkampf. En Italia, Garibaldi resultaba elegido en los escrutinios. En Brasil, uno de sus amigos en el Concilio, Mons. de Macedo, obispo de Pará, era encarcelado en Río por su noble resistencia a la Francmasonería, lo que le valió una espléndida carta de Pie. En todo estaba Pie. Su corazón era de veras católico.

El mismo año 1875, tan fecundo en su vida episcopal, vio la realización de uno de sus designios más codiciados: la institución canónica de una Facultad de Teología en Poitiers. Mons. Pie quería que esta ciudad, que desde Hilario y Fortunato había sido un centro de cultura, fuese también ahora la ciudad de la cultura católica romana. Para eso pidió la colaboración de la Compañía de Jesús, con la intención de incluir también los estudios de filosofía. Deseaba que los jesuitas realizasen en Poitiers lo que desde hacía tres siglos estaban haciendo en el Colegio Romano: formar sacerdotes en la ortodoxia para que luego fuesen los apóstoles de la verdad. Puso todo bajo el patrocinio del Doctor Angélico: "Santo Tomás ha faltado a nuestros contemporáneos –les decía a sus sacerdotes reunidos–, incluso a aquellos mismos que lo nombran con respeto, que le toman, cuando es necesario, algunos textos sueltos, pero que no lo han frecuentado para conocerlo, y para quienes tanto su doctrina como su método permanecen como un libro sellado. La filosofía, en particular, no ha sabido sino extraviarse desde que no lo tuvo por guía, y no volverá a ser digna de ella misma sino retomando sus huellas durante tanto tiempo abandonadas." [56] Se adelantaba así a los futuros pronunciamientos de León XIII.

56 Cit. ibid., p.576.

El mismo Pie nos ha dejado en una "Memoria" los motivos que lo llevaron a acometer semejante empresa: "No es suficiente pasar el tiempo luchando contra las falsas doctrinas, mediante discursos y escritos. Hemos tardado demasiado para entrar en la acción práctica, para trabajar por formar una generación alimentada de fuertes estudios, sin los cuales incluso aquellos mismos que creen reaccionar contra las malas corrientes ceden en infinidad de puntos. La instrucción es sobre todo necesaria al clero. Todo lo que ha sucedido con ocasión del Concilio Vaticano demuestra hasta qué punto las bases de la teología, de la filosofía y del derecho natural y cristiano faltan a la generación eclesiástica contemporánea. Nuestro colegio teológico será la regla y la luz de las futuras universidades católicas... para asegurar la integridad de las doctrinas, la pureza de la fe, y por consiguiente la salvación de las almas y de la sociedad." [57]

Insistió el obispo ante la Compañía para que aceptase esta obra, aplicándose en demostrarle que tal era hoy su misión principal, que no había hoy ninguna otra más actual, más oportuna ni útil que ésta. El P. Beckx, General de la Orden, respondió alabando el proyecto "tan digno del Ángel de la Iglesia de Poitiers" [58]. "Yo sé –le decía– que el Santo Padre está muy satisfecho de las bases que le habéis propuesto, y Su Santidad me ha expresado su deseo de que yo secunde eficazmente la realización de vuestro proyecto. Este deseo del Vicario de Cristo es una orden para mí y prenda de bendición divina." Efectivamente, Pío IX hizo público un Breve por el que erigía canónicamente el Instituto. En él, tras recordar las glorias de la Iglesia de Hilario y de Fortunato, así como la antigua Universidad erigida por Eugenio IV en 1431, alaba la ciencia y los trabajos del obispo actual y

57 Cit. ibid., p.578.
58 Cit. ibid., p.580.

elogia a los profesores que del Colegio Romano han ido a Poitiers. Pie quería para su Universidad el espíritu de la romanidad. "La fórmula habitual que empleo entre mis colegas del episcopado –decía– es que la Facultad de Poitiers es una sucursal del Colegio Romano." [59] La neonata Universidad, a la que el General de la Compañía envió diez profesores, acogió jóvenes de todo el país.

A comienzos de 1876, el Papa le ofreció a Pie la sede de Lyon. Pie se rehusó respetuosamente. Quería ser hasta el fin Obispo de Poitiers, la diócesis con que se había desposado.

En mayo de 1877 se dirigió a Roma para el cincuentenario del episcopado de Pío IX, y predicó el día aniversario en la basílica de S. Pedro in Vinculis. Tras el retorno, convocó a sus sacerdotes para un retiro espiritual. Se sentía ya con pocas fuerzas, al punto que en esa ocasión debió hacerse transportar en un pequeño sillón, desde donde siguió instruyendo a sus sacerdotes sobre los deberes de la vida presente. Pensando que no estaba remoto su paso a la eternidad, encargó imprimir una edición con sus obras completas. El último volumen, el octavo, incluía un epílogo y un índice general. En el epílogo, espléndidamente redactado por el P. Georges Longhaye S. J., se ofrece el admirable cuadro de esos 25 años de episcopado consagrados a predicar, defender y promover el reino de Dios. El índice analítico corrió a cargo de los benedictinos de Ligugé, que tanto lo amaban. Al conocer la obra, Pío IX expresó su deseo de que fuese propagada en todo el ámbito de la Iglesia.

59 Cit. ibid., p.592.

VIII. Cardenal de la Santa Iglesia

En 1878, murió Pío IX. Pocos quizás hayan deplorado esa muerte como Pie, que siempre se había sentido en tan estrecha comunión con ese gran Papa. Poco después fue elegido nuevo Pontífice el Card. Pecci, tomando el nombre de León XIII. Si bien Pecci integró el grupo de los cardenales infalibilistas, y en este sentido Pie lo sentía cercano, durante treinta años se había mostrado resuelto aunque discreto opositor de la línea intransigente del pontificado de Pío IX. A pesar de ello Mons. Pie, en los dos años de vida que le quedaban, no tuvo con el nuevo Papa ningún choque. Es probable que hubiera experimentado alguna discrepancia si hubiese vivido más, ya que se nos hace difícil imaginarlo apoyando la política del *"ralliement"*.

León XIII le hizo llegar su deseo de que fuera a Roma porque quería conversar con él. Estaba a punto de partir, cuando se enteró de la muerte de Mons. Dupanloup. Ya Pío IX había deseado elevar a Mons. Pie a la dignidad cardenalicia, pero chocó con la pretensión del gobierno francés de obtener esa dignidad igualmente para Dupanloup. Pío IX se había rehusado a poner en el mismo nivel al defensor y al opositor de la infalibilidad. La muerte de Dupanloup hacía desaparecer la dificultad. La tradición quería que hubiese seis cardenales franceses. Había ahora sólo cinco y el gobierno expresó su inclinación por el Arzobispo de Toulouse. León XIII accedió, pero al mismo tiempo comunicó su decisión de crear excepcionalmente un séptimo cardenal francés en la persona de Mons. Pie.

El 26 de mayo de 1879, los dos obispos recibían la berreta cardenalicia de manos del Presidente de la República, según era costumbre. El discurso de Pie fue digno de su grandeza. Tras rendir homenaje a Francia, que acababa de servir los intereses ca-

tólicos en Oriente, y saludar la alianza tradicional de Francia y de la Iglesia, afirmó con fuerza su resolución de emplear el tiempo que le restase de vida a lo que había constituido el tema de sus treinta años de episcopado, a saber, que "nadie puede poner otro fundamento fuera de Cristo Jesús", y que vale tanto para las sociedades modernas como para las antiguas aquello de que "no hay en el cielo otro nombre dado a los hombres en el cual puedan ser salvos si no es el nombre de Jesucristo" [60]. Así proclamó la Realeza de Cristo frente a ese poder anti-cristiano, que aceptaba entonces menos que nunca dicha Realeza.

El nuevo Cardenal hizo su entrada en Poitiers, con una solemnidad semejante a la que caracterizó su llegada como obispo treinta años atrás. La diócesis entera estaba de fiesta. El cardenalato era la coronación de su fecundo episcopado, si bien Pie entreveía en él un presagio de la muerte ya cercana. No se equivocaba: el último año de su vida había comenzado. Lo emplearía para luchar contra la impiedad de los actuales gobernantes. No inauguró dicha lucha, por cierto, luego de su promoción al cardenalato. Ya en la cuaresma de 1879, antes de que fuese elegido Cardenal, la había denunciado en términos severísimos, lo que habría podido hacer cancelar la idea de su nombramiento. La dura Pastoral fue dada a conocer precisamente cuando se negociaba entre Roma y París su promoción al cardenalato. Es que Pie nunca pensó en términos de "carrera" eclesiástica. La única carrera que le interesaba era la carrera hacia la eternidad, el "*cursus*" paulino. En claro ataque a la inepta soberanía del número que se insurge contra la soberanía de la verdad, Pie decía en esa Pastoral a los nuevos gobernantes: "Encarnando en la voluntad de la multitud el derecho supremo de dominar, hemos oído hace poco a la Revolución que nos daba a entender,

60 Cit. ibid., p.672.

en las columnas de uno de sus órganos más autorizados, que el entendimiento entre la Iglesia y la sociedad moderna seguirá siendo imposible mientras no hayamos sacado de nuestros programas la máxima de los Apóstoles: que es preciso obedecer a Dios más que a los hombres, dado que el artículo fundamental y en adelante indiscutible de nuestras constituciones es que la ley brotada de las voluntades del pueblo no conoce nada por encima de ella, y que ella se impone, cualquiera sea, a todas las conciencias!" [61] ¡Cuánta grandeza la de este hombre que así habla de "los funestos proyectos de los impíos" y de "los castigos de la cólera divina", precisamente cuando de esos mismos impíos dependía su púrpura de Príncipe de la Iglesia!

En un retiro posterior explicó a su clero cómo esa lucha no era nada menos que un momento del duelo secular entre la Revolución y la Iglesia, entre el Evangelio de Cristo y el evangelio de la Revolución. "Tenéis en vuestras manos toda la fuerza –dijo dirigiéndose a los poderes impíos gobernantes–, todos los recursos del Estado; formáis una mayoría abrumadora; es el caso, ahora o nunca, de librar batalla; es la ocasión, ahora o nunca, de esperar la victoria. Pronto harán cien años que la Revolución puso el principio; ¿será preciso que se acabe el siglo antes de haber sacado la consecuencia? [...] Vine, vi, vencí [...] El hombre habrá finalmente prevalecido contra Dios." [62]

Fue la última vez que Mons. Pie habló a sus sacerdotes reunidos. Quizás nunca se había dirigido a ellos con tan santa indignación y tanto vigor en la protesta. Cerró su alocución, conminando a su clero a elegir entre la Revolución y la Iglesia, porque nadie puede servir a dos señores. *Tu solus Dominus, Iesus Christus* (Tú único Señor, Jesucristo). Estas palabras fueron su testamento.

61 Cit. ibid., p.682.
62 Cit. ibid., p.692.

Muy fatigado, partió para Roma. En el Consistorio, León XIII le impuso el capelo y le dio por título cardenalicio la iglesia de Santa María de la Victoria. Vuelto a su sede, se enteró de que el Papa había nombrado nuncio en París a Mons. Czacky, con quien colaboraría más que nunca en la elección de nuevos obispos. En 1880 debió retornar a Roma, llamado por León XIII. El viaje le resultó sumamente penoso, creyendo morir en el tren. Tras pasar la semana santa en Roma, recibió una carta del Gobierno francés donde se le comunicaba que la Facultad de Teología de Poitiers no podría en adelante dar títulos ni emplear profesores extranjeros. Era la sentencia de muerte para su dilecta Facultad. Agotado, regresó a Poitiers. El 9 de mayo consagró en la catedral a uno de sus sacerdotes diocesanos como Obispo coadjutor de Meaux, pronunciando un gran discurso. Pocos días después habló en Angulema, con la energía que le era habitual, ante 500 hombres de diversas obras católicas. Luego de exhortar a la obediencia al *Syllabus*, cuyos alcances explicó, terminó diciendo: "Yo estoy de paso entre vosotros; os digo con todo mi corazón: ¡Que la bendición del Señor esté con vosotros!" Esa noche se retiró a descansar más temprano que de costumbre. A la una de la mañana, el vicario general oyó que golpeaban su puerta: era el Cardenal, con el rostro descompuesto, que pedía ayuda. El vicario lo acompañó a la cama y el obispo auxiliar le dio la extremaunción, tras lo cual falleció. Tenía 65 años y había gobernado la diócesis de Poitiers durante más de 30 años.

En su historia del Card. Pie, Mons. Baunard dice, al terminar, que donde ha quedado como vibrando el alma del obispo es en estas últimas palabras que fueron su adiós a la cátedra y la declaración de su última voluntad: "Vosotros todos, mis hermanos, si estáis condenados a ver el triunfo del mal, no lo aclaméis jamás. No digáis nunca al mal: eres el bien; a la decadencia: eres el progreso; a la noche: eres la luz; a la muerte: eres la vida. San-

tificaos en el tiempo en que Dios os ha colocado; gemid por los males y desórdenes que Dios tolera; oponedle la energía de vuestras buenas obras y de vuestros esfuerzos; mantened toda vuestra vida pura de errores, libre de impulsos malos, de tal manera que después de haber vivido aquí unidos al Espíritu del Señor, seáis admitidos a no ser sino uno con Él por los siglos de los siglos." [63]

Mons. Pie había muerto. Ahora estaba delante de Dios, con quien se había hecho un solo espíritu. La Iglesia que dejaba en Poitiers era una Iglesia alimentada con la más sana doctrina, un clero modelado según los principios inconcusos de la fe, numerosos monasterios, seminarios, colegios, cerca de cien iglesias consagradas, la ciudad misma embellecida con nuevos o restaurados monumentos, la ciencia sagrada honrada, la palabra santa sublimada.

Poitiers, al conocer la muerte de su padre, quedó sumida en la tristeza. Durante dos días desfiló el pueblo ante sus despojos. Luego su cuerpo fue llevado a Notre-Dame-la-Grande e inhumado, de acuerdo a su deseo, al pie del altar mayor.

Se esperaba con ansiedad la elección del sucesor. El Gobierno se apresuró por hacer nombrar un obispo que diese un golpe de timón en la conducción de la diócesis. Al fin fue elegido Bellot des Miniéres, vicario general de Burdeos, oriundo de Poitiers. Consagrado en Burdeos en 1881, el nuevo obispo disimuló su orientación hasta el día mismo de su entrada en Poitiers. Al llegar a la catedral, subió al púlpito y leyó su primera pastoral donde parecía propiciar una alianza con la república perseguidora. La consternación fue general. El Capítulo protestó con vigor, quizás en forma demasiado violenta. Mons. Gay, el obispo auxiliar de Pie,

63 Cit. ibid., p.732.

al saber que no seguiría siéndolo del nuevo titular, quien nombró un nuevo vicario general, se esforzó por aconsejar al novel obispo y canalizar en sus justos límites la oposición del Capítulo; no lográndolo, abandonó Poitiers en 1885. Pronto murió, y prematuramente, Mons. Bellot. El Gobierno se apuró de nuevo por cubrir la vacante, no fuera a ser que apareciese un nuevo Pie, y de hecho resultó elegido Mons. Jutteau, cura de una parroquia de Tours, conocido por sus ideas liberales, quien se hizo consagrar en Poitiers en 1889. El Capítulo siguió siendo muy hostil a Jutteau, pero éste, mucho más hábil que su predecesor, supo desarmar numerosas prevenciones y ganarse buena parte del clero. Resueltamente hostil a todo lo que recordase al Card. Pie, llegó a prohibir a Mons. Gay, por aquel entonces superior de una comunidad religiosa en Poitiers, el uso de insignias episcopales en el interior de la diócesis. Gay renunció, retirándose a París donde falleció en 1892. Jutteau murió en 1893.

El Gobierno eligió entonces a un sacerdote parisino más moderado, Mons. Pelgé. Bajo su episcopado (1894-1911) los espíritus se apaciguaron, pero de la obra del Card. Pie no quedó sino un gran recuerdo y una generación de sacerdotes bien formados. Perseveraron asimismo fieles a su espíritu los buenos obispos que el Card. Pie había hecho nombrar. Mons. de Bruey, aquel a quien había consagrado ocho días antes de morir, vivió hasta 1909, y se encontró en perfecta consonancia con San Pío X.

Porque, sin saberlo, el Card. Pie se había hecho un discípulo en Italia. Siendo canciller del obispado de Treviso, Mons. Sarto quiso aprender francés. Su obispo le aconsejó leer las obras completas del Card. Pie. Y así Sarto aprendió a la vez que un francés muy elegante la doctrina más sólida y segura, al punto que llegó a decir de Pie: "Es mi maestro." Hecho Obispo de Mantua, una de las sedes por aquel entonces más difíciles de Italia, siguió el ejemplo de su maestro: veló por la buena formación de sus se-

minaristas, recorrió repetidas veces el territorio a él encomendado, convocó varios Sínodos, publicó numerosas instrucciones doctrinales, renovando así en nueve años dicha diócesis.

Ni bien Sarto fue elegido Papa, tomando posesión de su cargo en 1903, hizo pública su primera encíclica, *E supremi apostolatus*, con la que quiso manifestar de entrada lo que sería el proyecto central de su pontificado. “No faltarán seguramente quienes se esforzarán por escrutar nuestros pensamientos íntimos –dice casi al comienzo– [...] Afirmamos que Nos no queremos ser sino el ministro de Dios que nos ha revestido con su autoridad [...] Por lo cual si se nos pide una divisa que sea la expresión de nuestra alma, jamás presentaremos otra que ésta: *Restaurar todas las cosas en Cristo*.” Mons. Pie había escrito a sus diocesanos, con motivo de la toma de posesión de su sede: “Si nos preguntáis quiénes somos, a qué partido pertenecemos, os responderemos sin dudar: Nosotros somos, seremos entre vosotros, el hombre de Dios [...] Y si debiésemos dar una consigna sería ésta: *Restaurar todas las cosas en Cristo*.”

La coincidencia no es fortuita. Una anécdota servirá para confirmarlo. En cierta ocasión Pío X recibió en audiencia a un sacerdote. Cuando se enteró que era de Poitiers exclamó: “¡La diócesis del Cardenal Pie! ¡Así que Ud. tuvo el honor de ser ordenado por el Cardenal Pie! Lo felicito por ello.” El sacerdote le dijo: “Santísimo Padre, soy su hijo espiritual, no solamente por la ordenación sino por la doctrina.” “Lo felicito doblemente –le dijo el Papa–. Aquí está Monseñor Pie.” Y le mostró las obras del Cardenal en un estante cercano. “Santísimo Padre –le señaló entusiasmado el joven sacerdote–, yo leo y releo sus obras sin cansarme, me impregno de ellas.” A lo que San Pío X: “Perfecto, Ud. hace como el Papa. Hace años que no paso casi un día sin leer algunas páginas. Cuando logro algún momento libre, yo también leo algo de su gran Cardenal.”

Más adelante, el Card. Gasparri, secretario de Estado de Benedicto XV y de Pío XI, escribiría: "La acción que el Cardenal Pie ha ejercitado durante su vida es de aquellas que deben perpetuarse en el seno del clero francés y en la Iglesia universal." Pero el triunfo más espléndido que jamás hubiese podido soñar, no para él sino para la doctrina que enseñó, fue sin duda la encíclica *Quas primas*, promulgada por Pío XI en 1925, que decretó la fiesta de Cristo Rey. ¡Cómo hubiera celebrado el Card. Pie por primera vez esta fiesta en su catedral, leyendo la homilía y comentando línea por línea, como solía hacerlo con los documentos de Pío IX, la síntesis de la doctrina de la Realeza de Cristo contenida en la encíclica!

Segunda Parte

ELPENSAMIENTO DEL CARDENAL PIE

ADENTRÉMONOS ahora en el pensamiento del Cardenal, según se nos manifiesta a través de sus obras publicadas. De alguna manera dicho pensamiento ya se nos ha revelado a través de su misma actuación. Sin embargo Pie no es solamente un militante de la doctrina, sino también un acabado expositor de la misma. Una exposición llena de vigor doctrinal al tiempo que pletórica de belleza, la belleza de la verdad, el *splendor veritatis*, como pocas veces hemos conocido.

Porque Pie no se limita a predicar la verdad sino que la predica bien. No es expositor frío de una doctrina que debe repetirse mecánicamente, una y otra vez, sino alguien que ha encontrado acentos líricos y hasta patéticos para ofrecerla a un público no siempre preparado, a un público aleccionado por los filósofos de la apostasía y los ideólogos de un catolicismo ablandado. A partir de la Sagrada Escritura, de la que hace abundante uso, pero no al modo de los eruditos que creen que sumando citas cimentan mejor lo que afirman, sino amamantándose en ella y tra-

yéndola a colación con una oportunidad que nos pasma; siguiendo por los Padres de la Iglesia, a quienes evidentemente ha frecuentado, y por el Magisterio, del que se revela experto conocedor, supo cumplir acabadamente la labor que caracteriza al verdadero sabio: exponer la verdad y refutar el error.

A lo largo de estas páginas trataremos de sintetizar su enseñanza, de modo que el lector, al acabar el libro, posea un conocimiento orgánico del pensamiento de Mons. Pie. Nuestro método consistirá en darle la palabra, dejándolo hablar lo más posible, limitándose nuestro cometido a eslabonar citas y afirmaciones, con los mínimos comentarios que juzguemos necesarios. El benévolo lector sabrá perdonarnos, pero creemos que ésta es la mejor manera de permitirle al gran Cardenal proseguir aún hoy su autorizada docencia.

Capítulo Primero

LA REALEZA SOCIAL DE JESUCRISTO

Comencemos a exponer el pensamiento del Card. Pie refiriéndonos al tema de la Realeza Social de Nuestro Señor, ya que constituye la piedra angular, el denominador común de todo lo que irá afirmando a lo largo de su vida. El P. Longhaye, S. J., en el artículo que sobre el Cardenal publicara en la revista francesa *Études*, y que luego figuraría como colofón del último tomo de sus obras, dice que si hubiera que buscar un adecuado epígrafe al pensamiento del Obispo de Poitiers, ninguno parecería mejor que el grito apasionado del Apóstol. "Preciso es que Él reine" (1 Cor 15, 25). Así es, en efecto, ya que la proclamación del reino social de Jesucristo aparece en todas partes, en sus predicaciones solemnes, en sus homilías familiares, en sus conversaciones con el clero, en sus polémicas con los ministros masones, e incluso en sus charlas privadas. Más aún, agrega Longhaye, aun cuando no lo enuncie directamente, se lo siente circular a flor de piel, "como un fuego latente que a todo da calor y vida." [64]

64 *Oeuvres*, Tomo VIII, p.266; cf. pp.265-266. En adelante citaremos tan sólo el tomo y las páginas correspondientes.

Lo que Pie más lamentaba, especialmente en su siglo apóstata, era el olvido de esta verdad central del cristianismo. "Se habla de Jesucristo redentor, de Jesucristo salvador, de Jesucristo sacerdote, es decir, sacrificador y santificador; pero cuando se habla de Jesucristo Rey, la gente se espanta; se sospecha que hay en ello alguna invasión, alguna usurpación de poder, alguna confusión de atribuciones y de competencia." [65]

I. El Señorío de Cristo y la Encarnación del Verbo

El misterio de la Realeza de Cristo hunde sus raíces en el misterio de la Encarnación del Verbo. Es precisamente en la persona del Verbo encarnado donde se realiza el verdadero reino, que es un reino de paz, es decir, un reino donde impera la verdadera jerarquía, donde se restauran las relaciones legítimas del hombre con Dios y del hombre con la creación. Al hacerse carne, el Verbo no se aparta del Padre, sino que le somete su humanidad. Descenso admirable de Dios entre los hombres, descenso salvífico, que nada tiene que ver con "descensos" pecaminosos, con nuestros ilegítimos movimientos de conversión a las creaturas. El Verbo desciende no para sumergirse en el cosmos y allí permanecer, sino para elevarlo, para restaurar la jerarquía conculcada, para restaurar el Reino. [66]

No deja de ser sintomático que ya desde la cuna Cristo quiso que los hombres lo reconociesen como rey. La expresión que emplean los Magos para averiguar su paradero resulta providencial: "¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer?" (Mt 2, 2). Y como si el Verbo encarnado hubiera querido coronar el

65 T. III, p.511.
66 Cf. T. III, p.77.

periplo de su vida con una interrogación similar a la de los Magos, hará que Pilatos le pregunte: “Por tanto, ¿tú eres rey?” (Jo 18, 37). La respuesta de Cristo fue pronunciada con un acento tan majestuoso y señorial que Pilatos, no obstante los insistentes reclamos de los judíos, se sintió movido a proclamar dicha realeza con un título público (cf. Jo 19, 19-22), escrito en las tres lenguas de la universalidad. Con relación a esto recuerda Pie un notable texto de Bossuet, en su primer *Discurso sobre la Circuncisión*: “Que la realeza de Cristo sea promulgada en la lengua hebraica, que es la lengua del pueblo de Dios, y en la lengua griega, que es la lengua de los doctos y de los filósofos, y en la lengua romana, que es la lengua del imperio y del mundo, la lengua de los conquistadores y de los políticos. Acercaos ahora, Judíos, herederos de las promesas; y vosotros, Griegos, inventores de las artes; y vosotros, Romanos, señores de la tierra; venid a leer este admirable escrito: doblad las rodillas ante vuestro Rey.” [67]

Aun cuando la realeza universal de Cristo, en cuanto Dios, concluye Pie, se remonta a lejanos tiempos, a tiempos eternos, si vale la paradoja, ya que como tal es Rey desde toda la eternidad, y consiguientemente al entrar en este mundo trae consigo el título eterno; sin embargo, en cuanto hombre, conquistó la realeza con el sudor de su frente y el derramamiento de su sangre. [68]

II. Al nombre de Cristo se doble toda rodilla

Pie ha desarrollado con cierta amplitud esta materia en una homilía que pronunciara a raíz de la fiesta de San Hilario, donde se refirió a la extensión universal de la realeza de Cristo, en base

67 Cit. T. III, p.512.
68 Cf. ibid.

a aquel texto del Apóstol: "Al nombre de Jesús doble la rodilla todo cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre" (Fil 2, 10-11).

Sigamos el análisis que a partir de este texto elabora el Cardenal. Por el mero hecho de ser el Hijo de Dios encarnado, Cristo ya era Señor supremo. Sin embargo, a su derecho de nacimiento tuvo la noble ambición de sumar el derecho de conquista; quiso poseer a título de mérito, y como consecuencia de los actos de su voluntad humana, lo que su naturaleza divina le otorgaba ya. ¿Cuál fue la fuente de tal mérito? Los tres versículos precedentes de la misma epístola paulina nos lo señalan (cf. vers. 6-8). Allí se nos dice que "se anonadó a sí mismo, se humilló a sí mismo". Es cierto que también Lucifer se anonadó, se degradó por debajo de su nivel primitivo. Pero no descendió porque quisiera descender. Al contrario, por impulso de su orgullo, por un ímpetu sacrílego de su voluntad, por un crimen de lesa majestad divina, pretendió elevarse, alzarse por encima de su rango: "Me elevaré sobre las cumbres de las nubes –dijo–, y seré igual al Altísimo" (Is 14, 14); y fue por castigo de ese terrible acto que decayó de su primer estado. Algo semejante pasó con nuestros primeros padres, caídos también de su situación original en castigo de su soberbio consentimiento a la tentación del demonio: "Seréis como dioses, conocedores del bien y del mal" (Gen 3, 5). No acaeció así con el Verbo encarnado. Su descenso no es el resultado de ningún castigo. Él, que era el Hijo de Dios, consustancial al Padre, se abajó voluntariamente, *se anonadó,* se humilló, inclinándose hasta el nivel de nuestra naturaleza. Y, siguiendo la lógica del amor, no se detuvo acá, sino que se hizo esclavo, eligió la confusión con preferencia a la honra, la pobreza en lugar de la riqueza, el sufrimiento en vez de la alegría, llevando tal abajamiento hasta la muerte y muerte de cruz. Pues bien, a este

Verbo humillado, a este Verbo "abreviado", como hermosamente lo llamaron algunos Padres, Dios lo exaltó, quedando así restablecido el orden, de tal forma que en adelante al nombre de ese Cristo deberá doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

Pie explica a continuación de qué modo Cristo es honrado como rey y señor en esos tres niveles. En el cielo, ante todo, en cuanto que los ángeles y los santos no tienen otra ocupación que la alabanza, según aquello del Apocalipsis: "El Cordero que ha sido inmolado es digno de recibir el poder y la divinidad, la fuerza y el honor, la gloria y la bendición" (Ap 5, 12). Es cierto que Cristo no necesitó resucitar y ascender a los cielos para recibir la adoración celestial, sin embargo por su inmolación mereció que su alma humana y su misma carne fuesen colocadas en lo más excelso de los cielos, de manera que en las alturas todas las rodillas se prosternasen ante su presencia. Lo mismo acaece en los infiernos; lo que los elegidos hacen en el cielo por un acto de amor, los demonios y condenados lo realizan por fuerza y por temor, aplastados bajo la majestad de Cristo, según aquello de Santiago: "Creen y tiemblan" (Sant 2, 19).

"Pero lo que importa sobre todo saber y comprender –prosigue el Cardenal–, lo que hemos querido principalmente enunciar en este día, es el mandato imperado a la tierra: *Ut in nomine Iesu omne genu flectatur... terrestrium* («Para que al nombre de Jesús se doble toda rodilla... de los que se encuentran en la tierra»). Sí, nada hay acá abajo, nada hay en la tierra que no deba doblar su rodilla ante el nombre de Jesús. Habiéndolo Dios resucitado de entre los muertos, habiéndolo puesto a su diestra en los cielos, y habiéndole dado un nombre por encima de todo nombre pronunciable, no solamente en el siglo presente sino también en el siglo futuro, puso todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza a toda la humanidad regenerada. *Et omnia subjecit sub*

pedibus ejus, et ipsum dedit caput supra omnem Ecclesiam («Y sometió todas las cosas bajo sus pies y lo dio como cabeza sobre toda la Iglesia», Ef 1, 22). Y así como es deber de toda rodilla doblarse ante este nombre, es deber de toda lengua reconocer y proclamar su poder soberano: *Et omnis lengua confiteatur* («Y que toda lengua lo confiese»). «Toda rodilla», «toda lengua». No establezcáis excepciones allí donde Dios no dejó lugar a la excepción: *In eo quod omnia ei subjecit, nihil dimisit non subjectum* («Porque en él sometió todas las cosas, nada dejó sin que le quede sujeto», Hebr 2, 8). El hombre individual y el jefe de familia, el simple ciudadano y el hombre público, los particulares y los pueblos, en una palabra, todos y cada uno de los elementos de este mundo terrestre: *omne genu... terrestrium* («toda rodilla... de los que se encuentran en la tierra»), deben sumisión y homenaje al nombre de Jesús." [69]

La realeza universal de Cristo, ejercida no sólo en el cielo y el infierno, sino también en la tierra, es para Pie un punto incontestable de la doctrina cristiana. [70]

III. Las tres primeras peticiones del *Pater*

Es el mismo Jesucristo quien nos ha compendiado, al comienzo del Padrenuestro y en forma de súplica, los motivos de la Encarnación, Pasión y Resurrección del Verbo encarnado: la glorificación del nombre de Dios sobre la tierra, el establecimiento del Reino de Dios sobre la tierra, el cumplimiento de la voluntad de Dios sobre la tierra. Tres anhelos que no son sino uno, y que se escalonan con cierto orden y gradación descendente.

69 T. VIII, pp.61-62: cf. pp.56-62.
70 Cf. T. III, p. 511.

Para esto el Verbo eterno hizo su ingreso en la historia y en el tiempo. La Iglesia por Él fundada no tiene otra misión que la de dirigirse a todos los individuos, a todas las asociaciones naturales, a todas las naciones, para hacer efectiva la razón de la Encarnación. Cristo lo afirmó con absoluta claridad: "Id a todas las naciones" (Mt 28, 19). La misión de Cristo, y consiguientemente de la Iglesia, tiene un carácter público, un carácter social. Dios debe ser glorificado como en el cielo también en la tierra, en todo el mundo, por todos los individuos y por la totalidad de las naciones. Y así como antiguamente Dios envió a los profetas para reprochar a las naciones y a sus jefes su apostasía y sus crímenes, e incitarlos a la conversión, así envía a sus apóstoles a todos los pueblos, imperios, soberanos y legisladores, los envía para "llevar el nom-bre de Cristo ante las naciones y los reyes" (Act 9, 15). [71]

Cada uno de los cristianos es partícipe de esta misión de Cristo y de la Iglesia. La tarea del católico no es otra que contribuir a la realización del triple anhelo de Cristo, expresado en las tres primeras peticiones del Padrenuestro, tratar de que Dios sea glorificado, que llegue su Reino, y que todo lo que sucede en la tierra no sea sino el eco de lo que acaece en el cielo: *Sicut in coelo et in terra* (Así en el cielo como en la tierra). El cristiano no es pues una persona encerrada en sí misma, en su reducto individual, sino un hombre social, público; su denominación misma lo indica, es "católico", es decir, universal. "Jesucristo, al enseñar la oración dominical, dispuso que ninguno de los suyos pudiese cumplir el primer acto de la religión, que es la oración, sin ponerse en relación, según su grado de inteligencia y la extensión del horizonte que se abre ante él, con todo lo que pueda hacer progresar o retardar, favorecer o impedir el reino de Dios sobre la tierra. Y, evidentemente, como las obras del hombre deben

71 Cf. T. III, pp.513-514.

estar coordinadas con su oración, un cristiano no es digno de tal nombre si no se emplea activamente, de acuerdo a la medida de sus fuerzas, en procurar este reino temporal de Dios, en despejar lo que lo obstaculiza." [72]

El católico trabajará en favor de esta Realeza sabiendo de antemano que Cristo pidió, y su Padre le dio, todas las cosas, todo le fue entregado. Su trabajo se desarrolla así sobre lo que en derecho ya es de Cristo, en orden a que lo sea también de hecho, por la libre aceptación de los hombres y de las sociedades. Es importante advertir que la Realeza de Cristo deriva de lo alto, ya que Él mismo ha dicho: "Mi reino no es de este mundo" (Jo 18, 36), no en el sentido de que renuncie al señorío sobre las cosas de este mundo sino en cuanto que su reino no proviene de este mundo; viene de lo alto, no de abajo. "Mi reino no es de aquí", es decir, por una parte, no es fruto de la voluntad del hombre, ni resultado de una compulsa electoral, y por otra, no es como los reinos meramente humanos, que nacen, crecen y desaparecen. Ningún poder terrestre será capaz de erradicarlo de la tierra. [73]

IV. No queremos que Éste reine

Más adelante expondremos detenidamente lo que Mons. Pie ha dicho acerca de la apostasía de las naciones, la destrucción de la Cristiandad. Basten aquí algunas consideraciones generales. Muchos, observa, viven cual si el Hijo de Dios no hubiera venido a la tierra. Esa ignorancia fingida constituye una verdadera injuria al mismo Dios y sobre todo a Cristo, quien al proclamar la universalidad de su designio, hizo ilegítimo cualquier tipo de

72 T. III, p.500; cf. pp.499-500.
73 Cf. T. III, p.513.

abstencionismo. "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra –dijo a sus apóstoles–; id, pues, y enseñad a todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñadles a obedecer todo lo que yo os he prescrito" (Mt 28, 19-20). Y según otro evangelista: "Id al mundo entero, enseñad el Evangelio a toda creatura. El que crea y se bautizare se salvará, el que no crea se condenará" (Mc 16, 15-16). No son pocos quienes, a pesar de todo, se creen exentos de inclinarse ante Aquel frente al cual "ha de doblarse toda rodilla", según ya vimos había dicho Pablo a los filipenses. Algunos postulan, en vez de la doctrina enseñada por Cristo, una ciencia inventada por los hombres, autónoma y subversiva, olvidando aquello que escribía el mismo Apóstol: "Dios nos ha dado armas poderosas para destruir esta fortaleza filosófica donde te refugias, para derrocar toda altanería que se eleve contra la ciencia de Dios, y para cautivar toda inteligencia bajo el yugo de Jesucristo" (2 Cor 10, 4-5). Hay asimismo quienes están dispuestos a aceptar tan sólo a un Jesús restringido, limitado, a pesar de que, como enseña la Escritura, "plugo a Dios restaurar todas las cosas en Jesucristo... a quien puso por cabeza de todas las cosas" (Ef 1, 10.22), y someterle de tal manera la naturaleza entera que nada escapase a su imperio (cf. Hebr 2, 8); no existe un cristianismo a medida del hombre, con márgenes y reservas. Están por fin los que militan activamente contra la Realeza de Cristo, tratando de sustraerle los individuos y las naciones. Todos ellos, sean enemigos declarados de Jesucristo, sean neutrales, sean cristianos "hasta cierto punto", constituyen, en última instancia, el ejército del Anticristo. "Esta piedra que queríais repudiar es la piedra angular, fuera de la cual no hay salvación; porque no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres en el cual puedan ser salvados, si no es el nombre de Jesús" (Act 4, 11-12). [74]

74 Cf. T. II. pp.386-387.

Analizaremos luego el proceso por el cual el hombre, que comenzó sustrayéndose a la soberanía de Dios, acabaría por declararse a sí mismo soberano, proclamando luego la soberanía del pueblo. "Era fácil preverlo. El hombre no había cumplido una obra abstracta al proclamar sus derechos y al decretar su soberana independencia; una apoteosis puramente metafísica no lo hubiese satisfecho por largo tiempo. Es propio de Dios amarse a sí mismo, dirigir todo hacia Él. El hombre, convirtiéndose a sí mismo en su Dios, sólo fue consecuente al encauzar todo hacia él mismo como a su fin último. La moral y el culto debían constituirse en armonía con el dogma; y, una vez admitido el dogma de la deificación del hombre, la idolatría de sí se convertía en un culto racional, y el egoísmo era elevado a la dignidad de religión." [75]

Por desgracia este "no queremos que Cristo reine sobre nosotros" es un grito que encuentra eco en no pocos católicos, especialmente aquellos que integran el llamado "catolicismo liberal". Pie aludirá a ellos ampliamente en sus homilías y otros documentos, como lo veremos más adelante. Limitémonos por ahora a un texto donde el Obispo de Poitiers se refiere a dicho tema. Como punto de partida recurre a una hermosa cita de San Gregorio Magno, donde ese santo Doctor, comentando el misterio de la adoración de los Magos, cumplimiento de las profecías que preanunciaban para el Mesías la adoración de todos los reyes y la sumisión de todas las naciones de la tierra, afirma: "Los magos reconocen en Jesús la triple cualidad de Dios, de hombre y de rey: ofrecen al rey el oro, a Dios el incienso, al hombre la mirra. Ahora bien, hay algunos herejes que creen que Jesús es Dios, que creen igualmente que Jesús es hombre, pero que se niegan absolutamente a creer que su reino se extiende por doquier." Lo que así comenta Pie: "Me dices, hermano, que tienes la conciencia

75 T. I, pp.598-599.

en paz, y aceptando totalmente el programa del catolicismo liberal, entiendes permanecer ortodoxo, sobre la base de que crees firmemente en la divinidad y en la humanidad de Jesucristo, lo cual es suficiente para constituir un cristianismo inobjetable. Desengáñate. Desde el tiempo de San Gregorio, había «algunos herejes» que creían esos dos puntos como tú; y su «herejía» consistía en no querer reconocer al Dios hecho hombre una realeza que se extendiese a todo: «se niegan a creer que su reino se extiende por doquier». No, no eres irreprochable en tu fe; y el papa San Gregorio, más enérgico que el *Syllabus*, te inflige la nota de herejía si tú eres de aquellos que, creyendo deber suyo ofrecer a Jesús el incienso, se niegan a agregar el oro." [76]

El clamor de los que, en una u otra forma, hacen suyo el viejo grito "No queremos que Éste reine", eco del satánico *"Non serviam"*, por resonante que sea, nunca será capaz de destronar a Jesucristo. Porque todos somos súbditos de Dios, ya reconozcamos su autoridad, ya rechacemos su soberanía. El mundo fue creado para su gloria. La soberbia del hombre nada puede contra el imperio del Señor [77]. Será preciso, sin embargo, y tal es la tarea de la Iglesia, convencer a los hombres, sobre todo a los hombres públicos, de que nada lograrán en orden a la consolidación de los individuos y de las naciones, mientras se resistan a poner como base la piedra, la única piedra que ha sido puesta por la mano divina: *Petra autem erat Christus* ("La piedra era Cristo", 1 Cor 10, 4). [78]

76 T. VIII, pp.62-63.
77 Cf. T. VII. pp.380-381.
78 Cf. T. VIII, p.54.

Capítulo Segundo

NUESTRA SEÑORA

Un lugar de privilegio ocupa en el pensamiento y el corazón de Mons. Pie la figura de la Santísima Virgen María, la Madre del Verbo encarnado, la Madre de Dios, del hombre y del rey.

I. De Nuestra Señora de Chartres a Nuestra Señora de Poitiers

Podría decirse que el itinerario espiritual del Card. Pie coincidió con el itinerario físico de su vida: de Chartres a Poitiers, de Notre-Dame de Chartres a Notre-Dame de Poitiers.

Fue en Chartres donde, bajo la mirada de Nuestra Señora, sintió su primer llamado al sacerdocio y allí cumplió su formación sacerdotal. En Chartres asimismo lo consagraron obispo, lo que así recuerda: "Virgen María, fue bajo tus miradas maternales, en el más religioso y magnífico de los santuarios elevados a tu gloria

por mano de hombres, que yo recibí, hace 25 años, la unción del crisma que hace a los pontífices. Tú me permitiste que te entregara en ese día el resto de mi vida, así como tuviste sus primicias, y no he querido otra divisa que la que me proclamaba «vuestro»: *Tuus sum ego* (Tuyo soy)." [79] Al adoptar dicha fórmula, tomada del Ps 118, 94, Pie afirmaba que no quería pertenecerse a sí mismo, poniendo en María la razón de su esperanza, afirmaba que ya no quería fundarse en sus fuerzas sino en la omnipotencia suplicante de Nuestra Señora. [80] Así como en Chartres había aprendido a pronunciar el nombre de María, aspiraba a que fuese el mismo nombre el que cerrase sus labios; que el nombre de María se le hiciese familiar como su respiración, que constituyese el alfa y el omega de su sacerdocio [81].

Su amor a la Santísima Virgen encontró encendidas expresiones en su admirable discurso con motivo de la coronación de Nuestra Señora de Chartres, donde fue mostrando cómo la Virgen preside toda la maravillosa fábrica de ese monumental edificio [82]. Citaremos profusamente dicho discurso cuando expongamos, más adelante, su concepción de la liturgia y de la belleza sacras.

El espíritu mariano de Chartres marcó a Mons. Pie, y lo condujo en peregrinación físico-espiritual hasta la sede de Poitiers, donde encontraría a la misma Virgen bajo otra advocación. Allí cantaría con nuevos acentos las glorias de Nuestra Señora, coronada Reina de Poitiers: "María tiene derecho a todos los géneros de coronas a la vez: la corona del mérito y de la virtud, *lau-*

79 T. VIII. p.253.
80 Cf. T. I, pp.105, 122-123.
81 Cf. T. I, p.127.
82 Cf. T. II. pp.266-291.

rea virtutis, porque es la única creatura humana que jamás conoció ni contrajo el pecado, y supera en santidad a los querubines y serafines; la corona de la ciencia y de la doctrina, *laurea doctoralis*, porque conoció todos los secretos del Verbo, y el libro de la vida le fue revelado; la corona del combate y de la victoria *corona triumphalis*, porque aplastó las falanges infernales y aniquiló todas las herejías; la corona de la entrega y del coraje cívico, *corona muralis*, porque defendió los muros de la ciudad santa contra el furor de los asediantes y contra el desfallecimiento de los asediados, y porque gracias a ella todos reconquistamos el derecho de ciudadanía en los cielos; la corona de novia o de esposa, *corona nuptialis*, porque sin perder su diadema virginal, fue asociada en matrimonio inefable a la fecundidad de la naturaleza divina; en fin, la corona real y sacerdotal, *corona regni, infula sacerdotii*, porque habiendo dado a luz al que es rey y sacerdote por excelencia, participó y participará eternamente en la autoridad de su gobierno y en el mérito de su inmolación. He aquí, mis hermanos, todas las grandezas, todas las glorias y, por tanto, todas las coronas de María [...] que finalmente se resumen en una sola: María es la Madre de Jesús; y Jesús, piedra única, es la corona suprema y total de su Madre: *Posuisti in capite ejus coronam de lapide pretioso* («Colocaste en su cabeza una corona de piedras preciosas», Ps 20, 4)." [83]

II. Donde está María allí está Cristo

En el laudante texto que acabamos de citar hemos advertido con cuanta naturalidad une Mons. Pie a la Virgen con Jesús, la Madre con el Hijo. Lo que Dios ha unido no lo separe el hom-

83 T. V, pp.283-284.

bre. El mismo evangelio, anota en otro lugar, señala en diversas ocasiones la conexión que existe entre Cristo y María. Y ello desde los primeros capítulos, como se ve en el relato de la llegada de los Magos a Belén, donde se dice: "Y entrando en la casa, encontraron al niño con María, su madre" (Mt 2, 11). La casa es la Iglesia; cuando se entra en ella se encuentra no solamente a Jesús, sino a Jesús con su madre. La religión cristiana es la religión del Hijo de María [84].

Pie descubre en la plegaria de la Salve una invocación que le parece rica de contenido: *Et Iesum, benedictum fructum ventris tui, nobis post hoc exsilium ostende* (Y después de este destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre). El lenguaje litúrgico]lama "ostensorio" al recipiente precioso que contiene y expone a las miradas del pueblo cristiano el cuerpo eucarístico del Salvador. María es como un ostensorio vivo de Jesús; "*nobis ostende*", le pedimos, que nos muestre a Cristo después de este destierro, en el cielo, pero también que de alguna manera comience dicho ministerio en el tiempo [85].

En uno de sus sermones, verdaderamente espléndido, el eminente orador, recordando aquella expresión que emplea San Juan cuando relata las bodas de Caná: *Et erat mater Jesu ibi* («Y la madre de Jesús estaba allí», Jo 2, 1), entona un canto de alabanza por la cercanía de Nuestra Señora con su divino Hijo. Citemos algunos de sus párrafos más relevantes:

> María está asociada al dogma de la Trinidad. *Et erat mater Jesu ibi*. ¿La veis en nuestro Símbolo, mezclada con las tres adorables personas y con los más impresionantes misterios?

84 Cf. T. VI, p.446.
85 Cf. T. VI, p.450.

¿Veis a la Santísima Virgen en la Trinidad misma? Allí está, no al modo de una extraña, sino como en familia, en la relación más estrecha, con los títulos más incomparables: esposa del Padre, cuya fecundidad comparte; madre del Hijo, al que concibe y pone en el mundo; santuario virginal del Espíritu Santo, que obra en ella el prodigio. *Et erat mater Jesu ibi.*

María está mezclada con la Encarnación: tiene allí una parte principal; no es, por cierto, el sujeto de la misma, pero sí el medio por el cual se realiza; no es el Dios encarnado, es su madre; es la flor que da nacimiento al fruto: *Et erat mater Jesu ibi.*

María está mezclada con la Redención; se encuentra de pie al pie de la Cruz, de pie en la actitud del sacrificador: *Stabat iuxta Crucem* ("Estaba de pie junto a la Cruz" , Jo 19, 25), cooperando a la Redención por su consentimiento, como había concurrido a la Encarnación dándole la acquiescencia de su voluntad. *Et erat mater Jesu ibi.*

María está mezclada con la fundación de la Iglesia; es ella quien preside en el cenáculo, en medio de los apóstoles; es con ella y bajo sus ojos que ellos esperan, que ellos ruegan, hasta la hora en que el Espíritu Santo desciende sobre ellos, y por ellos renueva la faz de la tierra. *Et erat mater Jesu ibi.*

María está asociada al principio de la eterna felicidad de los elegidos. Desde su roca de Patmos, Juan la contempló en los cielos, con el sol por vestido, la luna por estrado, las estrellas por corona (cf. Ap 12, 1) [...] Cuando se entra en la casa del cielo también allí se encuentra al Hijo con la Madre: *Et erat mater Jesu ibi.*

Y así como está asociada a la irradiación de su gloria, lo está también de manera semejante al misterio de la dispensación de la gracia, que es el germen y la raíz de la gloria [...] El discípulo la oyó gritar como a una mujer que da a luz (cf. Ap 12, 2), y no descansará hasta que el número de los elegidos no quede completo [...] Percibo a María al lado de la fuente bautismal, junto a la piscina sagrada de la penitencia y a todas las otras fuentes de la gracia. *Et erat mater Jesu ibi.*

> María está asociada en cierta manera a la presencia real de Jesús en nuestro templo [...] *Ave, verum corpus, natum de Maria Virgine* (Salve, cuerpo verdadero, nacido de María Virgen). No hay un solo templo católico donde, al lado del tabernáculo que contiene el cuerpo de Jesús, no advirtáis la imagen de aquella que fue su tabernáculo viviente. *Et erat mater Jesu ibi* [86].

El lector nos perdonará la extensión de la cita, pero nos pareció que, a más de su contenido en relación con la materia que estamos tratando, ofrecía una idea bastante cabal del estilo de predicación del Cardenal.

En otro sermón volverá sobre el tema, pero esta vez relacionando a Cristo y María como se relacionan el hombre ideal y la mujer ideal. Si Cristo es el Hombre –*ecce homo*– María es la Mujer –*mulier*–, según la llamó su mismo Hijo. Cristo es el "hombre" porque resume en Él la totalidad del género humano, todas las perfecciones y virtudes de la raza; principalmente se muestra tal en el momento solemne de la Pasión, en que su Padre lo aceptó como caución por la entera descendencia de Adán. *Ecce homo* ("He aquí el hombre", Jo 19, 5): si no fuera por Cristo, el Creador habría repudiado la obra de sus manos; sólo en Cristo el Padre encuentra su complacencia, viendo en Él la totalidad de la raza: *omnia simul in te uno* ("todo al mismo tiempo en ti solo") (Tob 10, 5). Y es precisamente cuando Cristo acaba de ser proclamado "el hombre" por excelencia, que él mismo proclama a María "la mujer": *Mulier, ecce filius tuus* (Jo 19, 26). La vieja mujer, la decrépita, había recibido por castigo el dar a luz con dolor; la nueva mujer, la mujer por antonomasia, da a luz a la Iglesia en medio del sufrimiento más acerbo, viendo a su Hijo

86 T. VI, pp.457-459.

clavado en cruz; en el más doloroso de todos los partos le es entregado su hijo por adopción: "Mujer, he ahí a tu hijo" [87].

III. La Inmaculada Concepción

Fue en la época de Pío IX, y por consiguiente del Card. Pie, cuando se proclamó solemnemente el dogma de la concepción inmaculada de Nuestra Señora, suscitándose en la Iglesia una notable corriente de piedad mariana. Obviamente dicho acontecimiento y el misterio que celebra no pudieron pasar desapercibidos para Pie.

En uno de sus sermones alude a esa gloria de María, al tiempo que enrostra a quienes no vacilan en objetarla. Hay gente, dice allí, que se pasa la vida compulsando sus títulos de familia, reuniendo todos los documentos de la vida de sus antepasados, descartando todo lo que pueda afectar su probidad. Y si por acaso alguna sombra de duda se insinúa sobre la dignidad de su madre, sobre el honor de su nacimiento o la nobleza de su progenie, aunque se trate sólo de una mera posibilidad, trata de resolverla lo antes posible y no se queda tranquilo hasta que no la haya dejado resuelta, si fuere necesario, por un tribunal competente. Así acaece, agrega, con la familia sobrenatural a la que pertenecemos. Por el bautismo nos hicimos hermanos de Jesús, miembros de su cuerpo, y recibimos a María por madre. Por eso, cuando lo que había sido creído en todos los tiempos tocante a la pureza original de nuestra madre adquiere por fin la autenticidad de cosa juzgada en última instancia, cuando se desvanece a su respecto toda sombra de duda, no podemos sino alabar al Señor que ha reservado a nuestra época el honor de tal decisión.

87 Cf. T. VII, p.641.

"Y a aquellos que se adelantan fríamente, discutiendo la conveniencia de los tiempos y de los momentos para una decisión semejante, les respondemos con una emoción que no podemos contener: Hermano, tú no eres de la familia de los cristianos, tú no eres de la nación santa; María no es tu madre ni tu reina; tu acento traiciona el corazón del extranjero." [88]

Pie contempla este misterio encuadrándolo en un marco verdaderamente grandioso. Luego que el demonio, el enemigo del género humano, destruyó y subvirtió todo *–unus destruens–*, apareció otro por quien todo fue reconstruido *–unus aedificans–*, Cristo, y por consiguiente María, pues Cristo fue fruto y obra de su seno. "En este encuentro de la destrucción y de la restauración, hubo un conflicto inmenso, y, en consecuencia, hubo trabajo, hubo pena, hubo pesebre, hubo cruz, hubo sepulcro, hubo lágrimas, hubo sangre, hubo muerte; pero también hubo ganancia y provecho. Y este provecho fue la salvación del mundo." [89] El gran restaurador pisoteó la cabeza del gran destructor. La concepción inmaculada no fue sino el primer golpe demoledor que sacudió a Satanás, asestado por ese terrible ejército alineado en batalla que es María.

Pie consideró absolutamente oportuna la proclamación del dogma de la Inmaculada, a diferencia de tantas voces contemporáneas suyas que insinuaban lo contrario. Dicho misterio es actual porque constituye la negación práctica de las doctrinas de mentira que han proferido todas las revoluciones modernas. Porque ¿cuál es la esencia de los sistemas filosóficos de los últimos tiempos, sobre los que se apoyan el socialismo, el comunismo, las utopías de emancipación, de igualitarismo, de soberanía de

88 T. II, p.225; cf. pp.224-225.
89 T. VII, p.69; cf. pp.68-69.

la razón? El denominador común de todos estos errores no es sino la negación de la caída del hombre, del pecado original, y, consiguientemente, de la necesidad de una redención que venga de lo alto. Todo esto ha sido descartado por los modernos educadores de las naciones. Atacar dicha negación es atacar la raíz de todas las aplicaciones aberrantes de nuestro tiempo. Y así la Iglesia, a la vez que quiso honrar de una manera nueva a su Madre, enseñó formalmente la verdad más contestada de nuestro tiempo. "Admitir la Concepción Inmaculada de María es admitir el pecado original; admitir el pecado original, es admitir la redención, la intervención sobrenatural de Dios, la revelación, el Evangelio, la ley necesaria del sufrimiento y de la resignación; admitir todos estos puntos es cerrar las puertas al racionalismo, al naturalismo, al socialismo, al comunismo, porque es admitir el cristianismo, que será siempre el obstáculo más insuperable al desorden, el enemigo más intratable de todos los excesos como de todos los errores, el guardián más incorruptible de todas las verdades divinas y humanas" [90].

IV. La intercesión individual y social de Nuestra Señora

En varios de los sermones donde comparece la figura de Nuestra Señora, Mons. Pie destaca su carácter de abogada, "madre de la santa esperanza". La entera tradición de los Padres y Doctores coincide en que el amor a María es una señal, la más cierta, de predestinación. La salvación depende de la caridad, y Nuestra Señora es la madre del amor hermoso, *mater pulchrae dilectionis* (Eccli 24, 24). Al engendrar a Cristo, dio a luz al amor divino encarnado, convirtiéndose en madre de la caridad y del

90 T. II, p.228; cf. pp.226-228.

amor hermoso en cuanto principio general. Pero lo es también con respecto al nacimiento particular de la caridad en el corazón de cada uno de los hombres [91].

La intercesión salvadora de María no se limita tan sólo al plano personal. Es ella también la que mejor conducirá el mundo entero a Dios, la que llevará de nuevo a las naciones hasta el corazón de Jesucristo. A una sociedad desde hace tanto tiempo mutilada, o mejor, decapitada, no será sino ella quien le devolverá su verdadera cabeza, que es Cristo [92].

Nuestra Señora será la mejor consoladora de los buenos en su combate por la realeza social de su Hijo. La debilidad, observa Pie, se advierte por doquier, en los individuos, en los pueblos, e incluso entre los mismos católicos. Es cierto que el número de los perversos es ingente, mucho mayor que en otras épocas. Sin embargo, los malvados constituyen un pequeño número en comparación con los débiles. Y lo que resulta espantoso es que la debilidad está en las inteligencias más aún que en las voluntades y en el carácter; o mejor, las voluntades están sin fuerza, sin decisión, porque las inteligencias carecen de luz, de convicción. "Nuestro tiempo tiene la pretensión de ser el tiempo de los espíritus fuertes; la historia lo llamará el tiempo de los espíritus débiles. La «pusilanimidad», tal es justamente la palabra adecuada. Las almas son pequeñas, sin altura, sin amplitud, sin anchura, sin profundidad; carecen de firmeza, de consistencia." [93]

Pues bien, frente al espectáculo de esta multitud de cobardes, Pie clama con toda su alma: *Sancta Maria, juva pusillanimes* (Santa María, ayuda a los pusilánimes), pidiéndole que venga en ayuda de este mundo de apocados. Ella, que ha dado a luz al

91 Cf. T. VI, pp.450-456.
92 Cf. T. V, p.289.
93 T. V, pp.4-5.

Verbo, que es el poder y la sabiduría de Dios (cf. 1 Cor 1, 24), hará que Cristo habite por la fe en nuestros corazones (cf. Ef 3, 17); y "un alma ya no es pequeña, ya no es estrecha, ya no es débil; es grande, es amplia, es fuerte cuando lleva a Cristo en sí misma" [94].

Asimismo suplica Pie a Nuestra Señora: *refove flebiles* (reanima a los desanimados), refiriéndose a los católicos decaídos. "¿Qué hacemos desde hace varios años sino lanzar suspiros?" [95] La lucha es por cierto sumamente ardua; el mundo se goza *–mundus gaudebit–* y nosotros gemimos *–vos autem contristabimini* (Jo 16, 20)–; de ahí que sea más necesario que nunca tener aliento largo para soportar y para sufrir con paciencia. No en vano dijo Cristo: "Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados" (Mt 5, 5). Y ninguno mejor que Nuestra Señora para consolar abundantemente a los que lloran en la batalla.

Que socorra también a los desgraciados *–sucurre miseris–*, es decir, al mundo entero. "Yo sé que los que inventaron la deificación de la humanidad no toleran que se dude de su satisfacción y de su bienestar. La divinidad no es compatible con la miseria; y si el mundo es Dios, resulta lógico proclamar que el mundo es feliz. Pero la respuesta a esta pretensión está escrita en los libros santos: «Pueblo mío, dice el Señor, los que te declaran bienaventurado», por tanto, los que te deifican, «ésos te engañan»: *Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi decipiunt* (Is 3, 12)." [96] El mundo moderno es profundamente desgraciado, aunque se esmere por afirmar lo contrario. Los más infelices de todos son los que no sienten su infelicidad, los que se pavonean en su desamparo. La mayor calamidad de nuestro tiempo es que los hombres mo-

94 T. V, p.5.
95 T. V, p.6.
96 T. V, pp.2-3.

dernos "siendo realmente desgraciados, miserables, pobres, ciegos, desnudos, se jactan de ser ricos y opulentos, de estar provistos de todo (cf. Ap 3, 17) [...] Oh María, ven en ayuda de estos infortunados que no tienen conciencia de su propia miseria; ábreles los ojos sobre ellos mismos: *Sucurre miseris*" [97].

Que socorra finalmente a los restos supérstites de la Cristiandad: *Ora pro populo* (Ruega por tu pueblo). En el lenguaje de la Iglesia, observa Pie, el pueblo fiel no es sólo un grupo de individuos, sino el concierto de las naciones cristianas, la *"respublica christiana"*, aquello que David había profetizado al hablar de la unión entre los pueblos y los reyes al servicio de un único Señor: *In conveniendo papulos in unum et reges ut serviant Domino* ("Encontrándose pueblos y reyes para servir al Señor", Ps 101, 23). Pues bien, a pesar de que Cristo sea ese Rey en torno al cual deben congregarse los pueblos y sus reyes respectivos, hoy existen pueblos infieles, naciones apóstatas, y los hombres de nuestro siglo no sólo se glorían de haber extirpado el cristianismo social, sino que intentan destruir incluso su clave de bóveda, para que no quede siquiera el recuerdo de la antigua Cristiandad. Frente a todo esto, *Sancta Maria, ora pro populo,* ruega por la Cristiandad, por los restos del mundo cristiano [98].

97 T. V, p.4.
98 Cf. T. V, pp.6-8.

Capítulo Tercero

LOS SANTOS

Uno de los temas predilectos en los sermones del virtuoso Obispo de Poitiers es la presentación y el elogio de los santos. La admiración que suscitan en su generoso corazón es contagiosa para los lectores de hoy y mucho más lo habrá sido para los oyentes de ayer. Podría decirse que Pie se identifica con los santos, los cita como si sus palabras fueran propias, y los presenta como ejemplos dignos de ser imitados en las actuales circunstancias.

Recorramos algunas de sus homilías en honor de diversos santos, precisamente aquellos que mejor caracterizan su manera de ver las cosas.

I. San Hilario

Al exponer la biografía del Card. Pie hemos destacado su especial aprecio por San Hilario, predecesor suyo en la sede de Poitiers, y modelo acabado de obispo doctrinal, apasionado, fun-

dacional y sólido en las virtudes. A pesar de los catorce siglos que los separaban, Hilario constituía para Pie el paradigma de su episcopado. Ya el día de su toma de posesión de Poitiers, en su primera carta pastoral dedicaba algunos párrafos a hablar con su santo antecesor: "Oh Hilario, si para caminar dignamente en seguimiento tuyo, bastase con haber aprendido a gustar la sustancia y la forma de tus escritos, a reverenciar la nobleza y magnanimidad de tu carácter, no careceríamos de alguna confianza. Tus inmortales obras serán, después de los libros santos, el objeto de nuestro estudio más asiduo [...] No tendremos sino que inspirarnos en tu espíritu, y a menudo no tendremos sino que repetir tus palabras; ya combatas el gran error de tu tiempo, es decir, la negación de la divinidad del Verbo, y por consecuencia, de Cristo y de su doctrina; ya expliques a tu pueblo, con tanta unción como saber, con el salterio o el evangelio en la mano, los sentidos misteriosos y las enseñanzas prácticas encerradas en la Escritura. Serás siempre nuestro oráculo, nuestra antorcha; y, colocado sobre tu candelero, no aspiraremos a proyectar otro resplandor que los reflejos de tu luz." [99] Por cierto que cumplió este propósito inicial. Nos impresiona el parecido entre Hilario y Pie.

El Obispo de Poitiers admira en su antecesor algunas especiales facetas de su episcopado. Ante todo el hecho de que Hilario haya sido el pastor que presidió, si no la formación, al menos la organización de su rebaño; el apóstol eminente que predicó el Verbo de Dios a los primeros miembros de la comunidad de Poitiers. Ya la fe había, por cierto, penetrado las tierras potevinas, pero su progreso era tímido. Hilario, no bien hecho cristiano, se convirtió en el apóstol ardiente del evangelio. Y a los fieles de la ciudad, que ya conocían las principales verdades de la fe, se de-

99 T. I, pp.112-113.

dicó a explicarles, con una envidiable maestría, las realidades contenidas en ambos Testamentos [100].

Fue asimismo Hilario, pastor y apóstol, quien puso bajo el yugo del evangelio a los paganos del campo francés, a esos agricultores caprichosos e indómitos que, según el testimonio de San Jerónimo, eran llamados "los indóciles galos". Logró San Hilario que la verdad de Cristo penetrase tan profunda y sólidamente en la cabeza y el corazón de esas poblaciones hasta entonces intratables, que desde aquel tiempo y a lo largo de quince siglos, ningún terror ni tiranía sería capaz de arrebatarles la profesión pública de su fe [101]. "Se lo ha visto bien en el siglo último. Cuando en todas partes lo que restaba de cristianismo se veía obligado a esconderse, en las playas que Hilario holló con sus pasos y nutrió con su palabra, el culto divino se seguía practicando en plena luz; la epifanía de Cristo, eclipsada en el resto de la nación, se mantenía allí de manera permanente." [102]

Pero lo que Pie más ama destacar en la personalidad pastoral de su predecesor es la tenacidad de su lucha contra la herejía, la figura de Hilario como "el guardián de la ortodoxia, el doctor y el vindicador de la divinidad del Verbo; aquel sin el cual las Galias habrían zozobrado en el abismo de la herejía" [103]. Porque fue justamente durante la época en que San Hilario gobernaba la sede de Poitiers cuando comenzó a manifestarse el arrianismo, que se declaraba no solamente contra tal o cual punto de la doctrina revelada por Cristo, sino contra la divinidad misma de Jesús, con lo cual el Verbo acababa por no ser más que una creatura, en modo alguno consustancial al Padre, y por tanto todo el

100 Cf. T. VI, p.153.
101 Cf. T. IX, pp.24-25.
102 T. IX, p.25.
103 T. IX, p.24.

cristianismo quedaba reducido a las proporciones de un Cristo así concebido, de un Cristo meramente terreno, la fe se convertía en algo humano y la religión quedaba recluida en los marcos de una filosofía [104]. "A combatir esta herejía, la primera y la más vasta de todas las que han agitado el mundo, Hilario consagró su vida entera. Sus escritos, sus viajes, sus exilios, sus oraciones, todo ello no tiene sino un objeto: afirmar la divinidad del Verbo, la divinidad de Cristo y por consiguiente del cristianismo, hacer que la filosofía retroceda al campo que le es propio, y conservar intacto el depósito de la fe. Todas las facultades de Hilario, todas las parcelas de su ser no tenían sino una voz y no emitían sino un sonido: Mi Señor y mi Dios, Verbo eterno, Verbo hecho carne." [105] Se mostró una vez más la conveniencia de que haya herejías, ya que por causa del arrianismo, la Iglesia adquirió un defensor del Verbo, un profundizador en el misterio del Verbo, un esclarecedor del misterio del Verbo, un vindicador de la doctrina del Verbo. Tal sería la tarea principal en la vida de San Hilario: "Todos sus escritos, todos sus libros, toda su correspondencia, todos sus viajes no son sino un testimonio en favor del Verbo de Dios, del Verbo eterno que es consustancial al Padre, del Verbo encarnado por quien toda la raza humana se ha hecho participante de la naturaleza divina." [106]

El primer Obispo de Poitiers permanece vivo en la Iglesia, porque la herejía que combatió sigue también viva. En uno de sus escritos, observa Pie, Hilario expresaba su extrañeza por el hecho de que habiendo pasado 400 años desde que Cristo había llenado todo con su religión divina, se encontraran aún espíritus tan audaces que se atreviesen a negar la divinidad del Señor.

104 Cf. T. I, pp.475-476.
105 T. I, p.476.
106 T. VI, p.154.

Pues bien, he aquí que después de haber pasado otros 1.400 años, otros 14 siglos, llenos de Jesucristo, de su espíritu y de sus obras; la impiedad, que al decir del salmista gira en círculo (cf. Ps. 11, 9), vuelve a levantar bajo otro nombre las banderas del viejo arrianismo. También hoy se afirma que Cristo no es sino una persona humana, que su religión es una filosofía como las demás, que puede ser discutida y corregida [107].

Fue precisamente en base a esta vigencia de su predecesor que Mons. Pie se sintió inclinado a solicitar de Pío IX la concesión para San Hilario del título de Doctor de la Iglesia, no al modo de un premio sino como para que quedase bien en claro la actualidad de su docencia. Así lo manifestó él mismo en la hermosísima homilía que pronunciara el día de la solemne promulgación del Breve apostólico que hizo eco a su solicitud. No hay que contentarse, afirmó allí, con el homenaje de la alabanza. En adelante San Hilario ha de convertirse en el texto de los nuevos apologistas de la fe, de modo que "el ilustre doctor del siglo IV les enseñe a combatir los errores del XIX" [108]. En el fondo, los errores son los mismos; la gran herejía actual es el arrianismo, la negación de la divinidad de Jesucristo. Los nombres podrán variar, pero el error no cambia o, como dice citando a San Hilario, "se mueve incesantemente en un mismo círculo, llevando siempre consigo las mismas negaciones y entablando las mismas luchas" (*Ad Const.* II, 4). Y termina: "Que salga de su tumba, que vuelva en medio de nosotros el gran defensor de la consustancialidad del Verbo, el campeón de la inmutabilidad de la verdad revelada. Estamos en pleno arrianismo, porque estamos en pleno racionalismo. Arrio no arrebató al Verbo de Dios su divinidad sino para poner la creatura a su nivel; y la filosofía contemporánea no proyecta rebajar

107 Cf. T. I, pp.476-477.
108 T. VI, p.342.

al Verbo divino sino para igualarse a él, digo mal, para elevarse por encima de él. ¡Oh huesos de Hilario, temblad de nuevo en vuestro sepulcro y clamad todavía: «Señor, ¿quién es semejante a ti?» *Omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi?* (Ps 34, 10)!" [109] Habiendo reaparecido el viejo error, Pie patrocina la reaparición del intrépido defensor del Verbo encarnado; su antigua victoria resulta una prenda de la que él mismo anhela lograr sobre los renacientes enemigos de la divinidad de Jesucristo [110].

El Obispo de Poitiers incita a sus fieles al combate, siguiendo el ejemplo de San Hilario. Se incita a sí mismo al combate porque si, al decir de Job, milicia es la vida del hombre sobre la tierra, ¡cuánto más habrá de serlo la vida de un obispo! La de Hilario no fue sino una lucha continua, lucha principalmente doctrinal. Su mirada sobrenatural le hizo ver en el viejo arrianismo una filosofía tan audaz como deficiente. Las palabras de San Pablo: "Tened cuidado de que nadie os engañe" (Col 2, 8), eran así parafraseadas por el Santo Doctor: "Cuidado de que alguien os despoje mediante una filosofía que no es sino una vana decepción"; los arrianos eran sofistas, y recurriendo al sofisma realizaban "una expoliación" del espíritu; tal es el término final de todo racionalismo: el pillaje, la disolución, la inanición, la muerte. Frente a semejante intento, concluye San Hilarlo, es preciso mantener la serenidad, ya que "una fe sólida no sucumbe a las ilusiones de las necedades humanas, y la verdad no se entrega como un despojo al error". Es un espectáculo parecido al que ofrece nuestro siglo XIX, comenta Pie, en que las filosofías publicitadas no son sino "necedades humanas"; por desgracia muchos hombres de nuestro tiempo han ofrecido la verdad divina, el tesoro más gran-

109 T. I, p.479.
110 Cf. T. I, p.471.

de, como un vil despojo a la filosofía de la mentira [111]. "Aprendedlo de Hilarlo: la consecuencia última de toda filosofía que no está sometida a la fe es la expoliación, la expoliación intelectual, la expoliación moral, la expoliación incluso material" [112].

Constituye una constante en el pensamiento de Pie la convicción de que la tarea de los santos no termina con su muerte. De San Hilario ya lo habían afirmado sus primeros biógrafos, por ejemplo San Gregorio de Tours, según el cual no fue solamente durante su vida, sino incluso después de su muerte que Hilario protegió a su patria contra la invasión de la herejía. Cuando Clodoveo, el primer rey cristiano, se dirigía a combatir al rey arriano de los Godos, vio un globo de fuego que partía de Poitiers, precisamente de la basílica que conserva los restos de Hilario, y que venía hacia él para que, fortificado con su ayuda, combatiese mejor a aquellas tropas heréticas contra las que Hilario había tan valientemente luchado; San Fortunato agrega que Clodoveo, comprendiendo que otro iba a combatir por él –*altero pro se pugnaturo*–, avanzó tan resueltamente al combate que en menos de tres horas logró una resonante victoria. "Oh Hilario –concluye Pie–, el último y el más indigno de tus sucesores ¿podrá esperar que no le negarás un socorro análogo al que diste al primer rey franco? Ir al concilio [113], santo doctor, es ir a combatir al enemigo que has combatido toda tu vida." [114]

Con tales antecedentes no resultan extraños los términos con que Pío IX accedió a sus deseos de que San Hilario fuese declarado Doctor de la Iglesia. "Nuestro Señor Jesucristo –decía el Papa–, habiendo adquirido a su Iglesia al precio de su sangre, y

111 Cf. T. I, pp.230-231.
112 T. I, p.232.
113 Se refiere al Concilio de Burdeos, al que se aprestaba a asistir.
114 T. I, p.233; cf. pp.232-233.

habiéndole prometido su asistencia hasta la consumación de los siglos, en todas las ocasiones en que enemigos poderosos se levantaron para combatirla, no dejó de elegirse hombres eminentes en toda suerte de virtudes, y de oponerlos como baluartes fortísimos y torres inexpugnables. En el número de esos valientes héroes brilla con un esplendor particular San Hilario de Poitiers, suscitado por Dios cuando la herejía arriana se propagaba por el mundo entero, para oponerse sin descanso a ese monstruo horrible y falaz, y cortarle la cabeza con la espada de su doctrina y de su santidad. Pues bien, nuestro venerable Hermano, Luis Eduardo, actual Obispo de Poitiers, que se aplica a caminar sobre sus pasos, y a reproducir el coraje de su muy santo antecesor, se ha ocupado de exponernos el deseo que hace nacer en él la próxima recurrencia del décimoquinto siglo transcurrido desde la muerte santamente preciosa de ese gran pontífice." [115] Años más tarde, y en continuidad con su antecesor, San Pío X no vacilaría en llamar a Pie "el segundo Hilario".

II. San Martín de Tours

El parentesco espiritual que unió a San Martín con San Hilario –recuérdese cómo Martín, hijo de un oficial pagano en Panonia, fue a Poitiers, atraído por la fama de Hilario, quien lo hizo exorcista y posteriormente sacerdote, tras lo cual Martín se encaminó a la soledad de Ligugé, al sur de Poitiers, donde fundó el primero de los monasterios franceses– está en el origen de la predilección que Mons. Pie sintió por esta figura fundacional de la Iglesia en Francia.

115 Cit. T. VI, p.124. Sobre este asunto puede leerse con fruto Étienne Catta, *Saint Hilaire et le Cardinal Pie*. Del mismo autor es el libro *La doctrine politique et sociale du Cardinal Pie*, Nouvelles Editions Latines, Paris 1959.

Martín recibió con toda seriedad el oficio de exorcista, observa Pie, y desde entonces imperó señorialmente sobre los demonios, liberando a los posesos mediante la imposición de las manos. Tal es una de las características de su personalidad espiritual. Atleta de Cristo, continuó la lucha del Señor, siendo el gran adversario de los ídolos, expresiones diversas de Satanás, según aquello del salmo: "Los dioses de los gentiles son demonios" (95, 5). Dios le había concedido el singular privilegio de arrancar a cada uno de los espíritus inmundos el nombre bajo el cual habían recibido la adoración del género humano. Martín veía el "mundo", el mundo en sentido peyorativo, ese mundo al que Cristo había maldecido, por el cual se negó a orar, lo veía con los ojos de Dios, y juzgaba que ese mundo no era otra cosa que el reino de Satanás introducido en la sociedad humana. Al entrever en torno a sí y por doquier el predominio del mundo corrupto y corruptor, siendo todavía joven decidió sustraerse a esa atmósfera de pecado y sumergirse en la soledad del desierto [116].

A semejanza de Hilario, también Martín debió enfrentarse con el error arriano, tanto en su tierra de origen como en las Galias. Para nada lo atemorizó el número ingente de sus secuaces. "El arrianismo había seducido a elevadas y espléndidas inteligencias –dice Pie–; los sacerdotes, los obispos de Iliria habían bebido y diseminaban el veneno del error; Martín, casi solo, *pene solus*, se eleva contra esos pastores culpables, contra esos doctores pérfidos; se deja ultrajar, se deja azotar, se deja desterrar de su propia patria, antes que entrar en connivencia con el arrianismo, aun mediante su silencio." [117]

Martín fue siempre un enamorado de la ortodoxia. Y, como afirma admirablemente Mons. Pie, "porque tiene toda la pureza,

116 Cf. T. III, pp.284-285.
117 T. III, pp.288-289.

toda la integridad de la fe, tiene también toda su autoridad, yo diría toda su altivez. El poder que señorea todas las cosas, ha dicho San Juan, es la fe: *Haec est victoria quae vincit mundum, fides nostra* («Ésta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe», 1 Jo 5, 4). La fe de Martín lo hace superior al mundo" [118].

Supo asimismo Martín discernir los diversos errores de su tiempo en materia moral. Separóse ante todo de los moralistas exagerados, que asimilaban el matrimonio a la fornicación; luego, de los contradictores de éstos, por la exageración contraria, que colocaban al matrimonio en el mismo nivel que la continencia. De este modo restituyó "al matrimonio su santidad y a la virginidad su preeminencia" [119], encontrando "el justo medio" de la moral, no hecho de compromisos sino de superación de los errores por exceso o por defecto.

Decíamos más arriba que Pie consideraba a Martín como una de las figuras fundacionales de su Patria, viendo en él a uno de los cristianos más completos que haya engendrado Francia. De ahí que considere tan conveniente la exaltación de su figura, precisamente en una época en que la sociedad se iba secularizando, y muchos católicos franceses parecían contentarse con un cristianismo raquítico. "Martín fue, por su predicación y sus milagros, no solamente durante su vida, sino aun después de su muerte, uno de los fundadores y protectores de nuestra nación cristianísima, fue uno de los padres y patronos de la monarquía francesa; resulta pues oportuno hacer revivir el culto de Martín en un siglo en que todos los lazos de la sociedad tienden a relajarse y a romperse" [120].

Pie retoma así una de sus ideas recurrentes: la vocación providencial de cada santo no concluye con su desaparición física.

118 T. III, p.289.
119 Ibid.
120 T. III, p.281.

Si durante catorce siglos, observa, Francia ha sido la nación cristiana por excelencia, la nación que una vez impregnada del Evangelio hizo de él la base de su organización, la nación que realizó la alianza más íntima entre la religión y la cosa pública, la nación que sometió la realeza humana a la realeza de Cristo, no es sino porque el cristianismo preexistió a esas realizaciones institucionalizadas en las costumbres de la multitud. "Y ¿quién fue el que conquistó en las Galias la multitud para Jesucristo? ¿Qué influencia, qué intervención decisiva fue la que arrancó a los Galos de las viejas supersticiones de su país, combinadas con las supersticiones de sus conquistadores?... No temo repetirlo, el apóstol popular de las Galias, el convertidor de los campos que hasta entonces habían permanecido en gran parte paganos, el fundador del cristianismo nacional, fue precisamente San Martín." [121]

III. San Emiliano

Los santos a los que Pie más admiraba eran los que se habían destacado por la lucidez de la doctrina o por el coraje de la militancia. No en vano consideraba su episcopado, vivido en una época tan agitada, bajo el prisma de la milicia. Una vez se le presentó la ocasión de proclamar claramente el carácter marcial del quehacer episcopal. El Obispo de Nantes lo había invitado para que predicase el panegírico de un Obispo guerrero de la época de Carlomagno, predecesor suyo. Se trataba de San Emiliano quien, poniéndose a la cabeza de los Nanteses, intentó repeler una invasión de los Sarracenos, muriendo en el campo de batalla, en las cercanías de Autun. Su actual sucesor en la sede, habiendo resuelto trasladar una parte de sus reliquias a Nantes, le pedía al Obispo de Poitiers la colaboración de su facundia.

121 T. III, p.297.

La homilía giró sobre las primeras peticiones del Padre nuestro. Lo que Emiliano y sus Nanteses buscaban al luchar contra los musulmanes, comenzó Pie, era el reino de Dios sobre la tierra, el *Oportet illum regnare* (Es necesario que Él reine) de San Pablo (1 Cor 15, 25). Porque Cristo debe reinar no solamente sobre los individuos sino también sobre las sociedades. Pero ¿se puede hoy soñar con el reino de Cristo en la tierra? La Iglesia, si bien tiene en cuenta las necesidades de los tiempos, se muestra siempre inquebrantable cuando se trata de ciertos principios fundamentales del derecho público cristiano. Sin embargo son cada vez más numerosos los que sostienen que no hay que intentar imposibilidades, que hay que aceptar los hechos cumplidos y la derrota social de los principios de la fe. Pues bien, dice Pie, para el Dios Todopoderoso no hay imposibilidades. ¿No es acaso algo imposible lo que cada día pide el cristiano cuando le ruega a Dios: "Venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo"?

San Emiliano no se arredró ante lo imposible. Cuando todo parecía perdido, cuando el enemigo se mostraba abrumador, arengó así a la tropa: "Vosotros todos, hombres fuertes en la guerra, pero más fuertes aún en la fe –*homines fortes in bello, in fide autem fortiores*–, armad vuestras almas con el escudo de la fe, vuestras frentes con el signo de la cruz, vuestra cabeza con el casco de la salud, y cubrid vuestro pecho con la coraza del Señor. Una vez revestidos con esta armadura religiosa, soldados de Cristo, tomad vuestras mejores armas de guerra, vuestras armas de hierro mejor forjadas, las mejor templadas, para derribar y destrozar a esos perros furiosos. Podemos sucumbir en la lucha, pero es el caso de decir con Judas Macabeo: más vale morir que ver el desastre de nuestra patria y soportar la profanación de las cosas santas y el oprobio de la ley que nos dio la majestad divina." [122]

122 Cit. T. III, p.504; cf. pp.501-504.

Resulta extraña la figura de este obispo-guerrero. Fuera de lo pintoresco que pueda parecer a los ojos de un hombre de nuestro tiempo, afirma Pie, es un hecho histórico que la lucha, aun armada, en defensa de los valores cristianos, fue una constante a lo largo de muchos siglos de la historia de la Iglesia, como se ve especialmente en la gesta de las Cruzadas, convocadas varias de ellas por los Papas, y secundadas por los príncipes católicos, unidos todos en "esa noble pasión que vuestro obispo-soldado llamara tan bien el amor de la fe y de la santa cristiandad: *Pro amore fidei et sanctae christianitatis*" [123].

Sin embargo, la figura de San Emiliano no debe quedar encuadrada tan sólo en su marco histórico. Como Hilario y como Martín, también Emiliano tiene algo que decir a nuestro tiempo. En su época, el gran enemigo del reino y de la ley de Dios era el islamismo, contra el cual el obispo se enroló, juntamente con su pueblo, sacrificando noblemente su vida en dicha empresa. Hoy el principal enemigo del reino y de la doctrina de Cristo reviste otra forma y se llama de otro modo, pero su tendencia es la misma, y su divisa es común a la de aquellos que antaño se negaron a aceptar la realeza de Cristo: *Nolumus hunc regnare super nos* («No queremos que éste reine sobre nosotros», Lc 19, 14). El deber de los que cotidianamente repetimos: "venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", es oponer todas nuestras energías a esta invasión del mal. Por cierto que no se trata ahora de tomar las armas. La lucha se desarrolla principalmente en el campo de las doctrinas. La auténtica resistencia consistirá en mantener nuestra inteligencia firme frente a la seducción de todos los principios falsos y mentirosos [124].

123 T. III, p.509.
124 Cf. T. III, p.518.

¿Resultará "imposible" frenar esta nueva invasión? Para responder a tal pregunta –que involucra una objeción aparentemente insalvable– Pie se aplica a describir la situación en que vivirán los cristianos de los últimos días, según lo presenta proféticamente el Apocalipsis, esos cristianos esparcidos y raleados en medio de un mundo donde ha triunfado el mal, que se esfuerzan sobrehumanamente, mediante la intensificación del fervor, la oración y las obras, por realizar esta "imposibilidad" entonces más evidente que nunca: "Oh Dios, nuestro Padre, que estás en los cielos, venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo: *sicut in coelo et in terra*. ¡Así en la tierra como en el cielo!... Ellos murmurarán estas palabras, y la tierra se deslizará bajo sus pies. Y así como acaeció antaño cuando, tras una espantosa derrota, se vio al senado de Roma y a todos los estamentos del Estado avanzar al encuentro del cónsul vencido, y felicitarlo porque no había desesperado de la república; así el senado de los cielos, todos los coros de los ángeles, todos los Órdenes de los bienaventurados saldrán al encuentro de los generosos atletas que habrán sostenido el combate hasta el final, contra toda esperanza. Entonces ese ideal imposible, que todos los elegidos de todos los siglos habían obstinadamente perseguido, se convertirá por fin en una realidad." [125]

IV. San Luis, Rey

El sermón completo que el Obispo de Poitiers pronunciara sobre este gran santo fue traducido y publicado entre nosotros [126]. Se trata de una verdadera joya espiritual, doctrinal y oratoria.

Comienza Mons. Pie señalando cuán frecuentemente dos poderes llenaron el mundo con el estrépito de sus conflictos y las al-

125 T. III, p.528; cf. pp.527-528.
126 Cf. Revista *Mikael* 25 (1981), 131-152.

ternancias de sus victorias y derrotas: el poder de los reyes y el poder del pueblo. Esta lucha en modo alguno ha terminado sino que en los últimos tiempos se intensifica más y más, en un ambiente de revoluciones siempre renacientes y de represiones siempre más crueles. Si bien es cierto que la sangre y las lágrimas de los reyes se mezclaron con la sangre y las lágrimas de los pueblos, tal comunidad de dolor no consiguió moderar las pasiones. ¿Cómo lograr la armonía entre los reyes y los pueblos? "Un gran rey toma la palabra y da comienzo a una sublime conciliación: «Pueblos, exclama, no disputemos más sobre nuestros derechos respectivos; aceptemos solemnemente un deber común. El tema de discordia entre vosotros es quién ha de gobernar; concertémonos para obedecer a Aquel que reina por encima de los reyes así como por encima de los pueblos. La carta que propugno, y que deberán obedecer juntamente los pueblos y los reyes, es la carta del cielo, son los deberes de todos hacia el Señor: *In conveniendo populos in unum et reges ut serviant Domino* ('Encontrándose pueblos y reyes para servir al Señor', Ps 10, 23). Quizás nos entenderemos mejor en las cosas humanas, cuando hayamos comenzado por entendernos en las cosas divinas. Derechos de la multitud, derechos del poder, que todos se inclinen a la vez ante los derechos de Dios. Y si queda sobre la frente de los reyes una aureola necesaria de poder, será un poder recibido, que se ejercitará no en su nombre, sino en nombre de Dios. Y si queda a los pueblos un deber de justa sujeción, será una sujeción gloriosa y filial, que referirá no al hombre sino a Dios, de quien el hombre es representante y ministro»." [127] Tal la proposición del joven rey. Luis y Francia tienen un mismo símbolo, una misma doctrina, una misma fe, un mismo estandarte. Monarca y nación se unen en sublime concierto al servicio del Señor común.

127 T. I. p.50; cf. pp.49-50.

Señala Pie que dos fueron los libros que presidieron la educación de Luis, el Evangelio y el Salterio. Luis tomó muy en serio el Evangelio y lo aceptó sin recortes, en la convicción de que la verdad venida del cielo y enseñada por la boca de un Dios encarnado debía servir de regla tanto al hombre público como al privado. Asimismo frecuentó el Salterio de cuyo autor, David, acabaría por ser amigo y confidente. "¡Qué hombres aquéllos –comenta Pie–, a más de veinte siglos uno del otro, David y Luis, el santo rey de Israel y el santo rey de Francia, unidos por un mismo sentimiento de fe, de justicia, y también por una admirable conformidad de regias grandezas y de regios infortunios!" [128]

Aleccionado por tales maestros, Luis asume la corona. Su reino sería ante todo *un reino de paz*. El rey ya no se pertenece a sí mismo, ahora es de y para su pueblo, porque gobernar es servir. Su liberalidad lo hace semejante a Dios Padre, eterno dador de beneficios. No resulta extraño contemplarlo sirviendo con sus propias manos a una multitud de pobres sentados a su mesa. Ni parece raro verlo emancipando progresivamente a sus siervos. En última instancia, la condición libre por excelencia es la condición filial; ser hijo es ser libre; de ahí que la palabra latina que sirve para denominar ambas realidades sea la misma: *liber*. Ahora bien, la condición del hijo, del hombre libre, es una condición de obediencia y subordinación. En cada familia hay un cetro, una autoridad; llegar a ser libre no es pues salir del nivel de los esclavos para pasar al nivel de los rebeldes, sino abandonar la servidumbre para incorporarse a la familia [129].

El reino de San Luis, vivido en un ambiente de paz, provocó una floración de cultura como quizás nunca conociera Francia. Durante su santo gobierno se desarrollaron maravillosamente to-

128 T. I, p.54.
129 Cf. T. I, pp.59-60.

das las artes llamadas liberales. Sería casi imposible enumerar las obras maestras de arquitectura, de escultura, de pintura, que inmortalizan el siglo de San Luis. "Esas creaciones grandiosas están aún bajo nuestros ojos, y nos aterran por su contraste con nuestra impotencia y nuestra inferioridad." [130] Época asimismo en que se creó la Universidad, todo un pueblo de profesores y estudiantes que convivían en la provechosa emulación de las escuelas libres. Es que para San Luis, la fe debía rodearse de luces, de donde su admirable sentencia: "Una iglesia sin biblioteca es una ciudadela sin municiones."

Rey de la paz, finalmente, porque supo dar a la religión el lugar que le correspondía, tanto en el nivel personal como en el ámbito social. La paz no es sino la tranquilidad en el orden. Y la religión tiene una función arquitectónica. Como observa Pie, Luis no fue cristiano en su oratorio y "deísta" sobre el trono. Quería que el nombre de Dios fuese respetado en sus Estados, y por eso consideraba la impiedad y la herejía pública como un crimen de lesa majestad a la que él representaba en la tierra. Cuando el error llegaba a perturbar la tranquila armonía del pueblo cristiano, Luis se acordaba de que "no en vano llevaba la espada" (Rom 13, 4). Por cierto que la Francia de San Luis conoció vicios y pecados, sin embargo se puede afirmar sin temor a equivocarse que todo lo que hubo de noble y de grande fue fruto de la doctrina y de las instituciones. Si el corazón humano siguió siendo débil por sus inclinaciones innatas, la sociedad fue fuerte por su constitución y sus creencias; en una palabra, el vicio no brotó de la ley, y la virtud no fue una transgresión a un pseudo-orden o una excepción. En cierto sentido, no era Luis quien gobernaba sino Jesucristo quien reinaba por Luis. Y porque Cristo reinaba por Luis, Luis también reinaba por Jesucristo. Pie recuerda acá aque-

130 T. I, p.62.

lla frase que Virgilio le dirigiera al César: *Dis te minorem quod geris, imperas*, porque te confiesas inferior a los dioses, por esta causa gobiernas [131].

Luis, el hombre de la paz rectamente entendida, fue también el hombre del combate. Porque si bien tuvo siempre horror a la guerra entre países cristianos, sin embargo fue la religión misma la que pronto lo condujo a los campos de batalla [132]. La afirmación de Job de que "milicia es la vida del hombre sobre la tierra" (Job 7, 1) no es menos aplicable a las sociedades que a los individuos. Esta lucha es por cierto primordialmente personal. Todo hombre lleva en su interior, como la esposa de Isaac, dos hombres que se contradicen y se combaten (cf. Gen 25, 22), dos tendencias contrarias, la del hombre terrestre y la del hombre celestial. Estos mismos elementos o fuerzas existen también en la sociedad. No en vano dijo el Señor a Rebeca: "Los dos hijos que chocan y se entrechocan en tu seno son dos naciones; tus dos hijos serán dos pueblos" (Gen 25, 23). La mayor desgracia que puede caer sobre una nación, observa Pie, es el armisticio entre las dos fuerzas, el cese de todo antagonismo. El paganismo conoció esta falsa "paz", que no fue en el fondo sino una capitulación del espíritu ante la carne, la paz de los sepulcros. Fue precisamente cuando el mundo languidecía en tal estado que el Hijo de Dios vino a la tierra trayendo no la paz sino la espada (cf. Mt 10, 34). Porque era necesario reiniciar esa lucha, despertar el espíritu que dormía, *non veni pacem mittere, sed gladium* ("no vine a traer la paz sino la espada", Mt 10, 34). Y entonces volvió a comenzar en la humanidad, para no acabar más que con el fin del mundo, el antagonismo entre el espíritu y la carne. Durante los tres primeros siglos del cristianismo, dicha lucha se realizó en un ambien-

131 Cf. T. I, pp.63-67.
132 Cf. T. I, p.68.

te de persecuciones. Pero pronto cambió la faz del mundo. Varios pueblos se hicieron bautizar y abrazaron públicamente el cristianismo, enarbolando la cruz sobre sus estandartes y haciendo de la religión de Jesucristo su propia religión. "Durante 300 años los cristianos no supieron y no debieron saber sino inclinar la cabeza bajo la espada; hoy los cristianos tienen la espada, los mártires se han hecho soldados, porque son una nación, un pueblo, y toda nación, todo pueblo se arma para defender su religión y su territorio: *pro aris et focis*" [133].

En este horizonte grandioso, que no deja de tener semejanzas con la visión agustiniana de las Dos Ciudades o la ignaciana de las Dos Banderas, Mons. Pie enmarca las batallas de San Luis, como hiciera antes al tratar de San Hilario, San Martín y San Emiliano. El espíritu bélico de San Luis cobra toda la plenitud de su sentido cuando se lo considera sobre el telón de fondo de este majestuoso panorama. Sólo así se hacen comprensibles las Cruzadas, en las que el santo rey de Francia tuvo una parte tan destacada, esas Cruzadas que no fueron sino la enérgica resistencia de un pueblo que vivía la vida del espíritu contra las invasiones de otro pueblo que amenazaba someter todo a la ley de la carne; el sensualismo otomano agrediendo bajo la bandera de la media luna al espiritualismo cristiano que se defendía bajo la bandera de la cruz; el islamismo extendiéndose como lava impura sobre todo el suelo de la Cristiandad, la Cristiandad golpeando en el corazón de su implacable enemigo. Las Cruzadas, señala Pie, no son reductibles a lo que técnicamente se conocen como tales, y que ocuparon buena parte del período medieval; las Cruzadas van desde Carlos Martel hasta Sobieski, incluyendo nombres como los de Carlomagno, Godofredo de Bouillon, San Luis, don Juan de Austria, de la Rochejaquelein...

133 T. I, p.71; cf. pp.68-71.

Las Cruzadas del tiempo de San Luis, en buena parte alentadas por los Papas, tenían a Dios por aval. *Dieu le veult, Dieu le veult!* ("¡Dios lo quiere, Dios lo quiere!"), respondían los pueblos a la convocatoria del Pontífice y de los Santos. Pie se extasía ante la imagen de San Luis, tipo perfecto del cruzado, modelo cumplido de la caballería cristiana. El San Luis que acomete y el San Luis que arrostra la derrota. ¡Cuán grande es Luis cuando combate por la fe, por su Dios, pero cuánto más grande aún se revela en la adversidad! La estampa del San Luis que une su Vía Crucis al de Aquel que fue el primero de todos los cruzados, del San Luis prisionero del enemigo, resulta más conmovedora y admirable que cuando se lo ve sobre el trono. Las luchas entabladas bajo el estandarte de la cruz, deben conformarse con la gran obra del Crucificado, incluyendo un necesario pacto con la ignominia y el dolor [134].

Viene aquí espontáneamente al recuerdo esa otra gran figura del santoral francés, Santa Juana de Arco, vencedora primero, luego vencida y asesinada, expresión de la santidad a través de la guerra, acerca de la cual Pie nos ha dejado un notable sermón del que extractarnos este pequeño párrafo: "En ella, la naturaleza y la gracia se abrazaron como hermanas; la inspiración divina dejó toda su parte al genio nacional, todo su libre desarrollo al carácter francés; es una extática caballeresca, una contemplativa guerrera; es del cielo y de la tierra [...], el tipo más completo y más amplio desde el doble punto de vista de la religión y de la patria." [135]

Pie termina sus consideraciones sobre San Luis destacando, como siempre, la ejernplaridad del rey santo aun para nuestra época. Porque no faltarán quienes se pregunten qué hay de co-

134 Cf. T. I, pp.70-78.
135 T. I, pp.16-17.

mún entre la época de San Luis y la nuestra. Al fin y al cabo, ya no estamos en tiempo de cruzadas... "Ciertamente, bien lo sé –responde Pie–. No, no estamos ya en los tiempos de las luchas del espíritu contra la materia; no, ya no estamos armados con la cruz para combatir a los sentidos. El alma ha aceptado una tregua deshonrosa; capituló ignominiosamente y se abandonó a merced de su adversario. Sumergidos como estamos en el fango del egoísmo y de la codicia, esclavizados por los intereses y como sepultados en la carne, no, tenéis razón de decirlo, ya no estamos en tiempos de cruzadas. Pero con esto registráis oficialmente el acta de condenación de nuestro siglo. [...] No estamos ya en tiempo de cruzadas, lo proclamo tan alto como vosotros; porque el nombre de Dios es desconocido, Jesucristo es un extraño entre nosotros; miramos la verdad como si fuera tan poca cosa que no querríamos entregar por ella un óbolo, ni derramar una gota de sangre. [...] Almas chatas que no se entusiasman sino por las expediciones del lucro, y que no se enrolan sino bajo el oriflama de la fortuna." [136] Chesterton ha escrito que las únicas guerras serias son las guerras de religión, contrariamente a lo que hoy se suele pensar; entablar una guerra por motivos comerciales o de meras influencias políticas no es empresa digna de un hombre noble. Y eso es lo que sucede.

Nos hace falta volver al espíritu de las Cruzadas, concluye Pie. Hoy se dice: "Los bárbaros ya no están a nuestras puertas." También esto es verdad, no están a nuestras puertas porque han forzado ya la entrada de la ciudad, están en medio de nosotros [137]. "Tal es nuestra situación presente; y no saldremos de ella sino por una cruzada que yo predico a todos mis conciudadanos sin distinción, la cruzada del coraje cristiano, la cruzada del retorno

136 T. I, pp.81-82.
137 Cf. T, I, p. 81.

a la fe de nuestros padres, a la religión de San Luis. La salvación y el honor de nuestra sociedad así lo exigen." [138]

V. Santo Tomás de Aquino

Con motivo del sexto centenario de la muerte del Doctor Angélico, Pie pronunció una homilía breve pero medulosa.

Lo describe principalmente en su relación con San Luis, como el gran consejero del Reino de Francia. Este hombre tan especulativo cuando se trataba de elaborar un argumento o buscar una solución metafísica, en modo alguno era incompetente cuando se trataba de las cosas de la vida activa.

Pie cree descubrir en la lograda personalidad de Santo Tomás el perfecto cumplimiento del abrazo de la contemplación y de la acción. El poeta del Santísimo Sacramento, el que sondeó el corazón inagotable de Cristo, el que atisbó los fulgores de la Trinidad, era el mismo que sentado a la mesa de San Luis le aconsejaba las medidas más acertadas para la solución de los problemas del orden temporal. "No podía no ser un consejero perfecto, teniendo en cuenta que, conociendo las cosas divinas, le pertenecía juzgar de una manera muy segura de las cosas humanas." [139] Contrariamente a lo que muchos piensan, a saber, que la especulación versa sobre lo irreal, y que necesariamente el especulativo carece de inteligencia práctica, siempre que alguien requería su consejo, Santo Tomás tornaba su intelecto especulativo hacia las cuestiones concretas y positivas de su tiempo. "El sabio rey San Luis no se engañaba, y uno se pregunta cuál era más gran-

138 T. I, pp.82-83.
139 T. VIII, p.101.

de y más santo, el monarca que interrogaba al doctor en sus dudas, o el doctor que respondía al monarca tras haber consultado al Santísimo." [140]

Señala asimismo Mons. Pie que Santo Tomás se movía con igual facilidad en el campo de la ciencia sagrada que en el de las ciencias profanas, no considerándolas, por cierto, en el mismo nivel, sino poniendo a éstas, que son siervas, a las órdenes de aquélla, que es reina.

Y culmina, como de costumbre, refiriéndose al carácter paradigmático de la figura del santo. Nuestro tiempo, afirma, conoció numerosas personas de gran capacidad intelectual. ¿Por qué su vida no fue sino un perpetuo aborto? Porque les faltó el sustento doctrinal del Doctor Angélico. No habiendo tomado a la teología por antorcha de su inteligencia, acabaron por sucumbir a las opiniones en boga, a las ideas de las mayorías, o a las concesiones coyunturales.

La figura de Santo Tomás resulta también ejemplar por el hecho de haber logrado una perfecta simbiosis entre su conocimiento de la ciencia sagrada y su pureza virginal, que le mereció el calificativo de "angélico". No por nada dijo Cristo: "Bienaventurados los de puro corazón, porque ellos verán a Dios" (Mt 5, 8). Situándose la teología en el camino que va de la fe a la visión, siendo como es el preludio de la visión de Dios, nada dispone mejor para su estudio que la pureza. "Hemos aprendido del mismo santo doctor que hay en el cielo una gloria distinta y especial para los doctores, y también una gloria especial y distinta para los que son vírgenes. ¡Cuánto más resplandecientes, cuánto más magníficas serán estas dos aureolas cuando se completan la una con la otra!" [141]

140 T. VIII, p.102.
141 T. VIII, p.106.

VI. Beato Pedro Fabro

Incluimos aquí algunas consideraciones de Pie sobre Pedro Fabro, uno de los primeros compañeros de San Ignacio, que se encuentran en una preciosa homilía pronunciada en la iglesia de Jesús, de Poitiers, con motivo de la beatificación de Fabro, especialmente por la interesante tesis que allí desarrolla, a saber, que contrariamente a lo que piensa el progresismo evolucionista, los ejemplares más perfectos de humanidad se encuentran al principio y no al fin.

Comienza su análisis remontándose a la doctrina de Santo Tomás acerca de las cualidades corporales e intelectuales de Adán. Según la enseñanza del Doctor Angélico, el primer hombre fue creado en un estado perfecto en cuanto al cuerpo, para que inmediatamente pudiese engendrar, y también en un estado perfecto en cuanto al espíritu, para que enseguida pudiese instruir y dirigir, en orden a lo cual Dios le infundió todos los conocimientos cuya transmisión era necesaria a la raza humana (cf. *Suma Teológica* I, 94, 3). La tesis de Santo Tomás constituye una refutación por anticipado de algunos sistemas modernos según los cuales la humanidad, a fuerza de músculos, por el mero desarrollo natural de sus facultades, se habría elevado de un nivel inferior y tenebroso, de un estado de incoación y bosquejo, a cumbres de luz y perfección. Se trata de un nuevo y grandioso pelagianismo, más colectivo que el enseñado por el monje Pelagio. La verdad es que Adán fue constituido en total posesión de la vida, en pleno ejercicio de la palabra, con la ciencia del espíritu. "En ninguna parte, pues, el río de la vida, tanto de la vida animal como de la vida inteligente, fue más caudaloso que en su principio, más abundante que en su fuente." [142]

142 T. VIII, p.67; cf. pp. 66-67.

Pues bien, prosigue Mons. Pie, algo semejante sucede con el cristianismo: "En todo lo que tiene de esencial y de constitutivo, ya estaba entero y completo desde el día de Pentecostés. Los primeros discípulos de Jesús no fueron elegidos ni recibieron la investidura del apostolado para sí mismos, sino para ser los generadores y los educadores de toda una descendencia espiritual que formaría la familia de los hijos de Dios. Por eso el Verbo redentor procedió con ellos como el Verbo creador había hecho con nuestros primeros ancestros según la naturaleza: puso en su alma, mediante especies infusas, todas las luces, las virtudes y las gracias destinadas a ser transmitidas a las generaciones cristianas." [143] Por eso, tanto en los hechos de los apóstoles, como en los escritos de los apologistas y de los primeros doctores, e incluso en la boca de los mártires, encontramos un conocimiento tan profundo de los más secretos misterios de la fe, una seguridad tal en la doctrina, una mirada tan penetrante, una visión tan amplia de las cosas y de la historia, una decisión tal para menospreciar la vida y ofrecerla por la verdad, que llaman profundamente la atención en inteligencias hasta ayer envueltas en la más espesa de las ignorancias y en voluntades débiles y vacilantes [144].

No es de extrañar. "Para el río cristiano, volver a la fuente es volver a la embocadura, puesto que mana del océano mismo del calvario, del Corazón de Jesús abierto por la lanza." [145] Si no fuera por la asistencia divina a la Iglesia nacida del costado de Cristo, lo natural sería que el río se fuese empobreciendo en su largo curso a través de las llanuras desoladas de este mundo y de esta historia de pecado. Advertimos sin embargo que no hay siglo de la historia que no haya visto florecer alguna planta nueva, regada por el agua de ese mismo río.

143 T. VIII, p.67.
144 Cf. T. VIII, pp.67-68.
145 T. VIII, p.68.

"¿Os pareció que tardaba mucho en entrar en mi tema? Espero que vuestra perspicacia haya comprendido por qué vía nos hemos encaminado. Lo dije al comenzar: lo que de entrada impresiona primero en la Compañía de Jesús es que para ella la edad madura es contemporánea de su primera formación. Quien conoce a los primeros autores de la Compañía, conoce la Compañía entera en su espíritu, en su fin, en sus empresas, en sus procedimientos, en sus métodos. ¡Qué generación la que preside sus orígenes! ¡Qué unión de ciencia y de actividad, de vida interior y de vida militante! Se puede decir que esos son hombres universales, hombres de raza gigantesca, en comparación con los cuales nosotros no somos sino insectos: *De genere gigantesco, quibus comparati quasi locustae videbamur* (Num 13, 34). La razón de ello está en el principio puesto por Santo Tomás. Cuando Dios resuelve suscitar una orden nueva en la Iglesia, derrama en el corazón y el espíritu de los jefes de esta familia particular lo que ha puesto en el jefe de la gran familia humana: *Et ideo primus homo institutus est in statu perfecto, ut statim posset alios instruere et gubernare* (Y por eso el primer hombre fue formado en estado perfecto, para que al instante pudiese instruir y gobernar a los otros). Aunque las columnas primeras de este gran edificio forman un grupo numéricamente casi igual al de los apóstoles, deben sin embargo ser referidas a tres principales: Ignacio de Loyola, Pedro Fabro y Francisco Javier." [146]

VII. San Francisco de Sales

En la parte que hemos dedicado a la biografía del Card. Pie incluimos aquel cruce de correspondencia que mantuvo con el

146 T. VIII, p.69.

Obispo de Belley el cual le insinuaba, con toda caridad, que quizás era demasiado agresivo en sus escritos y actuaciones, que comprendía tal tesitura en un sucesor de San Hilario, pero que él desde niño había preferido tomar como modelo a San Francisco de Sales. A lo que Pie había respondido que compartía la devoción por este santo, cuyos escritos conocía casi de memoria, pero que pensase cómo aquel hubiera actuado de haber contemplado la defección de la familia real a la que había servido con tanto celo sacerdotal.

Pie nos ha dejado un precioso sermón sobre San Francisco de Sales. Allí exalta, por encima de todo, al penetrante intérprete de la Sagrada Biblia. San Francisco conocía admirablemente la Escritura, se inspiraba en ella, permanentemente la comentaba, la elucidaba, y la aplicaba a las diversas circunstancias, con no menos inteligencia que gracia. En cierta manera hizo de la Palabra de Dios parte de su sustancia espiritual. Desde este punto de vista, Pie juzga que San Francisco de Sales está en un nivel muy semejante al de los Padres de la Iglesia y grandes doctores de la tradición, cuyos escritos y homilías estaban tan profundamente impregnados de Escritura. Destaca asimismo su conocimiento de Santo Tomás, quien resumió y sistematizó toda la gran tradición doctrinal de la Iglesia [147].

A pesar de lo que decía el Obispo de Belley, es innegable que San Francisco de Sales poseyó también una veta polemística, por lo que Pie no duda en calificarlo como "el médico intelectual de su siglo" [148]. Este gran santo, dice, debe ser estudiado en su relación con dos lepras, la segunda de las cuales, que es derivación de la primera, no ha sido menos fatal para la Iglesia: el protestantismo y el jansenismo. "Sus cuatro libros de *Controversias*,

147 Cf. T. IX, pp.325-326.
148 T. IX, p.321.

toda la obra escrita de nuestro santo, toda su palabra hablada, toda su correspondencia, en cierta manera toda su persona, es una refutación viva y espléndida de la gran herejía del siglo XVI, al tiempo que un preservativo doctrinal anticipado respecto de la detestable herejía jansenista." [149]

Será preciso volver a alimentarse de sus libros, especialmente la *Introducción a la vida devota* y el *Tratado del amor de Dios*. Su doctrina espiritual, anclada en la verdad católica, respira en el amor, impregnada como está de ese espíritu filial que caracteriza esencialmente la nueva alianza, de donde surge la santa libertad de los hijos de Dios [150]. Su misma producción literaria es fruto del amor, de la unión humilde, ferviente, constante, total, con Jesucristo, esplendor soberano y principio de la caridad. "Es en esto donde, siendo santo, se muestra eminentemente como doctor. El amor viene en ayuda de la inteligencia, y le vale claridades que la inteligencia sola no hubiera tenido jamás. En todas las páginas escritas por el Obispo de Ginebra se percibe una suerte de influjo divino. Aun para escribir una carta, parte de Dios, y se mantiene en Dios." [151] Su misma correspondencia, incluso la más familiar, resulta por ello realmente instructiva, al modo de los tratados más medulosos.

Otra característica que Pie advierte en el santo obispo es su serenidad intelectual. Estando en la verdad, está en la medida. Es éste un aspecto muy importante para un doctor, en especial para un doctor de la vida espiritual. "Imposible encontrar en sus numerosos escritos, tan variados, a menudo tan rápidos, algo excesivo, tenso, equívoco, peligroso. Ese equilibrio constante, esa exactitud inflexible, ese poder para conciliar todo manteniendo todo

149 Ibid.
150 Cf. T. IX, p.323.
151 T. IX, p.326.

en orden, ese discernimiento perfecto, esa igualdad, esa imparcialidad, esa firmeza y esa justicia intelectuales, esa discreción que no se desmiente jamás, esa sabiduría práctica, en fin, será en todos los tiempos para un escritor una gracia de primer orden." [152]

A los ojos de Pie la personalidad de San Francisco de Sales aparece marcada con el sello del genio. No es el mero erudito o el compilador que cita texto tras texto, comunicando simplemente lo que ha recibido de otros. Todo lo que trata queda marcado por su superioridad, todo lo que toca lo hace oro, todo lo que dice está lleno de originalidad, como si hubiese sido dicho por primera vez. "Si Francisco de Sales no hubiera sido un santo, sería aún, a los ojos del mundo, uno de los espíritus más distinguidos, uno de los pensadores y escritores más notables, y, para decirlo todo, uno de los hombres que más han honrado a la humanidad. Como escritor, apenas si tiene igual. Porque, cosa que importa tanto a un doctor, sabe decir tan bien como pensar, y dice con un encanto incomparable." [153]

VIII. San Benito José Labre

Pie nos ha dejado un sermón, a todos luces admirable y perfectamente representativo de su manera de pensar, sobre este santo abandonado, harapiento y mendigo. La homilía tuvo como motivo la beatificación de Benito José Labre. En la persona de este santo tan impresionante ve el Cardenal un correctivo viviente de las principales tendencias del moderno mundo apóstata. Algo semejante a lo que luego afirmará el inmortal Chesterton, a saber, que en cada siglo Dios suscita el santo que corrige los errores de su siglo.

152 T. IX, pp.323-324.
153 T. IX, p.327.

A una generación que no conoce, no sirve y no adora más que a la naturaleza humana, dice Pie, la Providencia opone un hombre que pisotea todas las cualidades, todos los derechos, todas las ventajas, aun las más legítimas, de la naturaleza, y que abraza voluntariamente y por virtud el género de vida más opuesto a la naturaleza. Un hombre que haciendo suyos los consejos más estrictos del Evangelio, abandona su familia, su patrimonio, trata a su cuerpo como enemigo, desposa la pobreza, la abyección, el desprecio, y no vive sino para Dios; un hombre que no trepida en inmolar totalmente la prudencia de la carne para no obedecer sino a la sabiduría sobrenatural; un hombre que tiene tan alto concepto de la virginal integridad de la fe y la pureza de la ortodoxia, que no duda en triplicar la fatiga de un viaje con tal de no poner pie en tierra protestante. "Y a este hombre, al que nuestro siglo estaría tan inclinado a no considerar, a desdeñar, a insultar, he aquí que, le guste o no le guste, nuestro siglo se ve obligado a prestarle atención. Porque, en última instancia, todavía Dios se ha reservado medios para hacerse oír; su voz tiene acentos que dominan siempre todos los ruidos de la tierra. [...] Este hombre, pues, es un signo levantado contra el siglo que le ha visto nacer y morir, y contra el siglo que lo ve renacer y resplandecer con una gloria póstuma. Es un estandarte desplegado contra las doctrinas y las tendencias de una y otra época. Uno de los principios de la ciencia es que los contrarios se curan por los contrarios. Todo era contestado en el código moral de Jesucristo: he aquí este código observado en su extremo rigor. El Evangelio era declarado absurdo, imposible: helo aquí practicado al pie de la letra. El remedio es proporcionado al mal, la resistencia al ataque. Señor todopoderoso, también esta vez has elegido lo débil para confundir lo más fuerte." [154]

154 T. III, pp.665-666.

Benito José Labre ha dado una gran lección a este mundo que se gloría de no ser ya cristiano, a este mundo que exalta al hombre, sus derechos, la dignidad de su naturaleza. Nuestra época se rebela ante la idea de que estamos en un estado caído, de que los ímpetus e instintos naturales deben ser vigilados y refrenados, e incluso a veces inmolados, para dar lugar al mundo de la gracia, y la primera condición que pone al cristianismo es que sea compatible con lo que ha dado en llamar los derechos de la naturaleza. Ahora bien, diga lo que diga nuestro siglo, está en pie la palabra de Jesucristo: "Si tu ojo o tu mano te es motivo de escándalo, córtalos" (Mt 5, 29-30). Labre abandonó y sacrificó todo lo que en su vida natural hubiera podido constituir una rémora para la vida de su espíritu, supo comprar la vida futura a expensas de la presente. "Y, proveyendo así a su propia salvación, reaccionó conscientemente contra una sociedad sibarita, expió y reparó el sensualismo que desbordaba entonces en el mundo e incluso en la Iglesia. Porque, a pesar de su humildad, Benito Labre tuvo conciencia de su papel; comprendió que era una víctima, un contrapeso, y que sería una lección." [155]

En medio de una sociedad que buscaba el deleite de las mesas exquisitas y se vestía vanidosamente con trajes refinados, Benito se alimenta de viles desechos y se cubre con harapos llenos de remiendos; su alma está vestida con la ropa nupcial de la gracia y de la santidad. Porque viles follajes son, tras todas las apariencias, los ropajes del mundo, espantapájaros teñidos y maquillados: "¡El vestido de vuestro espíritu es un remiendo de todos los sofismas, de todas las paradojas, de todas las mentiras que corren por la calle desde hace un siglo! «Ideas modernas», como las llamáis, que ya son de viejo uso y están anticuadas; según vosotros mismos lo confesáis, tienen al menos setenta años de edad

155 T. III, p.676; cf. pp.675-676.

[...] «Principios inmortales», agregáis; por cierto que si poseen la inmortalidad, no tienen la virtud de comunicarla, puesto que ninguno de los regímenes que los ha profesado, ni aun con restricciones, ha podido vivir siquiera veinte años [...] Ven, mi Benito José, permíteme que repose mis ojos en ti. Tu vestido, incluso el exterior, me parece de lino y púrpura, tus alimentos corporales me parecen maná y ambrosía en comparación con el innoble derroche y los viles desechos con que vuestros contemporáneos atavían y nutren su espíritu." [156]

¡Al leer estas palabras, sentimos aún la vibración del celo y la indignación del Obispo de Poitiers! Benito Labre es para él la gran lección, la paradojal lección que Dios ha resuelto dar a un mundo enfermo que se cree rozagante. El santo francés, de la segunda mitad del siglo XVIII, brotó precisamente de las filas de la pequeña burguesía, de esa clase media que iba a operar la revolución más importante y nefasta que haya conocido la historia. Pero la carrera de su vida sería a la inversa de todas las ideas, de todas las aspiraciones, de todos los atractivos de su clase social. "Dejádmelo decir así: Benito Labre es el revolucionario dado vuelta, es la contrarrevolución en persona, es el hombre del siglo XVIII y del siglo XIX al revés." [157]

Mons. Pie cierra su sermón agradeciendo a Dios por el regalo que ha dado a los hombres. Cuando se había dicho que la Iglesia estaba ya demasiado debilitada para producir santos de la talla antigua y que ahora sólo era capaz de producir abortos, he aquí que en este rostro magro, en esta frente surcada de arrugas, en estas mejillas macilentas de Benito José, podemos seguir amando el rostro de una Iglesia que no envejece, de una Iglesia sin

156 T. III, pp.674-675.
157 T. III, p.668.

mancha ni arruga, capaz de seguir suscitando admirables retoños de santidad [158].

IX. San Andrés Bobola

Podríamos por cierto incluir muchos santos y beatos más, sobre los que Mons. Pie nos ha dejado fulgurantes intuiciones, pero basten los ya presentados para dar una idea de la profundidad y belleza de su pensamiento, y de su método de elogio hagiográfico que partiendo de la exposición de las virtudes de esos hombres de Dios desemboca en la consideración del mundo de nuestro tiempo, al que confronta con cada santo y al que exhorta a ponerse en su escuela.

El caso del jesuita polaco Andrés Bobola, con el que clausuramos esta galería, es realmente impresionante. Capturado por los cosacos cismáticos, éstos se ensañaron con él y le hicieron revivir, paso a paso, la Pasión de Cristo. Un martirio tan cruel como hermoso no podía no excitar la elocuencia de Pie. Transcribamos algunas líneas de la emocionante descripción que nos ha dejado:

> Considerad a estos caníbales haciendo en el cuerpo palpitante del noble misionero mutilaciones jamás vistas en ninguna carnicería, y sazonando su crueldad con burlas impías. "Sacerdote latino, no tienes sino una pequeña tonsura: te haremos una más grande"; y los Cosacos, dibujando sobre la cabeza de Bobola un círculo con un cuchillo, tiran de su cuero cabelludo y lo arrancan con violencia. "Vamos a mostrarte cómo haces en la Iglesia romana: con tus manos, das vuelta las hojas del libro en el altar,

158 Cf. T. III, p.681.

así te daremos vuelta la piel"; y entonces despellejan esas manos que nunca se alzaron sino para bendecir, separan los músculos, cortan sus articulaciones. "Es sacerdote, agregan, hay que darle una casulla"; y habiéndolo arrojado sobre una mesa, le quitan de a pedazos toda la piel de la espalda y luego esparcen sobre esa gran herida manojos de paja picada: "Papista, le dicen, nunca has oficiado con un ornamento tan hermoso." Le cortan la nariz, los labios; ya no queda rostro de hombre; sin embargo su furor no está saciado. "Es un monstruo, gritan sus verdugos, pero le faltan las garras; vamos a ponerle garras"; y cortando astillas de madera de pino, las hunden bajo las uñas de las manos y de los pies. Pero como el mártir tenía aún suficiente fuerza para invocar la misericordia divina, y para conjurar a los cismáticos a convertirse a la pureza de la fe católica y a la unidad de la Iglesia romana, se precipitan por última vez sobre su víctima, le abren en la parte posterior del cuello una herida ancha y profunda, y por esa abertura extraen la lengua del apóstol, esa lengua a la vez tan docta y tan suave, y habiéndola mostrado como un trofeo, la arrojan a lo lejos con desprecio. Andrés respiraba aún. El jefe de los Cosacos terminó su suplicio con un golpe de sable. [159]

Una nación como Polonia, a la que dos siglos de persecuciones no han podido vencer, observa Pie, una nación cuya fe es inexterminable como su patriotismo, es una nación evidentemente sostenida de lo alto. "Cuando leo el relato de la conservación milagrosa de los restos sagrados de Bobola –concluye–, cuando considero ese cuerpo horriblemente desfigurado y sin embargo incorrupto, ese conjunto de miembros mutilados y esa flexibilidad semejante a la de la carne viva, esos signos reunidos de vida y

159 T. II, pp.261-262.

de muerte, ese aroma suave que brota de un lienzo en disolución, me digo a mí mismo: Tal asociación de suplicio y de gloria, de vida y de muerte, es la imagen viva y natural de la Polonia entera, de ese pueblo de mártires y de héroes, siempre torturada y siempre conservada, de esa nación que se diría embalsamada en su sangre, y cuyas heridas exhalan un aroma de vitalidad y de triunfo." [160]

160 T. II, p.262.

Capítulo Cuarto

LOS MINISTROS SAGRADOS DE LA IGLESIA

Pie era una personalidad raigalmente sacra, y por ende valoraba como corresponde la grandeza de los hombres de Iglesia. No, por cierto, que se tapara los ojos, ignorando a sabiendas las enormes falencias de tantos religiosos, eclesiásticos y obispos, falencias que conocía mejor que nadie, pero ello en modo alguno contribuyó a que tuviese en menos el estado de los hombres consagrados.

En base a sus sermones y declaraciones, trataremos de bosquejar la noble imagen que se forjaba de esos hombres.

I. El religioso

Ya algo hemos dicho de lo que Pie pensaba acerca de la vida consagrada cuando en el capítulo dedicado a los santos nos referimos especialmente a aquellos que fueron miembros de Órdenes o Congregaciones Religiosas. Asimismo el tema reaparecerá

más adelante, por ejemplo cuando expongamos lo que dice de Santa Teresa. Aquí nos limitaremos a sistematizar sus enseñanzas acerca de la vida religiosa sobre la base de uno solo de sus sermones, dedicado precisamente a exaltar la figura de un religioso extraordinario, dom Prosper Guéranger, que acababa de fallecer, en quien Pie veía un modelo de entrega a la vida consagrada. Ya hemos hablado de la amistad sobrenatural que unía al Obispo de Poitiers con el abad de Solesmes, acrisolada a lo largo de los años en tantas luchas comunes. Si bien sus temperamentos eran muy distintos, sobrenaturalmente parecían almas gemelas. Circunscribámonos pues a algunos textos de la notable oración fúnebre que Pie pronunciara en la misma abadía de Solesmes, con motivo de la muerte de su dilecto amigo.

1. *El hombre sagrado*

Es la primera condición del religioso. La orientación vertical es la que da sentido a su vida, que no ha de ser sino un testimonio epifánico de dicha verticalidad. Guéranger lo fue y en alto grado. El gran proyecto de su existencia, a saber, la restauración del orden monástico, que en aquel tiempo se encontraba en postrada decadencia, no fue sino uno de los frutos de su ímpetu vertical.

La vida religiosa había sido profundamente afectada por la Revolución, que no sólo persiguió a los religiosos sino que incluso trató de hacer imposible dicho estado clausurando simplemente las casas religiosas. Principalmente se ensañaron con lo más selecto de la vida religiosa, los monasterios. Pie ve en Guéranger "un hombre suscitado por Dios, suscitado para una obra principal, cual es la restauración del orden monástico entre nosotros" [161].

161 T. IX, p.34.

Bien sabía Guéranger que el intento contra la vida consagrada se dirigía inteligentemente a la raíz misma de la Iglesia. En el atentado del mundo moderno contra la vida religiosa percibía el refinamiento satánico del enemigo, que conocía bien cuál era el corazón de la Iglesia. Su encaminarse a Solesmes, su toma de posesión de aquella vieja abadía abandonada, simboliza su resolución de restaurar la Iglesia desde adentro, desde sus entrañas. Por eso Pie, si bien exalta en su sermón las innúmeras obras de todo tipo realizadas por aquel delante de cuyos restos está hablando, sabe perfectamente que es aquélla su obra más trascendente. "Durante los 38 años que la Providencia le reserva, dom Guéranger seguirá siendo ante todo el hombre del monasterio, y, so pena de no ser conocido en los rasgos principales de su gran fisonomía, es allí donde debemos verlo en acción; el resto vendrá por añadidura." [162]

La "añadidura" sería, por cierto, de inmensa importancia, pero toda ella cobra significación a partir de aquel punto axial. Como acaeció con San Bernardo quien, desde su monasterio, desde su lugar de contemplación, dirigió en cierta manera el mundo de su tiempo, ofrendándolo a Jesucristo.

2. *El doctor*

El religioso, al intentar una proximidad tan estrecha con Dios, fuente de luz, es necesariamente un maestro, no sólo por lo que dice sino aun y especialmente por lo que hace. Toda su existencia, si la vive como corresponde, resulta una docencia viva. Por eso su presencia es altamente necesaria en la sociedad, máxime en los tiempos que más precisan de luz, en los tiempos de tinieblas.

162 T. IX, p.44.

Dom Guéranger se muestra también en esto como modelo de religioso. Fue un auténtico maestro, ante todo dentro de los muros de su monasterio. "El abad debe ser doctor –dice Pie–, lo que es ya una manera de ser padre, puesto que es dar a la familia el alimento cotidiano." [163] Gran lector –saboreador– de la patrística y de Santo Tomás, supo unir a la solidez doctrinal que ofrece la escolástica el esplendor y la poesía que brotan de la patrística [164].

Una casa religiosa no es un asilo de somnolencia. La vida religiosa perece si en ella el estudio se extingue. "Jesucristo ha venido a traer fuego a la tierra, y ¿qué quiere sino que ese fuego arda? ¿Pero qué alma se abrasará con este fuego si no es la del monje, que debe ser el alma cristiana en su más alta expresión?" [165] Así entendía Guéranger su misión en la Iglesia: mantener activamente este fuego no sólo en sí sino en la comunidad a él confiada.

Pero el abad de Solesmes quiso también irradiar su docencia fuera del monasterio. La urgencia de los problemas así parecía exigirlo. Comprendió que para poder hacerlo, para poder iluminar la sociedad en tinieblas debía hacerse luz cada vez más radiante, para poder enfervorizar una sociedad fría debía hacerse llama cada vez más ardiente. Trascendió así los muros del convento "difundiendo la luz sin la cual no hay calor" [166].

3. *El liturgo*

Es conocido el gran influjo de Guéranger en la liturgia. Entre las numerosas obras que publicara, se destacan los tomos de su

163 T. IX, p.47.
164 Cf. T. IX, p.64.
165 T. IX, p.48.
166 Ibid.

Année liturgique, donde se revela como uno de los grandes maestros de la espiritualidad. Del año litúrgico, del misterio de la Misa, y del lenguaje del oficio divino, supo extraer pensamientos y sentimientos con que alimentó a numerosas almas [167].

El religioso es un apasionado del "*opus Dei*". La obra de Dios ha de ser su propia obra. Por eso es tarea suya devorar la liturgia, asimilarla, apropiársela. "El año litúrgico –dice Pie– es el eco permanente y prolongado del divino concierto que la esposa celebra en este mundo en alabanza del Esposo [...] En el cielo, el festín de las bodas eternas; en la tierra, la Iglesia que se une de lejos a esa parte de sí misma que está ya en la gloria." [168]

No es inteligible un religioso, que dice haberse dado a Dios, si no vive de la liturgia, haciendo de ella la expresión suprema de una vida que sólo quiere ser llama de alabanza a Dios, así como el núcleo incandescente de una vigorosa y sólida espiritualidad.

4. *El luchador*

Es otra de las facetas del verdadero religioso. En el cielo, no tendrá que luchar sino sólo contemplar. Acá, en la tierra, donde persiste el mal, abdicar del combate significaría lisa y llanamente traicionar su vocación.

Refiriéndose en otra ocasión a Santa Teresa, dirá Mons. Pie que ni siquiera la vocación de clausura de una carmelita puede obviar este aspecto militante de la vida religiosa. Guéranger, auténtico religioso, fue "soldado de la Iglesia universal" [169]. Su in-

167 Cf. T. IX, p.113.
168 T. IX, p.58.
169 T. IX, p.54.

menso caudal de sabiduría lo habilitó para salir al encuentro de los complejos problemas de su tiempo. "No había incidente nuevo alguno, ni algún acontecimiento contemporáneo, cuyo alcance no comprendiese y señalase desde el punto de vista divino. ¿Habrá alguno que haya sido tan capaz como él de dirigir su mirada sobre el mundo entero para descubrir lo que de una u otra forma se relacionaba con la Iglesia, con sus pruebas, sus alegrías, sus conquistas? La banalidad misma del diario se hacía en sus manos tema de alguna enseñanza." [170]

El religioso que es fiel a su vocación y tiende seriamente a la santidad, no puede sino agudizar su olfato sobrenatural. Gracias a un instinto superior Guéranger supo captar las desviaciones religiosas que causaron en su época la decadencia de la santidad y lo que Pie llama, inspirándose en el salterio, "la disminución de las verdades" [171], *quoniam defecit sanctus, quoniam diminutae sunt veritates a filiis hominum* ("porque faltó el santo, porque fueron debilitadas las verdades por los hijos de los hombres", Ps 11, 1). De ahí su impulso apasionado por restaurar el amor a la santidad y el amor a la verdad. Decimos "apasionado" porque fue fruto de una pasión, en el doble sentido de la palabra, enamoramiento y dolor. Sufrió sobre todo la infravaloración del orden sobrenatural en aras de un naturalismo siempre creciente. No que despreciase el orden natural. Como bien advierte Pie, nadie más opuesto que Guéranger a los sistemas que deprimían la naturaleza y la razón; y por eso amaba las letras, las artes, la poesía, la ciencia, e incluso admiraba las maravillas del paganismo y la grandeza de las viejas virtudes romanas. Pero si se guardaba mucho de despreciar el orden natural, combatió sin embargo con todas las fuerzas de su alma el "naturalismo", la negación del or-

170 T. IX, p.49.
171 T. IX, p.55.

den sobrenatural, que fue la gran herejía de su época, como lo es de la nuestra.

Así vivió dom Guéranger su vida consagrada, tomando parte en cuanta lucha pusiese en cuestión el primado de Dios, sin abdicar por ello de la oración y la contemplación. "Así te has mostrado durante 40 años en medio de nosotros, presto a todos los combates, no haciendo alarde alguno de tus trofeos, y no pidiendo, en retorno de tus servicios, sino el derecho de vivir apaciblemente en tu monasterio y de servir siempre a la Iglesia, tu madre." [172]

Aun en los conflictos más ardientes y enérgicos conservó Guéranger la moderación y corrección propias del noble de espíritu [173]. Y sería en su época no sólo un faro sino también un puerto, un lugar de sosiego y de retemple para todos los que combatían por la causa de Cristo: "¡Cuántas veces, en medio de las fatigas y oscuridades de la polémica cotidiana, los luchadores de la prensa religiosa, y aquel que ella se honrará siempre de haber tenido por jefe [174], buscaron y encontraron en este claustro el reposo y las alegrías del corazón, las luces y las fuerzas del espíritu! [...] ¡Cuántos sacerdotes se retemplaron aquí en el espíritu sacerdotal, en el amor a la Iglesia y al Papa, y volvieron luego a su trabajo, fortificados por las conversaciones que aquí mantuvieron, las cuales ampliaron los horizontes de su pensamiento e imprimieron una nueva dirección a sus estudios!" [175]

Para Pie, dom Guéranger constituye un elevado exponente de lo que debe ser la vida religiosa. La Iglesia espera de sus reli-

172 T. IX, p.66.
173 Cf. T. IX, p.39.
174 Se refiere concretamente al polemista Louis Veuillot.
175 T. IX, p.67.

giosos que sean santos, doctos, sacrales, y combatientes de Cristo al tiempo que aliento para los que llevan adelante las batallas del Señor.

II. El sacerdote

Ya hemos dicho que una de las preocupaciones pastorales más importantes del Cardenal fue la formación de sus seminaristas y de su clero en la recta doctrina acerca de lo que es –lo que debe ser– el sacerdocio católico. Los retiros frecuentes que él mismo predicaba fueron modelando silenciosamente una falange de excelentes sacerdotes, varios de ellos futuros obispos, que lo secundaron eficazmente en su labor restauradora.

1. *La grandeza del sacerdote*

Pie era un enamorado del sacerdocio, de su propio sacerdocio. Lo extasiaba la sublimidad del orden sagrado y el señorío que implica su recto ejercicio. El día en que el obispo nos introdujo en el estamento clerical, afirmó en una ocasión, trazando sobre nosotros el signo de la tonsura, nos dijo que en adelante llevaríamos permanentemente en nuestra cabeza la imagen de la corona misma de Dios. El ser clérigos nos constituye en siervos de Dios. De ningún otro que de Dios podemos ni queremos ser siervos. "Nuestra servidumbre consiste en llevar la corona, no el collar [...] Es por eso que cuando todas las otras frentes se inclinan, nosotros mantenemos la nuestra recta y elevada." [176] Al exaltar así la santa altivez que ha de caracterizar al sacerdote Mons. Pie no

176 T. V, p.11; cf. pp.10-11.

olvidaba, por cierto, los deberes de la humildad cristiana y de la humildad sacerdotal, como explícitamente lo afirma en el curso del mismo sermón. "Pero he aprendido de un gran obispo de la antigüedad que no es lícito al cristiano pensar ni hablar humildemente de las cosas de la gracia, de las cosas de la salvación; y yo cumplo un deber de mi cargo cuando, manteniéndome respetuoso de todas las dignidades terrenas, reivindico el primer lugar para los dones más eminentes en los que Dios ha querido que participase la raza humana. No se trata acá de nada menos que de las más altas esencias sobrenaturales que redundaron de la humanidad santa de Cristo, del alma y de la sangre de Cristo, para pasar al alma e incluso a la sangre de aquellos a quienes el Pontífice Eterno ha llamado sus amigos y sus hermanos." [177]

Una y otra vez volverá Pie sobre el tema de la dignidad del sacerdocio. No, por cierto, para fundar vanos privilegios, sino para consolidar en los sacerdotes la conciencia de su grandeza y bloquear toda tentación de amargura. "El objeto de su celo es la gloria de Dios, la salvación eterna de las almas, sin ninguna esperanza de ganancia personal acá abajo. Su vida es pues una inmolación incesante a la causa de la Iglesia, de esa Iglesia que no existe sino para procurar la glorificación de Dios y la santificación de los hombres." [178]

Nuestro obispo estuvo siempre marcado por la convicción de la sublimidad y señorío del sacerdocio. Casi en las antípodas de la reciente tendencia a dudar de la "identidad" del sacerdocio, buscando diversos alibis para cubrir el bache dejado por dicha incertidumbre, Pie considera el estado sacerdotal como el más alto a que pueda acceder hombre alguno en esta tierra. El sacer-

177 Ibid.
178 T. I, p.19.

dote ocupa en la sociedad el lugar principal, reconózcanlo o no los hombres. En la carta pastoral que hizo pública con motivo de su toma de posesión de la sede de Poitiers, tras hablar de la enorme crisis por la que atraviesa la ciudad apóstata, afirma que compete al sacerdote un papel fundamental, el de ser un nuevo "*defensor civitatis*" (defensor de la ciudad). De él dependerá en cierta manera la salvación de la sociedad enferma. Es cierto que ejercita su ministerio más con los individuos que con la misma sociedad, tomada en su conjunto. Pero no lo es menos que la transformación de los individuos y la conversión tanto de las familias como de las ciudades constituyen el prerrequisito necesario para que la sociedad se restaure. La sociedad es como un espejo que refleja el espíritu de los individuos, de los hogares y de las ciudades. Cuando las costumbres de los particulares se vuelvan cristianas, pronto lo será también la sociedad. Por donde se ve la imprescindibilidad de la labor sacerdotal [179].

En lo que toca a las actividades profanas, por nobles que éstas sean, no constituyen ordinariamente el quehacer del sacerdote. Su misión lo ubica a distancia sideral de las mismas, toda la distancia que separa lo sobrenatural de lo natural. Las carreras seculares, aun las más dignas, de por sí no dicen relación sino a intereses puramente humanos, intereses temporales y con frecuencia materiales. A este respecto ya hemos citado un categórico texto de Pie pero lo volvemos a transcribir acá: "Confieso que cuando me encuentro entre los hombres del mundo, y veo en qué esfera estrecha se mueven y se agitan, a qué cosas de nada consagran todas las fuerzas de su espíritu, todas las energías de su voluntad, siento por ellos una conmiseración profunda. ¡Qué pequeños son sus más grandes negocios! Lamentaría un cuarto de hora de mi vida de obispo o de vuestra vida de sacerdotes

179 Cf. T. I, pp.116-117.

empleado en lo que constituye la ocupación de sus días, de sus semanas, de sus años." [180]

Recomendaba Pie a sus sacerdotes que no dejasen pasar sin un especial recuerdo el día aniversario de su ordenación sacerdotal. Así lo hacía siempre él mismo en su diócesis. Si bien el reflexionar sobre la carga que le había sido impuesta, dijo en una de esas ocasiones, le infundía temor, ya que se trataba de un peso "temible a las espaldas mismas de los ángeles", sin embargo el recuerdo de las alegrías y consolaciones que el santo altar había suscitado en los primeros años de su sacerdocio, y que habían hecho de su vida una juventud siempre renovada, embargaba su corazón de amor divino [181]. ¿Quién no dejará de gozar ponderando la grandeza que implica el poder de transubstanciar el pan en el cuerpo de Cristo, de continuar en cierto modo la Encarnación del Verbo sobre los altares y llevarla al interior de las almas? Tal debe ser uno de los temas de reflexión en el día aniversario, al meditar "estas grandezas y estos deberes de nuestro cargo y de nuestra dignidad de sacrificadores" [182].

2. *La santidad del sacerdote*

Pie extrae el deber que todo sacerdote tiene de tender a la santidad, de la definición misma del sacerdocio tal cual nos la ofrece el conocido texto de la epístola a los Hebreos. El hecho de que el sacerdote haya sido "tomado de entre los hombres" (Hebr. 5, 1), ya señala una predilección divina ejercida sobre la naturaleza humana, porque a semejante gloria no fue admitida

180 T. II, p.18.
181 Cf. T. VI, p.374.
182 T. VI, p.375.

ni siquiera la naturaleza angélica así como no tuvo el honor de la unión hipostática con el Verbo. Pero si el sacerdote ha recibido el honor de haber sido sacado de entre los hombres, lo fue para dedicarse a las cosas que atañen a Dios, a saber, para ofrecerle dones y sacrificios (cf. Hebr 5, 1), lo cual exige que se separe de lo profano y se aplique a lo sagrado, a lo santo [183].

El operar ha de seguir al ser. Si el ser del sacerdote lo identifica con Cristo, lo hace otro Cristo, continuador de su mediación entre Dios y los hombres, la santidad resulta una exigencia ineludible. Todos sus actos habrán de estar marcados por Aquel a quien representa, toda su vida deberá ser un obrar *"in persona Christi"*; habrá de revestir lo sobrenatural como una segunda naturaleza, viviendo con naturalidad el orden sobrenatural. Pie recuerda aquí aquella expresión enamorada del Crisóstomo, considerando a Cristo como la respiración de su pecho, el latido de su corazón, el soplo de su boca [184].

Por cierto que siempre será verdadero aquello del Apóstol de que el tesoro se conserva en vasos frágiles. Muchas veces, contra toda metafísica natural y sobrenatural, el obrar intentará independizarse del ser. De ahí la necesidad de la oración para mantenerse fiel a la misión recibida. El itinerario del sacerdote consistirá en ir de la contemplación a la acción, y de la acción a la contemplación, uniendo así la glorificación de Dios y la santificación de los hombres. Cuando está con Dios no dejará de hablarles de los hombres, cuando está con los hombres no dejará de hablarles de Dios. "Oída por Dios –dice Pie–, la oración del pastor atrae sobre su rebaño la abundancia de las gracias divinas. Contemplado por los hombres, el espectáculo de la oración dei sacerdote des-

183 Cf. T. VI, pp.17-18.
184 Cf. T. IX, pp.574-575.

pierta la piedad en las almas. En vuestra iglesia debe haber un segundo púlpito, no menos rico de enseñanzas que la tribuna sagrada; me refiero a vuestro banco, a vuestro reclinatorio. Por eso cuando rezáis, como cuando predicáis, es bueno y saludable que estéis en un lugar visible, donde vuestra oración pueda convertirse en una lección para aquellos que os han sido confiados." [185]

En el apartado anterior nos decía el Cardenal que la crisis de nuestro tiempo exigía como nunca la existencia del sacerdote. Esta crisis, que pervierte y corrompe cada día más la sociedad, pide que el clero esté mejor compenetrado de la altura de su misión, que el clero sea más santo que nunca. Por desgracia hoy se infiltra en algunos sacerdotes "el espíritu del siglo", el espíritu de rebelión, de heterodoxia, en una palabra, el espíritu de la Revolución, que se respira en el ambiente. "Cuando todo se relaja, cuando todo se disuelve a nuestro alrededor, ¡qué desgracia si el cuerpo eclesiástico llega también a relajarse!" [186] Cuidado con una falsa "adaptación" a la gente, advierte el celoso Cardenal, cuidado con la "comprensión" excesiva de los males del tiempo, cuidado con el abandono de los principios para poder "dialogar" con un mundo en crisis [187]. Y exhorta "a no dejar que se debilite, por estas inhalaciones de mundanidad que respiramos en el ejercicio mismo de nuestro ministerio, la gracia que hemos recibido por la imposición de las manos", sino a luchar con el ejemplo y la palabra contra la invasión de las máximas de un mundo enemigo de la cruz. "¡Pueda sernos dado a todos comprender por fin que las virtudes ordinarias no bastan ya ni para salvarnos ni para salvar a los demás!" [188]

185 T. II, p.37.
186 T. IX, p.649.
187 Cf. T. III, p.61.
188 T. I, p.620.

3. *La formación doctrinal del sacerdote*

Incesantemente recomendaba Pie a sus sacerdotes la lectura, la reflexión, la meditación de la doctrina.

Ante todo insiste en la frecuentación de la Sagrada Escritura, fuente última de la verdad cristiana. A este respecto trae a colación una anécdota de la antigüedad. San Gregorio Magno, escribiendo en cierta ocasión a Teodoro, el médico del emperador, que obviamente era laico, le recomendaba que no se dejase absorber por las ocupaciones seculares olvidando leer cada día las palabras de su Redentor. ¿Qué es la Sagrada Escritura –le decía– sino una carta del Dios todopoderoso a su creatura? Y lo exhortaba a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios, *disce cor Dei in verbis Dei*. Pues bien, agrega el Cardenal, cuánto más nosotros, que somos sacerdotes, necesitamos entrar en el corazón de Dios. En esta época preñada de dramáticos acontecimientos, la lección de la Escritura nos trae serenidad; e incluso los siniestros males de la vida presente nos permiten conocer mejor la Escritura, nos ayudan a descubrir en ella sentidos recónditos que aún no habíamos captado. El texto sacro ha sido tan maravillosamente formulado, que se adapta a todos los lugares, tiempos, personas, cosas, sufrimientos interiores de las almas, enfermedades de los espíritus y de las sociedades [189]. "Pero no olvidemos –concluye– que la interpretación de los oráculos sagrados fue puesta por el gran apóstol en el número de las gracias gratuitas: *alii datur... interpretatio sermonum* («a otro es dada... la interpretación de las palabras», 1 Cor 12, 10); no olvidemos que los apóstoles mismos tuvieron necesidad de que Jesucristo resucitado les abriese los sentidos para que comprendiesen las Escritu-

189 Cf. T. VII, pp.468-472.

ras: *tunc aperuit illis sensum ut intelligerent Scripturas* (Lc 24, 45). El estudio más asiduo sería ineficaz sin la oración." [190]

Luego de la Escritura, la teología. La noción exacta de Dios, en cuanto pertenece al campo del conocimiento sobrenatural y aun natural del hombre, constituye el principal de todos los depósitos confiados a la Iglesia. La teología, la ciencia de Dios, es "la ciencia propia del sacerdocio" [191]. Pie se goza en considerar a Dios como la obsesión del sacerdote, en favor de lo cual trae a cuento una confesión de San Basilio: "Por temperamento y por deber somos más suaves y pacíficos que nadie. Pero desde que Dios está para nosotros en cuestión, todas las demás cosas las consideramos como nada, v no vemos sino a Él." [192] Tal actitud de espíritu es en nuestro tiempo más urgente que nunca, ya que *nobis Deus periclitatur*, Dios está en peligro para la generación contemporánea [193]. Es siempre la misma estrategia. A Dios se lo desconoce, se lo margina. ¿Cuál deberá ser nuestra reacción? Pues más conocimiento de Dios, mayor interiorización en Dios, más teología que nunca. Es el remedio por alopatía.

Una primera objeción que está siempre a flor de piel en los sacerdotes es que el exceso de trabajo les imposibilita el estudio. Pie se hace cargo de dicha dificultad pero afirma que quienes la ponen parecen haber olvidado que grandes doctores y hombres eminentes, que nos dejaron en sus voluminosos escritos un testimonio incontestable de erudición y ciencia profundas, vivieron en medio de innúmeras ocupaciones, de donde concluye que "la existencia más agitada no es incompatible con el trabajo y el

190 T. VII, pp.473-474.
191 T. V, p.54.
192 Cit. T. V, p.55.
193 Ibid.

estudio, cuando el trabajo se ha hecho una necesidad y el estudio una segunda naturaleza" [194].

La segunda objeción se basa en la inestabilidad de la época, lo acuciante de los problemas, la movida situación política. A lo que Pie responde: "¿Cómo eran los días en los que San Jerónimo tradujo y comentó toda la Biblia? ¿Cómo eran los días en los que San Agustín combatía, escribía, discutía, con tanta seguridad, sobre todos los puntos de la filosofía cristiana y de la religión revelada? Sordo al ruido de las armas que resonaba a su alrededor, pero siempre en la brecha para hacer triunfar la fe de la Iglesia, no dejó de escribir sino el día en que dejó de vivir, y murió la víspera del día en que Hipona fue tomada por los bárbaros. No, los hechos que llenan de terror e inmovilizan a los hombres de la tierra no deben congelar nuestro coraje ni quebrar nuestras armas; ahora bien, nuestras armas son los Libros sacros, los escritos de los Padres, la doctrina de la Iglesia. Si un día la ciudad fuese tomada, y los soldados entrasen en la plaza, nos deberían encontrar, como a Arquímedes, ocupados en resolver los problemas de la ciencia, de la ciencia divina, digo, que es la nuestra." [195]

Destaca el Cardenal la preocupación que debe tener el sacerdote por cumplir aquella exhortación que San Pablo dirigía a Timoteo: *depositum custodi*, conserva el depósito de la doctrina, para lo cual, le agrega, es menester que evites las novedades profanas de la palabrería hueca y las contradicciones de la falsa ciencia (cf. 1 Tim 6, 20-21; 2 Tim 1, 13-15; 2, 1-2). Hoy más que nunca hay que atender a la defensa del depósito de la fe, para no dejar que nos lo roben o nos lo corrompan. Lamenta el Cardenal la facilidad con que algunos sacerdotes se muestran dispuestos a sacrificar su integridad, o dejar que se altere su pureza. No

194 T. I, p.187.
195 T. I, p.188.

podemos olvidar que lo que hizo la fuerza de las edades precedentes es la importancia que los hombres de Iglesia atribuyeron siempre a las cuestiones doctrinales. Gracias a su indomable tenacidad, a su vigilancia atenta, a su solicitud celosa, a su delicadeza en cierta manera virginal en relación con la doctrina, la Iglesia logró que el depósito llegase hasta nuestros días [196].

¿Cómo hay que hacer para conservar la integridad de la doctrina? Es el mismo San Pablo quien nos responde en carta a Timoteo. La primera recomendación: “Guarda el buen depósito por la virtud del Espíritu Santo que mora en nosotros.” Y agrega: “Ya sabes cómo me han vuelto la espalda... Flagelo y Hermógenes” (2 Tim 1, 14-15). Es pues el Espíritu, que permanece entre nosotros, quien defiende el preciado tesoro de la verdad revelada, ese Espíritu que reside en el alma de los pastores, de los docentes, y sobre todo en el magisterio del Papa y de los obispos en comunión con él. “Las dos personas que designa *nominatim* San Pablo, se creían tan hábiles, tan clarividentes como el Apóstol [...] Pero Flagelo y Hermógenes, pese a todos sus razonamientos especiosos, al separarse de Pablo se habían alejado del recto camino. El Apóstol, no obstante su caridad, los señala a su discípulo, porque en las circunstancias críticas los débiles no quedan suficientemente prevenidos contra los errores si no son prevenidos contra los que erran.” [197] Y la segunda recomendación: “Evita las novedades profanas de las palabras y las contradicciones de la falsa ciencia” (1 Tim 6, 20). Es preciso conservar y defender no solamente el fondo y la sustancia de la doctrina, sino también la forma misma de las palabras a través de las cuales nos ha llegado la tradición doctrinal. Esto es sumamente importante, sobre todo en nuestro tiempo, cuando no pocos cristianos temerarios es-

196 Cf. T. V, pp.374-375.
197 T. V, p.378.

tán dispuestos a adoptar con tanta prontitud las ideas y el lenguaje de la época, con la excusa de conciliar la fe, de conciliar la Iglesia con el espíritu moderno. Pie se expresa con energía: esos esclavos de la novedad son desertores de la fe. "Si se trata de los modernos descubrimientos científicos, que en buena hora la ciencia cree palabras nuevas; pero en las cuestiones del orden sobrenatural, en todo lo que toca a la fe y a la caridad cristianas, no sancionemos la jerga de los economistas y de los deístas; atengámonos al lenguaje de nuestros maestros, al vocabulario de las escuelas antiguas y autorizadas. El Cristo que adoramos es el Verbo inmutable e incorruptible. De manera semejante, la fe que profesamos habrá de ser una palabra cierta y consagrada." [198]

El sacerdote nunca deberá dar por terminada su formación doctrinal. A este respecto afirma el Cardenal que así como dice el Kempis que si cada año adquiriéramos una sola virtud presto seríamos santos, de modo similar, si cada año profundizásemos un tema de teología dogmática, o de moral, o de historia, pronto seríamos sabios; máxime que todas las verdades cristianas son hermanas entre sí, como lo son las virtudes, y la profundización en una sola cuestión implica un progreso en todo el orden de la cultura [199].

4. *La predicación del sacerdote*

El sacerdote, embebido en la ciencia de la doctrina, no puede sino hablar. Pie aplica al doctor cristiano aquello de la liturgia: *In medio Ecciesiae aperuit os ejus, et implevit eum spiritu sapientiae et intellectus* (En medio de la Iglesia abrió su boca, y

198 T. V, p.377.
199 Cf. T. I, p.189.

lo colmó con espíritu de sabiduría e inteligencia). Es Dios, es su Verbo, es el Espíritu Santo los que abren la boca del doctor cristiano. Legítimamente recurrirá el sacerdote a todos los conocimientos humanos, las letras profanas, la oratoria, la poesía, para mejor poner en evidencia las verdades divinas, pero en última instancia sólo será capaz de hablar con eficacia cuando el Señor haya tocado sus labios, los haya hecho sonoros. Hablará *in medio Ecclesiae* (en medio de la Iglesia), prosigue el Cardenal. Cualquiera sea el punto de la circunferencia que ocupa el que habla y aquellos a quienes habla, el doctor, en cuanto doctor, se ubica siempre en el centro de la Iglesia; de otra manera, ya no sería doctor de la Iglesia universal. ¿No es acaso el "medio" aquel punto donde reside Jesucristo, el soberano doctor, quien ha dicho: *Ubi sunt duo vel tres congregati, ibi sum in medio eorum* ("Donde dos o tres estén reunidos, allí estoy en medio de ellos", Mt 18, 20)? "Si queréis pues que Jesucristo abra vuestra boca, hable por vuestra boca, tenedlo en el centro, donde prometió estar. Y porque prometió estar, lo está verdaderamente; y si bien no es visible, puso un representante visible. Este centro, este medio visible, es la Iglesia romana, es la cátedra de Pedro." [200]

¿Cuál será el contenido de la predicación del sacerdote? La totalidad de la doctrina y de la moral, con especial insistencia en aquellas verdades que más olvida el mundo de nuestro tiempo. La sociedad más o menos revolucionaria en cuyo seno vivimos, anota el Cardenal, ha querido apoyarse primordialmente en la "Declaración de los derechos del hombre", como sobre su base fundamental. Será pues preciso reaccionar –alopáticamente– contra este error de base haciendo de nuestra enseñanza una declaración reiterada y solemne de los derechos de Dios. Predicar el reino de Dios es a la vez el primer deber del sacerdote y la nece-

200 T. VIII, p.163; cf. pp.162-163.

sidad fundamental de nuestra época. Ante la presente subversión de valores "no conozco otro remedio sino el cumplimiento de la misión dada por Jesucristo al sacerdocio católico: *Et misit illis praedicare regnum Dei* («Y los envió a predicar el reino de Dios», Lc 9, 2)" [201]. Y así mientras el reino del hombre se afirma obstinadamente como el gran dogma de la sociedad moderna, habremos de proclamar más alto que nunca, como telón de fondo de todas nuestras predicaciones, el reino de Dios, su derecho a ser honrado, obedecido y adorado. No podemos limitarnos, como los simples fieles, a decir cada día: "Padre nuestro, que estás en los cielos, venga tu reino", sino que toda nuestra vida debe estar abocada a procurar dicho advenimiento. Y también nuestra palabra. No de otra manera predicaremos la auténtica libertad, la auténtica liberación, ya que "servir a Dios es reinar", e independizarse de Dios es hacerse esclavo [202].

Cierto que una predicación semejante provocará la contradicción de los defensores del primado del hombre. El ministerio de hablar *in medio Ecclesiae*, del que hemos sido encargados por el mismo Cristo, no puede sino suscitar el odio del mundo. "Tenemos por misión predicar la verdad, predicar la virtud. El mundo es enemigo de la una y de la otra; por eso el error y el vicio están en perpetua insurrección contra nosotros." [203] Pero ello no nos ha de amilanar. En vez de considerarnos condenados por el veredicto popular de un cuarto de hora, encontraremos allí la garantía de la legitimidad de nuestra misión y de la pureza de los principios que defendemos. "Nuestro sacerdocio sólo comenzará a dudar de sí mismo cuando deje de ser un signo de contradicción." [204]

201 T. II, p.313; cf. pp.312-313.
202 Cf. ibid.
203 T. IV, p.166.
204 T.VII, p.368.

Finalmente señala el Cardenal la importancia de practicar la que se predica, de encarnar la palabra en la propia vida. Es cierto que cuando un apóstol cree lo que enseña, su palabra adquiere un acento tal de persuasión que comunica a los oyentes su propia convicción. Pero cuando un apóstol hace lo que predica, entonces su palabra, corroborada por el ejemplo, adquiere un poder de arrastre verdaderamente formidable [205].

5. *El celo del sacerdote*

Que nuestra labor sacerdotal, exhorta Pie a su clero, sea inintermitente. Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote, pronunció a este respecto palabras preñadas de significación: *Pater meus usque modo operatur, et ego operor* ("Mi Padre trabaja sin cesar y yo también trabajo", Jo 5, 17). "Tal es la regla de nuestro sacerdocio. Su acción jamás ha de interrumpirse. A ejemplo de Dios, que no es potencia sino acto, sería menester que también el sacerdote fuese en cierto modo un acto puro, o que al menos sus potencias estuviesen siempre en ejercicio. El sacerdote es el gran resorte de la creación. Si llegara a detenerse, faltaría la fuerza motriz: todo se detendría con ella." [206]

En modo alguno Pie pretende que sus sacerdotes se vuelquen al activismo. Nada más lejos de su manera de pensar. La actividad ha de ser el fruto y el desborde de la contemplación, de la vida interior que se derrama hacia afuera. Pero el espíritu ha de ser siempre "apostólico", ya esté sumerso en la contemplación, ya abocado a la acción, siempre en acto.

205 Cf. T. I, p.147.
206 T. II, p.22.

Los difíciles tiempos en que nos toca actuar hacen más urgente, si cabe, esa acción ardiente y resuelta del sacerdote. Como bien dice el Cardenal, estamos muy lejos de vivir en uno de esos períodos tranquilos, durante los cuales los habitantes de Judá y de Israel podían descansar bajo su parra o bajo su higuera sin temor alguno (cf. 3 R 4, 25). Hemos de lanzarnos a una acción inteligente y eficaz, a una acción que sea "re-acción" creadora. "Ya no podemos ser simplemente conservadores, debemos ser soldados y conquistadores. Estemos pues alertas y vigilemos; si no, el adversario nos sorprenderá. El divino Maestro nos lo ha advertido: fue mientras los hombres dormían, *cum autem dormierint homines* (Mt 13, 25), cuando vino el enemigo y sembró la cizaña." [207]

Lejos pues de nosotros la excusa de que las cosas son así, de que la sociedad no se interesa ya por la doctrina. Si la sociedad está enferma, dice Mons. Pie, ¿no tendremos de ello alguna culpa nosotros, llamados a ser sus médicos? En lugar de buscar excusas a nuestro trabajo, preguntémonos si hemos aportado a nuestro ministerio toda la ciencia, todo el celo, toda la generosidad de que somos capaces. Si hubiese habido más ardor apostólico en los sacerdotes, es posible que no hubiera sucedido lo que está sucediendo [208].

III. El obispo

Espiguemos en los escritos de Mons. Pie aquellos textos que describen la figura ideal del obispo así como sus apreciaciones y actuaciones personales que lo revelan en todo el vigor de su ejemplaridad episcopal.

207 T. II, p.25.
208 Cf. T. VII, p.264.

El P. Longhaye, en su estudio sobre el Cardenal al que ya hemos aludido, escribe de él: "«¿Quién eres?» se preguntaba el día mismo de su entronización el nuevo sucesor de San Hilario, y respondía con las arrogantes palabras de su modelo: *Episcopus ego sum* («Soy obispo»). Estas palabras lo contienen todo; estas palabras lo dicen todo. El programa no ha quedado desmentido. Recorred la obra doctrinal de estos 25 años; allí encontraréis un obispo, digamos mejor, allí encontraréis el obispo, y, Dios sea alabado, allí no encontraréis otra cosa." [209]

No hay soberbia alguna en la lapidaria afirmación dei Cardenal a que alude Longhaye, sino conciencia aguda de la grandeza de su misión. Como dirá en uno de sus escritos, no se puede subir más alto en el orden de las cosas divinas. Más arriba está tan sólo la humanidad del Verbo hecho carne y la maternidad divina. El obispo es el mediador supremo en la tierra, el máximo intercesor entre los hombres y el Hombre Dios. "¡Qué impresionante es este cara a cara con el soberano pontífice, Jesucristo! ¡Y cuánto derecho tiene Jesucristo a ser exigente con aquel a quien tanto le dio! Le dio todo; espera todo de él. Lo que en los demás no es sino supererogatorio, en el obispo es de riguroso deber; la perfección es la esencia misma de su estado." [210] El episcopado es para Mons. Pie el apogeo del sacramento del orden o, como dice también, el sacramento de este apogeo. Por eso su oficio es consumativo y perfectivo, según afirmaba Dionisio, "teniendo en cuenta que más santidad se exige allí donde el elemento sobrenatural y divino está más acumulado" [211].

La elevadísima idea que tenía de su papel en la Iglesia hacía que experimentase agudamente su desproporción con la tarea

209 T. VIII, p.268.
210 T. I, p.282.
211 T. IX, p.544.

que Dios le había encomendado. Es por ello que a pesar de todo lo que hacía por la Iglesia y de lo cual era perfectamente consciente, ya que estaba bien distante de cualquier falsa humildad, se juzgaba a sí mismo con gran severidad. Transcribamos un notable texto, donde comentando los mensajes del ángel del Apocalipsis a los pastores de las diversas regiones del Asia Menor, entreabre de alguna manera el santuario de su intimidad. "Oh obispo, ángel de la Iglesia de Éfeso, he aquí lo que se te dice: «Conozco tus obras, tus trabajos, tu paciencia, y que no puedes soportar a los malvados; sé que has hecho pasar por tu criba, para probarlos, a los que se dicen mesías, regeneradores, salvadores, y no lo son; los has encontrado mentirosos, los has denunciado como tales al mundo entero; sé que has vuelto a encontrar la persecución, que la has sufrido a causa de mi nombre, que no te has abatido ni descorazonado, que no has desfallecido; sé que tienes esto para ti, que mis odios son tus odios, como mis amores son tus amores; tú detestas las acciones de los Nicolaítas, es decir, de los impíos y de los perturbadores de mi Iglesia, y yo los detesto más que nadie. Pero tengo contra ti que has dejado enfriar tu primera caridad, que has abierto las puertas de tu alma a la tibieza, al cansancio espiritual» (cf. Ap 2, 1-6). Temo que estas reprensiones caigan mucho más justamente sobre el frágil pastor que rige la Iglesia de Poitiers." [212]

1. *El hombre de Dios*

El Obispo de Poitiers vivía inmerso en la atmósfera de lo divino, del orden sobrenatural. Todo lo demás, el entero orden temporal, lo contemplaba a la luz de aquel orden superior.

212 T. IV, pp.328-329.

Una y otra vez repetirá en sus sermones que no hay salvación para los individuos ni para las sociedades sino en el grado en que se reformen a la luz de Dios, por lo que se considera enviado para repetir incesantemente y bajo todas las formas aquello del profeta: "Israel, Israel, vuelve hacia el Señor tu Dios" (Os 14, 2). El cuerpo social, tal como está actualmente estructurado, afirma, contiene los gérmenes de la disolución y de la muerte; no hay en él parte sana desde la planta de los pies hasta la punta de la cabeza (cf. Is 1, 6). La causa de tal situación radica en las doctrinas que permean la sociedad, reductibles en última instancia a aquella decisión hace siglos pronunciada: "Nuestros padres dijeron a Dios que se retirara lejos de ellos" (Job 21, 14). Y así todo se desequilibró. Durante mucho tiempo, la sociedad "liberada" esperó épocas mejores, sobre la base de brillantes quimeras, pero el malestar perduraba y la enfermedad se agravaba siempre más. Ahora todas las ilusiones se han esfumado, todas las expectativas han quedado defraudadas, permaneciendo tan sólo una convicción firme, a saber, que ninguna fuerza humana está en condiciones de librar a la sociedad de los innúmeros males que la aplastan. No hay término medio para la sociedad: o perecer o volver a Dios. El abismo se le abre adelante, y desde atrás la Iglesia de Cristo la llama y le tiende los brazos [213]. Tal era el lenguaje de este santo obispo. Un lenguaje religioso, teológico, donde el primado correspondía siempre a Dios.

Pie amaba especialmente una frase del Apóstol, de la que había hecho como una divisa de su episcopado: "Nadie puede poner otro fundamento, si no es el que ha sido puesto por la mano de Dios, Cristo Jesús" (1 Cor 3, 11). Y también aquello de San Pedro: "No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres, en el cual los individuos y los pueblos puedan ser salvos"

213 Cf. T. I, pp.138-139.

(Act 4, 12) si no es el nombre de Jesús. Dios, el Verbo encarnado son el *leit-motiv* de todas sus reflexiones, y conste que no se trata, como lo dijo en una ocasión, de ese Dios vago y complaciente, cuya autoridad tutelar invoca el mismo materialismo para defender sus placeres y sus ídolos contra los nuevos invasores. El Dios que polariza todo el ser y el quehacer de Mons. Pie es el Dios concreto, el que dio su ley a los hombres, el que descendió a la tierra y habló por boca de Cristo, fuera del cual no hay ni Mesías, ni Revelador, ni Salvador; y Jesucristo no se encuentra sino en la Iglesia. Resulta pues imprescindible volver a colocar todas las cosas bajo el legítimo imperio de Dios, de Cristo y de la Iglesia, combatiendo sin temor esa sustitución sacrílega del hombre a Dios, que es el crimen capital de los tiempos modernos. Tal programa "teocéntrico", que presentara ya en su primera Pastoral, cuando tomó posesión de su sede de Poitiers, lo acompañaría durante toda su vida episcopal [214].

Hombre de Dios, enamorado de Dios, polarizado en Dios. Y por eso hombre del Dios predicado, anunciado, ofrecido, hombre de los derechos de Dios. Recordemos aquí su famosa respuesta a Napoleón III: *"Ni la Restauration ni vous, Sire, n'avez fait pour Dieu ce qu'il fallait faire, parce que, ni l'un ni l'autre vous n'avez relevé son trone, parce que ni l'un ni l'autre vous n'avez renié les principes de la Révolution, dont vous combattez cependant les conséquences pratiques; parce que l'Évangile social dont s'inspire l'État est encore la Déclaration des Droits de l'Homme, laquelle n'est autre chose, Sire, que la négation formelle des Droits de Dieu"* (Ni la Restauración, ni Vos, Sire, habéis hecho por Dios lo que era necesario hacer, porque, ni ella ni Vos habéis restablecido su trono, porque ni ella ni Vos habéis renegado de los principios de la Revolución de la que Vos combatís sin

214 Cf. T. I, pp.103-104.

embargo las consecuencias prácticas; porque el Evangelio social en el que se inspira el Estado es todavía la Declaración de los Derechos del hombre, la que no es otra cosa, Sire, que la negación formal de los Derechos de Dios) [215].

Muy equivocado estaría quien creyese ver en la actividad del Cardenal el despliegue de un interés meramente político o social. Lo político y lo social le interesan, sí, pero en el prisma de Dios, del plan salvífico de Dios, de la Realeza social del Verbo encarnado. Sabía que el mundo se agitaba entre dos grandes partidos, el de la Iglesia y el de la Revolución; adhirió al primero y se empeñó por combatir al segundo. Su única pasión como obispo fue la obra de Cristo, tal fue el objeto de su preocupación dominante, la causa a la que se entregó por entero, y a la que de hecho se consagró hasta el último suspiro, al tiempo que se esforzó, con el mismo ardor y la misma perseverancia, por perseguir y vencer al partido del anticristo [216]. "Si pues nos preguntáis quiénes somos, a qué partido pertenecemos, os responderemos sin dudar: Nosotros somos, seremos entre vosotros, el hombre de Dios; pertenecemos, perteneceremos siempre al partido de Dios; emplearemos todos nuestros esfuerzos, consagraremos toda nuestra vida al servicio de la causa divina. Y si debiésemos dar una consigna sería ésta: *Instaurare omnia in Christo* («Instaurar todo en Cristo», Ef 1, 10)." [217] A los que lo acusaron de "partidismos" indebidos, respondió de manera tajante: "Nadie podrá nunca con sombra de fundamento colocarme en otro partido que «el partido de Dios»." [218]

215 El jugoso diálogo entre el Obispo y el Emperador, que se prolongó por espacio de una hora, y del cual el párrafo citado constituye uno de los momentos culminantes, se encuentra transcripto en Mons. Baunard, op. cit., T. I, pp.665-670.

216 Cf. T. IV, pp.179-180.

217 T. I, pp.102-103.

218 T. III, p.397.

2. *El hombre de la contemplación*

La polarización del Card. Pie –y de todo obispo digno de tal nombre– en Dios está en el origen de su amor a la contemplación. Si el obispo debe preceder a todos en la acción, enseña Santo Tomás, también habrá de precederlos en la contemplación. Así lo hizo Mons. Pie, como se advierte no sólo por su ejemplo personal sino también por el amor que mostró a las Órdenes Religiosas, especialmente a las más contemplativas, por él consideradas como baluartes logísticos de su ministerio episcopal. No siempre los obispos valoran como corresponde el papel de la vida religiosa en sus diócesis. "No entrará en el pensamiento de ninguno de vosotros –dijo una vez– acusarnos de indiferencia o de prevención frente a las órdenes religiosas. Nunca hemos omitido ocasión alguna de expresar nuestra estima por la profesión pública y solemne de los consejos evangélicos. Repitamos bien en alto que no se tiene la clave de la doctrina ni de la historia, si no se sabe apreciar lo que es el estado monástico en el cristianismo y el orden regular en la constitución de la Iglesia." [219]

En su gestión como obispo, Pie mostró habitualmente una singular propensión a poner gestos simbólicos. No podía serle indiferente que San Martín, durante su primera estancia junto a San Hilario, se alojase en la casa episcopal de Poitiers, y que más adelante, tras su retorno de Panonia, ante su reiterado deseo de vivir en soledad, Hilario lo condujese a dos leguas de Poitiers, a Ligugé –palabra céltica que significa "grupo de pequeñas cabañas"–, donde Martín fundó un monasterio, en el que pasó 13 años, los más felices de su vida, luego de los cuales fue consagrado obispo de Tours. "En mi juventud, diría luego, he sido soldado por violencia, más tarde me hicieron obispo por engaño, mientras

219 T. VI, p.333.

que he sido monje por elección." Ya Obispo de Tours, Martín edificó inmediatamente una celda. Pero como esa celda estaba siempre llena de gente y turbada por el ruido de los negocios, sabiendo "que el primer deber de un obispo es la contemplación, la oración, porque sin ellas no puede vivificar suficientemente a su pueblo, Martín salva su libertad y asegura su oración yéndose a vivir a cierta distancia de la ciudad, donde está Marmoutiers" [220], y allí fundó un gran monasterio, cuya gloria absorbería en cierto modo la de Ligugé. Pues bien, el Card. Pie quiso volver a la fuente primera y, como lo señalamos en el capítulo anterior, cuatro años después de su instalación en la sede de Poitiers, llevó a Ligugé a los benedictinos [221]. "Tuve una fantasía que no es común en los obispos de este tiempo. Al entrar en mi diócesis, creí que el mejor medio de atraer sobre ella la bendición de Dios era fundar una abadía. Algunos de mis vecinos dijeron entonces: «¿Pero en qué piensa el obispo de Poitiers? Tenía una suma importante a su disposición, habría podido aplicarla a sus seminarios, a una de sus obras diocesanas, y ¿va a darla a los monjes? [...]» Sí, señores, es lo que he hecho, y no me arrepiento de ello." [222]

Según dijimos más arriba, Pie veía en las abadías no sólo un foco de adoración a Dios sino también un centro logístico para el apostolado de la diócesis. La existencia física de un monasterio era para él una prenda de bendición. Lamentaba que, existiendo en Francia 90 diócesis, apenas hubiese una decena de monasterios. El oficio divino, llamado por San Benito *"opus Dei"*, la obra de Dios por excelencia, que los hombres cantan en común con los ángeles, era celebrado en muy pocos lugares por el sexo que recibió el honor del sacerdocio [223].

220 T. III, p.292.
221 Cf. T. IX, pp.107-108.
222 T. IX, p.107.
223 Cf. T. IX, pp.116-117.

Pie sentía atractivo personal por una vida dedicada totalmente a la contemplación. Pero Dios lo había destinado a otra cosa. De ahí su propósito de establecer una suerte de alianza entre su misión pontifical y la alabanza del monasterio. “Estamos condenados a sacrificar las suavidades de la visión a las utilidades de la acción, y a soportar las bodas más fecundas de Lía, cuando el atractivo nos llevaría con preferencia hacia la contemplativa Raquel. Así lo quiere Aquel que dispone como dueño de nuestros destinos. ¡Pero, con todo, cuánta necesidad sentimos de ser ayudados, de ser suplidos en el oficio de la oración y de la meditación por aquellos a quienes su profesión los consagra íntegramente a ello! Oh vosotros, que navegáis casi en el puerto, alargad vuestros brazos, extended vuestras manos haca nosotros, tan lejos como podáis, o mejor, acercad lo más posible vuestra barca a la nuestra para ayudarnos a llegar con vosotros a orillas más tranquilas” [224].

3. *El hombre del ardor apostólico*

Con motivo del 50° aniversario de la ordenación sacerdotal de un colega suyo, que a la vez era Cardenal, Pie alabó en el homenajeado su impulso, su dinamismo; de él se podría afirmar lo que dijo el salmista: *Et dies pleni invenientur in eis* (“Y días plenos se descubrirán en ellos”, Ps 72, 10). “A menudo estigmatizaste con palabras ardientes esa calamidad desastrosa que es la apatía sacerdotal, el sopor pastoral; la condenas irremisiblemente por tu ejemplo. La historia narrará el prodigio de tu actividad incesante” [225]. No en vano Cristo, modelo de los obispos, se presentó como obrero del Reino: *Pater meus usque modo operatur,*

224 T. VII, p.448.
225 T. VI, p.390.

et ego operor ("Mi Padre trabaja sin cesar y yo también", Jo 5, 17) y lamentó la escasez de los obreros: *Messis quidem multa, operarii autem pauci* ("ciertamente la mies es mucha, pero pocos los operarios", Mt 9, 37). El problema de la Iglesia, observa Pie haciendo eco a San Gregorio Magno, no es tanto la falta de clero, ya que a veces el clero es numeroso; lo decisivo es que sus integrantes sean verdaderamente obreros, verdaderamente trabajadores. En el obispo homenajeado saluda a "este tipo de trabajador infatigable, de obrero siempre en trabajo, de servidor que imita la operación continua de su Señor" [226].

La dedicación generosa al apostolado es una de las cosas que Pie más admiraba en los santos obispos. En una ocasión semejante a la anterior, alabó a un pastor, amigo suyo, porque siempre se había mostrado *ad omne opus bonum paratus* ("dispuesto para toda obra buena", 2 Tim 3, 17). Era el hombre que se entregaba, se multiplicaba, y cuyo celo daba para todo [227]. En otro sermón del mismo estilo, aunque esta vez con motivo de los funerales de un obispo, así elogia al pastor fallecido: "Era uno de esos hombres de iniciativa a la vez que de perseverancia, que no emprende o acepta ninguna tarea sin darse a ella por entero, con constancia, con energía, pero sobre todo con esa infatigable entrega que inspira la fe y la caridad sacerdotales." [228]

El mismo Pie daba en este sentido un ejemplo realmente relevante. Su celo era católico, se extendía a todos, a los grandes y a los pequeños, a los hombres privados y a los públicos, a todos quería llegar el Cardenal. Especial atención dedicaba a su clero, al que amaba entrañablemente. Como prueba de ello nos ha dejado una homilía verdaderamente inspirada, en que expresa

226 Ibid.
227 Cf. T. IX, p.559.
228 T. VI, p.240.

su dilección por los sacerdotes jóvenes y por los ancianos; los primeros, débiles arbustos, recientemente plantados en el jardín del Señor, que aún no han echado raíces profundas, pero ya produjeron sus primeros frutos, prometedores de futuras cosechas, cuyas manos delicadas exhalan todavía el perfume del crisma de su ordenación, cuyos labios están aún mojados con la sangre divina de su primer sacrificio; los otros, desde hace tiempo enraizados en el campo del Señor, cuyas robustas ramas de corteza endurecida resisten a los vientos, y se cubren de frutos llenos de sabor y de perfume, aguerridos contra el mal, victoriosos de tantos asaltos, almas firmes y viriles que se van desapegando cada vez más de la tierra e iniciando su conversación en el cielo; todos ellos, jóvenes y ancianos, constituían la familia del Obispo de Poitiers, que llenaba de alegría su corazón pastoral [229].

Pie quería conocer a sus sacerdotes, uno por uno, y visitarlos con frecuencia: "¡Que tengamos suficiente tiempo, suficiente fuerza para ir, con el bastón del viajero en la mano, a golpear la puerta de vuestro presbiterio, sentarnos a vuestra mesa frugal, recibir vuestra fraterna hospitalidad, conversar con vuestros hijos espirituales que se han hecho hijos nuestros, estudiar las diversas necesidades de vuestra parroquia, aplaudir los resultados ya obtenidos, ayudar con nuestro concurso las empresas que aún proyectáis! Lo hemos dicho, y ello expresa el fondo de nuestro corazón, no nos creeremos verdaderamente el obispo, el pastor de esta diócesis sino cuando hayamos conocido el rostro de nuestro rebaño, las ovejas y los corderos, los sacerdotes y los fieles, cuando podamos decir, a ejemplo del divino Pastor de nuestras almas: «Yo conozco mis ovejas y mis ovejas me conocen» (Jo 10, 14).". [230]
Bien sabía el Cardenal que no todo su clero estaba con él, que

229 Cf. T. II, pp.308-309.
230 T. I., p.184.

algunos lo miraban con recelo. Sin embargo aun hasta éstos llegaba con su amor pastoral, esperando que su trabajo, dictado por el amor de las almas no menos que por el amor de la verdadera doctrina, acabaría por acercarlos plenamente [231].

Destaquemos otro aspecto del episcopado de Pie, a saber, el exquisito tacto apostólico con que trató a un grupo de católicos disidentes que, juntamente con algunos sacerdotes, se habían alejado de la Jerarquía a raíz de la firma del Concordato entre la Santa Sede y Napoleón, juzgando que la Iglesia los había traicionado en su lucha contra los principios y los ejércitos de la Revolución francesa. Citemos sus palabras: "No temáis encontrar en los ministros del Señor un acogimiento severo. No, ellos saben que el espíritu de nuestro divino Salvador Jesucristo es un espíritu de suavidad. ¿No fue acaso uno de los motivos más determinantes que os separó de nosotros nuestra gran paciencia, nuestra mansedumbre, según vosotros excesiva, ante los que sin duda erraron de una manera más culpable que vosotros? Cuánto más indulgentes y más delicados seremos con vosotros, hijos nuestros predilectos, que, cual otros Macabeos, habéis llenado el mundo con la fama de vuestros combates emprendidos en defensa de la religión y de la patria, y a quienes no falta sino volver a entrar en comunión religiosa con nosotros para volver a ser lo que fueron vuestros padres." [232]

En ocasiones, el espíritu de celo auténtico, empapado de amor a Cristo, está en el origen de un intenso sufrimiento, especialmente cuando se ve a la Iglesia en situación de crisis, no monolítica en el común impulso apostólico, sino desgarrada por cismas y herejías, expresos o escondidos. En su elogio fúnebre del Obispo de Périgueux, Pie señala este aspecto del celo en el pastor difun-

231 Cf. T. VI, p.177.
232 T. I, pp.409-411.

to: "Vuestro obispo ha muerto de los dolores de la Iglesia. Creo haberlo señalado; su alma era viril y resuelta como la de ninguno; su naturaleza lo inclinaba a la esperanza más que al temor. Pero en la crisis actual veía una profundidad tan grande, síntomas de tal gravedad, que caía en trances inexplicables. Desde hace meses, incesantemente brotaban lágrimas de sus ojos; su sensibilidad no podía contenerse [...] Creedme, no eran los desfallecimientos de un corazón pusilánime, no era el debilitamiento de una senilidad prematura; eran las previsiones de un espíritu firme y esclarecido. Nada temía evidentemente para la Iglesia; es ésta un barco al que los huracanes conducen al puerto; la última catástrofe del mundo será para ella el triunfo definitivo. Pero si nada temía para la Iglesia, temía todo para Francia, para Europa, para la sociedad [...] Había lanzado un grito de espanto: *Perit fides*, «la fe se va y, con la fe, la sociedad perece»" [233]. Era el dolor de un corazón realmente eclesiástico, que padece en tiempo de defección. "Me duele la Iglesia", hubiera podido decir, parafraseando a Unamuno.

La vida de Pie es una expresión acabada de lo que ha de ser el espíritu católico de un obispo. No perdía ocasión alguna, ni siquiera la más trivial, para hablar de Jesucristo, para predicar la Realeza del Señor. En cierta ocasión, fue llamado a Chartres para bendecir nada menos que un "árbol de la libertad". Se adivina el espíritu de los que organizaban dicha "bendición". A pesar de ello, Pie no dejaría pasar la oportunidad. Comenzó refiriéndose a la agonía de todas las formas que tomó la sociedad en los últimos tiempos ya que a esas formas les faltó un alma, les faltó la doctrina, la religión, les faltó Dios. Desde hace tiempo la sociedad moderna decidió divorciarse de Dios: "Retírate lejos de nosotros –le dijo– no queremos la ciencia de tus caminos" (Job 21, 14). Y

233 T. IV, pp.136-137.

Dios obedeció, se retiró. Sin embargo está escrito que de todos modos Dios reinará, de buen o mal grado, aunque se enfurezcan los pueblos (cf. Ps 98, 1). Cuando no reina por los beneficios provenientes de su presencia, reina por las ingentes calamidades inseparables de su ausencia; la sociedad cae en la anarquía, las autoridades pierden el derecho a gobernar, y el día en que se creía poner la cima del edificio es el día del derrumbe estrepitoso (cf. Ps 126, 1) [234]. "Que Jesucristo y su Evangelio –concluyó– sean la base de vuestra constitución, y entonces tal constitución no perecerá. Vuestros padres también plantaron un árbol, pero no invitaron a la religión para bendecirlo; vuestros padres comieron del fruto de ese árbol, y murieron. En cambio, quienes coman del fruto del árbol cristiano, del árbol vivificado por la savia evangélica y alimentado por el jugo de la religión, esos tales vivirán eternamente. Esos hombres serán *Libres*, sí, ya que el Evangelio les enseñará que la primera libertad consiste en el dominio de los vicios y pasiones, que son el germen de todas las servidumbres y el escabel de todas las tiranías. Serán *Iguales* esos hombres que, en determinados días, se reunirán en la misma casa, donde confundirán sus oraciones y sus cantos, se sentarán a la misma mesa, inclinarán su cabeza ante el mismo Dios y el mismo Redentor, en espera de que sea su común Juez. Serán *Hermanos* esos hombres que habrán aprendido de Jesucristo a decir: «Padre nuestro que estás en los cielos»; porque no conozco otro modo de ser hermanos que teniendo un mismo padre; y ¿cuál será el padre común de los hombres si no el Padre celestial? De estos principios fecundos derivarán sobre la sociedad las más preciosas ventajas; los Derechos del hombre serán entonces verdad, porque los Derechos de Dios serán sagrados." [235] Así, lo que empezó por

234 Cf. T. I, pp.84-86.
235 T. I, p.87.

ser un acto meramente protocolar, acabaría en un conceptuoso sermón sobre la Realeza de Cristo.

El obispo predica incansablemente esta Realeza sabiendo que su tarea dentro de la Iglesia es "rescatar" todas las cosas, personas, sociedades e incluso la misma naturaleza, para poner todo a los pies del único Señor. Será pues oficio del obispo, como dice Pie, hacer que la creación entera se religue con Dios, que ponga por su intermedio el acto de religión que la redime; de alguna manera ello se realiza, al menos radicalmente, en el Santo Sacrificio de la Misa, donde todas las mañanas el universo entero –los seres animados e inanimados– se coloca sobre el altar eucarístico, punto de encuentro universal del cielo y la tierra. De ahí que la Misa constituya el momento supremo del celo episcopal: "El corazón del sacerdote sacrificador es el núcleo hacia el cual todo converge, donde todos los rayos se unen en un haz para proyectarse hacia Dios" [236]. Sobre la patena del obispo ocupará, por cierto, un lugar privilegiado el pequeño mundo de su diócesis, que habrá de ofrecer particularmente a Dios. Pie lo ha dicho de manera admirable, predicando en una parroquia de campo: "Estos pensamientos vienen frecuentemente a mi espíritu cuando recorro el territorio que me ha sido confiado. Al ver estas comarcas tan ricas, esta naturaleza tan variada, estos árboles, estas mieses, estos ríos, estas montañas, estas llanuras, estos valles, me digo a mí mismo: como obispo de este territorio, es mi deber de estado hacer que todas estas cosas sirvan para la gloria de Dios. Me pregunto por ello si esta mañana, mediante el sacrificio precedido de la meditación, he dado alma, vida, aliento a todos esos seres para llevarlos a Dios. El sacerdote, mi auxiliar, a quien ha tocado esta porción de la diócesis, que ve cada día lo que yo no advierto sino de paso, ¿tiene los ojos del espíritu suficientemen-

236 T. II, pp. 19-20.

te abiertos, el corazón suficientemente grande, las manos suficientemente puras para animar, para vivificar tantas cosas, y se muestra cuidadoso por saldar en detalle a esta comarca más restringida la deuda que yo no puedo saldar sino en bloque a toda la provincia?" [237]

4. *El hombre de la doctrina*

Pie destaca la necesidad y preeminencia de la doctrina en la configuración de la personalidad del obispo. Ya lo decía el Apóstol: "Los presbíteros que presiden bien, sean tenidos en doble honor, sobre todo los que trabajan en la predicación y en la enseñanza, *verbo et doctrina*" (1 Tim 5, 17). El propio San Pablo afirmaba de sí mismo: "no he sido enviado a bautizar sino a evangelizar" (1 Cor 1, 17). Mons. Pie trae a colación el testimonio de algunos Santos Padres en favor de este primado de la doctrina. El Crisóstomo, por ejemplo, desarrollando el pensamiento del Apóstol, explicaba cuánto esfuerzo requiere ordinariamente persuadir o convertir al infiel o al incrédulo, obrando sobre su inteligencia y su voluntad, extirparle el error, plantarle la verdad; en cambio, para conferir un sacramento al ya convertido no se exige tanta preparación, porque si hay buena disposición de parte de quien lo recibe, la gracia de Dios hace todo por sí sola. San Gregorio de Nazianzo, por su parte, escribiendo a los obispos reunidos en Cesarea para elegir un nuevo pastor, les propone a San Basilio en los siguientes términos: "¿A quién encontraremos, entre todos los conocidos, que sea más probo en su persona o en su vida, o más valiente en el discurso y la doctrina, o mejor dotado de ese conjunto de cualidades que dan relieve a la pie-

237 T. II, p.21.

dad y a la virtud? Si se me objeta su frágil salud, su complexión delicada, respondo que no estáis en busca de un atleta sino de un doctor, y que, siendo en definitiva nuestra palestra una palestra espiritual, acá no se trata de pugilato sino de pastoreo." [238]

En su notable elogio fúnebre del Obispo de Périgueux, al que ya hemos aludido, Pie alaba en aquel pastor la solidez de su doctrina. Partiendo de aquella frase de los Hechos donde se dice que Cristo comenzó "a hacer y a enseñar", *facere et docere* (Act 1, 1), afirma que no otra fue la ocupación del obispo fallecido: "fuerza unida a la sabiduría en la acción; fuerza unida a la doctrina en la enseñanza" [239]. Y detalla lo afirmado: "A pesar de su vida esencialmente activa, nunca dejó de lado el estudio; sus libros lo seguían por doquier, y su espíritu, eminentemente justo y práctico, extraía rápidamente de un libro su jugo más sustancial y más útil. Tenía el instinto de la doctrina, el olfato de la verdad; poseía en un alto grado el sentido de las cosas sobrenaturales. Asimismo su boca de obispo no era nunca la boca del hombre, sino siempre la boca de la Iglesia." [240]

No se trata por cierto de que el obispo deba ser lo que hoy se llama "un intelectual". Se trata de que tenga, como nos acaba de decir Pie, el instinto y el olfato de la verdadera doctrina, de que ame sinceramente la verdad, de que guste penetrarla, saborearla. Y que sepa llamar bien al bien y mal al mal, como lo hacía el fallecido Obispo de Périgueux: "Jamás la verdad fue por él proclamada a medias; jamás esas mutilaciones, esas omisiones, esos compromisos que su indignación censuraba como comienzos de apostasía. Ciertamente, no es él quien celebró como días feli-

238 Cit. T. IX, p.541; cf. pp.540-541.
239 T. IV, p.113.
240 T. IV, p.129.

ces para la religión aquellos en los que ésta se ve falseada, desfigurada de tantas maneras en el seno de los areópagos. Por el hecho de estar mezclados con caricias, los asesinatos no son menos asesinatos. Ahora bien, nadie en el mundo recibió licencia para asesinar a la Iglesia." [241] Relata Pie, en el mismo sermón, que el obispo cuyo elogio está tejiendo, a pesar de toda su dedicación, se decía a sí mismo en sus últimos instantes: "He trabajado mucho, pero ¿trabajé bien?", a lo que Pie le responde: "Sí, nobilísimo hermano, trabajaste bien; porque siempre uniste la fuerza a la sabiduría, la doctrina a la acción. Y Jesús dijo: «El que haya hecho y enseñado, ése tal será llamado grande en el reino de los cielos» (Mt 5, 19)." [242]

A los pastores que son según el corazón de Dios, afirma en otro sermón, se los reconoce sobre todo por la preocupación que manifiestan de proveer a su pueblo el alimento de la ciencia y de la doctrina: *Dabo vobis pastores juxta cor meum, et pascent vos scientia et doctrina* ("os daré pastores conforme a mi corazón, y os apacentarán con ciencia y doctrina", Jer 3, 15). No hay cosa más peligrosa que un pastor que descuida, se desinteresa o, lo que es más grave, se aparta de la doctrina. "El más grande de los males acaece cuando los pastores, cediendo a los anhelos de su siglo, o llevados por su actividad natural, olvidan poner en la base de todas sus obras el fundamento necesario e inviolable de la doctrina. ¿Cómo cumplirán su ministerio los que están encargados de distribuir el alimento sólido de la verdad si ellos mismos se alimentan de viento? Pues bien, tal es la calamidad terrible con que Dios ha amenazado a su pueblo: *Omnes pastores tuos pascet ventus* (a todos tus pastores los alimentará el viento). Y agrega el Señor: "Mi furor se encendió contra estos pastores, *su-*

241 T. IV, pp.132-133.
242 T. IV, p.141.

per pastores iratus est furor meus. Porque fueron los ídolos quienes dieron respuestas vanas y vacías, *quia simulacra locuta sunt inutile*; videntes que tenían visiones engañosas, *et divini viderunt mendacium*; soñadores que hablaban en el aire, *et somniatores locuti sunt frustra*; ofrecían falsa seguridad y falsas consolaciones a mi pueblo, *vane consolabantur*. He aquí por qué. habiéndose levantado el viento de la tempestad, los hijos de mi pueblo fueron conducidos como rebaños, *idcirco abducti sunt quasi grex*; su aflicción se prolonga porque no tienen pastor, *et affligentur, quia non eis est pastor* (cf. Zac 10, 2. 3). Están sin pastor, porque en el reino de la verdad y de las almas, no hay pastor allí donde no hay doctor." [243]

5. *El hombre que denuncia el error*

La denuncia del error es la otra cara del amor a la verdad. A este respecto Pie nos ha dejado agudas reflexiones en su discurso de entronización como Obispo de Poitiers donde, según señalamos anteriormente, hizo suya una afirmación, breve pero terminante, de su antecesor San Hilarlo: *Episcopus ego sum* (Yo soy obispo), en torno a la cual expone su pensamiento.

> Esas palabras contienen todo, esas palabras lo dicen todo.
>
> *Episcopus ego sum*: seré por tanto padre, seré pastor; os amaré como el padre ama a sus hijos; os guiaré y os alimentaré como el pastor conduce y alimenta a sus ovejas [...] Pero el obispo, además de ser padre de familia y pastor, es otra cosa. La significación misma de su nombre así lo indica: es principalmente "un centinela". Desde el punto de observación en que está colocado, es menester que observe, que considere, que si

243 T. VII, p.166.

> es necesario lance el grito de alarma. Centinela de la verdad, defensor de los derechos de Dios, custodio de las almas: he aquí para el obispo títulos sagrados, que llevan consigo obligaciones inflexibles, responsabilidades indeclinables.
>
> *Episcopus ego sum*: "Yo soy obispo". Si pues esperáis de mí que sea el hombre de la paz, el hombre de la conciliación, de la condescendencia, de la caridad, no presumís nada que no sea verdadero. Pero no se limitarán allí mis deberes, y puede ser que las circunstancias me impongan otros que estaréis menos preparados para comprender.
>
> *Episcopus ego sum*: "Yo soy obispo". A título de tal, soy entre vosotros el cónsul de la majestad divina, el embajador y el encargado de negocios de Dios. Si el nombre del Rey, mi Maestro, es ultrajado, si la bandera de su Hijo Jesús no es respetada, si los derechos de la Iglesia y de su sacerdocio son desconocidos, sí la integridad de su doctrina es amenazada: "yo soy obispo", por tanto hablaré, levantaré mi voz, mantendré alto y firme el estandarte de la verdad, el estandarte de la verdadera libertad, que no es otro que el estandarte de la fe, el estandarte de mi Dios. Los pusilánimes podrán extrañarse de ello, ciertos espíritus podrán incluso escandalizarse. Por eso he querido desde hoy expresarme con total libertad, ya que vosotros no podríais sospechar la abundancia de caridad que en esta hora desborda mi alma [244].

Lo ha querido dejar en claro desde el primer momento: predicará la verdad y desenmascarará el error. No serán sino dos expresiones de una misma caridad, de un mismo amor a Dios, a la Iglesia y a las almas que de él dependen. Cuán necesaria era una actitud semejante en la Francia que agonizaba, donde muchos fieles podían hacer suyo aquel lamento de Fulberto Carnot, que el mismo Pie cita en uno de sus sermones: "No hay obispo

244 T. I, pp.131-132.

en las Galias; no hay un obispo inflamado de celo por la ley santa, que se levante para romper el bloque de los errores." [245]

Es éste uno de los aspectos más llamativos en su perfil episcopal. Humildemente atribuye tal disposición al ilustre obispo que lo consagró, "al atleta ejercitado que instruyó mis manos para el combate, mis dedos para la guerra" [246]. Su admiración recaería siempre en los obispos batalladores, como lo acabamos de observar en su elogio fúnebre al pastor de Périgueux, en uno de cuyos párrafos decía: "¡Con cuánta constancia denunció ante los hogares cristianos de su diócesis esos arsenales domésticos de venenos hereditarios que se llaman bibliotecas! [...] Lo hizo bien, y en el curso de algunos meses, varios miles de volúmenes fueron quemados. Era un primer éxito; volvió a la carga, y os escribió de nuevo: «Revisad vuestras bibliotecas y vuestras casas, como se revisa un bosque o una mansión donde se sospecha la presencia de un asesino o de un ladrón, y declarad una guerra a muerte a los malos libros»." [247]

Admirando tales ejemplos y obrando en consecuencia, Pie no sólo quería ser fiel a la galería gloriosa de los pastores ejemplares que durante tantos siglos ornaron a la Iglesia, sino también a las apremiantes palabras del Papa a quien tanto amaba, el cual así exhortaba a los obispos: "Alejad a vuestras ovejas, con cuidado, vigilancia y ardor infatigables, de tantos pastos envenenados; combatid y refutad, de viva voz y por escrito, tantas opiniones perversas y monstruosas...; obrad con energía viril; y, en esta gran perturbación de los tiempos, no dejéis abatir vuestro coraje frente a la iniquidad." [248] Por eso jamás Pie vaciló en

245 Cit. T. II, p.608.
246 T. I, p.126.
247 T. IV, p. 134.
248 Cit. T. V, pp.33-34.

abandonar el "episcopio", es decir, el mangrullo de la Iglesia, y a quienes objetaban su varonil tesitura respondía: "El obispo no comete una usurpación de funciones cuando, colocado como un centinela para observar el espíritu y la marcha de los tiempos, dice a la generación que lo rodea, lo que hay que pensar, lo que debe temer, lo que puede esperar." [249] Desde su atalaya "es un centinela siempre en observación, siempre presto a lanzar el grito de alarma, si a lo lejos aparece el enemigo" [250].

Fue precisamente durante los años de su gobierno pastoral cuando Ernest Renan publicó su impía *Vie de Jésus*. El "centinela" siempre alerta de Poitiers lanzó inmediatamente el grito de alarma, haciendo pública una advertencia. Allí decía que aun cuando todos los otros obispos callasen con motivo de ese libro perverso, lejos de ver en ello una razón para imitarlos, se hubiera sentido más estrechamente obligado a tomar la palabra, porque si bien se sabía el más pequeño de todos, no en vano ocupaba la sede de Hilario, y he aquí que Arrio había reaparecido. Es cierto que si se considera sólo la persona de Renan, se trata de un Arrio muy aminorado, occidental, alemán por el pensamiento, francés por la palabra, y en todo adaptado al nivel de una época decadente, pero si se atiende al espíritu que lo impulsa y a los recursos de que dispone, es un Arrio mucho más peligroso y que ha avanzado desmesuradamente en el camino del mal. A continuación pasa a exponer en detalle sus errores [251].

No eran pocos los que pensaban que, dada la enorme vigencia del liberalismo, era preciso ser "prudente", había que callar, esperar, confiar al "tiempo" la solución de los problemas. Pie sale al paso de tal objeción recordando que si bien es cierto que, se-

249 T. VIII, p.249.
250 T. II, p.595.
251 Cf. T. V, pp.228-231.

gún la Escritura, "hay tiempos de callar y tiempos de hablar" (Ecle. 3, 7), San Hilario decía que había igual peligro en callar siempre que en hablar siempre, *quia non minus periculi est semper tacuisse, quam nunquam* (*Contra Constant.* 1) [252], y agregaba: "El tiempo de hablar ha llegado, porque el tiempo de callarse ha pasado. En adelante el silencio ya no se puede llamar moderación sino cobardía, porque ¿no hay acaso menos peligro en callarse siempre que en no callarse nunca?" [253] Concluye Pie: "Después de tales palabras, ¿no es verdad que no estaríamos autorizados a callarnos sino cuando el error se callara? Pero he aquí que el error no se calla; habla, levanta la frente, se desliza por todas partes, se presenta bajo todas las formas; ataca, niega, desfigura, aminora todas las verdades; multiplica los sofismas, acumula montañas de mentiras, afirma mil falsedades. «¿Y en presencia de este diluvio de impiedades –dice San Agustín– vienen a decirnos: Cállate? ¡Dios me guarde de la gran sinrazón que sería, cuando Él mismo me lo manda por su Apóstol que afirma que el obispo debe contradecir a quienquiera enseña el error, dejarme impresionar por alegaciones o cóleras deleznables, y tomar el partido del silencio!» (*Ep.* 34, 4). En todo tiempo, señores, hay espíritus tales que sólo ven en la defensa un escándalo que se agrega al del ataque, y unen con gusto su indignación a la del enemigo cuando los apóstoles de la verdad se esfuerzan por hacer su voz tan resonante como la de los apóstoles de la mentira." [254]

Mejor no se podía decir: se tolera con "espíritu amplio" las mayores herejías y se observa con lupa todas las posibles intemperancias de los defensores de la verdad. No, exclamará el Obispo de Poitiers con el Profeta, "por Sión no me callaré, y por Je-

252 Cf. T. IV, p.265.
253 Cit. T. II, p.77.
254 T. III, pp.128-129.

rusalén no tendré reposo" (Is 62, 1), hasta que Cristo, rechazado por la insolencia de los hombres de nuestro tiempo, se levante de nuevo sobre el mundo para iluminarlo y salvarlo. "En estos días de confusión y de desorden, si los profetas se callan, ¿quién hablará? Si las cátedras de verdad están mudas, ¿quién hará revivir los derechos de la verdad?" [255]

Un pastor no puede permanecer con sangre fría cuando ve lo que hoy sucede en el mundo. No hay derecho a callarse, dice Pie, cuando todos los límites de la iniquidad han sido franqueados. Y propone, una vez más, actualizándolo valientemente, el glorioso ejemplo de su antecesor San Hilario en su enfrentamiento con el emperador Constancio: "¿Qué importa que Constancio no sea un hombre sino un triunvirato, o que se llame incluso Legión? Basta que el espíritu de Constancio haya reaparecido sobre la tierra." [256] Para Hilario había terminado el tiempo de callarse, el anticristo ya dominaba la tierra, era preciso elevar la voz porque Satanás se había transfigurado en ángel de luz. Pluguiese a Dios, decía el Santo Doctor, que yo hubiese sido obispo en tiempos de Nerón o de Decio; entonces el combate habría sido contra enemigos declarados, hubiéramos levantado nuestra voz en medio de los suplicios, y así los pueblos, testigos de una persecución manifiesta, nos habrían acompañado en la confesión de la fe. En cambio ahora, luchamos contra un perseguidor que engaña; luchamos contra Constancio, que finge ser cristiano, contra un perseguidor más refinado que sus antecesores, que no hace mártires, que hace imposible la palma de la victoria, y que es en el fondo un precursor del anticristo. Y esto Hilario se lo dice directamente al Emperador: "Yo te lo digo, Constancio, tú combates contra Dios." [257] Pie concluye emocionado, dirigiendo estas palabras a

255 T. I, p. 134.
256 T. IV, pp.66-67.
257 Cf. T. IV, p.67.

su gran antecesor: "Pontífice santo y bienamado, a quien Dios llamó al gobierno de la Iglesia en días tan difíciles, no podemos bajar de esta cátedra sin dirigirte una exclamación de respeto, de admiración y de amor. Querríamos que nuestras señales de devoción fuesen iguales al exceso de vuestras pruebas. ¡Qué grande nos pareces, qué espléndido te nos muestras en esta hora! Solo y último defensor de los principios que hacen vivir a los reinos, eres abandonado de ellos [...] La posteridad narrará esta majestad en la desgracia, esta serenidad en la tormenta, esta confianza divina y esta firmeza en lo más fuerte de la tempestad." [258]

La raza de los Hilarios no ha muerto. Pie veía en su antiguo Obispo de Chartres un glorioso ejemplar de la misma. En su elogio fúnebre pronunciado en aquella ciudad, el Obispo de Poitiers alaba con entusiasmo al pontífice desaparecido. Él no pensaba que los combates religiosos debían ser sostenidos a puertas cerradas, culminando en cartas y negociaciones enterradas en los archivos de los ministerios y de los obispados, o en las colecciones de autógrafos que tanto aman los curiosos. "No tenía gusto sino por las batallas al aire libre y en pleno campo. Y aunque no estaba desprovisto de compasión por esas multitudes de espíritus fuertes o de espíritus débiles que con motivo de cualquier cosa gritan escándalo, y gustosamente se muestran más indulgentes con los detractores de la religión que con sus defensores, nada le importaba de ello. «Si los apóstoles y los santos doctores hubiesen seguido el sistema recomendado por los prudentes de ese tiempo, decía, el mundo sería aún hoy pagano o arriano». Según él, la publicidad de la defensa estaba pedida por la publicidad de la agresión, y la resonancia no lo asustaba. La historia le había enseñado que las discusiones, incluso de obispos con obispos, cuando se referían a los grandes intereses de la causa divina, eran un

258 T. IV, pp.67-68.

índice de la vitalidad de la religión al mismo tiempo que del celo y de la convicción de sus ministros." [259]

El fallecido Obispo de Chartres, agrega, siempre llevaba adelante a la vez dos expediciones: el combate por la palabra y el combate por la oración. Todos los días pedía a Dios la conversión de los impíos o su saludable humillación. "Una mañana, hacia fines del año 1847, acabando su oración ante el crucifijo, le oímos recitar, con un fervor inexpresable, todo el salmo *Miserere*, al que iba intercalando, después de cada versículo, esta invocación de las letanías: *Ut inimicos sanctae Ecclesiae humiliare digneris, te rogamus audi nos* («Que te dignes humillar a los enemigos de la Santa Iglesia, te rogamos óyenos»). Tales eran los rudos golpes que daba a los adversarios." [260] ¿Que alguna vez el atleta se excedió? Admito esta posibilidad para el obispo, reconoce Pie, como San Gregorio de Nazianzo la aceptaba para San Atanasio y para toda la falange atanasiana. "Por suaves y tratables que fuesen en otras cosas –decía San Gregorio–, había un punto en que no sufrían ser acomodaticios y fáciles, a saber, cuando por causa del silencio o del descanso, la causa de Dios era traicionada; entonces de golpe se tornaban belicosos, ardientes y encarnizados en los combates, porque su celo era una llama; y se exponían con más facilidad a hacer lo que no era conveniente que a dejar de obrar donde el deber así lo exigía." [261] De lo que concluye Pie: "Una vez más, me resigno a que la falta de mi obispo sea, como la de Atanasio y los hombres de su escuela, haber creído que, para la defensa de Dios, más valía pecar por exceso que por defecto." [262]

259 T. II, p.601.
260 T. II, p.600.
261 Cit. T. II, p.598.
262 T. II., pp.598-599.

Era importante, asimismo, no contentarse con ofrecer semisoluciones a los grandes errores de la época. A este respecto recuerda Pie que según el rey David no hay desgracia mayor para los hombres y para las sociedades que "la disminución de las verdades" (cf. Ps 11, 2). Porque si las verdades permanecen a salvo y en su integridad, las costumbres más degradadas pueden corregirse, en cambio si las verdades decaen con las costumbres, éstas jamás se levantarán [263]. "Supongamos que en tiempo de epidemia el farmacéutico de la ciudad cometiese la barbaridad de cortar con la mitad de agua el antídoto que necesitaría todo su poder para triunfar del flagelo mortal, ¿sería este hombre menos criminal que un envenenador público? Pues bien, señores, la sociedad moderna está presa de un mal terrible que le roe las entrañas y puede precipitarla a la tumba. El contraveneno no será eficaz a no ser que conserve toda su energía; será impotente si se lo diluye. No cometamos el crimen de obedecer a las fantasías, a las solicitaciones incluso del enfermo. Un poco de miel en el borde de la copa, en buena hora; pero que el brebaje conserve toda su fuerza; si no, la sociedad perecerá por esa funesta condescendencia." [264] Un ejemplo tomado de la antigüedad le sirve para confirmar lo que acaba de decir. Algunos herejes habían pedido al papa San Gelasio se dignase condescender un poco con ellos, es decir, que por amor a la paz, por consideración de su debilidad, cediese algo en la rigidez de la doctrina católica. He aquí la respuesta del Pontífice: "Cuando pretendéis que debemos condescender con vosotros, estáis confesando que habéis descendido o que estáis por descender. Yo os pregunto, ¿de dónde habéis descendido y a dónde habéis descendido? Sin ninguna duda, habéis descendido de un rango más elevado a un nivel

263 Cf. T. III, pp.259-260.
264 T. III, p.260.

más bajo, os habéis rebajado de la comunión católica y apostólica a una comunión herética y condenada; lo veis, lo reconocéis, y lo negáis. Ahora bien, ¿no os basta el veros así caídos y envilecidos sino que, advirtiendo cómo nosotros nos hemos mantenido en un nivel superior, pretendéis hacernos bajar de él, y nos invitáis a descender con vosotros de la cumbre donde estamos al lugar ínfimo donde vosotros estáis? Creemos más sensato y más generoso conjuraros a que os elevéis con nosotros de lo bajo a lo alto." [265]

Pie experimenta horror por todo lo que huela a compromiso. Y al tiempo que fustiga a los componenderos de la verdad y el error, trae a nuestra consideración el recuerdo de aquellos obispos heroicos que prefirieron morir antes que rebajarse a semejantes transacciones. Y así saluda al obispo Febadio, gloria de Aquitania, quien defendió altivamente su independencia, al punto que en un siglo de defecciones, el siglo IV, mereció ser contado entre los mejores centinelas de la fe. Pues bien, Febadio sostenía que los enemigos más peligrosos de la religión y de las almas eran los que tenían muchos puntos comunes con nosotros, y que enmascaraban lo que tienen de malo bajo la cubierta de lo que nosotros tenemos de bueno, *malorum suorum virus per bona nostra defendunt* (los virus de sus perversiones los defienden por nuestras riquezas); decía asimismo que ante las maniobras de la impiedad era preciso atacar, demoler las ciudadelas enemigas para salvar nuestras propias fortalezas, derribar las doctrinas extrañas para mantener la fe de los pueblos en nuestra doctrina. [266]

El Card. Pie quiere ponerse en la fila de esos grandes e intrépidos obispos de la Iglesia. Su denuncia se dirige a los males de su tiempo, como luego lo veremos ampliamente, a la perversión

265 Cit. T. III, p.261.
266 Cf. T. III, pp.472-473.

del liberalismo, del naturalismo, del racionalismo. Una y otra vez insistirá sobre la obligación que tienen no sólo los individuos sino también los pueblos de rendir homenaje a Dios, especialmente su querida Francia, nacida en los brazos de la Iglesia. Enrostrará a su Patria el abandono de la religión de sus padres, su neutralidad, su apostasía. Y pedirá a sus fieles no le reprochen el volver tantas veces sobre esta crucial cuestión, ya que el deber del médico espiritual, como del médico de los cuerpos, dura tanto cuanto el mal que trata de erradicar. Así obraron los obispos santos, no sólo San Hilario, sino también San Agustín, quien casi cotidianamente hablaba contra los donatistas, cuya peligrosidad era mucho menor que la de los herejes actuales. Si los defensores de la verdad, por una delicadeza fuera de lugar, se rinden ante el escrúpulo de la reiteración, si no renuevan sus golpes ya cien veces propinados a la mentira, ésta seguirá siendo dueña del campo. [267]

Una de las objeciones que solía ponerse a Mons. Pie era que si bien tenía razón en el fondo, resultaba por desgracia demasiado vivo en la forma. A lo cual respondía que en las cuestiones importantes y capitales, de las que depende la salud de la religión y de las sociedades, todo radica en el fondo, siendo la forma completamente secundaria, un detalle que suelen aprovechar los adversarios para ocasionar incidentes. Aquello a lo que se niegan es en realidad al fondo, y aunque alguna vez se llegase a un acuerdo sobre la forma, permanecería en pie el diferendo sustancial. [268]

Otra de las objeciones que se levantaban contra la campaña denunciadora del infatigable Obispo de Poitiers era que turbaba la paz, entablando una lucha que no tenía la menor posibilidad de éxito. La paz no es turbada sino por la mentira, contestaba

267 Cf. T. VIII, pp.83-84.
268 Cf. T. II, p.599.

Pie, y, además, cuando la verdad hace la guerra, es para alcanzar la paz. En cuanto a las posibilidades de éxito, es natural que no esperemos nada, o casi nada, de nuestras propias cualidades, pero sí debemos esperar lo inesperado de la gracia de Dios. Hace más de 700 años, Geoffroy de Vendôme escribía al P. de Bonneval, uno de los grandes campeones de la causa de Cristo en esa época: "Eleva la voz, órgano de Dios y trompeta del Espíritu Santo. Noble heraldo de la verdad, no impidas a tus labios perseguir la perversidad herética. No te rindas a la opinión de los que afirman que tu lenguaje es inútil porque no puede convencer y convertir a aquellos contra quienes hablas. Los que tales cosas dicen no han leído las santas letras, e ignoran que el apóstol está obligado a combatir y no está obligado a vencer. La victoria es cuestión de Dios." [269]

Este tema volvería a menudo bajo la pluma de Pie o en su voz, como frecuente era la objeción que le dirigían: turba la paz, rompe la unidad. "Es un buen nombre el de la paz –dice citando a San Hilario–; es también una cosa hermosa la idea de unidad. Pero ¿quién negará que según la Iglesia y el Evangelio, no hay otra unidad y otra paz que la unidad y la paz de Jesucristo?" (*Contra Auxent.* 1). Y agregaba: "Por doquier encontramos a estos elocuentes predicadores de la paz y de la unión. Comienzan por separarse de la doctrina común de la Iglesia, crean un sistema, forman una escuela; luego, cuando han establecido su campo frente al campo de la tradición sagrada, gustosamente apelan al espíritu de paz y de unión, para obtener el asentimiento o al menos el silencio de los maestros de la doctrina." [270] Con un celo invariablemente guiado por la caridad, Pie haría oídos sordos a los clamores de tales pacifistas, sabiendo muy bien que si se veía

269 Cit. T. II, pp.599-600.
270 T. VI, pp.560-561.

obligado a hacer la guerra, "sería siempre con el fin de hacer la paz, la única paz digna de este nombre, que es la paz en la verdad: *pacem in veritate*" [271].

A la guerra y la paz se refirió también en su discurso de entronización como Obispo de Poitiers, que repetidas veces nos ha ocupado. Allí dijo: "La paz es, por cierto, sin duda alguna, el deseo ardiente de mi corazón, la necesidad de mi naturaleza, la inclinación marcada de mi carácter. Pero el Espíritu Santo me ha enseñado que el amor a la verdad debe preceder a todo otro amor, incluso al amor de la paz: *veritatem tantum et pacem diligite* («amad sólo la verdad y la paz», Zac 8, 19). Una de las oraciones que pronunciaron sobre mí el día de mi consagración episcopal fue ésta: «Que ame la verdad y no la abandone jamás, ni bajo el imperio del temor, ni bajo el imperio de la alabanza», *veritatem diligat, neque eam unquam deserat, aut laudibus aut timore superatus* [...] Tened pues confianza en nuestro ministerio, y resolveos a respetar nuestras palabras y nuestras acciones, aun cuando os acaezca no comprenderlas. Dejadnos salvaguardar, en sus causas y en sus principios, los efectos y las consecuencias a que atribuís tanto precio; dejadnos trabajar por vosotros a veces a pesar de vosotros; y acordaos que, desde las cumbres de la montaña, el pastor ve más alto y más lejos que las ovejas cómodamente esparcidas en la llanura." [272]

Bien entendía Mons. Pie que lo principal era la exposición de la verdad, el gozo y el saboreo de la verdad, por sobre toda lucha y disputa. Al fin y al cabo, en el cielo no habrá ya polémica alguna sino visión fascinante. Pero no sucede así en la tierra. Refiriéndose a la ingrata tarea de desenmascarar el error –siempre segunda en relación con la proclamación de la doctrina– nos de-

271 T. I, p.134.
272 T. I, pp.132-133.

jó esta espléndida reflexión: "Está muy de moda suponer en el polemista católico cierto gusto por la lucha, un ardor innato, una irresistible necesidad de batallar. Tal suposición olvida demasiadas cosas. Si por vocación el católico es conquistador, no por ello es agresivo. Posee, defiende; el ataque sólo puede turbarlo en el gozo pacífico de una verdad que está para él fuera de duda. Lo siente por los demás: en los conflictos de palabras la verdad pierde siempre algo de su majestad propia, como una reina obligada a tratar con súbditos rebeldes. ¿Quién ha expresado mejor que el gran polemista católico de nuestra época [273] la superioridad de la exposición sobre la discusión? [...] ¿Es posible creer que quien ha hecho de la Sagrada Escritura el alimento continuo de su inteligencia; quien, si así puedo expresarme, camina y se mueve familiarmente entre los Padres de la Iglesia, como uno de ellos, sienta placer, aun el más mínimo, hojeando los diarios, las revistas, los folletos, los mediocres libros del libre pensamiento para poder combatirlos?" [274]

Pero no hay mal que por bien no venga. La necesidad de refutar reiteradamente el error se convirtió para Mons. Pie en la mejor manera de lograr una exposición más neta y una definición más clara de la verdad, según aquello de San Hilario de que "está en el destino de la revelación divina ser comprendida e iluminada no solamente por sus propias doctrinas sino por las de sus adversarios: *Non solum suis, sed adversantium intelligenda est doctrinis*" [275].

Por lo demás, la causa en favor de la cual el Obispo de Poitiers se vio obligado a combatir, desenmascarando tantos errores, era una causa positiva, la causa de Cristo, la adoración de Cristo

273 Se refiere a Louis Veuillot.
274 T. VIII, pp.276-277.
275 Cit. T. VI, p.562.

despojado de sus vestidos por los nuevos Arrios [276]. "Nuestra razón de hablar es Jesucristo –afirma comentando a San Hilario–, porque en todo el movimiento de lo que se llama el mundo moderno, no es otro que Jesucristo quien está en juego." [277]

Tengamos en cuenta que la lucha de Pie fue contra las falsas doctrinas, contra los sofismas del tiempo, no contra las personas respecto de las cuales nos testimonia que pedía todos los días la enmienda de su corazón, y que incluso estaba dispuesto a dar su vida para conquistarlas a la verdad y a la gracia. "Si hay algún calor, alguna vivacidad en nuestro lenguaje, es porque resulta imposible estar convencido de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y no censurar con santa indignación las doctrinas que combaten directamente dicha verdad fundamental o la destruyen en la práctica." [278] La tibieza en este punto es para él un crimen, y toda capitulación una apostasía y una traición. Lo que busca es preservar del infierno a los hermanos extraviados y, juntamente con ellos, a ese gran número de personas que ellos extravían. Tal es su razón de hablar así, un deber de caridad pastoral. Nada más lejos del espíritu de Pie que la acritud de carácter, o la severidad por la severidad. En su artículo de *Études* escribía el P. Longhaye: "Si bien el Obispo de Poitiers no es de esos augures complacientes a los cuales se puede decir: «Ten visiones que nos deleiten, anúncianos errores que nos agraden» (Is 30, 10), no es tampoco un profeta de desgracias, y menos aún uno de esos espíritus agrios y singulares que se solazan recriminando." [279] Lo que lleva adelante es el combate de Dios, en el que ningún obispo digno de tal nombre puede estar ausente. Trátase por cierto del

276 Cf. T. II, pp. 415-416.
277 T. VI, p.563.
278 T. II, pp.414-415.
279 Cit. T. VIII, p.301.

gran combate, no de batallitas marginales, empequeñecedoras del espíritu. Cuán bien se le aplican las palabras que él mismo refiriera a su antiguo Obispo de Chartres: "Este generoso atleta, siempre atento a las cosas importantes, no se apasionaba jamás por las cosas pequeñas [...] El pontífice era un guerrero, no un enredador. «No me gusta la guerra a golpes de alfiler, dijo un día; cuando hay que hacerla, trato de hacerla a cañonazos»." [280]

6. *El hombre de la fortaleza*

La defensa de la verdad exige entereza de alma. Si, al decir de Pie, "el cristianismo es una religión de coraje, una religión de lucha y de combate" [281], parece evidente que los pastores de la Iglesia deberán caracterizarse eminentemente por la virtud de la fortaleza. El obispo, por estar colocado en una cúspide, cual vigía de su pueblo, la habrá de poseer en grado supremo.

En diversas ocasiones Mons. Pie exaltó la belleza de la fortaleza episcopal así como su urgente necesidad, precisamente en una época de generalizada cobardía. En su oración fúnebre por el Obispo de Périgueux dice que el sacramento del Orden comunica a quien lo recibe "cierta medida de fuerza, cierta energía de resistencia" [282]. Ello ya acontece en los grados inferiores del sacramento, como se ve por las palabras que el consagrante dice al diácono: *Accipe Spiritum sanctum ad robur, ad resistendum* (Recibe el Espíritu Santo para tener fuerza y resistir). El episcopado, suprema plenitud del Orden, es "el apogeo de la fuerza espiritual y de la resistencia sagrada" [283]. La fórmula que el ritual de la

280 T. II, p.602.
281 T. II, p.587.
282 T. IV, p.111.
283 T. IV, p.112.

consagración de un obispo prevé para la imposición de la mitra resulta suficientemente reveladora: "Señor, imponemos sobre la cabeza de tu pontífice y atleta, *antistitis et agonistae tuae*, el casco de la defensa y la salvación para que así, estando su frente decorada y su cabeza armada con los cuernos de uno y otro Testamento, aparezca terrible a los adversarios de la verdad, y sea su robusto impugnador, *decorata facie et armato capite, cornibus utriusque Testamenti, terribilis appareat adversariis veritatis, et impugnator eorum robustus exsistat.*" Es al obispo a quien mejor cuadran las palabras de la Escritura: *Vir sapiens, fortis; et vir doctus, robustus et validus* ("Varón sabio, fuerte; y varón docto, robusto y resuelto", Prov 24, 5); de él hay que decir "que no es suficientemente sabio si no es igualmente fuerte y valiente, que no es convenientemente docto si no es al mismo tiempo vigoroso y resuelto" [284].

Pie no oculta su admiración por la fórmula bíblica: *vir sapiens et fortis*. La sabiduría sin la fortaleza queda sin realizarse, permanece trunca. Refiriéndose todavía al fallecido Obispo de Périgueux dice: "En las circunstancias difíciles, tomaba en algo el aspecto del guerrero que corre al asalto; al modo del soldado francés, exclamaba con gusto: «*En avant!*». No, como lo observó él mismo, porque tuviese fe en el adagio pagano que promete la ayuda de la fortuna a los audaces, sino porque tenía fe en el socorro de Dios, en la gracia de estado [...]; en una palabra, porque sabía que un obispo no es sabio sino en la medida en que es fuerte" [285]. A su vez, la fortaleza que no va acompañada de la sabiduría, sólo atina a golpear sin sentido. De ahí que en el mismo sermón, tras haber tejido el elogio del obispo, las cualidades de su carácter, su facilidad para la predicación, su espíritu activo, su alma ardo-

284 Ibid.
285 T. IV, p.121.

rosa, afirma que todas esas cualidades las pueden tener muchos pastores, pero constituyendo para ellos una especie de trampa merced a la cual si la doctrina les molesta y la componenda les facilita el éxito, transigen en la doctrina y aceptan connivencias con el error. No carecerán de empuje y de coraje, pero carecen de reflexión, carecen de sabiduría. Y entonces se cumple aquello del Evangelio: "Cayó la lluvia, los ríos se desbordaron, los vientos se desencadenaron y dieron sobre la casa, que se derrumbó estrepitosamente" (Mt 7, 27), en vida incluso y bajo los ojos del arquitecto; la razón es "que no había sido fundada sobre piedra firme" (cf. Mt 7, 24), sobre la roca de la doctrina, de la sabiduría. Imaginemos un obispo andariego y activo, un luchador que no obedece sino a su brío; a diferencia del Apóstol, corre, pero al azar, combate, pero golpeando al aire (cf. 1 Cor 9, 26), habla, pero su palabra es un bronce que suena o un címbalo que retiñe (ibid. 13, 1). Le ha faltado el meollo de las obras, porque el meollo de las obras es la doctrina, una doctrina firme y sapiencial [286]. Cuando se unen la lucidez y el coraje, *vir sapiens et fortis*, entonces estamos en presencia de un gran obispo.

Un texto de la Escritura le ayuda a describir mejor la solidez que caracteriza al obispo verdaderamente fuerte: *Inde pastor egressus est lapis Israel* ("De donde el pastor resultó piedra de Israel", Gen 49, 24). "Decidme si es posible acercar dos palabras a cuyo acoplamiento la inteligencia esté menos preparada: «un pastor y una piedra», *pastor et lapis*, o, como se lee en otra versión, *pastor et rupes*, «pastor y roca». La idea del pastor lleva consigo la imagen de la dulzura, de la ternura. La piedra, por el contrario, expresa la solidez, la resistencia. ¿Cómo conciliar en una misma personalidad esas maneras de ser tan dispares?" [287].

286 Cf. T. IV, pp.127-128.
287 T. VII, p.169.

Parecería imposible, y sin embargo el mismo Cristo lo quiso así, al decirle a Pedro que era piedra, y que sobre esa piedra edificaría su Iglesia. "Por tanto es «pastor», pero al mismo tiempo es «piedra»: *pastor egressus est lapis.* Cuando Cristo elige a un hombre mortal para hacerlo vicario de su amor, comienza por darle un corazón pastoral, el más delicado, el más amante, el más entregado de los corazones; luego, por otra transformación, lo hace también entrar en la especie, en la categoría de los elementos sólidos: «Te digo que eres piedra»; te conviertes en roca, en granito; todos los dardos se estrellarán contra esta piedra, todas las armas se quebrarán sobre esta roca." [288]

La comunión de los dos sustantivos, *pastor* y *lapis*, ha encontrado para Mons. Pie su expresión histórica suprema en la persona de Pío IX, el Papa de entonces. Nadie más pastor que él, nadie más delicado, más abierto a los problemas de su tiempo, nadie más accesible a las necesidades de su época. Ciertamente el Señor, al elegir a Juan Mastai Ferreti como a su Vicario, no puso sus ojos en un corazón de piedra. "Pero cuando a su amor se le pidió que se desviase de la línea de la verdad y del deber, entonces el pontífice revistió otro carácter. Había llegado al trono con todas las cualidades del pastor condescendiente y asequible. De pronto, sin dejar nunca de ser ese mismo pastor, se convirtió en piedra; adquirió la firmeza y la resistencia de una piedra, y nada pudo quebrantarlo." [289]

El mismo Pie tuvo que reeditar esa extraña experiencia de ser a la vez pastor delicado y piedra inconmovible. La gravedad de las circunstancias de su época lo llevó a comprometerse en luchas para las cuales estaba lejos de creerse destinado. Y lo hizo con una enorme dosis de paciencia, que, no hay que olvidarlo,

288 T. VII, p.174.
289 T. VII, pp.175-176.

es una parte y quizás la más ardua de la fortaleza. Le gustaba considerar como dicho a sí aquello que San Gregorio de Nazianzo dijera a un obispo que tomaba posesión de su cargo en una difícil coyuntura: "Hermano, es a través de grandes obstáculos que subes al trono de tu dignidad [...] Si las cosas pequeñas, como parece adecuado, se adquieren con facilidad, las de gran valor cuestan más caro. Has oído a San Pablo decirnos que hay que pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de los cielos [...] Deja, pues, deja que los que te hacen guerra repitan hasta la saciedad sus necedades y simplezas; déjalos gritar y denigrar a su gusto; déjalos desfallecer, con la boca abierta, como la de una jauría que ladra al aire y ve escapar a su presa. No les hagamos siquiera el honor de darnos cuenta de sus vejaciones. Prosigamos nuestro ministerio de doctores y pastores de los pueblos. Enseñémosles a adorar a Dios Padre, a Dios Hijo, a Dios Espíritu Santo, Dios en tres personas, en una sola gloria, en un solo resplandor. Corramos en busca de lo que se ha perdido; fortifiquemos lo que es débil; conservemos lo que es santo. Por la imposición de manos de nuestros jefes, antecesores y modelos, hemos recibido una armadura con la que podemos rechazar los dardos inflamados del demonio, y presentar al Señor un pueblo elegido, una nación santa, un sacerdocio real; en Jesucristo nuestro Señor, a quien sea honor y gloria por los siglos de los siglos." [290]

Así quería ser Pie. Un hombre de coraje, un hombre sin temor a nada ni a nadie. Pero ¿no sabe con quién se mide, decían algunos, no tiene miedo? Y respondía, como le placía hacerlo, con frases de su predecesor San Hilario: "Sí, verdaderamente tengo miedo; tengo miedo de los peligros que corre el mundo: *Mihi metus est de mundi periculo*; tengo miedo de la terrible responsabilidad que pesaría sobre mí por la connivencia, por la complici-

290 Cit. T. IV, pp.331-332.

dad de mi silencio: *Mihi metus de mundi periculo, de silentii mei reatu*; tengo por fin miedo del juicio de Dios, tengo miedo por mis hermanos que se apartaron del camino de la verdad, tengo miedo por mí, porque es deber mío conducirlos allí: *Mihi metus de mundi periculo, de silentii mei reatu, de judicio Dei* (*Ad Constant. August*. II, 3)." [291]

7. *El hombre de la magnanimidad*

Se sabe que la magnanimidad es una parte potencial de la fortaleza. El pontificado de Mons. Pie estuvo siempre signado por esa virtud, por esa grandeza de alma que abrió su corazón a los problemas de la Iglesia universal en el espacio, y a la Iglesia de todos los siglos en el tiempo.

Es evidente su propósito de trascender los límites de su época histórica y de "empalmar" con sus santos predecesores, sus abuelos en la fe. Se sabe heredero de gente grande, de elevada prosapia espiritual. "De la terraza de mi residencia –dice en uno de sus sermones– contemplo a menudo el horizonte que limita esta parte de la ciudad donde vivieron Hilario, Martín, Radegunda, Fortunato y tantos otros, cerca de los fundamentos de la iglesia-madre trazados por el báculo de San Marcial, y cerca del viejo bautisterio en cuyo fondo los Pictones dejaron los últimos restos de su paganismo. Tal horizonte me impresiona por sus líneas exactas, sus aristas vivos, sus límites precisos. Me agrada el encuadramiento severo del viejo Poitiers. Me parece advertir una analogía entre la topografía de nuestra ciudad y su predestinación religiosa y doctrinal." [292]

291 T. VI, p.561.
292 T. IV, p.281.

Pie quería prestar sus labios a la grandiosa tradición que lo precedió, para que siguiese hablando por su boca. De manera especial, como ya lo hemos reiterado, veneraba la figura de San Hilario, cuya grandeza lo extasiaba. Especial preferencia sentía por sus comentarios sobre San Mateo y sobre los Salmos, que constituían para él una mina inagotable de inspiración. Hemos notado con cuánta frecuencia lo cita, cómo hace suyas sus palabras, de qué manera aplica su pensamiento a los problemas del siglo XIX. "Los fieles de mi ciudad episcopal tienen así el consuelo de oír, después de pasados quince siglos, las mismas enseñanzas que fueron dirigidas a sus padres; les resulta grato, como me sucede a mí, encontrar todavía allí tantas consideraciones prácticas y reflexiones tan maravillosamente pertinentes." [293]

A imitación de su santo y magnánimo predecesor, Pie abrió ampliamente su espíritu a la fe y ésta no puede sino ensanchar los límites del corazón humano. A fuerza de admirar y de citar a San Hilario, se hizo semejante a él, su corazón palpitó, como el de San Hilarlo, con la altivez de la verdad. "Gran Doctor, valiente atleta de la fe, yo soy el más oscuro de vuestros herederos, el más indigno de vuestros sucesores [...] Sí, Hilario, comprendo cada una de tus palabras, comparto toda tu manera de sentir. Los grandes misterios cristianos, comparados a todos los datos de la filosofía humana, se ajustan y proporcionan tan bien a mi inteligencia, que en lugar de constituir su prueba y su tormento, se han convertido en su alegría y su estremecimiento." [294]

El hombre magnánimo aspira al honor. Tal aspiración en modo alguno es contraria a la humildad. El obispo es el embajador de Dios ante los hombres. Como observa Pie, colocado en un punto tan alto, revelaría falsa modestia si rehusase los home-

293 T. IV, pp.390-391.
294 T. V, p.86.

najes que le tributan, y que en el fondo se dirigen a Aquel a quien representa. Bien sabe que no es necesario recordar a sus fieles, como antaño lo hicieran Pablo y Bernabé a los Licaonios, que él es un hombre mortal como los demás. "Pero desde hace un cuarto de siglo yo ejerzo ante vosotros el cargo de embajador de Jesucristo (cf. 2 Cor 5, 20) y, durante ese tiempo, habiendo sido tomado de entre los hombres y constituido vuestro encargado de negocios ante Dios, cumplo el ministerio de pontífice y de sacrificador para la santificación de vuestras almas y la expiación de vuestros pecados. Por este título, no rechazo ninguna de vuestras señales de respeto, obediencia y afecto." [295] Nada pues de esas falsas humildades de quienes se rehúsan a todo homenaje. No es a ellos como personas individuales a quienes se rinde honor sino a Aquel cuyas veces invisten. Prohibir a los fieles la manifestación de tales señales de deferencia es, en última instancia, impedirles poner un acto de fe, prohibirles honrar a Cristo, es una injuria al mismo Cristo.

Otro aspecto de la magnanimidad episcopal lo constituye la preocupación del obispo por la Iglesia, no solamente la particular a él confiada, sino también la universal. Nadie como el obispo está obligado a tener un corazón verdaderamente católico, universal. Así era el corazón de Pie, grande como la Iglesia, grande como el mundo al que Cristo había venido a salvar. "Un obispo, señores, debe amar a la Iglesia universal, debe amarla mucho. Amar a la Iglesia es deber de todo cristiano, de todo sacerdote; pero el pontífice es llamado *in partem sollicitudinis omnium Ecclesiarum* («al cuidado de todas las Iglesias», 2 Cor 11, 28). Es centinela, debe vigilar; es soldado, debe combatir; es doctor, debe enseñar; es juez, debe reprender y condenar. Ninguno de los intereses de la sociedad cristiana puede encontrarlo indiferente;

295 T. VIII, p.244.

y hay que reprender a esos espíritus pequeños y estrechos que creen se quita al gobierno de una diócesis particular lo que se da a la gestión de los asuntos generales y a la conservación de las doctrinas de la Iglesia católica. Ello no significa que lo que debemos a la Iglesia entera nos haga olvidar y descuidar nuestra Iglesia particular, la que nos fue especialmente confiada." [296] He aquí el punto de equilibrio, ignorado por los espíritus mezquinos o por los universalistas a ultranza, el verdadero equilibrio de la virtud.

Pie tenía por cierto el sentido de la grandeza. Lo expresaba aun en las cosas materiales, practicando así la virtud de la magnificencia, tan ligada a la virtud de la magnanimidad, como el obrar sigue al ser. Los edificios que hizo construir durante su episcopado fueron grandes y espaciosos. Contrariamente a los que creen que el obispo debe vivir en un rancho, nos ha dejado su pensamiento, también magnificente, acerca de cómo debe ser la casa del obispo. Fue sobre todo a partir del Concilio de Trento, nos dice, y gracias a la aplicación de sus decretos por parte del austero arzobispo de Milán, quien inmediatamente tradujo en acto todas las leyes de aquel Concilio, que se conoce la regla perfecta del gobierno espiritual y temporal de una casa episcopal. Es conveniente que la casa del obispo sea espaciosa, no para disponer de una mesa suntuosa y abierta a los hombres mundanos, sino para poder caritativa y cordialmente albergar a los buenos cristianos, a los militantes de la Iglesia, a los jóvenes, y ofrecerles un lugar de descanso en medio de sus correrías apostólicas. Pie trae el ejemplo de San Agustín quien decía: "Llegado al episcopado, comprendí que entre los deberes de un obispo estaba el de dar testimonio de un espíritu de acogimiento cordial y asiduo para con todos los que llegan y todos los que pasan". San Gregorio lo expresó de manera más expeditiva: "Quien ig-

296 T. II, p.541.

nora la hospitalidad, no sea hecho obispo". Es dicho deber el que impide al obispo deshacerse por propia decisión de sus posesiones episcopales [297].

8. *El hombre de la parresía*

La parresía es esa familiaridad con Dios que permite hablarle con la audacia con que un hijo habla a su padre, y, a partir de allí, con el coraje con que un héroe se atreve a hablar incluso delante de sus contradictores.

Pie fue un hombre cuyos labios no conocieron freno alguno, siempre dispuesto a confesar su fe. "No seríamos el obispo de todos si hiciésemos acepción de personas, y si, después de haber predicado la verdad a los pequeños y a los humildes que la acogieron, no tuviésemos el coraje de decirla a los grandes y a los jefes del pueblo que la rechazan." [298]

Estaba convencido, con San Hilario, de que "es menester que mantengamos una santa libertad, a fin de que nosotros y los intereses que representamos, no seamos derribados al primer choque de los poderosos". Y traía a colación las valientes palabras que San Basilio dirigiera al prefecto imperial: "En todas las otras cosas, oh prefecto, somos mansos y de trato agradable, *mansueti et placidi sumus*; personalmente nos dejamos tratar como los últimos y los más abyectos; sufrimos lo que los menores ciudadanos no querrían sufrir, prescribiéndonoslo así la ley divina; y entonces no levantamos la cabeza, no digo solamente contra un tan gran emperador, sino contra el más oscuro y el más vulgar de nuestros

297 Cf. T. VI, p.255.
298 T. I, p.457.

semejantes. Pero, desde el momento en que nos parece que Dios es cuestionado, desde que está en peligro, *ubi Deus nobis periclitatur*, entonces sólo vemos a Dios, y ninguna consideración puede ya detenernos." [299]

Alto grado de parresía mostró Mons. Pie en muchas y muy diversas ocasiones, según lo hemos señalado en el capítulo dedicado a su vida. Jamás temió enfrentarse con ningún poder humano cuando lo que estaba en juego era un interés religioso o la integridad de la doctrina. En cierta ocasión, en que mandó una carta abierta al Ministro de Instrucción Pública, lo acusaron de infringir los términos de la famosa declaración de 1682, según la cual la Iglesia tiene poder tan sólo sobre las cosas espirituales, y de ningún modo sobre las temporales y civiles. "Los textos de nuestra historia sagrada –le decían–, las verdades de nuestro dogma, la moral sublime de los Evangelios, la necesidad de la oración, las consolaciones de la fe, las exhortaciones a la caridad, las esperanzas o los temores de una vida futura: he ahí lo que el obispo tiene derecho a enseñar, no a los pueblos, los cuales están confiados al soberano, sino a los fieles de su diócesis, lo que es muy diferente." Extractemos algunos párrafos de su parresíaca respuesta. Tras negar que la declaración de 1682 fuera un acto emanado legítimamente de la Iglesia o por ella ratificado, agrega:

> Toda la cuestión consiste en saber dónde termina el campo de las cosas espirituales, dónde concluye la esfera del deber religioso [...]
>
> Es un deber religioso adherir a la verdad que se refiere a las cuestiones más vitales de la religión y de la Iglesia; una de ellas es saber que no existe antagonismo entre los principios del or-

299 Cit. T. IV, pp.329-330.

den sobrenatural y los elementos del verdadero progreso social [...]; es un deber religioso no insultar a la esposa de Jesucristo, no calumniar a la maestra y pedagoga de las sociedades cristianas, no acusarla de haber orientado por caminos falsos y perversos a las naciones sometidas a su ley y alimentadas con su espíritu, no sostener que todo el bien de los pueblos modernos proviene de un movimiento que se operó fuera de la Iglesia y contra la Iglesia [...]

Es pues deber de los pastores refutar esos aforismos anticristianos y anti-sociales; atacarlos en los escritos de los teóricos que envenenan las almas con dichas mentiras; combatirlos más fuertemente aún, si cabe, en las maniobras y empresas de los hombres prácticos que tratan de ubicarlos definitivamente entre los hechos consumados. Callarse en semejantes circunstancias, sería no velar ni por la custodia del depósito, ni por la conservación del rebaño; sería abandonar la enseñanza del deber religioso [...]

Incontestablemente, las cuestiones sociales, desde el punto de vista que las conecta con la ley divina y la moral revelada e incluso natural, no podrán jamás ser puestas absolutamente fuera de la competencia de la Iglesia. Caería en nimiedad, y carecería de respeto tanto por mí mismo como por el Sr. Suin, sí destacase la extraña puerilidad que lo lleva a negarnos todo derecho de enseñanza sobre los *pueblos*, para no concentrarlo sino sobre los *fieles*. Si el estimable consejero quiere hacer triunfar su susceptibilidad, sepa que no está al término de sus penas, y tendrá que hacer muchos recortes en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Tendrá que decretar la supresión de todos esos capítulos de los profetas que anuncian el reino de Dios sobre la tierra mediante la incorporación de las *naciones*, de los *pueblos* y de los *reyes* a la Jerusalén de Cristo, que es su Iglesia. Pero sobre todo, deberá procurar un edicto imperial que declare el abuso y decrete la supresión de la fórmula divina de nuestra investidura: "Id y enseñad a todos los pueblos" [...]

Las materias más graves de la legislación, del comercio, de las finanzas, de la administración, de la diplomacia se tratan y se resuelven casi siempre sin que la Iglesia articule la menor observación... Pero querer que la Iglesia de Jesucristo renuncie al derecho y al deber de juzgar en última instancia de la moralidad de los actos de un agente moral cualquiera, particular o colectivo, padre, madre, magistrado, legislador, incluso rey o emperador, es querer que se niegue a sí misma, que abdique de su esencia, que desgarre su acta de nacimiento y los títulos de su historia, en fin, que ultraje y mutile a Aquel cuyo lugar tiene sobre la tierra [...]

¿Se piensa en lo que significa el Estado sin control, los actos del príncipe o del pueblo soberano erigidos en actos-principios que escapan a la autoridad misma de la religión? Es la fuerza sustituida al derecho, la voluntad identificada con la razón, la política que retorna al paganismo y la infidelidad, el Cristo excomulgado de la sociedad humana, o por mejor decir, el Estado hecho Dios. Pues bien, para un ser creado, la deificación es infaliblemente la ruina y la muerte [...]

Finalmente, no se necesita reflexionar mucho para darse cuenta de que esta pretendida independencia de los soberanos, mortal a su poder y a veces a sus personas, no es menos fatal para los pueblos que gobiernan. Los pueblos aprenden a rebelarse contra esos guías independientes a los que están confiados; y que los príncipes digan qué es mejor para ellos: o el control de la Iglesia, poder sobrenatural, o el control de esa fuerza ciega, apasionada, inconsistente, que se llama la opinión y la fuerza popular [...] Si el despotismo lleva a la rebelión, la rebelión lleva a la corrupción, de las costumbres y del espíritu. Y las naciones, bamboleadas por revoluciones sin fin, oscilan entre la anarquía con sus ruinas, y la dictadura con sus rigores y sus vergüenzas. Tales son los infaltables frutos que recogen los príncipes y los pueblos de su independencia absoluta respecto de la Iglesia. [300]

300 T. IV, pp.244-252.

En otra ocasión, con motivo de una homilía que pronunciara, el Ministro de Gobierno dio a conocer un documento donde lo atacaba a él y a un pequeño grupo de obispos "reaccionarios", al tiempo que apelaba a la inmensa mayoría, a la casi unanimidad del episcopado y del clero, para que desaprobase claramente a esa minoría comprometedora. He aquí algunos párrafos de la contestación de Pie:

> Habláis mucho, Sr. Ministro, de "naturalezas inquietas, renuentes, arrebatadas", etc. Es verdad, las cualidades naturales de las distintas personas son diversas, las aptitudes de espíritu y las líneas de conducta son variadas; los movimientos del Espíritu de Dios en el corazón de sus apóstoles son *multiformes* como la gracia que los determina; las resoluciones y el modo de acción de éste pueden no ser conformes al temperamento de aquél. La historia religiosa y la historia profana nos muestran que así fue siempre en las grandes cuestiones que se han agitado en el seno de la humanidad. Hay actos de coraje que son altamente admirados y animados por aquellos que no hubiesen tenido la fuerza ni la idea personal de realizarlos; hay otros, cuya ejecución debe quedar a cargo sólo de aquel que los planeó. No sería bueno que todos se atreviesen a lo que se atreven algunos, así como sería muy funesto que aquello a lo que no pueden ni deben atreverse todos, tampoco se atreviesen algunos [...]
>
> La jerarquía eclesiástica es un ejército, y como dice la santa liturgia, de acuerdo con el texto sacro, es un ejército siempre colocado frente al enemigo, un ejército siempre ordenado en batalla. En todo ejército hay vanguardias, centinelas avanzados; luego está el cuerpo principal de combate, y finalmente está también la reserva, la retaguardia [...] Sin embargo, el reconocimiento, las simpatías de todo el ejército van a los que sufren el primer fuego, a los que dan y reciben los primeros golpes [...]
>
> Tal es la Iglesia en este mundo, Sr. Ministro, y es por eso que se llama militante. Su jefe es Dios: *Dux autem eorum est Deus*

> (Deut 32, 12). Es Él quien asigna los puestos, dispone las líneas y determina los movimientos. Dios tiene sus maneras propias de mandar, sus frenos para retener y sus espuelas para empujar hacia adelante; tiene sus órdenes generales que todos oyen, y sus órdenes particulares que hace llegar a cada uno. [301]

Pie recomienda esta parresía, esta libertad de espíritu y de palabra, no solamente con respecto al poder político sino también frente a la autoridad eclesiástica. Para corroborar su recomendación recuerda el ejemplo de San Fulberto. Este santo sentía particular aprecio por su metropolitano Lenterico, a quien consideraba como a un padre, porque de él había recibido la sagrada unción, al punto de que, como le decía en una carta, todo lo que a él con justa razón lo contristaba o lo alegraba, contristaba y alegraba también su propio corazón. Pues bien, este mismo Fulberto, en carta posterior, teniendo que quejarse por algunos actos del metropolitano, al que ya había dirigido consejos llenos de franqueza, le escribe con enorme libertad evangélica: "Padre, me llamas amigo, lo cual aceptaría con gusto si te mostraras tal [...] Pero tú, padre, no sólo eres admirable sino también temible [...] ya que conscientemente y casi con cierta deliberación te pierdes a ti mismo y pierdes a los demás [...] Es necesario pues que recapacites sobre estas cosas y te arrepientas, si crees con el Apóstol que es horrible caer en manos del Dios vivo. A lo mejor pareciera que me expreso con aspereza; sin embargo pienso que no merezco mal de ti, si eres aquel de quien se dice: Reprende al sabio y te amará (Prov 9, 8)." Alude asimismo Pie a la conducta tan semejante de San Ivo de Chartres en relación con Richer, arzobispo de Sens. "Estos hombres de Dios –concluye– tenían presente en su espíritu la máxima de los santos doctores: *Melius est ut scan-*

301 T. IV, pp.443-445.

dalum oriatur, quam veritas deseratur («Mejor es que surja el escándalo antes que se abandone la verdad»)." [302]

Así ha de ser el obispo, según Pie, un hombre eminentemente libre, con la libertad de los hijos de Dios, con la libertad de los santos que a lo largo de los siglos han sabido hablar sin tapujos a todos, siervos y señores, autoridades civiles y eclesiásticas, siempre que estaba en juego la gloria de Dios o la doctrina intangible de Cristo.

9. *El hombre que sufre persecución*

Una tesitura semejante en un obispo, de contemplación y combate, de humildad y parresía, necesariamente suscitará la contradicción. La causa de la misma no debe ser buscada en el campo psicológico o sociológico, como si la persecución fuese la lógica respuesta a las intemperancias de un obispo de carácter particularmente vivo. Pie lo ha explicado con gran claridad poniendo estas palabras en boca de sus adversarios: "La barrera insuperable entre vosotros y nosotros es la altura de vuestra misión tal cual os obstináis en comprenderla. Que tengáis el cuidado de nuestras almas, que nos prediquéis el deber privado, a todo eso consentimos. Pero que, en la esfera de las cosas públicas, opongáis vuestros dogmas a nuestros principios; que afirméis los derechos de Dios en contradicción con nuestros Derechos del hombre; que habléis en nombre del cielo a propósito de los intereses de la tierra; que hagáis del cristianismo la regla de las instituciones y de las leyes humanas; en fin, que os pertenezca pronunciar la última palabra de la ortodoxia sobre las atribuciones de la ciencia, de la libertad, de la autoridad: he aquí lo que espíritus modernos,

302 T. II, p.323.

espíritus esencialmente laicos, no os concederán jamás. Allí está el muro de separación entre vosotros y nosotros." [303]

Puesto el enfrentamiento en este nivel, se comprende fácilmente que cuando no hay persecución de parte de las doctrinas o poderes enemigos de Cristo, señal es de que el testimonio episcopal no resulta suficientemente categórico. "La oposición que se hace a nuestro sacerdocio –afirma Pie– no se dirige a nosotros mismos, sino a nuestra calidad de embajadores de Dios, de representantes de Cristo, de intérpretes de su doctrina y de su ley." [304] Ya lo había dicho con claridad la Escritura por boca del mismo Dios a Samuel, cuando el pueblo, no queriendo seguir más a éste, solicitó del Señor un rey como los demás pueblos: "No es a ti a quien rechazan sino a Mí, para que no reine sobre ellos" (1 Sam 8, 7).

Esta persecución de parte de los enemigos de la doctrina de Cristo se hace más incisiva en las épocas de convulsión. Como bien señala Mons. Pie, el obispo que se esfuerza por ser tal en los días de crisis, debe estar preparado para toda suerte de represalias. Amplia experiencia tuvo de ello, sufriendo innúmeros ataques y calumnias. Guardias en torno a su residencia, comisarios en medio de sus fieles durante la Santa Misa, policías de civil en las naves de la catedral [305]. No era, por cierto, la primera vez que ello sucedía en la historia de la Iglesia. El mismo Pie recuerda lo que los historiadores Sócrates y Sozómenes nos dejaron consignado sobre los hechos sucedidos en el interior de la basílica principal de Constantinopla, en tiempos de San Juan Crisóstomo, y la vigilancia que allí ejercían los servidores y eunucos del palacio imperial, contiguo a dicha basílica [306]. En ocasiones, su pala-

303 T. VII, p.375.
304 T. VII, p.376.
305 Cf. T. IV, p.393.
306 Cf. ibid.

bra sólo podía hacerse oír en el templo, aun bajo estrecha vigilancia, como acabamos de ver. “Pues bien, reservándonos, a ejemplo del gran Apóstol, la plenitud de nuestros derechos de ciudadano, hablaremos en el templo, y allí golpearemos con censuras y anatemas los errores que nuestra jurisdicción pastoral se ve impedida de perseguir mediante la enseñanza y la controversia en el terreno de la publicidad. Nadie se habrá imaginado, sin duda, que los centinelas de la fe podían resignarse a asistir, con el arma en el brazo, pasivos e inmóviles, al saqueo de la ciudad santa y al derrumbe de todos los principios religiosos y sociales cuya custodia espiritual les ha sido confiada. Cuando quisieron prohibir terminantemente a los Apóstoles hablar en nombre de Jesucristo, ellos respondieron: «No podemos no hablar, *non possumus... non loqui*» (Act 4, 20).” [307]

Podríase decir que el Obispo de Poitiers no conoció casi un instante de serenidad en el ejercicio de sus funciones. Sin embargo las persecuciones en modo alguno detuvieron el curso de su acción pastoral sino que, por el contrario, lo llenaron de consolación [308]. “Nuestros antepasados, mucho más valientes, es verdad, y más osados que nosotros, soportaron muchas otras vejaciones. El período final del mundo traerá pruebas mucho más graves aún; ellas nos han sido predichas, y debemos siempre mantenernos prestos como si tales pruebas estuviesen destinadas a nosotros mismos.” [309]

Es demasiado fogoso, decían de él, rompe la cohesión del episcopado. No era sino una buena excusa para rechazar la doctrina que enseñaba. Pero tales acusaciones no lo arredraban: “Mantengo lo que he dicho en todos sus términos, y estoy orgulloso

307 T. III, p.543.
308 Cf. T. IV, p.393.
309 T. IV, pp.350-351.

de ello ya que me valió el honor de ser colocado [...] entre «esos espíritus ardientes y apasionados que ponen a la Iglesia en peligro, entre esas naturalezas arrebatadas que obstaculizan en vez de ayudar a sus venerables colegas, comprometen las ideas que querrían defender, y paralizan lo que la sabiduría y la prudencia de los otros podrían hacer de bueno» [...] Desde hace quince siglos los reyes de la tierra han tenido que sufrir mucho más de las complacencias que de las resistencias del episcopado." [310]

La tentación de ceder un poco para que lo atacasen menos no hizo mella en ese hombre de hierro que era Mons. Pie. Él despreciaba esos acomodos con el perseguidor, esa "prudencia" que no es virtud sino vicio, prudencia de la carne. "No, Sr. Ministro –escribe a un miembro del gobierno, en medio de sostenidos ataques–, cuando un hombre del santuario se resuelve a ser hombre de iniciativa y de resistencia, asume él solo los riesgos y peligros anejos. ¡Cuánto más ventajoso y cómodo es practicar el silencio y el dejar-hacer, pudiendo así tener fama de sabiduría y de moderación ante los poderes seculares, deslizar incluso en sus oídos una desaprobación discreta y confidencial de los ímpetus de sus hermanos, y obtener de ese modo para sí y para los intereses que representa, un favor que se traduce en ventajas de toda suerte!" [311]

Evidentemente, una actitud semejante corta toda posibilidad de ascenso en la "carrera" de los honores, aun eclesiásticos. Mons. Pie sería presentado ante la opinión pública e incluso ante Roma como un hombre que causa fricciones, un obispo poco integrado. Nos lo reconoce él mismo en la carta al Ministro que citamos más arriba: "Me hubiese sido posible, tanto y quizás más que otros, esperar ciertas dignidades brillantes y lucrativas, que

310 T. IV, p.423.
311 T. IV, p.233.

ya han sido otorgadas más de una vez, y lo seguirán siendo, a algunos que son menores que yo en el episcopado. Sería ingrato si olvidase los anticipos halagadores que vuestro predecesor recibió el encargo de hacerme por escrito en nombre del emperador [...] Para gozar de todos esos bienes, era preciso simplemente calmar la propia conciencia, alegándose a sí mismo las oscuridades de la cuestión; excusar, invocando la puridad de las intenciones, los actos deplorables que se producían; dar, finalmente, a la abstención una apariencia de razón y de probidad, fundada en la dificultad de formar la opinión pública en tales materias. «No hubiese sido preciso más que esto», prosigue el gran Hilario, «pero el celo que la fe puso en mi alma no me lo ha permitido; y no pude ahogar bajo el cálculo de un silencio ambicioso la conciencia de una simulación criminal en relación con Dios, y de una tolerancia injuriosa a la verdad.»" [312] Obsérvese con cuánta naturalidad cede la palabra a San Hilario, entremezclando las expresiones y situaciones del Santo Doctor con las suyas propias. ¡A circunstancias semejantes, actitudes semejantes!

Muchas son, por cierto, las maneras de sobrellevar las persecuciones. Pie pone el ejemplo de San Gregorio de Nazianzo quien, con una altivez llena de dignidad, así se dirigía a sus adversarios: "Que los que decidieron hacerme la guerra renuncien a su empresa, o busquen algún nuevo medio de dañarme, porque éste es pequeño y despreciable, y no les reportará ni honor ni provecho." [313] Será preciso soportar los ataques con espíritu magnánimo: "No es menos filosófico que cristiano mirar tranquilamente correr bajo los pies el torrente de las injurias, y dejar pasar por encima de la cabeza la avalancha de las burlas; los hombres del santuario dan un elevado ejemplo al no mostrarse demasiado

312 T. IV, p.234.
313 Cit. T. IV, pp.352-353.

afectados cuando lo que está en juego es su propia persona. Para los ministros de Jesucristo, para los defensores de los derechos de Dios y de la Iglesia, sufrir una afrenta es siempre algo saludable. El gran Apóstol nos ha recomendado no defendernos a nosotros mismos, sino dejar lugar al tiempo y la cólera de Dios (cf. Rom 12, 9)." [314]

Es asimismo imprescindible evitar a toda costa que el rencor haga perder el mérito de la fidelidad, así como el dejarse penetrar del resentimiento o del odio a los detractores, cualesquiera sean. "Lo importante es que la caridad no desfallezca en nuestros corazones. Cuando yo desciendo a lo más secreto de mi alma, declaro no encontrar allí ninguna amargura en relación con aquellos que se han convertido gratuitamente en mis adversarios." [315]

Más aún, el obispo denigrado y calumniado, según la recomendación de San Pablo, ha de tratar de alegrarse en sus tribulaciones (cf. 2 Cor 7, 4). Así Mons. Pie, en lo peor de los ataques contra él dirigidos, cuando en las puertas de todas las iglesias de su diócesis fijaban un afiche con su condenación oficial, firmada por el emperador, cuando el periódico de Poitiers, patrocinado por la administración política, reproducía los artículos de la prensa irreligiosa y la prensa gubernamental en contra de él, en medio de una brusca avalancha de requisas, allanamientos y visitas de la policía, entre actos de espionaje y trabas de todo género, su corazón se llenaba de gozo porque participaba en la Pasión de Cristo; al mismo tiempo veía cómo por todas partes el sentimiento religioso y católico hacía irrupción con más fuerza y esplendor que de costumbre, las multitudes lo rodeaban con una adhesión hasta entonces desconocida, multiplicándose los testimonios de

314 T. IV, pp.333-334.
315 T. IV, p.351.

respeto y fidelidad en proporción directa a los ataques; rutas transformadas en alfombras verdes, con arcos de triunfo a lo largo de varios kilómetros, escolta de jóvenes, campesinos y propietarios, tal era el espectáculo que constantemente tenía ante sus ojos, tanto en las ciudades, trabajadas más activamente por sus enemigos y los agentes de la autoridad, como en el campo; y, lo que era aún más consolador, jamás los párrocos habían notado tantos retornos a la práctica religiosa [316]. Es la espiga que nace del grano de trigo sepultado en el surco. "Si nos creyésemos los mártires del deber, seríamos no sólo culpables de vana suficiencia, sino también de mentira e ingratitud. Porque, por la misericordia de Dios, las más grandes dulzuras que hemos gustado en nuestra vida nacieron de estas grandes contradicciones; y consultando aún hoy el fondo de nuestra alma, podemos decir con el salmista: *Laetati sumus pro diebus quibus nos humiliasti, annis quibus vidimus mala* («Nos alegramos por los días en que nos humillaste, por los años en que vimos desdichas», Ps 89, 15). Sólo Dios es capaz de apreciar el grado del provecho que dejan a sus apóstoles los ultrajes que reciben, alegrándose de haber sido hallados dignos de sufrir por el nombre de Jesús, por la causa del Cristo que está en el cielo, y del Cristo que preside en la tierra." [317]

Distingamos un rasgo nobilísimo en nuestro gran obispo, que revela la fibra y generosidad de su carácter. Su amor a Cristo y a la Iglesia, templado por las persecuciones de todo género que hubo de experimentar, se revertía de manera particular sobre los obispos que, como él, sufrían persecución por la verdad, aunque jamás los hubiese conocido personalmente. Véase si no esta carta que envió al obispo de Pará, Brasil, al enterarse de que había sido aprisionado por defender la libertad de la Iglesia:

316 Cf. T. IV, pp.230-231.
317 T. VIII, p.248.

Monseñor. ¡Con qué piadosa consolación recibí las líneas que pudo enviarme desde el fondo de su prisión, y cuánto me gustaría tener ante mis ojos el rostro del cautivo de Jesucristo!

El liberalismo produce sus frutos en el mundo entero. Desde su aparición, no dejó de ser una contraverdad, y poco a poco, aunque constantemente, se ha ido mostrando intolerante y opresor. Pero desde el día en que se llamó catolicismo liberal, se encargó de mentir más odiosamente en su nombre. La Iglesia libre en el Estado libre, como lo entienden esos sectarios, es la Iglesia muda ante el Estado libre de violar la ley natural y la ley cristiana, sin reclamo posible. Y si el sacerdocio sale de su mutismo, aunque no lo haga sino en la esfera del orden moral y espiritual, sin contar con ningún medio de coacción exterior, es inmediatamente acusado y convicto de atentar contra las leyes y las libertades públicas.

Pero los sucesores de los apóstoles no podrán olvidar que el *non possumus* de sus predecesores se aplicaba precisamente a ese mandato de silencio. *Non possurnus non loqui* ("No podemos no hablar", Act 4, 20). [318]

¡Cómo se añora un obispo así, de tan esclarecida lucidez y de tan elevado coraje! Cuán verdadera resulta aquella frase del mismo Pie, referida a la admirable figura de Pío IX: "La inapreciable ventaja de ser regidos por pastores según el corazón de Dios debe ser colocada entre las gracias trascendentes de la misericordia divina." [319]

318 T. VIII, pp.230-231.

319 T. VII, p.161. Aprovechamos la ocasión para exaltar la figura episcopal de Mons. Charles Gay, su obispo auxiliar y consejero íntimo, formado a imagen y semejanza de su amado Cardenal. La personalidad teológica y espiritual de Mons. Gay, uno de los escritores y predicadores de mayor influjo en la Iglesia de Francia en el siglo XIX y comienzos del XX, merece ser mejor conocida.

Sobre él ha escrito Dom Bernard du Boisrouvray, O. S. B., *Monseigneur Gay, évêque d'Anthédon, auxiliaire de Son Éminence le Cardinal Pie (1815-1892). Sa vie, ses oeuvres*, Tours, 1921. Entre sus numerosos escritos, merecen especialmente citarse: *Vie et vertus chrétiennes considerées dans l'état religieux* (Carmel), 2 vol., 1874: *Elévations sur la vie et la doctrine de N. S. J. C.*, 2 vol., 1879; *Vie de la mère Thérese de Jésus*, 1882; *Explication théologique et mystique des Psaumes*, 1896; *Lettres de direction*, 4 vol., 1902-1908; *Correspondance de Monseigneur Gay*, 2 vol., Tours, 1899.

Capítulo Quinto

ESPACIOS Y TIEMPOS SAGRADOS

Pie fue por sobre todo un hombre de Iglesia. Cuando Mons. Gay pronunció la oración fúnebre sobre sus despojos mortales no dudó en decir: "Es el amor a la Iglesia lo que en Mons. Pie formó al cristiano, iluminó al doctor y santificó al pastor de almas". Su anhelo predominante no fue otro que la glorificación de Dios. Tal glorificación, que ha de tomar cuerpo en cada individuo y en cada sociedad, encuentra su centro de irradiación en la sagrada liturgia donde como en ningún otro lugar se le rinde a Dios honor y alabanza.

I. El celo de tu Casa me devora

El reconocimiento del primado de Dios implica la debida valoración de los espacios sagrados, donde Dios ha querido hacer especialmente viva su presencia. Nada le dolía tanto a Mons. Pie como el abandono de los oficios solemnes, la indiferencia por la

casa de Dios y la degradación del culto divino [320]. No se resignaba a ser el obispo de una catedral que permaneciese vacía con excepción de tres o cuatro solemnidades durante el año. Los templos fueron hechos en orden a ser colmados por los fieles. Y para justificar tal deserción no se alegue que ya no es así, que las costumbres de nuestro tiempo impelen a abandonar las iglesias; en tal caso habría que decir que "cuando la tradición no es sino la antigüedad del error, es menester abandonar la tradición, y que nadie está autorizado a errar siempre por el hecho de que se ha errado en el pasado" [321].

El decoro de las iglesias de su diócesis estaba entre las principales preocupaciones dei Obispo de Poitiers. En una de sus exhortaciones a las Hijas de María alaba con palabras inspiradas la nobleza del deber que se han impuesto de atender al ajuar de las iglesias pobres. Llevan Uds. el nombre de Hijas de María, les dice. Pues bien, cuando trabajan por el embellecimiento de los altares, cuando tejen los ornamentos y los manteles del sacrificio, no hacen sino caminar sobre las huellas de su Madre. Según la tradición, la Virgen María preparó ella misma, con sus manos virginales, los vestidos de su Hijo. Comenzando por los pañales con que lo envolvió en su cuna, obra de sus dedos maternos, hasta la santa túnica de la que lo despojaron sus verdugos y sobre la cual los soldados echaron suerte, tejida también por ella. "En el templo, en el altar, está siempre Jesús. Las palias, los purificadores, los manteles benditos, son siempre los vestidos de Jesús. Al confeccionarlos, lo que tejéis, lo que bordáis, son sus pañales, es su túnica. Y los ornamentos con que se reviste el sacrificador son de Jesús." [322] Las exhorta luego a seguir realizando su labor, sa-

320 Cf. T. I, p.587.
321 Ibid.
322 T. III, p.9; cf. pp.8-9.

biendo que al hacerlo no hacen sino cumplir aquello de Cristo: "Estaba desnudo y me cubristeis". Porque si es cierto que Cristo está presente en los pobres, más aún lo está en la Eucaristía, y con mucha frecuencia también allí está pobre. Hay que ir en ayuda de su desnudez. En el juicio el Señor las llevará consigo porque lo cubrieron. Entonces Uds. le dirán: "Señor, ¿cuándo te encontramos desnudo y te cubrimos?" Y el Salvador les responderá: "En verdad, lo que hicisteis en favor de esos altares desnudos y despojados, de esas iglesias pobres y abandonadas, es a mí a quien lo habéis hecho." [323] Termina diciéndoles que el trabajo exterior que realizan simboliza otro trabajo más íntimo que debe ocuparlas sin cesar, el de la propia santificación. La casa de Dios es su propia alma, que hay que embellecer continuamente, el corazón es el lugar de la habitación de Jesucristo, es menester adornarlo siempre mejor. Más aún, "para recompensaros por haberlo vestido, Cristo mismo se hará vuestro vestido: *Induimini Dominum Iesum Christum* («revestid al Señor Jesucristo», Rom 13, 14): vestido de gracia en este mundo, vestido de gloria en la eternidad" [324].

1. *Los signos sagrados*

Pie es un hombre del misterio, un hombre mistagógico, es decir, introductor de sus fieles en el sentido mistérico de la vida cristiana, como se nos revela a través de actos aparentemente banales y pequeños, pero que por el hecho de haber sido realizados con tanta magnanimidad cobran relevante significación.

Pongamos por ejemplo algo tan simple como el rito de bendición de las campanas, y veamos sobre qué inmenso horizonte lo proyectaba. La campana que bendecimos, dice en una de esas

323 T. III, p.10.
324 T. III, p.11.

ocasiones, es la campana católica, la campana de la universalidad, investida de un ministerio sagrado, ya que la campana es un predicador, un sonido de Dios. Esa campana acompaña al cristiano desde la cuna a la tumba. Resuena por primera vez en su vida cuando recibe el bautismo, alegrándose por el nacimiento de un nuevo hijo de Dios. Tañe el día de su primera comunión, redoblando sus acentos ante tan grande maravilla. Lo acompaña asimismo cuando contrae matrimonio, mezclando sus sones con los tañidos del corazón de los esposos y de sus amigos. Lo sigue a lo largo del día, anunciando las horas del Angelus. En el curso de la semana, se deja oír cada domingo pregonando la hora del Santo Sacrificio. Su sonido llega incluso hasta los oídos de los que quieren permanecer sordos a los llamados de Dios, hasta los hombres apóstatas de nuestro tiempo, en quienes despierta la nostalgia del Padre abandonado; llega hasta aquellos que se cierran a la voz de la naturaleza y de su conciencia, hablando del Señor a los insensatos que se obstinan en decir "No hay Dios", hablando de la muerte a los que viven como si jamás debiesen morir. No recurren, por cierto, a la campana los profanos y sacrílegos para anunciar sus fiestas, aunque las realicen en antiguas iglesias de las que se han apoderado. Tienen razón. Lo lógico sería que rompieran las campanas que hablan del cielo, mientras ellos preparan escenas de infierno [325]. "La herejía –concluye Pie– no quiere las campanas (preguntad a Lutero y a Calvino), no las quiere porque la campana sigue siendo ortodoxa, porque su voz no cambia para prestarse a las disonancias de la doctrina, a las alteraciones del dogma. La campana no es apóstata." [326]

En diversas ocasiones Mons. Pie destaca asimismo el simbolismo litúrgico de la luz. Limitémonos a un solo texto donde, tras

325 Cf. T. I, pp.650-656.
326 T. I, p.657.

exhortar a sus sacerdotes a ser celosos en lo que atañe a la belleza de sus iglesias, les recomienda: "Mantened ante el tabernáculo donde reside el Señor una lámpara que, durante vuestro sueño y las largas horas del trabajo, dé testimonie a este amigo de vuestras almas de que no lo habéis olvidado." [327] Es una luz vicaria, que nos representa, que simboliza la intensidad de la fe y del fervor sacerdotales, sin oscilaciones.

Terminemos el presente apartado, donde nos hemos circunscrito tan sólo a algunos ejemplos de esta catequesis tan preñada de significación, aludiendo a lo que en cierta ocasión dijera sobre el sentido del órgano. Dicho instrumento es una especie de suplencia y representación de los otros, ya que incluye todos sus efectos, y en sus modulaciones tan variadas reproduce tanto el sonido de la flauta como el de la trompeta, el de la guitarra como el de la lira, e incluso el de la misma voz humana. La universalidad del órgano constituye un símbolo de nuestra adoración total, sin reticencias, ante la grandeza de Dios. "Que los acentos de vuestra alma, los movimientos de vuestro corazón, correspondan a todos sus juegos y sus acordes; así habréis alabado a Dios de todas las maneras como un espíritu inteligente es capaz de alabarlo: *Omnis spiritus laudet Dominum* («Que todo espíritu alabe al Señor», Ps 150, 6)." [328]

2. *El templo como lugar de la presencia divina*

Mons. Pie aprovechaba todas las ocasiones que se le presentaban para insistir sobre el valor de la sacralidad. La ceremonia de consagración de nuevas iglesias o la memoria de su dedica-

327 T. II, p.145.
328 T. VI, p.12.

ción, especialmente, no constituían para él meros "ritos" burocráticos, carentes de vida, sino que le ofrecían motivo para amplias y elevadas disquisiciones. Tratemos de sistematizar sus enseñanzas al respecto.

a. La conquista sobrenatural del espacio

La consagración de una iglesia implicaba para Pie un acto de ocupación, una toma de posesión, una nueva victoria de Dios sobre el mundo. "Separar un lugar de todo destino común y vulgar –decía–, y aplicarlo en adelante al culto divino, constituye siempre para mí un motivo de consolación, porque es una conquista de la gracia sobre la naturaleza." [329]

Un motivo aparentemente banal le dio ocasión de ofrecer una exposición más acabada de su pensamiento sobre el tema que nos ocupa, y fue el anuncio de una colecta para la reconstrucción de la iglesia de San Martín. No hay que creer, comenzó diciendo, que la creación material e incluso la espiritual sean ya en sí mismas un templo. Es cierto que Dios está sosteniendo todas las cosas con su presencia y las está llenando con su inmensidad, ya que si estuviese ausente ni siquiera un átomo sería capaz de subsistir. Pero dicha presencia –presencia natural– de Dios no basta para sacar a los seres de su condición ordinaria; más bien los pone en ella; y así como a pesar de que todas las cosas están llenas de Él, nuestras casas y ciudades no son sin embargo lugares sagrados, así también si Dios sólo estuviese en el mundo como causa primera o por la mera acción de su providencia universal, toda la creación seguiría siendo secular, profana. "Lo que hace de ella un santuario, es el don y la presencia en

329 T. VIII, p.110.

ella de Jesucristo, de Aquel en quien la divinidad reside personalmente, para de allí santificar y deificar todas las cosas." [330] Al asumir el Verbo una materia, se ha hecho, por así decirlo, capaz de penetrar la materia de una manera nueva; del Ungido por excelencia deriva la unción de las creaturas.

Pues bien, continúa diciendo, en este templo inmenso, del que Cristo es la base y la corona, se han perpetrado devastadores saqueos. Recordemos ante todo la caída de Satanás, "piedra selecta que se desprendió voluntariamente de las bóvedas del templo eterno" [331], y que recluta en todas partes cómplices de su rebelión. Propio es del demonio acumular ruinas, y para ello se sirve de lo que se pone a su alcance, especialmente del hombre, más que de todo el resto. Va a las almas, va a las sociedades que modelan las almas, halagando a la materia para luego perderla. Y así ha logrado que la generación actual, secundando su seducción, se proclame, contra el cristianismo, abogada de la materia. Verdaderamente Satanás tiene el poder de encandilarnos con presuntas bellezas que hace resplandecer ante nuestros ojos y adorna con toda clase de prestigios, para seducir nuestros sentidos y hacernos caer, tan vergonzosamente como él. En realidad, detesta la materia, la desprecia, y si Dios se lo permitiese, no vacilaría en aniquilar al mundo físico. Pero ya que no puede hacerlo, se contenta con dañarlo, deformarlo y envenenarlo lo más posible. Y ¿por qué todo esto? Por envidia y odio. El demonio sabe muy bien que la materia está predestinada a integrar ese templo inmortal del que se sabe excluido para siempre; sabe que la materia lleva ya en su seno las semillas de la futura gloria; sabe, sobre todo, y es esto lo que lo enciende en odio infernal, que la materia mira hacia Cristo, que está ordenada a Cristo, a quien

330 T. IV, p.489.
331 T. IV, p.490.

pertenece, que Él la ha creado, rescatado y desposado, que la bañó con su sangre y puso bajo su cetro imperial, que en cierto modo la resume en su propio cuerpo. La odia, pues, "y cuando, bajo la acción de Cristo y por el contacto de su Iglesia, esta materia sale del estado profano, se separa del destino común, y entra auténticamente en el orden de la gracia; cuando Jesús la marca con su sello y ella lo sirve oficialmente; cuando, por ejemplo, se convierte en parte constitutiva de un sacramento o en un lugar sobrenatural y santo, una iglesia, un altar, un vaso eucarístico, una estatua o una tumba milagrosa, entonces su furor se eleva hasta el paroxismo. Se diría que la sola visión de dicha materia lo quema" [332]. Esto y sólo esto explica tantas profanaciones, tantas devastaciones como ha visto la historia, sobre todo en los últimos tiempos.

Sin embargo, prosigue el Cardenal, el triunfo del mal nunca es completo ni definitivo. La creación es un templo, y por más que hagan los hombres, Cristo sigue "resumiendo" dicho templo. Hacia Él apuntan todas sus formas, toda su belleza, toda su utilidad, ya que es en Él donde todo encuentra consistencia, sobre quien todo reposa. El demonio hizo cuanto le fue posible contra Cristo. La Encarnación del Verbo significó para él un verdadero desafío. Al ver una materia ennoblecida hasta un nivel inaudito, al ver ese "templo" de Dios entre los hombres, se arrojó lleno de odio contra él, contra ese templo del cuerpo de Jesús. Las profanaciones que conocieron los siglos posteriores, las que hemos conocido también nosotros, las que acaecerán en los últimos tiempos, en los tiempos del anticristo, por horribles que sean, nada son en comparación con el ataque que Satanás condujo contra el templo vivo de Cristo, durante la estadía del Verbo encarnado en la tierra, y que encontró en la Pasión su momento

332 T. IV, p.491; cf. pp.490-491.

culminante. Fue la "hora del poder de las tinieblas". Pero, al fin de cuentas, ¿qué éxito obtuvo? Es cierto que el alma de Cristo se separó por unos días de su cuerpo, pero en modo alguno la divinidad se apartó de ese cuerpo sin vida. "A pesar de una separación transitoria, los dos elementos del templo estaban a salvo, estaban intactos [...] y no habían pasado tres días cuando el templo se volvió a levantar; la vida, que no había dejado de estar allí como en su fuente, brotaba de nuevo con la impetuosidad de un torrente; juntaba para siempre el alma y el cuerpo, y gracias a esta humanidad restaurada, ponía en el mundo el principio restaurador de todas las cosas: *Instaurare omnia in Christo* (Ef 1, 10)." [333]

Dios ha levantado a Jesucristo de entre los muertos convirtiéndolo en un cuerpo espiritualizado, capaz de vivificar nuestros cuerpos mortales, de vivificar incluso la totalidad de la materia. Los templos de este mundo no son sino la extensión de ese edificio sublime que es el cuerpo del Verbo encarnado. Por más que dichos templos hayan muerto, hayan sido asesinados, por voluntad de los impíos y profanadores, un día Dios los erigirá de nuevo, los resucitará. Vanamente habrán profanado los altares; en el último día, si no antes, esa materia ungida por la bendición de la esposa de Cristo, esas paredes impregnadas de óleo santo y de crisma, perfumadas con un incienso capaz de repeler, tarde o temprano, las potencias enemigas, esas piedras, aun abatidas y dispersas, "todos esos elementos, en la conflagración última, se desprenderán de la masa general, purificados, regenerados, ardientes, resplandecientes, y darán un esplendor magnífico a aquella tierra y a aquellos cielos nuevos que sucederán a la primera tierra y a los primeros cielos" [334].

333 T. IV, p.493: cf. pp.492-493.
334 T. IV, p.494; cf. pp.493-494.

Hay que decir, sin embargo, que el poder de restauración que está en Cristo no espera siempre tanto tiempo para ejercitarse. Cristo ha comunicado a la Iglesia, su cuerpo y esposa, la virtud de su resurrección, su fuerza de restauración. Entre Cristo y la Iglesia todo es común. Por eso el mundo odia forzosamente a la Iglesia; el mundo es de abajo, la Iglesia es de lo alto; el entendimiento se hace imposible. De ahí el ingente número de obstáculos que el mundo pone a la obra restauradora de la Iglesia; lo que nunca podrá lograr es que deje de arder en ella la pasión de levantar lo que está abatido, de librar lo que está cautivo, de triunfar del tiempo y de absorber la muerte en la vida [335].

Por eso, concluye diciendo el Cardenal en esta admirable homilía, es tarea muy noble reparar las ruinas que el príncipe de los malvados ha acumulado a nuestro alrededor, las ruinas de las materias consagradas, de los templos, en particular. "Construir o reconstruir una iglesia es extender el reino de Dios, es afirmar su reino, principio de toda dignidad, de toda libertad, de toda paz, de todo orden, de toda alegría verdadera." [336] Frente a los que querrían "hacer apostatar a la materia" [337], separándola de Cristo, es preciso llevar adelante la empresa contraria, edificando templos y lugares sagrados.

Volvemos así a lo que decíamos más arriba: la consagración de un templo es para Pie como un acto de batalla. Parece justo y necesario, afirma en otro sermón, con motivo de una ceremonia semejante, que allí donde Satanás despliega todas sus seducciones, tenga la Iglesia sus lugares de adoración y de alabanza. Nuestras grandes ciudades serían insoportables a la mirada de Dios, si junto a tantos misterios de iniquidad y de corrupción, no

335 Cf. T. IV. pp.494-495.
336 T. IV, p.495.
337 T. IV, p.496.

hubiese misterios de fervor y de sacrificio. La tierra subsiste, la historia perdura, la humanidad sobrevive sólo en virtud de estas compensaciones y contrapesos. Los hombres "habilidosos" de este mundo se ejercitan en buscar presuntas leyes de ponderación y de equilibrio. Sólo la Iglesia conoce la verdadera ley del equilibrio y la pone en práctica. "Es una aplicación de este gran principio lo que nos congrega acá, en esta hora, en el seno de la gran Babilonia, cuya atención toda se orienta hacia otros espectáculos, no sospechando por cierto que los ojos de Dios se dirigen hacia este pequeño rincón oscuro de la ciudad." [338] Contrapesando tantos otros lugares de reunión donde se respira una atmósfera cargada de miasmas fétidas y deletéreas, donde llena sus pulmones una juventud débil, deformada, raquítica, una generación cadavérica, la Iglesia bendice los lugares sagrados para que al menos allí pueda respirarse un aire puro y bienhechor [339].

b. El altar

Si el templo es un gran espacio sagrado, el altar constituye su parte más noble, su centro, su alma; todo irradia de él y todo converge hacia él.

Al consagrar el altar de la catedral de Poitiers, Mons. Pie se refirió a su significado litúrgico. Sobre el altar, donde se consuma el Santo Sacrificio, la Iglesia ha dispuesto se depositen algunas reliquias de mártires, como para mostrar que también el cuerpo de Cristo comparte la condición inmolada de su cabeza. No en vano vio San Juan debajo del altar las almas de los que habían sido muertos por el testimonio del nombre de Jesús (cf. Ap 6, 9).

338 T. IX, p.96.
339 Cf. T. IX, p.222.

"Ahora tenemos el gusto de enriquecer este altar con reliquias de algunos de los mártires engendrados por la Iglesia de Poitiers. Entre los sacrificadores que ofrecieron acá la santa víctima, hubo atletas que derramaron su sangre por la causa de Jesucristo." [340]

El altar es el centro del universo. Pie lo señala remitiendo a aquella plegaria del salterio a que alude el ritual litúrgico: "Señor, que toda la tierra te adore y cante un himno a tu nombre" (Ps 120, 8). El altar es como la quintaesencia de la tierra, por lo que "una sola piedra eucarística tiene más precio que el globo entero" [341]. La adoración y la alabanza que Dios recibe en el templo se propagan desde el altar hasta las extremidades del universo. Es el altar un lugar de irradiación apostólica, cósmica, católica [342].

La reiteración de este concepto en diversas ceremonias de consagración de altar muestra cuán entrañada estaba en la mente del celoso pastor de Poitiers la idea de la universalidad de la alabanza que la tierra debe a Dios, en relación con la simbólica del altar. Hagamos referencia, para terminar este apartado, a una breve homilía que pronunciara con motivo de una consagración semejante, pero en una casa particular. Tras evocar el versículo del salmo que se dice al incensar tres veces el altar en forma de cruz: *Omnis terra adoret te, Deus, et psallat tibi* ("Que te adore toda la tierra, Señor, y para ti cante salmos", Ps 65, 4), afirma que allí se habla de toda la tierra, porque dentro del pequeño recinto de esa capilla está en cierta manera todo el universo creado, el material y el espiritual, las realidades visibles y las de los ángeles invisibles. El altar es el sitio donde desciende siempre de nuevo, y donde permanece en el sagrario, la cabeza de nuestra

340 T. IV, p.481.
341 T. IV, p.223.
342 Cf. ibid.

raza, el sumario y el centro de toda la creación, el nuevo Adán, que resume, como el primero, aunque con una perfección infinitamente mayor, la entera humanidad, Aquel en quien reside la plenitud universal de las cosas. "Si la destrucción del mundo acaeciese mañana y no quedase en pie sino este único altar, sería suficiente, porque sería todo. Este solo altar, con Jesucristo, tendría más valor que la creación entera." [343] Este altar, aunque sea tan pequeño, aunque no se encuentre en una gran catedral donde afluye todo un pueblo, resulta tan unitivo como aquél. La familia que lo cobija es, como la de Prisca y Áquila, una "iglesia doméstica" (cf. Rom 16, 3.5), una casa donde Dios es conocido, servido, honrado de todos, una casa apostólica, que se irradia, por lo que deja de ser simplemente una casa particular para adquirir cierta universalidad [344]. "Ahora bien, a partir de hoy, esta casa, que es una iglesia doméstica, poseerá lo que constituye la principal riqueza de un templo, a saber, un altar, y no solamente un altar portátil que se erige a la mañana y se puede retirar a la tarde, sobre el cual se celebra hoy y puede desaparecer mañana; sino un altar fijo, un altar que se adhiere al suelo; un altar que se convierte en el centro hacia el cual todo converge, el fundamento sobre el que todo se apoya; un altar de piedra sólidamente fundada, sobre la cual reposa la extremidad inferior de la escala cuya parte superior toca el cielo, y a lo largo de la cual suben y bajan los ángeles de Dios, llevando al Señor las oraciones de la tierra, y trayendo a los hombres las gracias y las bendiciones de lo alto; un altar, en fin, que es algo tan grande, que por sí solo, como he dicho, concentra, resume, cosecha la creación entera. Esta piedra, en efecto, iguala en precio al mundo entero, porque es teatro del único acto gracias al cual Dios es honrado por las

343 T. V, p.22; cf. pp.21-22.
344 Cf. T. V, pp.22-23.

creaturas según toda la extensión de sus derechos, según toda la exigencia de sus atributos." [345]

3. *Dos iglesias: Notre-Dame de Chartres y San Hilario de Poitiers*

Detengámonos ahora en los magníficos sermones que el Card. Pie dedicó a estas dos iglesias, que le resultaban tan entrañables, y que constituyeron los dos "lugares fuertes" de su vida sacerdotal y episcopal.

a. Notre-Dame de Chartres

Todos los que conocen este templo, una de las joyas más preciadas del mundo entero, gloria de la Edad Media y de Francia, en los tiempos en que ésta era católica, no se extrañarán al oír las ponderaciones que Mons. Pie hace a su respecto. "Santa iglesia de Chartres, incomparable morada de María, yo os amé siempre como el hijo ama a su madre [...] Cuán agradable me resultaba saber que el siglo mismo que había construido esa basílica, es decir, el siglo más glorificado hoy por el estudio del arte cristiano, la había apreciado como a su más pura obra maestra; obra maestra, en efecto, obra maestra única, si se atiende a la majestad de las proporciones, a la belleza del conjunto, a la misteriosa composición de las partes, y sobre todo al espíritu de gracia y de oración que flota sensiblemente bajo sus bóvedas, y que cae, que desciende, con una fuerza y suavidad invencibles, sobre cualquiera que haya penetrado en esta morada del Dios lleno de bondad y de grandeza, en este santuario de la Reina del cielo y de la tierra." [346]

345 T. V, pp.24-25.
346 T. I, pp.104-105.

Donde Pie nos ha dejado una verdadera clase magistral sobre Chartres, en que la inspiración, el lirismo y la teología se dan de la mano, es en una homilía con motivo de la coronación de Nuestra Señora de Chartres. No nos podemos eximir de citar sus partes más salientes, en verdad insuperables.

Comienza su sermón destacando la arrebatadora belleza del edificio. "¿Veis desde lejos esta catedral que domina toda la comarca, que desdeña la tierra, que deja arrastrarse a sus pies los más altos monumentos, y cuya arquitectura y dimensiones no parecen corresponder sino a la arquitectura misma de los cielos y a las dimensiones del horizonte que vuestros ojos abarcan? [...] ¿Quién de vosotros, hermanos míos, franqueó alguna vez la entrada principal de este templo, quién de vosotros puso alguna vez el pie en el umbral de esta basílica, sin sentirse abrumado, emocionado, transportado, conmovido ante tanta grandeza, majestad, armonía, silencio, espíritu de recogimiento y de oración, sin experimentar la impresión de que en cierta manera salió de esta esfera terrestre para penetrar en el umbral de la Jerusalén celestial?" [347]

Se trata de una belleza trascendente, microcosmos de la naturaleza y de la gracia, resumen del cielo y de la tierra. Quien estudia las diversas partes del templo se extasía de admiración en presencia de tanta doctrina, de tantas luces acumuladas y reunidas como en una enciclopedia sagrada. En Chartres se hace plástica la enseñanza paulina de que todas las cosas deben ser recapituladas en Cristo. Y como María es la madre de Cristo, madre de nuestra cabeza, al decir de San Agustín, en cierto sentido todas las cosas pueden y deben tender hacia ella como hacia Jesús. "Ahora bien, hermanos míos, acá encontráis esta concentración universal del cielo, de la tierra y de los infiernos, de la eter-

347 T. II, pp.275-276.

nidad y del tiempo, de la naturaleza y de la gracia, de la ciencia y de la historia en torno al trono de María." [348]

Cual experimentado guía –un guía teologal, por cierto–, comienza Pie a conducir al admirado peregrino por las distintas puertas de la catedral, entonando con él los diversos versículos del Magnificat. Del lado del norte, María aparece llevada en brazos de Santa Ana, su madre, rodeada por los patriarcas y los reyes, sus antepasados según la carne, por los sacerdotes y profetas, sus abuelos espirituales, en brillante escolta de nobleza y sacerdocio que resume cuarenta siglos de espera. En el oeste, María se muestra entregando al Deseado de las naciones, el legislador del pueblo nuevo, el salvador de los hombres, la víctima del calvario, el vencedor de la muerte, el triunfador que retorna al cielo. En la puerta del mediodía aparece sentada en un trono glorioso, en medio de los apóstoles, mártires y confesores, y de todos aquellos que, habiendo seguido en la tierra a su Hijo divino, en el día de la regeneración, cuando Cristo se siente en la sede de su majestad, se sentarán para juzgar con Él a las doce tribus de Israel. María se muestra, por fin, en el lado de la aurora, como dama o dueña de casa, sentada a la manera de las reinas, recibiendo del universo entero los homenajes que le corresponden, y dando al mundo el fruto por excelencia, el Niño divino, que con su mano derecha bendice el globo terrestre, mientras su izquierda parece jugar, como en el día primitivo en que lo lanzaba al espacio. [349] "No os extrañéis, pues, hermanos míos, si todas las partes de la creación han sido convocadas en el templo para recibir allí de algún modo la iniciación sobrenatural, para rendir allí fe y homenaje a Cristo, que es la cabeza de toda la naturaleza humana y creada, y a María, que es la madre de ese jefe, de esa cabeza." [350]

348 T. II, p.276.
349 Cf. T. II, p.277.
350 T. II, p.278.

Chartres aparece a la inteligente mirada de Pie como un compendio de la totalidad, una suerte de *Summa Theologica* que congrega en un lugar no sólo los cuatro puntos cardinales sino también los espacios, las artes, los dominios de la naturaleza y del hombre. Todas las obras del Creador, todos los reinos de la tierra, todos los estados de la humanidad, todas las formas y productos del pensamiento, del trabajo y de la ciencia, todos los momentos de la historia integran la sublime composición de este templo, "a tal punto que se puede decir de la basílica que es una exposición completa y permanente de todo el orden natural tanto como del sobrenatural, remontando y gravitando cada una de sus partes, en perfecto concierto, y en la justa y necesaria subordinación de la una a la otra, hacia el centro único y cabeza universal, que es el Hijo de María, el mediador colocado entre la tierra y el cielo, entre la humanidad que ha tomado del seno virginal y el Padre de quien ha sido engrendrado desde toda la eternidad." [351]

En los tiempos de Mons. Pie se le prescribía al sacerdote, al término de la Santa Misa y mientras retornaba a la sacristía con los labios aún tintos en la sangre de Cristo, la recitación del himno en que todas las obras de la creación natural y sobrenatural, en su enumeración más detallada, son exhortadas a bendecir, alabar y exaltar al Señor, desde la tierra y los astros, hasta los metales y las plantas; desde los pájaros, peces y cuadrúpedos, hasta los hijos de los hombres según la naturaleza, y los hijos de Israel según la ley; desde los sacerdotes del Señor y los humildes de corazón que viven en la tierra, hasta los espíritus de los justos que están triunfantes en el cielo. Cuán espontáneo resultará ese himno para un sacerdote que ha celebrado la Misa en Chartres: "Si tiene la inteligencia del lugar donde se encuentra, en su ac-

351 Ibid.

ción de gracias no tendrá que hacer esfuerzo alguno para buscar a la distancia y reunir penosamente con el pensamiento todas las piezas esparcidas de una y otra creación. Todo ese mundo de la naturaleza y de la gracia, de la ciencia y de la fe, de la tierra y del cielo, del pasado y del futuro, de las cosas visibles e invisibles, todo ese mundo pintado, esculpido, figurado en torno a él, lo ciñe, lo envuelve por todas partes [...], y el cántico que recita es al mismo tiempo entonado y repetido, como con un coro alternado, por la piedra que se estremece y por el vitral que palpita." [352]

Las dos hermosísimas torres que elevan su fachada, agrega Mons. Pie en su explicación, esas dos moles de una gracilidad sin par, una más añosa, grave matrona, cuya frente ennegrecida conserva siempre su esbeltez a pesar de las arrugas de la edad, y la otra, su hermana menor, la novia, vestida con ropa nupcial, simbolizan lo mejor del Medioevo y del Renacimiento. "Una, engendrada por las edades heroicas de la fe, y que en los días de su nacimiento vio sentarse a sus pies a Tomás, el exiliado de Cantorbery, y a Bernardo, el abad de Claraval, ese Bernardo que predicó aquí la segunda cruzada, y a quien los obispos y los nobles nombraron por aclamación generalísimo de esa gran empresa; la otra, el último esfuerzo, o mejor, la última diversión de un arte que jugaba con las dificultades y los prodigios cuando, después de una larga paz no menos fecunda quizás en faltas que en maravillas, la tempestad de la herejía hizo caer la llana y el cincel de los brazos de la Iglesia, forzada en adelante a tener la pluma con una mano y la espada con la otra para defender su fe atacada y sus monumentos amenazados." [353]

En este grandioso contexto inscribe Pie la coronación que va a realizar de Nuestra Señora de Chartres, acto que considera co-

352 T. II, p.279.
353 T. II, pp.282-283.

mo el colofón de una secular glorificación de Notre-Dame. Fue en Chartres, en efecto, donde el pueblo franco se unió indisolublemente con la causa de Cristo; fue a los pies de esta Virgen donde Clodoveo, ya cristiano, aprestándose a enfrentar bajo la protección de Martín y de Hilario a las huestes arrianas de Alarico para constituir definitivamente la Francia católica, recibió un primer presagio de la próxima victoria; fue Chartres la que recibió los frutos de la liberalidad de Carlomagno y su dinastía; fue aquí donde se arrodilló San Luis, reconociéndose hijo de Notre-Dame de Chartres, y ayudando generosamente a terminar la construcción del templo; fue para la restauración de esta iglesia que Ricardo Corazón de León ordenó se hiciese una colecta en todos sus estados; fue acá donde San Fernando de España, armado de hierro para la defensa de la fe, dobló sus rodillas. "Todos los siglos, todos los estamentos, todos los países, Francia, Europa, el Occidente entero, han puesto en Chartres una majestuosa corona sobre la frente de la Reina del mundo." [354]

b. San Hilario de Poitiers

Sobre esta hermosísima basílica de su ciudad, nos ha dejado Pie varias homilías. Con motivo de la consagración de su altar, exalta en una de ellas la belleza de ese templo edificado para la gloria de Dios. Su particular amor por tal iglesia, dice allí, quizás se deba al hecho de que le ofrece una representación viva, natural, y por así decirlo plástica de las cualidades de la provincia. En efecto, es propio de la región y del pueblo de Poitou rodear su riqueza con modestos exteriores. Si uno se detiene en la superficie, creería tener delante de sí algo común y ordinario, pero si penetra en el interior, saltan a la vista valores inesperados, realidades

354 T. II, p.288; cf. pp.285-288.

exquisitas, enriquecidas con ese raro suplemento de mérito que nace de la modestia. El Espíritu Santo ha dicho que toda la gloria de la esposa del gran rey reside en su interior: *omnis gloria ejus ab intus* (Ps 44, 14). Vista desde afuera, la basílica de San Hilarlo es un edificio que no impresiona casi sino por su austeridad y su solidez; penetrando en sus naves, se muestra como uno de los templos mejor proporcionados y más armónicos que hayan sido construidos para la gloria del Señor. [355]

Pero por sobre la belleza estética, es la simbología histórica lo que más interesa al Obispo de Poitiers. La iglesia catedral, levantada con las propias manos de San Hilario, fue por él elegida como lugar de su sepultura [356]. Tras la muerte del Santo Doctor, sus discípulos se reunieron allí, en torno a su tumba, y resolvieron constituir una familia monástica que luego se transformaría en el célebre capítulo colegial [357]. A partir de entonces, la catedral de Poitiers fue el lugar de grandes acontecimientos para la Iglesia en Francia. Así como antaño una cruz luminosa había aparecido a Constantino, garantizándole el triunfo sobre Majencio y haciendo de él el primero de los emperadores cristianos, así, según la relación de San Gregorio de Tours, la víspera de la batalla de Viclade, que debía dar la victoria al ejército católico de Clodoveo sobre las tropas arrianas, y reunir bajo el cetro ortodoxo del fundador de la monarquía gala el mediodía y el norte del reino de los Francos, un globo de fuego brotó de la basílica de San Hilario y se dirigió hacia las tropas de Clodoveo, encendiendo el ardor guerrero de los Francos para llevar adelante los combates de la fe. Tras su victoria, Clodoveo se dirigió a esa iglesia para dar gracias al Dios de los ejércitos, la dotó de las tierras que fueron

355 Cf. T. IV, pp.479-480.
356 Cf. T. VI, p.320.
357 Cf. T. III, p.318.

teatro del combate, y la enriqueció con una parte de los despojos encontrados en el campo de Alarico [358]. Ulteriormente, la basílica de San Hilarlo compartió todas las fases y alternativas de la religión en Francia, en una suerte de comunidad de glorias y de humillaciones [359].

Como se ha podido advertir, Pie no considera los templos sagrados tan sólo en su dimensión litúrgica o estética sino también en su relación con la vocación histórica de los pueblos en que están plantados. Ni olvida su sentido espiritual, como símbolo del templo interior que hemos de construir: "Lo que San Hilario espera de nosotros es que antes de poner mano todos juntos en la edificación material de su templo truncado y cercenado [por el vandalismo de la Revolución francesa], cuidemos primero restaurar, acrecentar y perfeccionar en nuestras almas el templo de la santidad, el edificio de la fe y de la piedad." [360]

II. La consagración del tiempo

Gracias a su Encarnación, el Verbo no sólo consagró los espacios, haciéndose comprehensible, sino también los tiempos, haciéndose historia, y santificando consiguientemente las horas del día, la semana y el año. Pie no podía omitir este aspecto, centrando concretamente sus observaciones en la teología del domingo, como la expresión más perfecta de la santificación del tiempo y de la historia.

358 Cf. T. III, pp.318-321.
359 Cf. T. VI, p.320.
360 T. VI, p.321.

1. *El simbolismo del número siete*

Las cosas más dispares del mundo, anota el Obispo de Poitiers, están signadas por dicha cifra. La semana, es decir, la división del tiempo por el número siete, es algo universalmente registrado en casi todas las culturas. También la luz se fracciona en siete, y no hay color que no se relacione con una de las siete modificaciones del espectro solar. Asimismo el sonido se divide en siete, y no hay melodía que no brote de las siete notas de la escala musical.

Incluso la vida humana conoce períodos marcados por el número siete. Cada séptimo año se abre una nueva fase: a los siete años el hombre accede a la edad de la razón, a los catorce ingresa en la adolescencia, a los veintiuno entra en la mayoría de edad. En fin, el término general que la Escritura asigna a la vida natural del hombre es este mismo número decuplicado: los días de nuestra vida son setenta años (cf. Ps 89, 10) [361].

Es quizás por todo esto que la filosofía antigua no vaciló en glorificar el número siete. Pitágoras lo llamó la cifra virgen; Cicerón afirmó que era como el nudo de las cosas. El mismo Espíritu Santo recurrió a él: "La sabiduría divina se ha edificado una casa, labrando siete columnas para sostenerla" (Prov 9, 1) [362].

Pero no es sólo el orden natural el único regido por esta ley septenaria. Dios, autor de todos los días, y que hubiese podido exigir que estuviesen todos ellos explícitamente consagrados a su gloria, si bien consintió en dejarnos los seis primeros para atender a nuestros trabajos y necesidades, resolvió reservarse el séptimo para sí. Y ese día, que quiso fuese particularmente suyo, lo

361 Cf. T. III, p.576.
362 Cf. T. III, p.577.

hizo santo, es decir, según el lenguaje de las Sagradas Escrituras, lo separó de todo uso profano, distinguiéndolo así de los otros días, y lo consagró, es decir, lo afectó íntegramente a su culto. Deseó de ese modo que fuese como un eco en el hombre de su reposo luego de la creación del mundo: "Descansó Dios el séptimo día de toda la obra realizada. Y bendijo el día séptimo y lo santificó", leemos en el Génesis (2, 2-3). "Los breves instantes de inocencia que nuestros primeros padres conocieron sobre la tierra, fueron las horas afortunadas de ese primer sábado. Creados al fin del sexto día, en cierta manera se despertaron en el día del Señor. Y todos los acentos de amor y gratitud que sus corazones virginales dejaron escapar, constituyeron el preludio de los himnos y cantos piadosos que sus hijos penitentes harían resonar en ese mismo día hasta el fin de los siglos." [363]

Porque accedió el pecado. Y accedió asimismo el decreto de la redención. La segunda persona de la Santísima Trinidad, "arrancada en cierto modo del centro de su reposo y de su gloria" [364], descendió a la tierra, donde empleó no ya seis días sino treinta y tres años en las labores más penosas. Es el trabajo de la redención, que culminó con la flagelación, la crucifixión, la muerte y el sepulcro, cesando tan sólo el día de la resurrección, cuando el Verbo encarnado volvió a encontrar la alegría de su antiguo reposo [365].

La cifra siete, que flotó con el arca sobre el abismo (cf. Gen 7, 2.4.10), y presidió luego toda la legislación mosaica, recibiría así su consagración más elevada en la nueva alianza. La gracia, que es la luz y la vida del alma, se comunica a través de siete signos sensibles; la esperanza cristiana, que se concreta en las peticiones

363 T. III, pp.350-351.
364 T. III, p.359.
365 Cf. ibid.

del Padrenuestro, encuentra en el número siete su explicitación; el Espíritu Santo se da al alma bajo siete formas invisibles que son sus diversos dones; y el cristiano debe practicar las virtudes, que se resumen en siete, tres teologales y cuatro cardinales; la alabanza a Dios se realiza a lo largo del día en siete horas determinadas, las horas del oficio divino [366].

2. *Del sábado al domingo*

La resurrección de Cristo acaeció al día siguiente del sábado, con lo que este día quedó eclipsado por el resplandor del nuevo día, que en adelante se llamaría domingo o día del Señor, día consagrado por los más grandes misterios de la fe cristiana, día que es el comienzo de la nueva creación, así como el sábado fue el fin de la primera, día que ha hecho el mismo Dios: *Haec dies quam fecit Dominus* (Ps 117, 24), y que debemos santificar por el reposo y la adoración [367].

Pie recuerda acá la enseñanza de la epístola a los Hebreos, sobre todo en sus capítulos tercero y cuarto. Según dicha doctrina, el domingo cristiano –plenitud y culminación del sábado judaico– no es solamente conmemorativo de los hechos dominantes de la historia sagrada, ni sólo preceptivo de un reposo legal, sino que, además de su carácter dogmático y moral, tiene también otro respecto, a saber, el de ser figurativo de un último sábado, de un domingo final, que es la felicidad eterna. Según los designios de Dios, existe una estrecha correlación entre la observancia periódica del reposo dominical acá abajo y el ingreso en otro reposo

366 Cf. T. III, p. 577.
367 Cf. T. III, pp.359-360.

mejor –definitivo– cual se da en la gloria. No se tratará ya, dice el autor de la epístola a los Hebreos, del reposo hebdomadario que está en vigor desde el origen de la creación, ni tampoco del descanso de los israelitas al llegar a la tierra prometida. David, que escribió en un tiempo muy posterior a la entrada de Josué en la tierra que mana leche y miel, afirmó, en nombre de Dios, que los rebeldes de corazón no entrarían en el reposo del Señor (cf. Hebr 3, 7-13). A los fieles, en cambio, les espera el sábado eterno, el reposo en Dios, el descanso de todo el trabajo de esta vida, así como Dios reposó tras su obra creadora y redentora. De donde el autor de la epístola termina: "Apresurémonos por entrar en aquel reposo" (4, 11) [368].

3. *El sentido social del domingo*

Pie consideró necesario recordar una y otra vez la necesidad de santificar el domingo. No en vano, dice, la primera palabra del texto de la ley divina es precisamente una palabra de recuerdo: "Acuérdate", *memento*. "El Domingo es la clave de bóveda de todo el edificio religioso y social. No hay verdad dogmática, ni ley moral, ni práctica útil que no esté relacionada con la santificación del Domingo, de suerte que la profanación del Domingo es la subversión absoluta de toda la economía cristiana." [369]

Concibe Pie el reposo del domingo en un marco de grandeza. Lo ve en armonía con la constitución misma del mundo, al tiempo que como una imperiosa necesidad del hombre, del hombre físico y del hombre moral, del hombre individual y del hombre

368 Cf. T. III, pp.572-573.
369 T. III, p. 348.

social, del hombre natural y del hombre sobrenatural [370]. Al cumplir el cristiano el reposo hebdomadario "no solamente imita el ejemplo dado por el Creador y obedece a su mandamiento formal, sino que también pone su vida en armonía con todas las cosas, con la naturaleza, con la gracia, con la Escritura, con la teología, con la historia, con la experiencia, e incluso, en un sentido muy real, con la razón. Al contrario, el que niega el séptimo día, se separa de toda la economía del mundo, se pone en desacuerdo, en disonancia, con el concierto universal, lucha contra la ley de su constitución íntima y contra la ley universal de los seres" [371].

La vida del hombre en la tierra se ordena a su vida en el cielo. Su trabajo en la tierra se ordena a su contemplación en el cielo. Dios lo puso en la tierra para que dominase el mundo, no para que se asimilara al mundo. Lo puso allí no para que descendiese al nivel de las cosas que usa, sino para que ennobleciera el mundo, elevándolo y ofreciéndolo a Dios. Cuando el hombre escoge de entre las creaturas algunas que destina a su servicio, las retira del estado de bajeza o al menos de indiferencia en que se encontraban, para conferirles una dignidad que desconocían. Las cosas reciben de la impronta de sus manos, del sello de su genio, del uso legítimo que de ellas hace, una grandeza que por sí mismas no poseían. Eso es lo que el hombre hace en los seis días de trabajo. Pero no puede limitarse a ello. Debe crecer, debe aspirar a una dignidad más alta que la que le confiere su naturaleza. "Por su cuerpo, está en relación con la materia, y tal es la causa de su trabajo; pero por su alma, ha de elevarse hasta Dios, y tal es la razón de su reposo religioso." [372] Sin el trabajo de seis días, el señor del mundo dejaría su campo baldío; sin el re-

370 Cf. T. III, p.566.
371 T. III, p.578.
372 T. III, pp. 568-569.

poso sagrado no sería sino una creatura material más, aunque fuese la primera de ellas, siendo así que su destino lo impulsa a ascender más arriba: "Tras haberse apropiado mediante su trabajo de todos los seres colocados por debajo de él, debe, mediante el santo uso de su reposo, asimilarse por entero a Dios." [373] Al llegar el domingo, el hombre se pone de cara a Dios, y le ofrenda todo el trabajo de la semana: es sacerdote y sacrificador.

La ley del séptimo día es la más sagrada, la más antigua, la más universal, la más imprescriptible de todas las leyes divinas y humanas. "Fundada sobre la naturaleza y sobre la razón, creada simultáneamente con el mundo, notificada al primer hombre en el jardín de delicias, practicada bajo la tienda de los patriarcas, renovada solemnemente sobre el Sinaí, observada por el mismo Hijo de Dios, promulgada con más fuerza que nunca en la nueva alianza, mantenida con vigor por todos los órganos de la tradición, definida en todos los códigos de las naciones cristianas, la ley del Domingo es la ley de Dios, la ley de Jesucristo, la ley de la Iglesia, la ley del Estado. Por tanto, entre todas las leyes positivas, esta ley es la ley por excelencia." [374]

Así pasa Pie de la ley divina a la ley humana, recordando aquello que decía Bossuet en su *Política tomada de la Escritura*, a saber, que pertenece a los príncipes hacer santificar las fiestas. Pues bien, la apostasía de las naciones incluye la rebelión de las sociedades modernas contra esta ley básica de toda sociedad auténticamente cristiana. Los poderes apóstatas han hecho suyo el grito siniestro: "Hagamos callar la alabanza de Dios sobre la tierra y desterremos de los calendarios humanos todos los días de Dios" (Ps 73, 8) [375].

373 T. III, p.569.
374 T. III, p.370.
375 Cf. T. III, pp.367-368.

No son principalmente los ricos, advierte Mons. Pie, los que pagan este desacato sino los pobres, esclavos de esa madrastra cruel que se llama la codicia, la avaricia, que exige incesantemente trabajar, trabajar más, trabajar siempre. El amor bárbaro de la ganancia, esa pasión horrible, hija de aquel que fue homicida desde el comienzo, inmola cruelmente a sus víctimas en sus campos de trabajos forzados [376].

Una sociedad sin la observancia del domingo se hace insoportable. Supongamos, dice Pie, un hombre para quien el domingo no es sino un día ordinario, un día como los demás. Para él ya no hay sacramentos que dan la gracia, la devuelven, la aumentan, muere la oración privada y doméstica, no existe la predicación de la doctrina; los días, las semanas, los meses y los años se suceden para él en espantosa monotonía, sin oír hablar de Dios, de Cristo, de la vida futura, de su alma, de la gracia, de la gloria. "Bebe, come, duerme; ríe cuando es feliz; se lamenta, y a veces blasfema, cuando sufre. ¡Qué vida, Dios mío, qué inutilidad, qué esterilidad!" [377]

De ahí la urgencia de su apelación: "Diputados e intérpretes de la creación, venid a doblar ante Dios esa cabeza que durante seis días ha presidido las cosas de la tierra; venid a levantar hacia el cielo esas manos que se han cargado con los productos de la tierra. Mientras tengáis cautivas a las cosas, y os rehuséis a elevaros hasta Dios, la creatura inferior gemirá en su esclavitud, sufrirá, se quejará. Todos los seres quieren subir con vosotros, pasando por vuestro espíritu y por vuestro corazón, hasta su autor que es también el vuestro. Venid; el templo está abierto, el altar levantado, la sangre de Jesucristo corre de nuevo, y clama con

376 Cf. T. III, pp.578-579.
377 T. III, p.571.

más fuerza que los ángeles: *Gloria in altissimis Deo* («Gloria a Dios en las alturas», Lc 2, 14)." [378]

III. El valor sacramental de la materia

Cristo ha honrado el mundo material, escogiendo el agua, el aceite, el trigo y el vino por materia de sus sacramentos [379]. De por sí la materia es ambigua: puede ser usada para la exaltación indebida del hombre (¿y qué cosa si no eso es el materialismo?) o para vehicular la salvación. En el segundo caso estamos en el campo de la teología de los sacramentos y de los sacramentales.

El Card. Pie ha destacado una y otra vez el valor sacramental de la materia, asumida por Cristo, y envidiada –odiada– por Satanás. Restrinjámonos ahora a lo que nos dice acerca de los sacramentales, en base sobre todo a los discursos que pronunciara con motivo de la bendición de diversos elementos materiales, como máquinas, trenes, etc.

Uno de esos discursos lo pronunció en la ciudad de Niort, con motivo de la inauguración de nuevas máquinas hidráulicas. Comenzó recordando aquella hermosa invocación de San Ambrosio: "¿Qué diré yo del agua?", donde el Santo Doctor tejió el elogio de dicho elemento, incubado antes del nacimiento del mundo por el Espíritu Santo, principio de las cosas naturales, puesto que precedió a la creación de los seis días, y también término de las mismas, por cuanto nos introduce en la esfera de los fenómenos sobrenaturales [380].

378 T. III, p.569.
379 Cf. T. IV, p. 48.
380 Cf. T. III, p.3.

E inmediatamente se remonta al gran nivel en que se siente cómodo: "He aquí, hermanos míos, en qué términos habla la religión sobre este elemento del que la industria humana acaba de hacer una aplicación tan feliz a las necesidades de vuestra ciudad. Y no os extrañéis de que la Iglesia, en este sublime y poético lenguaje, parezca mezclar y confundir el orden físico y el orden espiritual, y que haga alusión indistintamente a la historia natural y a la historia religiosa; así está habituada a redactar sus fórmulas santas, porque todo está sometido a su cetro e imperio. El Verbo de Dios encarnado ha abierto a su esposa todos sus tesoros, los del cielo y los de la tierra, los de la naturaleza y los de la gracia; puede, pues, en cierto sentido, realizar acto de jurisdicción y soberanía respecto a unos y otros, respecto a las cosas de la ciencia como respecto a las cosas de la fe. Si bien es cierto que en los campos del soberano hay recintos reservados, donde los profanos no tienen acceso, y en que sólo la esposa tiene el privilegio de penetrar, no por ello la esposa queda excluida de otras zonas que son accesibles al vulgo; y cuando allí se muestra, lo hace siempre como reina." [381]

A continuación traza, en relación con el agua, el paralelismo del orden natural y sobrenatural. Esta rica fuente que está a nuestros pies y que nace en el valle, dice, correría humildemente por la llanura y jamás alcanzaría el nivel de la ciudad si la presión poderosa del vapor no le comunicase una fuerza de ascensión que naturalmente no posee. Sólo las aguas que descienden de la montaña son capaces de elevarse por sí mismas a un nivel tan alto. Pues bien, tal ley de la naturaleza es imagen de una ley fundamental del orden sobrenatural. "Aquel en quien derrame el agua que yo daré, poseerá en sí una fuente de agua viva que brotará hasta la vida eterna", ha dicho Cristo (cf. Jo 7, 37.38).

381 T. III, pp. 4-5.

"Las virtudes humanas –comenta Pie–, las acciones naturales, son las aguas de la llanura, del valle; tienen sin duda su belleza, su utilidad, pero no poseen en sí el poder de elevarse a un nivel superior; con frecuencia se estancan, se corrompen en el lugar que las vio nacer y, en todos los casos, por su inclinación natural, no saben sino descender. Las obras, las virtudes que pueden llevar el alma hasta las alturas del cielo son las que vienen del cielo, las que reciben su impulso del Espíritu celestial, en una palabra, son las virtudes cristianas; tras descender de las montañas eternas, allí retornan, subiendo como por sí mismas a su punto de partida. Así, el agua que derrama Jesucristo desde el seno de su Padre crea en el corazón de quien la recibe una fuente de agua viva que rebrota hasta la eternidad (cf. Jo 4, 14)." [382]

Jamás silenció el Cardenal la ambigüedad de la materia. Con motivo de la bendición de la piedra fundamental de una estación del ferrocarril que comunicaba a París con Chartres (recordemos que fue en su época cuando se empezó a emplear tal medio de comunicación), desarrolló ampliamente dicho tema. La prosperidad, dijo en esa ocasión, no significa necesariamente la elevación y la gloria; con mucha frecuencia se produce un debilitamiento de las virtudes morales y de la nobleza espiritual en proporción con los progresos del bienestar, según aquello del salmo: *prodiit quasi ex adipe iniquitas eorum* ("su iniquidad se extendió casi desde su abundancia", Ps 72, 7). Este vehículo –el tren–, que por su rapidez tanto favorece los intereses comerciales, puede también dar alas a la corrupción; la facilidad del desplazamiento puede engendrar ese "mal inquieto" de que habla la Escritura (cf. Sant 3, 8), alterando el espíritu de la ciudad y, por tanto, de la civilización, disolviendo en un espíritu nómada y vagabundo los lazos preciosos de la familia, el municipio y la patria. Por eso la

382 T. III, pp.5-6.

necesidad de que la Iglesia venga en socorro de las sociedades más avanzadas, bendiciendo y santificando sus conquistas, de modo que sirvan no para el mal sino para el bien [383].

La historia, prosigue diciendo, ha conocido pueblos ricos y poderosos. Hubo en los tiempos antiguos un pueblo del que la Escritura nos recuerda que llevó hasta sus últimos límites el desarrollo de las artes y el refinamiento de los vicios (cf. Gen cap. 4, 5 y 6). Los integrantes de ese pueblo, a quienes el texto sagrado llama "los Hijos de los Hombres", aplicaron el talento que les había dado el Creador exclusivamente a la materia, hicieron ciudades, trabajaron los metales, en una palabra, crearon bienestar; e incluso atrajeron a "los Hijos de Dios", tentados por ricas alianzas con sus hijas, que poseían toda la seducción de la naturaleza y la fortuna. Pues bien, este pueblo, que la Escritura denomina de Gigantes, desapareció de la tierra. Y la misma Biblia nos dice el por qué: "Los antiguos Gigantes no oraron, y esos hombres que se fiaban de sus fuerzas fueron destruidos" (Eccli 16, 8). "Señores –concluye Pie–, queremos hacer justicia a nuestro siglo; por más de un aspecto es un siglo gigante. Pero en medio de todos sus prodigios y de todo el esplendor de su gloria, la religión lo mira con ansiedad. Porque, ay de nosotros si la oración llegase a callar en la ciudad; si el espíritu dejase de purificar, de vivificar la materia; si los hombres, creyendo bastarse a sí mismos, llegasen a decir a Dios que se retire (cf. Job 21, 14); si la desgracia que Mardoqueo suplicaba al Señor ahorrase a su pueblo cuando decía: «No cerréis la boca de los que cantan vuestra alabanza» (Ester 13, 17), llegara a realizarse entre nosotros, no tardaría en llegar el día en que, sobre las ruinas humeantes de nuestra patria y sobre los restos dispersos de nuestra civilización, las generaciones podrían decir: «Esos hombres gigantes no oraron, esos hom-

383 Cf. T. I, pp.34-35.

bres que se fiaban de sus propias fuerzas fueron destruidos» [...] ¡Feliz el pueblo que, enriquecido con la abundancia de la tierra, no deja de implorar el rocío del cielo! ¡Feliz el pueblo a la vez poderoso y religioso, fuerte y sumiso, que sabe dominar la naturaleza y obedecer al Creador! ¡Feliz, en una palabra, el pueblo grande y fiel, cuyo Señor es siempre Dios! *Beatus populus cujus Dominus Deus ejus* («feliz el pueblo cuyo Señor es su Dios», Ps 143, 15)." [384]

Refirámonos finalmente al espléndido discurso que Mons. Pie pronunciara con motivo de la bendición de una estación de ferrocarril en Chartres. La ocasión se presentaba en un marco de especial solemnidad, ya que se había anunciado la presencia del Presidente de la República. La alocución de Pie giraría en torno a dos símbolos: la catedral y el tren. Con una sola mirada, comenzó diciendo, contemplamos acá los dos productos más sorprendentes de las dos fases más extremas del espíritu humano.

> El hombre está puesto acá abajo entre el tiempo y la eternidad, con los pies sobre la tierra y los ojos mirando al cielo [...] Pues bien, en épocas diversas, la humanidad se ha volcado apasionadamente, y casi exclusivamente, hacia una u otra de esas herencias.
>
> El resultado más notable y, me atrevo a decir, el milagro de la noble pasión de los hombres por el cielo, es esta catedral, testimonio vivo de la fe que animó toda una gran época de nuestra historia nacional; brillante resumen de las doctrinas y de las esperanzas cristianas, esculpidas sobre las piedras, o escritas en perlas y diamantes sobre la transparencia de los vitraux; vestíbulo magnífico y proporcionado a las magnificencias de la morada eterna; transfiguración de la materia obediente al espíritu; asun-

384 T. I, pp.36-38.

> ción de la naturaleza en los brazos de la gracia; aspiración de la creatura exiliada y doliente por la patria de la inmutable felicidad; obra gigantesca y, sin embargo, obra popular, en cuya ejecución el ardor que arrastraba a las multitudes pareció crear un motor invisible cuyos efectos rivalizan con los de los agentes naturales descubiertos en esta última edad [...]
>
> En siglos posteriores, en cambio, el espíritu del hombre cambió de dirección, y se inclinó íntegramente hacia el campo positivo de su actual habitación, para embellecerla, perfeccionarla, recorrerla en todos los sentidos, y así procurarse todas las ventajas de una vida tranquilamente placentera o agradablemente agitada. Y el triunfo incontestable, el milagro de esta ardiente pasión de los hombres por la tierra, es este vehículo que, bajo la presión de un vapor ardiente, parte del Oriente y toca ya el Occidente. [385]

He aquí los dos símbolos, expresiones de dos mundos, el mundo tradicional y el mundo moderno, el mundo de la contemplación y el mundo del movimiento. Las dos cosmovisiones suscitan diversos interrogantes. ¿Será menester optar entre la catedral y el tren? ¿El tren habrá de ser considerado como intrínsecamente perverso? ¿No será la materia susceptible de perfeccionamiento sino separándose del espíritu? ¿Habrá que preguntarse, como en el célebre capítulo de Víctor Hugo, "*Comment* ceci *tuera cela*"? Entre este presente y aquel pasado, ¿se ha abierto un abismo sideral?

> Ah, señores, si así fuese, si la humanidad no acrecentase su dominio sino a expensas de Dios, si una verdad más en el orden físico tuviese por consecuencia necesaria una verdad menos en

385 T. I, pp.91-92.

el orden sobrenatural, habría que esperar próximas conmociones y ruinas sin par. Pero no, señores, mil veces no. La religión sabe que el Dios que ella anuncia es el Dios de las ciencias, y que es Él quien inspira y prepara los pensamientos y descubrimientos de los hombres; ella está siempre presta para bendecir las conquistas de la humanidad, cuando ésta no quiere servirse de ellas contra Dios. La sociedad, por su lado, quiero decir la sociedad de hoy, si no la de ayer, esclarecida por tantas desgracias y aprehensiones, no quiere seguir llevando adelante la guerra ruinosa de los intereses contra los principios; ha comprendido que, para conservar los bienes de esta vida, no es indiferente creer en lo otra. Porque ¿de qué serviría embellecer un mundo al que las pasiones harían inhabitable? ¿Para qué esta gran rapidez de transporte, si fuese para precipitar la ruina de los pueblos, proveyendo a las doctrinas del desorden y de la subversión la facilidad de rotar alrededor del globo y ese pronto circuito que la Escritura atribuye al príncipe del infierno (cf. Job 1,7)? [...] Una vez más, *esto* no matará a *aquello*. Más aún, *esto* no tiene posibilidades de durar sino a la sombra de *aquello*. [386]

Concluye Mons. Pie su meduloso sermón esbozando una síntesis entre lo vertical y lo horizontal:

Por eso hemos dejado con emoción las umbrosas naves de ese templo, asilo secular del espiritualismo cristiano, arsenal de nuestros largos combates contra la carne y el mundo, para venir acá, precedidos por la cruz de Jesucristo, a bendecir este hierro y este vapor con los que nuestros siglos modernos han identificado su progreso y sus destinos [...] Luego iremos al templo, bajo sus bóvedas, para alabar al Altísimo por la gran obra de la que esta solemnidad es prenda y que quiero recordar: el retorno de

386 T. I, pp.93-94.

> los intereses a las creencias; la nueva sumisión de la materia al espíritu, de la industria a la fe; la reconciliación de la ciencia y del arte con Dios; en fin, para servirme de las palabras del gran obispo Fulberto, al poner, hace más de 800 años, los fundamentos de esta catedral, "la religiosa fusión de la tierra y del cielo en una sola patria y una misma república": *Terrae polique patriam, unam facit rempublicam.* [387]

En otra ocasión semejante, bendiciendo también un ferrocarril, Pie volvería a insistir sobre la ausencia de antagonismo entre las conquistas legítimas del hombre y la religión de Dios. Más aún, dijo en ese momento, para su obra sobrenatural la religión encuentra una poderosa ayuda en los descubrimientos que realiza la ciencia. Sin quizás saberlo, los inventores no sólo dan alas a la humanidad, sino también al evangelio; creyendo no trabajar sino para los intereses temporales de la tierra, trabajan para la causa del cielo. La red de ferrocarriles, cada vez más extensa, que a lo mejor un día llegará a cubrir la tierra entera, servirá, de manera semejante al modo como antaño sirvió la red carretera del Imperio Romano, para una mejor propagación de la verdad y de la gracia [388].

ESCOLIO. **La importancia de la arqueología sagrada**

A lo largo de los siglos, pero especialmente en las épocas antiguas y medievales, los hombres levantaron, recurriendo a la materia, catedrales y monumentos espléndidos para la gloria de Dios. En diversas ocasiones el Card. Pie alabó a quienes, median-

387 T. I, pp.94-95.
388 Cf. T. II, pp.458-461.

te sus investigaciones arqueológicas, hacen posible un mejor conocimiento y valoración de aquellas épocas de fe, así como a los guías que introducen en los secretos de la historia y el arte.

Dirigiéndose a los miembros de una sociedad de arqueólogos les decía que la fe se hace más fuerte y al mismo tiempo más ingenua cuando se pone en contacto con los tiempos antiguos, con los siglos gloriosos del cristianismo. Sin duda que esos siglos ya son conocidos por la historia, pero los monumentos que de ellos han perdurado hasta nosotros nos hablan de una manera mucho más elocuente. "¿No es verdad, señores, que si, por un imposible, los hombres llegasen a olvidar, llegasen a perder el Evangelio traído por Cristo a la tierra, las piedras que restan sobre nuestro suelo nos enseñarían aún toda su sustancia: *Quia si hi tacuerint, lapides clamabunt* («Porque si éstos callaran, clamarán las piedras», Lc 19, 40)?" [389] Cada cual cumple así su parte en el gran trabajo de la reconstrucción cristiana de la sociedad. Los arqueólogos, juntando las piedras dispersas del edificio, recomponiendo la obra de los siglos de oro; los sacerdotes, trabajando por purificar y santificar a las almas, piedras vivas de la Jerusalén celestial, que compondrán el gran edificio de la Jerusalén eterna. Es cierto que, para aquel entonces, de nuestros más magníficos monumentos de la tierra no restará piedra sobre piedra; sin embargo nadie les quitará el mérito y la gloria de "haber servido de vestíbulo al templo de la eternidad" [390].

En una carta que Mons. Pie escribió al conde de Grimouard de Saint-Laurent por su libro *Guide de l'art chrétien*, le dice que después de esa grande y capital obra que San Gregorio Magno llamaba el arte de las artes, y que consiste en formar las almas

389 T. I, p.137.
390 Ibid.

según la semejanza de Dios sobre el modelo de Jesucristo, nada hay sobre la tierra más elevado y noble que la de aquellos que teniendo, como dice la Escritura, "el sentido y la pasión de la belleza" (cf. Eccli 44, 5), tratan de traducir en formas sensibles el ideal divino que la naturaleza nos hace presentir, pero que el misterio del Verbo hecho carne ha iluminado con nueva y definitiva luz. "Comprendido como lo hacéis entender, el arte no es sino el loable esfuerzo del genio que, piadosa pero atrevidamente, levanta una esquina del velo que nos oculta el mundo celestial, y nos ofrece, en la medida que lo permiten las sombras de la vida presente, algunos de los espectáculos que los bienaventurados gozan en lo alto. Lo que hace el santo en el orden de la virtud, el artista cristiano lo hace precisamente en el orden de la belleza. Lo que uno trata de ser delante de Dios, el otro se esfuerza por expresarlo delante de los hombres, con la intención y la esperanza de hacerles amar lo que es bueno, forzándolos suavemente a admirar lo que es bello." [391] Termina felicitando al autor del libro y deseándole que Aquel a quien Santo Tomás llamaba "el Arte del Padre, pletórico de las razones vivientes de todas las cosas" (*In Jo.* lect. II), el más hermoso de los hijos de los hombres, le conceda por premio de su trabajo la gracia de conocerlo cada vez más y al fin contemplarlo tal cual es y sin velos [392].

391 T. IX, p.195.
392 Cf. T. IX, p.197.

Capítulo Sexto

LA NATURALEZA DE LA REVOLUCIÓN MODERNA

Hasta acá hemos expuesto el pensamiento del Cardenal sobre aspectos estrictamente religiosos: su concepción de la Realeza de Cristo, el papel salvífico de Nuestra Señora, la ejemplaridad de diversos santos, la figura de los ministros de Dios, la consagración de los espacios y de los tiempos. En el tratamiento de estos temas hemos advertido cómo, aquí y allá, Mons. Pie mechaba sus análisis con referencias a los problemas de su época y al consiguiente detrimento de los grandes valores enseñados por el cristianismo. Consideramos sin embargo que sus reflexiones sobre el proceso de decadencia del mundo moderno nos ofrecen un material suficientemente abundante como para dedicarle un tratamiento especial.

El presente capítulo hubiera podido ser también titulado "el mundo moderno", ya que la "revolución moderna" no es sino el producto del mundo moderno. Al decir "moderno" no nos estamos restringiendo por cierto a una visión meramente "cronológica" de las cosas. El adjetivo "moderno" encubre, como se pue-

de advertir en el Magisterio pontificio de la época del Cardenal, y también del siguiente siglo, especialmente en su primera mitad, un sentido francamente peyorativo. El mundo moderno es el producto de una tremenda "apostasía" a la que se ha accedido progresivamente, tras un proceso de varias centurias.

El punto de referencia desde el cual Mons. Pie juzga los ulteriores avatares, es la Edad Media, especialmente en su siglo de mayor esplendor. "Hubo durante mucho tiempo, en el seno de la sociedad humana y fuera del claustro, un mundo que se mantenía sinceramente cristiano. Hubo durante mucho tiempo, en todas las condiciones y estados de la vida, familias enteras [...], patrones y siervos, soberanos y súbditos, que profesaban toda la fe y cumplían toda la fe. No era raro que en una misma casa, todas las inteligencias y todas las voluntades estuviesen de acuerdo en someterse al Evangelio y a la Iglesia. Había incluso pueblos enteros que tanto en la guerra como en la paz, tanto en sus expediciones como en sus leyes, se inspiraban en los pensamientos de la fe." [393]

Las palabras del Cardenal parecen presagiar la descripción de la "Cristiandad" que luego propondría León XIII en su encíclica *Immortale Dei*: "Hubo un tiempo en que la filosofía del Evangelio gobernaba los Estados. Entonces aquella energía propia de la sabiduría cristiana, aquella su divina virtud, había compenetrado las leyes, las instituciones, las costumbres de los pueblos, insinuándose en todas las clases y relaciones de la sociedad; la religión fundada por Jesucristo, colocada firmemente en el grado de honor y de altura que le corresponde, florecía en todas partes secundada por el favor de los príncipes y por la tutela y legítima deferencia de los magistrados; y el Sacerdocio y el Imperio, con-

393 T. III, pp.629-630.

cordes entre sí, departían con toda felicidad en amigable consorcio de voluntades e intereses. Organizada de este modo la sociedad civil, produjo bienes muy superiores a toda esperanza. Todavía subsiste la memoria de ellos, y quedará consignada en un sinnúmero de monumentos históricos, ilustres e indelebles, que ninguna corruptora habilidad de los adversarios podrá nunca desvirtuar ni oscurecer" (n° 28).

El edificio de la Cristiandad reposaba sobre un trípode que, a juicio de Pie, resume la entera doctrina católica: Un Dios, que reside en el cielo; Jesucristo, el Hijo de Dios enviado a los hombres; la Iglesia, intérprete permanente de Cristo sobre la tierra. Son tres verdades inextricablemente ligadas entre sí. Si se toca una sola de ellas, pronto no quedará nada de las otras dos.

La primera verdad, a saber, que en el cielo hay un Dios, infinitamente bueno y justo a la vez, que impera la virtud y prohíbe el vicio, es la verdad fundamental, la base de todo el ser y quehacer cristianos. Sin embargo, esta verdad por sí sola es impotente para regir la vida de los hombres, ya que la inteligencia humana, tan fuertemente afectada por las pasiones, no siempre llega al conocimiento de ese ser supremo como en realidad es sino que lo imagina según sus caprichos. La razón debilitada, fácilmente se construye un Dios a su medida, un Dios que coadyuva sus propios intereses, como lo demuestran treinta siglos de idolatría.

De ahí la necesidad de la segunda verdad. Aquel Dios lejano se ha acercado, se ha encarnado, ha habitado entre nosotros, y expresándose de manera clara y positiva, nos ha dejado una doctrina y una moral. Con todo, ello no es todavía suficiente, ya que si tomamos el Evangelio y lo interpretamos a nuestro arbitrio, la sustancia de ese libro celestial no tardará en disiparse o terminaremos por adaptarla a nuestras aficiones desordenadas. Allí

están para probarlo todas las herejías contra los evangelios así como la pluralidad de interpretaciones, una más deletérea que otra.

Era preciso que el Dios que había descendido al mundo para dejarnos su Buena Nueva, estableciese en la tierra una autoridad infalible, encargada, hasta el fin de los siglos, de interpretar auténticamente el Evangelio. Tal es la Iglesia, a la que prometió su permanente asistencia para que exprese siempre el verdadero sentido de su enseñanza, zanjando dudas y pronunciando juicios definitivos.

Como puede verse, trátase de tres verdades inescindiblemente concatenadas. Quitemos la autoridad de Dios, o quitemos a Cristo y su Evangelio, o quitemos la Iglesia y su interpretación, entonces la entera construcción se desploma. Bien decía San Agustín que no es posible que Dios haya querido arrojar a los hombres una tea eterna de discordia, no estableciendo en la tierra algún intérprete autorizado de su palabra. Si no hay Iglesia no hay Evangelio; y sin el Evangelio, fácilmente llegaríamos a dudar de Dios [394].

Sobre el reconocimiento –individual y social– de estas tres verdades se edifica la Cristiandad. Sobre las tres se construyó efectivamente la Cristiandad.

I. El "misterio de iniquidad" en marcha

El Cardenal se indignaba cuando oía que alguien echaba la culpa de todos los "males" de la historia al llamado "catolicismo constantiniano". No es por cierto casual que contra la figura de

394 Cf. T. I, pp.317 ss.

Constantino se dirijan tantos dardos, ya que concretamente fue él quien, a pesar de todas sus deficiencias personales, dio cauce social al cristianismo.

En cierta ocasión, un parlamentario francés contemporáneo de Pie dijo en la Cámara: "Cuando se lee la historia, se ve que desde el día fatal en que Constantino, pontífice romano, se convirtió en el obispo exterior de la Iglesia, desde ese día comenzaron las herejías, las guerras civiles; un largo cortejo de desgracias fue la dote del adulterio". Así es, comentaba irónicamente Mons. Pie, fue entonces cuando aparecieron las disidencias religiosas y las diversas herejías. No las había antes. Léanse las epístolas de San Pablo, de San Juan, los cinco libros *Adversus Haereses* de San Ireneo, los escritos de Tertuliano; ¡en ninguna parte se atestigua la existencia de herejías anteriores al período constantiniano! De manera semejante acaeció en el campo social, agrega; todas las guerras civiles y las calamidades sociales se originaron en el poder de la Iglesia, y cesaron a partir de 1789; desde que la Iglesia se vio despojada de poder, ya no hay más guerras civiles ni catástrofes sociales [395]. "Es una proposición explícitamente condenada por la Iglesia –concluye– aquella que afirma que la cristianización del poder y de las instituciones políticas por parte de Constantino y sus sucesores fue en sí misma una cosa fatal. Nada que pertenezca a la necesidad del orden y a las exigencias de la verdad puede ser fatal. La transformación cristiana del régimen social era una consecuencia que debía seguirse lógicamente a la de los miembros individuales de la sociedad; la expansión del Evangelio había de traer con el tiempo la conversión de los Césares como Césares, y no solamente como particulares. Lo hemos dicho más de una vez: eternizar el muro de separación entre el hombre privado y el hombre público, hubiese implicado instaurar

395 Cf. T. IX, pp.167-168.

en el mundo el sistema del dualismo maniqueo, error principal contra el cual se dirigieron los primeros monumentos de la polémica cristiana." [396]

Bien apuntaban, pues, los enemigos de la Cristiandad –y siguen apuntando bien–, cuando señalan a Constantino con dedo acusador. No fue sino él quien puso, desde el nivel político, las bases de la Cristiandad. A partir de Constantino comenzó a edificarse la Cristiandad, que alcanzaría su ápice cuando todas las instituciones, culturales, económicas, sociales y políticas, consintiesen en dejarse impregnar por los principios del Evangelio.

Ese tiempo glorioso, signado por la impregnación evangélica de individuos e instituciones, ha terminado. E incluso allí donde aún permanecen "restos de Cristiandad", advierte el Cardenal, los precursores más o menos inmediatos del Anticristo, los agentes más activos de Satanás, no se cansan de proyectar la abolición de sus últimos y más mínimos vestigios [397].

A veces se afirma que la Cristiandad comenzó a ser atacada a partir del Renacimiento. Pero ello no es así. La obra del "misterio de iniquidad", cuyos efectos se van haciendo cada vez más dramáticos, empezó mucho antes, es contemporánea nada menos que de Cristo. Si donde está la Cristiandad está también presente y actuante el Misterio de Iniquidad, es porque ya antes dicho misterio convivió con el mismo Cristo. "San Pablo habló ya de este «misterio de iniquidad» (cf. 2 Tes 2, 7), cuyo trabajo subterráneo había comenzado por así decirlo al pie del Calvario: maquinaciones tenebrosas que debían proseguirse durante toda la duración de los siglos." [398] Entre los jalones de este "misterio"

396 T. IX, p.168.
397 Cf. T. III, p.630.
398 T. I, p.208.

enumera Pie el gnosticismo y el maniqueísmo, que tras el velo de sus errores religiosos disimulaban sus ideas antisociales; el catarismo, según el cual los sacerdotes, si no eran santos, perdían su carácter sagrado, y los reyes, nobles y artesanos, si pecaban, hacían inexistente su bautismo, se volvían infieles, perdiendo así su derecho al trono, a su mujer y a sus propiedades. Como se ve, estas herejías no sólo atentaban contra el cristianismo sino también contra la Cristiandad, contra el orden de una sociedad fundada sobre el Evangelio [399]. Se entiende de este modo cómo la cruzada que combatió las herejías del Mediodía no fue sino la ofensiva de los defensores del orden contra los enemigos de la fe, por cierto, pero también contra los adversarios de la autoridad, de la familia y de la propiedad.

Advino luego la reforma protestante, con sus consecuencias sociales de anarquía, rebelión y pillaje. Más allá de la controversia religiosa, resultaba dura y radicalmente afectado el orden social de la Cristiandad. Con grandes dificultades la Iglesia logró reunir el Concilio de Trento. Pero su voz fue poco escuchada, y viéndose forzada a abandonar las defensas de que se había rodeado en la sociedad temporal, "se replegó principalmente al santuario, con el fin de fortificarlo" [400]. De ahí en más el proceso se desbocó, alcanzando resultados alarmantes.

Destruidas las bases de la Cristiandad, la Iglesia hubo de abocarse a la defensa del "cristianismo", de lo específicamente sacro que le restaba. Frente a una sociedad que declaraba su independencia del orden sobrenatural, frente a una autoridad que aspiraba a su completa secularización, en camino hacia el Estado absolutamente laico, que no aceptaría lección alguna de nadie,

399 Cf. T. I, pp.208-209.
400 T. I, p.211.

la Iglesia, aun condenando dichas pretensiones, se vio obligada a dedicarse casi exclusivamente a la salvación de las almas, a la atención espiritual de los individuos. La sociedad temporal, por su parte, que había pretendido bastarse en su autonomía, al encontrarse privada de sus fundamentos, fue decayendo día tras día. "El *misterio de iniquidad*, obrando sordamente, quitó, uno tras otro, todos los apoyos del orden social [...] La expoliación de la Iglesia fue el preludio de la expoliación de los Grandes, y ésta, un veloz encaminarse hacia la expoliación de todos" [401].

II. El proceso de destrucción de la cultura

Con mano maestra describe Pie el proceso desencadenado por el "*mysterium iniquitatis*" en el ámbito de la cultura. La implantación, ya secular, de una situación anómala en dicho campo, hace que no pocos, conociendo tan sólo el presente estado de cosas, lo consideren normal, olvidando así por completo lo que ha de ser la cultura, y lo que de hecho fue durante varios siglos.

1. *La cultura cristiana*

Para explicar lo que es una cultura verdaderamente cristiana, Pie se remonta al sentido semántico de la palabra "universidad", que significa "un conjunto de colegios y de maestros, aplicados a la enseñanza general de todas las ciencias, religadas entre sí por un principio superior de unidad" [402]. La cultura –y la universidad cual su expresión más elevada– es para él como un gran edificio, apoyado en las columnas de las ciencias, sobre el cimien-

401 T. I, p.213; cf. pp.212-213.
402 T. IX, p.257.

to divino de una doctrina inmutable. Y siendo la Iglesia la única depositaria autorizada y la guardiana infalible de dicha doctrina basal venida del cielo, sólo ella es capaz de aproximar e integrar el conjunto de las materias aisladas en un todo verdaderamente armónico [403].

Es claro que la Iglesia no se jacta de haber sido ella quien produjo por sí misma todo este conjunto–el edificio de la cultura–, así como los conocimientos parciales que lo componen. Si bien tiene conciencia de haber sido el nuevo arca de Noé donde se salvaron del naufragio o de la barbarie las preciosas reliquias de la civilización antigua, posibilitando así su transmisión a los siglos posteriores, no por ello disputa al espíritu humano ninguna de las ciencias que le son propias. Las riquezas que contiene la Iglesia, y que recibió, en última instancia, de su esposo divino, el Verbo encarnado, son demasiado grandes como para que experimente la tentación de dirigir una mirada de mezquina envidia hacia el patrimonio natural de los hombres. Más aún, en diversas ocasiones asumió la defensa de ese patrimonio natural, especialmente cuando lo vio conculcado, como lo hizo por ejemplo en el Concilio Vaticano I, al reivindicar la capacidad de la razón para alcanzar la verdad [404]. Así pues la Iglesia, apreciando como corresponde el valor de las letras, las ciencias y las artes, "que por el solo hecho de ser expresión de lo verdadero, de lo bello y del bien, son otros tantos reflejos del rostro de Dios" [405], jamás se arrogó el monopolio sobre dichas materias.

A lo que la Iglesia nunca podrá renunciar es a aquello que constituye su aporte propio y decisivo, que si no lo provee ella no lo proveerá nadie, a saber, la sagrada teología, la ciencia ar-

403 Cf. ibid.
404 Cf. T. IX, pp.257-258.
405 T. IX, p.258.

quitectónica por excelencia. Así lo entendieron, en los tiempos de la Cristiandad, no sólo la Iglesia, como era obvio, sino también el Estado, que adhería públicamente al Evangelio. "Fue entonces cuando, del concurso de las dos autoridades, nacieron la mayoría de las universidades de Europa y, particularmente, las de Francia. Quien dice «universidad» dice reunión de todas las escuelas, concentración de todas las ciencias. Ahora bien, hay una ciencia, reguladora de todas las demás, que no es resorte del poder secular; hay un escuela, la más alta de todas, que por derecho divino no compete sino a la Iglesia, a saber, la teología. Fundar una universidad, o, según el lenguaje de entonces, un *studium generale*, de donde la enseñanza teológica estuviese excluida, era un pensamiento que ni siquiera podía ocurrírsele a nuestros padres, no más que el de hacer un cuerpo al que le faltase simplemente la cabeza." [406]

La fe impregnó la entera cultura de la Cristiandad. Todas las "materias" que integraban dicha cultura recibieron de la fe un impulso inaudito. Pie lo dice con palabras inspiradas: "La fe aporta a la razón un beneficio inmenso; no contenta con abrirle una perspectiva inconmensurable y que le estaba del todo cerrada, le da nuevas fuerzas para elevarse hasta ese nivel y para transitarlo. La tradición entera de la Iglesia y los incomparables trabajos de la teología católica son la prueba incontestable y el espléndido comentario de esta doctrina. La analogía de los misterios revelados con los hechos comprobados y las leyes descubiertas del orden natural; los bosquejos de la gracia divina dibujados en la naturaleza entera; el nombre tres veces santo de Dios escrito en toda la tierra con caracteres admirables; los vestigios de la Trinidad y de la Encarnación impresos por doquier; las aspiraciones y expectativas que ni siquiera se sospechaban, despertadas y sa-

406 T. IX, pp.258-259.

tisfechas plenamente por la revelación divina y el mundo nuevo que nos ofrece; las conveniencias secretas de los dos órdenes; la unión perfectamente concordada de realidades tan distintas y naturalmente tan separadas; la armonía intrínseca y la inefable belleza de los misterios mismos; en fin, los presentimientos intelectuales que nos da la contemplación de las evidencias encandilantes que nos están reservadas en lo alto; tales son nuestros tesoros domésticos, tesoros de los que la fe nos pone inmediatamente en posesión, y que la razón ilustrada y fortalecida no cesa de abrirnos." [407]

Esta armonía tan admirable entre el orden natural y el sobrenatural, que ahora se concreta en el campo de las relaciones entre la ciencia y la fe, no es quizás sino el reflejo del misterio de la unión hipostática, donde lo humano se une a lo divino, sin perder ambas naturalezas ninguna de sus propiedades, en la debida subordinación de lo humano a lo divino. Pie trae a colación diversas "autoridades" que avalan su rico pensamiento. Tertuliano, con la concisión que lo caracteriza, afirmó que "nadie es filósofo sino el creyente: *nemo sapiens nisi fidelis*" (*De Praescr.* III). Y San Agustín, pensador eminente como pocos, dijo que "aquellos que se proclaman campeones de la ciencia y desprecian la fe, ni siquiera poseen la ciencia, puesto que ignoran lo que constituye un avance tan útil para la ciencia y un complemento necesario de la misma". También Santo Tomás aludió magistralmente a este tema: "La fe no es, por cierto, patrimonio de la naturaleza humana, pero está en la naturaleza humana que el alma del hombre no se oponga a la acción interior de la gracia, ni a la predicación exterior de la verdad; por ello, desde este punto de vista, la infidelidad es contra natura." (II-II, 10, 1, ad 1) [408]

407 T. VII, pp.242-243.
408 Cf. T. III, pp.160-161.

Pie quiere tomar distancia de cualquier tipo de racionalismo: Las ciencias, cualesquiera sean, aun cuando estén iluminadas y aladas por la teología, jamás saciarán nuestra avidez intelectual, jamás nos darán la evidencia intrínseca de las realidades reveladas. Y trae en su apoyo un texto del Doctor Angélico donde se agrupan varias frases del gran San Hilario: "Equipado con la fe; ponte en marcha, avanza, prosigue tu búsqueda; aunque sé que no llegarás, me congratulo contigo por los progresos que realizarás. Porque quien persigue con piedad el infinito, aunque no pueda alcanzarlo, sin embargo siempre triunfará por el mero hecho de caminar hacia él. Pero no te lances en el misterio ni te sumerjas en ese abismo de verdad inconmensurable con la presunción de alcanzar su comprehensión total: entiende, por el contrario, que estás en presencia de lo incomprehensible." (*C. Gent.* I, c. 8) [409] Se trata pues de buscar, pero con la conciencia de que lo que se busca es inagotable. El término que Dios asigna al hombre es la beatitud celestial a la que ha de aspirar, y que será la recompensa de los méritos que atesore en la presente vida. Una cultura que mantiene ese término a la altura que le es propio, es decir por encima de las fuerzas de la razón natural, más allá de todo lo que el ojo puede ver, el oído oír, y la inteligencia misma comprehender, haciendo de ese bien supremo un objeto de fe y un misterio, una cultura así, al tiempo que radica al hombre en la humildad, condición básica de todo auténtico conocimiento e incluso de todo progreso sobrenatural, impide que el hombre se instale en ninguna de las etapas de su recorrido intelectual, sembrando en su corazón aquella "inquietud" tan saludable de que hablaba San Agustín, la inquietud de quien aún no ha reposado en el misterio por la visión [410].

409 Cit. en T. VII, pp.244-245.
410 Cf. T. VII, p.245.

En cierto sentido, como decía Tertuliano, el cristianismo ya es ciencia. Aun el cristiano más iletrado posee en su fe una elevadísima dosis de filosofía humana. No hay usurpación ni confusión alguna en la costumbre que tenían los fieles de los primeros siglos de llamar al cristianismo con el nombre de "filosofía". Jamás hasta entonces se había hecho un uso tan noble de la inteligencia humana, aplicándola al conocimiento del Verbo, quien en sí recapitula todo, la naturaleza y la gracia, la razón y la fe [411]. Dicha aplicación adquiere especial relevancia en aquellos cristianos a quienes Dios ha dado una chispa de genio, el genio de la filosofía. Tales cristianos son "filósofos" en sentido eminente, y ante ellos palidecen los doctores profanos. "El cristiano que ha hecho el acto de fe puede, cuando así lo desea, volver a colocarse en el terreno de la pura razón y de la simple naturaleza [...] Aceptando la fe por punto de partida, su razón se entrega a magníficas investigaciones, a especulaciones sublimes. El filósofo se había hecho cristiano; el cristiano se vuelve a hacer filósofo, y su razón, remontando vuelo, como el águila, de la cumbre de las montañas donde la fe lo ha llevado, se lanza a regiones inaccesibles para el tímido pájaro que parte del valle." [412]

Esto que sucede en el hombre individual, en el filósofo cristiano que ha realizado una síntesis entre la razón y la fe, entre lo natural y lo sobrenatural, acaeció socialmente en la Cristiandad, en la cultura de la Cristiandad.

2. *El desmantelamiento de la cultura cristiana*

A partir del fin de la Cristiandad, comenzó un lento proceso de decadencia de la cultura. Pie la atribuye en buena parte al

411 Cf. T. II, p.414.
412 T. II, pp.413-414.

abandono de la teología en la docencia superior y a la laicización de la enseñanza.

Obsérvese si no lo que sucedió en Francia, antaño la patria del buen gusto y de las letras, cómo se fue convirtiendo cada vez más en el país de los intereses y de los negocios. Al considerar la utilidad temporal como la preocupación predominante, la educación parece haber alcanzado su meta cuando logra la obtención de los títulos habilitantes que permiten el ejercicio de las diversas carreras. Tal tesitura bastardea el sentido del quehacer cultural o, mejor dicho, destruye la cultura del espíritu. Y cuando falta dicha cultura, el hombre pierde la distinción, el garbo intelectual, todo en él se hace común, vulgar. Esto afecta principalmente a la clase dirigente, pero juntamente con ella se degrada el entero tejido social, que aquélla estaba destinada a mantener en un cierto nivel. Ni siquiera la religión, observa agudamente Pie, es capaz de reparar enteramente el mal perpetrado. El cristianismo se siente impotente frente a esos hombres embotados en su vulgaridad, experimentándose incapaz de devolverles el sentido y el gusto de las letras. Por su parte, también la religión sufre las repercusiones de esta pérdida de la cultura [413].

El Estado se arroga su propio derecho a enseñar, ese Estado que por democrático que se proclame no deja de ser rigurosamente totalitario. "Es el Estado laico, el Estado emancipado de toda doctrina y de toda autoridad sobrenatural; hoy es el Estado librepensador, mañana o pasado mañana será el Estado francamente revolucionario y radical. He aquí por qué los hombres de la revolución, los predicadores más escandalosos de la libertad, defienden con tanto encarnizamiento la universidad del Estado y su monopolio, combaten por esta institución *tanquam pro do-*

413 Cf. T. II, pp.301-302.

mo sua («como por su propia casa»), y vociferan contra todo lo que puede debilitar un derecho tiránico que ya ven en sus manos." [414]

Una universidad semejante no puede ser llamada universidad, o si se quiere, es una universidad monstruosa, sin cabeza, decapitada. Pie sostiene firmemente que no hay universidad que merezca el nombre de tal cuando prescinde de la Iglesia, porque sin ésta no hay facultad de teología regular y legítima. "Ahora bien, allí donde la reina de las ciencias es descartada, allí donde la enseñanza de las ciencias inferiores es la única que se imparte, ya no se puede hablar más de «la Universidad». Se puede existir careciendo de alguno de sus miembros; no se existe sin la cabeza." [415] Hay que reconocer, sin embargo, que quienes expulsaron a la Iglesia del ámbito de la cultura obraron coherentemente con sus principios, ya que para ellos la Iglesia es una extraña, una desconocida, una usurpadora, y no son capaces de comprender el sentido superior de su autoridad docente. "Pero, dado que nos han despedido, llevamos con nosotros el verdadero nombre de universidad que ya no les pertenece según el significado que dicho término tuvo desde su introducción en el vocabulario latino y el vocabulario francés. Quiera Dios que la lógica del error y el triunfo de la impiedad no los lleven a encontrarse un día con la universidad en el sentido empleado por el apóstol Santiago: *Universitas iniquitatis* («universidad de la iniquidad», Sant 3, 6)." [416]

La Universidad –la verdadera– ha muerto. Consiguientemente ha muerto la cultura. O, mejor, sólo quedan restos dispersos de ese gran cuerpo cultural que conoció la Cristiandad. En el siglo XIX ya casi no subsiste la filosofía a no ser en los seminarios y

414 T. IX, p.172.
415 T. IX, p.174.
416 T. IX, p.175.

universidades católicas, "y si aún queréis encontrar algún hombre que haya verdaderamente conservado fe en la razón humana, buscadlo en las filas de quienes han guardado la fe cristiana en sus corazones" [417].

III. El gran error de nuestro tiempo: el naturalismo

Pie fue un experto conocedor de las enormes falencias del mundo moderno, que pudo caracterizar sintetizándolas en el naturalismo. El P. Longhaye, S. J., en su estudio sobre el Obispo de Poitiers, asegura que su obra más teológica e incluso de mayor valor literario es su "Tercera Instrucción Sinodal". Allí el Cardenal denuncia concretamente a los enemigos de nuestro tiempo a la vez que enumera sus afirmaciones más destacadas. Nombra en primer lugar a esos extraños adversarios que se autollaman "católicos independientes", gente práctica, gente "prudente", que respetuosamente piden a la Iglesia se desentienda de las cuestiones temporales y excluyen a Jesucristo de la vida social. Una segunda línea, de carácter más pronunciado, la integran los "emancipadores", los "secularizadores", que prescinden del orden sobrenatural como de una superfluidad brillante, sin dirigirle injurias, sin honrarlo siquiera con una discusión. Tras ellos, los "deístas racionalistas", que rechazan categóricamente lo sobrenatural como algo falso e imposible. Por fin, los panteístas, los materialistas y los ateos. Con esos cuatro cuerpos principales se constituye el gran ejército del naturalismo, el ejército de la última y radical herejía, el ejército de Satanás [418].

417 T. II, p.412.
418 Cf. T. VIII, pp.284-285.

1. *Las raíces del naturalismo*

Para Mons. Pie, uno de los síntomas de su época fue la impregnación de atmósfera que realizó el naturalismo. "La inclinación actual de los espíritus y de los corazones, el rasgo principal de los caracteres, el hábito de los individuos, la costumbre de las sociedades, la ley que las rige y el espíritu político que las gobierna, la tendencia de la ciencia y en consecuencia la orientación de los estudios y de toda la educación, el estado general que de ello resulta, en fin, el signo propio de nuestro tiempo, es lo que el Concilio denuncia en primer lugar, nombrándolo por su verdadero nombre, a saber, el «naturalismo»." [419] Lo que el Concilio Vaticano puso en su mira no fue simplemente las ideas de una persona, de una escuela teológica o de una corriente filosófica, sino algo mucho más difuso, que permeaba imperceptiblemente el ambiente de aquel tiempo.

El Cardenal se empeñará en desenmascarar este difuso error que, consciente o inconscientemente, inficionaba incluso a numerosos hijos de la Iglesia. Pero antes de exponer el contenido de la novísima herejía, se aplicará en señalar su origen, su filiación. Porque, como bien dice, toda época tiene sus raíces, así como iodo hombre tiene sus antepasados. El naturalismo no es un aerolito; nada viene de sí mismo, nada es del todo reductible a sí mismo. Importa pues saber de qué modo el siglo presente brota de los anteriores y los continúa, por qué génesis el gran error de los tiempos modernos deriva de los errores precedentes [420].

Aplícase pues nuestro autor a este trabajo genealógico, centrándose principalmente en el análisis de los últimos siglos. Las

419 T. VII, p.183.
420 Cf. ibid.

herejías condenadas por el Concilio de Trento, observa, estaban de acuerdo en dos puntos: el rechazo del magisterio divino de la Iglesia y el sometimiento de las cuestiones religiosas al juicio de cada individuo. La sedicente Reforma se encerró en estos dos principios como en una fortaleza, intitulándose orgullosamente "la religión del libre examen". Y sucedió lo que debía suceder. La herejía no tardó en fraccionarse en un sinnúmero de sectas, enfrentadas entre sí.

Este proceso de descomposición y fraccionamiento, se fue acrecentando en el curso de las dos centurias siguientes. El mundo de los siglos XVII y XVIII caminó de duda en duda, de división en división, e incluso de negación en negación. A partir de aquel principio protestante por el que la Biblia había de ser considerada como única fuente y único juez de la doctrina cristiana, se arribó a no reconocerle ya inspiración divina, e incluso a relegarla entre las fábulas o los mitos. Del seno de ese mismo protestantismo salieron voces que negaron, sobre todo en el curso del siglo XVIII, que Dios estuviese en Jesucristo, es decir negaron la divinidad de Jesucristo, "en espera de que una generación más decadente y más perdida, pero a la que los primeros rebeldes no tenían el derecho de declarar ilegítima, tuviese la audacia de afirmar que Dios no está en ninguna parte. Acá comienza propiamente el mal de nuestra época" [421].

Así, pues, siempre en continuidad con los errores iniciales, los hombres se dejaron deslizar por la pendiente que creara la herejía, hasta llegar al abandono, a veces no exento de desprecio, de la esfera teológica. El orden sobrenatural apareció entonces como supremamente superfluo, y la naturaleza como poseyendo en sí misma las luces, fuerzas y recursos necesarios para ordenar todas

421 T. VII, p.191; cf. pp.190-191.

las cosas de la tierra, el entero orden temporal, para trazar la conducta de cada individuo, para proteger los intereses de todos, y para conducir a los hombres a su destino final que no es otro que la felicidad [422].

La pretensión dogmática y práctica de reducir todo a la naturaleza, pretensión que el Concilio Vaticano calificó con el nombre de naturalismo, encontró en nuestro Cardenal un excelente expositor: "En este sistema, la naturaleza se convierte en una suerte de recinto fortificado y campo atrincherado, donde la creatura se encierra como en su dominio propio y del todo inalienable. Allí se instala como si fuese completamente dueña de sí misma, munida de imprescriptibles derechos, teniendo que pedir cuentas, sin nunca tener que darlas. Desde allí considera las vías de Dios, sus proposiciones y decisiones, o al menos lo que se le presenta como tal, y juzga de todo con absoluta independencia. En suma, la naturaleza se basta, y poseyendo en sí su principio, su ley y su fin, se construye su propio mundo, y se convierte poco a poco en su Dios. Y si bien es manifiesto que el individuo, tomado como tal, es indiferente en muchos puntos e insuficiente para muchas cosas, sin embargo, para completarse debidamente, no necesita salir de su orden; encuentra en la humanidad, en la colectividad, lo que le falta personalmente. Allí está el fundamento de la doctrina revolucionaria de la soberanía del hombre, encarnada en la soberanía del pueblo. En resumen, la naturaleza es el único y verdadero tesoro." [423]

He aquí admirablemente descrito lo que hoy se ha dado en llamar el "inmanentismo", la actitud del hombre que se encierra en el reducto de su propia naturaleza y, al modo de un topo, que vive bajo tierra, se autoinhabilita para la contemplación de

422 Cf. T. VII, p.191.
423 T. VII, pp.191-192.

las cosas superiores. Se trata de un "hombre nuevo", que enarbola delante de Dios su naturaleza, y la proclama suficiente. Más allá de una mera actitud práctica, el naturalismo es, como bien lo señaló el Concilio Vaticano, una auténtica "doctrina", que no por ser falsa y mortífera deja de constituir un sistema completo y cerrado en sí mismo. "Se puede decir que así como el cristianismo es la afirmación de toda verdad y de todo bien, el naturalismo es el reino absoluto de la mentira y del mal." [424]

2. *El naturalismo como abdicación del llamado a la grandeza*

En la raíz del naturalismo hay un acto de soberbia, un remedo del consentimiento paradisíaco a la tentación de querer ser como Dios en la renuncia al orden sobrenatural. Pie ha caracterizado esta actitud en un texto verdaderamente inspirado. Percibiendo en el naturalismo la voluntad de renunciar al mundo superior al que el hombre fue convocado, incluso a veces con una apariencia de satánica modestia, pone en boca del "naturalista" las siguientes palabras:

> Profeso altamente las doctrinas espiritualistas; quiero, con toda la energía de mi voluntad, vivir la vida del espíritu y observar las rigurosas leyes del deber. Pero no me habléis de una vida superior y sobrenatural; vosotros desarrolláis todo un orden sobrehumano, basado principalmente en el hecho de la encarnación de una persona divina; me prometéis, para la eternidad, una gloria infinita, la visión de Dios cara a cara, el conocimiento y la posesión de Dios, tal cual se conoce y se posee a sí mismo; como medios proporcionados a este fin, me indicáis los elementos

424 T. VII, p.193.

> diversos que constituyen, en cierta manera, el aparato de la vida sobrenatural: fe en Jesucristo, preceptos y consejos evangélicos, virtudes infusas y teologales, gracias actuales, gracia santificante, dones del Espíritu Santo, sacrificios, sacramentos, obediencia a la Iglesia. Admiro este alto nivel de horizontes y especulaciones. Pero, si bien es cierro que me avergüenzo de todo lo que me degrada por debajo de mi naturaleza, tampoco siento atractivo alguno hacia lo que tiende a elevarme por encima. *Ni tan bajo, ni tan alto*. No quiero ser *ni bestia, ni ángel*; quiero seguir siendo hombre.
>
> Por otra parte, estimo en gran manera mi naturaleza; reducida a sus elementos esenciales y tal cual Dios la ha hecho, la encuentro suficiente. No tengo la pretensión de llegar después de esta vida a una felicidad tan inefable, a una gloria tan trascendente, tan superior a todos los datos de mi razón; y, sobre todo, no tengo el coraje de someterme acá abajo a todo ese conjunto de obligaciones y virtudes sobrehumanas. Quedaré, pues, agradecido a Dios por sus generosas intenciones, pero no aceptaré ese beneficio, que sería para mí una carga. Pertenece a la esencia de todo privilegio el que pueda ser rehusado. Y ya que todo ese orden sobrenatural, todo ese conjunto de la revelación es un don de Dios, gratuitamente sobreagregado por su liberalidad y bondad a las leyes y destinos de mi naturaleza, yo me atendré a mi condición primera; viviré según las leyes de mi conciencia, según las reglas de la razón y la religión natural; y Dios no me negará, después de una vida honesta y virtuosa, la única felicidad eterna a que aspiro, la recompensa natural de las virtudes naturales. [425]

Tal la "profesión de fe" del naturalista "honesto". Sobre la base de que todo el orden sobrenatural –la gracia y la gloria– es facultativo, optará por permanecer en su estado natural. Como bien

425 T. II, pp.382-383.

observa Mons. Pie, el naturalismo parte del falso supuesto de que el hombre habría sido constituido primero en un estado de integridad puramente natural, con un fin estrictamente natural, con facultades y potencias naturales capaces de alcanzar dicho fin [426]. Y si el naturalista prefiere permanecer en su propia esfera, renunciando a un orden más elevado que el suyo original, lo hace por el temor de que en la alianza de lo humano con lo divino, lo humano resulte destruido, absorbido, o el menos aminorado [427].

De esta manera el naturalismo, al tiempo que se obstina en afirmar la dignidad de la naturaleza, frustra al hombre en su impulso hacia lo alto. En última instancia no es sino una expresión del miedo que produce el vértigo de las alturas a que Dios nos ha llamado. Es cierto que, como enseña Santo Tomás, el instinto más natural de un ser es el de su propia conservación, y un ser no se conserva si resulta sustancialmente transformado en otra naturaleza. Mons. Pie no ignora esta enseñanza del Doctor Angélico, pero recuerda, con el mismo Santo Doctor, que si bien el hombre no puede desear un grado superior de naturaleza al que no pudiera acceder sin dejar de ser hombre, no se sigue de ello que no pueda aspirar a aumentos accidentales que no alteren fundamentalmente su esencia, habiéndolo Dios así permitido y ordenado (cf. *Summa Theologica* I, 63, 2). "Ahora bien –concluye Pie–, aun cuando los dones sobrenaturales de la gracia son de un orden completamente superior a la naturaleza creada en la cual resplandecen, aun cuando están llamados a producir efectos permanentes y eternos, no son con todo sino magníficos accidentes que no absorben la sustancia misma que los recibe. El licor de la gloria, por fuerte y exquisito que sea, no rompe el vaso que le sirve de recipiente." [428]

426 Cf. T. V, pp.149-151.
427 Cf. T. V, p.142.
428 T. V, pp.143-144.

En el fondo, el naturalista es un pusilánime, que no se anima a tomar sobre sí el *"pondus gloriae"* que Dios le ofrece. Dios, el rico por excelencia, resolvió asociarse con nuestra naturaleza indigente. Lo hizo radicalmente en el momento de la Encarnación, "intercambio inefable" en que lo humano recibió lo divino y lo divino asumió lo humano. Esa elevación nos llega a través del bautismo, se plenifica en la Sagrada Eucaristía, donde Cristo se mezcla con nuestra alma y nuestro cuerpo, y se consuma en la gloria celestial. "En fin, la gracia es tan suave en todos sus movimientos, tan delicada en todas sus operaciones, que la naturaleza, lejos de verse estrujada y aniquilada por su abrazo, al sentirse esclarecida por su luz y caldeada por su soplo, despliega todas sus facultades con más soltura y facilidad que si se mantuviese cautiva en los límites de su propia esfera" [429]. No hay pues ninguna destrucción, ningún aplastamiento de la naturaleza más débil bajo el peso de la naturaleza más fuerte.

La cosmovisión del naturalismo frena al hombre, y lo reduce a su mínima expresión. En el momento mismo en que el naturalista pone su acto de soberbia, se está rebelando contra su verdadera grandeza. Pie lo afirma con palabras conmovedoras: "¡Qué cosa! ¡Obra rebelde, te quejas de que Aquel que te modeló con sus manos, que tiene todo derecho sobre ti, use de su autoridad superior para asignar a tu oscuridad un lugar brillante más allá de los astros! ¡Humilde esclavo de aquel que te dio el ser, te quejas porque te saca del polvo para colocarte entre los príncipes de los cielos! ¡Encuentras mal que el soberano dominio que Dios podría ejercer sobre ti a su gusto, lo ejerza por bondad! ¡Fenómeno monstruoso del orden moral, eres indócil al beneficio, rebelde al amor! Pues bien, el dominio imprescriptible de Dios se ejercerá sobre ti por la justicia. Desgraciado mendigo del camino, el Rey

429 T. V, p.145.

te había invitado a las bodas de su Hijo, al banquete eterno de la gloria; lo que te correspondía era ponerte en marcha y revestir la túnica nupcial de la gracia para que fueses allí admitido; te has presentado sin este ornamento prescripto; ya no habrá lugar para ti, ni siquiera en un rincón de la sala; serás echado fuera, arrojado a las tinieblas exteriores, donde reina el llanto y la desesperanza. El mismo Dios que en el orden de la naturaleza, mediante una serie de transformaciones físicas, hace que los seres inferiores pasen incesantemente de un reino más ínfimo a un reino más elevado, había querido, mediante una transformación sobrenatural, hacerte subir hasta la participación, hasta la asimilación de tu ser creado en su naturaleza infinita. Sustancia ingrata, te has rehusado a esta afinidad gloriosa, serás relegada entre los desechos y las deyecciones del mundo de la gloria; porción resistente del metal colocado en el crisol, serás arrojado entre las escorias y los residuos impuros." [430] La vocación a la gloria es una nobleza que obliga. Dios castigará como esclavo a aquel que no haya querido ser tratado como hijo.

El cristianismo implica, es verdad, cierto "exceso", pero dicho exceso no es sino el resultado del increíble amor de Dios. La recompensa del cristiano elevado al orden sobrenatural, y que acepta dicha elevación, es nada menos que el mismo Dios, Dios contemplado, Dios poseído, directamente, cara a cara. Tal es la meta de nuestro esfuerzo por alcanzar la santidad durante la vida presente, tal el término de nuestro destino eterno, ser semejantes a Dios, vivir de su vida, ser con Él "como dioses", no por el desarrollo de nuestra propia naturaleza, sino por nuestra participación en la naturaleza que le es propia. "Allí nuestra naturaleza racional no se sentirá agobiada, aniquilada bajo el peso de la gloria fulgurante, sino que seguirá siendo ella misma, con sus fa-

430 T. II, pp.384-385.

cultades nativas, sus energías propias, sus tesoros escondidos de ciencia humana y natural, sus hábitos particulares de elevación intelectual y de distinción moral. En esas alturas el alma no perderá su originalidad distintiva y su fisonomía individual, sino que por el contrario será el sujeto en que resplandecerá la luz superior y trascendente de la gloria, diversificada en cada elegido, no solamente según el grado, el número y el modo de sus méritos sobrenaturales, sino también según los matices varios de sus cualidades naturales." [431]

En vano teme el naturalista que lo sobrenatural anule su naturaleza. Jamás el cristianismo deprimió la naturaleza; por el contrario, constantemente la ha defendido de sus detractores. Así lo hizo, ante todo porque tiene la misión de hacer respetar el poder divino doquiera se manifieste; y luego porque siendo la naturaleza el sujeto y soporte de lo sobrenatural, éste sufre los contragolpes de todos los ataques que se dirigen contra aquélla. Siempre la Iglesia ha exaltado todo lo que hace la grandeza de la naturaleza humana: la dignidad del hombre, la inmaterialidad de su alma, la libertad y moralidad de sus acciones, la perfectibilidad de su espíritu, la responsabilidad de sus obras; siempre ha defendido todo esto, de acuerdo con la sana filosofía, comprometiendo en ocasiones su mismo magisterio para proteger a la naturaleza frente a los atentados de la falsa filosofía. Como bien observa Pie, no deja de ser sintomático que el doctor de la Iglesia que tiene más autoridad en las cuestiones relativas a la gracia, San Agustín, haya sido también el más celoso defensor de la naturaleza, aquel que dijo que ésta es un bien tan grande que sólo Dios está por encima de ella [432].

431 T. V, p.148; cf. pp.147-148.
432 Cf. T. V, pp.94-95.

Es cierto que la naturaleza humana, como toda naturaleza creada, no se dio el ser a sí misma, sino que fue sacada de la nada por la libre voluntad de Dios, y por tanto nada posee de sí misma e independientemente de Dios; su relación con Dios es la relación de la obra con el artesano, no la del hijo con el padre, dado que existe por vía de creación y no de generación [433]. De ahí la humildad ontológica que debe caracterizar al hombre. Pero fuera de esta limitación, ninguna doctrina eleva tanto la naturaleza humana como la doctrina cristiana. "Además, esta doctrina atribuye al ser racional otro título de grandeza que ninguna filosofía humana hubiera sospechado, a saber, su aptitud radical a la unión, ya personal, ya mística, con la naturaleza divina. Porque si bien todo lo que vamos a establecer ahora está fuera y por encima de las exigencias e incluso de las aspiraciones del orden natural, y no puede en ningún caso serle *connatural* a creación alguna, sin embargo resulta del hecho de la encarnación divina y de sus colofones, que la naturaleza racional es susceptible de recibir este suplemento inesperado de exaltación. Es ley del mundo vegetal que no toda especie resulta igualmente adecuada para recibir el injerto de una especie más noble, sino que ésta pide en el sujeto sobre el cual se inserta un tipo de savia que le sea asimilable. La misma ley vige y las mismas afinidades se requieren cuando se trata de mezclas y crecimientos de la raza. Siendo esto así, me animo a decir que la nobleza suprema de nuestra naturaleza consiste en que, dados los atributos y las facultades que la constituyen, sea potencialmente apta para ser desposada o adoptada por la divinidad" [434].

Trágicamente lamentable, pues, la actitud del naturalista, que se autoconfina en sus estrechos límites humanos y se resiste

433 Cf. T. V, pp.95-96.
434 T. V, p.97.

a participar de la naturaleza divina. Si con razón alabamos a aquellos inventores que encuentran el modo de ampliar el alcance de nuestros órganos físicos, por ejemplo mediante un nuevo telescopio, más poderoso que los antiguos, haciendo así posible un notable progreso en la ciencia de la astronomía, con cuanta mayor razón debemos celebrar el inconmensurable acrecentamiento que nos ofrece la revelación, gracias al cual podemos penetrar en el orden increado, en la vida personal de Dios, en la familiaridad divina, y esto no para un grupo restringido de hombres o para una época determinada sino para todo el género humano. "Y ved hasta dónde llega la benevolente liberalidad de Dios en lo que atañe a ese principio y a ese objeto de conocimientos sobreagregados a nuestra razón. En rigor, Dios hubiera podido darnos de tanto en tanto el espectáculo de lo que la revelación nos descubre, sin crear para ello en nosotros ese hábito sobrenatural de la fe, que penetrando nuestra alma e instalándose allí en estado permanente, se convierte en un segundo ojo interno y superior, un principio inmanente y un órgano infatigable de consideraciones, de percepciones, de conocimientos divinos, y como otra naturaleza en el orden sobrenatural. Asimismo, habiendo sido ya tan delicado y tan generoso en lo que toca al principio de la fe, Dios no ha sido menos magnífico en lo que constituye su objeto; porque, en definitiva, esta fe, de tan alto precio que el menor de sus datos supera en excelencia todo lo que la razón más vigorosa y más experimentada puede hacernos descubrir, no es sino el preludio de aquella visión tan perfecta que nos permitirá conocer a Dios como nosotros somos conocidos por Él." [435]

435 T. VII, p.241.

3. *El naturalismo como antítesis del cristianismo*

El fin del cristianismo no es sino la elevación del hombre. Dios se ha hecho hombre, ha descendido hasta nosotros, para que nosotros nos hagamos Dios, para que ascendamos hasta su nivel, sin abdicar por ello de nuestra humanidad. "El naturalismo es pues lo más opuesto que hay al cristianismo. El cristianismo en su esencia es completamente sobrenatural, o mejor es lo sobrenatural mismo en sustancia y en acto. Dios es sobrenaturalmente revelado y conocido, sobrenaturalmente amado y servido, sobrenaturalmente dado, poseído y gustado; es todo el dogma, toda la moral. todo el culto y todo el orden sacramental cristianos. Se supone por cierto la naturaleza, y de manera indispensable, en la base de todo; pero dicha naturaleza resulta por doquier superada. El cristianismo es la elevación, el éxtasis, la deificación de la naturaleza creada." [436]

El naturalismo se ubica así en las antípodas del cristianismo. Los naturalistas niegan el orden sobrenatural; los más moderados, como necesario y obligatorio; la mayoría de ellos, como existente e incluso como posible. En todos los casos el cristianismo les parece como una usurpación y una tiranía. Por lo que Pie se atreve a decir: "El naturalismo, hijo de la herejía, es mucho más que una herejía: es el puro anticristianismo. La herejía niega uno o varios dogmas; el naturalismo niega que haya dogmas, y que pueda haberlos. La herejía altera más o menos las relaciones divinas; el naturalismo niega que Dios sea revelador. La herejía expulsa a Dios de tal o cual porción de su reino; el naturalismo lo elimina del mundo y de la creación." [437]

436 T. VII, p.193.
437 Ibid.

Una oposición tan frontal con el cristianismo, suscita en el naturalismo, como necesidad intrínseca suya, una suerte de pasión obstinada, el proyecto de destronar a Cristo y de expulsarlo de todas partes, erradicarlo de todos los reductos "humanos" sobre los que tiene alguna pretensión, arrinconarlo y por fin desterrarlo definitivamente. "Sí, tal es la última palabra de este execrable programa. A este Cristo, nuestro único Señor y Salvador, a este Cristo que es dos veces nuestro dueño, dueño porque hizo todo, dueño porque rescató todo, se lo intenta excluir del pensamiento y del alma de los hombres, proscribirlo de la vida pública y de las costumbres de los pueblos, para sustituir su reino por lo que llaman el puro reino de la razón o de la naturaleza [...] Tal es el signo de nuestra época, su nota característica, su error, su crimen y su mal." [438]

El cristianismo, valga la redundancia, se centra en el misterio de Cristo. Y el misterio de Cristo es el misterio de la unión hipostática, la unión de la naturaleza humana y la naturaleza divina en la misma persona divina. Por un acto libre de su amor, Dios celebró sus nupcias con el hombre, un matrimonio trascendente entre su naturaleza y la nuestra. Tal matrimonio no conoce divorcio posible, subsiste y subsistirá eternamente en Jesucristo, Dios y hombre al mismo tiempo, naturaleza divina y naturaleza humana siempre distintas, pero irrevocablemente unidas por el nudo hipostático. Está en el plan de Dios, observa Pie, que tal unión se haga extensiva a toda la raza de la que el Verbo encarnado es cabeza, de modo que ningún ser, individual o social, pueda dividir lo que Dios ha unido para siempre, pueda romper esa cohesión necesaria, decretada por la voluntad divina, entre lo que es según el orden de la naturaleza y lo que está por encima de la naturaleza. "Ahora bien –concluye–, si se quiere buscar

438 T. VII, p.194.

la primera y la última palabra del error contemporáneo, se advertirá con evidencia que lo que se llama el espíritu moderno no es sino la reivindicación del derecho, adquirido o innato, de vivir en la pura esfera del orden natural; derecho moral de tal manera absoluto, de tal manera inherente a las entrañas de la humanidad, que dicho espíritu no puede, sin firmar su propia caída, sin suscribir a su vergüenza y a su ruina, hacerlo ceder ante la intervención de ninguna razón y voluntad superiores a la razón y voluntad humanas, ante la revelación de ninguna autoridad que emane directamente de Dios. Esta actitud independiente y revulsiva de la naturaleza en relación con el orden sobrenatural y revelado es lo que constituye propiamente la herejía del naturalismo." [439]

El naturalismo propicia pues la destrucción total del cristianismo. Oponiéndose a la encarnación del Hijo de Dios, oponiéndose a la adopción divina del hombre, oponiéndose a la penetración sobrenatural del orden natural, el naturalismo busca herir al cristianismo no sólo en su fuente sino en todas sus derivaciones.

4. *La filiación satánica del naturalismo*

Considera Pie que para descubrir el origen último del impío y anticristiano proyecto del naturalismo, sería menester desgarrar el telón que vela las misteriosas profundidades del universo angélico. La rebelión de Lucifer, su negativa al servicio y adoración de Dios, su pretensión de igualarse al Creador con las solas fuerzas de su naturaleza, la invitación sutil que dirigió a nuestros primeros padres: tal es el origen último del naturalismo [440].

439 T. V, p.41; cf. pp.40-41.
440 Cf. T. V, p.41.

De ahí la importancia de analizar con la mayor atención posible el contenido teológico del pecado de Satanás. Siguiendo la opinión de numerosos Padres de la Iglesia, Mons. Pie sostiene que la caída del ángel rebelde está en relación con el misterio del Verbo encarnado. El demonio odia con encendido aborrecimiento este gesto del Hijo de Dios que se hace hombre, que asume un cuerpo y un alma, ubicándose así en el centro del universo creado, mediador entre las esferas superiores e inferiores, expandiendo su influencia divina sobre el mundo visible e invisible, salvador, iluminador del entero cosmos, ángeles incluidos. Esto es lo que odia Satanás.

El prodigio de la Encarnación, fruto del exceso del amor divino, significó el principio de la ruina de Satanás, sigue explicando Pie, siempre tras la huella de un gran número de Padres y teólogos. La Encarnación puede ser considerada como la decisión que toma Dios de introducir a su Hijo primogénito en el escenario de la historia, para que fuese alabado y adorado por todos, aun por el mundo angélico: *Y todos sus ángeles lo adoren* (Hebr 1, 6). "Satán se estremece ante la idea de tener que prosternarse delante de una naturaleza inferior a la suya, ante la idea sobre todo de recibir él mismo de esta naturaleza tan extrañamente privilegiada un suplemento actual de luz, de ciencia, de mérito, y un aumento eterno de gloria y de felicidad. Juzgándose herido en la dignidad de su condición nativa, se atrincheró en el derecho y en la exigencia del orden natural; no quiso adorar en un hombre la majestad divina, ni recibir en sí mismo un suplemento de esplendor y de felicidad derivado de esa humanidad deificada. Al misterio de la encarnación, objetó la creación; al acto libre de Dios opuso su derecho personal; finalmente, contra el estandarte de la gracia, levantó la bandera de la naturaleza. "No se mantuvo en la verdad" (Jo 8, 44), en la verdad del Dios hecho carne, en la verdad de la gracia y la gloria que emanan de Cristo; y "fue

homicida desde el comienzo" (ibid.), porque juró la muerte del Hombre-Dios desde que el Hombre-Dios le fue mostrado." [441] Por eso cuando Cristo advirtió que los judíos estaban maquinando su muerte pudo decirles: "Tenéis al diablo por padre, y queréis poner en ejecución los deseos de vuestro padre, que es homicida desde el comienzo." (Jo 8, 44)

He aquí las raíces últimas del error naturalista. Es pues preciso remontarse bien lejos, hasta el drama de Satanás, para poder captar en toda su extensión la odiosa impiedad de aquellos "que adornan tan falsa como fastuosamente con el nombre de espíritu moderno a aquel que es el más viejo de los espíritus, el espíritu de la antigua serpiente, el espíritu del hombre viejo, el espíritu que hace envejecer todas las cosas, que las precipita a la decadencia y a la muerte, y que prepara insensiblemente las espantosas catástrofes de la disolución postrera" [442].

El demonio no ceja en su intento inicial: destruir a Cristo, destruir su "pretensión" de elevar la naturaleza. No en vano nos recuerda la Escritura cómo el gran dragón, la serpiente antigua, tras haber sido arrojado del cielo a la tierra juntamente con los ángeles que lo acompañaron en su empresa, hace todo lo que está a su alcance para seducir al género humano. Hubiese querido hacer abortar a la Mujer de la que debía nacer el Cristo, su Adversario; hubiese querido devorarlo desde el instante de su nacimiento (cf. Ap 12, 4). No habiendo podido matarlo en su cuna (cf. Mt 2, 13 ss.), ni encadenarlo en su sepulcro (cf. Mt 27, 66), al ver cómo se le escapaba de las manos elevándose hacia Dios y su trono (cf. Ap 12, 5), y al advertir que la Mujer, es decir la Iglesia, había sido puesta al reparo de sus golpes (cf. ibid. 13,

441 T. V, p.43.
442 T. V, p.44.

16), dirige su guerra contra todos los que son de la descendencia de Cristo, especialmente los que guardan los preceptos de Dios (cf. ibid. 17).

El naturalismo moderno no es pues otra cosa que la resurrección del viejo proyecto demoníaco, o mejor, el eco de la persistencia de su actitud inicial. "Todo el trabajo del infierno se traduce fatalmente por el odio a Cristo, por la negación del entero orden de la gracia y de la gloria; la herejía de los últimos tiempos ha debido ser el naturalismo y llamarse así, porque el naturalismo es el anticristianismo por excelencia. El punto desde donde Satán ha caído, es aquel desde donde quiere precipitar a los demás: *unde cecidit, inde dejicit*; he aquí por qué sus satélites de hoy están en actividad, encarnizándose, como dice el Papa, por «destruir de raíz la cohesión necesaria que, por voluntad de Dios, une el orden que es según la naturaleza y el que está por encima de la naturaleza» [...]" [443]

5. *Diversos grados del naturalismo*

No todos los cultores del naturalismo, como ya lo hemos insinuado más arriba, conciben de la misma manera esta obra del diablo, su padre, sino que la ponen en práctica diversamente según las inspiraciones distintas que de él reciben. "El naturalismo tiene grados: absoluto en unos, parcial en otros; allá negando los primeros principios, acá descartando solamente algunas consecuencias. Pero como en la obra de Dios todo está unido, todo está estrechamente concatenado, la negación de las menores consecuencias conduce lógicamente a la negación de los princi-

443 T. V, p.45.

pios. El veneno del naturalismo no es pues inofensivo en ninguno de sus grados." [444]

Analicemos con el Cardenal los diversos tipos de naturalismo. Está el nivel inferior, el del naturalismo más mitigado. Es el de aquellos que, si bien aceptan la presencia y la autoridad de Jesucristo en el ámbito de las cosas privadas o religiosas, lo destierran de las cosas públicas del orden temporal. Como si el Verbo, del que San Juan nos dice enérgicamente y sin recortes que "se hizo carne", no hubiese tomado de la naturaleza humana sino sus aspectos espirituales. Mientras el Credo nos enseña que el Hijo de Dios "descendió por nosotros del cielo y tomó carne", es decir, descendió en favor de seres esencialmente compuestos de cuerpo y alma y llamados por naturaleza a la vida social, los fautores de este tipo de naturalismo insinúan que las consecuencias de la Encarnación no afectan sino a las almas separadas de su envoltorio corporal, o al menos a los individuos tomados fuera de la vida civil y pública. De allí la separación que establecen entre los deberes del cristiano y los deberes del ciudadano.

Al segundo nivel pertenecen aquellos que, prescindiendo de que admitan o no la posibilidad y existencia del orden sobrenatural y revelado, afirman en línea de principio que siendo ese orden superior un orden de supererogación o de lujo, resulta necesariamente facultativo para los hombres. Como para ellos la cuestión de la religión positiva es un asunto eminentemente libre, sujeto a la elección de los particulares, juzgan que toca al Estado, al tiempo que asegurar a cada uno de sus ciudadanos la libertad de seguir un culto cualquiera, el deber de ejercitar una suerte de sacerdocio de orden natural, poniendo así la promulgación de las leyes, la educación nacional, la enseñanza de las le-

444 T. V, p. 46.

tras, de la historia, de la filosofía, de la moral, en una palabra, toda la legislación y toda la organización social, sobre un fundamento neutro, o más bien sobre un fundamento común. Es lo que hoy se llama el Estado laico, la sociedad secularizada. Que exista Dios, que sea ese Dios quien conserva el mundo, que tenga sobre los hombres una providencia general, todo eso se puede aceptar, pero a condición de que la soberanía inalienable de la razón y la autonomía estricta de la naturaleza humana no se vean afectadas por revelación alguna que esté fuera o por encima de la naturaleza. En una palabra, que Dios no se entrometa en las cuestiones temporales, ya que de ellas nos encargamos nosotros.

Quedaba un paso por dar. Es el de aquellos que se atreven a decir en su corazón: "No hay Dios" (Ps 13,1), los que hacen suyas las posiciones del ateísmo y del panteísmo. Son hombres llenos de sí mismos, antropólatras –porque en última instancia no se puede vivir sin una divinidad–, adoradores de la humanidad. Este orgullo prometeico es el que los ha llevado a elaborar la célebre declaración de los "derechos del hombre" que, por el espíritu con que fue redactada, implica la deposición de Dios, el rechazo de los "derechos de Dios". Y si algunos de ellos, en particular, movidos por un resto de modestia y por la conciencia de la debilidad que los caracteriza, no se animan a prestar sus labios para esta apoteosis del hombre, al menos los ofrecen para cantar las glorias de la "humanidad" en su conjunto, y particularmente del Estado, del "Hombre-Pueblo", que es como la personificación y el pensamiento de la voluntad general.

Sin embargo, prosigue Pie, estas aberraciones últimas no son imputables al mayor número de los hombres, que por lo general se limitan a aceptar un naturalismo más o menos especioso, más o menos suavizado. Consintiéndole a Dios una porción, así como a las ideas morales, piensan que se salva una garantía de or-

den y de tranquilidad, lo que no resulta indiferente a los espíritus positivos y conservadores. Rechazan, sin embargo, en todo o en parte, la tutela humillante e incómoda de la revelación así como la autoridad encargada de enseñarla e interpretarla. Tal tesitura, por matizada que sea, no deja de resultar devastadora para el espíritu. Este fantasma de religión y de moralidad, hecho por el hombre y a medida del hombre, cubre un sinnúmero de desórdenes y de desgracias. El hecho de que los hombres se animen a rechazar la voluntad de Dios, revelada en Jesucristo y enseñada por la Iglesia, no queda impune. Privados de la luz y de la gracia que vino a traer el Hijo de Dios encarnado, restan al margen de las virtudes sobrenaturales, que son las que elevan a mayor altura e introducen en la amistad con Dios, y consiguientemente no adquieren los méritos que aseguran la gloria eterna. "El naturalismo es, para los particulares, la ruta cierta del infierno. Y en cuanto a las sociedades, el rechazo del yugo legítimo y glorioso de Aquel a quien el Padre celestial ha dado todas las naciones en herencia, las hace presa de todas las ambiciones, de todas las codicias, de todos los caprichos de los amos de un día, y pasando sin cesar de la rebelión a la servidumbre, del libertinaje a la tiranía, no tardan en perder, con el honor cristiano y la libertad cristiana, todo honor y toda libertad." [445]

6. *Las consecuencias del naturalismo*

Pie se esmera por describirnos las derivaciones doctrinales del naturalismo. Un abismo llama otro abismo, y la primera caída provoca ulteriores y más dramáticas caídas. Así, el error del naturalismo, que se respira en la atmósfera del mundo moderno, no podía sino dar a luz nuevos errores.

445 T. V, pp.51-52. Para el tratamiento integral de este tema cf. pp.46-52.

En primer lugar, el *panteísmo*. Porque siendo la naturaleza el todo, resulta lógico que la naturaleza sea Dios. "Si, en virtud de lo que somos, nos convertimos para Dios en un verdadero límite; si tenemos un derecho que puede ser opuesto al suyo, un poder en condiciones de resistir a su poder, una vida que se mantiene por sí misma y se perfecciona sin el socorro de la vida de Dios y de su acción bienhechora, es claro que somos divinos por el hecho mismo de nuestra existencia, que la humanidad es divina, que por su solidaridad con la raza humana cada individuo resulta deificado." [446] En una palabra, el género humano, que todo lo resume, sería la expresión más elevada y perfecta de la divinidad.

Pero el pensamiento erróneo no se detiene aquí sino que prosigue sus círculos fatales. Si Dios es todo, nada es personalmente Dios. Estamos en pleno *ateísmo*. Si Dios es tan diverso como lo son los hombres que integran la humanidad divinizada, si Dios es tan disímil como lo son los seres que constituyen el cosmos divinizado, entonces resulta contradictorio, es sí y no a la vez. Por lo tanto se excluye a sí mismo. Simplemente, no es.

Y si no existe Dios, a quien lo concebimos como un ser puramente espiritual, ¿qué fundamento hay para aceptar la existencia de los espíritus, de los seres inmateriales? ¿Quién ha visto los espíritus? ¿Quién ha visto las almas? ¿Con qué derecho afirmar lo invisible, lo impalpable, lo inverificable? Sólo es cierto lo que se demuestra, y sólo se demuestra lo que es verificable por los sentidos y por la ciencia. El hombre es materia y exclusivamente materia; y materia es todo lo que existe. Estamos en presencia del *materialismo* [447].

446 T. VII, p.195.
447 Cf. T. VII, pp.195-196.

La negación del orden sobrenatural culmina así en la exaltación de la materia, propia de aquellos que sólo tienen gusto en las cosas de la tierra. Cristo dijo que el principal mandamiento es: "Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu espíritu, con todo tu corazón, con todas las potencias de tu ser. Este es el más grande y el primer mandamiento" (Mt 22, 38). Pero los hombres de nuestro siglo dijeron: Aplicarás toda la capacidad de tus sentidos y de tu inteligencia, todos los recursos de las ciencias y del espíritu, para aumentar y multiplicar tus propias posesiones y sus consecuentes goces, he aquí la empresa primera y más grande, la principal. y primordial tarea. Porque en la sociedad moderna la preocupación material tiene la primacía. Nuestra generación encierra todo su interés en los límites de la vida presente, y no poseyendo otro Dios que su vientre, coloca exclusivamente su gloria y su afecto en el desarrollo de la industria y del comercio, así como en el bienestar que de ellos se deriva. Y si, por un exceso de generosidad, tolera en una sociedad tan materializada la existencia de la religión, en modo alguno la considera como lo que realmente es, "lo más grande y lo primero". Contrariamente a la enseñanza de Jesús de buscar ante todo el reino de Dios y su justicia, dejando a Dios el cuidado de agregar el resto por añadidura, los hombres de nuestro tiempo buscan, su interés y su placer como logro principal, como fin último, mientas que la religión, en el mejor de los casos, no es para ellos sino una cosa accesoria, un puro medio, una añadidura, de tal suerte que, por una inversión tan monstruosa como sacrílega, el Dios viviente y verdadero se convierte en el humilde proveedor del dios de la carne: *quorum Deus venter est* ("cuyo Dios es el vientre", Fil 3, 19) [448].

Pregúntase Pie si no será posible descender aún más por el tobogán del error. Y con gran perspicacia señala una consecuen-

448 Cf. T. I, pp.607-608.

cia que de los errores anteriormente reseñados parece derivarse con cierta lógica. Por el hecho de que aún existe una sociedad que, a pesar de haber desconocido a Dios, de haberlo desterrado de sus fronteras, está obligada, bajo pena de muerte, a establecer leyes, a instituir jueces, a protegerse a sí misma por ejércitos, es decir a poner diques a lo que todavía llama mal, dicha sociedad, último resto de un cierto orden natural, si bien altamente tergiversado, se convierte en el nuevo blanco de agresión para aquellos que antes habían apuntado a la liquidación del orden sobrenatural, logrando hacerlo desaparecer del horizonte social. Esa sociedad se hiergue ahora ante ellos como el gran enemigo, el gran tirano, el gran obstáculo que hay que derribar a todo precio, y no sólo la sociedad política y civil sino también la familiar o doméstica, "porque ambas están fundadas sobre la estabilidad del matrimonio, que es para la naturaleza un yugo intolerable, sobre la herencia, que es una violación manifiesta de la igualdad" natural, y finalmente sobre la propiedad, que es el robo por parte de los individuos de un bien que naturalmente pertenece a todos. Y así, de negaciones en negaciones, el naturalismo conduce a la negación de las bases mismas de la naturaleza racional, a la negación de toda regla de lo justo y de lo injusto, y, en consecuencia, a la subversión de todos los fundamentos de la sociedad. Henos aquí en el *socialismo* y en el *comunismo*" [449].

La humanidad moderna ha hecho la trágica experiencia de la negación del orden sobrenatural. El hombre, reducido a un presunto estado puramente natural, se coloca en una situación realmente peligrosa ya que, al decir de San Pablo, "somos por naturaleza, hijos de cólera: *natura filii irae*" (Ef 2, 3). La renuncia al orden sobrenatural, la instalación gozosa en la propia naturaleza, es algo que lejos de estar en armonía con la esencia del

449 T. VII, p.196.

hombre, le resulta extraño y hostil, a tal punto que el naturalismo acaba por ser verdaderamente mortífero para la naturaleza. La gracia, por el contrario, es para ella una amiga generosa, una liberadora de sus límites asfixiantes. Despojada de Cristo, la naturaleza humana se sumerge en lo que el Nuevo Testamento llama "el mundo", ese mundo al que no pertenece Jesucristo (cf. Jo 8, 23), ese mundo por el que no rogó (Jo 17, 9), ese mundo del cual el demonio es príncipe y cabeza (cf. Jo 16, 11), y cuya "sabiduría" es tan enemiga de Dios (cf. Rom 8, 7) que quien pretende ser su amigo se constituye en adversario de Dios (cf. Sant 4, 4). El mundo moderno ha querido ignorar a Cristo Salvador, ha querido obviar la redención. Pues bien, los hombres que adhieren a ese mundo serán ignorados por el Cristo remunerador: *Qui ignorat, ignorabitur* ("Quien ignora, será ignorado", 1 Cor 14, 38). El Señor les dirá el día del Juicio: ¡No os conozco! [450]

Mientras dure la vida presente, será tarea de la Iglesia, tarea de la gracia, sacar a los hombres de ese estado de "mundanidad", de ese sofocante "naturalismo", devolviéndolos a Jesucristo, único camino de acceso a la gloria. "Pero si la naturaleza se mantiene rebelde frente a todos los esfuerzos de la gracia y de la Iglesia, si no se deja iluminar, liberar, rescatar, restaurar por la acción sobrenatural, si sigue mundana, profana, terrestre, por esto sólo, independientemente de cualquier otro delito, está sujeta al castigo de la infelicidad y de la condenación." [451] Cuando la naturaleza se mundaniza, cuando no tiende a lo alto, a la trascendencia a que ha sido llamada, se hace "pecado".

"Háblese lo que se quiera de los derechos del hombre –concluye Pie–: hay dos de ellos que no habría que olvidar. El hom-

450 Cf. T. V, pp.153-154.
451 T. V, p.154.

bre trae al nacer el derecho a la muerte y el derecho al infierno. No es sino por Jesucristo por quien puede reivindicar el derecho a la resurrección y a la vida bienaventurada. En cuanto al intento de volver a colocar al hombre fuera de Jesucristo, rehaciéndole un orden de pura naturaleza, con un fin puramente natural y un derecho a la felicidad natural, todos los esfuerzos del naturalismo no lo lograrán jamás. No se logrará cambiar los planes originales del Todopoderoso. Antes bien, al pecado de su origen, el hombre de la pura naturaleza agregará el pecado actual y personal, puesto que, al cerrar su oído a la revelación y su corazón a la gracia divina, se hará culpable de la más grave de todas las faltas, que es el pecado de infidelidad. Y entonces, por un justo juicio de Dios, no habiendo querido comprender el grado de honor al que estaba llamado, descenderá al nivel de los seres sin razón, y en más de un aspecto se les hará semejante." [452] Es lo de Pascal: si el hombre no se eleva, decae, si no tiende a hacerse ángel, se convierte en bestia. O lo de San Agustín: quien cae de Dios, cae de sí mismo. No fue por casualidad que nuestros padres, luego de cometer el pecado de origen, hubieron de vestirse con túnicas hechas con pieles de animales... "Queda pues firme que no hay refugio para la naturaleza fuera de Jesucristo."[453]

IV. El racionalismo

Una de las expresiones más notables del naturalismo la constituye el racionalismo. Al respecto enseña Pie: "Esta naturaleza en la que uno así se encastilla, y con la que se arma contra Dios, sin duda es ante todo la razón privada. He aquí por qué el Concilio

452 T. V, pp.154-155.
453 T. V, p.155.

parece hablar indiferentemente del *racionalismo*, y del *naturalismo* como de un solo y mismo error, significado por dos palabras casi sinónimas [...] Con todo resulta claro que el hombre no opone solamente a Dios su razón rebelada, sino también y sobre todo su voluntad, sus potencias, sus apetitos, sus necesidades, sus pasiones, todo él, su naturaleza, en última instancia. De ahí que si se toman las palabras en su sentido riguroso, la segunda expresión sobrepasa a la primera, considerando que el naturalismo cubre un error más vasto, más absoluto, más radical que el racionalismo." [454]

1. *Una razón cerrada en sí misma*

Sea lo que fuere de la distinción que conviene establecer entre naturalismo y racionalismo, el hecho es que este último ha recibido el aval expreso del mundo moderno. No fue fortuito que la exaltación racionalista llegase hasta su paroxismo en la idolatría de la Diosa Razón. Y, como bien dice Mons. Pie, aun cuando no se arribe a ese extremo, si uno lee los diarios, los libros, los discursos de nuestra época, si uno asiste a congresos, asambleas, reuniones, en todas partes escucha estos dos aforismos que no son sino uno: la verdadera filosofía no puede tener su complemento fuera de sí misma; cualquier filosofía que reconozca otra autoridad diversa de la razón, se deshonra a sí misma [455].

De la autolimitación de la razón se pasa con facilidad y lógica a la autolimitación de las normas de la moral, o filosofía práctica. Y así, a los esfuerzos del libre pensamiento por arrancar la razón del hombre a la revelación, debía suceder inexorablemente la

454 T. VII, p.192.
455 Cf. T. III, pp.150-151.

tentativa de sustraer el corazón del hombre a la ley, y no solamente a la ley sobrenatural que sale de la revelación como el calor brota del sol, sino incluso a la ley natural, que es como la primera toma de posesión de Dios sobre nosotros, la base misma de nuestra vida moral. "No que esta ley natural sea negada absolutamente, es decir desde todos los puntos de vista; ello implicaría la negación de toda razón humana. Pero se la cambia de raíz. No se pretende nada menos que desterrar a Dios, no solamente al Dios autor de la gracia, sino al Dios autor de la naturaleza; de tal suerte que el hombre, teniendo una regla, no la reciba sino de la naturaleza, es decir de sí mismo, que ya no haya ni creador que manda ni creatura que obedece, y que por fin entre la naturaleza del hombre y su ley haya identidad completa. Es lo que se llama la *moral independiente*." [456]

Como puede verse, trátase de una nueva forma de inmanentismo. El hombre se convierte en la luz de su inteligencia y en la norma de su moral. La razón especulativa y la razón práctica nacen y mueren en su interior.

El Card. Pie, saliendo al paso de esta concepción suicida de la razón, tan generalizada, insta a sus sacerdotes a que enseñen que si bien la virtud filosófica posee una bondad moral e intrínseca que Dios no deja de premiar, tanto en los individuos como en los pueblos, con ciertas recompensas naturales y temporales, sin embargo las virtudes y las luces naturales en modo alguno son capaces de conducir al hombre a su fin último, que es la gloria eterna; será preciso repetir una y otra vez que el dogma es indispensable, que el orden sobrenatural, donde el autor mismo de nuestra naturaleza nos ha constituido por un acto formal de su voluntad y de su amor, es obligatorio e inevitable; "enseñaréis

456 T. VI, pp.347-348.

que Jesucristo no es facultativo, y que fuera de su ley revelada, no existe ni existirá jamás *justo medio filosófico y apacible*, donde quienquiera que sea, alma selecta o alma vulgar, pueda encontrar el reposo de su conciencia y la regla de su vida. Enseñaréis que no importa solamente *que el hombre haga el bien* sino que *importa que lo haga en nombre de la fe*, por un movimiento sobrenatural, sin lo cual no alcanzará la meta final que Dios le ha señalado" [457].

Una filosofía que se cierra conscientemente a la trascendencia es una pseudo-filosofía o una anti-filosofía. El mismo nombre de "filósofo" pareciera que está obligando a su portador a aceptar las luces de la revelación, ya que si tal es el que busca la verdad y el que ama la sabiduría, de cualquier parte que la verdad y la sabiduría vengan hacia él, no puede rechazarlas sin rechazar a la vez el título mismo de filósofo. "Ahora bien, he aquí que el filósofo racionalista se hace precisamente un punto de honor permanecer en su ignorancia y en su error, negándose a prestar oídos a la palabra directa de Dios; por lo que se ve, el naturalismo reivindica para la razón el derecho a permanecer abandonada en su debilidad nativa, y defiende obstinadamente, como una herencia inalienable de la humanidad, la facultad de ignorar y de equivocarse." [458]

Un autor contemporáneo de Pie escribía: "La filosofía debe contentarse modestamente con la dosis de ciencia y de verdad que está a su alcance". Sí, le dice nuestro Cardenal, pero a condición de que la filosofía considere como estando al alcance del hombre toda ciencia y toda sabiduría que se le haga accesible en una u otra forma, sea por descubrimiento propio, sea porque

457 T. II, p.381.
458 T. III, p.156; cf. pp.155-156.

alguien se la haya revelado. De otro modo debería afirmar absurdamente: "Mejor las tinieblas y el error sin la intervención sobrenatural de Dios, que la luz y la verdad por medio de esta intervención." En cuyo caso "habría que decir a ese filósofo que lleva un nombre mentiroso, y que al mismo tiempo que se proclama hombre de progreso, es él mismo quien aprisiona al espíritu humano en un círculo infranqueable" [459].

Pensemos que en la época en que escribe y predica Mons. Pie, el nombre de "filósofo" constituía un signo de reconocimiento de la mentalidad iluminista, tan acabadamente expresada en el espíritu de la Enciclopedia, aún plenamente vigente. Por eso insiste tanto en el argumento *"ad hominem":* ¡Vosotros no sois filósofos, sois antifilósofos, retardatarios, anti-racionales! A este respecto trae a colación un pertinente texto de San Atanasio, donde se percibe una suerte de anticipo de la refutación que merece el racionalista, el filósofo deliberadamente extraño a la fe: "¿Cómo llamar hombre razonable o racional a quien prohíbe a su razón conocer al Verbo, que es la razón del Padre?" (*De Inc. Verbi* I, 21). ¿Cómo llamar filósofo, parafrasea Pie, a aquel para el cual la soberana razón de Dios es una locura que no quiere y no puede comprender (cf. 1 Cor 2, 14)? ¿Cómo calificar de filósofo, es decir de amigo de la sabiduría, a quien no quiere saber nada con la Sabiduría eterna que ha bajado a la tierra, con esa Sabiduría cuyos delicias es habitar con los hijos de los hombres (cf. Prov 8, 31)? "Nada hay pues completamente razonable –concluye el Cardenal–, nada definitivamente filosófico en quienquiera se instale obstinadamente dentro de los límites de la simple naturaleza y de la sola razón." [460]

459 T. III, p.156.
460 T. V, p.165.

Volvemos así a lo que decíamos más arriba: el verdadero sabio es el cristiano, aquel que se deja iluminar por los rayos de la Sabiduría eterna y la razón divina. Quien se empeñe en clausurarse dentro de sus propios confines no merece el nombre de filósofo. Convencido de ello, el Obispo de Poitiers exhortaba a su clero a enfrentar sin timidez alguna las afirmaciones gratuitas y absolutamente carentes de pruebas de los sedicentes "filósofos", oponiéndoles estos otros asertos que les será fácil justificar con los argumentos más sólidos y perentorios, a saber, "la filosofía que rechaza el complemento de la revelación es una filosofía antirracional, una filosofía imposible, una filosofía impía; la filosofía que acepta la autoridad de la fe, lejos de restringirse y de degradarse, se engrandece y se exalta" [461].

En el racionalismo exacerbado de su tiempo, el Cardenal no ve "sino ateísmo, idolatría, o, si se quiere, antropolatría, y el retomado culto de la Diosa-Razón o de la Diosa-Humanidad" [462]. Un racionalismo semejante no es, en última instancia, sino otra forma de autoadoración del hombre: "El Dios del hombre es el hombre mismo; él ha puesto su sabiduría en lugar de la sabiduría de Dios. Y es por ser así que, desde hace un siglo, las desgracias se suceden a las desgracias, los trastornos a los trastornos, sin que sea previsible que la serie de catástrofes que agotan nuestro país se detenga alguna vez mientras esta divinidad usurpadora no haya cedido el lugar a la divinidad soberana y legítima." [463] Tal es para Pie el mal radical de su tiempo, el menosprecio de la divinidad, la orgullosa complacencia del hombre en su técnica, en sus logros, en su ciencia, en su codicia nunca saciada, y al fin

461 T. III, p.151.
462 T. III, p.243.
463 T. II, p.85.

y al cabo en su razón. Allí está la fuente de todas las calamidades del siglo [464].

2. *El racionalismo en la teología*

Ya en la época del Card. Pie el espíritu del racionalismo comenzaba a infiltrarse en los estudios eclesiásticos, con incidencias precisas en la teología, dando origen a lo que luego se llamaría "el modernismo teológico".

El Obispo de Poitiers observa cómo ante todo ha sido tocada la noción misma de Dios. Los nuevos "teólogos" que van apareciendo, los teólogos inmanentistas y secularizados, no vacilan en construir dioses a su gusto y de toda marca. Tenemos el Dios que reina pero no gobierna: un Dios sublime, que está en lo alto, digno de todo respeto, pero que no se interesa por el mundo, y al que el mundo no podría honrar mejor sino estimándose demasiado pequeño para merecer su favor y, menos aún, su intervención. Tenemos el Dios-Idea: ideal absoluto, que por su misma naturaleza escapa a toda definición. Tenemos el Dios-ser: el que es, pero que no existe, no vive, el Dios que no piensa, ni quiere, ni juzga, ni obra, en la suposición de que estas acciones incluirían una determinación, y por lo mismo, un límite, un detrimento, una negación de su carácter absoluto. Tenemos el Dios-progreso: un Dios que es aspiración, inmenso devenir, que trata de poseerse, que tiende con todas sus posibilidades a la plenitud, a la perfección, a la felicidad, pero que no llega jamás a su meta final, porque siendo por esencia aspiración infinita y progreso incesante, su vida es un movimiento que no se detiene jamás, un dirigirse siempre hacia un fin imposible. Tenemos el Dios-mundo: un

464 T. II, p.87.

Dios cósmico, alma del universo, fuerza secreta y fatal, tan mezclado con todo que ya no se distingue de ninguna cosa. Tenemos el Dios-nada, el Dios-mal, el Dios-hostil, celoso, tiránico, opresor. Nada ha faltado para destruir a Dios. He aquí a dónde llega la razón cuando se independiza conscientemente de la verdad revelada [465].

El racionalismo vulnera asimismo la imagen de Nuestro Señor Jesucristo. Corrompen los racionalistas la noción sobrenatural de la Encarnación no viendo en Cristo sino un hombre más ricamente dotado por Dios, el hombre más dotado de la historia. Jesucristo es un hombre que ha hecho dar un gran paso a la humanidad, que marcó un hito fundamental en el progreso de su marcha siempre ascendente; un sabio que, bajo forma de religión, cosechó las mejores tradiciones de la filosofía espiritualista que lo había antecedido y que debía perfeccionarse aún más después de él. "Y así la razón orgullosa convierte en trofeo propio el más grande, el más impenetrable misterio de la gracia. La falsa sabiduría reduce a proporciones humanas la inconmensurable obra maestra de la omnipotencia y de la caridad divinas." [466]

Para mejor fundar sus asertos, la crítica racionalista del siglo XIX se obstina en pretender probar que jamás Jesucristo afirmó claramente su propia divinidad; más aún, si lo hubiese afirmado, de hecho no lo ha probado. ¿Y los milagros? Ninguno de ellos ha sido científicamente demostrado; más aún, ni siquiera hay que prestar atención a esa presunta prueba ya que a priori el milagro es inadmisible, como lo es la Encarnación misma, en favor de la cual se alega un gran milagro, considerándosela eminentemente en la categoría de lo sobrenatural, lo cual es antifilosófico, anticien-

465 Cf. T. VII, pp.206-207.
466 T. II, p.372.

tífico, absurdo e imposible. "Verdaderamente uno experimenta alivio –comenta irónicamente Pie– cuando se entera de que todas las fuerzas reunidas de la escuela anticristiana, después de 19 siglos y medio de reflexión y de trabajo, no logran llegar sino a semejantes descubrimientos, a asertos tan banales, a alegatos tan arbitrarios, a objeciones tan miserables y tan rebatidas que ya se ha hecho fastidioso responder a ellas." [467]

El objetivo primordial del racionalismo teológico es pues la destrucción de la figura de Cristo, evacuando principalmente su divinidad, en un nuevo proyecto de monofisismo pero invertido. Lo único divino que encuentra en el personaje histórico de Cristo es lo que la humanidad ha puesto en Jesús. "En realidad Dios no es sino todo lo bueno que sale de las profundidades de nuestro ser, y Jesucristo no es sino uno de los nombres sublimes que eligió la humanidad para recordar lo que ella es y embriagarse con su propia imagen." [468]

Ante semejante desfiguración del misterio del Verbo encarnado Pie estalla en santa indignación: "El Cristo de estos filósofos no es el Señor Jesucristo que yo adoro. Es un Cristo psicológico, concebido por el espíritu del hombre, nacido de su inteligencia; el que mi fe me revela es concebido por el Espíritu Santo, nacido de la bienaventurada Virgen María. Aquel Cristo vino de abajo, brotado de las entrañas de la humanidad; mi Jesús descendió de lo alto, salió del seno del Padre eterno. Aquel Cristo no es sino consustancial al hombre, el mío es consustancial a Dios. Es su propia razón lo que ellos adoran, adorando al Verbo abstracto que han inventado; yo humillo mi razón ante la de Dios, adorando al Verbo encarnado que me ha sido predicado." [469]

467 T. V, p.101.
468 Cit. en *Pour qu'Il régne*, ed. cit., p.105.
469 T. II, pp.370-371.

Tales son los resultados de los prejuicios racionalistas cuando se aplican al estudio de la cristología. Lo más que se "permitirá" es que los creyentes sigan sosteniendo la divinidad de Cristo, que pongan un acto de "fe fideísta", sin apoyaturas en la razón. Que el pueblo continúe creyendo que es Dios, si así lo desea; las clases ilustradas sabrán bien a qué atenerse. Volvemos así a lo que advertíamos más arriba: la separación arbitraria de lo natural y lo sobrenatural conspira contra la realidad de los hechos. Una nueva espada de Salomón pretende cortar al hombre en dos partes, para dar la porción del hombre racional y natural a la filosofía, y la del hombre creyente y sobrenatural a la Iglesia. Pero esta división es caprichosa e imposible, porque el hombre creyente no puede existir sin el hombre racional, y el orden sobrenatural deja de existir si se le sustrae la naturaleza en la cual pide injertarse. Es en el hombre íntegro, y por tanto también en su razón, la más indispensable de sus facultades, donde la fe quiere y debe hundir sus raíces. Una religión puramente sobrenatural, donde ninguno de sus pilares se asentase sólidamente en la naturaleza racional, sería una especie de puente tirado al aire y perdido en las nubes.

De la separación indebida y hasta dialéctica entre el orden natural y el orden sobrenatural, el paso a la negación del misterio de la unión hipostática resulta casi espontáneo. Mons. Pie exhorta a los racionalistas a ser coherentes e ir hasta el fondo: "Para manejar así la espada de la separación en el hombre y en la humanidad, había que llegar más alto, y consumar el gran atentado del que habla San Juan, el atentado que el infierno no deja de inspirar en el corazón de los hombres perversos, el atentado que consiste en «disolver a Jesucristo», *solvere Jesum* (1 Jo 4, 3), en romper ese nudo de la Encarnación, ese nudo del Verbo hecho carne, ese nudo vivo y eterno donde se unen indisolublemente, sin jamás confundirse, la naturaleza divina y la naturaleza humana, el Dios perfecto y el hombre perfecto. Allí está el tipo y el

principio del orden sobrenatural, es decir de la unión directa de Dios con cada uno de nosotros, acá abajo por la gracia, allá arriba por la gloria, unión que es el fruto y el término de la Encarnación, su extensión y su prolongación en toda la raza humana. Vosotros, pues, que pretendéis no ofrecer a la gracia sino un hombre mutilado, una especie de eunuco o, más bien, un auténtico fantasma, llevad, llevad más adelante el esfuerzo de vuestra impiedad, negad que el Verbo haya venido en la carne, desnudad y disolved a Cristo, arrancadle su naturaleza humana, reducidlo al estado fantasmático; vuestros remotos padres, los Ebionitas, los Xerintios, los Gnósticos, etc., fueron los primeros en comprender que había que ir hasta allí, porque si se acepta el dogma del Dios hecho hombre ya no puede ser quebrantado el derecho que Cristo ha adquirido sobre toda creatura humana, ya no puede ser suprimido el inevitable lazo de unión entre la gracia y la naturaleza." [470]

Pie se conmueve al tomar la defensa de este Cristo tergiversado por el racionalismo teológico. Y que no vengan a hablarnos de acercamiento, de entendimiento con los racionalistas, cual si lo que de ellos nos separara fuesen cosas secundarias o periféricas: "Profeta complaciente, ¿cómo te atreves a decir que, a pesar de algunas apariencias contrarias, estamos en vísperas de hacer la paz? ¡Apariencias, Dios mío, como si el punto de litigio entre ellos y nosotros, entre la Iglesia y lo que ellos llaman humanidad, entre los defensores de la fe y los grandes sacerdotes de la razón, no fuese la cuestión misma de la divinidad de Jesucristo y de su doctrina! Lo diré atrevidamente con San Hilario: «La causa que nos fuerza a hablar hoy no es nada menos que la causa de Jesucristo: *Nunc non alia nobis ad dicendum causa quam Christi est*» (*Contra Constant.* III)." [471]

470 T. III, p.168.
471 T. II, p.371.

Observa Mons. Pie que ya San Juan había estigmatizado a estos herejes al decir: "Todo el que se extravía y no permanece en la doctrina de Cristo, ese tal es un seductor y un anticristo, y Dios no está con él. Si alguien viene a vosotros y no os trae la doctrina revelada de Jesucristo, no lo recibáis en casa ni lo saludéis, pues el que lo saluda comulga en sus malas obras" (2 Jo 7. 9. 10. 11). Tal es la regla severamente trazada por el discípulo de la caridad cuantas veces el misterio de Cristo resulte cuestionado. Nada pues de convivencia pacífica con quienes disuelvan a Cristo: "¿Qué importan las quejas de algunos espíritus que buscan la paz a toda costa [...] ? La paz no es posible sino en la verdad [...] ¿Quién es ciego sino aquel que tras haber leído las publicaciones de este tiempo, no ve que lo que está siempre en causa es Jesucristo? Sí, la cuestión vital que agota al mundo moderno es saber si el Verbo de Dios encarnado, Jesucristo, permanecerá sobre los altares, o si bajo una forma más o menos atenuada, la diosa Razón lo suplantará en medio de nosotros. La cuestión así propuesta no permite a ningún cristiano la abstención o la neutralidad, no es susceptible de ninguna transacción ni de ninguna avenencia." [472]

Disolución de Dios, disolución de Cristo, confusión intelectual: he aquí los "logros" de nuestro tiempo en el campo de la teología. La adhesión que se ha rehusado a la doctrina tradicional y verdadera se la concede con placer a doctrinas nuevas y extrañas, al tiempo que se consiente en amalgamas lastimosas. "Donde Dios había establecido la distinción para hacer la unión en el orden, se hizo la confusión o la separación, es decir, en ambos casos, el desorden y la muerte. Alemania quiso hacer de la teología una filosofía trascendente. Francia pretendió controlar la fe por la ciencia. La religión para un número grande de personas no quedó

472 T. II, p.373.

reducida sino a un sentimiento, la fe a un instinto, la caridad a un entusiasmo, la oración a un piadoso ensueño [...] Una vez abierta la vía, no se detuvieron; humanizaron los dogmas y los misterios, la moral y el culto [...] Soñaron con no sé qué progresos, con no sé qué condiciones de existencia social, al margen de la fe, al margen de la Iglesia y de Cristo, al margen de todo principio sobrenatural o incluso de todo principio metafísico. Sistemáticamente descartaron, suprimieron, abolieron la cuestión divina, pretendiendo con ello hacer desaparecer lo que divide a los hombres, arrojando así del edificio la piedra fundamental, so pretexto de que es una piedra de escándalo y de contradicción." [473]

Tales son las manifestaciones más destacadas del racionalismo, la cara intelectual del naturalismo. "El aserto que toda la escuela contemporánea más aprecia –resume Pie–, el punto a cuyo respecto todas las divisiones caducan y el acuerdo más unánime se establece, es que el espíritu del hombre no tiene otro señor que sí mismo. La *independencia*, la *emancipación* de la razón, he aquí la máxima suprema; conquista tardía, se reconoce, puesto que algunos no la datan sino en el siglo XVII o XVIII, y otros le asignan a lo más tres fechas principales en el pasado: Abelardo, Descartes, 1789, o también, el Renacimiento, la Filosofía y la Revolución, pero conquista sagrada y sublime que es preciso guardar a todo precio." [474]

V. El liberalismo

El liberalismo es otra refracción del naturalismo, esta vez en el ámbito de la política. Históricamente la introducción del natura-

473 T. VII, pp.199-200.
474 T. II, p.375.

lismo en el ambiente europeo coincidió con la aparición de la figura del burgués y su anhelo en favor de una libertad siempre más autónoma, siempre más independiente de toda religación.

1. *La exaltación de las "libertades"*

Entre los diversos slogans que la Revolución hiciera circular, ninguno más convocante que el de la libertad: libertad de pensamiento, libertad de prensa, libertad de religión. Para el Card. Pie el común denominador de todas esas libertades, tal cual las entendía su tiempo, es lo que llama "la libertad de blasfemia" [475]. Transcribamos el texto: "Se la ha llamado diversamente. Como Satán, que es su padre, el mundo es natural y forzosamente mentiroso. Si se viese obligado a hablar claramente y llamar a las cosas por su verdadero nombre, caería en la impotencia y la muerte; la verdad lo mata, y la luz le resulta mortal. Vive de mentiras, de oscuridad, de equívocos; mentiras y equívocos en las acciones, mentiras y equívocos en las palabras. Esta libertad impía se llamó pues libertad de conciencia, libertad religiosa, libertad de pensamiento, libertad de prensa; pero, de hecho, y, en verdad, de derecho, era la libertad de blasfemia." [476] Encontramos así por la calle al blasfemo erudito y al blasfemo ignorante, al blasfemo burlón y al blasfemo cínico, al blasfemo sereno y al blasfemo entusiasta [477].

Esta reflexión trae al Cardenal el recuerdo de aquella visión que San Juan describe en el Apocalipsis de una mujer vestida de rojo, sentada sobre una bestia roja, "llena de nombres de blasfemia: *plenam nominibus blasphemiae*" (Ap 17, 3). Dicha mujer

475 T. VII, pp.205-206.
476 Ibid.
477 Cf. T. VII, p.206.

simboliza la ciudad de los malvados, que la Escritura llama "Babilonia", y en otro lugar, "la Iglesia de los que traman el mal" (Ps 25, 5) o también "la sinagoga de Satanás" (Ap 2, 9). Tal sociedad –la ciudad del demonio–, nacida con el pecado, durará hasta el juicio postrero, y es por tanto contemporánea de todos los siglos. Sin embargo, anota Pie, entre tantas vicisitudes por las que el curso de la historia y la actitud de los hombres le hacen pasar, tiene, por así decirlo, sus edades de oro, en que todo le viene en su ayuda, en que su reino es más libre y extendido, en que parece triunfar de la ciudad de Dios. Cristo mismo aludió a un momento semejante, la hora más terrible de la historia, paradigma de todas las horas oscuras: "Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas" (Lc 22, 53). Pues bien, nuestra época da libre cauce a las tinieblas, y en cierto modo las institucionaliza al organizar el tejido social no sobre la base de la verdad sino sobre la base de la libertad.

El liberalismo o, mejor dicho, el sedicente liberalismo no es sino la concreción de dicha conciencia libertaria. "El liberalismo, diremos con San Agustín en su epístola 101, es la palabra favorita de los que son esclavos de toda suerte de pasiones. ¿Qué decir pues a esos hombres, alimentados de iniquidad y de impiedad, y que se glorían de haber sido educados liberalmente, sino lo que está escrito en un libro eminentemente liberal: *Si el Hijo os libra, entonces seréis verdaderamente libres*? (Jo 8, 36). En efecto, es Jesucristo y su Iglesia quienes nos hacen reconocer lo que hay de verdad en los principios calificados de liberales por hombres que no han sido llamados a la libertad; porque tales principios en nada están conformes con la libertad sino en lo que tienen de conformes con la verdad; por ello el mismo Hijo de Dios ha dicho: *Y la verdad os hará libres* (Jo 8, 38)." [478]

478 T. V, pp.195-196.

Libertad, igualdad y fraternidad, los "inmortales principios", son al decir de Chesterton conceptos cristianos que se han vuelto locos. Se separaron –en este sentido tienen algo de "herejías"– del horno de la verdad, y cual chispas enloquecidas encandilaron a los hombres con su luz fatua. La palabra "liberal" es de por sí una palabra noble. Santo Tomás llamaba "liberal" al hombre desprendido, dadivoso. No merecen pues dicho nombre los sostenedores de tantas invenciones vanas y delirantes, que desconocen o se apartan voluntariamente de la doctrina de Aquel que ha venido a traer la verdadera libertad. Esos hombres quiméricos, señala Pie, "ni siquiera han advertido el lado verdadero de sus propias doctrinas" [479].

El liberalismo, en el mejor de los casos, "tolera" que Jesucristo sea reconocido en la sociedad, con tal que renuncie a ser la única verdad, que renuncie a su realeza, que abdique. Incluso los liberales católicos aceptan vivir en un sistema de reticencias que difícilmente podrán explicar el día del Juicio ante Aquel que dijo: "Quien me haya proclamado y confesado ante los hombres, yo también lo proclamaré y confesaré ante mi Padre celestial" (Mt 10, 32). La gente de nuestro tiempo se sigue reconociendo cristiana, aunque sea por inercia, dice Mons. Pie, y por tanto el cristiano, que se codea todos los días con otros cristianos, tiene espontáneamente mil ocasiones de declararse tal. Sin embargo el católico liberal, que encierra la fe en el reducto de su corazón, cuando termine su vida advertirá que ha hablado de todo, pero no se atrevió a hablar de la realeza de Cristo, mantuvo la verdad cautiva, la oprimió con su injusto silencio, no la proclamó "para no herir la libertad de los demás". A estos cristianos camuflados Cristo les dirá en su momento: "No os conozco: *nescio vos*" (Mt 25, 12). "Casi sin quererlo vienen a mi recuerdo aquellos gera-

479 T. V, p.196.

senos de que se habla en el capítulo 8 de San Mateo. Más de una vez, los Judíos habían experimentado la tentación de usar la violencia contra Jesús y habían tratado de lapidarlo. Aquéllos, más prudentes y moderados, habiendo visto los prodigios obrados por Cristo, le rogaron suavemente que pasase más allá de sus fronteras: *Et rogabant eum ut transiret a finibus eorum* (Mt 8, 34)." [480] No de otra manera se comportan los liberales, principalmente los que pretenden seguirse llamando católicos. En modo alguno atacan a Cristo, más aún, lo aceptan en su fuero íntimo, pero nada hacen para que sea reconocido como rey, señalan límites a un imperio que no conoce fronteras.

2. *La secularización de la política*

El proceso del naturalismo alcanza así el ámbito de la política, tratando de arrebatarle sus religaciones teológicas. El liberalismo es el ariete de dicho saqueo. Pie es categórico a este respecto: "La plaga del liberalismo es propiamente la plaga de las sociedades actuales." [481]

Primero se atentó contra el poder, tratando de independizarlo de sus fundamentos superiores. Dios, que es causa primera y universal, ha querido gobernar a través de causas secundas y particulares, concretamente mediante hombres determinados. En este sentido, el poder humano tiene algo de divino, ya que sólo Dios es el principio y autor de toda jerarquía. El poder político no procede originariamente de abajo, de la voluntad de algún hombre, o de un hecho histórico, o de un pacto social, ni depende del sufragio de las multitudes. Es cierto que tales instancias

480 T. III, pp.214-215; cf. pp.212-215.
481 T. VII, p.572.

pueden contribuir exteriormente al nacimiento y concreción de un poder determinado, pero lejos de constituir su origen metafísico, a lo más actúan proveyendo la materia. Por eso decía el Apóstol: "No hay autoridad sino bajo Dios, y las que existen, por Dios han sido establecidas" (Rom 13, 1). De donde concluye Mons. Pie: "El poder no es pues algo que tiene su raíz abajo. No; como la luz, como la inteligencia, como la gracia, como todo lo que la tierra recibe del cielo, el poder viene y no puede venir sino de lo alto." [482]

Es ésta una doctrina sobre la que vuelve una y otra vez. El buen sentido nos enseña, explica en otro lugar, que el Creador del género humano, habiendo hecho al hombre esencialmente social, no pudo querer que la sociedad humana fuese independiente de Él. Si el hombre individual tiene sus leyes específicas, también las tienen esas grandes familias de pueblos que se llaman las naciones. En modo alguno se trata, por cierto, de propiciar una teocracia al estilo del Israel antiguo. Isaías no se refería a Israel cuando profetizaba: "Toda nación y todo reino que no haya servido a Jerusalén y su Dios perecerá" (60, 12). Ni pensaba el Salmista en Israel cuando rogaba a Dios: "Desencadena, Señor, la ola de tu cólera sobre las naciones que no quisieron conocerte, y sobre los reinos que no invocaron tu nombre" (Ps 78, 6) [483]. Con razón dice la Sabiduría divina: "Es por mí que los reyes reinan y los príncipes decretan leyes justas" (Prov 8, 15). Esta Sabiduría eterna se ha hecho presente en el mundo, se encarnó, es Jesucristo nuestro Señor, el cual deberá poner bajo su obediencia a los pueblos y a los reyes, según lo preanunciaron con rara unanimidad los antiguos profetas y de manera especial el Salmista, quien tras profetizar la venida de los reyes del Oriente para

482 T. VIII, p.182; cf. pp.181-182.
483 Cf. T. V, pp.175-176.

ofrecer sus dones al Mesías, dijo: "Todos los reyes de la tierra se postrarán ante Él, todas las naciones lo servirán" (Ps 71, 11) [484]. El autor de la epístola a los Hebreos no vacila en afirmar que Dios "todo lo puso debajo de sus pies", y para quitar cualquier duda acerca de la universalidad de tal imperio, agrega que "en esta sujeción universal, nada queda exceptuado" (Hebr 2, 8).

Pues bien, acota Pie, lo que había sido predicho se ha cumplido. Después de los tres siglos que siguieron a la muerte y resurrección del Señor, siglos de resistencia a la buena nueva, los príncipes, y con ellos todos los poderes públicos, fueron entrando paulatinamente en la Iglesia, y enseguida se aplicaron por ir adecuando la legislación con la ley de Cristo, de modo que, al decir de San Agustín, "así como antes se habían servido de su autoridad para el triunfo del error, reconocieron que en adelante debía ser la auxiliadora de la verdad" (*Contra Cresconium* 3, 56). Es cierto que algunos de ellos, todavía neófitos en las cosas de la fe, acostumbrados como estaban a la mentalidad absolutista del cesarismo pagano, convirtieron a veces su amparo en opresión, pero en tales casos encontraron en la Iglesia hombres de la talla de Hilario, Ambrosio o Atanasio, que supieron inculcarles el espíritu de la mansedumbre cristiana. Adviértase, sin embargo, que esos santos doctores y atletas de la Iglesia, aun cuando en dichas ocasiones protestaban vigorosamente contra los excesos y abusos, jamás pusieron en duda por ese motivo el deber de las naciones y de sus jefes de profesar públicamente la verdad cristiana, de conformar a ella sus actos e instituciones, e incluso de prohibir por ley la impiedad y la blasfemia, naturalmente que de acuerdo con la virtud de la prudencia.

A los que –ya entonces– pedían un régimen de pura y simple libertad para todos, San Agustín respondía: "Los reyes, en cuanto

484 Cf. T. V, p.177.

reyes, obedecen al precepto de servir a Dios si mandan el bien y prohíben el mal en sus Estados, no solamente en los asuntos que atañen a la sociedad humana, sino también en los que se refieren a la religión divina. En vano diréis: Déjese esto último a nuestro libre arbitrio. ¿Por qué no pedís la misma libertad para el homicidio, la violación y toda clase de infamias reprimidas por leyes evidentemente justas y saludables?" (*Contra Cresconium* 3, 57). Y en una de sus admirables cartas a Bonifacio, general bizantino, le decía: "Una cosa es para el príncipe servir a Dios en su calidad de individuo, otra en su calidad de príncipe. Como hombre, lo sirve viviendo fielmente; como rey, dando leyes religiosas y sancionándolas con el adecuado vigor. Los reyes sirven al Señor en cuanto reyes cuando hacen por su causa lo que sólo los reyes pueden hacer" (Ep. 185, *Ad comitem Bonifacium* 19). Esta afirmación tan taxativa encontró eco en su *De Civitate Dei*, donde escribe: "Llamamos felices a los emperadores cristianos si ponen su poder principalmente al servicio de la majestad divina para el acrecentamiento de su reino y de su culto" (*De Civ. Dei* 5, 24) [485].

Se trata pues de valorar como corresponde lo que es una sociedad verdaderamente cristiana, una Cristiandad. El elemento evangélico es la sal que sazona y conserva las instituciones políticas, de cualquier naturaleza que sean. No lo piensa así el contradictor liberal para quien una doctrina semejante supone que la autoridad temporal está como sujeta a un yugo, el yugo de la ortodoxia, forzosamente subordinada a los principios de la religión revelada así como a la autoridad doctrinal y moral de la Iglesia, sujeta en última instancia a un régimen teocrático. Tal contradictor postula, por el contrario, un régimen laico y secularizado, que se haya liberado gozosamente de las antedichas trabas, y que no se remita a nada que lo trascienda. La confesión es preciosa, co-

485 Cf. T. V, pp.177-179.

menta Pie, porque significa que la sociedad moderna no quiere ya reconocer por reyes y príncipes suyos sino a los "que han tomado las armas y se han coligado contra Dios y contra su Cristo", los que han dicho altivamente: "¡Rompamos sus lazos y arrojemos su yugo lejos de nosotros!" (Ps 2, 2-3).

Lo que al fin y al cabo se busca, afirma el Cardenal, es "suprimir la noción secular del Estado cristiano, de la ley cristiana, del príncipe cristiano, noción tan magníficamente expuesta desde las primeras edades del cristianismo, especialmente por San Agustín. Es decir que, so pretexto de escapar a la teocracia imaginaria de la Iglesia, hay que aclamar otra teocracia tan absoluta como ilegítima, la teocracia del César, jefe y árbitro de la religión, oráculo supremo de la doctrina y del derecho; teocracia renovada de los paganos, y más o menos realizada ya en el cisma y la herejía, en espera de que tenga su pleno advenimiento en el reino del pueblo sumo-sacerdote y del Estado-Dios, con que sueña la lógica implacable del socialismo. Es decir, al fin de cuentas, que la filosofía sin fe y sin ley ha pasado en adelante de las especulaciones al orden práctico, se ha constituido en la reina del mundo, y ha dado a luz la política sin Dios. La política así *secularizada*, tiene un nombre en el Evangelio: allí se la llama «el príncipe de este mundo», el príncipe de este siglo (cf. Jo 12, 31; 14, 30; 1 Cor 2, 6-8), o bien asimismo «el poder del mal, el poder de la Bestia» (Ap 11, 7; 13,4); y este poder recibió un nombre también en los tiempos modernos, un nombre formidable que hace setenta años resonó de un polo al otro: se llama la Revolución. Con una rapidez de conquista que ni siquiera conoció el islamismo, este poder emancipado de Dios y de su Cristo ha subyugado casi todo a su imperio, los hombres y las cosas, los tronos y las leyes, los príncipes y los pueblos" [486].

486 T. III, pp.515-516.

El liberalismo moderno proclama la secularización absoluta de las leyes, de la educación, del régimen administrativo, de las relaciones internacionales y de toda la economía social, como el principio dominante de la sociedad nueva, de esta sociedad emancipada de Dios, de Cristo y de la Iglesia [487]. Y en aquellos lugares donde la Iglesia, fiel a su misión, sigue reivindicando simplemente el estricto derecho de Dios sobre las naciones y sus autoridades, se la acusa de querer implantar de nuevo "la dominación clerical", la "teocracia"; o si no, se pone en duda su capacidad de comprender los tiempos nuevos, su competencia, su perspicacia y la oportunidad de su intervención doctrinal. Incluso sus sedicentes amigos piensan a veces así, creyendo que cuando la Iglesia proclama los derechos de Dios está comprometiendo el éxito de sus esfuerzos en pro de una sociedad más humana [488].

Esta concepción secularizante de la sociedad, sostenida por el "filosofismo" de moda, resulta de una especial perniciosidad, afirma el Cardenal, porque tiende con todas sus fuerzas a salir del campo de las especulaciones intelectuales para apoderarse de la dirección de los asuntos humanos. El error naturalista, cuando se refracta sobre la política, busca ser considerado como un dogma social, y si bien comprende que difícilmente logrará dominar a todos los individuos, aspira a convertirse en ley de los Estados, en principio regulador del mundo moderno. Y así, "el edificio del naturalismo filosófico espera su coronamiento del naturalismo político. Llamo con este nombre al sistema según el cual el elemento civil y social no hace referencia sino al orden humano y no tiene relación alguna de dependencia respecto del orden sobrenatural" [489].

487 Cf. T. V, p.172.
488 Cf. T. VII, p.6.
489 T. V, p.170.

Hay en todo esto una cierta lógica. Si se rechaza para el individuo la posibilidad o al menos la existencia del orden revelado como un absurdo alienante o una mentira interesada, no se ve por qué el hombre social tendría que estar más sujeto a ese orden que el hombre privado. A los ojos del deísta, y más aún a los del panteísta, materialista o fatalista, cualquier influencia de la religión sobre la política implica una usurpación, una tutela humillante, una traba al libre desarrollo de las fuerzas de la sociedad [490].

Hemos insinuado más arriba que esta actitud secularizante no es exclusiva de los hombres impíos. Por una de esas incongruencias de las que el espíritu humano es susceptible, no faltan quienes, sin poner en duda el carácter divino del cristianismo, enseñan que la autoridad de Cristo, de su doctrina, de su ley, de su Iglesia, se detienen en el umbral de la vida pública. "Hay cristianos que se creyeron con derecho a pensar que las naciones no están obligadas, como los particulares, a recibir y profesar los principios de la verdad cristiana; que los pueblos incorporados a la Iglesia desde el día de su nacimiento, podían legítimamente, después de una profesión doce o catorce veces secular del cristianismo, abdicar del bautismo nacional, eliminar de su seno todo elemento sobrenatural, y mediante una declaración solemne y resonante, volver a colocarse en las condiciones de lo que creen ser el derecho natural; en fin, que la generación heredera de aquella que había realizado, en todo o en parte, dicha obra de descristianización legal y social, podía y debía aceptarla, no solamente como una necesidad sino como un progreso de los tiempos nuevos, qué digo, como un beneficio incluso para el cristianismo, el cual, después de haber conducido a los pueblos a un cierto grado de civilización, debía prestarse con gusto al acta de su emancipación, y desaparecer suavemente de sus instituciones y de

490 Cf. T. V, p.171.

sus leyes, como la nodriza se aleja de la casa cuando el ahijado ha crecido [...] Llegaron incluso a pedir de la Iglesia que entre en el interior de su conciencia, que examine si en el pasado fue suficientemente justa con la libertad, y, de cualquier modo, que comprenda que ya que hoy se beneficia con la libertad que se permite a los que la defienden, no le es lícito, so pena de ingratitud y deslealtad, negarse a sancionar para el futuro, por doquier y siempre, este sistema del liberalismo gracias al cual se puede todavía sostener su causa en la hora presente." [491]

Aduciendo algunos ejemplos, Pie muestra cómo el bien que todavía contiene el liberalismo, incluso el liberalismo llamado católico, se encuentra viciado y desnaturalizado. En cierta ocasión, Francia fue convocada por sus autoridades para ofrecer a Dios el tributo de las oraciones públicas; pues bien, a pedido de los creyentes más irreprochables, la resolución oficial que a ello invitaba debió colocar en un mismo nivel a la verdadera Iglesia y a los cultos disidentes. Asimismo, con el apoyo de numerosos cristianos liberales, la reivindicación de la santidad del domingo no se pudo proclamar sino favoreciendo igualmente el sábado de los judíos y el viernes de los seguidores de Mahoma, de modo que el verdadero Dios creador y redentor no tuviese, en la Francia cristiana, la apariencia de un privilegio. "Señor santísimo, ¿no nos has enseñado tú mismo que tu nombre es el Dios celoso, el Dios que no soporta rivales: *Dominus zelotes nomen ejus, Deus est aemulator* («El Señor se llama celoso, es un Dios celoso», Ex 34, 14), y que tu fuerza está al servicio de este legítimo celo: *Ego sum Dominus tuus, fortis, zelotes* («Yo soy tu Señor, fuerte, celoso», Ex 20, 5)?" [492]

491 T. V, pp.172-173.
492 T. VII, p.572.

Pues bien, los católicos liberales de algún modo se unen con los descreídos al rechazar de los Estados modernos todo vestigio de poder divino. Aunque se autocalifiquen como hombres de orden, no por ello son menos destructores de toda autoridad, y por tanto de todo orden. La autoridad creada no tiene derecho a la obediencia, a la sumisión, al respeto, sino porque proviene de Dios [493]. "Cuando el derecho de Dios desaparece, no queda sino el derecho del hombre; y el hombre no tarda nunca en encarnarse en el poder, en el Estado, en el César." [494]

Tal es el fin de la aventura. Desde el momento en que la sociedad y el Estado se niegan a reconocer una instancia superior, comienzan a hacerse tiránicos. El Estado liberal no puede sino encaminarse decididamente hacia el totalitarismo. En uno de sus sermones, tras recordar Mons. Pie la historia de Daniel en la corte del rey Nabucodonosor, aplica dicho relato a la situación actual del pueblo cristiano. "El Nabucodonosor de nuestra época es el genio revolucionario, tal como nos lo muestra todos los días una prensa cada vez más audaz en su impiedad. No porque sea impersonal y cosmopolita, el nuevo amo resulta menos formidable. Nada admite que puede sustraerse a su tiránica dictadura. Su proyecto altivamente proclamado consiste en el sometimiento de la tierra entera a su imperio: *cogitationem suam in eo esse ut omnem terram suo subjugaret imperio* («su anhelo consiste en someter toda la tierra a su imperio», Judit 2, 3). No someterse a él es violar su derecho, y ha jurado «defenderse» contra cualquier objetor que no acepte sus proposiciones y sus mentiras [...] Bajo el golpe del miedo o de la fascinación, reyes y naciones enteras

493 Cf. T. VIII, p.182.

494 T. V, p.199. En carta a M. de l'Estoile (12 de julio de 1846) llega a decir: "El partido neo-católico liberal es un hijo de la Revolución, y la Revolución es satánica en su esencia."

se sometieron a este gigante temible, esperando así ser tratados con alguna consideración [...] En todos los lugares donde ha prevalecido, el despotismo revolucionario destruyó todo, subvirtió todo, rebajó todo a su nivel igualitario, absorbió todo en su autocracia centralizadora: religión, propiedad sagrada y profana, autoridad paterna, corporaciones, leyes, costumbres, franquicias, libertades, nada ha respetado [...] Por un edicto semejante al del rey de los Medos y Persas, la revolución no permite rogar a ninguno de los dioses ni de los hombres, quiere ser adorada con exclusividad y no deja en pie a ningún otro ídolo que a sí misma: *omnis homo qui rogaret quemquam de diis et hominibus, nisi te, Rex, mitteretur in lacum leonum* («todo hombre que pida algo de los dioses o de los hombres, salvo de ti, Rey, será arrojado al lago de los leones», Dan 6, 12). Toda voz debe ponerse al unísono con su voz. Todo dogma, aun sobrenatural y revelado, acaba por ser un programa sedicioso si está en desacuerdo con sus teorías y lo que ella llama «sus principios»; toda conciencia, aun la formada según la ley divina, debe dejarse remodelar y modificar por la conciencia y la ley de los tiempos modernos. En fin, si tolera la existencia de diversas religiones y les permite vivir bajo su amparo, no es sino con la condición de poder dominarlas a todas, y así, de pie en medio de este areópago de dioses: *stetit in Synagoga deorum* («se puso de pie en el senado de los dioses»), los oye, los juzga, los aconseja y, bien o mal, los pone de acuerdo entre sí: *in medio autem deos dijudicat* («en el medio de los dioses juzga», Ps 81, 1)." [495]

A una sociedad semejante, viciada de raíz, que de propósito "ignora a Dios", Dios le responderá con esa pena del talión que es una de las grandes leyes del gobierno de su providencia. El poder que como tal desconoce a Dios, será como tal desconocido

495 T. V, pp.404-405.

por Dios: "Si alguien ignora, será ignorado" (1 Cor 14, 38). Aho-ra bien, ser ignorado de Dios es la desgracia suma, la derelicción absoluta. No en otros términos será formulada la sentencia de la divina reprobación: "No os conozco, no sé de dónde sois" (Lc 13, 25) [496]. Pie es taxativo: "Los guías y los oráculos de los pueblos se obstinaron en dirigir a Dios estas palabras tan imprudentes como impías: «Retírate lejos de nosotros, no queremos la ciencia de tus vías»: *Qui dixerunt Deo: Recede a nobis; scientiam viarum tuarum nolumus* (Job 21, 14). Y he aquí que Dios, cansado de sus desdenes, les tomó la palabra. No diré que se retiró, porque entonces el resultado hubiera sido algo más que el oscurecimiento, la enfermedad, el desastre [...] No, Dios no se retiró, se mantiene solamente alejado de nosotros. Ello es bastante para que todo se tambalee, para que todo entre en disolución. Dios es el principio de toda cohesión, como la Iglesia nos lo recuerda cada día en la oración pública: *Rerum Deus tenax vigor* («Dios es el firme vigor de las cosas»). En Él, en su Hijo que envió a la tierra, reside la consistencia universal de las cosas: *Omnia in ipso constant* («Todo tiene en Él su consistencia», Col 1,17). Fuera de Él, todo se hace impotencia, confusión, anarquía." [497]

VI. El hombre moderno: un despojo

El Estado naturalista y liberal hipertrofiado no sólo destruye la sociedad, al arrebatarle su religación fundamental, sino también a las personas que le están sometidas y que han quedado como apoyadas sobre arena movediza. Los "principios" que antes presidían el quehacer de la sociedad, han sido suplidos por las

496 Cf. T. V, pp. 176-177.
497 T. VII, p.5.

"opiniones" que son, en cuanto a su origen, los actos más ínfimos de la razón humana, y en cuanto a la conducta que determinan, las reglas más mudables, inciertas y sin norte [498].

El hombre moderno, producto del naturalismo reinante, es un hombre descuajado, esclavo del egoísmo y la codicia, sujeto a la sed del dinero, de los empleos, honores y placeres. Tales males no son sino la consecuencia de otro mal, que es su principio, a saber, el menosprecio y olvido de la doctrina. Si la doctrina, aun cuando está firme, con frecuencia resulta impotente para reprimir las pasiones y salvar el orden interior, según nos lo enseña la experiencia, ¿cómo no engendrará desechos de hombres cuando renunciando a la verdad se hace cómplice de las peores inclinaciones de la naturaleza e innoble suministradora de los apetitos más groseros de la carne? "La historia nos muestra cómo todos los criminales errores de la herejía del siglo XVI y de la falsa filosofía del siglo XVIII, amalgamados y combinados con los principios más avanzados de la Revolución y de la anarquía, y reducidos a un cuerpo de enseñanza pública, se convirtieron, durante cuarenta años, en triste pasto de casi todas las inteligencias. El orgullo humano había proclamado solemnemente la decadencia de la religión cristiana, y señalado el término próximo de su muerte. La filosofía suplantaría al Evangelio; el Estado, dispensador de toda instrucción, sustituiría a la Iglesia; y el sacerdocio laico cumpliría por su parte el ministerio espiritual de las almas en lugar del viejo sacerdocio al que Cristo había dicho: Id y enseñad." [499]

El derrumbe de los principios va inevitablemente unido con el derrumbe de las personas. No solamente todo resulta quebran-

498 Cf. T. IX, pp.124-125.
499 T. II, pp.117-118.

tado, observa Mons. Pie, sino que, lo que es peor, se declara lícito el trabajo que se realiza para quebrantar todas las cosas, principalmente la cosa cristiana, es decir, el fundamento único puesto por Dios como pedestal de la totalidad. Más aún, este derecho de poner los principios en cuestión y combatirlos sin tregua hasta lograr que desaparezcan, pasa por ser ahora el más sagrado de los derechos, casi una ley, una institución establecida, un principio, el principio mismo de la sociedad tal cual se la sueña, tal cual se la quiere. "Indulgentes por sistema, por convicción o por partido tomado, para con todos aquellos que ejercitan ese derecho nefasto y desgraciado, no son severos sino con los que se esfuerzan por demostrar su horrible inanidad y sus consecuencias desastrosas. ¡Qué atmósfera crea tal estado de cosas en las almas cristianas! ¡Qué corrientes de mentiras, de errores y de locura impregnan el aire donde viven, qué miasmas infectas y deletéreas respiran allí incesantemente, sobre todo las jóvenes inteligencias, que son las más débiles, al tiempo que las más obstinada e inteligentemente atacadas!" [500] Jamás se ha mostrado tan exacto lo que dice el Evangelio acerca del mundo, a saber, que el mundo es un gran escándalo, y que hay que detestar su espíritu, romper sus cadenas y eludir su influencia. Cosa nada fácil, por cierto. [501]

Analicemos más detenidamente el saqueo que las ideas modernas han realizado en la sociedad y sobre todo en los individuos.

1. *Ascenso y descenso*

El pecado heredado de nuestros primeros padres había logrado que la humanidad se pusiese al nivel de los animales. La En-

500 T. IX, p.126.
501 Cf. T. IX, pp.126-127.

carnación del Verbo puede ser considerada como un formidable descenso del Dios altísimo a las profundidades de nuestra miseria para desde allí elevarnos hasta nuestro lugar primigenio. Desde entonces, todo lo que se adhiere a Cristo, automáticamente se eleva, y lo que de Él se separa, automáticamente se degrada. Nuestro siglo no tiene dificultad en aceptar que el nivel de la vida cristiana en la actualidad, si se lo compara con el que caracterizó a los siglos anteriores, ha descendido en gran forma. Sin embargo, de ninguna manera se avendría a reconocer que la dignidad humana esté igualmente en baja. Tal reconocimiento resultaría del todo contrario a las orgullosas pretensiones de nuestro tiempo, según las cuales el hombre está llegando a su madurez. Pie, por el contrario, se esmera en señalar un hecho histórico constatable: cuantas veces la sociedad y los hombres que la constituyen descienden en el nivel de su vida cristiana, decae igualmente la nobleza de los caracteres, al tiempo que se restringe el círculo de la libertad y de la dignidad moral. "Cuando la presencia de Cristo, que habitando en nosotros por la fe nos eleva a una altura divina, se debilita y diluye en nuestras almas, con ella se opaca necesariamente el rayo de luz eterna que constituye el principio de nuestra naturaleza inteligente y moral, de tal suerte que, por una correspondencia tan rigurosa como es real en Jesucristo la unión hipostática del hombre con el Verbo, allí donde el cristiano se eleva, el hombre se eleva con el cristiano, y allí donde el cristiano desciende, el hombre desciende con el cristiano. Si pues una sociedad dejase de ser cristiana, se vería cómo la humanidad declina, se desploma, se atrofia cada día más." [502]

Pie enmarca la rebelión del hombre moderno, que ha terminado por hacer de él una piltrafa, en el telón panorámico de la

502 T. III, pp.635-636.

historia de la salvación. En los tiempos sin tiempo del mundo angélico había resonado un grito, al que hicieron eco los espacios sin espacio, el grito de San Miguel, "¿Quién como Dios?" ¡Interrogación triunfante, exclamación sublime! ¿Quien es grande como Dios, quién es fuerte, quién es necesario, quién es bueno como Dios? Ese grito quedó por así decirlo fijo y resonante en la atmósfera, encontrando eco a lo largo de los siglos en todas las gargantas fieles. Un día, alguien que oyó ese clamor, gritó orgullosamente: "Yo soy como Dios." ¿Quién como Dios? Yo. Era el hombre que decía en su corazón: "Subiré sobre las cumbres de las nubes, y seré semejante al Altísimo" (Is 14, 14). Y así el hombre orgulloso, decretando su propia apoteosis, su entronización real y divina, "se sienta en el templo de Dios y se proclama dios a sí mismo" (2 Tes 2, 4). Es la razón independiente, dice Pie, la Diosa-Razón, entronizada en los altares del naturalismo. Junto a esa divinidad no tardaría en sentarse otra, hermana o hija suya, la Diosa-Voluntad, rompiendo, también ella, las cadenas de su creaturidad. En lugar de seguir suplicando, como lo había hecho hasta entonces: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo", ahora proclama su autonomía. También la voluntad es soberana, divina. [503]

A la inversa de lo que Dios había proyectado con la Encarnación de su Hijo –un Dios que se abaja hasta los hombres para elevar a los hombres y ponerlos en comunión con Él–, el hombre rebelde, que endiosó su inteligencia y su voluntad, pretendiendo ascender por sus propias fuerzas, como antaño lo proyectara mediante la Torre de Babel, para igualarse con Dios, sólo logró verse arrojado al tremedal de su miseria. No otra cosa fue la victoria a lo Pirro del naturalismo, racionalismo y liberalismo.

503 Cf. T. I, pp.235-236.

Pie ha descrito magistralmente este proceso de ascenso y descenso, protagonizado por el hombre de nuestro tiempo, recurriendo a la parábola del hijo pródigo (cf. Lc 14, 11-32). Un padre tenía dos hijos: la razón y la revelación, la naturaleza y la gracia. Su patrimonio era indiviso, y debía permanecer tal. Pero he aquí que un día la razón comenzó a reclamar su parte, la parte de la naturaleza, con el deseo de vivir en adelante separada de la gracia y de la revelación: "Padre, dame la parte que me corresponde." Así pidió la razón su independencia. Y Dios se la dio: *et divisit illis substantiam* (y él les repartió la hacienda). Entonces la razón independiente –o la naturaleza, libre de la gracia–, comenzó a avanzar sola, se fue lejos, y a este alejamiento lo llamó progreso, considerando cada novedad como un triunfo: *peregre profectus est in regionem longinquam* (se marchó lejos, hacia una apartada región). Sin embargo, no le duró mucho su felicidad. Pasando los años, comenzó a comprender que el llamado libre pensamiento la iba vaciando interiormente: *ibi devoravit substantiam suam vivendo luxuriose* (allí malgastó su hacienda viviendo lujuriosamente). Era la lujuria de la razón desatada, que no vacilaba en desposarse con todos los amantes de turno, sin por ello sentirse satisfecha. ¡La ruina de la razón, de la naturaleza: he aquí dónde termina el drama y la historia de tres siglos de emancipación!

Y comenzó a sentir hambre: *Facta est fames valida in regione illa* (El hambre se enseñoreó en aquella región). El hombre del escepticismo o del filosofismo advierte que se va muriendo de inanición. Entonces la razón, que no había querido sujetarse a Dios, se vendió a un hombre, a una escuela, a una secta: *Et adhesit uni civium regione illius* (y se arregló con uno de los habitantes de aquella región), llegando al extremo de su derelicción al ver que aquel hombre la condenaba a apacentar puercos: *misit illum in villam ut pasceret porcos* (los envió a su finca para apacentar cerdos). Antaño gloriosa, ahora se encontraba en un nivel infe-

rior al de los animales, experimentando envidia de lo que comían los puercos: *Et cupiebat implere ventrem suum de siliquis quas porci manducabant* (y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los cerdos); impotente incluso para realizar esos viles deseos, para saciar su hambre con ese pasto de la animalidad: *et nemo illi dabat* (y ninguno se las daba).

La segunda parte del discurso, no menos bella que la primera, describe el retorno de la razón extraviada; los esfuerzos de los grandes convertidos de nuestro tiempo para levantarse, rendirse a la nostalgia de Dios y dirigirse hacia el Padre de las luces; la alegría de la Iglesia cuando ve que por fin la inteligencia del pródigo abjura de sus errores; el abrazo del padre...

Por desgracia, aún no hemos llegado al momento de la conversión, al menos de la conversión social. El hombre moderno se cierra a la nostalgia de la verdad que invade su corazón, prefiriendo seguir aferrado a las bellotas. Y así vemos cómo la razón se inclina alternativamente –algunas veces simultáneamente– a todos los extremos: las tesis del materialismo más abyecto o del sensualismo más indignante se mezclan a menudo con las del espiritualismo más desencarnado o de la deificación más prometeica. Es, por otra parte, la suerte que la Escritura asigna a los impíos: dar vueltas "en círculo": *In circuitu impii ambulant* ("los impíos caminan en círculos", Ps 11, 9); la impiedad gira en círculo, y exhuma antiguallas a la hora misma en que se jacta de innovar.

Un hombre semejante es un hombre degradado. "Nuestros sofistas de hoy, igualando al hombre con Dios, y asimilándolo sin embargo al bruto, no hacen sino volver a los errores del paganismo. O mejor, justifican una vez más los oráculos revelados según los cuales cuando la naturaleza humana pretende usurpar un rango que no le pertenece, o repudiar aquel al que la gracia tiende a elevarla, cae fatalmente por debajo de su propio nivel.

Es lo que se lee en el último versículo del salmo 48: «El hombre no ha perdurado en su esplendor, y se ha hecho semejante a las bestias que perecen» (Ps 48, 21)." [504] La razón endiosada ha hecho irracional al hombre de nuestro tiempo. El pretendido ascenso no ha sido sino un vergonzoso descenso.

2. *El expolio del hombre*

Hemos dicho que el plan de Dios consistía en recuperar al hombre a través de la Encarnación. Para ello el Hijo de Dios asumió una naturaleza humana en su persona, la aprehendió incorporándola a sí. De este modo el hombre caído, vapuleado, tal cual lo había dejado el pecado de origen, herido en su inteligencia y en su voluntad, estaría en condiciones de aprehender a Dios, incorporándose a la humanidad santa del Verbo encarnado. El acceso a la divinidad le quedaba abierto por la carne de Cristo, a condición de que se despojase del hombre viejo, y su propia carne, sepultada en las aguas del bautismo, resucitada por la fe y por la gracia, se asimilase a la carne espiritualizada del Señor. De ahí la profundidad de aquella fórmula de la Escritura: *possedi hominem per Deum* ("poseí al hombre por medio de Dios", Gen 4. 1) [505].

Pero el hombre naturalista, según lo hemos reiterado, no se interesó por este plan de Dios, prefiriendo permanecer en su naturaleza caída, en su naturaleza de hijo pródigo. He aquí el hombre, *Ecce homo* (Jo 19, 5), el hombre disminuido por el pecado de Adán, reducido, mutilado, resto de hombre. Y el hombre del naturalismo ha cometido la paradoja de gozarse de esta decadencia.

504 T. V, p.92.
505 Cf. T. VII, pp.350-351.

A la inversa de una Iglesia que siempre defendió al individuo, la naturaleza humana, la razón y la voluntad del hombre, el naturalismo moderno no ha hecho sino rebajar y denigrar a esa naturaleza que finge exaltar y a la que pomposamente declara soberana. Al menos en el ser individual, en el que tiene precisamente una existencia real y personal, le niega todo futuro, toda esperanza, toda certeza y finalmente todo valor. "Sólo la verdad es amiga de los hombres y de las cosas; el error, como la iniquidad, mintiéndose primero a sí mismo (cf. Ps 26, 12), miente luego a los que seduce. Rechazando al Cristo que vino para que los hombres tengan vida y la tengan con más abundancia, toda herejía, y con mayor razón toda doctrina incrédula e impía, es ese ladrón que no viene a la casa ni entra en ella sino para robar, matar y destruir (cf. Jo 10, 10). Semejante a la falsa madre, poco le importa que su hijo muera con tal de que ella conserve la mitad, con tal sobre todo de que la verdadera madre ya no tenga por hijo sino un cadáver (cf. 1 R 3, 16-28)." [506]

Y así el hombre ha quedado saqueado. Pie trae aquí a su favor el testimonio de aquel doctor de quien siempre quiso ser portavoz, San Hilario, el cual decía: "La caña tiene elegancia, balancea su tallo con gracia, pero no contiene nada sólido; su corteza es reluciente, pulida, agradable, pero el interior está vacío: *exterior placens, et nullus interior* (el exterior agradable, y nada en el interior). Así es el hombre del siglo. Posee el brillante barniz de la educación mundana, pero es hueco y vacío del fruto de la verdad; a la belleza especiosa de afuera corresponde la perfecta nulidad de adentro; carece de firmeza y de consistencia; su movilidad se pliega complacientemente a todas las exigencias del acomodo, obedece sin resistencia a todos los vientos de la opinión; no esconde en sí meollo alguno de espíritu ni de voluntad"

506 T. VII, p.216.

(*Com. in Mt.* 11, 4) [507]. Vacuo como la caña, elegante mas sin sustancia, puro barniz pero sin meollo, balanceándose según los vientos que soplan... ¡Cuán perfecta descripción del hombre naturalista!

Al desertar de Dios, el hombre ha quedado vacío. Pie caracteriza esta expoliación con expresiones de fuego: "Bien lo había dicho el Sabio: «Vanos son aquellos hombres en quienes la ciencia de Dios no existe como base de todo el resto» (Sab 13, 1) [...] *Vani omnes*: cualesquiera sean y de cualesquiera ventajas se glorien, no son verdaderamente hombres, sino sombras y fantasmas de hombres, de hombres que no se mantienen ya de pie, de hombres inconsistentes, fugaces, inasibles, incapaces ya de captar ni retener nada; generación condenada a la desgracia, que se limita a buscar sus salvadores entre los muertos, como si los muertos pudiesen ofrecer una esperanza de salud: *Infelices autem sunt, et inter mortuos spes illorum est* («Son infelices, su esperanza está entre los muertos». ibid. 10). Si este pueblo es llevado cautivo, si es desmembrado, si es entregado a merced de todos los enemigos de fuera y de dentro, es porque su casa perdió la clave de toda ciencia y sabiduría y el principio de toda fuerza al perder el conocimiento de Dios [...] Por esto, el monstruo de las revoluciones, ese infierno anticipado, dilató sus fauces y abrió sin límite su boca, y los más fuertes, enaltecidos y afamados, descendieron a ese abismo con el común dei pueblo [...] Justo castigo de la divinidad ultrajada. Porque no se trata ya del Dios desconocido de los paganos (cf. Act 17, 23); se trata del Dios despreciado, y despreciado por aquellos a quienes Él mismo instruyó, a quienes honró con su divina adopción." [508]

507 Cit. en T. I, pp.129-130.
508 T. VII, pp.207-208.

3. *Figuras evangélicas del hombre despojado*

Aplicándose a describir el estado del hombre moderno, el Cardenal recurre a diversas figuras que nos presenta el Evangelio.

Con ocasión de un discurso pronunciado en un hospicio de sordomudas y ciegas, a raíz de la consagración de una capilla doméstica, Mons. Pie compara el estado espiritual de las mujeres allí internadas con el que caracteriza al presuntamente "sano" hombre moderno. Por el hecho de ser cristianas, les dice a las enfermas, a pesar de que Uds están privadas de la vista, del oído o de la palabra, se han hecho capaces de participar en misterios que contienen elevadas doctrinas. No es ello de extrañar ya que para perfeccionar los sentidos naturales de que están dotadas, y para suplir los que les faltan, poseen un sentido que la Escritura llama el sentido cristiano: *Nos autem sensum Christi habemus* ("Nosotros tenemos la mente de Cristo", 1 Cor 2, 16). Pues bien, cuántos hombres de nuestro tiempo, a diferencia de las enfermas aquí presentes, tienen ojos para no ver, oídos para no oír, manos que no saben palpar, gargantas de donde no sale ninguna articulación, ciegos para el orden sobrenatural, sordos para la revelación, mudos para la alabanza. Han despreciado el fin mismo de la Encarnación de Aquel que vino para hacer oír a los sordos y hablar a los mudos (cf. Mc 7, 37) [509].

Ya hemos analizado una de las figuras evangélicas que parecieran pintar al hombre de nuestro tiempo en la parábola del hijo pródigo que el Card. Pie interpretara con tanta penetración a la luz de los avatares del proceso revolucionario. Pero en sus obras encontramos otras aplicaciones del Evangelio a la misma deplorable realidad.

509 Cf. T. VI, pp.234-235.

Así por ejemplo al comentar aquel milagro en que Jesús curó a una mujer poseída de un espíritu que la mantenía enferma desde hacía largos años: *Et ecce mulier quae habebat spiritum infirmitatis annis decem et octo* (he aquí una mujer que tenía el espíritu de una enfermedad desde hacía dieciocho años), y permanentemente inclinada, al punto que en modo alguno podía mirar hacia lo alto: *et erat inclinata, nec omnino poterat sursum respicere* (Lc 13, 11). El género de enfermedad de esta mujer le parece caracterizar el mal dominante de la presente generación. Recuerda ante todo la explicación simbólica que del número 18 ofrece San Gregorio Magno, siguiendo a San Ambrosio y San Agustín, según la cual dicho número, que resulta de multiplicar 6 por 3, representa la triste situación de la humanidad obstinada en su rebelión durante un triple período, antes de la ley, bajo la ley, y después de la venida de Cristo. En la persona de aquella mujer inclinada a la tierra desde hacía 18 años, y de tal modo encorvada que ya no podía absolutamente mirar hacia arriba, los santos Doctores ven una imagen del género humano, obstinado en su rebelión durante aquellos tres períodos, aplastado por el espíritu de degradación, por el demonio de la incurvación. Tal es la suerte del pecador que se deja absorber por los pensamientos de la tierra, perdiendo todo atractivo por los bienes del cielo. Son aquellos que sólo piensan en los honores, los negocios, las posesiones, o en cosas peores e inconfesables. Ahora bien, agrega San Gregorio, todo esto mira hacia abajo: *Haec cuncta in imo sunt*; y cuando la creatura racional se deja aprisionar por tales lazos, entonces pierde su verticalidad original: *et quando mens talibus implicatur, ab status sui rectitudine flectitur*; abandonando la noble estructura que Dios le había dado para mirar hacia arriba, toma la figura del animal siempre inclinado hacia la tierra, impedido por su conformación natural de levantar la cabeza. El hombre que se acostumbra a mirar siempre hacia abajo, acaba por crear en él una especie de segunda naturaleza, una flexión,

una desviación, una curvatura deforme de todo el ser [510]. "¿No es acaso cierto –concluye el Cardenal–, como lo vemos con nuestros propios ojos, que multitudes enteras, tomadas de todos los niveles y de todas las condiciones, están tocadas por esta enfermedad contagiosa del abajamiento, enfermedad tan profunda que sus víctimas tienen ya su cuerpo completamente desviado y torcido?" [511]

Especial relevancia tiene, a nuestro parecer, el hermoso comentario que teje en torno a otro milagro del Señor, acaecido al día siguiente de su Transfiguración sobre el Tabor, cuando al descender de la montaña, un hombre corrió hacia él, y arrojándose a sus pies le dijo: "Maestro, ten piedad de mi hijo que es lunático y sufre de un mal terrible, porque con frecuencia cae en el fuego y muchas veces en el agua. Lo presenté a tus discípulos, mas no han podido curarlo" (Mt 17, 15-16). El Cardenal se esmera en aplicar frase por frase del relato a la situación actual, ya que entreve allí una descripción exacta de la enfermedad que aqueja a su país desde que está poseído del espíritu revolucionario. "Manifiestamente la sociedad actual está afectada del mal caidizo. Cada tanto advertimos cómo es arrojada por tierra; con enorme frecuencia vemos sus instituciones haciendo agua; a veces, incluso, resulta presa de las llamas. Y esas caídas han tomado un carácter tal de periodicidad que ya parece tratarse de una ley de la historia contemporánea." [512]

Detallemos su explicación. Refiérese ante todo a la pregunta que el Señor le dirige al padre del enfermo: "¿Desde cuánto tiempo sucede esto?" El padre le responde: "Desde su infancia" (Mc 9, 21). "Y así es en verdad. El mundo moderno pone cierto

510 Cf. T. VI, pp.138-140.
511 T. VI, p.141.
512 T. VIII, p.18.

amor propio en proclamar la fecha de su nacimiento; con gusto se dice hijo del 89. Ahora bien, desde esa época gloriosa, nuestra patria ha estado constantemente bajo el imperio de esta singular afección morbosa que los Latinos, por una sinonimia curiosa cuya explicación encontramos en los léxicos, llaman con un nombre que puede igualmente significar el mal de la epilepsia y el mal parlamentario, el mal de las asambleas o de los comicios: *morbo comitialis laborans* (afectado por el mal del comicio) [513]. A partir de aquel tiempo, la cosa pública no ha dejado de sufrir el influjo de las lunaciones. *Et ecce spiritus apprehendit eum, et subito clamat, et elidit, et dissipat cum spuma, et vix discedit dilanians eum* («he aquí que un espíritu se apodera de él, y de pronto grita, se retuerce, vomita con espuma, y difícilmente se aparta de él, dejándolo quebrantado», Lc 9, 39). Súbitamente, y con cualquier motivo, el espíritu de vértigo se apodera de su cuerpo: gritos, caídas en tierra [...]; y, si bien tales ataques de rabia no culminan con la muerte, resta siempre una perturbación profunda de los intereses, un agostamiento de las fuentes de la vida social." [514]

Tras otras consideraciones, se detiene Pie en el ruego del padre: "Maestro, te. he traído a mi hijo [...]; si puedes algo, ten compasión de nosotros y ven en nuestra ayuda" (Mc 9, 17.22). Señala el Cardenal, siguiendo a San Pedro Crisólogo, que no lo llama "Dios" sino "Maestro", pareciendo recurrir antes a su arte de curar que a su poder y bondad divinas. Pero lo más notable, agrega, es la fórmula dubitativa de que se sirve: "Si puedes al-

513 En la página donde está el texto que comentamos se incluye la siguiente nota, tomada del Lexicon Aeg. Forcelli: "Enfermedad comicial que es epilepsia [...] La razón por la cual se llama así es porque si alguien se enfermaba de ello en el tiempo de los comicios, éstos se suspendían y era necesario postergarlos para otro día [...] De ahí que se llamen comiciales a los que sufren de tal enfermedad".

514 T. VIII, p.19.

go." El modo de la súplica revela una profunda incredulidad. Tal actitud es advertible aun hoy, incluso en los políticos cristianos, que actúan evitando a toda costa proclamar la fe de la nación en la divinidad del Señor y en su poder sobrenatural. "Quieren la curación social, sin la profesión de fe social. Ahora bien, a este precio, Jesucristo, siendo todopoderoso, no puede obrar nuestra liberación; siendo misericordioso, no puede ejercer su misericordia." [515]

Cristo interroga al padre acerca de su fe, y éste, llorando, le responde: "Creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad". Lo que así comenta el Cardenal: "¿Es a ti, pueblo de Francia, a quien hay que preguntar si puedes creer o si puedes declarar auténtica tu creencia? ¿A ti cuyo bautismo es contemporáneo de tu nacimiento, a ti, el primogénito de la ortodoxia, a ti, cuyo nombre es en el mundo entero sinónimo de hombre cristiano, y a pesar de todo lo sigue siendo: *Si potes credere*?... ¡Ah, si este pueblo llegase a lanzar el grito que partió del pecho del hombre de nuestro evangelio, si llegase a derramar las lágrimas que brotaron de sus ojos! ¡Si llegase a decir a Jesús: «Creo Señor»: *Credo, Domine*, pero después de más de un siglo de orgías intelectuales y de perturbaciones sociales, no os ofendáis, Señor, por la debilidad e imperfección de mi fe! Creo, Señor, pero ven Tú mismo en socorro de mi incredulidad; y repara las brechas que tantas revoluciones han abierto en mi fe: *Credo, Domine, adjuva incredulitatem meam* («Creo, Señor, ayuda mi incredulidad», Mc 9, 24)." [516]

Jesús se dirigió entonces con voz alta y firme al espíritu malvado y malhechor que tenía cautivo al niño enfermo: *Et increpavit Jesus, spiritum immundum* ("Jesús increpó al espíritu inmundo",

515 T. VIII, p.22.
516 T. VIII, p.23.

Lc 9, 42), *comminatus est spiritui inmundo* ("increpó al espíritu inmundo", Mc 9, 24). "Cuando Satanás es bien reconocido como tal –comenta Pie–, cuando se tiene frente a sí al genio de la destrucción y de la muerte, el empleo de fórmulas corteses y suaves revela una moderación y cortesía fuera de lugar. No sienta, como decían los antiguos, no sienta al exorcista sostener el aspersorio con una mano enguantada en terciopelo. En definitiva, ante la increpación y la amenaza, el espíritu inmundo salió del enfermo para no volver a entrar [...] Así será con nuestro destino. Si la influencia demoníaca, si el espíritu revolucionario del que la sociedad está inficionada, son desterrados de nuestro régimen legal, de nuestra constitución pública, la convalescencia está próxima; la curación está asegurada." [517]

Un último aspecto del relato atrae la consideración del Card. Pie y es la pregunta que los discípulos, ya vueltos a casa, le dirigen a Jesús: "¿Por qué no pudimos echar a este demonio?" (Mc 9, 28). Dicha pregunta revela la delicadeza de conciencia que debe caracterizar a los hombres del santuario, así como a los cristianos que hacen profesión de ser fieles a Cristo. "Aunque la persistencia del mal social tenga por causa la infidelidad e indocilidad de los mundanos mucho más que su propia debilidad, sin embargo tienen a bien interrogarse a sí mismos e interrogar al Divino Maestro sobre su parte de culpabilidad." [518]

La respuesta de Jesús: *Propter incredulitatem vestram* ("a causa de vuestra incredulidad", Mt 17, 10), suscita una admirable reflexión en el Cardenal. No se trataba, por cierto, de una incredulidad radical, una incredulidad absoluta. Los discípulos creían, dice comentando a San Hilario, pero no habían alcanzado una

517 T. VIII, p.24.
518 T. VIII, p.25.

fe perfecta; por otra parte, durante el tiempo que el Maestro había permanecido en la montaña y ellos en medio de la multitud, no habían escapado al contagio de esa sociedad incrédula, de modo que cierta tibieza había aminorado su fe: *ipsis cum turba residentibus, quidam tepor eorum fidem relaxaverat* (al convivir ellos con la turba, cierta tibieza había relajado su fe). De donde San Hilario deduce una enseñanza magistral, que Pie ofrece a la consideración de todos los hombres públicos de la presente generación: "El Señor nos enseña que no pueden aportar al mundo elemento alguno de salvación aquellos que viviendo en la plena luz de los tiempos evangélicos, después de la venida de Jesús sobre la tierra, se separan y desvían de la fe, como si Jesús estuviese ausente: *Docet igitur eos nihil salutis afferre posse qui, medio Evangeliorum et adventus sui tempore, a fide tanquam Domino absente decesserint* («Enseña que no pueden traer nada de salvación aquellos que en la época del Evangelio y en el tiempo de su llegada, se alejan de la fe como si el Señor estuviese ausente», *Com. in Mt.*, c.XVIII, 6)" [519]. Lo que así comenta Pie: "El pontífice del siglo IV toca aquí la llaga viva de nuestro tiempo. El gran peligro y el gran mal de nuestras sociedades, lo hemos dicho cien veces, es que los fieles, e incluso muy a menudo los sacerdotes de nuestra generación, han creído que en el orden de las cosas públicas y sociales, incluso en un país cristiano, se podía observar neutralidad y abstención frente a la fe cristiana, como si Jesucristo no hubiese venido al mundo o hubiese desaparecido de él. Ahora bien, quienquiera profese y practique dicha teoría, se condena a no poder realizar absolutamente nada en orden a la curación y salud de la sociedad [...] Elevar dicha máxima a la altura de un principio de gobierno y doctrina de Estado, es preconizar la política de la nada. Decid lo que os plaz-

519 Cf. T. VIII, p.26.

ca, y sin acordaros de que sois del número de los discípulos de Cristo, decid que este punto es uno de los que constituyen desde hace 80 años nuestro derecho público francés. Yo tendré el dolor de hablar con la historia, respondiéndoos que el derecho del cual el país ha gozado, del que ha usado desde hace 80 años, es caer mal de lo alto, precipitarse a menudo en el agua, a veces en el fuego, e incluso en la sangre, y por fin ser periódicamente arrojado en tierra [...] Pues bien, si no hemos logrado domar el mal que así se nos ofrece en espectáculo, este mal interior que nos mina, nos diseca, nos mata, es porque manteniendo, sí, la fe privada, hemos aceptado nuestra parte en la infidelidad nacional; es porque cuando Jesucristo, mediante el órgano infalible de su vicario y de su Iglesia, condenó una doctrina social como errónea y perniciosa, nosotros la preconizamos como necesaria." [520]

Pródigos, sordomudos, epilépticos, endemoniados: así son los hombres de nuestro tiempo. ¡Aunque se crean sanos e incluso llegados a su madurez! Pero notemos que Pie no es ni quiere ser pesimista. En todos los casos, la historia evangélica acaba bien: el pródigo se reintegra a la casa paterna, los ciegos y sordomudos recuperan sus sentidos, el epiléptico es curado, el endemoniado exorcizado. Así sucederá con nuestra sociedad si se dispone a renegar de su apostasía, de su ceguera, de su epilepsia, de su sujeción al demonio, y pronuncia un solemne acto de fe, al menos tan solemne como fue su apostasía. En ese caso, Cristo se comportará de la misma manera que en el evangelio.

Pero, en el entretanto, Pie no se hace excesivas ilusiones. Todavía queda un largo trecho por recorrer en el camino de la apostasía. "La marcha progresiva de las pasiones, de acuerdo

520 T. VIII, pp.26-27.

con los justos juicios de Dios, lleva a nuestra generación hasta el fondo del abismo donde vamos a perecer." [521] Sin embargo, la última palabra será siempre la de Cristo.

521 T. IX, p.714.

Capítulo Séptimo

LA MILITANCIA CONTRARREVOLUCIONARIA

El Obispo de Poitiers se resiste a enrolarse entre los borregos de la historia, dejándose llevar por los vientos que predominan. El dramatismo de la situación exige una actitud de militancia, y por eso, al tiempo que exhorta a la lucidez frente a los males modernos, fustiga la falsa posición de los católicos "moderados" o componenderos. La única actitud que de veras cuadra es el combate por Cristo, si fuere menester hasta el martirio.

Lo peor es dejarse impresionar por el éxito del mal en tal grado que el alma abra sus puertas al desaliento radical. "Tanto para los pueblos como para los individuos, la más grande de las desgracias es no sacar provecho de la desgracia, y ser encontrados luego de la prueba peores de lo que la prueba los había encontrado, según aquello que San Agustín decía a los hombres de su tiempo, después de la primera invasión de los bárbaros: *Perdidistis utilitatem calamitatis, et miserrimi facti estis, et pessimi permansistis* («Perdisteis la utilidad del desastre, y os volvisteis los más miserables y permanecísteis pésimos», *De Civ. Dei* 1, 28)." [522]

522 T. IX, p.52.

I. La necesaria clarividencia

Detectar el mal, llamándola por su nombre, y afirmar los principios, especialmente los más conculcados: tales son las dos tareas insoslayables del militante católico en la presente coyuntura. "Frente a tantos errores y tantos males –dice Mons. Pie– nuestro doble deber es combatir la mentira y sobre todo enseñar la verdad." [523]

El Cardenal hubiera preferido, según él mismo lo reconoce, la exposición serena de la verdad católica a la conflictiva discusión. Sin embargo la historia enseña cómo nuestros padres en la fe, dada la necesidad de los tiempos, además de la enseñanza positiva de la verdad, no desdeñaron dedicar buena parte de su tiempo a la controversia, a tal punto que la polémica ocupó un lugar importante en su producción literaria; a la vez que recomiendan la mesura, la moderación y la indulgencia frente a los enemigos de Dios y de la verdad, emplearon constantemente el arma de la indignación, e incluso a veces la del ridículo, con una vivacidad y libertad de lenguaje que espanta nuestros oídos modernos [524]. "Esto dicho –afirma Pie en una conferencia espiritual a su clero–, gustosamente acepto que a la enseñanza del error hemos de oponer sobre todo la enseñanza directa de la verdad que es atacada; dicha persuasión es la que me lleva a pasar revista con vosotros, en el curso de esta conversación, al círculo de verdades que se ha hecho más indispensable recordar al pueblo. Las inteligencias de hoy ofrecen tan poca resistencia al error, y éste tiene tanto poder sobre ellas, porque tales inteligencias no están suficientemente protegidas por el conocimiento de la doctrina cristiana." [525]

523 T. V, p.52.
524 Cf. T. V, pp.52-53.
525 T. V, p.53.

1. *Detectar el error*

Constata Pie cómo el error levanta actualmente su frente con una audacia infinita, sin mesura alguna; todas las verdades son bombardeadas, negadas, ultrajadas, tanto las verdades del orden de la razón como del orden de la fe, las verdades morales como las verdades dogmáticas, las verdades que interesan a la existencia de la sociedad como las que se relacionan con la revelación y la Iglesia [526]. La verdad se siente arrinconada. "El hombre de fe y el hombre de bien ya casi no encuentran lugar en el orden de cosas existente; al menos tienen que tomar mil precauciones para hacerse perdonar los principios a los cuales quieren permanecer fieles." [527]

Observemos la expresión "hacerse perdonar los principios". Ello supone el acosamiento de la verdad, supone un católico a la defensiva. Pie convoca a la altiva denuncia, al desenmascaramiento público del error. Precisamente en un momento en que la llama de la fe ya no sirve de guía a las naciones, en que la dirección doctrinal de la Iglesia es repudiada por los jefes de los pueblos, en una época en que, al decir del profeta, "el sol se acostó al mediodía, y la tierra se cubrió de tinieblas en pleno día" (Amós 8, 9), en esta hora de eclipse completo de la verdad [528], la sola actitud que cabe es desenvainar la espada de la doctrina y marcar al error en la frente.

La situación es sin embargo compleja. Porque el enemigo de la verdadera doctrina toma mil rostros, mil máscaras. Hoy el error es el totalitarismo de quienes pretenden que la autoridad humana

526 Cf. T. VI, p.210.
527 T. VI, p.211.
528 Cf. T. V, p.481.

se declare regla absoluta del orden social, sustrayendo todos sus actos al control doctrinal y moral de la autoridad religiosa; mañana será el liberalismo, por el que la libertad humana enarbola exactamente la misma pretensión, reclamando para la razón lo que antes se reclamaba para el poder [529]. El debelador del error no habrá de perder la cabeza comprendiendo que "en el caso presente la tesis del cesarismo y la del liberalismo no son sino una: oponerse a toda delimitación de la autoridad o de la libertad por parte de la doctrina de la Iglesia. Y porque todas las tesis se confunden aunque sus fines parezcan diferentes, como sucede siempre en semejantes casos, la conjunción se realiza, la concertación se establece." [530]

Es algo semejante a lo que aconteció en el siglo XX donde el capitalismo liberal y el socialismo marxista parecieron enfrentarse, cuando de hecho no eran sino dos caras de una misma realidad, dos expresiones de una misma doctrina de fondo. Se trata, como inmejorablemente enseña Pie, de una guerra intestina en el seno del vasto naturalismo. "Frente al sensualismo harto que goza y que quiere conservar, se levanta el sensualismo hambriento que conspira y que quiere compartir." [531] Corrientes aparentemente antagónicas se encuentran en un denominador común. "Conservadorismo y comunismo o socialismo, espiritualismo y materialismo, liberalismo y despotismo, deísmo incluso y ateísmo; todo esto, según se muestra ante nuestros ojos, forma un conjunto aparentemente muy discordante, presentando la religión moderna bajo nombres y aspectos bien diversos. Pero al fin todos esos matices se acercan y se confunden, todas esas líneas desembocan en un cauce común, todas esas diversidades se aúnan en un mis-

529 Cf. T. VI, p. 435.
530 Ibid.
531 T. III, p.664.

mo símbolo, se encuentran en un mismo programa, a saber, la suplantación del elemento revelado por el elemento humano, la sustitución de los derechos de Cristo y de su Iglesia por los derechos del hombre, el triunfo del naturalismo sobre el cristianismo. Asimismo se encuentra por doquier el mismo lenguaje en todos los labios, la misma fiebre en todas las almas. Civilización, progreso, conquista de la humanidad; industria, especulación, agio; emancipación del espíritu y de la carne; secularización de la ley y del poder; qué sé yo, completad un poco esta enumeración, y tendréis todo el bagaje de palabras, ideas y aspiraciones que caracteriza a un hombre de este tiempo, verdadera antípoda de todo lo que constituye la doctrina, la moral y la disciplina cristianas." [532]

Sin embargo el error, o mejor, los errores, nunca llegan a fusionarse del todo. Sólo las verdades están comunicadas entre sí. Los errores parodian dicha unidad, pero no logran constituir un cosmos sino un caos. Por eso la sociedad se ha convertido en una Babel donde reina la confusión de lenguas, y donde los hombres, desde el día de su nacimiento, escuchan afirmaciones y criterios absolutamente contradictorios. Ya decía Cicerón que la perfecta amistad no existe en la tierra sino entre aquellos que están unidos en una misma manera de pensar en lo que toca a las cosas divinas y a las cosas humanas: *de rebus divinis et humanis concordia* (la armonía de los asuntos divinos y humanos) [533].

Desde esta diversidad de enfoques, la crítica que el naturalismo moderno dirige a la Iglesia toma los caminos más dispares. Es lo que luego notaría Chesterton, y tal paradoja fue una de las causas que lo llevó a su conversión: si de la Iglesia se dicen cosas tan contradictorias, quiere decir que es algo más que humana. Durante mucho tiempo, advierte Pie, se le reprochó la inmovilidad

532 T. III, pp.664-665.
533 Cf. T. I, pp.622-623.

del dogma católico, lo que la volvía extraña a todo progreso; ahora, los apóstoles de la novedad la tachan de innovadora. Antes se la acusaba por su carácter monárquico y aristocrático, por su lejanía de la gente, de la multitud laica; ahora que el Papa consulta el sentir común del pueblo cristiano, como lo hizo antes de proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, se la acusa de obedecer al impulso ciego de las multitudes, de satisfacer los deseos de los estratos más vulgares de la población [534].

Como puede observarse, el error no se revela compacto. Sabe presentarse mezclando lo verdadero con lo falso, el bien con el mal, construyendo con una mano y demoliendo con la otra, reparando la cumbre del edificio y minándolo por la base [535]. Por eso muchos se engañan. De ahí la necesidad de que los católicos militantes tomen clara conciencia del carácter ambiguo con que suele presentarse el error, sobre todo en la época presente, donde se nos acerca bajo la máscara de la seducción. Cuando San Pedro y San Pablo se refieren a los últimos tiempos y a los peligros que los acecharán, dicen que la astucia será su característica dominante (cf. 1 Tim 4, 1 ss.; 2 Tim 3, 1 ss.; 2 Pe 3, 1 ss.). Aludiendo a este tema trae Pie a colación un lúcido texto de Bossuet: "Veo en la Iglesia dos clases de persecuciones: la primera, durante sus comienzos y bajo el Imperio Romano, en que prevaleció la violencia; la segunda, al fin de los siglos, donde imperará el reino de la seducción; no quiero con esto decir que allí no habrá violencia, así como en la de la Roma pagana, donde predominó la violencia, no dejó de haber seducción; pero una y otra se diferencian por lo que en ellas predomina; en la última fase se harán presentes los signos más engañosos que jamás se hayan visto, con la malicia más escondida, la hipocresía más re-

534 Cf. T. II, pp.229-231.
535 Cf. T. VII, p. 66.

finada y la piel de lobo mejor cubierta con la de oveja." [536] Semejante es el error moderno, caracterizado por un doble juego, o un movimiento incesantemente alternativo: "Adelantar y retroceder, mostrarse y esconderse; tal es el manejo cotidiano al que asistimos." [537]

a. El endiosamiento del hombre

Es éste el error medular de nuestro tiempo, el que está en la base de todos los demás, el primero que el defensor de la fe deberá denunciar. Ya la Escritura nos ofrece antecedentes del mismo así como de las consecuencias que de él se siguieron. Nabucodonosor exigió que le rindieran honores divinos y se prosternasen ante su estatua de oro; en castigo de ese crimen fue condenado a vivir entre las bestias del campo (cf. Dan 4, 22). Antíoco Epifanes, enorgulleciéndose más allá de toda mesura, quiso elevar su trono a la altura de los astros, pero pronto debió reconocer que un mortal no puede tener la pretensión de igualarse al Altísimo (cf. 2 Mac 9, 12). Herodes, pretendido orador, a quien la multitud admiraba pensando que su palabra no era de un hombre sino de un dios (cf. Act 12, 22), acabó consumido por los gusanos: *Adulatio quae ex rege facit Deum, ex homine fecit cadaver* (La adulación que convierte en Dios al rey, al hombre lo hizo cadáver), dijo Cornelio a Lapide [538].

La Revolución no es sino "un duelo entre el hombre y Dios" [539], en un intento de colocar la soberanía del hombre y del pueblo por encima de la soberanía divina. "De este dogma fundamen-

536 Cit. T. III, p.539.
537 T. III, p.132.
538 Cf. T. IV, pp.260-261.
539 T. IX, p.461.

tal deriva todo lo que ella llama con el muy elástico nombre de «principios modernos»; y es la apostasía de la humanidad lo que no le permite sufrir que una autoridad, ni siquiera sagrada y circunscrita a la esfera moral de la doctrina y de la conciencia, tenga la pretensión de hablar desde un nivel más alto que el del hombre." [540]

La soberbia del hombre que sueña con ser dios está en el origen de la soberbia de las sociedades que pretenden constituirse en instancia suprema. Como bien observa el P. George Longhaye en su artículo de *Études* sobre el Card. Pie, no era otra cosa lo que planeaban los conspiradores más inteligentes, el conde Cavour, por ejemplo, quizás el más capaz de ellos: lo que había que hacer desaparecer era el último exponente del orden cristiano en la política; al atentar contra los Estados pontificios no se atacaba únicamente la unión de los dos cetros en la misma mano y de las dos coronas sobre la misma cabeza, condición singular de la realeza papal, sino la alianza de lo temporal y lo espiritual, y sobre todo la subordinación de lo temporal a lo espiritual [541].

El intento ha sido logrado, reconoce Pie, al menos en gran parte de la humanidad, el orden social cristiano ha quedado enterrado, se ha visto reemplazado. Lo dice con fórmula esplendorosa: "El cristianismo es el edificio de la gracia que se eleva sobre las ruinas de la naturaleza caída. Ahora bien, el mundo moderno es la naturaleza que retoma fastuosamente lo que ella llama sus derechos, que proclama altivamente sus títulos, que amplía sin límites sus medios de acción y de placer. Concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, orgullo de la vida: he ahí el triple poder que el cristianismo entiende quebrantar. Pues

540 Ibid.
541 Cf. T. VIII, p.288.

bien, el mundo moderno rompió este triple anatema, y de las tres tendencias derribadas por Cristo hizo la triple columna del templo de la humanidad emancipada [...] Prestad oído a sus enseñanzas, y reconoceréis que tiene sus dogmas, su moral, su culto, sus sacramentos, sus bienaventuranzas, su cielo, su infierno, todo lo cual constituye la exacta contrapartida del entero sistema cristiano." [542]

Así pues, la impiedad no es solamente un crimen de los particulares, sino que se ha convertido en el crimen de la sociedad. El principio que en última instancia está en la base de todo el moderno edificio social, por restricciones que se pongan a su aplicación, no es otro que el ateísmo de la ley y de las instituciones, aunque se lo disfrace con los nombres de abstención, neutralidad, o incluso de protección igual a todas las religiones. Allí radica la esencia de lo que se llama "los tiempos nuevos" [543]. Este "mundo nuevo" hace ahora gala de haber conquistado una completa secularización, de haber logrado la ruptura absoluta entre la sociedad "laica" y el principio religioso. El acta de independencia de las instituciones humanas con respecto a la doctrina enseñada por Cristo, es enarbolada como la gran conquista y el hecho culminante de la era moderna. En el horizonte sólo se entreve la demolición radical y absoluta de lo que resta de cristiandad [544].

Será menester denunciar este atentado contra los derechos de Dios, así como la nueva moral que de ello se sigue, una moral por encima de todas las religiones, la moral del hombre endiosado, del hombre autónomo, que decreta su propio Decálogo. "Si yo no hubiera venido –dijo Cristo–, y no les hubiera hablado, serían excusables. Pero ahora no pueden ser excusados de su

542 T. III, pp.663-664.
543 Cf. T. VII, p.100.
544 Cf. T. IV, p.527.

pecado" (Jo 15, 22). Habrá que mostrar la insuficiencia de una moral independiente de Dios, aun cuando se diga fiel a la ley natural, afirmándose que ni siquiera en este caso podrá ser observada en su conjunto sin el socorro sobrenatural de la gracia. El Dios de la moral natural no derramará su bendición sobre quienes desprecian el código de su Hijo encarnado. "Filósofos que proclamais la caída de Jesucristo, sabed que no podréis suplirlo, y si fuese verdad que ya no existe sobre la tierra sociedad cristiana, tampoco lograréis rehacer una sociedad de honestos paganos." [545] Las multitudes pervertidas por los moralistas sin religión, harán caso omiso de sus platónicas homilías.

Remítese Pie al reciente juicio de Pío IX según el cual la crisis de la época es menos política que religiosa. Se trata de un esfuerzo supremo de la Revolución y del infierno por introducir los principios del 89 en las sociedades de población cristiana. La Revolución odia prevalentemente a aquellos Estados que, como el de los Habsburgos, restablecieron mediante un concordato el derecho cristiano en la sociedad civil. "Este tratado regenerador, cuya aplicación y propagación implicaría un golpe de muerte para la revolución, es el objeto predilecto de las cóleras, el lugar al que apunta la reacción satánica de que somos testigos." [546]

Por todo esto deseaba Pie vehementemente que el concilio ecuménico que se estaba por aquel entonces preparando, opusiese una barrera doctrinal al error dominante, al mal prevalente del siglo, o sea la ruptura de los pueblos con el cristianismo, la secularización del entero tejido social, en una palabra, el naturalismo político, ídolo favorito del mundo moderno. La Iglesia no puede pasar al lado de la cuestión medular de los tiempos ac-

545 T. II, p.403.
546 T. III, p.424.

tuales [547]. Y no se alegue, como lo sostenían entonces algunos católicos, que carece de poder para juzgar a los de afuera, a los ateos, materialistas y panteístas. En realidad no se trata de infieles ni de idólatras sino de "sofistas bautizados", que viven, hablan y enseñan en medio de la sociedad cristiana [548].

b. La Ciudad de Babilonia

El militante católico no habrá de quedarse en el aspecto anecdótico de las cosas. Los errores de una época sólo cobran inteligibilidad cuando se los considera en el marco de la lucha cósmica entablada entre la Ciudad de Dios y la Ciudad del Mundo.

Pie recurre a una frase de la Escritura, que a su parecer resume la actividad de los dos bandos en lucha: *Unus aedificans et unus destruens: quid prodest illis nisi labor? Unus orans, et unus maledicens: cujus vocem exaudiet Deus?* ("Uno construyendo y uno destruyendo, ¿qué aprovecha a ellos sino el esfuerzo? Uno orando, y el otro maldiciendo, ¿de cuál de ellos Dios escuchará su voz?", Eccli 34, 29). Tal fórmula le parece describir con exactitud la situación real de su tiempo, aun cuando sabe perfectamente que este trabajo simultáneo de construcción y de demolición, en modo alguno es exclusivo de un siglo determinado ni de un país concreto, sino que caracteriza a toda la historia y abarca todos los lugares. "Desde el origen de las cosas, el bien y el mal no han dejado de estar en presencia el uno del otro, y nunca alguno de los dos permaneció inactivo. Por doquier y siempre, estas dos fuerzas contrarias conocieron un desarrollo paralelo; por

547 Cf. T. VI, pp.433-434.
548 Cf. T. VII, p.211.

doquier y siempre, el esfuerzo de los que abrazaron la noble misión de luchar fue combatido y neutralizado en mayor o menor medida por la acción de los demoledores." [549] *Unus aedificans et unus destruens*. Tal fue el drama de San Miguel y Lucifer en el ámbito de los ángeles; de Abel y Caín en los primeros días de la historia; de las dos ciudades –Jerusalén y Babilonia– a lo largo de todos los siglos. Se cumple acá aquello que leemos en la Escritura: "Lo que es, es lo que ha sido; y nadie puede decir: Esto es nuevo, esto es moderno; porque las mismas cosas han sucedido en los siglos que nos precedieron" (Eccli 1, 9. 10).

La siguiente parte de la frase bíblica: *Unus orans, et unus maledicens*, se cumple asimismo con exactitud. La voz de la adoración y la plegaria coexiste con el tumulto de las blasfemias y maldiciones, pero desgraciadamente en nuestro tiempo parece prevalecer el segundo sobre la primera. Porque si bien es cierto que se reza, y se reza mucho, en los templos, en los monasterios, en las familias, en público y en privado, en el agro y en los campos de batalla, sin embargo no se puede decir que el número de los que rezan sea igual al número de los que no rezan. "¡Qué espantosa estadística la de los no-orantes, la de los hombres cuya vida toda, en materia de actos religiosos, no es sino una omisión perpetua, una negación absoluta!" [550]

El que lucha en favor de la causa de Dios habrá pues de ubicarse en el gran contexto del combate de las Dos Ciudades, denunciando la protervia de quienes se dedican a destruir, y el error de quienes viven como si la existencia personal o social pudiese prescindir de la oración.

El rey de la Ciudad de Babilonia, enseña San Agustín, no es otro que Satanás. De ahí que los errores de nuestro tiempo no se

549 T. VII, p.59.
550 T. VII, p.64.

deben tan sólo a la ignorancia o a la maldad de los hombres. Ya advertía Tertuliano que detrás de nuestros enemigos hay alguien que los pone en movimiento y los conduce (cf. *Apolog.* 22). Recordando este pensamiento del escritor africano, dice Pie que aquellos que niegan la existencia de Satanás no se dan cuenta de que además de oponerse a la enseñanza de la Escritura están haciendo recaer sobre el género humano una terrible acusación. Porque el demonio constituye algo así como un precioso descargo para la maldad de los hombres. Si no existiera Satanás, los hombres, que sin duda tienen su parte de malicia pero que son también tan miserablemente débiles, resultarían seres totalmente malvados, y la humanidad de una perversión tan sobrehumana que acabaría por ser monstruosa. "Es un triunfo del demonio haber logrado disimular tan bien su presencia." [551]

Dos son las pasiones propias del espíritu maligno, afirma el Cardenal: la envidia al hombre, destinado a poseer los bienes de los que su rebelión lo ha despojado; y el odio a Dios, a quien persigue en su imagen, no pudiendo alcanzarlo en su esencia [552]. En el fondo de todos cuantos pretenden atentar contra la doctrina de la Iglesia, se esconde el odio satánico, un odio vivo, odio a Dios, odio a los hombres, odio furioso, implacable, eterno [553] El príncipe de este mundo, que antaño tramó la muerte de Cristo, intenta algo semejante con respecto a la Iglesia, cuerpo y pleroma de Cristo. Según Pie, quizás no haya habido época alguna de la historia como la actual en que el demonio se haya desencadenado con tanta virulencia contra el pueblo cristiano, por lo que hoy se podría repetir con especial realismo la frase del Señor: "Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas" (Lc 22, 53). La pasión

551 T. V, p.414.
552 Cf. T. V, p.415.
553 Cf. T. IX, p.125.

del Salvador se reproduce en la Iglesia, especialmente en sus mejores hijos. El demonio, al ver a Cristo resucitado y vencedor, definitivamente fuera de su alcance, se vuelca con toda su fuerza y la de sus aliados en la tierra a destruir el cuerpo místico de Cristo, a despojarlo de sus vestidos, a dejar su cuerpo cubierto de heridas [554].

El combate de los militantes de la Iglesia no es pues tan sólo contra los enemigos humanos de la doctrina católica, sino en última instancia contra "el príncipe de este siglo", que sabe seducir, encubrirse bajo piel de cordero, aparecer *sub angelo lucis* (2 Cor 11, 14), disimulando su odio en la lucha encarnizada que por medio de la Revolución entabla contra la Iglesia. El poder satánico es mil veces más temible en los engaños e intrigas de su falsa moderación que en los arrebatos de su rabia y de su crueldad [555].

La tentación de nuestro tiempo es la más sutil de la historia, el eco de aquella que Satanás le dirigiera a Cristo cuando, luego de haberlo llevado a una alta montaña, le dijo: "¿Ves todas estas cosas? Te lo daré todo si caes a mis pies y me adoras" (Mt 4, 9). Hoy se acerca a la Iglesia y a cada uno de sus hijos, especialmente a los que intentan desenmascarar los errores de nuestro siglo. "«Te daré todas estas posesiones terrestres –le hace decir Pie–, toda esta pompa y esta gloria externa, y haré que permanezcan en tu poder, con tal de que te inclines ante mí, que sanciones mis máximas, adoptándolas, y me rindas homenaje: *Haec omnia tibi dabo, si cadens* (¡qué caída!) *si cadens adoraveris me* (te daré todas estas cosas, si postrándote me adorares)». A las palabras del seductor Cristo había respondido: «¡Retírate, tentador, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios y a Él solo servirás!» Y el

554 Cf. T. VII, pp.596-597.
555 Cf. T. III, pp.532-533.

tentador se alejó de Jesús, y los ángeles acercándose le sirvieron (cf. ibid. 4, 10.11). Hermanos míos, la Iglesia, colocada en las mismas condiciones que su Maestro, no podría encontrar otra respuesta [...] Ella no sustituirá jamás, ni siquiera en sus instituciones puramente temporales, los derechos imprescriptibles de Dios por los pretendidos derechos del hombre. Y si la firmeza invencible de la Iglesia debiese privarla en adelante de todo apoyo terreno, de toda asistencia humana, pues bien, aún hay ángeles en el cielo, se acercarán y la servirán." [556]

c. Las diversas máscaras del Anticristo

En la cascada de los errores modernos que el militante contrarrevolucionario se ve obligado a presenciar, si es realmente lúcido ha de percibir expresiones diversas de un acontecimiento crucial en la historia: el adviento del Anticristo. Ya Jesús advirtió que vendrían muchos en su nombre afirmando ser el Mesías, y engañarían a no pocos. Asimismo nos dejó dicho que cuando los incautos exclamaran: "Aquí está el Mesías", no les creyésemos. "Porque no serán sino falsos mesías y falsos profetas que obrarán grandes prodigios para inducir a error" (cf Mt. 24, 4-5.24-25).

Dice Mons. Pie que son especialmente los pastores quienes han recibido el encargo de aplicar las palabras de Cristo a los diversos tiempos. Así lo entendió su predecesor San Hilario, quien al explicar a sus fieles el significado de aquel texto profético del evangelio, se preocupó por revelarles las señales del anticristo, no solamente de ese anticristo personal que cumplirá un papel tan terrible en los últimos días de la historia, sino también de los numerosos anticristos que en el curso de los siglos, especialmente

556 T. III, pp.517-518.

del suyo, van preparando la venida y facilitando la misión del anticristo final. Si está escrito que los tiempos del anticristo postrero serán peligrosos, que la buena fe de muchos se verá sorprendida, no parece que puedan obviarse precauciones respecto a sus precursores. "Sólo tengo un aviso que daros –decía San Hilario–: ¡cuidado con el anticristo!"

Siguiendo el ejemplo de su predecesor, Pie se esmera en describir las diversas formas que toma el Anticristo de nuestro tiempo. A ello dedica sobre todo una hermosísima homilía. "Ya hay muchos anticristos", comienza por afirmar citando a San Juan: "Como habéis oído que viene el anticristo, os digo que ya muchos se han hecho anticristos" (1 Jo 2, 18). Y agrega enseguida que la significación misma de dicho nombre es ser contrario a Jesucristo, la antípoda de Cristo. ¿Quiénes serán, pues, en nuestro tiempo los "contrarios a Jesucristo"?

Es anticristo, ante todo, el que niega que Jesús es Dios; igualmente el que niega que es verdadero hombre, según expresamente lo afirma San Juan: "Quien no confiesa que Cristo vino en carne es seductor y anticristo" (2 Jo 7); el que niega que Jesús sea Dios y hombre a la vez. Pues bien, hoy se niegan todas estas cosas: hay quienes niegan la divinidad de Cristo, hay quienes niegan incluso su humanidad, llegando a afirmar simplemente que el personaje histórico de Jesús ni siquiera ha existido.

Es anticristo, asimismo, dice siguiendo a San Juan, quien niega al Padre, ya que la negación del Padre implica la negación del Hijo: *Hic est antichristus qui negat Patrem et Filium* (1 Jo 2, 22).

Anticristo es el que niega los milagros, el que enseña que el milagro no tiene lugar posible en la trama de las cosas humanas, como sostienen los racionalistas. Quienes tales cosas afirman se oponen a Cristo, ya que Éste no sólo selló con su palabra, digna

de todo crédito, la doctrina de su divinidad, sino que también quiso confirmarla mediante el argumento decisivo del milagro.

Es anticristo el que niega la revelación divina de las Escrituras, porque Cristo fue anunciado por profecías divinamente inspiradas, y se dio a conocer mediante los Evangelios escritos bajo el dictado del Espíritu Santo, así como por los hechos y las cartas de los apóstoles. Lo decía ya San Hilario: "Quien niega a Cristo tal cual ha sido predicado por los apóstoles, es anticristo."

Anticristo es quien niega la institución y misión divinas de la Iglesia, ya que el fin de las obras, de los sufrimientos y de la muerte de Cristo, no fue sino la fundación de la Iglesia. Si fuera cierto, como afirman algunos en nuestro tiempo, observa Pie, que la Iglesia no tiene un carácter sobrenatural, si fuese solamente una institución terrena, una de esas organizaciones religiosas destinadas a jugar un papel relevante en el seno de la humanidad, una escuela más o menos respetable de filosofía o de filantropía, en una palabra, si la Iglesia no fuese divina, tampoco lo sería Cristo, su fundador. El rechazo de la divinidad de la obra implica el rechazo de la divinidad del artesano.

Es anticristo el que niega la suprema e indefectible autoridad de Pedro. Porque si las solemnes palabras que Cristo le dirigiera a Pedro no hubiesen hecho de él el fundamento inquebrantable de la Iglesia, la roca inmutable de la verdad, el oráculo infalible de la fe, significaría que quien las pronunció no tenía el poder de hacerlas eficaces. Tocar a Pedro es tocar a la cabeza divina e invisible de la Iglesia.

Anticristo es el que niega o deprime el sacerdocio católico. Porque si las facultades que Cristo confirió a los sacerdotes no incluyen el poder de enseñar la verdad por la predicación, de comunicar la gracia por los sacramentos, de hacer posible la observancia de los preceptos divinos por el gobierno eclesiástico, es decir,

el triple poder de enseñar, santificar y regir, y si en el ejercicio de esos poderes el sacerdocio no es sostenido por una asistencia continua y una presencia cotidiana de Cristo, entonces hay que admitir que Cristo dijo más que lo que podía hacer, y por tanto no es Dios.

Es anticristo el que niega la superioridad de los tiempos y de los países cristianos sobre los tiempos y los países infieles o idólatras. Porque si Cristo, que nos iluminó cuando estábamos sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte, y nos abrió los tesoros de la verdad y de la gracia, no hubiese logrado enriquecer al mundo, incluso al mundo político y social, con bienes mejores que los que poseía en el seno del paganismo, ello significaría que su obra no es una obra divina. Más aún, si el Evangelio fuese impotente para procurar el verdadero progreso de los pueblos; si la luz revelada, útil a los individuos, resultase perjudicial a las sociedades; si el cetro de Cristo, bienhechor para las almas, e incluso para las familias, fuera malo e inaceptable para las ciudades y los imperios; en otros términos, si Jesucristo, a quien su Padre entregó las naciones en herencia, según lo habían predicho los profetas, no pudiese ejercer su poder sobre los pueblos sino en detrimento de los mismos, habría que concluir que Cristo no es Dios. Porque así como el misterio de su encarnación no sufre que Jesús pueda ser dividido, fraccionado, disuelto, así tampoco lo consiente el ejercicio de sus derechos; la distinción de naturaleza y operaciones en Cristo jamás podrá implicar oposición alguna; lo divino no puede ser antipático a lo humano, ni lo humano a lo divino. Por el contrario, Él es la reconciliación, "es nuestra paz que de dos hace uno" (Ef 2, 14). Por eso dice San Juan: "Todo espíritu que disuelve a Jesús no es de Dios" (1 Jo 4, 3) [557].

557 Cf. T. IV, pp.582-589.

En otro lugar Mons. Pie volverá sobre el mismo tema. Lo que está en litigio, afirma, es la esencia misma de la religión, la divinidad del cristianismo y de Jesucristo mismo: "Decir que Jesucristo es el Dios de los individuos y de las familias y no el Dios de los pueblos y de las sociedades, es decir que no es Dios. Decir que el cristianismo es la ley del hombre individual, y no la ley del hombre colectivo, es decir que el cristianismo no es divino. Decir que la Iglesia es juez de la moral privada y doméstica, y que nada tiene que ver con la moral pública y política, es decir que la Iglesia no es divina." [558]

El Anticristo está pues en acción tratando de imponer todo ese sistema que puede ser llamado "el anticristianismo". Es otro evangelio, distinto del que hemos recibido de Cristo [559].

* * *

La detectación de los errores es un elemento sustancial en la militancia contrarrevolucionaria, que provoca irritación o a veces hilaridad en la gente de mundo. "Hemos visto hombres sabios, incluso doctores y jueces en Israel, que se ponían a sonreír cuando nosotros nos lamentábamos por los signos calamitosos y los excesos criminales de nuestro tiempo. ¡Como si deficiencias absolutamente semejantes, y concebidas en los mismos términos, decían, no hubiesen sido familiares a todos nuestros antecesores indistintamente! Basta pues con esa fraseología pesimista, con esas banalidades lacrimosas. Congratulémonos más bien por todo lo que nuestro tiempo tiene de bueno y generoso; y sepamos mirar al mal en la cara, con el ojo sereno y resignado del observador y del filósofo." [560]

558 T. VI, p.434.
559 Cf. T. IV, pp.589-590.
560 T. VII, pp.59-60.

A esta acusación de "tremendismo pesimista", Pie responde que es una constante de todos los siglos el que los hombres de Iglesia, especialmente los santos, hayan gemido por los pecados y los males de que eran testigos. ¿Por qué prohibirnos llorar en esta época? ¿Acaso hemos conquistado el derecho de presentarnos ante Dios, con presuntuosa confianza y audaz suficiencia, para reclamar la recompensa debida a los méritos de nuestra generación? Ello mostraría en nosotros la más espantosa de todas las disposiciones "puesto que implicaría el olvido de la noción misma del mal, el olvido de la santidad infinita de Dios, el olvido de la gravedad inmensa del pecado, el olvido del deber, más aún, de la necesidad casi ilimitada de expiación" [561].

A quienes detectan los errores de su tiempo y anuncian las calamidades que dichos errores preludian, se los acusa de ser "profetas de desgracias". Son muchos los que huyen de todo lo que pueda oler a alarmismo, y no soportan que se desconfíe del futuro; en los síntomas más flagrantes de desorganización social no ven sino motivos de tranquilidad y prendas de prosperidad siempre creciente. "¿Os acordáis de la espantosa catástrofe ocasionada el año último en Burdeos por la explosión de un depósito de combustible? El incendio había devorado una serie de casas; proyectiles mortíferos extendían el desastre a todo el entorno; una calle íntegra estaba cubierta de carbones y escombros. Encima de esas ruinas humeantes se podía ver, a la luz de las llamas, un letrero, lo único que por una especie de fatalidad irónica se había salvado, sobre el cual restaban intactas y bien legibles las últimas palabras, escritas con letras enormes: *Depósito de combustible inexplotable!* Imagen fidelísima de la seguridad que algunos tratan de inspirarnos en esta hora." [562]

561 T. VII, p.60.
562 T. VI, p.441.

Otra objeción que se suele elevar contra los que se animan a denunciar los errores de la propia época es que la contradicción puede dar importancia al agresor y conciliarle el favor popular, mientras que el silencio desdeñoso logra que se pierda en la oscuridad y el olvido. "A esto respondo primero que la Iglesia, sin cometer la falta de sobreestimar y agrandar deliberadamente a ninguno de sus adversarios, no acostumbra minimizar ni aminorar a ninguno de ellos, y que si advierte que al combatirlos los honra y exalta, no por ello tiene que privarse de tal procedimiento. Asimismo debo agregar que la teoría del silencio es, generalmente hablando, una teoría demasiado cómoda para no ser sospechosa, y constato que en el pasado no tiene a su favor ni la autoridad, ni el ejemplo, ni el éxito." [563]

2. *Afirmar los principios*

Sostiene Mons. Pie que hay tiempos en que, para castigar el orgullo de los hombres y la presuntuosa confianza que tienen en sí mismos, Dios se esconde, se retira, y entonces la oscuridad cobra particular espesor. Así ocurrió en la época de los Faraones que se oponían a la voluntad de Dios. "Y se hicieron tinieblas densísimas en toda la tierra de Egipto" (Ex. 10 22); algo semejante sucedió también cuando se consumó el deicidio: "Desde la hora de sexta las tinieblas se extendieron sobre la tierra hasta la hora de nona" (Mt 27, 45). "Así acontece ahora –prosigue el Cardenal–, no en lo que se refiere a la luz material sino a la luz de los espíritus. Jamás el globo terrestre ha estado envuelto en una nube más espesa, jamás la humanidad ha caminado por caminos más sombríos y oscuros. Creeríase que ha retornado el primer comienzo de la creación, cuando todo era caos y las tinieblas

563 T. V, p.52.

cubrían la superficie del abismo, no habiendo aún Dios separado las tinieblas de la luz. En pleno mediodía, dudamos, tanteamos, tropezamos como en la noche [...]; y los conductores de los pueblos, más ciegos aún que aquellos a quienes conducen, no logran sino precipitarnos con ellos en una misma fosa." [564]

Por eso, hoy más que nunca se requiere luz, iluminación, proclamación franca de la verdad y del deber. "En las crisis políticas –dejó dicho de Bonald– lo más difícil para un hombre honesto no es cumplir su deber sino conocerlo." [565] De ahí la necesidad de la docencia de la verdad, de la reiteración de los principios olvidados o preteridos.

Para dicha tarea lo primero que se requiere es *recuperar el significado de las palabras*. Aludiendo a aquella recomendación de San Pablo: "Que nadie se deje engañar por palabras vanas" (Ef 5, 6), comenta Pie: "Sí, existen esas palabras mal definidas, bajo cuyo envoltorio engañoso toda una generación acepta, como axiomas ciertos, las cosas más desprovistas de sentido y de verdad." [566] Son palabras vagas y vacías, dirá en otro lugar, banalidades sonoras, con las que se ha fascinado y adormecido, ya en su cuna, ya en su lecho de muerte, a todos los regímenes políticos de turno. "Es toda una colección de palabras que no dicen ya nada, a fuerza de haber sido usadas por todos los partidos, aun los más diversos, que les han hecho decir lo que se les ha antojado. Un pensador de los primeros años de este siglo pedía su expulsión del vocabulario de los hombres serios." [567]

Tras la redefinición de las palabras urge la *reafirmación de las verdades, especialmente las más conculcadas*. "El principal bene-

564 T. VIII, p.167.
565 Cit. T. V, p.483 y T. VII, pp.543-544.
566 T. III, p.132.
567 T. VII, p.111.

ficio que hay que sacar del error, de la herejía y de todas las contradicciones que encuentra la verdad entre los hombres, es el esclarecimiento y glorificación de aquel punto de la doctrina que es esencialmente negado y combatido. Muy ilustres doctores, como Tertuliano, San Hilario, San Vicente de Lerins, han desarrollado con amplitud este orden de prudencia providente [...] ¿Queréis saber qué aspectos deben elegir preferentemente los hombres aplicados a las ciencias sagradas en sus estudios, en sus investigaciones y en todo el dinamismo de su trabajo intelectual; en qué materias los escritores religiosos y sobre todo los guías y doctores espirituales de los pueblos deben concentrar sus controversias, sus demostraciones, sus enseñanzas; en fin, a qué temas de meditación, a qué tipo de contemplación y de plegaria deben darse con más predilección las almas verdaderamente animadas del espíritu de Dios? Mirad a dónde el error dirige sus ataques, sus negaciones, sus blasfemias. Lo que es atacado, negado, blasfemado en cada siglo, eso es precisamente lo que ese mismo siglo debe defender, debe afirmar, debe confesar. Donde abunda el delito, es preciso que la gracia sobreabunde (cf. Rom 5, 20). A las oscuridades del espíritu, a las frialdades del corazón, hay que oponer un suplemento de luz, un recrudecimiento de amor. Aminorada, deformada, paralizada en cierto número de almas, es menester que la verdad se vuelva más intacta, más correcta, más operante en los otros. Cuando el mundo objeta, es entonces cuando la Iglesia escruta, profundiza, precisa, define, proclama. A medida que se la contradice más, su enseñanza se amplifica, se desarrolla, se ilumina y se inflama. El amor de la doctrina, la pasión de la verdad se enfervorizan en los corazones fieles; y el depósito sagrado, lejos de sufrir disminución alguna, saca a plena luz todo el tesoro de sus riquezas." [568]

568 T. V, pp.36-37.

Tal fue la estrategia pastoral del Card. Pie. En una época que olvidaba a Dios en favor del hombre, que exaltaba los derechos del hombre guardando silencio sobre los derechos de Dios, en ese siglo XIX que recibió como herencia del siglo XVIII un testamento de muerte, que lo llevó de caída en caída y de ruina en ruina, Pie exalta la necesidad de restaurar la filosofía, enseñada según las tradiciones cristianas, y principalmente la teodicea, para volver a poner en su lugar las bases naturales de la verdad revelada y del derecho cristiano sobre individuos y naciones [569].

Habrá que acentuar sobre todo el orden sobrenatural. Oponer a la deificación del hombre por sus solas fuerzas la *deificación del hombre pero en Cristo*, que es nuestro verdadero título de nobleza en el presente, y nuestra prenda de gloria en el futuro. Y dado que la doctrina de la Encarnación del Verbo toca las fibras más íntimas de nuestra existencia, relacionándose con nuestro destino tanto presente como futuro, constituyendo la carta de nuestros derechos y el código de nuestros deberes, nunca profundizaremos suficientemente este artículo de nuestra fe. "Mientras el naturalismo más envuelve con sus tinieblas las esferas profanas, la ciencia sagrada deberá aplicarse con mayor intensidad a iluminar el misterio completo de Cristo, es decir el misterio de la naturaleza humana deificada hipostáticamente en la persona individual de Jesucristo, y deificada adoptivamente en todos los miembros del cuerpo de Jesucristo, que son sus elegidos; deificación que se refleja sobre toda la creación angélica y terrestre, de la que el hombre es el centro y el punto de unión." [570]

Esta verdad, que constituye el mentís del naturalismo, es la verdad central del cristianismo, al tiempo que la garantía de nuestro

569 Cf. T. IX, pp.282-283.
570 T. V, pp.136-137.

orgullo. Se trata del segundo nacimiento, del prodigio de la generación espiritual a través del sacramento y de la fe. El sacramento, por el que la vida divina se infunde o acrecienta en el alma, no es otra cosa que la penetración de la sangre de Cristo en esa alma. En un sueño misterioso, el profeta Ezequiel vio un conducto subterráneo que partía del lado derecho del santuario, y las aguas en él contenidas se deslizaban hacia el umbral del templo, llevando la sangre de las víctimas y las cenizas de los holocaustos (cf. 47, 1 ss.), al tiempo que una voz decía: "Todos los vivientes que nadan en las aguas, por dondequiera que entre este río, vivirán, y los peces serán allí abundantísimos, porque al llegar estas aguas, las del mar se sanearán, y los peces tendrán vida hasta donde llegue el río" (ibid. 9). Maravillosa imagen de las aguas del bautismo, comenta Pie, que brotando del costado del Salvador o del pie de la copa eucarística, y llevando en ellas las fecundas energías de una sangre prolífica, comunican el ser divino de la gracia y la semilla divina de la gloria a todas las almas que se bañan en la fuente del bautisterio. El bautismo, y sobre todo la eucaristía, introducen en lo más íntimo de nuestra vida la sangre de Aquel en quien somos adoptados, pasando a ser de su misma raza divina [571].

A la luz de esta elevación del individuo, de esta exaltación no prometeica hasta el nivel divino, fruto de la gracia, será legítima la proclamación de *los verdaderos derechos del hombre*. "Cuando no sean los derechos de Dios los que reivindicaremos contra esos doctores nuevos, serán también los derechos del hombre y de los pueblos. ¿No es acaso un derecho del hombre, desde la venida de Jesucristo, ser gobernado cristianamente? ¿Acaso las naciones no han aprendido a sus expensas el costo que sufrieron por haber excomulgado a Dios, a su Cristo y a su Iglesia, de la

571 Cf. T. V, pp.138-140.

esfera de las cosas sociales?" [572] Según Pie, el fin primordial del controvertido *Syllabus* fue proclamar "el derecho del hombre a Dios", enseñar que Dios es el Dios de los pueblos tanto como de los particulares, y que el orden normal de las sociedades cristianas sólo se da en la conformidad de sus leyes con la ley del Evangelio [573]. También la sociedad tiene "derecho a Dios", aunque a ello se opongan los "libertarios despóticos" de nuestro siglo.

Habrá que insistir consiguientemente sobre la vigencia pública del Decálogo como compendio de lo que se debe a Dios y lo que se debe al hombre. "De los diez preceptos del Decálogo,

572 T. IX, p.62. En un sermón pronunciado en Chartres, así predicó Mons. Pie: "La tierra es del Señor, clama el profeta real, la tierra y todo lo que contiene. A Él pertenecen el universo y todos los que lo habitan [...] Hay pues un propietario cuyo dominio absoluto y soberano se extiende no solamente a todas las cosas, sino también a todas las personas. Y la razón de este derecho del Señor nos la revela enseguida el mismo filósofo inspirado: «Es que sólo el Señor hizo el mundo y los hombres», sólo Él es creador, autor de las cosas y de las personas; el único, por consiguiente, que tiene sobre el mundo y los hombres, sobre las cosas y sobre las personas, un derecho supremo y necesario [...] El derecho de Dios es el derecho en su esencia, en su fuente, en su raíz; es el derecho independiente, ilimitado, necesario [...] Para decirlo todo, el derecho de Dios es Dios mismo puesto que Dios mismo es la razón de su derecho. Los derechos del hombre, por el contrario, son una participación, una derivación del derecho de Dios; son derechos subordinados, restringidos, contingentes, según el lenguaje de la Escuela. Y para hablar más exactamente, los derechos del hombre no son propiamente distintos del derecho de Dios puesto que no tienen su razón de ser sino en Él y por Él. Así, aplicándose este principio en toda su extensión, habría que decir: derecho divino de la paternidad, derecho divino de la soberanía (bajo cualquier forma que se concrete), derecho divino de la piedad": en *Oeuvres sacerdotales du cardinal Pie*, H. Oudin, tomo 2.

Es la doctrina tradicional, tan alejada de la declaración impía de las revolucionarios de 1789 sobre los derechos del hombre. En efecto, apóyase ésta sobre la sola soberanía del hombre y del pueblo, y por vía de consecuencia descarta la soberanía de Dios y los deberes de la creatura hacia su Creador. "La Revolución –decía Albert de Mun en la Cámara en 1878– es una doctrina que pretende fundar la sociedad sobre la voluntad del hombre en lugar de fundarla sobre la soberanía de Dios."

573 Cf. T. IX, p.401.

sólo los tres primeros nos recuerdan los derechos de Dios, los otros siete proclaman los derechos del hombre. Derecho de los padres al respeto y amor de sus hijos: Padre y madre honrarás, para vivir largamente; derecho del hombre al primero de todos los bienes, la vida: Homicidio no harás voluntariamente; derecho del cuerpo y del alma a no sufrir los ultrajes y degradaciones del vicio: No lujuriarás de cuerpo ni de deseo; derecho de propiedad: No tomarás el bien ajeno ni lo retendrás contra su voluntad; derecho al respeto de la propia reputación, del honor, de la vida familiar y cívica: Falso testimonio no dirás ni mentirás en modo alguno. No codiciarás los bienes ajenos. Tal es el verdadero código de la humanidad. Es cierto que la formulación de esos derechos se hace bajo forma de deberes; pero evidentemente tales deberes suponen derechos. No queda pues olvidado el hombre en este código, el más antiguo y venerable del mundo; no es oprimido ni aniquilado bajo la grandeza de Dios; es tratado con respeto y ocupa un puesto de honor." [574]

El lugar de Dios. El lugar del hombre. Cuando los lugares son ocupados por quienes corresponde, *el auténtico orden* resulta salvaguardado. Frente al pseudo-orden egocéntrico o materialista, que en el fondo no implica sino desorden, es urgente reafirmar la justa y sana noción del orden verdadero. El orden consiste en tributar a cada cosa el grado de estima y amor que le corresponde, en menos-preciar las cosas que pasan, en buscar principalmente las que permanecen, en apreciar por encima de todo el bien soberano que es Dios. Quienes, por el contrario, desprecian el bien supremo, quienes tienden con todo su ser a los bienes caducos del mundo en detrimento del alma, quienes no obedecen sino a los deseos de la carne, todos ellos viven instalados en el desorden [575].

574 T. VI, pp.351-352.
575 Cf. T. I, p.331.

No habrá legítimo orden si falta la piedra angular. Será por ello preciso proclamar oportuna e inoportunamente que *Jesucristo es la clave de bóveda de todo el edificio personal y social*, y que cualquiera que pretenda edificar la casa sin Él, está construyendo en el vacío. Pie toma ocasión de la frase de Jesús: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 20) para desarrollar admirablemente este tema: "Como se ve, Jesucristo está presente entre nosotros. Digo mal: está «en medio de nosotros», *Jesus autem in medio, et non in angulo*, decía San Bernardo; en medio, escucháis, y no en un rincón. El error y el crimen de nuestras sociedades modernas, crimen inconsciente en muchos, bien lo sé, consiste en querer empujar, querer arrinconar a Jesucristo en una esquina, en un ángulo, querer aprisionarlo en un compartimento de la cosa pública. No lo queremos nosotros así; y porque sabemos que el Dios hecho hombre tiene derecho a impregnar todas las partes del cuerpo social, ya que su Padre lo puso en el medio, lo instaló en el centro de la humanidad liberada, de la sociedad regenerada por su sangre, comencemos por ponerlo en el centro de nuestras obras, por instalarlo en medio de nuestras reuniones: *in medio, inquam, non in angulo*, en medio, os digo, y no en un rincón." [576]

Será preciso asimismo proclamar que detrás de todos los problemas políticos, económicos y sociales, *late un problema teológico*, que en el fondo de todas esas cuestiones se esconde una cuestión religiosa [577]. Así lo han confesado dos de los más célebres enemigos de la Iglesia: "La teología está en el fondo de todas las cuestiones contemporáneas" (Leroux y Proudhon); "La

576 T. IX, pp.206-207.
577 Cf. T. VII, p.381.

cuestión religiosa resume y domina todas las otras; las cuestiones políticas le están necesariamente subordinadas" (Mazzini) [578].

Observa Mons. Pie que en medio del espantoso progreso de la impiedad, cuando el adversario insolente de Cristo se atreve a levantarse contra Dios y contra todo resto de orden (cf. Dan 11, 36-37), se ha hecho indispensable que también los doctores levanten el tono de voz de la doctrina, despreciando la burla y el martirio moral o físico. De tales doctores está escrito que brillarán como el esplendor del firmamento, como estrellas en perpetua eternidad. La historia del pueblo elegido conoció un personaje insensato y siniestro llamado Antíoco, quien considerándose una especie de dios sobre la tierra, decidió aniquilar al Dios de los judíos. Frente al poder terrible del tirano, el pueblo fiel no tenía a su disposición sino un puñado de bravos. Durante ese tiempo cruel, la doctrina siguió siendo anunciada y proclamada por corazones intrépidos a los que ni la espada, ni la amenaza, ni el despojo pudieron reducir al silencio. Las respuestas de los siete hermanos Macabeos y de su madre nos muestran cómo eran entonces catequizados los niños y las mujeres, cuán grande era la lucidez de su inteligencia y el coraje de su voluntad. Aquellos doctores de la antigua ley, que predicaron en un ambiente tan hostil, brillarán eternamente como el esplendor del firmamento, aquellos doctores que mantuvieron a sus hermanos en las vías de la verdad y del coraje resplandecerán como estrellas de primera magnitud.

En el siglo IV de la era cristiana, prosigue Pie, se levantó otra figura del Anticristo, que se llamaba Arrio. También él, aunque de otro modo, tendía a destruir al Dios del evangelio, transfiriendo a la creatura el carácter y los atributos del Verbo divino, en un esfuerzo supremo por lograr el destronamiento de Dios. También

578 Cit. T. VIII, p.88.

entonces la lucha fue espantosa, y según la enérgica expresión de San Jerónimo, hubo un día en que el universo se despertó extrañándose de encontrarse arriano. Pero cuando parecía que la ortodoxia había sido definitivamente eliminada de la faz de la tierra, en algunas regiones del mundo cristiano, en medio de las tinieblas generalizadas, se encendieron varios faros resplandecientes, como Hilario, Atanasio y algunos otros doctores, que salvaron la fe conculcada.

Quince siglos después de Arrio, levantó la cabeza un nuevo arrianismo, más absoluto, más radical, el naturalismo, caracterizado según vimos por la negación del entero orden sobrenatural así como de todo elemento que trascienda a la naturaleza creada, y que conduce a la deificación del hombre que se sustituye a Dios. Es la vieja profecía de Daniel realizada en toda su extensión y profundidad: la apoteosis del hombre en el seno de la Revolución universal. Pues bien, frente a esta gravísima herejía han surgido, una vez más, nuevos doctores de la fe, especialmente el doctor supremo en la tierra, el Papa, cuya esclarecida palabra no ha podido ser acallada ni por la cautividad ni por la expoliación. Todos estos doctores de nuestro tiempo, que propenden a la restauración de la verdad y la justicia, brillarán como estrellas por una eternidad [579].

En el mismo sermón se refiere Pie a un singular tipo de docencia heroica que conoció su siglo: la docencia implícita que cumple el político católico, dispuesto a morir antes que ser infiel a la causa de Dios. "Había en las regiones meridionales de América, bajo los ardores del Ecuador, un pequeño pueblo que reconocía a su Dios; un pueblo que se había dado un jefe cristiano, y que, por su intermedio, había alcanzado ventajas siempre crecientes tanto en lo que hace a la civilización material como a la mo-

579 Cf. T. IX, pp.295-300.

ral [...] Pero la revolución, que lo veía crecer, tenía en sus manos el puñal. Salud, García Moreno, salud a los rayos múltiples de la aureola que ciñe vuestra frente; porque si bien es cierto que es la aureola del mártir, es también la de la doctrina, la doctrina más desconocida por los gobiernos de este tiempo, la doctrina de la política cristiana. Y porque habéis sido docto en esta ciencia, y porque la habéis enseñado a muchos, vuestra memoria resplandecerá en el firmamento hasta el fin de las edades, y vuestra frente brillará entre los astros del cielo durante toda la eternidad." [580]

Es verdad que muchos hombres de nuestro tiempo, e incluso personas de bien, objetan que el acentuar tanto las verdades y los principios del orden sobrenatural, puede ensanchar el foso que separa a la Iglesia de los hombres, a los que no sólo debe la verdad sino y antes que nada la salvación de sus almas. Así se expresaban casi todos en la época del arrianismo, responde el Cardenal, y un lenguaje análogo tuvieron los embajadores de los príncipes seculares durante el concilio de Trento, afirmando que la proclamación de un símbolo nuevo y más tajante resultaría francamente agresivo. Nada parecía se ganase con alejar de sí esa multitud de espíritus fluctuantes que una fórmula menos explícita mantendría en la comunión de la Iglesia. Sin embargo los obispos más clarividentes, tanto en la época del arrianismo como del protestantismo, no hicieron suyas tales aprehensiones. "Mantuvieron con indomable tenacidad la palabra propia de la doctrina, y la defendieron con tanta autoridad, la interpretaron con tanta ciencia, que el dogma atacado resplandeció en adelante con un brillo irresistible. Constatando este provecho que el error trae consigo y esta ganancia que aporta la herejía, San Hilario exclamaba: "Grande es la fuerza de la verdad, que aun cuando posee en sí misma señales suficientes de credibilidad, sin embargo

580 T. IX, p.299.

brilla todavía más gracias a los obstáculos que le salen al paso. Inmutable en su naturaleza, adquiere con todo cada día nueva firmeza por los atentados que se perpetran en su contra. Es en efecto propio de la Iglesia vencer cuando se la ataca, ser mejor comprendida cuando se la objeta, ganar terreno cuando se la abandona." [581]

II. La reacción "moderada" o los católicos "prudentes"

La clarividencia es lo que permite al católico militante conocer los principios al tiempo que detectar el error. Sólo a partir del conocimiento de la verdad podrá tener la sagacidad necesaria para percibir los errores y no sólo los gruesos sino también aquellos equívocos y ambigüedades que debilitan la verdad. Tal clarividencia se hace hoy más necesaria que nunca ya que, como dice Pie, los errores se han encarnado en las fórmulas legales y las prácticas administrativas, penetrando profundamente los espíritus. El indiferentismo, denunciado en el *Syllabus*, ha pasado de la esfera de las ideas y de las teorías al campo de las leyes y de los hechos [582].

Vivimos una época de contagio colectivo de las ideas disolventes. El naturalismo encuentra cómplices aun en aquellos a quienes no ha llegado a dominar completamente. Es lo que acaece en tiempos de peste, observa Mons. Pie; incluso los que escapan al contagio padecen con frecuencia algunos síntomas de la influencia morbosa. Paulatinamente el aire que respiramos se ha ido cargando de miasmas doctrinales, en un ambiente siempre más rarificado. La vecindad e intercambio continuo en el seno de la

581 T. V, pp.38-39.
582 Cf. T. VII, p.573.

sociedad han hecho posible que el naturalismo filosófico y político contagiase a numerosos católicos que se califican de "liberales". Plumas hábiles e incluso honestas han propuesto, desarrollado y difundido un programa de conciliación entre la doctrina cristiana y los principios del mundo moderno. Se ha dicho que la naturaleza tenía sus franjas donde debía moverse con independencia; que la razón no había de dar cuenta alguna a la fe; que las ciencias y la filosofía no eran las esclavas de la teología, sino sus hermanas, y quizás hermanas mayores; que la política, sobre todo, tenía su ámbito propio, no solamente distinto sino completamente separado e independiente. Y así sucedió que lo divino, incluso en quienes seguían siendo creyentes, fue perdiendo su prestigio social, y por tanto su imperio; el orden sobrenatural, aun por parte de aquellos que continuaban aceptándolo, se fue restringiendo en su extensión, limitándose en su irradiación temporal, mucho más de lo que lo había sido en siglos anteriores. El cristianismo ya no es considerado como el principio, la ley suprema y el fin último de todas las cosas humanas y temporales. Cristo, a quien todavía se reconoce como rey de las almas y legislador de las conciencias, ve ahora cuestionado su señorío sobre las naciones. Más aún, agrega Pie, estas ideas no sólo han influido en el pueblo cristiano en general, sino que contagiaron incluso a hombres del santuario, produciendo en ellos un decaimiento general, una suerte de desmayo [583].

1. *La no intromisión*

Frente a esta invasión de ideas subversoras, no son pocos los católicos que se limitan a cruzarse de brazos, meros espectadores de la crisis y de la desolación consiguiente.

583 Cf. T. VII, pp.197-199.

La comodidad se alía con la inoperancia, anota Mons. Pie. Cuando la ofensiva de los impíos proclama el divorcio entre la ley cristiana y la actividad social, cuando las teorías se van convirtiendo en hechos, cuando las premisas dan a luz sus ínsitas consecuencias, como por ejemplo el retiro de crucifijos en los colegios o de capellanes en los hospitales, en virtud del principio de secularización, muy frecuentemente los mejores cristianos, aceptando con lamentable resignación el ostracismo social, se encierran en el círculo de sus obligaciones privadas o domésticas, y se desinteresan de todo lo que sucede a su alrededor [584].

Tales católicos encuentran a veces una autojustificación para semejante actitud en aquello de que "no hay que intentar cosas imposibles". A lo que Pie responde: "La lucha del cristiano contra lo imposible es una lucha mandada, una lucha necesaria [...] El mal existe desde el comienzo, y existirá hasta el fin, bajo mil formas diversas. Vencerlo del todo acá abajo, destruirlo de raíz, y plantar sobre sus ruinas el estandarte en adelante inviolable del nombre, del reino y de la ley de Dios, es un triunfo definitivo que no será dado a ninguno de nosotros, pero que no por ello cada uno de nosotros habrá de ambicionar menos, esperando contra la misma esperanza: *Contra spem in spem* (Rom 4, 18)." [585] Esos cristianos pusilánimes, sigue diciendo el Cardenal, esos cristianos que son esclavos de la popularidad y adoradores del que triunfa, deberán recordar que ya el evangelio nos habla de las victorias de la maldad. Más aún, explícitamente nos dice que al fin de los tiempos no se encontrará casi fe sobre la tierra (cf. Lc 18, 8), es decir que habrán desaparecido casi por completo todas las instituciones cristianas. Incluso quienes permanezcan fieles apenas si se atreverán entonces a hacer profesión pública y social de sus creencias. La escisión, la separación, el divorcio de las sociedades

584 Cf. T. VII, p.415.
585 T. III, pp.525-526.

respecto de Dios, que ya el Apóstol consideraba como un signo precursor del fin: *nisi venerit discessio primum* ("si antes no viniese la separación", 2 Tes 2, 3), se harán cada día más agudos. La Iglesia, que no puede dejar de ser visible, estará reducida a su mínima expresión, encarnada en individuos y familias. Ella que al comienzo decía: "El lugar me resulta estrecho, dadme espacio para habitar" (Is 49, 20), se verá cercada, acosada por todas partes, y mientras más grande fue en el pasado, tanto más se empeñarán por restringirla. Finalmente la insolencia del mal llegará a su colmo, y la Iglesia de la tierra conocerá algo así como una completa derrota: "Será otorgado a la Bestia hacer la guerra a los santos y vencerlos" (Ap 13, 7). "Ahora bien, en esa situación extrema, en ese estado desesperado, en ese mundo entregado al triunfo del mal y que pronto será invadido por las llamas, ¿qué deberán hacer aún todos los verdaderos cristianos, todos los buenos, todos los santos, todos los hombres de fe y de coraje? Entregándose con pasión a una imposibilidad más palpable que nunca, dirán con redoblada energía, por el ardor de sus oraciones, la actividad de sus obras y la intrepidez de sus combates: Oh Dios, Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre en la tierra como en el cielo, que tu reino venga a la tierra como en el cielo, que tu voluntad se haga en la tierra como en el cielo: *Sicut in coelo et in terra!* [...] Y entonces ese ideal imposible, que todos los elegidos de todos los siglos habían obstinadamente perseguido, se convertirá por fin en una realidad. En aquel segundo y último advenimiento, el Hijo entregará el reino de este mundo a su Padre Dios; el poder del mal será arrojado para siempre al fondo de los abismos; todo lo que no haya querido asimilarse, incorporarse a Dios por Jesucristo, por la fe, por el amor, por la observancia de la ley, será relegado a la cloaca de las inmundicias eternas." [586]

586 T. III, pp.527-528.

Mientras tanto, nos toca la lucha. Por desgracia muchos católicos no lo entienden así. Ante el hecho de una sociedad descristianizada, que reproduce aquella situación que, al decir de San Pablo, caracterizaba la era pagana: "Estabais en aquel tiempo sin Cristo [...] y sin Dios en este mundo" (Ef 2, 12), católicos que se creen esclarecidos, que afirman ser auténticamente religiosos, aceptan la teoría de la sociedad pública sin Cristo, del Estado sin Dios [587]. O al menos la dejan triunfar amnistiando al mal y a los artesanos del mal, so pretexto de que el brazo todopoderoso de Dios se encargará algún día de cambiar el mal en bien. E incluso pretenden prohibir al hombre de fe la indignación del celo y el gemido del amor en presencia de los desbordes de la iniquidad. "El alma de los santos no ha conocido esta serenidad estoica." [588] Y así el mal progresa de día en día; ese mal que es injuria a Dios, escándalo para los fieles, atractivo para las almas débiles e indefensas, ese mal frente al cual habrá que repetir siempre de nuevo la última petición de la oración dominical: *Sed libera nos a malo* (Líbranos del maligno). Al mundo sumergido en el mal no sólo no lo podemos aceptar, absolver y menos aún aclamar, sino que hemos de soportarlo, combatirlo y condenarlo [589].

587 Cf. T. VII, p.260. Es cierto que la sociedad de hoy no es monolítica –como en las épocas de Cristiandad– y en ella conviven diversas expresiones de pensamiento. Sin embargo no hay que confundir pluralismo con neutralidad. Así lo ha observado no hace mucho Juan Pablo II, refiriéndose especialmente al quehacer educativo: "La convivencia pacífica y respetuosa de todos los grupos humanos en el seno de una sociedad pluralista, no significa que se deba adoptar el neutralismo filosófico y religioso en la escuela, pues ello equivaldría a imponer arbitrariamente a los alumnos una visión agnóstica o evasiva del mundo, y es obvio que, en el caso de una nación prevalentemente católica, el proyecto educativo del Estado ha de ofrecer un sistema educativo y cultural que no esté en contradicción con la tradición católica, sino que, por el contrario, se inspire en ella" (Alocución a los participantes en el 32° Congreso Nacional de la Unión de Juristas Católicos Italianos).

588 T. V, p.35.

589 Cf. T. V, p.36.

Pie volverá repetidas veces sobre este tema. Impresionado por los excesos del orgullo y la licencia, por las execrables impiedades que atraen sobre la tierra los terribles castigos con que Dios amenazaba antaño por sus profetas, se declara más impresionado aún al no encontrar en los labios de los católicos la enérgica reprobación que debería suscitar el amor de Dios y de la verdad. Y, lo que es más grave todavía, esa actitud complaciente no se encuentra sólo en los cristianos comunes, en hombres llenos de problemas familiares y sociales, a quienes diversas consideraciones humanas podrían contribuir a restarles coraje para resistir a la mentira e iniquidad, sino también en aquellos que han abrazado un grado mayor de perfección, sacerdotes y religiosos, que se abstienen de estigmatizar lo que la religión reprueba, "alcanzados como están por esa enfermedad que los lleva a preocuparse de sus personas o de su fama, a complacerse en los elogios y apreciaciones halagadoras de la opinión humana, o a temer el juicio del vulgo o el peligro de la impopularidad" [590]. Es por culpa de estos últimos que muchos perecen; a ellos se aplica trágicamente aquello que dice Dios en la Escritura hablando de un hombre que murió en su pecado: "Yo pediré cuenta de su alma al guardián constituido sobre él" (Ez 33, 6). Porque es ante todo a los pastores a quienes compete el deber de estigmatizar inexorablemente el mal.

El verdadero cristiano deberá ser un apóstol, pero un apóstol según Dios, no según los criterios mundanos. "Consideremos un apóstol según el mundo. ¿Qué se propone? ¿La gloria de Dios? Ni siquiera piensa en elevarse hasta ese nivel. ¿El triunfo de la verdad? ¿Qué es la verdad? (cf. Jo 18, 38). Casi no ha pensado en ello. Lo que busca es la tranquila conservación del orden, el mantenimiento de un estado de cosas que le asegure la mejor

590 T. VII, p.104.

parte [...] Ahora bien, ¿es posible que Dios bendiga y fecunde tal apostolado? No, evidentemente, no; tal apóstol no es más que un hombre, nada se propone que no sea humano; Dios no tiene interés en intervenir, no pondrá su poder al servicio del egoísmo y de la ingratitud." [591] Un católico que acepta la apostasía de los tiempos y se hace "conservador" del presunto "orden establecido" por la iniquidad, es un aliado del enemigo. A diferencia de los santos, que estuvieron dispuestos a entregar todo lo que tenían para conservar su fe, "¿no estaremos nosotros plenamente dispuestos a entregar los débiles restos de nuestra fe para conservar nuestra casa, nuestros campos, nuestro oro y nuestra plata?" [592]

El espíritu de complacencia con el mal corre parejo con el debilitamiento del espíritu de penitencia, que es para Pie uno de los síntomas más afligentes de la época actual. Los cristianos de nuestros días apenas si recuerdan otra cosa que el nombre de esta virtud fundamental del cristianismo. Pareciera que a medida que la iniquidad abunda más, la humanidad se creyese más fácilmente dispensada de toda deuda hacia la justicia divina, y que los actos de mortificación fuesen un preservativo menos necesario en la proporción misma en que los atractivos del mal y las ocasiones de pecado se acrecientan y multiplican [593].

En una palabra: brazos caídos, disminución del ardor de la fe, lavarse las manos. Porque la actitud de tales católicos recuerda a Pie la del gobernador romano que condenó a Jesús: "Viendo Pilato que nada ganaba, sino que por el contrario las exigencias se acrecentaban y se hacían más imperiosas, y comprendiendo que luego de haber cedido hasta entonces a todos los deseos de la multitud, iba a ser arrastrado a un acto de suprema debilidad,

591 T. I, pp.146-147.
592 T. I, p.243.
593 Cf. T. VI, p.25.

ordenó que le trajesen agua, se lavó las manos y dijo: Inocente soy de la sangre de este justo. Después, tras haber hecho flagelar a Jesús, lo entregó a los judíos para que lo crucificasen [...] Existe desde hace siglos una fórmula cristiana en doce artículos que los labios cristianos recitan cada día. En ese sumario de nuestra fe, redactado con tanta concisión por los Apóstoles, figuran, además de los tres nombres adorables de las personas divinas, el nombre mil veces bendito de la mujer que dio nacimiento humano al Hijo de Dios, y el nombre mil veces execrable del hombre que lo entregó a la muerte. Ahora bien, ¿cuál es este hombre así marcado con el estigma deicida, este hombre así clavado a la picota de nuestro símbolo? Este hombre no es ni Herodes, ni Caifás, ni Judas, ni ninguno de los verdugos judíos o romanos; este hombre es Poncio Pilato. Y ello es justo. Herodes, Caifás, Judas, han tenido por cierto su parte en el crimen, pero sin Pilato la cosa no hubiese llegado a su culminación. Pilato podía salvar a Cristo, y sin Pilato no se hubiera podido llevar a Cristo a la muerte [...] Lava tus manos, Pilato, declárate inocente de la muerte de Cristo. Por toda respuesta diremos cada día, y la posteridad más remota lo seguirá diciendo: Creo en Jesucristo, el Hijo único del Padre, concebido del Espíritu Santo, que nació de la Virgen María, y sufrió pasión y muerte bajo Poncio Pilato." [594]

La muerte de Cristo no es un hecho terminado sino que continúa en nuestro tiempo. Hoy se sigue asesinando a la Iglesia, que es su cuerpo. No podía pues faltar la figura de Pilato. "El mal no alcanzaría jamás tales proporciones –afirma tajantemente nuestro autor– si junto al número relativamente pequeño de los que obran no estuviese el gran número de los que dejan hacer." [595] Y en otro lugar: "Quiero decirlo bien alto, hermanos míos:

594 T. IV, pp.163-164.
595 T. VII, p.197.

hoy, más que nunca, la principal fuerza de los perversos es la debilidad de los buenos, y el punto neurálgico del reino de Satán entre nosotros es el agotamiento del cristianismo en los cristianos." [596]

De ahí el apremio con que el Cardenal exhorta a salir de esta posición cómoda, pilática, conservadora del "desorden establecido". "Poco es creer, si la fe permanece muda. Dios ha de ser confesado, proclamado, alabado, exaltado por la creatura." [597] No que Dios tenga por cierto necesidad de tal homenaje; en el seno mismo de su naturaleza divina, es testigo fiel y suficiente de su propia grandeza. Sin embargo, habiéndose resuelto libremente a crear, sus obras deben necesariamente alabarlo. Y si bien es verdad que le basta y sobra con la alabanza eterna de su Verbo, y la alabanza histórica del Verbo encarnado y de su inmaculada Madre, sin embargo requiere también la alabanza de las creaturas, no sólo por el honor de su gloria sino también por el provecho de ellas mismas. "¡Ay de los que callan acerca de ti: *Vae tacentibus de te!*", exclamaba San Agustín (*Conf.* I, 4, 4). "Tal es propiamente la desgracia de este tiempo. Incluso el fiel, el que cree en Dios, "se calla acerca de Dios". La gran herejía de nuestra edad es la herejía práctica contra el primer mandamiento del decálogo. Se ha hablado tanto al hombre de sus derechos, que ha perdido de vista los derechos de Dios." [598] Al menos nosotros, los sacerdotes, dice dirigiéndose a su clero, que tenemos el honor de ser llamados "los hombres de Dios" (1 Tim 6, 11), no nos callemos acerca de Dios. No basta que sea conocido entre nosotros; es menester que su nombre sea magnificado. Por eso hemos de recitar no sólo con los labios, sino también con toda la energía y amor de que sea-

596 T. III, p. 525.
597 T. V, p.87.
598 Ibid.

mos capaces, la fórmula de la doxología menor: Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, y sobre todo el texto del *Gloria in excelsis*: ¡Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias por tu grande gloria! "Cuántas veces he sentido estremecerse la totalidad de mi ser cuando, después de haber hojeado con disgusto los sacrílegos panfletos de este tiempo, tenía la alegría de cantar juntamente con vosotros, en medio del esplendor de nuestras pompas sagradas, palabras como éstas: «Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable»." [599]

En otro lugar Mons. Pie trae a nuestra consideración no sólo las palabras sino el ejemplo de San Agustín. En vida de este santo obispo se había establecido en África una secta que reivindicaba para sí el derecho público, la inmunidad del error. Eran los donatistas. De manera semejante a los librepensadores de nuestro tiempo, reivindicaban para sí el privilegio de construirse una religión propia y seguirla sin riesgo social alguno. Viendo cómo el poder temporal toleraba su cisma, enrostraban a los obispos su obstinación en atacarlos y tratar de convencerlos de que volviesen a la doctrina tradicional. "–¿Por qué os ocupáis de nosotros? ¿Por qué nos buscáis?, decían esos desertores de la verdad –predicaba por aquel entonces San Agustín como si ellos dialogaran con él– [...] Si estoy en el error, soy yo quien quiero perderme. –¡Tú quieres errar, tú quieres perderte! Más razón tengo yo para no quererlo. –Eres inoportuno, desconoces el espíritu de tu tiempo. –Soy inoportuno, es verdad, pero oigo al Apóstol que me dice: *Praedica verbum, insta opportune, importune* («predica la palabra, insta a tiempo y a destiempo», 2 Tim 4, 2). ¿Qué quiere decir *a tiempo*, qué quiere decir a *destiempo*? A tiempo, para los que quieren recibir la palabra; a destiempo, para los que no lo quieren. Por tanto debo saber ser inoportuno, debo saber ser intempestivo.

599 T. V, p.89.

Tú quieres errar, tú quieres perecer, yo no lo quiero [...] Por consiguiente, mientras estés en el error, te buscaré; mientras erres para tu pérdida, te perseguiré. Lo quieras o no, así lo haré. Aunque todas las zarzas de la selva me desgarren, correré por los senderos más estrechos, atravesaré todos los zarzales; mientras me quede el temor de Dios y un átomo de fuerza, no me detendré, clamaré, caminaré. ¡Si mis persecuciones te fatigan, sólo te queda un recurso: dejar de extraviarte y de perderte!" (*Serm.* 46, 14). Pero, como bien observa Pie, la conmiseración del santo pastor no era tan sólo por el que erraba: "Si dejara de combatirte –prosigue San Agustín–, tendría el temor de darte por cómplice a quien hasta ahora estaba en la buena vía [...] Sabedlo pues: cuando hablo contra el error, me mueve sin duda el deseo de convertir a alguien que está afuera, el deseo de una conquista exterior; pero más aún me mueve el temor de un desmayo doméstico, de un daño interior. Testigo de mi frialdad, el fiel no tardaría en pensar que es cosa indiferente pasar a la herejía [...] Viendo mi poco ardor contra las sectas separadas, de pronto se diría: Dios está tanto de un lado como del otro; no importa la elección; son querellas intestinas las que han producido esta diversidad; Dios puede ser honrado en todos los campos" (ibid. 15).

Nos imaginamos cuánto gozaría el Card. Pie citando este texto del santo doctor. Luego de un lapso de 14 siglos, dice, volvemos a encontrar en torno nuestro a cristianos que conocen la verdad pero que fácilmente se dejan seducir por los atractivos del error. Viviendo en una nación cuyo derecho público concede igual protección a la religión verdadera y a las herejías, tales cristianos corren el peligro de llegar a creer que es indiferente ante la ley divina y ante Dios mismo lo que es indiferente ante la ley y la autoridad humana. "Toca a nosotros promulgar más alto que nunca que no hay sino un solo nombre bajo el cielo en el cual los hombres puedan ser salvos, el nombre de Jesús; que no hay

sino un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo; toca a nosotros proclamar que el cristianismo es inmutable, y que la Revolución que cambió la faz social de Francia y de una parte del universo, no ha cambiado nada de la obligación positiva en que están todos los hombres de conocer y practicar la religión sobrenatural y divina, única que puede obrar la salvación de las almas." [600]

Callar puede ser un crimen de lesa religión. El silencio se produce en muchos casos por falta de amor a Dios y consiguientemente por falta de odio al error. No en vano dijo el Señor a través del salmista: *Qui diligitis Dominum, odite malum* ("Los que amáis al Señor, odiad el mal", Ps 96, 10). Resulta insuficiente la afirmación de la verdad cuando se elude la reprobación del error, porque, como dice Pie, "la afirmación calla, si deja indiferentemente que la negación se ponga a su lado". [601]

Cerremos este apartado con una breve pero ardorosa exhortación de nuestro autor: "Rechazad lejos las amalgamas mortíferas. Sed firmes en vuestra fe, inquebrantables en vuestras convicciones. Que para vosotros el bien sea siempre el bien, y el mal siempre el mal. No es hombre, ni mucho menos cristiano, quien da indiferentemente su adhesión, quien dirige indistintamente su sonrisa aprobadora o complaciente a lo verdadero y a lo falso, a lo justo y a lo injusto. No es símbolo del cristiano ese instrumento móvil, colocado sobre los techos, que obedece a todos los vientos. No, dice San Pablo, no seamos fluctuantes, no nos dejemos llevar por todo viento de doctrina: *Ut non simus fluctuantes et circumferamur omni vento doctrinae* (Ef 4, 14). El cristiano tiene odios enérgicos, como lo son sus amores; execra el infierno y todo lo que es del infierno, como ama a Dios y lo que interesa a Dios." [602]

600 T. III, p.199; cf. pp.194-199.
601 Cit. en *Pour qu'Il régne*, ed. cit., p.299.
602 T. IV, p.64.

2. *La Revolución no se corrige desde adentro*

Puede decirse que socialmente la Revolución ha triunfado. Aquel magnífico invento del arte de la medicina para suprimir la sensibilidad durante las operaciones quirúrgicas, deviene trágico cuando cae en manos de un seductor o de un asesino. La anestesia, señala Pie, es hoy ampliamente aplicada en el orden intelectual y moral, convirtiéndose los anestesistas en dueños de los hombres de una nación entera, adormeciendo sus facultades de modo que ya no vean sino imágenes felices, sueños dorados, mientras se les amputa su religión, su fe, su honor, y se los despoja de sus más valiosas tradiciones [603].

La Revolución no solamente ha logrado quebrantar los valores sino que, como lo señalamos más arriba, ha conseguido que se declarase lícito el trabajo en pro de ello, en pro de la destrucción del mundo cristiano, del fundamento puesto por Dios para sostener la totalidad del edificio. Más aún, el "derecho" de poner los principios en cuestión y de apuntar a su ruina es ahora el más sagrado de los derechos, un derecho que se ha convertido en ley, en institución, en principio, el principio mismo de la sociedad tal cual se la sueña. Y así la Revolución, indulgente con todos los que ejercitan este derecho nefasto, sólo es severa con aquellos que se esfuerzan por demostrar su horrible inanidad y sus espantosas consecuencias. Esta postura de la Revolución ha llegado a crear una atmósfera pestilente, plagada de mentiras y de errores, que penetra sobre todo en el corazón de los niños. Jamás ha parecido tan adecuado lo que dice el Evangelio sobre el mundo como causa de escándalo (cf. Mt 18, 7) [604].

603 Cf. T. IV, pp.158-159.
604 Cf. T. IX, pp.126-127.

Muchos buenos católicos han llegado a creer que la solución se podrá encontrar dentro del seno de la Revolución, sin salirse de ella. Y así, por ejemplo, a veces echan la culpa de todos los desastres a una persona determinada, a un tirano elegido por la mayoría, que convierte a los que en él confiaron en juguete de sus intereses. Será pues cuestión de un cambio de hombres, y todo se compondrá. A este respecto recuerda Pie aquella frase del profeta: "No hay un hombre porque la verdad está a ras del suelo: *Et vidit quia non est vir, quia corruit in platea veritas*" (Is 59, 14. 16). "Volved a colocar la verdad sobre su pedestal; enseguida habrá abundancia de hombres, y no tendréis otro problema que el de la elección de alguno de ellos. En cambio se esfuerza en vano quien busca un hombre allí donde ya no existe un principio. Y sin un hombre y un principio, ningún régimen será capaz de engendrar orden." [605]

Otros piensan que las cosas se solucionarán... mañana, que será el tiempo quien se encargará de corregir los excesos. Reservar la acción para el futuro es un error, comenta Mons. Pie, pero mucho más lo es reservar la verdad. "Porque si se aplazan los principios, se descartan las doctrinas, los hechos seguirán siendo lo que han sido, como lo hemos visto desde que tenemos uso de razón: malos expedientes de un cuarto de hora, evoluciones en la revolución, fases nuevas del desorden religioso y moral, que por el hecho de poner cierto orden material durante un breve tiempo algunos piensan que se trata del comienzo de una era de restauración social." [606]

En el fondo de estas quimeras, de estas falsas expectativas, late la idea de que la sociedad puede salvarse por sí misma. No son pocos los hombres que sin negar a Dios, sin negar siquiera a

605 T. VII, p.260.
606 T. VII, pp.110-111.

Cristo, piensan que la salud de la sociedad no depende ni de Dios, ni de Cristo. Todas las deficiencias serán siempre atribuidas a tal hombre, a tal régimen, que deberán ser reemplazados por tal otro hombre o tal otro régimen. "Oh siglo XIX, ¿dónde están tus ídolos en los que habías puesto tu confianza? Que se levanten, te traigan socorro y te protejan en tu necesidad: *Surgant, et opitulentur vobis, et in necessitate vos protegant* (Deut. 32, 37-38). Una vez más, muéstranos los dioses que te hiciste para ti: *Ubi sunt dei tui quos fecisti tibi?* («¿Dónde están tus dioses, esos que te hiciste?», Jer 2, 28). En la hora actual, nada es para mí más desolador que ver esta enorme multitud de hombres, por otra parte serios, que siguen buscando la fuente de todos los males por doquier, excepto donde está, que siguen esperando la salvación de todo, excepto de aquello que puede procurarla." [607]

Pie pone varios ejemplos, no remotos por cierto, de pseudo-soluciones a los problemas desencadenados por la implantación del liberalismo político. Al despotismo del terror y del cadalso, de fines del siglo XVIII, pronto siguió el despotismo del sable. Refiérese, como es obvio, a la aparición de Napoleón. Ni era posible que fuese de otra manera ya que un pueblo que rechaza oficialmente el yugo de la fe no puede sino caer bajo el yugo de la tiranía, y así, mientras lanzaba loas a la libertad fue perdiendo libertad en todas las franjas de su vida: en las personas, las corporaciones, las familias, los municipios, las provincias, de modo que la aparición del déspota fue paradojalmente acogida como una verdadera liberación [608]. Un pueblo ha perdido toda posibilidad de perdurar en paz cuando sus dirigentes asumen el doble papel de incendiarios y de bomberos. Es la estrategia de los que se imaginan que van a llegar siempre a tiempo para extinguir las lla-

607 T. VII, p.76.
608 Cf. T. VIII, pp.52-53.

mas por el hecho de haber sido ellos mismos quienes las encendieron [609]. "¡Hablad de orden todo lo que os dé la gana! ¡Mientras sigáis violando públicamente la ley de Dios y de su Iglesia, seguiréis siendo anarquistas de primera categoría!" [610]

Se comprende así la inutilidad e incluso gravedad de la actitud de quienes creen posible corregir la Revolución desde sus propias instancias, rectificar los errores actuales remontándose a una etapa anterior. Ninguna solución será satisfactoria si brota de las entrañas del espíritu revolucionario. Cuenta Pie que un día el arzobispo de una gran capital, en una conversación bastante tensa, estaba insistiendo en que no había que confundir las diversas fases de la Revolución sin establecer las debidas distinciones, que no era lícito por ejemplo confundir el 89 con el 93, cuando otro obispo allí presente, en el primer instante de silencio, lo interrumpió bruscamente diciendo: "Tiene razón, Monseñor, el 89 y el 93 son muy diferentes: el 93 es el cadalso, la guillotina; mientras que el 89 siempre me ha parecido la toilette del condenado." [611]

Hoy es preciso ser más claro que nunca: "He hablado del liberalismo impío que aspira a derrocar el cristianismo para construir sobre sus ruinas el edificio de la libertad. Oh vosotros, que nada en común tenéis con dicha impiedad, pero que profesáis las doctrinas de un catolicismo liberal irrevocablemente inscrito en el catálogo de los errores condenados por la Iglesia, prestad atención: no es junto al fundamento cristiano, es sobre este fundamento mismo que debe elevarse el orden social. Fuera de allí, sólo hay derrumbe, caducidad, caída; sólo hay desorden y anarquía [...] Por un justo juicio de Dios, no llegaréis al timón de los

609 Cf. T. VI, p.216.
610 T. I, p.456.
611 Cf. T. VIII, pp. 160-161.

negocios sino para entrar en la fase de la expiación. Cuando se parte de principios falsos, la práctica se ve infaltablemente forzada a desmentir la teoría y apoyarse en leyes de excepción. Enemigos declarados del cesarismo, seréis llevados, por la fuerza de las cosas, a forjar para vuestro uso hoy, pero pronto para el suyo, armas que no están hechas para vuestras manos. Al obrar así, estos cristianos indóciles a las enseñanzas de la Iglesia, en lugar de ganar con ello el beneficio de la popularidad y el favor de los adversarios, oirán que cotidianamente se los denuncia como liberales traidores a la libertad." [612]

La inercia misma de los principios erróneos no puede sino conducir a la ruina de esos católicos –ilusos o cómplices– que enarbolan algunas banderas de la Revolución para atacar a otras. Pie los enrostra con ironía: "Si vosotros tenéis fe en la filosofía moderna, en el racionalismo humano, si creéis en sus luces, en su ministerio espiritual, es tiempo de llegar a sus efectos: reponed sobre su trono a la diosa Razón, dedicadle un culto exclusivo, apoyad vuestras instituciones sobre su altar; no compartáis más vuestras adoraciones y vuestras esperanzas entre el anticristo y Jesucristo." [613] Es decir, sed coherentes con vuestros principios erróneos y llevad las cosas a sus últimas consecuencias. ¡Reconoced que ya no sois católicos!

En modo alguno tales "católicos" resultan innocuos. Las multitudes, de por sí, no son peligrosas sino cuando han sido imbuidas por el espíritu de la Revolución, cuando se han hecho irreligiosas y ateas, cosa que aún no ha acaecido, ya que todavía llenan nuestros templos. Es por los católicos liberales que las cosas van cada vez peor. Pie trae aquí a colación el testimonio de San Jerónimo, cuando exclamaba en medio de las convulsiones del

612 T. VIII, pp.53-54.
613 T. I, p.161.

agonizante Imperio Romano: *Nostris peccatis barbari fortes sunt*, es por nuestros pecados que los bárbaros son fuertes; somos nosotros quienes, por nuestros vicios, les hemos facilitado la victoria sobre la nación más guerrera del mundo: *nostris vitiis romanus superatur exercitus* (por nuestros vicios fue vencido el ejército romano). El Imperio se derrumba estrepitosamente, y nosotros nos mantenemos siempre con la cabeza erguida, sin querer inclinarla ni siquiera delante de Dios: *Romanus orbis ruit, et tamen cervix nostra erecta non flectitur* (Se derrumba el orbe romano y sin embargo nuestra cabeza erguida no se doblega). Llenos de horror por el mal, tenemos aún más horror por el remedio; y porque no estamos dispuestos a suprimir la causa de la enfermedad, la enfermedad es incurable: *nec amputamos causas morbi, ut morbus pariter auferatur* ("no cortamos las causas de la enfermedad para que a la vez se suprima la enfermedad", Ep 35) [614].

Y así volvemos a lo de siempre. No habrá solución sino cuando los dirigentes de la sociedad reconozcan que "nadie puede poner otro fundamento fuera de aquel que ha sido puesto por la mano de Dios, que es Cristo Jesús" (1 Cor 3, 11), y que tanto para los pueblos como para los individuos, para las sociedades modernas como para las sociedades antiguas, no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres en el cual puedan ser salvados, si no es el nombre de Jesucristo (cf. Act 4, 12) [615].

3. *La renuncia a la integridad doctrinal*

La enorme decadencia de la actual sociedad apóstata no podía dejar de repercutir sobre el pueblo cristiano. Allí donde la

614 Cit. T. VII, pp.76-77.
615 Cf. T. I, p.48.

ruptura con el catolicismo no ha sido oficialmente consumada, como aconteció en los países protestantes, el sentido ortodoxo de la doctrina católica se ve desnaturalizado, y la integridad de la fe se encuentra en peligro. Como consecuencia de ello, la actual generación de los católicos se ha vuelto dubitativa, pusilánime, mediocre, tolerante no sólo con los malvados sino con el mal mismo, despreocupada del error y a veces llena de benevolencia para con él [616].

Y así se va extendiendo una actitud de creciente derrotismo: "En este naufragio de todas las tradiciones, de todas las instituciones, parece natural y como inevitable que la antigua y rígida doctrina de la Iglesia pierda también algo de su primera integridad; y parece excesivo que después de varios siglos de orgías intelectuales, tenga la pretensión, algunos dicen la mojigatería, de querer seguir siendo siempre la misma, siempre intacta. ¿Para qué esforzarse por mantener principios con los que ya no se persuadirá a la mayoría de los hombres? ¿Por qué persistir en defender un pasado al que condenan los progresos modernos? ¿No sería más hábil, más político, paliar algunos errores, apropiarse de algunas máximas, convertidas ya en verdades convencionales, que obstinarse vanamente en combatirlas?" [617]

Tal la actitud de no pocos católicos, la pastoral de algunos prelados. En la esperanza de conversiones y conquistas más o menos problemáticas, sugieren sacrificar algo a las opiniones del tiempo. "Mientras tanto –tercia Pie– yo escucho la voz poderosa del Apóstol que me dice como a su discípulo [...] «Te ordeno delante de Dios que vivifica todas las cosas»: *Praecipio tibi coram Deo qui vivificat omnia*; «y delante de Jesucristo que dio un testimonio

616 Cf. T. VII, pp.200-201.
617 T. IV, p.130.

tan íntegro de la verdad en presencia de Poncio Pilato», el jefe de todos los pusilánimes: *et coram Jesu Christo qui reddidit sub Pontio Pilato bonam confessionem*; «te ordeno que conserves el depósito sin tacha, íntegro e irreprensible, hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo»: *ut serves mandatum sine macula, irreprehensibilem, usque in adventum Domini nostri Jesu Christi*, 1 Tim 6, 13-14)." [618] Y cuando la tierra ya no sea capaz de conservar el depósito de la doctrina sin tacha, íntegro e incontaminado, cuando el reino de la verdad sin mezclas ni alianzas espúreas se haya hecho imposible, entonces llegará la hora de Dios, la hora en que el Hijo encarnado hará de nuevo su parusía, como lo dice el mismo San Pablo: *Quem suis temporibus ostendet beatus et solus potens, Rex regum* ("A quien en su momento lo mostrará el Rey de reyes, el único poderoso y bienaventurado", ibid. 6, 15). Pero, en el entretanto, constituye un deber, especialmente para los ministros sagrados, en nombre de Dios que vivifica todo, y en nombre de ese Cristo que dio un testimonio tan cristalino ante Pilato, conservar ese depósito sin mancha ni mezcla hasta la venida postrera del Verbo encarnado. "Más vale morir en este mundo –exclamaba San Hilario– que obedecer a poderes humanos, cualesquiera sean, y dejar corromper la casta virginidad de la doctrina: *castam veritatis corrumpere virginitatem*" (*Contra Const.*). Concluye Pie: "La Iglesia no sabe comprar nada, ni siquiera las almas, al precio de la alteración y el empobrecimiento de las verdades." [619]

Ante un caos organizado, si vale la paradoja, de nada servirán las soluciones homeopáticas. "No, con doctrinas aminoradas, con verdades disminuidas, sólo se obtendrán semi-cristianos; y con semi-cristianos, ni la sociedad religiosa, ni la sociedad civil sabrán

618 T. IV, p.131.
619 T. IV, p.132.

dar razón del enemigo temible que os he señalado." [620] Lejos están pues del recto camino aquellos católicos que piden "permiso" para poner en el cauce de la doctrina subversiva de la Revolución su cuota de verdad. Con un semi-cristianismo no se salvará nada; los semi-medios y los semi-remedios ya no tienen eficacia. Tal fue el error, en el campo de la política, de toda una escuela del pasado, creer que con un mínimum de autoridad la cosa pública ya estaba suficientemente consolidada, y el poder contaba con la fuerza necesaria para enfrentar la anarquía; dicho error perdura en muchos espíritus, a pesar de las crueles desmentidas que repetidamente ofrece la experiencia. Pues bien, tampoco un mínimum de religión hace posible la salud pública [621].

Una de las objeciones que elevan los católicos medrosos y vergonzantes es que si bien el programa cristiano no carece de belleza, tiene el defecto de ser quimérico, inoportuno. ¿Acaso se gana algo sosteniendo teorías inaplicables en la práctica? Ya pasó el tiempo del absolutismo y de la Cristiandad. El único régimen posible para el mundo moderno es el de la democracia y la libertad, con alguna componente cristiana. Resulta cada vez más imperioso mostrarnos prácticos y positivos, hombres de nuestro tiempo, única manera de ejercer una acción efectiva, reconciliando la Iglesia con la sociedad moderna. Pie experimenta verdadera repugnancia al advertir cómo hay hijos de la Iglesia que opinan así, no vacilando en hacer suyos los lugares comunes menos serios que suele emplear el enemigo, con lo que le da nuevas armas para atacar a la Iglesia. ¿Será acaso quimérico un régimen como el de la Cristiandad, tan conforme a la razón y a la naturaleza, que pudo existir durante varios siglos? De hecho, todos los pueblos de cuya existencia nos habla la historia, asentaron

620 T. III, p.522.
621 Cf. T. IX, p.227.

sus leyes e instituciones públicas sobre la base de la religión. Incluso el paganismo antiguo, por depravado que fuese, impregnó escrupulosamente la vida de la sociedad con doctrinas y prácticas religiosas.

Otros católicos objetan de diversa manera: la doctrina del Estado católico, del príncipe cristiano, en la práctica ha sido siempre un fracaso, como lo prueban las disensiones que llenan la historia de catorce siglos cristianos, con sus incesantes luchas entre el sacerdocio y el imperio. De lo cual concluyen que el régimen que llaman "teocrático" no es sino una utopía de la que ha llegado la hora de desentenderse. Frente a dicha objeción responde el Cardenal que "de jure" jamás existió teocracia sino en el pueblo judío; y si de hecho se ha dado en algún otro lugar, lo ha sido fuera de las sociedades católicas. Por otra parte, la historia del cristianismo ha conocido reinos más puros que el de Israel, para lo cual basta comparar los libros de los Jueces, de los Reyes y de los Macabeos, con los anales de las naciones católicas; la desventaja no está por cierto de parte del reino de los Carlomagno y los San Luis de Francia, de los San Enrique de Alemania, de los San Esteban de Hungría. Durante mil años el derecho cristiano fue el derecho público de Europa. Todo lo que hoy perdura de verdadera civilización, de verdadera libertad, de verdadera igualdad y fraternidad, es fruto del cristianismo europeo; el debilitamiento del derecho cristiano en Europa está en la base de la decadencia e inestabilidad de los poderes humanos; en fin, lo que la obra por otra parte tan negativa y desastrosa de las revoluciones modernas podrá dejar de bueno y saludable, no es sino por reacción contra los excesos y abusos que ya reprobara el régimen cristiano [622]. "Nada hay pues de quimérico –concluye Mons. Pie– en el programa al que se deben tantos beneficios de primer or-

622 Cf. T. V, pp.184-189.

den. Lo que es quimérico, lo que es irrealizable, es el programa de la Revolución, no el de la Iglesia. Cuando la Iglesia pone sus principios, aun cuando impliquen una perfección que no será jamás alcanzada en la tierra, quiere sus consecuencias, todas sus consecuencias; la consecuencia extrema será el cielo. Cuando la Revolución pone sus principios, no quiere sino una parte de sus consecuencias; frena, encadena las consecuencias demasiado generales y demasiado extendidas; la consecuencia extrema y total será el infierno. La Revolución no puede y no quiere ser lógica hasta el fin. La Iglesia puede y quiere serlo siempre: nada en el mundo es más práctico y menos quimérico." [623]

Uno de los motivos que la Revolución pone a los católicos para invitarlos a integrar sus filas es la inconveniencia de convertirse en extranjeros en la nueva sociedad. Muchos católicos consienten, aunque ello sea a costa de la integridad doctrinal, con el deseo de hacer acto de presencia a fin de ejercitar en todas partes la influencia de su fe. Es sin duda muy deseable, reconoce Pie, la participación de los cristianos en todos los asuntos de su tiempo, en todos los cargos del país. Sin embargo, en diversas ocasiones la Iglesia se ha visto obligada a hacer ciertas puntualizaciones al respecto. En la época del Imperio Romano, por ejemplo, debió señalar algunos oficios como incompatibles o al menos poco conciliables con el cristianismo. Pues bien, una actitud análoga deberá producirse, tarde o temprano, en el seno de una sociedad que se va haciendo cada vez más anticristiana. Y a medida que se aproximen los últimos tiempos, la escisión se irá haciendo más profunda, y la participación de los cristianos en la conducción de las sociedades se hará cada vez más peligrosa no sólo para su honor sino también para su propia salvación. Entonces resonará de nuevo el grito de Isaías, hecho suyo tan enér-

623 T. V, p.189.

gicamente por San Pablo: "Retiraos, retiraos, salid de allí; no pongáis el dedo en lo que es impuro: *Recedite, recedite, exite inde, pollutum nolite tangere*" (Is 52, 11; cf. 2 Cor 6, 14-18) [624].

Como se ve, Pie no rechaza la participación de los cristianos en la cosa pública –sería una verdadera contradicción en alguien que ama tan intensamente la Cristiandad– sino aquella participación que se hace a costa de los principios. "En cuanto a ceder algo de los derechos superiores de la verdad y de la Iglesia, ninguno de nosotros lo hará jamás. Porque si nos resignáramos a pensar y decir que la religión de Jesucristo no tiene sobre la tierra y en medio de los pueblos otros derechos que los que tiene la irreligión, y que una parte igual de libertad corresponde a la verdad y al error, entonces las ventajas adquiridas a ese precio podrían ser calificadas con todo derecho como «la dote del adulterio». La Iglesia no quiere semejante dote, ni la querrá jamás; ella es la esposa, la esposa única, la esposa legítima; ella seguirá siendo la esposa fiel." [625]

Será pues necesario hacer un balance de nuestro tiempo: ver lo bueno que aún queda en él, y que permite la colaboración de los católicos, y lo malo que en él existe para que los cristianos le opongan incesantemente el arma de la fe y del coraje, y los obispos su firmeza pastoral. Habrá que implorar de Dios el triunfo del bien sobre el mal, la afirmación de la verdad, de modo que se separe de todo lo que tienda a corromperla, disminuirla o alterarla, y la enmienda del mal. "Pediremos también que los pusilánimes se detengan en la vía de las transacciones por la que no pueden avanzar más sin hacerse culpables de traición." [626]

624 Cf. T. V, pp.199-201.
625 T. IX, p.182.
626 T. III, p.98.

En una palabra, no hay remedio desde las entrañas de la Revolución, desde los riñones de liberalismo y del naturalismo, con la consiguiente renuncia a la proclamación de la verdad integral. "No es a medias, es *enteramente* y sin reservas que hay que volver a Dios. Hay cosas que no son susceptibles de ser divididas, de ser partidas. Tal es la religión. Como Dios, de quien es expresión sobre la tierra, no puede ser escindida, disminuida; es la túnica sin costura, de una sola pieza. Querer un poco de religión, es querer algo imposible; en esta materia hay que optar entre todo o nada." [627] Por algo nuestro siglo pretende condicionar la participación de la Iglesia en la cosa pública. Constituyéndose en juez da lo que es útil y de lo que no lo es en la doctrina de Cristo, tras seleccionar entre sus diversos dogmas y prácticas aquellos que son compatibles con "el mundo moderno", está dispuesto a aceptar una religión por él expurgada. No pocos católicos se contentan con tales migajas. "Jesucristo –comenta Mons. Pie– encontró a su alrededor tres clases de personas: enemigos abiertamente encarnizados en su contra, discípulos que le estaban enteramente entregados, y por fin espíritus tímidos, precavidos, que creían, sí, que era el hijo de Dios, pero no lo confesaban en voz alta, que temían comprometerse. A estos últimos les decía: «Si queréis venir a mí oblicuamente, yo también iré oblicuamente a vosotros»: *Si oblique in me inceditis, et ego item in vos obliquus incedam* (*Const. Apost. S. Clement.* II, 36). Esta frase de Jesús define perfectamente la época en que vivimos [...] El socorro de Dios nos alcanza para no morir, pero no es suficiente para vivir; languidecemos, nos arrastramos. El hombre, la sociedad, necesitan la religión como el aire, a pleno pulmón." [628]

627 T. I, p.158.
628 T. I, pp.159-160.

Sin embargo hay que confiar porque, a pesar de tanta pusilanimidad, no todo está perdido. Al menos los principios permanecen intactos. Y cuando el "principio" permanece, el "príncipe" nunca resulta definitivamente destronado, siempre está en vísperas de volver a entrar en posesión de sus derechos. En cambio, cuando el principio ha sido traicionado, la persona no tiene derecho a nada, porque ya nada se personifica en ella [629].

4. *La conciliación de la "línea media"*

La renuncia a la integridad doctrinal conduce a numerosos católicos a propiciar una línea medianera entre la Revolución y la Doctrina de Cristo. Una actitud semejante lleva a decir a Mons. Pie que si comparamos el cristianismo de nuestro tiempo con el de la época de San Martín de Tours, uno podría francamente preguntarse si se nos ha enseñado el mismo evangelio, si hemos recibido el mismo bautismo, si son los mismos los compromisos que hemos asumido. "Un cristianismo que capitula cotidianamente ante Satán, que pacta con las pompas del mundo, que amalgama las tinieblas con la luz, a Belial con Jesucristo; un cristianismo que cambia según todo viento de doctrina, que revisa y corrige a cada instante las verdades de la fe, las enseñanzas de la Iglesia, según los prejuicios y las opiniones móviles del tiempo; un cristianismo que duda de sí mismo, y que no tiene ni el coraje ni la dignidad de sus convicciones; un cristianismo demasiado a menudo sin espíritu de penitencia, sin práctica de mortificación, y que se imagina poder subsistir en una vida cómoda y sensual; un cristianismo que relega al segundo o, mejor, al último lugar

629 Cf. T. VI, p.6.

en nuestros afectos, el sentimiento que debería ser el primero y el más fuerte de todos: *maximum et primum* (Mt 22, 38)" [630].

Con Cristo y con Satán a la vez, con la Iglesia y con la Revolución, hay quienes intentan una línea de conciliación de los contrarios. Y se trata, según afirma Pie, de un número bastante grande de personas, tanto en las ciudades como en el campo, "que se glorían de pertenecer al partido de la moderación, y que cometen el error insigne de dar cada día nuevas fuerzas al monstruo que los devorará" [631]; "generación sin principios fijos, sin doctrina definida, que no tiene voluntad y ardor sino para la negación, y que finalmente está más dispuesta a sufrir el mal que a poner el remedio" [632].

El enemigo aporta su cuota, también, para hacerse aceptar por estos católicos de "línea media", propensos a la componenda. Hablando en cierta ocasión a sus sacerdotes, les decía Mons. Pie que el enemigo del género humano cambia de lenguaje y modifica el tono de su voz según la necesidad de los tiempos y el curso de las ideas; va variando de acuerdo al giro de los acontecimientos y las circunstancias del combate. Así, por ejemplo, y para tomar un caso de la antigüedad, a las negaciones atrevidas y francas del arrianismo sucedieron las concesiones sabiamente hipócritas de los semi-arrianos, así como los asertos descarados del naturalismo pelagiano cedieron el puesto a las afirmaciones aparentemente moderadas de un semi-pelagianismo de rostro inocente. Es ésta una experiencia digna de interés. Mientras la verdad católica crece en la lucha, se desarrolla, se precisa, se ilumina en la discusión, mientras levanta su bandera con tanto mayor coraje cuanto es blanco de ataques más crueles, el error, per-

630 T. III, pp.294-295.
631 T. II, p. 345.
632 T. VII, p.543.

seguido por la luz, se ve obligado a aminorarse, a restringirse, a envolverse de sombras y tinieblas, a ceder una parte del terreno, a recurrir a mil subterfugios con tal de conservar una última trinchera. Sucede a veces que, luego de prolongados combates doctrinales, algunos cristianos, que desean vivamente encontrar un merecido descanso, se contentan con esas retractaciones imperfectas, con esas fórmulas truncas. En realidad son peligrosas emboscadas, tras las cuales el adversario no tardará en restablecer la totalidad de sus baterías. ¿Acaso el arrianismo no acabó por admitir todo con tal que se le dejase una iota? La aceptación de esa iota habría significado el renacer de toda la perversidad arriana, refugiada y por así decirlo condensada en ese único rasgo de pluma. Fue gloria de San Atanasio, San Hilario, y algunos otros, no muchos, haber percibido el engaño, desenmascarando y persiguiendo el error hasta en sus más recónditos repliegues. Si es verdad el axioma de la sabiduría antigua de que "no hay que infravalorizar las menores ventajas del adversario", ello vale sobre todo cuando se trata de los adversarios de la ortodoxia.

Pues bien, continúa Pie, hay católicos que afirman con absoluta desenvoltura que ya han pasado los peligros para la religión y para la sociedad, y que la época actual ofrece todas las ventajas de uno de esos tiempos de tregua que el Dios de los combates concede cada tanto a la Iglesia militante. Así pareciera mostrarlo, luego de los desbordes de la guillotina, el triunfo de la tolerancia, de la conciliación, del espíritu práctico en los hombres que forman la opinión pública. Ciertamente, comenta Pie a sus sacerdotes, sería agradable y cómodo formar nuestra conciencia de modo tal que, al mismo tiempo que nos ocupamos de la salvación individual de las almas en todos los puntos del territorio que nos ha sido confiado, pudiésemos permanecer en una actitud indiferente ante los enemigos públicos de nuestra fe, confiando en el buen sentido del pueblo cristiano que sabrá rechazar instintiva-

mente tales ataques. No, exclama vivamente, ello no nos es lícito, si no queremos incurrir en los anatemas lanzados contra los profetas cobardes, aquellos que "gritan «paz» donde no hay paz" (Ez 13, 10), o cantan victoria cuando las necesidades de la causa convocan al combate. La gran conspiración urdida contra Cristo, contra su religión sobrenatural, contra su Iglesia, prosigue su lucha secular recurriendo a nuevas maniobras. Un silencio más largo de parte de los pastores acabaría por conferir autoridad, en el espíritu de los pueblos, a esos doctores pérfidos "que hacen de las tinieblas luz y de la luz tinieblas" (Is 5, 20), y cuyos sofismas ya han seducido a demasiadas inteligencias fluctuantes e inciertas que giran según todo viento de doctrina. Digámoslo con San Hilario: "Es tiempo de hablar, porque el tiempo de callarse ha pasado: *Tempus est loquendi, quia jam praeterit tempus tacendi*" (*Contra Constant.* 1) [633].

Como puede verse, la actitud propia de la "línea media" se insinúa sutilmente no sólo en las filas de los laicos católicos sino también entre los sacerdotes, que buscan un *"tertium quid"* entre el mundo moderno y la doctrina de siempre. Ello se advierte, nota Pie, incluso en el ámbito de la ciencia sagrada: "A la misma sagrada teología se le pide suavizarse, modificar los principios antes invariables; hay teólogos que se agotan estudiando hasta qué punto podrán flexibilizar lo que durante mucho tiempo fue reputado inflexible [...] Todas las verdades son disminuidas, todas las virtudes son debilitadas. Y si los cristianos de los viejos siglos retornasen a la tierra, no reconocerían sino fantasmas de cristianismo, lo que Tertuliano llamaría cristianos poco más o menos, y si se quiere, cristianos en el aire: *Et, si placuerit, in ventum christianos.*" [634]

633 Cf. T. II, pp.340-343.
634 T. III, p.631.

Los católicos "línea media" a nadie odian más que a los católicos integrales. La presencia de uno de estos "extremistas" produce por sí sola en aquellos "moderados" un estallido de santa indignación. "En todos los tiempos hubo espíritus así estructurados que en la defensa no ven jamás sino un escándalo que se agrega al del ataque, y que unen con gusto su indignación a la del enemigo cuando los apóstoles de la verdad se esfuerzan por hacer su voz más resonante que la de los apóstoles de la mentira." [635]

Pie anhela despertar a esos católicos adormecidos en el sueño de la apatía toda vez que no se trata de su interés personal, "que se obstinan en hacer transigir a Jesucristo con Belial, y que piden a la Iglesia capitular allí donde su deber es combatir" [636]. Para sacudirlos de su sopor pone a su consideración el siguiente párrafo del discurso de un diputado, registrado en el Diario de Debates de la Cámara, del 25 de abril de 1855: "De todos los seres antaño malditos, a quienes la tolerancia de nuestro siglo liberó de su anatema, Satán es, sin discusión, el que más ganó con el progreso de las luces y de la universal civilización. La edad media, que nada entendía de tolerancia, con gusto malvado lo hizo feo, torturado [...] Un siglo tan fecundo como el nuestro en rehabilitaciones de toda índole no podía carecer de razones para excusar a un revolucionario desgraciado, a quien la necesidad de acción arrojó a empresas azarosas [...] Si nos hemos vuelto indulgentes con Satán, es porque Satán dejó una parte de su maldad, y ya no es ese genio funesto, objeto de tantos odios y de terror. El mal es evidentemente en nuestros días menos fuerte que lo que era antaño." [637]

635 Cit. en *Pour qu'Il régne*, ed. cit., p.406.
636 T. IX, p.132.
637 Cit. T. II, pp.406-407.

Para Mons. Pie, la causa por la cual el concierto de tantos hombres amantes del orden no ha triunfado ya cien veces sobre el mal que nos devora, es atribuible a aquellos católicos que en razón de su tesitura "medianera" acaban por ser los constantes auxiliares del enemigo, los colaboradores del adversario [638]. Los hombres del mal y del desorden se sienten ya los amos del futuro, al no encontrar la resistencia decidida que hubieran podido esperar. "Saben por otra parte que tienen cómplices y auxiliares en esa multitud de hombres tibios, fluctuantes, desnudos de doctrina, a los que tranquiliza un poco el orden material, y a quienes el remedio del mal asusta aún mas que el mal mismo." [639] Son aquellos católicos que ponen su confianza no en Dios sino en la sociedad moderna, que esperan la salvación no del evangelio de Cristo sino del evangelio moderno, que creen no en las enseñanzas divinas de la Iglesia sino en los inmortales principios de la Revolución. Son aquellos católicos que, más allá de soportar el ateísmo, acaban por financiarlo, y por dar a los blasfemadores de Dios y de Cristo el mandato de gobernar y de enseñar [640].

Si no fuera por tales católicos, las cosas no serían como son. Los enemigos de Cristo, que desde hace tiempo están en el gobierno y a cargo de la sedicente cultura, no son firmes en sus errores; cual nuevos Proteos, cambian de opinión como de ropa, se desmienten a sí mismos, legislan hoy contra sus leyes de ayer. Porque el error sólo subsiste en el cambio. Por eso odian todo lo que es inmutable, tanto "la verdad del Señor, que permanece eternamente la misma" (Ps 116, 2), como la Iglesia, por la perseverancia y fijeza de sus enseñanzas [641]. Y, al mismo tiempo, aman a

638 Cf. T. I, p.420.
639 T. III, p.13.
640 Cf. T. VII, p.63.
641 Cf. T. VIII, p.90.

aquellos católicos "movibles" como ellos, los dispuestos a transar, a negar hoy lo que afirmaban ayer. "La Revolución tiene un instinto muy desarrollado para discernir a los suyos: *novit qui sunt ejus* (conoce quiénes son suyos). Sus adversarios, aun los más apasionados, no atacan en ella sino a los agentes, las personas, el modo de acción o el exceso de las consecuencias, perdonando todo el resto en favor de la afinidad de los principios; y de cuando en cuando se contempla el espectáculo de acercamientos que, no por ser inesperados, resultan menos explicables." [642]

Pie enrostra su traición a estos católicos mediocres. Oíd, prudentes y moderados de este siglo, les dice con indignación, oíd vosotros, que os habéis convertido en apologistas cautelosos y manipuladores prudentes de los principios de la Revolución que tanto la razón y la historia como la religión y la Iglesia condenan, "no se juega impunemente con el germen revolucionario" [643]. Si, en el comienzo, "Dios dividió la luz de las tinieblas" (Gen 1, 4), también hoy se necesita aclarar el campo. En una hora donde sería tan esencial, como ya lo deseaba Santa Teresa al ver los primeros saqueos de la pretendida reforma, que los buenos fuesen plenamente buenos, he aquí que, contrariamente a la recomendación del Apóstol, se ha establecido una alianza entre la luz y las tinieblas, una convención de Cristo con Belial, un pacto del fiel con el infiel, un acuerdo del reino de Dios con los ídolos [644].

La voz de Mons. Pie se caldea: "Teofantes de no sé qué nueva era cristiana, que hacéis la teología de la transacción y del acomodo; mostradnos vuestra Iglesia reformada y transformada; trazadnos el programa de un nuevo régimen religioso; aclamad

642 T. V, p.199.
643 T. VIII, p.250.
644 Cf. T. VII, p.65.

como una forma perfeccionada del progreso cristiano los axiomas y principios que Roma repudia; dad armas a sus adversarios y a los vuestros acariciando utopías del todo análogas a aquellas cuya aplicación ellos propician; poneos en busca de un segundo Carlomagno cuya gloria será someter la Iglesia a las exigencias de la idea moderna, como fue gloria del primero haber organizado por vez primera la sociedad laica en conformidad con la idea cristiana, entonces todopoderosa; lanzad vuestros sarcasmos ingeniosos contra los defensores de una ortodoxia superada; lanzaos, por fin, a mil temeridades de palabras, ideas y sistemas." [645] Y prosigue su indignada diatriba mostrando cómo la Providencia envía precisamente en estos tiempos a un santo, Benito José Labre, del más duro temple y calibre, un cristiano "anticuado", que inmola toda la sabiduría humana ante la locura de la cruz, que levanta el reino de la gracia sobre los restos de la naturaleza, que somete sin reserva su inteligencia a la autoridad de la fe, y que pronuncia un solemne anatema contra el espíritu del mundo, sus pompas y sus obras. No se puede negar que el procedimiento divino no sea insinuante [646].

Pie se dirige a los cristianos tibios, para arrancarlos de su mediocridad. En este siglo, que es el siglo de las transacciones, el siglo que amalgama el bien y el mal, el vicio y la virtud, la fe y la incredulidad, donde apenas se encuentra una personalidad firme y constante, que mantenga una línea de pensamiento y de conducta, Pie los exhorta a no conformarse con él, sino a reformarlo según la novedad de la doctrina de Cristo, no asimilándose al mundo sino tratando de asimilar el mundo al evangelio [647]. A esos

645 T. III, p.679.

646 Cf. T. III, p.680.

647 Cf. T. I, p.306. El lenguaje del Card. Pie puede sonar duro para los oídos del cristiano de nuestro tiempo. ¿Acaso el Concilio Vaticano II no exhortó a abrirse al mundo, a la época en que vivimos? Por cierto que sí, pero en

cristianos que buscan a toda costa la paz mundana, que hacen eco al proyecto masónico de formar "un gran partido del orden y de la conciliación", les dice: "¿La conciliación? ¡Sin duda! Pe-

---

modo alguno con la intención de que los católicos se abriesen a lo que San Pablo llama "el espíritu del mundo" y lo que varios Papas del siglo pasado y de éste llamaron "mundo moderno", no en sentido cronológico sino conceptual. La apertura al mundo no puede realizarse a costa de la integridad doctrinal ni de la identidad católica, sino a partir del espíritu de Cristo, del celo del Buen Pastor, que no vaciló en dar su vida para salvar al mundo e impregnarlo de espíritu evangélico. Por otra parte, el Concilio debe ser entendido a la luz de la tradición, como un eslabón de la tradición viva, y no como una ruptura con la misma. Hay quienes parecen creer que existe una doctrina pre-conciliar y otra post-conciliar, no compaginables. Quienes esto sostienen llegan a dos diversas conclusiones, contrarias entre sí. Algunos, sobre la base de que este Concilio ha traicionado el magisterio secular, prefieren adherir a lo que llaman "la Iglesia de siempre", o sea, concretamente, a la enseñanza anterior al Concilio; otros, juzgando que las nuevas doctrinas conciliares implican la negación del Magisterio tradicional, prefieren adherirse a "la nueva Iglesia" postconciliar. Ambas actitudes son erróneas y parten de un falso presupuesto común –el cambio de la doctrina, la interrupción en la continuidad del Magisterio– aunque sus conclusiones sean diametralmente opuestas. Lo que hay que decir es que, si bien se advierte una mutación en las formulaciones y en los enfoques, la doctrina de base permanece inalterable. Más propiamente habría que hablar, en el sentido de Newman, de un "desarrollo de la doctrina". Y si se advierte que algún texto del Vaticano II contiene cierta ambigüedad, deberá ser interpretado a la luz de la doctrina tradicional. Así lo declara, por otra parte, el mismo Concilio, al tratar uno de los temas más controvertidos cual es el de la libertad religiosa: "El Concilio mantiene íntegra la doctrina católica tradicional sobre la obligación moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo" (*Dignitatis humanae*, 1). Los Papas contemporáneos y posteriores al Concilio no se han pronunciado de otra manera. Así Pablo VI: "Todo lo que enseña el Concilio Vaticano II, en estrecha coherencia con el Magisterio eclesiástico de la época anterior, ha de ser entendido como su continuación, explicación e incremento" (*L'Oss. Rom.*, 26 de sept. de 1966). Y en otro lugar: "El Concilio en tanto vale en cuanto que continúa la vida de la Iglesia; no la interrumpe, no la deforma, no la inventa, sino que la confirma, la desarrolla, la perfecciona y la pone al día" (*Insegnamenti di Paolo* VI, IV, 1966; cit. por Juan Pablo II en *L'Oss. Rom.*, 22 de dic. de 1985). Dicha idea parece señalar una de las líneas predileccionadas en el pontificado de Benedicto XVI. Será tarea de los teólogos señalar y demostrar no la ruptura sino la *continuidad* y desarrollo de la enseñanza.

ro tenemos algo mayor y mejor por hacer que acercar a los hombres entre sí; el gran acercamiento que es preciso realizar es la reconciliación de la tierra con el cielo. No hay que equivocarse: la cuestión que agita al mundo no es del hombre al hombre, es del hombre a Dios." [648]. El Kempis ha dejado a las naciones no menos que a los individuos una gran lección de conducta: "Hay que elegir antes tener todo el mundo en contra que a Jesús ofendido" (L. II, c. VIII, n. 3) [649].

No pocas veces los católicos de la transacción se comportan así porque tras su carencia de coraje se esconde una notoria ausencia de lucidez doctrinal. "Cuando pregunto a los sabios de este tiempo cuál es la más grande llaga de la sociedad actual, por doquier oigo responder que es la decadencia de los caracteres, el ablandamiento de las almas [...] ¿De dónde viene este síntoma tan grave del debilitamiento de los caracteres? ¿No será verdad que es la consecuencia natural e inevitable del debilitamiento de las creencias, y, para decir la palabra precisa, del debilitamiento de la fe? El coraje, después de todo, no tiene razón de ser sino en cuanto está al servicio de una convicción. La voluntad es un poder ciego cuando no está esclarecida por la inteligencia. No se camina con pie firme cuando se camina en las tinieblas, o solamente a media luz. Ahora bien, si la generación actual tiene toda la incertidumbre y la indecisión propias del hombre que avanza a tientas, ¿no será, Señor, porque tu palabra no es la llama que guía nuestros pasos, ni la luz que ilumina nuestros senderos? Nuestros padres, en todas las cosas, buscaban su dirección en la enseñanza del Evangelio y de la Iglesia; nuestros padres caminaban a plena luz. Sabían lo que querían, lo que hacían, lo que amaban, lo que odiaban, y por ello eran enérgicos en la

648 T. I, p.101.
649 Cf. T. VIII, pp.54-55.

acción. Nosotros caminamos en la noche; no tenemos ya nada definido, nada firme en el espíritu; y no nos damos cuenta del fin al que tendemos. Por consiguiente, somos débiles, dubitativos. ¿Cómo el calor de la resolución va a estar en la voluntad, y el vigor de la ejecución en el brazo, cuando no lo está en el entendimiento, cuando en lugar de la clara luz del *sí*, está la nube y la niebla del *quizás*?" [650]

Resulta pues imperiosa una conversión generalizada de este estamento de católicos condescendientes con la Revolución. Porque nadie sabe lo que podrá suceder mañana, si habrá ya tiempo para arrepentirse. No hay que esperar que a través de secretas capitulaciones logremos lo que Dios nos rehúsa. "El reino de los expedientes ha terminado; es menester que comience el reino de los principios." [651] La sociedad moderna está atacada por lo alto y por lo bajo: Dios irritado con ella por encima de su cabeza, las pasiones populares encendidas bajo sus pies; el cielo lanzando sus rayos, la tierra vomitando sus llamas; ¿cómo no sucumbir entre estos dos fuegos cruzados? De una vez por todas debe desaparecer el espíritu revolucionario, la influencia demoníaca sobre la sociedad; de no ser así todos nuestros expedientes empíricos serán perfectamente inútiles [652]. Pie recuerda a este respecto las terribles palabras que Pío IX dirigiera a una deputación francesa que lo había visitado para rendirle homenaje: "Yo debo a Francia la verdad –les dijo– [...] Lo que aflige a vuestro país y le impide merecer las bendiciones de Dios, es la mezcla de principios; diré la palabra justa y no la callaré: no son esos miserables de la Comuna de París, verdaderos demonios del infierno desencadenado sobre la tierra, no, no es esto; lo que yo temo, es esa

650 T. III, pp.519-520.
651 T. I, p.102.
652 Cf. T. I, pp.101-102.

miserable política, ese verdadero flagelo del liberalismo católico, ese juego de péndulo que no logrará sino destruir la religión." [653]

Ya se han realizado todas las condescendencias imaginables, ya el liberalismo católico ha hecho todas las concesiones posibles... e imposibles. Se ha querido halagar a nuestro siglo y en el fondo se lo ha calumniado. Nuestro siglo tiene nobles aspiraciones, pero está enfermo, cercano a la muerte, y en modo alguno le convienen esos remedios inocentes que sólo sirven para suavizar la agonía del moribundo. Nuestro siglo está cansado de expedientes, de transacciones y de compromisos, le gusta ir al fondo, al límite de las cosas. Demasiada diplomacia en el manejo de la verdad no nos honra ante sus ojos. Uno de nuestros adversarios, refiere Pie, acaba de reconocerlo lealmente: "La tarea de los ministros de la verdad es declarar lo que es verdadero", expresión que resulta la traducción exacta de una frase de San Hilario: *Ministros veritatis decet vera proferre*. Los mejores hombres de nuestro tiempo nos gritan: Habladnos, decidnos no lo que puede agradarnos sino lo que puede salvarnos [654].

Nada mejor para concluir este apartado que la famosa frase de Pie: "Después de haber ensayado todo, ¿no habrá llegado finalmente la hora de ensayar la verdad cristiana?" [655]

III. Caracteres recios para una militancia frontal

Tras haber fustigado la defección de tantos católicos cobardes o excesivamente conciliantes con los errores modernos, Pie se-

653 T. VII, pp.260-261.
654 Cf. T. VI, pp.576-577.
655 T. VI, p.576.

ñala la necesidad de que surjan hombres de espíritu combativo, que no sólo se nieguen a arrodillarse ante los Baales de nuestro tiempos, sino que, cual nuevos Columbanos, se atrevan a arrancar de los nichos sus estatuas idolátricas.

La lucha es una componente esencial del ser cristiano. No que sea lo más importante –por encima del combate está la adoración– pero resulta inevitable si se quiere permanecer fiel a la enseñanza de Cristo. Lo que la Escritura llama "el mundo", enseña Mons. Pie, es una constante en la historia, y no cambia de naturaleza ni de espíritu, ya que "está todo él establecido en el mal" (1 Jo 5, 19); es allí donde hunde sus raíces, de allí extrae su savia y su vida. Si fuese de otra manera, dejaría de ser lo que es. Dios dijo por medio del profeta: "¿Mudará por ventura el etíope el color de su piel o perderá el tigre las rayas de su piel? Así, ¿podréis vosotros obrar el bien, tan avezados como estáis al mal?" (Jer 13, 23). Jamás la herejía se hará benévola para con la Iglesia, jamás el orgullo y la avaricia confesarán el Evangelio, jamás la carne dejará de complotar contra el espíritu. Hasta el último día, los miembros del cuerpo de Cristo no podrán dejar de ser militantes, y "todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús, deberán sufrir la persecución", como dijo San Pablo (2 Tim 3, 12). "No nos hagamos ilusión: no es acercándose los últimos tiempos que nuestras luchas se harán menos vivas y las condiciones de nuestra vida más fáciles. Por el contrario, será entonces cuando los que hayan guardado los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, harán resplandecer en ellos el prodigio de «la paciencia de los santos» (Ap 13, 10). Jesús, si bien trabajó y sufrió siempre sobre la tierra, no sufrió con todo su principal y sangrienta Pasión sino al término de su carrera. El orden seguido por la cabeza señala el orden impuesto al cuerpo; y así como Cristo no consumó su obra ni abatió a todos sus enemigos sino por el misterio de su cruz, tampoco la Iglesia acabará su tarea y

ganará su último triunfo sino superando por una divina paciencia los supremos esfuerzos del infierno." [656]

Dos maneras hay de ser cristianos: o por el testimonio del martirio o por el testimonio de la confesión. O mártires o confesores. No basta con creer en el fondo del corazón, sino que es preciso confesar la fe con la boca. Quien no puede ofrecer a Dios el testimonio supremo de la sangre, sólo tendrá acceso al cielo si le ofrece el testimonio de la confesión, es decir, si hace profesión pública de su fe, tanto con las obras como con las palabras. Y el testimonio, de cualquier género que sea, suscita necesariamente la oposición de los enemigos de la fe, y por consiguiente la lucha [657].

1. *Combatientes de Cristo*

Se trata por tanto de librar el combate de la fe en el seno de un mundo cada vez más anticristiano.

El problema es que nuestra sociedad, como observa Pie, carece de hombres. Vivimos en una época de existencias abortadas, de hombres frustrados. No es para menos, ya que la humanidad baja en la medida en que baja el influjo del cristianismo. También hoy se podría decir lo que el antiguo filósofo en la plaza de Atenas: "Busco un hombre". Donde Cristo ha desaparecido, no quedan ya hombres; los que parecen tales no son hombres sino sombras de hombres. Nuestras patrias paganizadas podrían repetir con plena razón lo que decía aquel paralítico puesto al borde de la piscina probática sin poder beneficiarse de su virtud curativa: *hominem non habeo* (Jo 5, 7), no encuentro un hombre. "Ya lo creo: no hay hombres, donde no hay caracteres; no hay caracteres, donde no hay principios, doctrinas, afirmaciones; no hay afir-

656 T. IX, p.130.
657 Cf. T. VIII, p.78.

maciones, doctrinas, principios, donde no hay fe religiosa, y por tanto fe social. Haced lo que queráis: no tendréis hombres sino por Dios" [658]. Poco más arriba Pie había recordado aquella expresión de la Escritura: *possedi hominem per Deum* ("poseí al hombre por medio de Dios", Gen 4, 1).

Habremos pues de disponernos a ser hombres en serio, hombres en Dios, hombres por Dios y de Dios, dispuestos a disputar las almas de nuestros contemporáneos a este afrentoso naturalismo que los contagia y entrega en manos de Satán, el primer autor y la primera víctima de dicha peste, y su propagador en el seno de las generaciones humanas. Habremos de ser los combatientes de ese Cristo que ha venido para reinar sobre los individuos y las naciones, de ese Cristo que "después de haber descendido de los cielos, volvió allí para llenar todas las cosas: *ut impleret omnia* (Ef 4, 10)". Cristo quiere hacerse presente en todo. No se trata, por cierto, de su presencia como Dios, puesto que ese tipo de presencia siempre se ha dado y necesariamente se da, sino de su presencia como Dios encarnado. Jesucristo quiere llenar el mundo con su nombre, con su ley, con su luz, con su gracia. Nadie podrá permanecer extraño o indiferente a Él; es la piedra angular, piedra de edificación para unos, piedra de tropiezo para otros, piedra de toque para todos. Pero ese Cristo no está en el término de su misión, aún no ha "llenado todas las cosas", no ha encontrado su estatura perfecta, su plenitud, que alcanzará tan sólo en la consumación de su último advenimiento. Mientras tanto, nos toca ayudarlo en esta empresa, según aquello del Apóstol: *Omnia vestra sunt; vos autem Christi; Christus autem Dei* ("todas las cosas son vuestras; vosotros sois de Cristo, Cristo es de Dios", 1 Cor 3, 22-23) [659].

658 T. VII, p.353.
659 Cf. T. V, pp.166-169.

No podemos pues contentarnos con ser pasivos espectadores. Dios ha querido necesitar de los hombres. "Todos nosotros, a cualquier profesión o cualquier nivel pertenezcamos, seamos los hombres de Cristo, en todas las líneas, en todas las direcciones y en todas las aplicaciones tanto del deber público como del deber privado, seamos los combatientes, los militantes de Cristo. Sólo así seremos los hombres de nuestro tiempo, los reparadores del pasado, los reconstructores del futuro." [660]

La militancia es siempre en favor de alguien y en contra de alguno. En nuestro caso será en favor de Cristo, como acabamos de verlo, y en contra de Satanás así como del mundo que él inspira. En el grado en que nuestra lucha se vaya haciendo más frontal, Satanás se hará más perceptible. Porque, al decir de Mons. Pie, "cada vez que la Iglesia está en vísperas de algún gran alumbramiento, sabemos que cuadra al dragón infernal ponerse delante de ella y tratar de hacerla abortar (cf. Ap 12, 4)" [661]. El demonio dei aborto jamás resta inactivo.

La lucha del combatiente de Cristo requiere ardorosa generosidad. Pie confía de manera especial en el fuego de la juventud. No que la exalte, como se hace ahora con tanta frecuencia, simplemente por ser tal, sino en cuanto ve en ella una promesa que puede actuarse. Si de hecho no se actúa, si esta juventud prefiere el placer al heroísmo, si se hace inmoral, licenciosa, afeminada, prepara a los enemigos triunfos seguros y fáciles [662]. Se tratará pues de formar bien a dicha juventud, de modo que se apreste a librar las grandes batallas que le esperan. "La ciencia de la salvación debe presidir los primeros años de su vida, si se quieren obtener caracteres fuertes, corazones generosos, cristianos armados

660 T. VII, pp.338-339.
661 T. VI, p.421.
662 Cf. T. IX, p.223.

para la resistencia y para el combate, hombres de fe y de acción capaces de todos los grandes pensamientos, de todas las resoluciones vigorosas, de todas las entregas y de todos los sacrificios por la religión y la patria." [663]

No basta pues con ser joven. Como bien dice Pie, hay que desconfiar de los "entusiasmos" pasajeros. Lo importante es que la religión pase de la cabeza al corazón, y de allí se irradie, acabando por apoderarse de todo el ser. Sólo así brotarán, en el momento señalado, los impulsos ardientes y los actos heroicos que se requieran [664]. La juventud de alma tiene mucho que ver con la juventud nunca agostada de la verdad. "La época en que vivimos tiene esto de particular: el error comienza a envejecer en nosotros, y la verdad permanece joven [...] La verdad no es joven sino en este sentido; es nueva, porque vuelve a aparecer luego de haber sido durante algún tiempo desconocida." [665]

2. *Luchar con inteligencia*

No se trata de combatir a tontas y a locas. Es preciso conocer primero el estado en que se encuentra el mundo de nuestro tiempo para planear luego los pasos que habrá que dar. Pie aplica a nuestra época aquel diálogo entre el Dios que invita y el pueblo que apostata: "Llamé a mi pueblo hacia mí, y mi pueblo dijo: He perdido toda esperanza, nada haré: *Desperavi, nequaquam faciam* [...] Nos hemos retirado de ti, no volveremos más: *Recessimus, non ultra veniemus ad te* [...] He amado a los dioses extranjeros con pasión, y seguiré caminando tras ellos: *Adamavi quippe*

663 T. VIII, p.200.
664 Cf. T. I, p.440.
665 T. I, p.304.

deos alienos, et post eos ambulabo" (cf. Jer cap. 2). Estas palabras del pueblo apóstata son muy semejantes a las que escuchamos hoy. No pocos reconocen que quizás era mejor servir a Dios, pero objetan el cansancio, la impotencia; habría que hacer un esfuerzo y ya no restan energías. Por lo demás, la suerte está echada; han tomado gusto a los dioses extranjeros, y prefieren permanecer con ellos. El corazón de la sociedad nacida del 89 pertenece a los ídolos, y ya no tiene fuerza para desprenderse de ellos. Es a esta sociedad a la que debemos dirigirnos, y reiterarle la invitación que antaño Dios dirigiera a su pueblo: "Hijo de Israel, te has prostituido con mil seductores. Vuelve sin embargo a mí y te recibiré [...] Invócame diciendo: Padre mío, tú eres el guía de mi virginidad: *dux virginitatis meae tu es*" (Jer 3, 1.2.4). Esto es lo primero que debe tener en cuenta el militante de Cristo: su lucha es contra los ídolos que dominan el mundo moderno, que cual amantes perversos han querido suplantar al Esposo divino, para tratar de que los hombres que integran esta sociedad apóstata abjuren de su propia deificación y proclamen francamente el primado de Dios [666].

Cometería pues un error garrafal el combatiente de Cristo que se acercase a este mundo enfermo y que se obstina en su enfermedad, minimizando la gravedad de su estado. Porque el mal debe ser combatido con armas proporcionadas a su importancia y difusión. "Uno es el remedio que se aplica a una herida local y restringida, otra la medicación que se emplea contra un principio de muerte que se ha insinuado en todo el cuerpo, y ha invadido y viciado el conjunto de la sangre." [667] Es preciso devolver "la ciencia de la salvación al pueblo de Dios" (Lc 1, 77). Estas palabras difícilmente son comprensibles en nuestro tiempo. Incluso para

666 Cf. T. VIII, pp.91-93.
667 T. III, p.258.

los que aún no han dicho: *Non est Deus* ("no hay Dios"). Dios ha dejado de ser el Dios de las naciones, y el pueblo de Dios ya no es verdaderamente su pueblo. Hay, sí, individuos cristianos, los hay en todas partes, pero ya no hay sociedad cristiana. Ni siquiera se desea que tal sociedad sea restaurada; más aún, como lo hemos indicado más arriba, muchos católicos piensan que conservando Jesucristo el imperio sobre las almas y conciencias, debe en adelante abdicar de sus derechos sobre las naciones, cual si no hubiese recibido todo poder en el cielo y en la tierra, cual si no fuese Dios! Los combatientes de Cristo habrán de llevar a este pueblo exhausto "la ciencia de la salvación" que ha sido olvidada o preterida. Pero, como lo enseña la Escritura, el aprendizaje de esta ciencia es inescindible del arrepentimiento: *Ad dandam scientiam salutis plebi ejus, in remissionem peccatorum eorum* ("a fin de dar ciencia de salvación a su pueblo, para remisión de sus pecados", Lc 1, 77). "El perdón de los pecados, y sobre todo del pecado intelectual, del pecado doctrinal, es una de las necesidades de las que nuestro siglo ni siquiera acepta oír hablar." [668]

Tras el diagnóstico, el remedio. Es cierto que no siempre habrá que decirle al enfermo la verdad integral ya que, en ocasiones, no sería capaz de soportarla. A veces será preciso contentarse con remedios parciales. A modo de ejemplo, propone Mons. Pie el caso del Estado liberal que acuerda la libertad de enseñanza, haciendo así posible la enseñanza católica. Mirado desde cierto ángulo, es un comienzo de justicia, aunque en modo alguno sea la justicia en su totalidad. "Es sin duda contrario a todas las nociones de la razón y la justicia, a todas las leyes del orden cristiano y del orden social, que se atribuyan derechos iguales y se adjudique la misma dosis de libertad a la mentira y a la verdad. Sin embargo, allí donde prevalece este insostenible sistema, ¿no

668 T. VI, p.510; cf. pp. 509-510.

sería insensato quien se atreviese a decir que los discípulos de la verdad deben ser excluidos del derecho concedido a los propagadores de la mentira, o que, en todo caso, no admitiéndose la teoría de la libertad igual para todos, los católicos deberían rehusarse lealmente a aceptar la parte que les corresponde?" [669] Pero agrega inmediatamente que dicha concesión en el campo de los hechos de manera alguna puede hacernos olvidar la verdad total, y que por conseguir una ventaja cualquiera no nos es lícito consentir al abandono de la menor parcela de verdad, del menor átomo de los derechos divinos [670].

Luchar pues con ardor, pero también con sagacidad. Si bien la confianza sólo habrá de ponerse en Dios, ello no implica la renuncia a diversos medios humanos que coadyuven nuestra acción. El dinero, por ejemplo, puede ser un buen auxiliar en el combate por la verdad. A diferencia del derrochador que de él abusa, el hombre virtuoso sabrá emplearlo como corresponde. Pie recuerda lo que al respecto decía el austero San Jerónimo, a saber, que aquellos a quienes el Señor concedió ambos dones, o sea sabiduría y dinero, obtienen más gloria que los que no poseen sino sabiduría, en el sentido de que pueden actuar con magnificencia en provecho de la religión, de la patria y de la verdad. Bueno es que no falte dinero a los que sepan gastarlo para la gloria de Dios y el servicio del prójimo [671].

Otra cosa que ayuda a luchar con eficacia es la unión de todos los que combaten por Cristo. Pie destaca la importancia decisiva de que se establezca una sólida amistad entre todos los que luchan en pro de los derechos de la verdad, y ello con tanta más urgencia cuanto las dificultades son mayores y el número

669 T. IX, pp.163-164.
670 Cf. T. IX, p.164.
671 Cf. T. V, pp.541-542.

de los fieles disminuye [672]. La solidaridad en el combate habrá de mostrarse principalmente con aquellos que se juegan con más coraje por la causa de Dios. Pie recuerda aquí un espléndido texto del gran San Agustín: "Estoy hecho de tal manera que estallo de entusiasmo cuando me entero de que alguien ha sostenido duras luchas por la belleza y la defensa de la fe. Si a este hombre me lo señalan con el dedo, enseguida me acerco, trato de conocerlo y hacerlo conocer; y si se me da la ocasión, tomo la palabra, expreso los sentimientos de mi alma, me derramo en demostraciones ardientes [...] Al hombre fiel y fuerte lo amo con un amor puro y sincero: *Unde in me fraterni amoris inflammatur ardor, cum audio virum aliquem pro fidei pulchritudine et firmitate acria tormenta tolerasse. Et, si mihi digitu ostendatur ipse homo, studeo mihi conjungere, notum facere; si facultas datur, accedo, alloquor, sermonem confero* [...] *Amo itaque fidelem et fortem virum, amore casto atque germano.*" [673]

3. *Fortaleza intrépida*

Es la fortaleza la virtud propia del que milita. El ejercicio de dicha virtud no se ve demasiado favorecido por las condiciones del tiempo en que vivimos. Como observa Pie, predomina en nuestra época el amor de la comodidad y del bienestar, reina el confort, que al modo de una planta parásita, devora las fuerzas vitales del alma, ablanda el carácter, esteriliza la inteligencia, y concentra al hombre en mil naderías que lo ocupan por entero. El ambiente muelle conspira contra los combatientes de Cristo, ya que es lo contrario del espíritu del Evangelio, que es espíritu de

672 Cf. T. V, pp.487-488.
673 Cit. T. IV, p.348.

sacrificio, de grandeza de alma, de generosidad del corazón, de ardor en la entrega, de coraje en la inmolación [674].

¡A tiempos afeminados, coraje doble! No son los que consienten con la timidez y la cobardía quienes ganarán un reino que "sufre violencia" y que "los violentos conquistan a viva fuerza" (Mt 11, 12). Los cobardes, los que renuncian a confesar la fe, conocerán la misma suerte de los incrédulos, como lo dijo San Juan, el discípulo del amor, el apóstol de la caridad: *Timidis autem et incredulis* [...] *pars illorum erit in stagno ardenti* ("El destino de los temerosos e incrédulos [...] será en el lago ardiente", Ap 21, 8) [675]. En una época de cobardía generalizada los héroes resultan más fascinantes que nunca. Son los verdaderos discípulos de Cristo, los que se negaron a doblar sus rodillas ante los altares de los nuevos ídolos. "Se me hacen tanto más admirables, cuanto que necesitan la firmeza del bronce, la dureza del diamante, para no dejarse empañar por el espíritu corrosivo ni ablandar por las tendencias sensuales de su siglo." [676]

Pie se goza en alabar el coraje de los grandes héroes de la fe y de la patria; elogia su lealtad, que rechaza los disfraces y los compromisos; su valor al negarse a popularizar los principios confesándolos tan sólo a medias; su repugnancia por las palabras que eternizan los equívocos. Tales héroes se asemejan al jinete que vio San Juan en el Apocalipsis, "cuyo nombre era Fiel y Veraz" (19, 11) [677].

Santo Tomás pone como virtudes relacionadas con la fortaleza a la paciencia y la perseverancia, las partes más difíciles de aquella cardinal virtud del cristiano militante.

674 Cf. T. I, pp.600-601.
675 Cf. T. VIII, pp.78-79.
676 T. III, p.295.
677 Cf. T. VI, pp.267-269.

Ya San Pablo enseñaba que "la tribulación produce la paciencia"; de esa paciencia, que al decir de Pie es la señal y el control de Dios sobre nosotros, nace "la esperanza que no conoce desengaño" (Rom 5, 4-5) [678]. De ahí la expresión de la Escritura: "Corramos por la paciencia al combate que se nos propone" (Hebr 12, 1).

La perseverancia es como la perfección de la paciencia, que se mantiene sin flexión durante un tiempo prolongado. Es aquella "firmeza de bronce y dureza de diamante" a la que aludía el Card. Pie, que impide el desánimo y cierra las puertas al desaliento. Perseverar en la grandeza cuando se observa el triunfo de la mediocridad, cuando se ven caer, uno tras otro, los cedros del Líbano, es un espectáculo grandioso a los ojos de Dios y de los hombres. Pie lo expresa con términos inspirados: "Ser grande en un siglo en que el espíritu público os levanta en cierta manera de la tierra y os eleva a las alturas, es ya indudablemente un gran mérito. Pero mantenerse de pie, concebir grandes resoluciones, realizar generosas empresas cuando todos los corajes están por tierra: he aquí el colmo del honor, he aquí el sello que distinguirá siempre a nuestros antiguos y nuevos Macabeos. San Gregorio de Nazianzo los ha comprendido bien cuando dijo de ellos que eran «más altos que sus tiempos: *temporibus Antiochi regis excelsiores* (más elevados que en los tiempos del rey Antíoco)»." [679]

Luchar y luchar sin descanso, aunque las ruinas se vayan acumulando a nuestro alrededor. Clamar, como el Bautista, aunque sea en el desierto. "Hasta el fin será deber de los verdaderos cristianos, de los hombres de fe y de coraje, trabajar sin descanso por el triunfo del reino de Dios sobre la tierra. Nuestro apostolado

678 Cf. T. IX, p.131.
679 T. IV, p.54.

nunca deberá ser alcanzado por el descorazonamiento; y cuando el universo al desplomarse nos trague entre sus ruinas, aun entonces habremos de caer teniendo todavía la palabra de salvación en nuestros labios y dictando a los príncipes y a los pueblos las condiciones y las leyes de la vida de las naciones." [680]

La perseverancia en el heroísmo se basa sobre la certeza de que la victoria final será nuestra. De ahí que, como dice Pie, no nos sea lícito compadecernos por la suerte de los justos, cuando los vemos probados y parecen vencidos, así como no corresponde envidiar la suerte de los impíos cuando parece que todo les sale según sus deseos. La Escritura nos ha descrito el fin de los perversos. Se creían por encima de toda prueba, y de golpe se verán quebrantados hasta sus cimientos, al tiempo que observarán cómo los justos permanecen inmutables en su serenidad. Extrañados de un cambio de fortuna tan súbito, tan imprevisto, dirán en su interior, con el corazón oprimido: "He aquí a los que habíamos hecho motivo de nuestra burla y de nuestros ultrajes." Comprenderán entonces su inanidad: "Nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura y su fin por deshonra." Se verán totalmente al margen del camino: "Eramos pues nosotros los que estábamos fuera de las vías de la verdad". Nosotros que nos decíamos los hombres del progreso, nosotros que teníamos la pretensión de enarbolar la antorcha de la ciencia y la civilización, he aquí que ahora "la luz de la justicia no nos alumbra, y el sol de la inteligencia no sale para nosotros" (cf. Sab 5, 2-6). La lección de la Biblia es categórica, concluye Pie, por lo que el militante de Cristo, cuando se vea atormentado por la adversidad y la persecución, no habrá de inquietarse en exceso ya que conoce la salida final del drama en el cual se ha comprometido [681].

680 T. IV, p.6.
681 Cf. T. VII, pp.482-484.

Tal perspectiva es la que funda sobre sólidas razones la virtud de la perseverancia en el combate. Desde el púlpito de su catedral, Mons. Pie se complacía en repetir a sus fieles una frase de San Hilario: "*Christus vult longi proelii militem*: Cristo quiere soldados de largo aliento", guerreros capaces de un prolongado combate [682].

4. *La humilde altivez*

La magnanimidad es una de las virtudes predilectas del militante católico. La gran desgracia de los cristianos de este tiempo, observa Pie, consiste en no estimar suficientemente la fe que está en ellos, no acordarse de qué abismo de errores los ha sacado Dios, y con qué bienes y esperanzas los ha enriquecido. Propio es de este siglo conceder exigua importancia al don del bautismo e infravalorar fácilmente los dones de la gracia en comparación con los dones de la naturaleza. "No lo olvidéis nunca, un sólo átomo de gracia vale infinitamente más que todas las conquistas de la ciencia, si la ciencia se separa de la fe." [683]

Pie se explaya en estas consideraciones. Con respecto a la supremacía del orden sobrenatural es inobviable aquella fórmula del Apóstol: *Quod stultum est Dei, sapientius est hominibus; et quod infirmum est Dei, fortius est hominibus* ("La necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres, y la debilidad divina más fuerte que la fuerza de los hombres", 1 Cor 1, 25). Por lo demás, el cristiano que posee la gracia, no por ello pierde la naturaleza; la gracia no es una segunda sustancia que elimina y sustituye la naturaleza sino un suplemento divino que la eleva,

682 Cf. T. IV, p.53.
683 T. III, p.122.

la corona, la ennoblece, y perfecciona. Lejos de ser el aniquilamiento de la razón, la fe es su ejercicio más sublime, puesto que por ella la razón del hombre adhiere a la razón de Dios. Lejos de ser la depresión de la naturaleza, la gracia es su apogeo, o mejor, su superación, puesto que es la naturaleza elevada por encima de sí misma. De ahí que las almas santas sean llamadas en la Escritura "montañas de Sión". En modo alguno exageraba pues Tertuliano al decir: "Nada es más alto, nada es más grande que el cristiano: *Nemo maior, nisi christianus*" (*De praescrip.* III). Todos los que hemos sido bautizados pertenecemos a la raza más elevada del mundo, somos de raza divina, porque somos de la raza de Cristo, que es el Hijo de Dios [684].

Estas consideraciones se ordenan a que los católicos tomen conciencia de su grandeza en Dios, no cejando en su empeño militante por equívocas razones de falsa humildad, o por falaces complejos de inferioridad frente a la sociedad y las ideas en boga. "Una santa altivez sienta bien al cristiano. En nombre de Dios, nada de postrarnos ante lo que es inferior a nosotros. Abajaos por humildad, abajaos por caridad; haceos pequeños por condescendencia, para atraer y ganar a vuestros hermanos. Pero jamás abajéis con vosotros vuestra fe, jamás abajéis vuestro carácter de cristianos." [685]

Cuando se trata de cuestiones que en una u otra forma tocan a la doctrina de Cristo, enseña Mons. Pie, no es lícito permitir que la causa de Dios sea llevada ante el tribunal de los mundanos. Ya lo decía el Apóstol: "Es al hombre espiritual a quien pertenece juzgar de todas las cosas; a él, en cambio, nadie puede juzgarle: *Spiritualis autem judicat omnes, et ipse a nemine judicatur*" (1

684 Cf. T.III, pp.122-123.
685 T. III, p.123.

Cor 2, 15). Y en otro lugar: "¿No sabéis que los santos han de juzgar el mundo?" (1 Cor 6, 2). El cristiano que acepta el puesto de los acusados se engaña de lugar; lo que le compete no es el banquillo del acusado sino el tribunal del juez. Es el cristiano quien tiene el metro en sus manos. No se deje mensurar a la medida del hombre y de los criterios del hombre aquel que posee el metro divino y los criterios de Dios. No se deje reformar según las doctrinas volubles de este siglo aquel que debe reformar este siglo según la regla invariable que le ha sido dada, la palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia. No se deje juzgar por este día encapotado y brumoso que es el día del hombre, aquel que puede y debe juzgar todas las cosas a la plena luz del sol de la revelación divina [686].

Concluye Pie su meduloso sermón: "Cuando el cristiano sea citado ante la opinión del mundo, acuérdese de aquellas palabras que dijo San Juan: "El que está en vosotros es más grande que el que está en el mundo: *Major est qui in vobis, quam qui in mundo*" (1 Jo 4, 4). ¿El mundo? Pero si ya ni siquiera es capaz de mantenerse en pie desde que los principios que profesa lo separaron de Dios; sus instituciones crujen cada mañana; vacila como un ebrio; jamás su sabiduría ha sido más restringida, su habilidad más impotente. Francamente, mal momento habría elegido el cristiano para humillar su fe y su doctrina ante los tribunales del mundo. Lo que es fuerte, lo que está vivo, ningún apoyo ni consejo tiene que recibir de lo que muere, de lo que sucumbe. La voz de San Cipriano [...] se eleva para decirnos que «nada tiene que esperar del siglo quien es más grande que el siglo: *Nihil appetere de saeculo potest qui saeculo major est*»." [687]

686 Cf. T. III, pp.123-124.
687 T. III. pp.124-125.

Si el militante de la Iglesia alimenta en su interior tan santa altivez, difícilmente sucumbirá ante el espectáculo del triunfo demasiado duradero de los principios del mundo, lo que para muchos constituye una piedra de escándalo y es motivo de defección para un gran número de espíritus débiles. Más aún, haciendo caso omiso de los escrúpulos de algunos "moderados", no vacilará en unir su voz a la de la liturgia para pedir a Dios la humillación de los enemigos de la Iglesia, que son verdaderamente los enemigos de todo el género humano: *Ut inimicos sanctae Ecclesiae humiliare digneris, te rogamus audi nos* (que te dignes humillar a los enemigos de la santa Iglesia, te rogamos, óyenos). En realidad, lo que se pide a Dios es que mire a esos hombres con misericordia, que los ame "dignándose" humillarlos [688]. "¿Se dignará conceder esta gracia a los enemigos de la hora presente? [...] La mayor desgracia que le puede suceder a un enemigo de Dios es morir envuelto en el manto de su gloria y de su prosperidad sacrílega. Espantosas de pronunciar son estas palabras de un versículo de San Lucas: *Mortuus est autem dives, et sepultus est in inferno* («Murió el rico, y fue sepultado en el infierno», 16, 22). ¡No, Señor, que esos hombres, nuestros conciudadanos y hermanos, no mueran en la embriaguez de su éxito, y sean sepultados en el infierno! Para arrancarlos de tan afrentoso destino, dígnate humillarlos acá abajo, y volver así a ponerlos en el camino que conduce a los arrepentidos a la gloria y felicidad eterna." [689]

Los hombres modernos, a pesar de sus grandilocuentes declaraciones, no son en realidad sino hombres disminuidos. Como bien dice Pie, cuando la doctrina de Cristo los proclama nada menos que reyes, se sienten satisfechos reclamando una fracción cualquiera de soberanía. Según dicha doctrina la investidura vie-

688 Cf. T. IV, pp.270-271.
689 T. IV, p.271.

ne de lo alto y no de lo bajo; no es fruto de un derecho natural ni de un sufragio popular, sino algo conferido merced a una especie de bautismo divino. Por otra parte, la soberanía que reclama el hombre moderno es exclusivamente laica; en cambio la autoridad que confiere Cristo está enriquecida por una unción que impregna tal realeza con una suerte de sacerdocio [690]. Los hombres modernos, que enarbolan una libertad recientemente conquistada, no saben que la verdadera libertad, la única deseable, en ninguna parte se afirma mejor que en el Evangelio, donde se lee que a nadie debemos llamar señor, porque tenemos un solo señor que es Cristo (cf. Mt 23, 9). Estas palabras constituyen la carta de emancipación de la conciencia humana, al tiempo que proclaman la grandeza del cristiano, colocado en el más alto rango al que pueda subir una creatura. Sólo la verdad nos hace realmente libres (cf. Jo 8, 32 ss.), porque sólo la verdad nos pone al servicio de Dios, y *servire Deo regnare est* (servir a Dios es reinar) [691].

Reyes y libres. Así nos sabemos los cristianos, por más que los defensores de la democracia liberal nos consideren lacayos y esclavos. Los títulos de nuestra nobleza divina, afirma altivamente Pie, jamás serán lacerados por los ideólogos de nuestro tiempo, digan lo que dijeren; nuestra gloria es demasiado alta para que pueda ser alcanzada por los campeones de la soberbia. Mientras tantas cosas se derrumban y se hunden a nuestro alrededor, nosotros habitamos en regiones mil veces superiores a todas las bajezas humanas [692].

¡Que no venga pues la Revolución francesa a enrostrarnos nuestro desacato a "los inmortales principios", a los principios de la subversión mundial! "Toca a nosotros responderle con el

690 Cf. T. IX, p.397.
691 Cf. T. VI, pp.352-353.
692 Cf. T. VIII, pp.228-229.

grito de guerra del arcángel victorioso: *Quis ut Deus?* (¿Quién como Dios?) Toca a nosotros combatir el buen combate, en esta gran lucha en que tenemos a nuestro favor cuatro mil años de promesa y dos mil años de victoria." [693] El aparente triunfo del mundo moderno no hará caer nuestros brazos, sabiendo que aun en medio de las derrotas, la victoria ya ha comenzado a alborear para nosotros. "La fuerza de las naciones –decía San Jerónimo– es el triunfo de sus mártires; pues bien, también nosotros estamos orgullosos de la gloria de los nuestros: *fortitudo gentium, triumphus martyrum, et nos in eorum gloria superbi sumus.*" [694] El mundo que se ríe de nosotros está sobre un tembladeral, sobre el tremedal de su angustia. Nosotros, en cambio, nos apoyamos sobre terreno rocoso. "Ningún atentado prevalecerá jamás contra el trono de Dios que está erigido en lo más alto de los cielos, ni contra el trono de su Hijo que ha sido puesto sobre la montaña de Sión, es decir, en el centro de la Iglesia. En vano se amotinan las naciones y los pueblos meditan planes subversivos, en vano se reúnen los reyes de la tierra y los príncipes se confabulan contra Dios y contra su Cristo, prometiéndose romper sus lazos y sacudir su yugo. Aquel que desde lo alto domina todas las empresas humanas, como el cielo domina la tierra, se reirá de ellos, y el Señor, es decir, el Dios hecho hombre, se burlará de ellos (cf. Ps 2, 1-4)." [695]

Si así se lo suplicamos Dios nos prestará sus ojos para ver las cosas como las ve Él. Es desde las alturas divinas que hemos de mirar al mundo y llevar adelante nuestra lucha. Pero será preciso estar muy atentos para que la altivez no se degrade en soberbia. Porque también nosotros hemos sufrido el contagio, y en el gra-

693 T. IX, p.513.
694 Cit. T. IV, p.373.
695 T. VII, p.538.

do en que estamos enfermos somos nuestro mayor enemigo. "Tu pérdida viene de ti, oh Israel", leemos en la Escritura (Os 13, 9). En el grado en que damos lugar al pecado en nuestra vida nos hacemos cómplices de este mundo al que laudablemente queremos atacar, participamos de sus principios. ¡Cuántas veces hemos dejado la fuente de agua viva y preferido los estanques del mundo, cuán a menudo hemos despreciado el alimento divino de la sana doctrina para hacer nuestro algún principio disolvente, con cuánta frecuencia hemos abdicado de nuestra vocación vertical para enamorarnos apasionadamente de los bienes de la tierra! [696] La consideración de nuestra miseria nos ayudará a fundar mejor la humildad, sin por ello abdicar de la altivez que debe caracterizar al militante, basada en la fuerza roqueña de Dios y de Cristo.

5. *No poner nuestra confianza en el número*

En esta época que hace gala de su culto a la democracia, a la soberanía del pueblo, es fácil que el espectáculo de las multitudes que van adhiriendo a los principios revolucionarios influya en los militantes de Cristo e insinúe el desánimo en su interior. Máxime que las autoridades temporales, cuya función específica es el fomento de la verdad y el bien, no animan ni recompensan sino las inspiraciones de la mentira y el mal [697].

La Revolución trata de aislar a los católicos militantes. Lo que en los últimos tiempos de la dominación soviética se hacía en Rusia, a saber, recluir a los creyentes en hospitales psiquiátricos, clausurándolos en la soledad más absoluta, es una expresión perfecta de lo que intenta el espíritu del mundo. Como constata

696 Cf. T. IX, p.128.
697 Cf. T. VII, p.314.

Pie, resulta hoy de buen gusto no ver en los adversarios del racionalismo y del naturalismo sino maníacos dominados por una idea fija y obsesiva, encarnizados contra fantasmas [698]. El mundo busca encerrar a los defensores de la verdad con el cerco de la ironía y de la burla. Pero tal cosa habrá de constituir para ellos un timbre de gloria. En cierta ocasión, comentando Mons. Pie a su clero los alcances de una medida persecutoria que el Gobierno había tomado contra la Compañía de Jesús, por su militancia en favor de la doctrina de Cristo, les confesó: "Mi estima y simpatía por este Instituto se miden por la oposición y el odio de que es objeto por parte de los enemigos de Dios y de la Iglesia." [699]

Los defensores de Cristo no son ciertamente muchos en nuestro tiempo. La Escritura nos enseña que es propio de los sabios el ser poco numerosos. Por algo Moisés, cuando descendía del Sinaí con las tablas de la ley, hubo de decir a los suyos en nombre de Dios: "No os dejéis arrastrar al mal por la multitud" (Ex 23, 2). Es verdad que a menudo los secularizadores de la política han realizado sus hechos nefastos con el aplauso de la turba. Pero son sólo hechos, y no tienen sino la autoridad de los hechos. "La Iglesia sigue siendo la Iglesia y la multitud sigue siendo la multitud –predica Mons. Pie a sus sacerdotes–. En vez de juzgarnos a nosotros mismos como condenados por el veredicto popular de un cuarto de hora, encontremos en ello un título y una garantía para la legitimidad de nuestra misión y el valor de nuestros principios [...] Nuestro sacerdocio sólo podría comenzar a dudar de sí mismo cuando dejase de ser un signo de contradicción." [700]

Declararse apóstol de la Iglesia, adherir a ella cuando todos la reconocen como madre y maestra, no es por cierto empresa difí-

698 Cf. T. III, p.258.
699 T. II, p.17.
700 T. VII, p.368.

cil. Sí lo es, en cambio, servir a Dios y a la Iglesia con plena conciencia de la propia inferioridad numérica, frente a la abrumadora multitud de quienes abrazan los criterios dei mundo. Por eso muchos cristianos débiles, al verse en ridícula minoría, renuncian a su fe. Mons. Pie fustiga duramente este grave acto de cobardía que a veces se escuda en razones de índole "democrática". "Hacer tanto caso de la situación humana de la verdad, amarla tan poco por sí misma que se reniegue de ella desde el momento que ya no es popular, que no tiene ya en su favor el número, la autoridad, el predominio, el éxito, ¿no será la nueva manera de practicar el deber y de comprender el honor? Afirmémoslo con claridad: el bien sigue siendo el bien, y ha de seguir llamándoselo con ese nombre, aun en el caso de que «ni uno solo lo haga» (Ps 13, 3). Basta por otra parte un pequeño número de reclamantes para salvar la integridad de la doctrina; y la integridad de la doctrina es la única chance de restablecer el orden en el mundo." [701]

Subrayemos esta última idea: lo importante es salvar la verdad total, aunque sea en pequeños cenáculos, como hicieron los mejores cristianos en épocas oscuras, por ejemplo durante las invasiones de los bárbaros, cuando la fe y la cultura encontraron refugio en el interior de los monasterios, y así fueron capaces de entregar a la posteridad el tesoro del cual aún hoy vivimos.

La sensación de soledad que los militantes de la Iglesia experimentan hoy, aislados en la insularidad de su fe, como si estuviesen en el Huerto de Getsemaní, trae al recuerdo de Mons. Pie un texto que se encuentra en el libro de Ester. Rezaba ésta, según nos lo relata el historiador sagrado, sabiendo que el descendiente de David estaba en el exilio, y conjuraba al Señor Dios de Israel diciendo: "Señor, tú eres nuestro único rey: *Domine mi, qui*

701 T. V, p.203.

rex noster es solus; ven en ayuda de mi aislamiento: *adjuva me solitariam*; porque fuera de ti no hay nadie que me socorra: *adjuva me solitariam, cujus praeter te nullus est auxiliator alius*" (Est. 14, 3). Tal es el grito actual de la Iglesia y de sus mejores militantes, perseguidos por unos, traicionados por otros, desconocidos por todas las potencias de la tierra, y a quienes, en este abandono universal, no les queda sino recurrir a su divino autor [702].

6. *Nos toca la lucha, no la victoria*

Nuestro combate es porque "Dios lo quiere", como decía Santa Juana de Arco, y antes que ella los cruzados, lo cual no implica que Dios se haya comprometido a hacernos testigos de la victoria. Citando aquella frase del Kempis: "Combate en favor de la justicia, y sostén la lucha hasta la muerte; y Dios vencerá por ti a tus enemigos" (L. II, c. II, 1), comenta Pie: "Como se ve, no es cuestión de combatir con la esperanza de vencer por nosotros mismos; combatimos para la tranquilidad de nuestra conciencia y para cumplir nuestro deber." [703]

En ocasiones conoceremos la dura experiencia de la derrota, pero ello está incluido en el plan de Dios. Ser vencido por los enemigos, ser por ellos sepultado, es seguir el mismo camino recorrido por Cristo, que cual grano de trigo fue depositado en tierra, en orden a la ulterior resurrección. También la Iglesia ha seguido históricamente un camino semejante: para hacerse Cristiandad debió pasar por las catacumbas.

Pie nos ha dejado una página hermosísima sobre el sentido de las catacumbas en la historia de la Iglesia: "Las catacumbas,

702 Cf. T.VII, p.545.
703 T. VIII, p.18.

bien lo sabéis, ocupan un lugar imponente en los anales del cristianismo. El cristianismo no tiene aún sino 18 siglos de existencia; pues bien, durante tres siglos completos tuvo las catacumbas por morada. Es la sexta parte de su duración. Tres siglos, ¿nos damos cuenta de ello? [...] Este duelo de tres siglos entre el Imperio Romano y el cristianismo, encuentra en las catacumbas pruebas vivas, testimonios palpitantes; allí están, si cabe la expresión, el acta de nacimiento y la partida de bautismo del pueblo cristiano. La vista de las catacumbas me produce una impresión análoga a la que me embarga cuando estoy en presencia del pesebre del Salvador, que se conserva en la iglesia de Santa María la Mayor. El pesebre sirvió de cuna al cuerpo real del Cristo recién nacido; las catacumbas son la cuna de su cuerpo místico, el pesebre de la Iglesia naciente, pesebre y sepulcro a la vez, donde los pañales y el lienzo se confunden, donde la vida y la muerte se tocan." [704]

En última instancia, no es sino el heroísmo lo que salva la conciencia y la dignidad, sea en el orden de la defensa patria sea en el de la defensa de los principios. Por eso, observa Pie, a pesar de todos los desastres y humillaciones, la posteridad más remota volverá a narrar las entregas heroicas de que los campos de batalla fueron testigos. Por cierto que "inmolarse con abnegación y sin esperanza de vencer; inmolarse para salvar la integridad del honor a falta de la del territorio; inmolarse por un sentimiento de fe religiosa al mismo tiempo que patriótica" [705], es algo que merece suprema alabanza.

La lucha, la persecución, la aparente derrota, ayuda a los militantes de Cristo a irse despojando de todo lo que no sea Dios, a irse desprendiendo de personas, cosas y circunstancias, que a

704 T. III, p.66.
705 T. VII, p.144.

veces los atan en demasía, para poder entregarse con más generosidad y mayor amplitud de miras a la obra grande por excelencia. Hablando a un grupo de novicios de la Compañía de Jesús a quienes el viento de las revoluciones acababa de empujar hacia las costas de Francia por los inicuos decretos de las cortes españolas, Mons. Pie les dice que no deben extrañarse de lo que les sucede, ni preocuparse en exceso porque tales decretos no sean levantados prontamente y su exilio se prolongue, ya que está en su vocación correr de un polo al otro de la tierra; el sectarismo de las autoridades políticas les ofrece la posibilidad de ir a pueblos remotos, a naciones de lengua desconocida, y allí serán quizás sobrenaturalmente más fecundos que en su propia patria [706].

Más aún, a veces sucede que cuando todo aparenta estar perdido, cuando el mal parece sin remedio, es cuando comienza a amanecer. Siempre se puede esperar que el exceso mismo del mal prepare el retorno hacia el bien [707]. "Las heridas inferidas en estos momentos a la Iglesia son una prenda de sus próximas victorias: *ut tunc vincat cum laeditur* (para que venza precisamente cuando es herida); la insolencia con que todas sus doctrinas religiosas y sociales son incriminadas, sólo logrará iluminar mejor la verdad, la necesidad y el alto alcance de dichas doctrinas, al tiempo que hacerlas aceptar mejor por todas las almas buenas." [708]

No se le oculta a Pie que en la actualidad la Iglesia vive una época de crucifixión. Sin embargo está convencido de que cuando el orgullo del hombre crea haber derrotado definitivamente a Dios en sus militantes, será precisamente entonces cuando Dios se levantará para hacer justicia. Citemos el texto, tan complexivo:

706 Cf. T. VI, pp.250-251.
707 Cf. T. VI, p.214.
708 T. IV, p.5.

"Lo que caracteriza esencialmente a la época moderna es que, mediante una división y una oposición más tajantes que en otras épocas, el mundo se dividió en dos partidos: el partido de Dios y el partido de los hombres [...] Jamás la lucha entre el hombre y Dios había sido más declarada, más directa; jamás generación alguna había roto de manera más absoluta todo pacto con el cielo; jamás una sociedad había dirigido más resueltamente a Dios esta palabra tan audaz: «Vete» (Job 21, 14); jamás el hombre se había comportado más insolentemente cual dios sobre la tierra. Ya se creía vencedor. Había desterrado a la divinidad del dominio de todas las cosas de la tierra; ahora reinaba allí como señor; y lejos de que le sucediese algún mal (cf. Eccli 5, 4), todo le prosperaba. El viejo sueño del orgullo humano iba pues a convertirse en realidad: el hombre iba a ser su propio dios (cf. Gen 3, 5) [...] Pero mientras más el hombre parecía triunfar, más nosotros le augurábamos una ruina próxima, y, para hablar como los libros santos, una de esas catástrofes cuyo estallido deja aturdidos los oídos de todos los que lo oyen (cf. Jer 19, 3). Habíamos aprendido de la historia que Dios disimula por largo tiempo, que parece a veces ceder a sus enemigos, pero que estas derrotas aparentes y momentáneas no son sino prudentes y hábiles retiradas de la providencia, después de las cuales retoma posiciones y da sus golpes decisivos. Más de una vez nos pareció que los espíritus celestiales, fatigados por los largos éxitos de la rebelión triunfante, tomaban el lenguaje de los profetas, y decían: «Levántate, oh Dios, no sea dado al hombre prevalecer» (2 Paral 14, 11; Ps 9, 20) [...] Hablaban todavía. Y mientras el orgullo humano se elevaba siempre más (cf. Ps 72, 18), súbitamente el pueblo-dios vaciló sobre su altar. No fue el estallido de un rayo, fue un soplo de un instante el que hizo justicia del coloso (cf. 2 Tes 2, 8)." [709]

709 T. I, pp. 98-100.

7. *Hacedores de paz*

La lucha que lleva adelante el combatiente de Cristo se ordena a la instauración de la paz. En este sentido, el cristiano es un "pacífico", un constructor de paz. Es cierto que esta palabra está hoy más bastardeada que nunca. Pie se ha encargado de hacer las debidas puntualizaciones.

Tras citar la célebre definición agustiniana: "La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden: *Pax omnium rerum, tranquillitas ordinis* [...] El orden es aquella disposición que, según la paridad y disparidad de las cosas, asigna a cada una su lugar" (*De Civ. Dei* 19, 13), Mons. Pie la aplica a los diversos niveles: la paz del hogar doméstico es la distribución equitativa del mando y de la obediencia en la casa; la paz de la ciudad terrestre es el concierto de la autoridad y de la sumisión; la paz de la ciudad celeste es el orden perfecto y la unión suprema de los elegidos en el gozo de Dios y en el gozo mutuo de todos en Dios. En consecuencia, la verdadera paz, del cuerpo, del alma, del individuo, de la familia, de la nación, es la paz en el servicio de Dios, la paz en la profesión de la fe, la paz en la observancia de la ley divina [710]. La verdadera paz aparece así como el fruto de la verdad; hay que amar a ésta para llegar a aquélla.

Ahora bien, prosigue Pie, no siempre el hombre es capaz de asegurar la paz, y mucho menos la paz social. Será preciso que Dios intervenga de una u otra manera, según Él mismo nos lo ha dicho a través del profeta: "Yo soy quien forma la luz y hace la paz: *faciens pacem*" (Is 45, 7). Sin Dios, vanos serán todos los recursos de una inteligencia fecunda en negociaciones hábiles; no basta negociar con las potencias de la tierra; es preciso que el

710 Cf. T. V, p.317.

tratado de paz sea ante todo concluido con Dios: *Pacem habeamus ad Deum* (Rom 5, 1). Pero esto no es todo; Dios ha puesto un mediador entre Él y la humanidad, de modo que el tratado de paz con el cielo comporte necesariamente la intermediación de Cristo, por el que tenemos acceso al trono del Padre: *Pacem habeamus ad Deum per Dominum nostrum Jesum Christum, per quem et habemus accesum* ("Tengamos paz con Dios por nuestro Señor Jesucristo, por quien hemos obtenido también el acceso", Rom 5, 1-2). No en vano Jesús es llamado el príncipe de la paz (cf. Is 9, 6), y su saludo familiar era: *Pax vobis* ("La paz esté con vosotros", Lc 24, 36). Fue Él quien dijo: "Os dejo la paz, os doy mi paz; la paz que os da el mundo no es la paz que yo os doy" (Jo 14, 27). Como se puede ver, hay una paz que es propia de Jesús, una paz a la que Jesús llama "su paz"; por otra parte, quiere que nuestra paz sea en Él: *ut in me pacem habeatis* ("para que en mí tengáis paz", Jo 16, 33). No resulta pues extraño que a la hora en que Jesús hizo su primera aparición sobre la tierra, los ángeles cantaran: "Gloria a Dios en lo alto de los cielos, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad" (Lc 2, 14) [711].

Cuando la paz –la única verdadera, la paz de Cristo– es considerada en el ámbito de las sociedades, ella no es otra cosa que el reconocimiento público de la verdad y los preceptos del Evangelio, la conformidad de las legislaciones e instituciones humanas con la doctrina y la moral de Cristo. Estas sociedades "pacíficas" han sido raras sobre la tierra ya que, por el influjo de las pasiones, el bien se mezcla con el mal. Sin embargo, desde la introducción del cristianismo, ni una sola de las grandes naciones occidentales dejó de registrar en sus anales algunos de esos reinos felices, que vivieron en la concordia de grandes pontífices y de gran-

711 Cf. T. V, pp.318-319.326.

des monarcas, caracterizados por el celo ardoroso de sus sacerdotes, por la magnanimidad de sus reyes, y por la fidelidad de su pueblo a la doctrina de Cristo. Sobre la base de esta paz exterior, el bien espiritual se irradiaba en amplias proporciones [712].

Pero estalló la rebelión. Y se apoderaron de las naciones los enemigos de la doctrina de Cristo, de manera especial los abanderados de los "principios inmortales" de la Revolución, logrando introducir "un nuevo orden". A pesar de vivir en un ambiente de guerra y de equívocos, en una mezcla de ignorancia y de corrupción, llegaron a tal punto que no trepidaron en llamar "paz" a los males tan numerosos y tan grandes que los azotaban: *tot et tam magna mala pacem appellant* (Sab 14, 22). Paz nefasta, dice Pie, paz horrible, que Dios no da a los pueblos sino en su cólera. ¡Y ay de los pueblos que a ella se acomodan! Fue el mismo Dios quien denunció con palabras terribles a los falsos profetas de Israel: "Han engañado a mi pueblo diciendo: «Paz, paz», y no había paz." Porque cuando aquellos falsos profetas construían un edificio, no ponían cimientos sino barro, y luego revestían las paredes con una superficie pulida y brillante, sin introducir en ellas las sustancias que les hubieran dado consistencia y cohesión. La secuela es obvia: "Las paredes ya no están, y con ellas se acabaron los que las revocaban, los profetas de Israel que profetizan a Jerusalén y tienen para ella visiones de paz, no habiendo paz, dice el Señor" (Ez 13, 10-16).

Así acaece en nuestro tiempo. Los constructores de la nueva ciudad no han puesto los debidos cimientos, no han puesto la Piedra de base –la Piedra es Cristo (cf. 1 Cor 10, 4)–, y por eso mientras se desgañitan gritando: "Paz, paz", una catástrofe sucede a la otra, una revolución destruye la anterior. Si se rechaza

712 Cf. T. V, pp.319-321.

la piedra angular de todo el edificio no puede haber paz verdadera [713].

Muchos "pacifistas" dicen que los que quieren combatir por Cristo traen la turbación, la guerra, rompen la paz actual de la sociedad. Pero esta paz, reitera Pie, no es la paz de Cristo, sino la paz del mundo, la paz en la mentira y el pecado. Es refiriéndose a esta falsa paz que dijo Jesús: "No penséis que yo he venido a traer la paz sobre la tierra; no he venido a traer la paz sino la espada" (Mt 10, 34) [714].

Asimismo los "pacifistas" acusan a los combatientes de Cristo de introducir la división. También Pie sale al paso de esta dificultad, recurriendo a una enseñanza de San Hilario, según la cual el mismo Dios que ordenó en el cuarto mandamiento honrar al padre y a la madre, es el que habla, por boca de su Verbo encarnado, de una división entre el hijo y el padre por causa del Evangelio, de un odio del hijo al padre por causa de la verdad (cf. Lc 12, 51 ss.). ¿Cuál es la espada divisoria? se pregunta el santo doctor. La espada es el arma más aguda, más afilada, la más penetrante de todas. Pues bien, la Escritura llama con el nombre de espada la predicación del Evangelio, la palabra de Dios, que penetra en el corazón de los hombres y en las instituciones que el hombre crea. El bautismo introduce en nosotros una división, que separa al hombre nuevo de las manchas del viejo, mediante el tajo de la espada de Dios [715].

Me diréis, agrega Pie, que las palabras de Cristo se dirigen a otros tiempos que a los nuestros, a los tiempos iniciales del cristianismo, cuando una parte de la familia se hacía cristiana y la

713 Cf. T. V, pp.331-333.
714 Cf. T. VIII, p.79.
715 Cf. T. VIII, pp.79-81.

otra perseveraba en la idolatría, lo cual creaba disidencias inevitables, era causa de división. Pero ahora no es así. En modo alguno conviene singularizarse como cristiano, contrastar el Evangelio con los principios de la Revolución. Sería una actitud provocativa, un auténtico motivo de división. "Así pues, porque Jesucristo es desconocido para muchos de tus contemporáneos, te crees autorizado a desconocerlo; porque un espíritu malo e irreligioso se ha apoderado de la generación presente, reivindicas el derecho de participar en el contagio. Pues bien, has de saber que esta infidelidad general que invocas como excusa, es una circunstancia más bien agravante que atenuante de tu falta. Frente a esta gran apostasía del gran número, estás obligado a proclamar más altivamente tu fe, y de convertirte así en un ejemplo y una protesta." [716] Ya lo había dicho Cristo: "Quien se avergüence de mí y de mi Evangelio ante esta generación corrompida y pecadora: *in generatione ista adultera et peccatrice*, yo me avergonzaré a mi vez de él cuando en compañía de mis ángeles aparezca en la gloria de mi Padre" (Mc 8, 38).

Usemos pues con cuidado las palabras división, unión, guerra, paz. Como bien dice Pie: "Al pedirle al Señor que ponga término a la guerra, nos guardaremos de expresar un deseo culpable y de solicitar una paz comprada en detrimento de Dios y de su Iglesia. Mil veces mejor la guerra que el triunfo insolente del cisma o la herejía, y su reino casi universal sobre la tierra." [717] Un historiador de la antigüedad había calificado a la falsa paz como mortífera: *diram pacem*; paz ensangrentada por la masacre de las almas, por el asesinato de todos los principios, paz engañosa que transforma la sociedad en un campo de batalla, donde se excitan todas las codicias y ambiciones. "Ahora bien, cuando un

716 T. VIII, p.82; cf. pp.81-82.
717 T. II, p.168.

pueblo no usa de la paz sino para hacer guerra a Dios, Dios se venga enviándole la guerra. Y es justicia." [718]

Pascal lo ha expresado con palabras insuperables: "Así como es un crimen turbar la paz donde reina la verdad, es también un crimen permanecer en paz cuando la verdad es destruida. Hay pues un tiempo en que la paz es justa y un tiempo en que es injusta. Se ha escrito que hay un tiempo de paz y un tiempo de guerra; es el interés de la verdad el que los discierne. Pero no hay un tiempo de la verdad y un tiempo del error". En última instancia, la paz con el mundo es la guerra con Dios, la unidad con el mundo es la división respecto de Dios. "Es tiempo de romper esta alianza de la luz y de las tinieblas –concluye Pie–, de condenar esta frecuentación casi simultánea de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios, esta amalgama impura de los sacramentos cristianos con los misterios totalmente paganos." [719]

8. *Lucha y santidad*

Vana sería una lucha contra los enemigos de la doctrina de Cristo que se desinteresase de la lucha interior, del combate contra las complicidades que el enemigo encuentra en nuestro corazón. "Todos los que quieran reformar la sociedad en nombre de Dios y del Evangelio –dice perentoriamente Pie– comiencen por convertirse a sí mismos sincera, práctica, enteramente." [720] La lucha, si realmente quiere ser divina, exige una auténtica ascesis interior. La regla suprema del apostolado ha sido puesta por el mismo Cristo cuando, viniendo a la tierra para regenerar a los

718 T. II, p.167.
719 T. IV, p.135.
720 T. I, p.142.

hombres, definió su propia misión en los siguientes términos: "Me santifico a mí mismo por causa de ellos, para que ellos sean santificados en la verdad: *Pro eis sanctifico meipsum ut sint ipsi sanctificati in veritate*" (Jo 17, 19) [721].

Las épocas de decadencia exigen una compensación en el acrecentamiento de la santidad. Pie lo dice de manera tajante: "Un santo, un solo santo, hace retroceder a toda la generación contemporánea, tiene razón contra todos permaneciendo dueño del campo. El salmista dijo: *Quoniam defecit sanctus* [...] *diminutae sunt veritates a filiis hominum* (Faltó el santo [...] porque fueron debilitadas las verdades por los hijos de los hombres). Porque surgió un santo, las verdades reflorecieron, retomaron su fuerza y su vigor. Sí, un santo vuelve a colocar una verdad en plena luz, vuelve a darle crédito, la reivindica, la resucita, la populariza." [722]

Lo que más tiene que cuidar el guerrero de Cristo es su vida interior. Las heridas que el enemigo puede infligirle desde afuera en nada disminuyen su eficacia apostólica. Las únicas heridas verdaderamente paralizantes son las que se autoinflige cuando da lugar al pecado en su corazón. En respaldo de este pensamiento Mons. Pie cita una hermosa oración de la liturgia, que así reza: "Protege, Señor, a tu pueblo, y purifícalo misericordiosamente de todas sus faltas, porque ninguna adversidad lo dañará si ninguna iniquidad lo domina: *quia nulla ei nocebit adversitas, si nulla dominetur iniquitas.*" No es la adversidad lo que daña al combatiente; lo que verdaderamente lo debilita es la iniquidad, el pecado.

721 Cf. T. IX, p.633.
722 T. III, pp.678-679.

Que la adversidad y la persecución engrandezcan al combatiente de la buena causa era una idea muy querida y familiar a San Agustín, como nos lo recuerda Mons. Pie en uno de sus sermones. Según el santo doctor, los ataques injustos de los que somos víctimas resultan en provecho de nuestra santificación, ya que nos conducen a la observancia de los preceptos más difíciles de la ley cristiana, a saber, no solamente el olvido de las injurias sino la aceptación gozosa de las humillaciones, no solamente el perdón de las ofensas sino el amor a los enemigos. San Agustín desbroza su afirmación a partir de un texto del Apóstol: "Mostrémonos en todas las cosas cual verdaderos ministros de Dios [...] y sepamos manejar las armas de la justicia a derecha y a izquierda, en la gloria y en la ignominia, en la buena y en la mala fama" (2 Cor 6, 4.7-8). La derecha, comenta San Agustín, es el lado del honor; la izquierda, el de la humillación. Se combate con las armas de la derecha, cuando se sirve la causa de Dios en el esplendor de la buena fama y con aplauso universal; se combate con las armas de la izquierda cuando el enemigo, recurriendo a los ultrajes, logra empañar la reputación del combatiente en el espíritu de los malévolos o de la gente demasiado crédula: *Quae cum apostolus commemorasset dicens: Per arma justitiae dextra et sinistra, continuo tanquam exponens quid dixerit: Per gloriam, inquit, et ignobilitatem, per infamiam et bonam famam et cetera talia, gloriam sc. et bonam famam numerans in armis dextris, in sinistris autem ignobilitatem et infamiam* ("Esto recuerda el apóstol al decir: Por las armas de la justicia a derecha e izquierda, lo que luego así especifica: Por la gloria y por la deshonra, por la mala o la buena fama, incluyendo la gloria, es decir, la buena fama, entre las armas de la derecha, y la deshonra y la infamia entre las de la izquierda", *Contra Litter. Petilian.* Lib. III, 13). Ahora bien –prosigue el doctor africano–, es preciso vencer al demonio con ambas armas. Si al combatir con las armas de la derecha,

triunfamos de los asaltos del amor propio y de las tentaciones de la vana complacencia, el diablo es vencido; y es vencido también si combatiendo con las armas de la izquierda, llegamos a amar sinceramente a los que nos denigran.

Concluye San Agustín aplicando sus reflexiones a sí mismo, que en esos momentos estaba en polémica con Petiliano: "Si en el caso actual yo no soy un mal servidor y un mal soldado de Dios, por elocuente que sea mi insultador Petiliano, ¿debo quejarme de que, para abastecerme de armas de izquierda, tenga en él un herrero tan hábil? Todo consiste en que, con la ayuda de Dios mi Salvador, haga buen uso de esas armas, y me sirva de ellas para golpear mortalmente a mi enemigo invisible, el viejo y astuto adversario, escondido bajo la máscara de otros, que querría inducirme a odiar a Petiliano, y a violar así el precepto de Cristo que dijo: «Amad a vuestros enemigos». De lo cual me guarde la misericordia de Aquel que, habiéndome amado y habiéndose entregado por mí sobre la cruz, exclamó: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen», para enseñarme a amar a mis adversarios, y a decir de Petiliano y de sus compañeros: Señor, ten piedad de ellos, porque no comprenden la bajeza de su acción y el crimen de sus palabras" (ibid.) [723].

Ser cada vez más virtuoso para poder luchar con creciente eficacia. Valerse asimismo de la lucha para santificarse más, ya sea recibiendo elogios, ya soportando persecuciones. En este círculo de progreso espiritual se va forjando la espada del auténtico guerrero de Cristo.

723 Cf. T. IV, pp.578-580.

9. *Lucha y contemplación*

La contemplación está en el telón de fondo de un combate que quiera empeñarse de veras según los principios del Evangelio. Pie nos hablará extensamente de esta materia, sobre todo en una homilía que pronunciara en el Carmelo de Poitiers, con motivo del aniversario de la reforma de Santa Teresa, donde presenta a esta santa como figura ejemplar de lo que ha de ser la lucha por Cristo.

Tras referirse a la conveniencia de la reforma, no por cierto de necesidad absoluta, ya que en el siglo XVI el Carmelo no había llegado a una decadencia tal que se hiciera imprescindible su refundación, Mons. Pie exalta la reforma concreta de Teresa como la mejor respuesta a los tiempos que entonces corrían. A grandes quebrantos grandes soluciones. Es la misma Teresa quien ofrece una explicación de su proyecto. Cuando conoció las calamidades con que los protestantes inundaban a Francia, nos dice en sus escritos, quedó profundamente consternada. Sabiendo que era una débil mujer, sin medio alguno de acción para el servicio de Nuestro Señor, y viendo que había tantos enemigos y tan pocos amigos, todo su deseo fue trabajar para que esos pocos amigos fuesen más buenos. Entonces se resolvió a hacer lo que estaba a su alcance, es decir, seguir los consejos evangélicos, en unión con sus hermanas de religión, de la manera más perfecta posible.

Como puede verse, su decisión de escalar la santidad más excelsa se originó en su anhelo por defender a Cristo y a su Iglesia conculcados. Teresa entendía que la verdad había de ser predicada a quienes la ignoraban, sostenida frente a los que la atacaban, e incluso defendida por la espada contra los que querían derribarla por la fuerza. Ahora bien, no pudiendo, ella y sus compañe-

ras, ser predicadores, ni controversistas, ni soldados, comprendió que su tarea en la Iglesia consistía en comunicar luz y vigor a los demás, mediante oraciones, ayunos y lágrimas, de modo que predicasen con el predicador, argumentasen con el doctor y combatiesen con el soldado. Ésa y no otra sería su manera de extender la fe católica.

Tal es, dice Pie a las Hermanas que lo escuchan, el doble fin de vuestro estado: puesto que Jesucristo tiene tantos enemigos y tan pocos amigos, hacer que al menos esos pocos amigos sean mejores; y en segundo lugar, venir en ayuda de los defensores de Cristo y de la Iglesia, dirigiendo a esa intención todas vuestras prácticas y ejercicios, y ello bajo pena de no estar en vuestra vocación y en el espíritu propio de vuestro estado[724]. "Ay, el número y la malicia de los enemigos de Dios y de su Cristo han aumentado desde los días de Teresa; las calamidades de que ella veía a Francia inundada se han acrecentado en gran manera. A los herejes protestantes se han agregado los jansenistas, los filósofos, los iconoclastas, los verdugos, los políticos, los indiferentes, los ateos, los naturalistas. Mirad lo que sucede: ¿Ha sido alguna vez Nuestro Señor tan rudamente tratado por los hombres a los que sólo hace el bien? ¿No han resuelto acaso crucificarlo de nuevo? [...] Pues bien, dado que tiene tantos enemigos, que al menos sus amigos sean buenos; ya que tiene tantos adversarios, que sus defensores sean valientes!" [725] Toca a vosotras, les dice a sus oyentes, retomar la obra de vuestra Madre, asistir a los que están en el campo de batalla, sudando y batallando por la gloria de Dios.

Si bien los ruidos del siglo no han de llegar hasta vosotras, concluye Mons. Pie su sermón, no por ello debéis dejar de conocer los asuntos de la Iglesia, al menos en sus puntos más esenciales.

724 Cf. T. IV, pp.466-471.
725 T. IV, p.471.

Es cierto que vosotras estáis muertas, pero muertas sólo al mundo, vivas para Dios. Vuestra vida escondida en Cristo os pone en comunión más que a nadie con la vida general de la Iglesia. Por eso debéis estar al corriente de las pruebas, los combates, las humillaciones, las necesidades, los sufrimientos de quienes combaten por Cristo, para aportar allí vuestro concurso mediante la contemplación. Esto es "lo principal de vuestra vocación", vuestro quehacer primordial. "Es preciso que a través del velo virginal que cubre la cabeza de la carmelita, se vea salir un brazo empuñando una espada desnuda, en cuya hoja resplandezcan estas palabras de Elías y de Teresa: He ardido de celo por el Señor Dios de los ejércitos: *Zelo zelatus sum pro Domino Deo exercituum* (1 R 19, 10)." [726]

En un discurso con motivo de la profesión religiosa de Xaverina de Maistre en el Carmelo de Poitiers, Pie recordó cómo el abuelo de la nueva profesa, Joseph de Maistre, había puesto a Santa Teresa entre "los grandes hombres" de la historia. No se daba cuenta, quizás, que hablaba la misma lengua de la santa quien, en una de sus cartas, expresó su deseo de que las hijas del Carmelo no fuesen mujeres sino hombres, hombres por la energía de su corazón y el valor en cierto modo marcial de su alma. "Mi querida Hermana, a tal virilidad habéis sido llamada; en este siglo donde hay tan pocos hombres, la Iglesia se gloriará al menos de poseerlos todavía en la descendencia de Teresa." [727]

Pie experimentaba especial veneración por esta gran santa, por su fibra espiritual, por su fe valiente y operante, por su profunda humildad, base de un coraje indomable y una magnanimidad sin par [728]. Pero sobre todo la honraba por su calidad de

726 Cf. T. IV, p.472.
727 T. V, p.269.
728 Cf. T. VII, p.613.

contemplativa al tiempo que luchadora. Veía en ella como un símbolo de la relación entre contemplación y acción, una prueba viviente de que no existe verdadera acción apostólica si no brota de la contemplación. Y así como en cada cristiano deben coexistir la contemplación y la acción, considerándose siempre la contemplación como el mejor fundamento de la acción, así en la Iglesia universal aquellos que se dedican a la contemplación constituyen algo así como la logística de los que se dedican a la acción. Si la Iglesia ha podido superar un número tan elevado de crisis, si en una época de tantas transacciones y compromisos cuenta con un Papa valiente como Pío IX, si los enemigos de Cristo, a pesar de sus éxitos parciales, más de una vez se han visto humillados, no hay que dudar que ello se debe a las oraciones de los miembros orantes de la Iglesia, al elemento contemplativo, indispensable para la supervivencia y el combate de la Iglesia.

IV. El paradigma de algunos héroes

En varias de sus homilías se refiere Pie a diversos combatientes en favor de la fe, no ya en el sentido general de militancia católica por la verdad, sino específicamente en el campo militar.

Nos vamos a limitar acá a algunos héroes de épocas cercanas a nosotros. Porque también Pie se ha referido a combatientes de tiempos más remotos, como por ejemplo los Cruzados. Esos hombres, dice, renunciaron a sí mismos y llevaron la cruz, haciendo de esta recomendación de Cristo la divisa de una gran época histórica que los modernos no han comprendido porque todo lo ponderan según los falsos criterios de un siglo materialista e incrédulo. El hombre que ha rendido su espíritu ante la carne, que sólo piensa en el lucro y el placer, está totalmente inhabilitado

para comprender un movimiento que arrastró pueblos enteros a la conquista de un sueño que no incluía oro ni plata, sino sólo la tumba de un Dios crucificado. Si se hubiera tratado de una operación industrial o de índole científica, entonces se habrían encontrado razones para absolver esas sublimes locuras, pero tales cosas no entraban para nada en el pensamiento de aquellos héroes de la fe. Pie no disimula su admiración por la sangre fría con que esas multitudes menospreciaban el dinero y la vida. Ese espíritu de desinterés fue el que presidió la creación de la Caballería, ordenada a corregir los abusos de los poderosos y socorrer a los débiles y oprimidos. No que no haya habido en las Cruzadas hombres sensuales y egoístas, pero lo general fue que la ley del sacrificio, la ley del espíritu prevaleció sobre la ley del interés y de los sentidos, exactamente a la inversa de lo que sucede en la actualidad [729].

Detengámonos ahora, como dijimos arriba, en las gestas más cercanas. Pie aludirá especialmente a dos de ellas.

1. *Los héroes de la Vendée*

Cuando Mons. Pie predica sobre esta guerra, hacía menos de un siglo que la noble tierra de la Vendée había sido regada con las lágrimas y la sangre de sus hijos, ardientes en combatir por el mantenimiento de su fe religiosa y su fidelidad nacional, contra la Revolución descreída, traidora a Dios y al Rey. "En toda la superficie de esta provincia no hay campo de retama, ni siquiera una zarza, de donde no haya partido el clamor de una angustia, de una herida, de una agonía, de una muerte valientemente afron-

729 Cf. T. I, pp.595-598.

tada, heroicamente aceptada por la salvación de Francia y de la Iglesia." [730]

Una excelente ocasión se le presentó a Mons. Pie para exaltar los valores religiosos y patrióticos de la gesta de la Vendée y fue el elogio fúnebre que debió pronunciar en homenaje a la marquesa de La Rochejaquelein, esposa de uno de los principales héroes de esa epopeya. El hecho de que la región de la Vendée se encontraba dentro de la diócesis de Poitiers, constituía sin duda un elocuente incentivo para el Obispo de dicha sede. La misma tierra que vio perecer el arrianismo bajo los golpes de Clodoveo y que derrotó al islamismo bajo la mano de hierro de Carlos Martel, permanecería intrépida en su fe durante aquellos días de defección casi universal. "Sería un mal ecónomo de la herencia que me ha tocado, un administrador negligente del depósito que me ha sido confiado, si permaneciera mudo en el instante en que la tumba va a cerrarse sobre el más augusto despojo de una época para siempre memorable en los fastos de la Iglesia." [731]

Y comienza Pie a tejer el elogio de la hazaña, pidiendo prestada su palabra a un gran hombre de estado, el rey David: *Convenerunt in unum adversus Dominum et adversus Christum ejus* ("Coincidieron unánimemente contra su Señor y contra su Cristo", Ps 2, 2). Combatiendo la Revolución contra Dios y contra su Cristo, lo que en última instancia quería romper eran las cadenas de Dios, el yugo de Cristo: *Dirumpamus vincula eorum, et projiciamus a nobis jugum ipsorum* ("Rompamos sus cadenas y arrojemos de nosotros su yugo", ibid. 3). La Revolución dijo a Cristo: Retírate, no queremos saber de tus caminos (cf. Job 21, 14). Y así se hizo. El pacto antiguo fue declarado nulo, la vieja

730 T. VII, p.635.
731 T. II, p.625.

alianza entre la religión y la sociedad, entre el cristianismo y Francia, quedó cancelada: *Et non servaverunt pactum* ("Y no mantuvieron el pacto", Ps 77, 57). El Dios que estaba en las leyes, en las instituciones y en las costumbres, fue expulsado, se proclamó el divorcio entre la constitución y el Evangelio, la ley fue secularizada, y se resolvió que el espíritu de la nación moderna se independizaría enteramente del espíritu de Dios: *Et in lege ejus noluerunt ambulare* [...] *et non est creditus cum Deo spiritus ejus* ("Y no quisieron caminar en su ley [...] y su espíritu no confió en Dios", ibid. 8, 10). Dios tenía sobre la tierra templos majestuosos, coronados con el signo del Redentor de los hombres; tales templos fueron derribados, clausurados, convertidos en depósitos o fábricas; la cruz de Cristo fue quitada o suplida por signos vulgares: *Posuerunt signa sua,* [...] *in securi et ascia dejecerunt eam; incenderunt igni sanctuarium tuum* ("Colocaron sus insignias, [...] con el hacha y la segur cercenaron sus estatuas; con fuego incendiaron su santuario", Ps 73, 4.6.7). Dios tenía en la tierra días que le pertenecían especialmente, días que se había reservado para sí, y que hasta entonces habían sido respetados por todos los siglos y pueblos; tales días perdieron su sacralidad: *Dixerunt in corde suo cognatio eorum simul: Quiescere faciamus omnes dies festos Dei a terra* ("Dijeron al unísono en su corazón, terminemos en la tierra con todos los días sagrados de Dios", Ps 73, 8). Dios tenía sobre la tierra representantes y ministros suyos, que hablaban de Él y lo recordaban a los pueblos; fueron a parar a las prisiones, el exilio, la horca, el mar. No es a ellos a quienes rechazaban sino a Dios, en cuya persona ellos actuaban, según aquello que en otra ocasión el mismo Dios dijera a Samuel: *Non enim te abjecerunt, sed me, ne regnem super eos* ("No te arrojaron a ti sino a mí, para que yo no reine sobre ellos", 1 Sam 8, 7). Y así conculcaron los derechos de Dios, no quedando en pie sino los derechos del hombre. O, mejor, el hombre fue

declarado Dios, su razón fue el nuevo Cristo, y la nación la nueva Iglesia [732].

Ante una masacre semejante era imposible que de los corazones nobles no brotase la reacción condigna. "Acá se ubica, hermanos míos, la lucha gigantesca de vuestro país. No se la llame guerra civil, guerra política, guerra social; debe ser calificada según el motivo principal y determinante que le dio nacimiento. Me remito a los mismos generales enemigos, que en sus despachos y correspondencia oficial, llaman a esta guerra la *guerra santa*, y a este ejército, *el ejército cristiano, el ejército católico*." [733]

El pueblo de la Vendée, prosigue el Cardenal, amaba a su rey, amaba a su patria y sus instituciones, lo cual no es ciertamente un crimen. El mismo Napoleón expresaría luego la conveniencia de mandar a todos sus súbditos a la escuela de la Vendée para que allí aprendiesen los deberes que un pueblo tiene para con sus gobernantes. Los vendeanos no consideraban la patria como algo abstracto, sino como algo que se encarnaba en un padre, que es así como miraban al rey. Pues bien, la Revolución había hecho rodar la cabeza del padre en el cadalso. Pero por encima de este motivo había otro, muy superior, la fe conculcada, Dios preterido, a quien ese pueblo reservaba siempre el primer lugar, ya que era la primera majestad. Algunos historiadores llegaron a afirmar que si la religión no hubiese sido atacada, si la doctrina y el culto hubiesen permanecido intactos, es muy probable que la Vendée, aunque llena de horror por la muerte de su rey, sólo hubiese estallado en lágrimas y lamentos. Más aún, si hubiese sido la monarquía misma quien se hubiera lanzado a la empresa de alterar la fe y cambiar la religión, la Vendée, cristiana y cató-

732 Cf. T. II, pp.628-629.
733 T. II, p.630.

lica por sobre todo, no hubiese imitado la doctrina ciega de la vecina Inglaterra, ni incurrido como ella en el justo reproche de haberse mostrado demasiado sumisa a sus príncipes, sino que hubiera defendido su fe contra sus propios reyes, entendiendo que más valía obedecer a Dios que a los hombres (cf. Act 5, 29). Pero no fue así. No fue el rey sino la Revolución la que hirió a este pueblo en lo que tenía de más querido y sagrado [734].

Al ver así tocada su fe, sus templos, sus sacerdotes, la ortodoxia misma, comenzó la resistencia. La Revolución creyó conjurarla enviando a ese pueblo sacerdotes intrusos que le celebrasen la Misa. Pero el pueblo tenía ese olfato que da el instinto sobrenatural y sin más los rechazó. Comenzó entonces la guerra, larga y terrible. Pie rescata algunas anécdotas admirables. Un campesino vendeano se estaba batiendo durante largo rato con los gendarmes; había recibido más de veinte sablazos cuando oyó que el gendarme le gritaba: *"Rend-toi"*, a lo que él, ya agonizante, respondió: *"Rendez-moi mon Dieu"*, tras lo cual expiró. Este diálogo entre la Revolución que pide la rendición y la Vendée que exige la devolución de Dios constituye el resumen más patético y glorioso de los siete años de guerra, de las 17 grandes batallas de línea, de todas las hazañas comparables a los más altos hechos de armas de la antigüedad [735].

La divisa de los Macabeos: *Pro aris et focis*, por los altares y por los hogares, fue el lema de estos guerreros, sabiendo que los hogares sólo pueden subsistir cuando se parapetan detrás de la trinchera de los altares. Los viejos Galos decían: "Si el cielo llegara a caerse, nosotros lo sostendríamos con nuestras lanzas". La Vendée tomó las lanzas, o mejor, todo se hizo lanza en sus

734 Cf. T. II, pp.630-631.
735 Cf. T. II, pp.631-632.

manos para sostener el cielo. Y si bien fueron al final derrotados por los abrumadores ejércitos de la Revolución, el temor de que se renovara esta guerra de gigantes fue la causa de que se les concediese la libertad de permanecer católicos. Más tarde, el mismo Napoleón reconocería cuán grande había sido en su espíritu el peso de la Vendée cuando se resolvió a firmar el Concordato [736].

Pie exhorta a sus diocesanos de la Vendée a mantener la lucha, si bien bajo otra forma: "La Vendée en oración no será menos poderosa que la Vendée en armas. O, mejor, la Vendée orante es todavía la Vendée militante; porque ¿no es acaso el arma de la oración la que alcanza las victorias más impresionantes y más duraderas?" [737]

El Obispo de Poitiers experimentaba un deleite muy especial cuantas veces exaltaba las luchas y las glorias de la Vendée, un tema que le resultaba tan querido a su corazón, especialmente cuando se le presentaba la ocasión de tener que oficiar los funerales de algún descendiente o pariente de aquellos héroes. Así en el elogio fúnebre del general Augusto de La Rochejaquelein, hermano del gran héroe vendeano: "Mientras vivió quien nos ha sido quitado en este día, podría decirse que teníais toda la Vendée bajo vuestros ojos. Cuando este noble anciano de alta estatura, de rostro severo y marcial, recorría vuestros caminos o atravesaba vuestras calles, su presencia y su aspecto constituía para vosotros algo así como la personificación de todo vuestro pasado. Sí, mientras alguno de los hermanos del incomparable Henri permaneció en pie, los hechos de la Vendée conservaron para esta región el carácter de hechos contemporáneos [...] Pronto harán 75 años que Henri de La Rochejaquelein murió con la muerte

736 Cf. T. II, p.635.
737 T. VII, p.643.

de los bravos y de los mártires; su segundo hermano, sus hermanas y toda la casa de su padre lo han seguido; sólo éste nos había sido dejado, pero su presencia y su vida conservaron para nosotros durante tres cuartos de siglos el lenguaje de los Macabeos [...] El acto supremo de la religión es el sacrificio. El general de la Rochejaquelein asistía todos los días a la Santa Misa [...] Alejado de la vida pública, su pasatiempo ordinario consistía en el ejercicio de la equitación y de la caza. Uno y otro convienen a la condición del gentilhombre. La sinonimia entre la nobleza y la equitación ha sido consagrada en todas las lenguas y en todos los pueblos; de ahí ha nacido el grande y bello nombre de caballería [...] ¡Que no pueda yo contaros los últimos instantes de una vida, nunca más edificante que cuando Dios quiso que terminara! Con un vigor de espíritu y de cuerpo que la edad y las enfermedades habían hasta entonces respetado, el conde Augusto de La Rochejaquelein siguió con ojo emocionado y atento todo lo que se refería a los destinos de la Iglesia y a los destinos de Francia. Aplaudía el heroísmo de las jóvenes falanges católicas que habían acudido en defensa de Roma, y lamentaba que su edad le hubiese impedido ofrecer su espada al vicario de Jesucristo, cuya actitud enérgica e inquebrantable firmeza lo llenaban de admiración y de confianza." [738]

2. *Los voluntarios de Pío IX*

En diversas ocasiones, como por ejemplo en ésta a que acabamos de referirnos, Pie alabó también a aquellos católicos que se enrolaron en apoyo del Papa Pío IX, jaqueado por las fuerzas garibaldinas o piamontesas. Así, en carta circular de 1860 al cle-

738 T. VI, pp.265.270.273.280.

ro de su diócesis, donde exhortaba a sus sacerdotes a fomentar el enrolamiento de nuevos soldados y la ayuda económica al gobierno pontificio, se lee: "Sería quizás ambicioso y prematuro pronunciar la palabra cruzada. Digamos sin embargo que esta gran palabra, con tanta frecuencia mal interpretada por criminales o temerarias acepciones, jamás ha de haber tenido una aplicación más exacta que en los tiempos modernos [...] La antigua Sión conserva, por cierto, los monumentos y huellas de la dolorosa Pasión de Cristo; pero es Roma, la Jerusalén nueva, la que se ha convertido en el sagrario y el cáliz de la sangre redentora [...] El islamismo, haciendo pesar su opresión sobre Jerusalén, injuriaba a nuestros lugares de origen, y nos hería en esos afectos delicados que ligan a todos los corazones generosos con su tierra natal; la Revolución, arrojándose sobre Roma, se dirige a la cabeza y al corazón de la cristiandad." [739]

En la lucha contra Roma, Mons. Pie entrevé el deseo de herir el rostro de la Iglesia. Más que de una mera conquista territorial se trata de quitar la libertad al Sumo Pontífice, que heroicamente resiste. Por eso cuadra a los hijos más generosos de la Iglesia acudir en defensa del padre acosado.

El Cardenal se esmera por justificar la legitimidad de la lucha para un cristiano. Y así recuerda la predicación del Bautista a orillas del Jordán, donde el Precursor, teniendo delante suyo a hombres de diversas condiciones y estados, daba a cada uno la respuesta adecuada a su situación. Pues bien, cuando los soldados le preguntaron: "Y nosotros, ¿qué haremos?", les respondió: "No golpeéis ni calumniéis a nadie, y contentaos con vuestro sueldo" (Lc 3, 14), indicándoles así que el servicio de Dios era compatible con la profesión militar, si bien debían estar en guardia contra los excesos a que esta profesión es proclive. De allí to-

739 T. III, pp.643-644.

da la tradición ha concluido que un soldado puede ser un excelente cristiano, y si no lo es, la culpa no ha de ser atribuida a la profesión sino a su voluntad. Más aún, agrega Pie, la antigüedad no temió propiciar la alianza estrecha del ejército y de la Iglesia, del guerrero y del sacerdote. Y trae a colación aquellas palabras de San Agustín a un oficial del ejército de África: "Hay más de una milicia. Los unos tienen una vocación, los otros otra. Los unos, orando por vosotros, combaten contra enemigos invisibles; vosotros, combatiendo por ellos, obráis contra los bárbaros visibles. Quiera Dios que haya siempre una misma fe, una misma piedad en ambos, en los sacerdotes y en los soldados; porque entonces la tarea de unos y de otros será más fácil, y el demonio con sus satélites será más prontamente vencido" (*Epist.* 189, ad Bonif. 5) [740].

Recurre asimismo Mons. Pie a aquellas hermosas palabras de San Bernardo en alabanza de la nueva milicia de los Templarios: "Vosotros, atletas de Cristo, combatís con seguridad los combates de Dios. Si derrotáis al enemigo, es una victoria para la Iglesia; si sois derrotados, es una victoria para vosotros. Ya inflijáis la muerte, ya la sufráis, hacéis los intereses de Cristo y los vuestros". Pie leyó estas palabras en un elogio fúnebre por los voluntarios caídos en defensa de los Estados Pontificios. Aquellos a quienes San Bernardo dirigía esta exhortación, dice, combatían por la liberación de Jerusalén, por la recuperación de la Tierra Santa. Para excitar más su ardor, el abad de Claraval se complacía en describir los lugares sagrados confiados a la custodia de aquellos caballeros: Belén, Nazaret, el Monte de los Olivos, el Jordán, el Calvario, el Santo Sepulcro, Betfagé, Betania; tal era el tesoro, la herencia que había que salvar y custodiar. Pues bien, concluye Pie, sin disminuir en nada la gloria de los antiguos cruzados, hay

740 Cf. T. IV, p.11.

para nosotros una Jerusalén mejor, más preciosa y necesaria que Palestina, no ya una gran reliquia sino la sede viva de la luz, la gracia y la autoridad de Cristo. En cierta manera es también un gran relicario, ya que allí se cobijan la santa cuna, los instrumentos de la Pasión, los huesos de Pedro y Pablo, y de tantos miles de mártires, pero, por encima de todo, Roma es el centro doctrinal, la cátedra principal en que deben confluir todos los puntos del mundo habitados por los fieles. Esta Roma está amenazada, su independencia se hace precaria, y aun cuando el enemigo no lleve el turbante de Mahoma, no por ello se muestra menos nocivo. "Levantaos, soldados de Cristo. Puesto que Astolfo, puesto que Didier han reaparecido, ¡de pie la gran sombra de Pipino y de Carlomagno!" [741] Así Francia pagará sus deudas de hija primogénita de la Iglesia.

Pero ¿no se trata por acaso de una causa desesperada?, objetaban no pocos. A lo que Pie responde que es una gran ciencia saber morir, una gracia incomparable ser admitido a dar la vida por una gran causa. "Enrolarse voluntariamente al servicio de la verdad y de la justicia; desposar espontáneamente la causa abandonada del derecho, de la moral y del honor; abrazar el partido del débil contra el fuerte, del inocente contra el opresor; correr a una muerte cierta, en defensa de la verdad atacada, y caer víctima voluntaria de su religión y de su fe; esto es el colmo del heroísmo, el más alto grado de mérito acá abajo, la prenda de la más sublime recompensa más allá de la tumba, la protesta más elocuente y eficaz contra el éxito temporal de la iniquidad e impiedad, el punto de partida de una serie de triunfos que sucederán infaliblemente a la derrota, el más noble ejemplo dado a la generación contemporánea y a las generaciones futuras." [742] El Car-

741 T. IV, p.51.
742 T. IV, p.45.

denal llegó a pensar en la posibilidad de que a raíz de este enrolamiento de voluntarios en defensa del Papa, encontrase un comienzo de ejecución lo. que algunos corazones generosos habían soñado, a saber, el restablecimiento de las antiguas órdenes militares [743].

Y como hizo cuando se refirió a la guerra de la Vendée, también acá Mons. Pie aduce ejemplos de soldados heroicos, para encender en sus oyentes y en sus fieles la llama del coraje. Así, el de un soldado adolescente, Georges d'Heliand, quien en vísperas de su partida, escribía estas palabras a uno de sus antiguos maestros: "Partiremos mañana por la tarde; mi madre conserva siempre el mismo coraje, yo querría tener otro tanto. La separación resulta muy dura; quizás sea la última vez que veré en la tierra a mi madre y a mis hermanas. Me consuelo pensando que voy a Roma para defender la causa de Dios." Y unos días antes de la batalla escribió: "Ruego a su jefe [se refería a Garibaldi] que espere aún quince días, para que yo aprenda a cargar mejor mi fusil. Sin embargo, si llegase mañana, puede estar seguro de que ningún francés retrocederá un solo paso. Haré como mi tío Quatrebarbes. Antes de entrar en acción recitaba un Memorare, para pedir a la santa Virgen que lo guardara; y después, no se ocupaba sino de dar el mayor número de golpes y de recibir los menos posibles" [744]

Nuestro joven, miembro de una nobleza retemplada en el sacrificio [745], acaba de nombrar a su tío. También fue Mons. Pie quien pronunció el elogio fúnebre del conde Bernard de Quatrebarbes, teniente de artillería en el Ejército Pontificio. "Los bribones

743 Cf. T. III, p.645.
744 T. IV, p.58.
745 Cf. T. IV, p.62.

habían jurado marchar sobre Roma –relató allí el Cardenal–; era necesario frenar a todo precio su avance mediante una defensa desesperada, y dar así tiempo para que llegasen los refuerzos; Bernardo se sacrifica. Una bala le quita la primera falange del índice de la mano derecha; apenas si se da cuenta de ello. Al tiempo que dispara su arma, dispersando una columna de garibaldinos que se precipitaban en masa para quitársela, otra bala le fractura el brazo izquierdo en tres lugares. Dominando el dolor con la energía de su voluntad, tiene la suficiente presencia de ánimo como para hacer traer de nuevo su pieza. Se apoya primero contra el muro; la debilidad le obliga a sentarse; sigue dando órdenes, pero pronto se siente desfallecer y es conducido al hospital, donde no tarda en darse cuenta de que está prisionero. Acá comienza el relato de un largo y doloroso martirio; martirio durante varios días de cautividad en medio de terribles enemigos del Pontífice al que ha dedicado su vida; martirio asimismo aun después de que las legiones pontificias y francesas liberaron gloriosamente Monte-Rotondo, cuando el querido herido fue llevado en brazos de su padre a la ciudad de Roma. El Papa quiere bendecir y animar a la noble víctima; el rey y la reina de Nápoles van a sentarse a su cabecera; su familia lo rodea de ternura; pero nada puede detener el progreso del mal. «Bernardo está en el cielo», tal es el telegrama que el marqués de Quatrebarbes hace llegar a la madre del héroe, retenida en Francia por una cruel enfermedad. «Cayó como héroe y murió como santo», escribe al antiguo gobernador de Ancona, el ministro de los ejércitos. Y Pío IX, con más autoridad que todos, no duda en proclamar: «Bernardo es un santo en el cielo» [...] Gracias, pues, Señor, por haber hecho de la raza de los viejos cruzados de Montmorillon una raza obstinada en las vías del honor y de la fe." [746]

746 T. VI, pp.188-190.

Apéndice. **La fidelidad heroica de Santiago de Liniers**

Aunque no se refiera directamente a nuestro tema, tiene relación mediata con él la ejemplaridad de uno de los auténticos próceres de nuestra historia patria, a quien el Card. Pie aludió en uno de sus sermones. Nos referimos a Santiago de Liniers. El 16 de septiembre de 1878, con ocasión de las bodas de oro matrimoniales del conde y la condesa de Liniers, que residían en Poitiers, Mons. Pie pronunció una interesante homilía en cuyo transcurso leyó y comentó una carta póstuma del héroe, antepasado de los homenajeados, por ellos conservada, dirigida a su padre político don Martín de Sarratea quien, al enterarse de la posición de su yerno respecto a la Revolución de Mayo, había tratado de disuadirlo, ya que aquél estaba vinculado con figuras revolucionarias, como la de su hermano, luego triunviro. De él afirma el Cardenal en su discurso: "Santiago de Liniers será estimado para siempre como una de las más brillantes y más puras glorias de su tierra natal [...] Dos veces vencedor de los ingleses, proclamado conde de Buenos Aires y Virrey de la Plata como premio por la liberación de esa ciudad y de esa colonia [...] Tal página no debe quedar sepultada en el cantero doméstico." [747]

He aquí el texto de dicha misiva, fachada el 14 de julio de 1810 [748]. El fusilamiento de Liniers tuvo lugar el 20 de agosto siguiente.

747 T. VII, p.624.

748 Este texto ha sido publicado también en francés en la revista *Mikael* 29 (1982) 58-59.

Mi querido y venerado padre, ¿acaso querías que un general, un militar que durante veinticinco años dio pruebas reiteradas de su amor y de su fidelidad al Soberano, lo abandonase en la última época de su vida? ¿No legaría en ese caso a mis hijos un nombre sellado con la marca de la traición? Cuando los Ingleses invadieron Buenos Aires, ¿quién me obligaba a emprender la liberación de esta ciudad? No vacilé en comprometerme en una empresa tan peligrosa: abandoné mis hijos a la divina Providencia en medio de los enemigos. Más tarde, cuando fue preciso defender Buenos Aires a la cabeza de soldados bisoños contra un ejército formidable y ya en posesión de Montevideo, ¿acaso no triunfó la buena causa? Y bien, padre mío, si era buena entonces, es excelente hoy. Ella reclama no solamente los servicios de un soldado honrado con las más altas distinciones que le era posible adquirir, sino de todos los que han prestado juramento de fidelidad. Piensa en David y en los Macabeos: la victoria fue el premio de su fe.

No te inquietes, mi querido padre; pon como yo tu confianza en Dios. Aquel que me ha protegido en el pasado me salvará también en el futuro. Pero si según sus altos decretos debo encontrar en esta ocasión el fin de mis días, espero que su misericordia, en cambio de mis innumerables faltas, me tendrá en cuenta este sacrificio al que estoy obligado por mi profesión.

Padre mío, el que alimenta a los pájaros del cielo y tiene cuidado de los más pequeños seres de la creación salida de sus manos, velará contigo por la subsistencia y la educación de mis hijos. Ellos se presentarán en todas partes sin avergonzarse de deberme la vida; y si bien no les dejo riquezas, les doy un buen nombre y buenos ejemplos que imitar. [749]

749 T. VII, pp.624-625.

V. Pío IX, el Papa de la contrarrevolución

En el gran escenario de esta lucha gigantesca entre la Iglesia y la Revolución, emerge a los ojos de Pie la majestuosa figura de su Papa tan querido, pletórico, como él, de lucidez y de coraje. "Sin hablar de las definiciones dogmáticas que inmortalizaron su pontificado –dice–, ningún Papa se ha señalado más que Pío IX por la dirección doctrinal de los espíritus, por la represión pronta y oportuna de los errores nacientes, por la afirmación y clarificación de las verdades alteradas o cuestionadas, verdades que se relacionan tanto con la salvación de los pueblos como con la de los particulares." [750]

1. *La imprudencia de la carne*

Pie amaba a Pío IX sobre todo porque dicho Papa ignoraba la "diplomacia". Sin duda, dice, el arte de tratar y negociar, que es el fundamento de la ciencia política, no ha sido extraño a la Roma de los Pontífices. Pero la diplomacia no merece el nombre de tal sino cuando se puede contar con la palabra empeñada. Desde que se convierte en el arte del engaño, deja de ser utilizable por los ministros de la verdad. ¿Cómo tratar de poder a poder cuando aquello que se tiene delante de sí es el poder de la mentira? Por eso el rey David decía: "Porque no conozco ni quiero conocer las vías tortuosas del fraude, las maquinaciones tenebrosas y turbias de la intriga, me refugiaré sobre las alturas del santuario divino, y sólo me acordaré de la justicia del Señor" (Ps 70, 15-16). Pues bien, si Pío IX se hubiera atenido a los dictados de la prudencia de la carne, que es enemiga de Dios, quizás

750 T. VII, p.167.

desde el comienzo se hubiese resignado a acomodos y compromisos que, cual compensación del perjuicio causado a los principios y a los derechos, al menos le hubieran conservado por cierto tiempo algo de las ventajas humanas. Ello no podía ni podrá acontecer con un Papa del temple de Pío IX. "Guardián supremo de todas las verdades, tanto del orden social como del orden religioso, si fuere menester subirá, por última vez, al trono de su doble soberanía, a ese trono tan fuertemente bombardeado y ya semiderribado; y desde allí, sin preocuparse por el desmoronamiento que percibe, por los destrozos que se operan, por las pasiones que rugen por doquier, dirá al error: Tú eres el error; a la iniquidad: Tú eres la iniquidad; a la traición: Tú eres la traición; a la complicidad: Tú eres la complicidad; al mal: Tú eres el mal." [751]

La antigüedad nos ha conservado el recuerdo de un filósofo estoico quien, presa de los más crueles sufrimientos, juntó sus últimas energías para decir: "Nada ganarás, dolor; por incómodo y violento que puedas ser, jamás confesaré que eres un mal". Fue una bravata filosófica, poco digna de admiración ya que el mismo Cristo, varón de dolores, no tomó una actitud semejante ante el mal físico. "Al que contemplo, al que admiro es a este anciano coronado, a este sacerdote de la ley nueva, que confiesa no ser impasible y que dice de buena gana que su carne no es de acero, que su fuerza no es la fuerza de la piedra; pero que, colocado frente a doctrinas mentirosas e intimaciones amenazantes conserva toda su majestuosa serenidad; y en la plenitud de su calma y de su vigor, parece proferir estas otras palabras, muy de otra manera dignas de admiración: «Vanos son tus esfuerzos, mal, jamás diré que eres bien.»" [752] No resta sino agradecer a Dios porque la gracia del episcopado fructificó en el Papa con

751 T. IX, p.492.
752 T. IX, p. 493.

tanta abundancia. El día de su consagración episcopal el obispo consagrante pronunció sobre la cabeza del nuevo elegido las siguientes palabras: *Non dicas bonum malum, nec malum bonum* ("No llames bueno a lo malo, ni malo a lo bueno"). Juan Mastai ha sido fiel a dicha consigna. "Oh mal, podrás triturar a este afirmador intrépido de la verdad y del bien, pero en la hora misma en que lo trituras, te denuncia y te condena. Tu triunfo pasará, tu condenación permanecerá. La victoria material es tuya; durará lo que duren el desorden y la mentira. La victoria moral es de él; durará lo que duren la verdad y la justicia; *et veritas Domini manet in aeternum* («Y la verdad del Señor permanece para siempre», Ps 116, 2)." [753]

2. *La exposición de la verdad*

Pío IX hubo de enfrentarse con un enemigo realmente formidable, una hidra de siete cabezas. Frente a él se organizó una liga europea, dice Mons. Pie, una asociación universal, un cuerpo de ejército en orden a resistir las doctrinas de la revelación; la historia, la política, la literatura, el teatro, la novela, las revistas, "todo entró en esta inmensa conspiración contra el orden sobrenatural" [754]. Algunos católicos tibios se obstinaban en negar que el enemigo estuviese allí, dirigiendo sus baterías en otra dirección, con lo cual crearon diversivos en provecho del verdadero adversario. El Papa, en cambio, supo apuntar donde estaba el verdadero peligro. "Cual centinela colocado en la cumbre de la montaña, el sucesor de Pedro no deja de excitar nuestro celo contra el racionalismo, principio general del que todos los otros errores contemporáneos no son sino aplicaciones diversas [...] Si por una

753 Ibid.
754 T. III, p.256.

constitución dogmática define *ex cathedra* el privilegio de la Inmaculada Concepción de María, el ilustre Pontífice no omite enseñarnos que funda en gran parte la oportunidad de esta grave definición sobre el contragolpe que de ella recibirá la impiedad racionalista. Si se dirige a los 200 obispos reunidos en torno a él al día siguiente de esta incomparable solemnidad, es para denunciar principalmente el racionalismo; y terminará su alocución con estas hermosas y memorables palabras: «¡Quiera el Dios bondadosísimo e inmenso, por la poderosa intercesión de esa Virgen inmaculada que por sí sola aniquiló todas las herejías sobre la superficie de la tierra, que este perniciosísimo error del racionalismo sea a su vez extirpado y totalmente aniquilado!»" [755]

En otra ocasión, refiriéndose al pontificado de San León, dijo que si bien ese Papa tuvo razón frente a Atila y sus bárbaros, frente a Genserico y sus vándalos, prestando un servicio eminente a la Iglesia y a la sociedad, sin embargo la obra más señalada de aquel Pontífice fue la de haber purgado la tierra de tres o cuatro grandes errores, y restablecido la verdad en algunos puntos esenciales de la doctrina revelada. Tal será también el mérito principal de Pío IX y su gloria delante de Dios y de la posteridad. Cuando los ciegos de este tiempo hayan abierto sus ojos a la luz, esa obra del Papa constituirá el objeto principal de su admiración y de su reconocimiento [756].

3. *El valor del* Syllabus

Para Pie el gran acontecimiento del pontificado de Pío IX fue la Encíclica *Quanta cura* del 8 de diciembre de 1864, y el *Sylla-*

755 T. III, pp.256-257.
756 Cf. T. VI, p.398.

bus errorum que la acompaña. El misterio de la Encarnación del Verbo, atacado por los enemigos y aminorado por los católicos que querían armonizar la doctrina con las ideas modernas, fue puesto nuevamente en el centro de la consideración de la Iglesia. El error capital que la Santa Sede quiso señalar es en última instancia un error cristológico, ya que a él es reductible el naturalismo, erigido en el dogma de los tiempos modernos, incluso por parte de una escuela sinceramente creyente, pero que en esto buscaba ponerse de acuerdo con la sociedad descristianizada en cuyo seno vivía.

Se dijo entonces que la declaración de principios proclamada por el Papa no era oportuna. Pie afirma estar convencido de lo contrario, ya que si seguíamos así, dice, nada hubiera restado en pie, ni la fe, ni las sociedades, ni los poderes. En una situación tan dramática, oportunamente el Papa proclama la verdad sobre los derechos de Dios, sobre los deberes de las naciones y de los que las rigen. Supongamos, por un imposible, agrega Pie, que esos tiempos mejores que harían oportuna la declaración, ya hubieran llegado y entonces el Papa la hiciese pública: "¡Mirad, diría la gente, cuando la Iglesia necesita ampararse en la doctrina común, de la libertad igual para todas las religiones y para todas las opiniones, entonces hace un pacto, al menos secreto, con el liberalismo, con la revolución. Luego, tras haberse callado ante el error triunfador y dominante, los Papas tienen el singular coraje de golpearlo cuando está por tierra! Guardan silencio cuando había mérito en hablar, y no levantan la voz sino cuando pueden hacerlo sin peligro." La Iglesia de Cristo no podía aceptar tal reproche [757]. Y concluye: "La grandeza del acto del 8 de diciembre consiste precisamente en que la verdad sobre las doctrinas de la Revolución haya sido proclamada frente a la

757 Cf. T. V, pp.434-438.

Revolución todopoderosa. Y si alguna vez se hace en Europa una restauración social, será gloria de la Iglesia haber propuesto de antemano, en medio de la tempestad y de la noche, el programa del gobierno cristiano tal cual es aún posible sobre la tierra, ese programa fuera del cual no hay salvación para nadie." [758]

758 T. V, p.438. No se crea que Pío IX haya sido desmentido por los Papas posteriores. Si bien con distintas maneras de expresarse puede descubrirse un hilo conductor en el magisterio de los sucesivos Pontífices. En su encíclica *Quanta cura* escribe Pío IX: "Sabéis perfectamente, venerables Hermanos, que hay actualmente hombres que aplicando al Estado el impío y absurdo principio del llamado naturalismo, tienen la osadía de enseñar que la forma más perfecta del Estado y el progreso civil exigen imperiosamente que la sociedad sea constituida y gobernada sin consideración alguna a la religión y como si ésta no existiera, o por lo menos sin hacer diferencia alguna entre la verdadera religión y las religiones falsas" (ed. B.A.C., *Doctrina Pontificia*, p.8).

A su vez *León XIII* escribe: "Constituido sobre estos principios, es evidente que el Estado tiene el deber de cumplir por medio del culto público las numerosas e importantes obligaciones que lo unen con Dios. La razón natural, que manda a cada hombre dar culto a Dios piadosa y santamente, porque de Él dependemos y porque habiendo salido de Él a Él hemos de volver, impone la misma obligación a la sociedad civil. Los hombres no están menos sujetos al poder de Dios cuando viven unidos en sociedad que cuando viven aislados. La sociedad, por su parte, no está menos obligada que los particulares a dar gracias a Dios, a quien debe su existencia, su conservación y la innumerable abundancia de sus bienes. Por esta razón, así como no es lícito a nadie descuidar los propios deberes para con Dios, el mayor de los cuales es abrazar con el corazón y con las obras la religión, no la que uno prefiere, sino la que Dios manda y consta por argumentos ciertos e irrevocables como única y verdadera, de la misma manera los Estados no pueden obrar, sin incurrir en pecado, como si Dios no existiese, ni rechazar la religión como cosa extraña o inútil, ni pueden, por último, elegir indiferentemente una religión entre tantas" (*Immortale Dei*, ed. cit., p.193). Y en otro lugar: "La justicia y la razón prohíben, por tanto, el ateísmo del Estado o lo que equivaldría al ateísmo: el indiferentismo del Estado en materia religiosa y la igualdad jurídica indiscriminada de todas las religiones. Siendo, pues, necesaria en el Estado la profesión pública de una religión, el Estado debe profesar la única religión verdadera" (*Libertas*, ed. cit., p.244).

Desde otro punto de vista, aunque en total continuidad con lo anterior, enseñaba *San Pío X*: "Que sea necesario separar el Estado de la Iglesia es una tesis absolutamente falsa y sumamente nociva. Porque, en primer lugar, al

4. *Los católicos liberales*

Pie se complace en citar lo que Pío IX dice acerca de los católicos liberales: "Aunque los hijos del siglo sean más hábiles que los hijos de la luz, sus engaños y sus violencias tendrían sin duda menos éxito si un gran número de personas que llevan el nombre de católicos no les tendiesen una mano amiga. Lamentablemente no son raros aquellos que, como si quisiesen marchar

---

apoyarse en el principio fundamental de que el Estado no debe cuidar para nada de la religión, infiere una gran injuria a Dios, que es el único fundador y conservador tanto del hombre como de las sociedades humanas, ya que en materia de culto a Dios es necesario no solamente el culto privado sino también el culto público. En segundo lugar, la tesis de que hablamos constituye una verdadera negación del orden sobrenatural [...] En tercer lugar, esta tesis niega el orden de la vida humana sabiamente establecido por Dios, orden que exige una verdadera concordia entre las dos sociedades, la religiosa y la civil. Porque ambas sociedades, aunque cada una dentro de su esfera, ejercen su autoridad sobre las mismas personas, y de aquí proviene necesariamente la frecuente existencia de cuestiones entre ellas, cuyo conocimiento y resolución pertenece a la competencia de la Iglesia y del Estado. Ahora bien, si el Estado no vive de acuerdo con la Iglesia fácilmente surgirán de las materias referidas motivos de discusiones muy dañosas para entrambas potestades que perturbarán el juicio objetivo de la verdad, con grave daño y ansiedad de las almas" (*Vehementer Nos*, ed. cit., pp.304-305).

Pío XI es asimismo tajante: "En esta extensión universal del poder de Cristo no hay diferencia alguna entre los individuos y el Estado, porque los hombres están bajo la autoridad de Cristo, tanto considerados individualmente como colectivamente en sociedad" (*Quas primas,* AAS 17 (1925) 601).

Pío XII, por su parte, enseñó: "Una vida conforme a la dignidad del hombre solamente es posible si los individuos, lo mismo que la sociedad y la autoridad pública, se establecen sobre el fundamento de la religión, se reconoce a un Dios personal, su orden y sus mandamientos" (cf. AAS 44 (1952) 585).

Juan Pablo II, si bien en forma de exhortación, dirigió un llamado semejante: "¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, de par en par las puertas a Cristo! ¡Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo! ¡No tengáis miedo!" (cf. *L'Osserv. Rom.*, 29 de octubre de 1978).

de acuerdo con nuestros enemigos, se esfuerzan por establecer una alianza entre la luz y las tinieblas, un acuerdo entre la justicia y la iniquidad, y que son los llamados *católicos liberales* [...] Pues bien, éstos son más peligrosos y funestos que los enemigos declarados [...], porque, manteniéndose por así decirlo en el límite de las opiniones condenadas, conservan la apariencia de una verdadera probidad y una doctrina sin tacha, que seduce a los imprudentes amantes de la conciliación y engaña a la gente honesta, que estaría dispuesta a rechazar un error manifiesto. De esta manera, dividen los espíritus, rompen la unidad, y debilitan las fuerzas que habría que unir en su totalidad contra el enemigo". En tales términos habló el Papa a los jóvenes de un círculo católico de Milán. De manera semejante lo hizo dirigiéndose a los círculos católicos de Bélgica: "Aprobamos tanto más vuestra muy religiosa empresa cuanto que os oponéis absolutamente, según se nos asegura, a los principios católico-liberales, y estáis dispuesto a emplear toda vuestra influencia para desarraigarlos de los espíritus." [759]

5. *El coraje de la verdad*

Refiriéndose siempre a Pío IX, constata Pie que "no es cediendo, sino resistiendo; no es obedeciendo a la corriente de las ideas y de las pasiones, sino luchando en sentido inverso a los errores y prejuicios de su tiempo, que nuestro pastor y padre ha hecho renacer el entusiasmo y ha conquistado una popularidad de buena ley" [760]. En definitiva, nada es más estimable ni estimado, nada es más amable ni amado, que el coraje al servi-

759 Cit. T. VII, pp.568-569.
760 T. VI, p.397.

cio de la verdad, el orden y la justicia. "El que se expone, el que se sacrifica por el sostenimiento de la justicia, el que se olvida de sí, el que se inmola por el cumplimiento del deber, principalmente del deber doctrinal, es aquel hacia quien se dirigen todos los ojos y vuelan todos los corazones, incluido el corazón de Dios, porque es Dios quien ha dicho: «Yo os daré pastores según mi corazón, y os apacentarán con ciencia y doctrina: *Dabo vobis pastores juxta cor meum, et pascent vos scientia et doctrina*» (Jer 3, 15)." [761]

Para Pie tal es el rasgo distintivo del Pastor supremo. La característica peculiar de Pío IX es que, sin dejar de conocer a los hombres y las cosas de su tiempo, pero colocándose sin embargo por encima de los hombres y de las cosas, se mantiene junto al Corazón de su Maestro, escrutando, interrogando todas sus voluntades, y no dudando nunca en ejecutarlas. En esta estrecha dependencia de Dios y de solo Dios, asegura Pie, se encuentra la razón de tantas determinaciones que la prudencia humana, dejada a sus propias inspiraciones, jamás hubiera dictado. Tal es el secreto de la fuerza de Pío IX. Y le aplica un texto del salterio: "He hallado a David, mi servidor, y lo ungí con mi óleo consagrado: *Inveni David servum meum, oleo sancto meo unxi eum*. Mi mano vendrá en su ayuda y mi brazo lo confortará: *Manus enim mea auxiliabitur ei, et brachium meum confortabit eum*. Nada aprovechará el enemigo en él, y el hijo de iniquidad no logrará dañarlo: *Nihil proficiet inimicus in eo, et filius iniquitatis non apponet nocere ei*. Yo destruiré bajo sus ojos, uno tras otro, a todos sus adversarios, y pondré en fuga a los que lo odiaron: *Concidam a facie ipsius inimicos ejus, et odientes eum in fugam convertam* (Ps 88, 21-24)." Por eso, termina Pie, a pesar de los inmensos obstáculos que Pío IX ha ido encontrando en su camino, siempre

761 T. VI, pp.397-398.

prosperó en sus proyectos; sus decisiones eran tan firmes y hasta obstinadas porque no eran sino las decisiones de Dios [762].

6. *La gracia de tener pastores santos*

Dios no ha querido, dice Mons. Pie, nombrar personalmente a nuestros pastores. A diferencia de lo que sucedía en el Antiguo Testamento, el Pastor invisible ha determinado que en la nueva ley la elección de sus ministros estuviese sujeta a la mediación de las voluntades humanas. Y como los hombres son capaces de abusar de todo, aun de las cosas más sublimes, los que están investidos de la terrible responsabilidad de elegir a las autoridades eclesiásticas, Papa incluido, tienen el tremendo poder de faltar a su misión, de contrariar en cierto modo la voluntad de Dios, descartando a los mejores y prefiriendo a los menos dignos o capaces, o incluso introduciendo a los incapaces e indignos. Pero precisamente por esta parte que Dios deja a la libertad creada, el beneficio celestial se hace aún más apreciable y la acción divina más resplandeciente cuando, por sobre todas las limitaciones y pecados de las causas segundas, Dios sigue dirigiendo la marcha de las cosas y las voluntades de los hombres de forma tal que los designios de la Providencia no dejen de encontrar su perfecta realización [763].

Esto es lo que ha sucedido al ser elegido Pío IX. "No podemos dudar de que la inapreciable ventaja de ser regidos por pastores según el corazón de Dios ha de ser colocada entre las gracias trascendentes de la misericordia divina." [764] Baste para ello ob-

762 Cf. T. VII, pp.164-165.
763 Cf. T. VI, pp.162-163.
764 T. VII, p.161.

servar cuánto sufre un pueblo cuando no tiene a uno de esos verdaderos pastores. La Escritura nos expresa esta desgracia en una frase: *Affligentur, quia non est eis pastor* (Zac 10, 2), la aflicción será su parte, porque el pastor les falta. Por el contrario, el pueblo se siente fuerte, al amparo de las tormentas, cuando tiene la confianza de estar caminando tras un pastor visible que es la fiel representación del Pastor celestial: *Non sum turbatus, te pastorem sequens* (" No estoy turbado siguiéndote a ti como pastor", Jer 17, 16). En el lenguaje de la Biblia, un rebaño abandonado a sí mismo es la imagen perfecta del desorden y del desaliento: "Viendo Jesús a esas multitudes, tuvo piedad de ellas, porque esa gente estaba fatigada y decaída como ovejas que no tienen pastor" (Mt 9, 36). Pero ni bien aparece un pastor auténtico, las ovejas desbandadas se agrupan en torno a su cayado: "Vosotros erais como ovejas errantes; pero ahora os habéis vuelto al pastor y obispo de vuestras almas" (1 Pe 2, 25) [765].

Pie se extasiaba ante la grandeza del Papa entonces reinante, modelo del auténtico pastor. Aun expoliado, despojado, seguía siendo un señor. "¡Qué espectáculo ofrece el Papado desde hace dos años! A este príncipe desposeído, no le resta más que un trozo de territorio, y habla desde allí como señor del mundo; es más rey que sus vencedores, más rey que sus guardianes. Ya pueden desterrarlo; seguirá siendo más rey que sus reemplazantes [...] Bajo la tiara de su coraje, de sus virtudes y de sus desgracias, Pío IX es el rey, digo más, es el hombre de este siglo: *Ecce homo*." [766]

La Revolución, que llevó por doquier el fuego y la sangre, multiplicó sus teas incendiarias en torno a la residencia del vicario de Cristo. "El Vaticano está todo envuelto en llamas; y he aquí

765 Cf. T. VII, pp.161-162.
766 Cit. en *Histoire...*, T. II, p.115.

que, como antaño el Señor sobre el monte Horeb, su representante preside majestuosamente y pronuncia sus oráculos solemnes desde el centro de la zarza que arde y no se consume." [767] La adversidad lo ha hecho más fuerte, más grande, más elocuente. Sobre el montículo de tierra que le queda ha realizado actos sorprendentes: cuando se cumplía el décimo aniversario de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre de 1864, promulgó su encíclica y el *Syllabus*; en el decimoquinto aniversario, el 8 de diciembre de 1869, proclamó la apertura del Concilio Vaticano, que golpeó mortalmente los errores modernos, al tiempo que definió la autoridad infalible del Papa cual garantía frente a todos los errores futuros [768].

A medida que sube la ola de iniquidad y el peligro se hace más apremiante, predica Pie, Dios nos ha dado la gracia, la consolación y la fuerza de tener a nuestra cabeza un Pontífice cuyo coraje se eleva en la misma proporción en que se acrecienta el mal. El Papa, casi solo, aparece "como el honor y la rehabilitación de nuestro siglo" [769]. En medio del desierto de personalidades, queda todavía "un hombre", un hombre que no ha inclinado su cabeza ante los opresores, un hombre que no ha vacilado en condenar las cobardías de los poderosos, un hombre que no ha temido contradecir las ideas en boga y los ciegos impulsos de las masas, un hombre que no ha dudado en citar a todos ante su tribunal, un hombre que parece rejuvenecerse al paso de los años, un hombre que desprecia las tretas habilidosas de la carne [770].

767 T. VII, p.506.
768 Cf. T. VII, pp.257-258.
769 T. VII, p.480.
770 Cf. T. VII, pp.480-481. No deja de ser consolador que Juan Pablo II haya resuelto activar, contra viento y marea, el proceso de canonización de Pío IX, proclamándolo beato.

* * *

Cerremos este ya largo capítulo sobre la militancia contrarrevolucionaria. Pie no quiere enrolarse entre los "optimistas" baratos, aquellos que piensan que todo va a ir mejor, cada vez mejor, así porque sí. "Sabemos que la Iglesia, antes de acabar su misión en la tierra, atravesará días cada vez más sombríos y difíciles. Puede suceder que la tempestad dure toda la noche, y que, como hizo antaño con sus apóstoles, Cristo nos haga esperar su venida hasta la cuarta vigilia (cf. Mt. 14, 25). Entonces, como dice el santo doctor Hilario, «retornará a la barca de su Iglesia errante y casi naufragada; la encontrará haciendo agua por todas partes, sacudida y empujada aquí y allá por el viento del anticristo y por todas las corrientes y movimientos del siglo: *Sed quarta vigilia Dominus venit: quarto enim tum ad Ecclesiam vagam et naufragam revertetur* [...] *Sed inveniet fessam, et antichristi spiritu et totius saeculi motibus circumactam*. Sus discípulos, cuando venga a ellos, estarán en el colmo de la inquietud, presa de toda suerte de vejaciones. Y como la cercanía del anticristo y las obras que le serán propias habrán hecho aparecer tentaciones de un nuevo tipo, la llegada misma del Señor traerá a los suyos extrañeza y espanto; temerán ser víctimas de alguna ilusión y de algún fantasma: *Veniet enim maxime anxiis atque vexatis. Et quia de antichristi consuetudine ad omnem tentationum novitatem solliciti erunt, etiam ad Domini adventum expavescent, falsas rerum imagines et subrepentia oculis figmenta metuentes*. Pero pronto el bondadosísimo Señor hablará, y calmará su espanto diciendo: Soy yo, y la certeza de su presencia disipará el temor del naufragio entonces inminente: *Sed bonus Dominus statim loquetur, timoremque apellet, dicetque: Ego sum, adventus sui fide metum naufragii imminentis apellens*» (*Com. in Mt.*, c. XIV, 14). A decir verdad, esta aparición de Jesucristo en la cuarta vi-

gilia ha sido aplicada a su último advenimiento. Pero cuántas veces, en el curso de los siglos, ha intervenido ya el Salvador en coyunturas en que todo parecía humanamente desesperado, en que todas las salidas favorables parecían cerradas." [771]

771 T. IX, pp.569-570.

Capítulo Octavo

LA VOCACIÓN DE LAS NACIONES

En este proceso de historia de la salvación, que se cumple no sólo en los individuos sino también en las sociedades, tienen las naciones un lugar especial. Porque, como dice Pie, si bien todas las naciones, según las palabras de San Pablo, son miembros de un mismo cuerpo en Jesucristo (cf. Rom 11, 25), cada una tiene su palabra que decir en la historia. Como sucede con los individuos, desde toda la eternidad Dios ha asignado a cada nación un papel peculiar, y las juzgará un día según su fidelidad o infidelidad a dicha misión [772].

A este respecto recuerda el Cardenal una noble plegaria de un poeta polaco: "Las naciones son queridas por Dios y concebidas en tu gracia, oh Jesucristo! A cada una de ellas le has dado una vocación determinada. En cada una de ellas vive una idea profunda que viene de ti, que constituye la trama de sus destinos. Ahora bien, entre las naciones hay algunas que tienen la misión

772 Cf. T. V, pp.180-181.

de defender la causa de la verdad y la belleza celestiales, de rescatar los crímenes del mundo y de dar un ejemplo evangélico, llevando durante largo tiempo su pesada cruz sobre el camino inundado de sangre [...] ¡Tal es tu Polonia, oh Jesucristo!" [773]

I. Patria y catolicidad

Después de la Encarnación del Verbo no parece concebible un país que habiendo conocido la evangelización no adhiera públicamente al catolicismo.

1. *El fundamento del Estado*

Pie afirma categóricamente que "los Estados no subsisten sino a condición de que pongan la verdad en la base del gobierno" [774]. Y sabemos ya que cuando habla de verdad, no separa el orden natural del orden sobrenatural, la verdad racional de la verdad revelada.

A los ojos de Dios, dice, así como a los ojos de los hombres, un pueblo es una persona moral que tiene un cuerpo, una vida, un espíritu que les son propios. Pero esta persona moral, como toda persona viva, piensa, delibera, quiere y obra cada día; necesita por tanto una cabeza para pensar y querer. Tal es la autoridad pública o el gobierno. Si pues el gobierno no tuviese creencia alguna determinada, la sociedad no tendría creencia alguna concreta; si no profesase religión alguna, tampoco la sociedad reconocería ninguna ley ni derecho divinos. Lógicamente hablando,

773 Krasinski, *La Aurora*, cit. T. V, p.182.
774 T. IX, p.213.

la sociedad sería atea, como lo es su gobierno, y Dios estaría exiliado de ella [775]. Una sociedad semejante firmaría su propia acta de defunción ya que, como concluye Pie, "no hay sociedad sin religión pública, y no hay religión sin culto público; no hay derecho humano sin el reconocimiento de un derecho divino que lo autorice y lo consagre; no hay ley humana sin una ley divina de la que extraiga su fuerza moral" [776].

La religión resulta algo así como el quicio de la sociedad, su piedra fundamental. Lo cual no es por cierto una utopía ya que, de hecho, todas las naciones de Europa han visto a su cabeza, en uno u otro período de su existencia, un príncipe en quien se reflejó la imagen del Rey divino. Francia tuvo su San Luis, Inglaterra su San Eduardo, Alemania su San Enrique, España su San Fernando, y tantos otros que en mayor o menor medida encarnaron sensiblemente la realeza de Jesucristo [777].

La promulgación de las leyes constituye, como se sabe, el acto principal del gobernante. Si es cierto que de alguna manera las costumbres deben preceder a las leyes, no lo es menos que las leyes obran muy poderosamente sobre las costumbres, y por eso nada es más espantoso para una sociedad que la promulgación de leyes inicuas, porque entonces lo que tenía por fin la elevación del pueblo acaba por hacerse cómplice o promotor del desorden. Es preciso ignorar totalmente las condiciones reales de la humanidad para no ver hasta qué punto la deficiencia de la legislación influye sobre todas las clases de la sociedad, incluso aquéllas aparentemente más firmes e independientes. Y en este sentido hay que decir que la sustracción culpable de las naciones al dominio soberano de Dios no es solamente una impiedad o

775 Cf. T. VIII, p.85.
776 T. VIII, p.87.
777 Cf. T. VIII, p.50.

un ultraje al cielo, sino además un principio muy activo de perversión tanto para los individuos como para las multitudes [778].

2. *El desfondamiento del Estado*

Abundemos un tanto sobre lo que acabamos de decir en el párrafo anterior. Si la religión, la verdad natural y sobrenatural, constituyen el fundamento del Estado, la irreligión es su derrumbe. Pie trae a su favor el testimonio de las Escrituras donde se afirma que si es la justicia lo que eleva a las naciones, el pecado es lo que las hace desgraciadas (cf. Prov 14, 34). El mayor obstáculo para la tranquilidad pública es la oposición social a Dios, la desconfianza a la verdad, la perseverante simpatía por la mentira. "Os señalo este terrible adversario de la patria, este enemigo mortal de la república, del imperio, de la realeza y de todas las formas que el derecho público y la autoridad puedan revestir entre nosotros: la impiedad." [779]

Pie es categórico a este respecto: "Todos los peligros y los males de una sociedad derivan de sus errores y de sus crímenes. Pues bien, el error dominante, el crimen capital de este siglo, es la pretensión de sustraer la sociedad pública al gobierno y la ley de Dios." [780] Y si no se la sustrae totalmente, al menos se lo hace en parte. La deplorable amalgama de religión y de falsos principios que se ha producido en estos últimos tiempos en un gran número de personas, es una de las causas más activas de la desorganización universal que nos amenaza [781].

778 Cf. T. VII, p.102.
779 T. I, p.131.
780 T. VII, p.3.
781 Cf. T. VIII, p.158.

Cuando la fe social muere o languidece, se desfonda la ciudad, apoyada en adelante sobre el vacío. Y una vez que la fe desaparece de un país que ha sido cristiano durante mucho tiempo, se requieren siglos quizás para volver a hacerla reflorecer [782]. Resulta inútil proclamarse defensor de la sociedad, mientras se persista en la pretensión de recrear un nuevo orden sin preocuparse jamás de lo que constituye la razón del orden [783]. "Hablad de orden cuanto gustéis; mientras violéis públicamente la ley de Dios y de su Iglesia, seguiréis siendo anarquistas de primera categoría." [784]

II. La vocación católica de Francia

Como es natural, Pie se detiene particularmente en la misión providencial confiada por Dios a su patria.

1. *Francia nace católica*

Según el Cardenal, la vocación de los Francos tiene un triple sello: la inalterable fidelidad a la ortodoxia, la alianza indisoluble del sacerdocio y los poderes públicos, el celo del apostolado y del protectorado de los católicos en todo el mundo [785].

Este triple sello se hace visible ya desde los primeros momentos, cuando Clodoveo se convirtió al cristianismo. Y conste que en modo alguno se trató de una especie de golpe de estado reli-

782 Cf. T. IV, p.289.
783 Cf. T. I, p.429.
784 T. I, p.456.
785 Cf. T. IX, p.390.

gioso, por el que la voluntad del rey se impuso al pueblo por la violencia. No, la crónica histórica nos relata que cuando el caudillo, con sus jefes y oficiales, se dirigió hacia la multitud, ésta, sin darle tiempo para hablar, clamó con voz unánime: "Renunciamos a los dioses mortales, oh Rey, y estamos prestos a seguir al Dios inmortal que predica Remigio". El rey aún dudaba, por temor de que su pueblo no lo siguiese; y el pueblo, por su parte, iluminado ya con la luz y tocado por la gracia de lo alto, no esperaba sino el ejemplo del rey para pedir a Remigio el bautismo. De esta situación primigenia, Pie deduce que los gobernantes no deben temer la opinión del verdadero pueblo de Francia, ya que el catolicismo se le ha hecho piel [786]. "Y si nuevos jefes de Francia creyesen concordar con su pensamiento y halagar sus aspiraciones separándolo de los altares de sus padres, del seno de ese pueblo en apariencia ligero e indiferente brotará aún por doquier la antigua aclamación popular de Reims: No queremos dioses que no son dioses; el Dios al cual queremos pertenecer es el Dios de Clotilde, el Dios de Remigio." [787]

Si el bautismo de Constantino implicó que todo el mundo conocido no tardara en hacerse cristiano, el de Clodoveo arrastró a todo el pueblo franco. "Mientras el príncipe no es conquistado para la verdad, el apostolado podrá multiplicar las conquistas individuales, pero no logrará su victoria definitiva, que es la proclamación pública y social de la verdad. Los pueblos no entraron multitudinariamente en la Iglesia sino detrás de sus príncipes, y la Iglesia no reinó sobre las naciones, sobre sus leyes, sobre sus instituciones, sobre sus costumbres, sino cuando tomó posesión del corazón de los reyes." [788]

786 Cf. T. IX, p. 392.
787 T. IX, p.395.
788 T. VI, p.248.

En continuidad con Clodoveo hay que poner a Carlomagno, y sobre todo a San Luis. A este último escribía Gregorio IX: "El Hijo de Dios, a cuyo imperio obedece el universo entero, y que tiene a sus órdenes todas las legiones celestiales, habiendo establecido acá abajo diferentes reinos según las diferencias de lenguas y de climas, confirió a los distintos gobiernos misiones diversas para el cumplimiento de sus designios supremos; y así como antaño la tribu de Judá, preferida a las de los otros hijos del patriarca, fue enriquecida con una bendición especial, de manera semejante el país de Francia, más que todos los otros de la tierra, recibió del Señor una prerrogativa de honor y de gracia." [789] Y para justificar su paralelismo entre la tribu de Judá y el pueblo francés, el Papa enumera todos los combates de Francia por la exaltación de la fe católica, combates en el Oriente, en el Occidente, contra los paganos de ultramar, contra los herejes de las provincias francesas del Mediodía; combates cuyos héroes, comenzando por Carlos Martel y Carlomagno y culminando en Luis el Santo, forman una verdadera genealogía [790].

Eran reyes sinceramente religiosos. Pie se pregunta cómo todos esos soberanos, Carlomagno, San Luis y tantos otros, cuyos reinos fueron tan llenos y fecundos, en medio de todos sus otros deberes, en tiempo de paz y de guerra, encontraban la manera de rezar las horas canónicas y de asistir a los santos oficios de día y de noche. La respuesta a este interrogante podría ser que lo que humanamente parecería constituir un obstáculo, divinamente se convierte en una ayuda y una facilidad. "Mediante dichos ejercicios prolongados de oración y ceremonias del culto de Dios, el espíritu se nutre de fuerza, virilidad y vigor, adquiere una apertu-

789 Cit. en T. I, p.197.
790 Cf. T. I, pp.197-198.

ra, una penetración, un sentido práctico tales que los esfuerzos humanos más asiduos no serían capaces de lograr." [791]

2. *El papel de los monasterios y de los santos*

Francia fue "fundada" en el catolicismo, de manera profunda y raigal. Durante los 15 ó 16 siglos del período más vital de la Iglesia, afirma Mons. Pie, un rey no se consideraba en la plenitud de su misión y de su poder cabe el pueblo que le había sido confiado, sino cuando había establecido al menos una abadía. Incluso los reyes que gobernaron durante un breve lapso de tiempo construyeron varias abadías a la vez. Por su parte, los grandes señores imitaban a los emperadores y reyes, pensando que lo primero era dar a Dios su parte; antes de dirigirse a las cruzadas con frecuencia ofrecían una buena porción de su dinero para la fundación de un nuevo monasterio. "El castillo tenía sus comunicaciones con el monasterio [...] Sabéis todo lo que ha resultado de allí. Europa salió de allí; la Europa científica, literaria, agrícola, y sobre todo la Europa social y católica." [792] No resulta así extraño que la Revolución intentase destruir en Francia el orden monástico hasta sus últimos fundamentos.

Toda Patria tiene padres. Una nación no se genera por sí sola, observa Pie. Y si bien no sería justo negar este título a los caudillos de Francia, como Clodoveo y Carlomagno, sin embargo los verdaderos y primeros padres de la patria fueron sus grandes obispos, y por encima de todo, los santos Hilario y Martín. Fueron ellos los que hicieron una Galia cristiana, una Francia católica, y la prepararon para el rey Franco que iba a convertirse, y a

791 T. I, p.552.
792 T. IX, pp.103-104.

quien Remigio bautizaría. Pero ello no es todo. Así como sucede con los particulares, algo semejante acaece en la formación y educación de los pueblos; no es bueno que el hombre esté solo (cf. Gen 2, 18). Francia debía tener madres, que la dieran a luz con dolor. Tales fueron sobretodo Clotilde y Radegunda. A esta última, no sólo por su vida de oración sino también por su apostolado epistolar con todos los reyes de su época, la liturgia no vaciló en llamarla *"mater patriae"*, y al pueblo francés *"populus tuus"* [793].

3. *Espada de la Iglesia*

En sus tiempos gloriosos, Francia fue el brazo secular de la Iglesia. Desde Pipino y Carlomagno sus armas se pusieron al servicio no sólo de la grandeza de la nación sino también de los altos intereses espirituales encarnados en la Iglesia. Refiriéndose a esto, reproduce Pie una hermosa oración, tomada de un misal del siglo IX, y que se recitaba ya en tiempos de Carlomagno, donde se le pide a Dios, que instauró el reino de los francos para que fuese en el mundo el instrumento de su divina voluntad y la espada de la santa Iglesia, que ilumine a los francos suplicantes de modo que siempre sepan lo que hay que hacer para el establecimiento de su reino en el mundo [794].

Pie descubre una cierta continuidad histórica en el servicio que la espada de Francia prestó a la Iglesia de Cristo. "La espada de nuestra nación es la espada cristiana por excelencia, la espada de Clodoveo, la espada de Carlomagno, la espada de San Luis." [795] Esta espada aún no ha sido envainada ya que, co-

793 Cf. T. VIII, pp.175-176.
794 Cf. T. VII, pp,295-296.
795 T. II, p.528.

mo prosigue diciendo, dado que la misión de Francia es inamisible, la vocación nacional sobrevivió a todas sus vicisitudes, y esa misma espada se volvió a encontrar en manos de la República en 1848, y todavía sigue siendo la espada de la Francia de hoy [796].

Al hablar de "la Francia de hoy", Mons. Pie está aludiendo concretamente a la ayuda que su Patria ofreció al Papa Pío IX, cuando éste se vio acosado por las logias y el ejército del Piamonte. De este modo puede decir que los franceses del siglo XIX heredaron la misión de sus padres, y no repudiaron el testamento tácito de sus abuelos. Cuando Pío IX convocó a las naciones católicas, si bien todas pusieron su parte, el pueblo de Francia siguió siendo el principal ejecutor de la voluntad divina expresada por la voz del Papa. Fue precisamente la expedición militar francesa la que logró que Pío IX volviese a entrar en Roma. Y ello sucedió en momentos en que Francia estaba por desplomarse [797].

Se da pues una constante en la fidelidad militar de Francia a la sede de Pedro. "La Roma cristiana, desde los primeros días de su organización temporal, está acostumbrada a mostrar su reconocimiento por los servicios prestados por las armas francesas; la Iglesia reposa con complacencia a la sombra de una espada que ella misma bendijo tantas veces para que fuese empleada en su defensa. Francia, por su parte, considera su principal gloria y su mejor fortuna, ser empleada por Dios, desde el origen de su historia, para un ministerio tan noble." [798]

796 Cf. T. II, pp.528-529. El pueblo de San Luis siempre sentirá la nostalgia de sus grandes reyes. "Tenía Francia tan grande necesidad de Carlomagno –dijo Pie en cierta ocasión–, que resulta muy perdonable haya querido forzadamente ver a Carlomagno en Napoleón" (cit. por Pierre de la Gorce, *Histoire du Second Empire*, t. II, p.139).

797 Cf. T. I, pp.198-201.

798 T. II, p.529.

III. La apostasía de Francia

Es evidente que la disposición generosa de Francia a la que Mons. Pie se acaba de referir no signa la voluntad de todos sus habitantes, ni mucho menos. Especialmente en los últimos tiempos, Francia se ha ido apartando siempre más de su misión providencial en la historia, se ha ido mostrando cada vez más renuente a poner su espada al servicio de la Iglesia, traicionando así su vocación.

1. *Francia ya no dobla su rodilla ante Jesucristo*

Pie describe el proceso de esta defección en términos transidos de amor patriótico: "Más privilegiada que ningún otro pueblo moderno, Francia había sido iluminada, desde su nacimiento, desde su primer origen, con los rayos más puros de la luz celestial; sus labios, desde la cuna, se habían visto humedecidos con el vino generoso de la doctrina ortodoxa; desde temprana hora, su brazo se había convertido en el instrumento de la providencia sobrenatural de Dios sobre los pueblos regenerados por el Evangelio; ninguno boca había saboreado mejor, había anunciado mejor la benefactora palabra de Cristo y las poderosas energías del mundo futuro." [799]

Porque desde que una nación entra en la Iglesia, el orden sobrenatural se le impone a ella, como se impone a los individuos. Y cuando dicha nación no cumple su obligación, pretendiendo desligarse de ella, pasa a ser lo que ya Dios, por boca del profeta, llamaba "nación apóstata": *gentes apostatrices, quae recesserunt a me; ipsi et patres eorum praevaricati sunt pactum meum*

799 T. IX, p.309.

usque ad diem hunc ("pueblos apóstatas que se apartaron de Mí; ellos mismos y sus padres violaron mi pacto hasta este día", Ez 2, 3). Tal ha sido Francia. Naciones hubo, es cierto, que adoraron ídolos, pero al menos fueron fieles a sus falsos dioses: "Jamás un pueblo ha repudiado a sus dioses –dijo Jeremías–; y ciertamente no son dioses: *et certe ipsi non sunt dii*" (Jer 2, 5-11). No que el profeta haya querido alabar a las naciones que adoraban dioses de madera, piedra o carne; lo que intenta destacar es cómo, aun en medio de las supersticiones, no vacilaron en reconocer públicamente la religión como un hecho social. A los ojos de tales naciones, el desprecio de la Divinidad constituía siempre un crimen, la construcción de una ciudad sin Dios era una enorme locura.

Pues bien, Francia se ha comportado de manera peor y más impía que muchos idólatras y herejes. Ni en la antigüedad ni en los tiempos posteriores, ningún pueblo había profesado el ateísmo social disfrazado bajo el nombre de neutralidad religiosa, ningún pueblo había resuelto esta ruptura con la Divinidad. El verbo de Pie se carga acá de indignación: si Francia, en lugar de ser un pueblo privilegiado de Cristo fuese el pueblo servil de Mahoma, el nombre tres veces santo de Dios estaría incesantemente en sus labios; si en vez de ser la nación primogénita de Roma, inclinase su cabeza ante el báculo del sucesor de Focio, no dudaría en llamar a sus hijos al pie de los altares de la patria para rendir acción de gracias a Jesucristo. ¡Pertenece a Francia el espantoso privilegio de ser indiferente a su Dios, porque es el Dios vivo y verdadero, de renunciar a la Iglesia, porque es la legítima esposa de Cristo! ¡Pertenece a Francia el trágico privilegio de haber contribuido decisivamente a arruinar ese gran edificio del que era la columna más robusta, y que se llama la Cristiandad! [800]

800 Cf. T. VII, pp.402-404.

Separada de la constelación de los pueblos latinos a que pertenecía, de ese sistema planetario cuyo sol y centro es Roma, turbada en su gravitación, extraviada de su órbita, Francia es como un astro errante e incierto que oscila en el espacio [801]. Ahora tendrá por aliados a sus enemigos de antaño, y por enemigos a las naciones cristianas. Pie ve una expresión de ello en su declaración de guerra a Austria, la única nación que resta católica entre las grandes potencias europeas, y en su consiguiente alianza con un gobierno sacrílegamente ambicioso y revolucionario, que puso la mano sobre las propiedades y libertades de la Iglesia, y no se cansa de calumniar y amenazar al Papado [802].

La Revolución, que tanto ama los símbolos, quiso significar la ruptura de Francia con la Cristiandad, rompiendo sus nexos con la tradición histórica, con la cuna de su vocación católica. En su tarea profanadora, la impiedad tuvo significativas predilecciones, destruyendo especialmente todo lo que recordara el culto de San Martín de Tours, el padre de la Patria, quemando sus huesos, saqueando su tesoro, demoliendo su basílica, arrasando la mayoría de los templos que rememoraban las principales circunstancias de su vida [803].

Francia desertó la Cristiandad porque abandonó a Cristo, abandonó a Dios. Pensó que no sería victoriosa, libre y grande sino cuando enarbolase públicamente el estandarte del ateísmo. Afirmó que si hay un Dios, y un Dios encarnado, ese Dios se revela en la humanidad, de la cual Francia, la Francia que hizo la Revolución, la Francia tal cual la hizo la Revolución, constituye el tipo más acabado. Los "inmortales principios" son la nueva religión de la Francia nueva, y el moderno espíritu francés la

801 Cf. T. VII, p.408.
802 Cf. T. III, p.400.
803 Cf. T. III, p.302.

más estupenda expresión del ser divino. Todo ello en medio de un feroz fanatismo, de un increíble paroxismo de orgullo [804]. "Hermanos, cuesta caro a la tierra, cuesta caro a las naciones no doblar la rodilla ante el nombre y ante la realeza de Jesús. Entonces hay que hacer otras genuflexiones." [805]

2. *Una nación abandonada de Dios*

El camino emprendido por la Francia revolucionaria la condujo a su ruina. Desde la fecha de su apostasía marchó de desastre en desastre. Siendo como era una de las primeras naciones de la Cristiandad, se ve ahora aminorada, más que las otras naciones. Faltando los principios, faltan también los hombres que verdaderamente podrían salvar al país. No hay políticos, ni militares, ni profetas [806].

Pie se esmera por trazar un cuadro de la situación de Francia, luego de haber transcurrido más de cincuenta años desde que el nombre de Dios fue sacado, por primera vez, del texto de la Constitución. Ha llegado la hora del balance, el tiempo de ponderar los frutos de este medio siglo de experiencia. Son los mismos franceses los que lo reconocen: ya no hay más moralidad, ya no hay justicia, dicen frecuentemente, todo perece, todo está por rehacer, la sociedad necesita una reforma general. Tales son los resultados, los "progresos" obtenidos desde que Dios fue marginado. Nadie puede extrañarse de ello. Con cuánta razón un sabio del paganismo dijo que más fácilmente se construiría una ciudad en el aire que una sociedad sin Dios. Y un orador romano aseguró que

804 Cf. T. VII, pp.73-74.
805 T. VIII, p.63.
806 Cf. T. VII, pp.288-289.

cuando se pierde el respeto de la divinidad, desaparece la buena fe, la seguridad en el comercio, y la más excelente de todas las virtudes cual es la justicia. El Espíritu Santo, con un lenguaje más enérgico aún, enseñó que donde reinan los impíos, los hombres sólo pueden esperar la ruina: *Regnantibus impiis, ruina hominum* (Prov 28, 12). Si el legislador hace gala de neutralidad y abstención respecto de la existencia de Dios, ¿sobre qué fundamentos establecerá su propia autoridad? Si el dogma de la existencia de Dios no se encuentra más en la ley, la razón de la ley no se encuentra más en la ley, y la ley ya no es sino una palabra, una quimera [807].

Pero la apostasía social no resta impune. Existe una ley de correspondencias, que se cumple inexorablemente. "Cuando el cristianismo de un país se reduce a las proporciones de la vida doméstica, cuando el cristianismo ya no es el alma de la vida pública, entonces Jesucristo trata a ese país como Él mismo es tratado. Continúa ofreciendo su gracia y sus beneficios a los individuos que lo sirven, pero abandona las instituciones y poderes que no lo sirven, y entonces las instituciones, los poderes, los reyes, los pueblos, se vuelven móviles como la arena del desierto, caducos como esas hojas de otoño que cualquier soplo de viento arrastra." [808]

El Card. Pie recurre al salterio para describir el drama de las naciones apóstatas. El cetro que fue puesto en las manos de Cristo, dice, aunque sea principalmente el cetro de la doctrina y del amor, no es menos el cetro del poder y de la fuerza, o mejor, es el cetro de la fuerza porque es el cetro de la doctrina. Esta vara pastoral, que de por sí es suave y benigna, es sin embargo de hierro –"los regirás con una vara de hierro: *Reges eos in virga*

807 Cf. *Pour qu'Il régne*, ed. cit., pp.425-426.
808 Cit. en ibid., p.437.

ferrea" (Ps 2, 9)–, porque los principios que constituyen la regla del gobierno divino son principios inflexibles como la verdad, inmutables como la justicia, indestructibles como Dios mismo. Ahora bien, si tales principios son perseverantemente desconocidos y violados, si dicha doctrina es obstinada y criminalmente repudiada, entonces el báculo del pastor se convierte en arma de terrible castigo y acaba por romper el vaso rebelde: *Reges eos in virga ferrea, et tanquam vas figuli confringes eos* ("Los regirás con vara de hierro, como vaso de arcilla los quebrarás", Ps 2, 9).

Pie se vale acá del comentario que San Hilario ofrece sobre estas palabras del salmo, introduciéndonos en una espléndida y elevada teología. En sí misma, dice el Santo Doctor, la imagen del vaso quebrado no es más terrible que la de la vara de hierro. Porque el divino alfarero sólo destruye para luego restaurar, como ya nos lo había enseñado por Jeremías: Las naciones son como arcilla en sus manos; si les cambia la forma primera, es para darles después una forma mejor. Y de hecho así ha sucedido, ya se trate de las antiguas sociedades civilizadas, ya de los pueblos bárbaros. Con grande y admirable paciencia Dios los fue restaurando, y de vasos deshonrados hizo vasos de honor, vasos espirituales, capaces de recibir las infusiones divinas de la verdad y de la gracia. Pero si esas mismas naciones luego abandonan a Dios, se sumergen en la infidelidad y el sacrilegio, renuncian a las alturas en que las había puesto el cristianismo, se cierran decididamente al arrepentimiento, llegará el día en que el obrero celestial, tras siglos de paciencia y longanimidad, obedecerá por fin a las exigencias de la justicia. Y entonces el vaso rebelde, aunque se trate de un imperio gigantesco, de una nación veinte veces secular, al primer golpe de la vara caerá hecho trizas, quedará reducido a polvo. El disolvente de la impiedad reduce a las naciones al estado de átomos sin consistencia; ya no hay cohesión, ni verdaderas relaciones, ni auténtica subordi-

nación, y por tanto, no hay más orden y armonía; en lugar de una sociedad organizada, sólo reina la división y la anarquía; cada uno es para sí su principio, su ley y su fin; las instituciones acaban por convertirse en paja que el viento de las revoluciones arrastra [809].

"Tal es el camino de los impíos –concluye Pie–, una ruta que se pierde, que no conduce a nada sino al desierto, el abismo, la muerte: *deperdita eorum via*. El Señor ofendido muestra gustosamente su desprecio por los orgullosos o temerarios que quisieron prescindir de él, con la idea de que podían bastarse a sí mismos, acorralándolos, arrinconándolos en vías muertas: *effusa est contemptio super principes, et errare fecit eos in invio et non in via* («derramó su desprecio sobre los príncipes y los hizo errar en el descampado, fuera del camino», Ps 106, 40). Allí se agotan en marchas y contramarchas inútiles, tornando a un círculo que no pueden franquear: *in circuitu impii ambulant* (Ps 11, 9). Habiéndose divorciado de Jesús que dijo «Yo soy el camino» (Jo 14, 6), la Escritura nos los muestra a lo largo de caminos que no son, tanteando en las tinieblas, y vacilando a cada paso como si estuviesen borrachos, *quasi ebrios* (cf. Job 12, 24-25)." [810]

Dice Pie que la advertencia de Jesús: "Si alguno se avergonzare de mí y de mi doctrina el Hijo del hombre se avergonzará de él" (Lc 9, 26), si bien se refiere preferentemente a las personas individuales, en cierto modo se dirige también a las sociedades y naciones. "Oye Francia, oye la declaración de tu Dios y de tu Rey" [811]. Cristo ya comenzó a "avergonzarse" de Francia como de todas aquellas naciones en cuyo seno la voz del sacerdocio no se hace oír más, sea porque se ha vuelto impotente, sea por-

809 Cf. T. VII, pp.539-541.
810 T. VII, p.542.
811 Cf. T. VIII, p.90.

que se ha hecho muda y servil. El castigo no necesariamente parte del cielo sino de la naturaleza misma de las cosas. Cuando la religión deja de ser la moderadora de los reyes y de los pueblos, la sociedad es alternativamente víctima de los excesos de unos y de otros. El poder, libre de todo freno moral, acaba por convertirse en tiranía, hasta que ésta se vuelve intolerable y entonces estalla la rebelión tras la cual se instaura una nueva opresión más odiosa aún que la anterior, y así en adelante. Tal es el destino de las naciones emancipadas de la autoridad tutelar del cristianismo [812].

El pueblo francés tiene buena experiencia de ello. Francia es actualmente regida por instituciones y criterios de índole naturalista; la gobiernan hombres que aun cuando afirmen seguir creyendo en Dios individualmente, en el fondo no creen en Él, porque si bien admiten su existencia, no aceptan su doctrina, su ley y su autoridad. Francia es ya un país descristianizado, al que se puede aplicar lo que San Pablo decía de los efesios antes de su conversión: "Erais en un tiempo sin Cristo [...] y sin Dios en este mundo" (Ef 2, 12); un país que ya no tiene relación cordial con la Iglesia, que se ha hecho ajeno al pacto de Dios con los hombres: "excluidos de la ciudadanía de Israel, extraños a las alianzas de la promesa" (ibid.); un país "sin esperanza" (ibid.), ya que si bien alimenta vanas y utópicas expectativas de paraísos terrestres, está siempre en vísperas de anarquía. "He aquí el pueblo que nos han construido todos los que resolvieron asistirlo, instruirlo, moralizarlo sin Dios." [813]

El castigo de Dios, que abandona a su país amado en manos de sus propios ídolos, se manifiesta en la enorme decadencia no sólo doctrinal y moral sino también política de Francia. Tanto ella

812 Cf. T. VII, p.379.
813 T. VII, pp.417-418.

como los otros pueblos latinos apóstatas experimentan el dolor y la vergüenza de ver cómo la preponderancia y ventajas materiales han pasado a las naciones disidentes, a Inglaterra y Alemania protestantes [814]. Pie transcribe el dicho de un viejo cardenal de su tiempo: "El diablo de Inglaterra fue más sutil que el diablo de Francia; ha conservado, en provecho de la reforma, la vertiente social del cristianismo; el de Francia la ha destruido." [815] De ahí la falsedad de aquella afirmación reincidente, a saber, que las modernas instituciones francesas están calcadas de las de Inglaterra, a lo que Pie responde irónicamente que ya que el programa francés es el programa inglés, el artículo primero de la constitución de Francia debería ser: "La Iglesia católica goza en Francia de la situación que más allá del Canal de la Mancha se otorga a la Iglesia establecida", disposición tanto más razonable cuanto que la religión católica es la de la mayoría de Francia mucho más de lo que el anglicanismo oficial lo es de Inglaterra [816]. Y concluye: "La verdad es que nuestras instituciones son anti-inglesas. No teniendo ni la cabeza, que es la monarquía hereditaria y tradicional, ni las espaldas, que son las eminencias aristocráticas y religiosas, no nos queda casi sino el vientre con sus apetitos, y la cola con sus agitaciones violentas. Por eso, mientras entre nuestros vecinos, los movimientos populares tienen un contrapeso serio en los estamentos elevados y sólidos del cuerpo social, entre nosotros la menor sacudida tira abajo el entero andamiaje político, y los sobresaltos desordenados de la cola arrastran a cada instante este cuerpo desprovisto de cabeza y de espaldas. Tal nuestra historia desde hace casi un siglo, tal el estado verdadero de las cosas en este gran país que es Francia." [817]

814 Cf. T. VII, p.8.
815 Cit. T. IX, p.214.
816 Cf. ibid.
817 T. IX, p.215.

3. *Presuntas soluciones desde el interior de la crisis*

Para enfrentar la grave situación que sacude el cuerpo social de Francia, sus hombres políticos, o lo que se llama "las fuerzas vivas de la nación", han intentado diversas soluciones. Se quiso corregir el poder personal con el poder colectivo. Inútil, ya que cuando no es Dios quien enseñorea a los hombres, las formas de gobierno son igualmente malas o igualmente impotentes, siendo las peores de todas las que se basan en la soberanía del número. Diversos slogans se han sucedido: "el país ha vuelto a tomar posesión de sí mismo", "el país ha retomado la rienda de sus destinos", "el gobierno del país por el país", "la salvación del país por el país"... Todas fórmulas insensatas y, en última instancia, sacrílegas. La fuente del mal reside en el abandono que Francia ha hecho de Dios, y cualesquiera sean las instituciones que trate de darse, no encontrará solución valedera. Mientras persevere en dicho abandono, estará irremediablemente marcada por la debilidad y por la muerte [818].

Por eso la Francia moderna está siempre girando en un círculo vicioso, condenada a recorrer invariablemente el mismo circuito de faltas y desengaños, a recomenzar siempre el mismo tejido, como Penélope. Gozosamente, al modo del hijo pródigo, Francia había pedido la parte de su herencia, y se había separado de su Padre divino, exaltando los derechos del hombre en concurrencia y oposición con los derechos de Dios. Hoy la elocuencia de los hechos no le ha ahorrado ninguna decepción, ningún dolor, ninguna vergüenza [819]. Sin embargo lo más triste es que en vez de volver a Dios, al Padre abandonado, esta sociedad

818 Cf. T. VII, pp.290-293.
819 Cf. T. VII, p.109.

apóstata sigue poniendo toda su confianza en ídolos que nada pueden, en salvadores incapaces de salvar: *et rogant deum non salvantem* ("y ruegan a un dios que no salva", Is 45, 20) [820]. Como dice trágicamente Pie, la Francia de hoy está en el calvario, pero no de pie, sino postrada en tierra, carente de sentido y de voluntad, pisoteada por sus rivales y vencedores. Y, para colmo, no se ve solución alguna en el horizonte. Los que gobiernan son los mismos que ya han fracasado muchas veces, sus posibles suplentes han probado ya sus recetas sin éxito. "En lugar de buscar un salvador, están en busca de un cómplice más; la obra maestra de su espíritu sería aniquilar nuestra última esperanza y nuestra última fuente de salvación." [821]

El nombre de "Francia" tiene que ver con la "franqueza". Mientras Francia fue católica, observa Pie, lo fue con todo su corazón, con toda su alma, con toda su fuerza, impregnando de Dios las instituciones, las leyes y las costumbres. El día en que se dejó embriagar por el brebaje encantador contenido en la copa que le ofrecieron los sofistas, se rebeló contra Dios, también "francamente", a cara descubierta, a la vista del mundo entero. Pero, concluye Pie dolorido, quizás ahora Francia se está apartando incluso de este camino de franqueza, para entrar en una modalidad de trapacería y duplicidad, contentándose, por ejemplo, con algunos aspectos de la religión y negando los demás [822].

La Revolución se va haciendo piel en Francia. Principalmente desde hace un siglo se persevera en el intento por establecer, no solamente de hecho, sino en principio y de derecho, la independencia de la sociedad humana frente a toda ley revelada y toda religión positiva. Es cierto que hoy no son pocos los que advierten

820 Cf. T. VII, p.77.
821 T. VII, p.643.
822 Cf. T. I, p.154.

con absoluta lucidez las lecciones terribles que la historia ha dado a nuestra nación; no son pocos los que confiesan, deploran y quieren reparar las faltas y omisiones personales de su vida en lo que atañe al cumplimiento del deber religioso; incluso no son pocos los que ven en estas duras pruebas un castigo al orgullo, la avaricia, el sensualismo y materialismo que invadieron el país. "Pero ¿a alguno se le habrá ocurrido preguntarse si este derrumbe completo de una gran nación no tendrá su causa en un gran pecado nacional; si el abandono momentáneo en que Dios nos deja no será su respuesta a los sistemas políticos que le dan vacaciones; en fin, si la Iglesia no habrá tenido alguna razón cuando, mediante la voz de su jefe supremo y la enseñanza pastoral de un buen número de sus obispos, se esforzó, en estos últimos años, por recordar a las naciones cristianas aquellos principios cuyo olvido produciría su ruina?" [823]

A la Francia apóstata, que ha desertado la gran vocación con que había sido distinguida por Dios, le espera un castigo congruentemente grande. "Porque el Ser soberano no puede obrar sino en vista de sí mismo y de su gloria; porque por ser Dios quiere ser exaltado no solamente en el secreto de las almas, sino en la vida pública de las naciones; porque busca ser glorificado no solamente en el cielo, sino sobre la tierra y en las instituciones terrestres: *Vacate et videte quoniam ego sum Deus: exaltabor in gentibus, et exaltabor in terra* («Desocupaos y ved que Yo soy Dios: seré exaltado en las naciones y en la tierra seré exaltado», Ps 45, 11); en fin, porque espera más de los pueblos a los que ha dado mayores señales de su confianza y amor, siendo la nación francesa la nación de Cristo por excelencia; por todas estas causas, Francia no conocerá por mucho tiempo la impunidad, mientras camine, como nación, por las vías de la infidelidad y la apostasía, y

823 T. VII, pp.4-5.

siga inmolando los derechos sagrados de Dios a los pretendidos derechos del hombre." [824]

4. *La amada y agónica Francia*

El espectáculo de una Francia apóstata, postrada, sin soluciones a la vista, vanamente esperanzada en las engañosas recetas de los sofistas de moda, encandilada ante los ídolos que ella misma se ha fabricado con sus manos, no lo lleva a Pie, ni mucho menos, a desentenderse de su Patria. Le duele Francia. "Mirad, Señor, y considerad la extensión de nuestra aflicción. Dos amores legítimos se dividen nuestro corazón. Por nuestro bautismo, somos ciudadanos de vuestro reino, que es la Iglesia; por nuestro nacimiento, somos también ciudadanos de otra sociedad que nos es querida, Francia. Pues bien, ¡cuán cruelmente nos sentimos tocados en estos dos grandes y poderosos afectos de nuestra alma!" [825]

Pie había notado que muchos de sus oyentes o lectores, al advertir que se expresaba con tanta crudeza acerca de la situación en que se encontraba su Patria, creían que estaba dominado por el desaliento. El Cardenal les sale al paso diciendo que un hombre de Dios no puede ser accesible a dicho estado de ánimo, ya que su causa es una causa que triunfa siempre, y a medida que todo se derrumba su esperanza se hace más intensa. De Cristo afirma la Escritura: "Es preciso que Él reine" (1 Cor 15, 25). Y, en verdad, nunca es efectivamente destronado, ya que su poder no es de aquellos a los que la oposición o una revolución son capaces de derribar. Más aún, le compete "dominar en medio de sus ene-

824 T. VII, p.101.
825 T. VIII, pp.9-10.

migos: *Dominare in medio inimicorum tuorum*" (Ps 109, 2); y si no es por las buenas reinará por las malas, a pesar de la cólera de los pueblos: *Dominus regnavit: irascantur populi* (Ps 98, 1).

Por eso, agrega Pie, si se quiere decir que la comprobación de la ausencia de principios, que neutraliza las mejores intenciones y hace abortar una tras otra todas las tentativas de resurrección, nos inclina a pensar que, según la marcha natural de las causas segundas, vamos fatalmente hacia una descomposición cada vez más acelerada; si se quiere decir que el espectáculo de los políticos pusilánimes, que temen igualmente el reino del mal y el reino del bien, cuando el reino del bien no es su principal temor, no nos permite augurar un futuro promisor; entonces sí aceptamos que en ese sentido somos pesimistas. Pero si se quiere decir que al constatar la gravedad de la situación, pensamos que la causa de Dios y de su Cristo parece en vísperas de ser vencida, y que ello constituye el principal motivo de nuestro temor, nos apresuramos a afirmar que no es así. Más aún, creemos firmemente que Francia tiene todavía posibilidades de resurrección. La historia es testigo de tantos méritos como ha ganado a lo largo de los siglos, del celo que incesantemente ha desplegado por la causa de Dios, de su espíritu de sacrificio y abnegación, de sus santos y catedrales, de las Cruzadas. Todo ello nos lleva a pensar que Dios no olvidará la obra de sus manos [826].

Por otra parte, la desgracia de la propia patria en modo alguno exime del deber del patriotismo, antes por el contrario parece requerirlo con mayor urgencia. El amor de Cristo es tan inescindible del amor a la patria, que San Ambrosio no dudaba en decir: "El que se separa de Cristo, se separa de su patria" (*In Luc.* 7, 214). "¿Dónde esta máxima será más verdadera que en Fran-

826 Cf. T. IX, pp.310-313.

cia? –comenta Pie–. Francia es originaria y sustancialmente cristiana; ninguna revolución cambiará su naturaleza, su constitución, su temperamento, su misión, su historia, su destino, sus aspiraciones." [827]

IV. La restauración católica de Francia

Pie confía, pues, en la resurrección de Francia. Los grandes desatinos de los hombres concretos, de los políticos especialmente, pero también de los eclesiásticos serviles o mudos, no logran desvanecer en su corazón enamorado la nostalgia de la Francia de San Luis, ni la esperanza de que en un futuro más o menos próximo esa Francia reaparecerá, si bien con las modalidades propias de los nuevos tiempos.

1. *Nuestra misión no nos abandona*

El siglo XIX, con sus crímenes y desastres, no menos que con su progreso material, será eternamente famoso en los fastos de la humanidad. A ese siglo se lo recordará, entre todos, como el siglo demoledor y disolvente, como el siglo del desorden moral y la anarquía intelectual, anarquía en los principios más aún que en los hechos. Sin embargo Mons. Pie espera de Dios que Francia haya recibido, como el profeta, la misión de edificar, plantar y unir, luego de haber cumplido tan eficazmente la de arrancar, destruir y dispersar (cf. Jer 1, 10) [828].

827 T. V, p.183.
828 Cf. T. IV, p.293.

Es muy probable que Dios reserve un papel importante a la nación principalmente culpable de la difusión de "los inmortales principios" que trajeron la muerte al mundo. Sólo así Francia reparará sus delitos sociales. Porque, como bien dice el Cardenal, si su Patria ha sido tan desgraciada como para abandonar su misión, tiene la suerte de que su misión no la abandona [829].

Muy impresionado quedó Mons. Pie por las palabras que Pío IX dijera un día acerca de Francia, justamente en el momento en que ésta acababa de ser derrotada por los prusianos: "Esta nación, cuya gran nobleza de alma y valor militar, consagrados por tantos y tan grandes monumentos de gloria, no pueden ser oscurecidos por ningún accidente contrario." Lo consolaba sobre todo escuchar al Pontífice reivindicar para Francia la inamisibilidad de su virtud y de su fama guerrera, precisamente cuando estaba vencida, cuando se encontraba bajo el poder de los invasores, con el rostro cubierto de vergüenza ante los otros países de Europa y del mundo; "esto me emociona hasta las últimas profundidades de mi patriotismo; y ya no me importa que los miserables vengan a decir que el carácter cosmopolita de la Iglesia hace a sus hijos extraños al amor, indiferentes al honor de la patria francesa" [830]. Mons. Pie no duda ni por un instante de que, bajo las brasas de una nación política y religiosamente deshecha, sigue ardiendo el fuego de la misión divina que desde toda la eternidad Dios determinó para la hija predilecta de la Iglesia.

2. *La conversión de Francia*

Francia deberá combatirse y vencerse a sí misma, triunfar de sus pasiones y de su indiferencia religiosa, abjurar de sus falsas

829 Cf. T. VI, p.216.
830 T. VII, p.325; cf. pp.324-325.

máximas; y con-vertirse, mirar hacia lo alto, buscar nuevos aliados, ante todo a Dios; volver a ser la espada de Cristo y la hija primogénita de la Iglesia [831].

Pie convoca a todos los buenos franceses para que unan sus esfuerzos en orden a que Dios vuelva a reinar sobre los altares de la patria y sobre los altares de los corazones. Será preciso retornar a los orígenes, a los padres de Francia, a los catorce siglos de cristianismo, de alianza entre la libertad y el Evangelio; entre el Franco y el Cristiano, que un instante de delirio ha venido a interrumpir. Habrá que rehacer aquella escena del bautismo de Clodoveo y los jefes de su ejército, cuando la Iglesia, en la persona de San Remigio, le decía al caudillo: "Fiero Sicambro, inclina la cabeza, adora lo que has quemado, quema lo que has adorado". El viejo Sicambro ha reaparecido, aunque ahora se presente con todas las elegancias del siglo. "Yo os diré pues: Hijos de este siglo, inclinad la cabeza; adorad lo que habéis quemado, esta cruz, este Evangelio; quemad lo que habéis adorado, estas blasfemias contra Dios y su Cristo", en una palabra, poneos de rodillas delante de Dios [832].

Como el hijo pródigo, tras haber corrido la aventura de la pretendida libertad, tras haber apacentado puercos, Francia deberá retornar al Padre, a su vocación primera. La misión de Dios está como dormida en sus entrañas, habrá de despertarse en su seno. Pie espera que un día su Patria, a semejanza de Saulo que en la ruta de Damasco respiraba aún amenazas de muerte contra los cristianos, lanzada todavía en el camino de la impiedad, sea de golpe arrojada por una fuerza misteriosa del caballo de su orgullo, y deslumbrada por una luz encandilante, oyendo voces que vienen de lo alto, pregunte azorada: "¿Quién eres?", y escu-

831 Cf. T. VII, p.140.
832 Cf. T. I, p.89; cf. pp.88-89.

che que del cielo le responden: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues" (Act 9, 5). Porque es duro para Francia dar coces contra el aguijón. "Hacer la guerra a Dios no está en tu naturaleza. Levántate, raza predestinada, vaso de elección, y ve, como en el pasado, a llevar mi nombre a todos los pueblos y a todos los reyes de la tierra." [833]

Hemos leído más arriba cómo Pie comparaba a Francia con la hemorroísa del Evangelio milagrosamente curada por Jesús. Francia es esa mujer enferma que, desde hace muchos años, pierde su sangre en tantas revoluciones y guerras civiles, arruinada por tantos pretendidos médicos, que agravaron su mal en vez de curarla, hasta llegar a la anemia y el agotamiento. Si esta pobre mujer tocase tan sólo la orla del vestido de Cristo, si se resolviese a recurrir a Él mediante un acto público y oficial, si se decidiese a proclamar los derechos de Dios, se vería súbitamente curada.

Francia es también la hija del príncipe de la sinagoga que Jesús va a resucitar en atención a la plegaria de su padre, el Papa. Pero hay en torno a ella tocadores de flautas y encantadores, así como multitudes que sólo buscan el alboroto y la conmoción. Será menester despedir a toda esa gente, como hizo Jesús, despedir a los que la seducen y se seducen a sí mismos con sus propios discursos, despedir a ese conjunto de charlatanes, despedir a esos burlones que se ríen de Jesús cuando dice: "No está muerta la niña, sino que duerme". Francia lleva en sí un principio de vida; para levantarla no es necesario sino el contacto con la mano del Señor.

Francia es asimismo el lunático del Evangelio, que frecuentemente se precipita en el fuego y en el agua. Esas caídas tienen cierta periodicidad, al punto que parecen constituir la ley de su historia contemporánea. En aquella ocasión preguntó Jesús:

833 T. V, p.507.

"¿Cuánto tiempo hace que esto le sucede?". Y le respondieron: "Desde su infancia". Sí, comenta Pie, es desde su cuna, desde el 89, fecha de su nacimiento, de allí data su enfermedad. Jesús pidió entonces que le acercaran al enfermo, y cuando lo tuvo cerca le dijo que creyera, ya que todo era posible al que cree. Es lo que Cristo espera de Francia, espera que le diga: Creo, Señor, pero ven en ayuda de mi incredulidad, de esa incredulidad que me impregna en un siglo de ignorancia y de revolución [834].

Y nada de objetar que no se puede recurrir a este remedio porque repugna al enfermo y encuentra en él una oposición irreductible, dado que el acto de fe, que es la raíz misma de la religión, fue extirpado de la sociedad. Tal es precisamente el crimen capital de la nación, del cual deberá arrepentirse diciéndole a Dios: "Contra Ti solo he pecado: *Tibi soli peccavi* (Ps 50, 6)." Agobiadoramente pesa este pecado sobre Francia, a la que el Señor dio una vocación tan sublime, y que está experimentando la feliz impotencia de encontrar serenidad fuera de Cristo. Es la sociedad pública la que ha pecado, la que sufre la enfermedad de un naturalismo injurioso a Dios. El único remedio es el retorno a Jesucristo, la aceptación social de los principios revelados. En caso contrario, la religión podrá hasta cierto punto vivificar a los individuos y las familias; pero las sociedades y sus respectivos dirigentes seguirán bajo el golpe de la reprobación de lo alto [835].

3. *Las reservas de Francia*

No todo está perdido, piensa Mons. Pie. Francia aún cuenta con reservas interiores. La primera es *su amor a la lógica*. Al fran-

834 Cf. notas 512 a 520; cf. *Histoire...*, T. II, pp.529-531.
835 Cf. T. V, pp.189-193.

cés, dice, le gusta ir precipitadamente a las consecuencias extremas, pasar casi repentinamente de las premisas a las conclusiones, hacer que la doctrina vaya de la cabeza a los brazos que la ponen en práctica. El rigor casi instintivo del razonamiento y la deducción integra en cierta manera la esencia del carácter nacional francés, y lo distingue del espíritu inglés o alemán. Ello explica por qué la irreligión y el error imperantes exigieron, también ellos, llegar a sus últimas implicancias en el orden social. Que otros se quejen de tal tesitura; no deja de ser una de las principales fortunas de Francia que ni la providencia divina ni su temperamento natural le permitan permanecer tranquilamente sentada en las tinieblas y sombras de la muerte, sino que su mal se hace siempre tan extremo que si no quiere perecer se ve constreñida a aceptar el remedio [836].

Pie no está de acuerdo con aquello que decía Talleyrand, a saber, que la revolución había "deshuesado" a Francia. Para él, Francia ha conservado lo mejor de su osatura, que es la *jerarquía católica*. Mientras no sea abolida, su sola presencia constituirá un comienzo de restauración [837].

A más de la jerarquía, quedan también otros elementos positivos. Según el Cardenal, Francia se resume en *dos grandes partidos*. De un lado, el partido de Cristo y de la Iglesia; del otro, el partido del Anticristo y de la Revolución. Si bien el segundo es poderoso, y pone su bandera, su sangre, su oro, su inteligencia, su coraje militar al servicio de causas anticristianas y por tanto antifrancesas, subsiste todavía el partido de Cristo, el de la misión hereditaria y tradicional de Francia. La Revolución no ha logrado aún extinguirlo [838]. Los dos partidos son, como ya se ha

836 Cf. T. I, pp.316-317.
837 Cf. T. IX, pp.399-400.
838 Cf. T. IV, p.155.

dicho, la expresión de las dos ciudades, Jerusalén y Babilonia, que se contrastan y separan cada vez más en el seno de la sociedad francesa. Porque, dígase lo que se quiera de la gran "unidad" que reina en Francia, hoy coexisten dos Francias, de una parte la Francia verdadera, la que da esperanza de que un día vuelva a ser lo que fue, de otra la Francia revolucionaria, la Francia oficial, que nada tiene que ver con el país real. Y si algún día llegara a predominar la Francia perversa, destruyendo lo que queda de la buena, el Papa Pío IX, que tanto ama a la Francia eterna, diría: No, Francia no es ésa, no es ésa la Francia de Clodoveo, el patricio de Roma; de Carlomagno, el más grande de los césares cristianos; de San Luis, el lugarteniente de Cristo [839].

Esa Francia subsiste. Y subsiste sobre todo en el *pueblo sencillo*. Es cierto, reconoce Pie, que el viento de las novedades, que llegó a las clases altas en tiempos de la Reforma, y posteriormente a las clases medias, ha dejado huellas desoladoras en las clases más humildes. "Pero por extendidos que hayan sido esos saqueos, después de la crisis del siglo XVI permaneció, por la gracia de Dios, un *pueblo* que no traicionó su religión y su fe, un pueblo adherido al catolicismo desde el fondo de sus entrañas y lleno de horror por la herejía [...] Y también en el siglo XIX subsistió un *pueblo* que atravesó todas las revoluciones sin dejarse corromper; un *pueblo* en que la fibra religiosa y la fibra nacional son más sensibles de lo que se puede creer; un *pueblo* en cuyas filas la Iglesia recluta casi todos sus sacerdotes y misioneros, y la patria sus mejores soldados." [840]

Otra reserva con la que Francia puede contar *es el ejército*. Desde hace un siglo, dicho ejército ha sufrido solamente tres o cuatro derrotas; los representantes oficiales sólo reparan en ellas; sin

839 Cf. T. V, pp.576-578.
840 T. II, pp.121-122.

embargo, y cualesquiera sean las apariencias e impresiones del momento, el espíritu militar está mucho menos contaminado en Francia que el espíritu parlamentario y político [841].

Pero no basta con tener reservas más o menos potenciales. Es preciso actuarlas. Hay que rehacer a Francia. Quizás se podría comenzar simbólicamente, sugiere Mons. Pie, con la reconstrucción de la basílica de San Martín, el fundador y el padre de la nación, su patrono y protector; lo que Francia haga por Martín lo hará por sí misma [842]. Sin embargo, no es lo material lo más importante, por significativo que sea. Será preciso reconstruir los corazones individuales. Como decía San Agustín, el ciudadano es el comienzo de la ciudad; de ahí que lo que un solo cristiano, consecuente con su fe, puede para el bien de la patria, es realmente incalculable. Si se va logrando que sean siempre más quienes cumplan su deber integral en la esfera del hogar doméstico, pronto tendremos el espectáculo de una sociedad mejor [843].

Con todo, las circunstancias piden más. Hay que llegar a aquellos que están o estarán investidos de autoridad, o que tienen funciones públicas, y hacerles comprender que un día llevarán sobre su frente el estigma de la incapacidad o de la traición, si no logran comprender y ejecutar lo que reclama imperiosamente la causa más que nunca indivisa de la religión y de Francia [844]. Porque si es importante la conversión de los individuos, no sólo por el bien personal de éstos sino porque contribuye a la conversión general, más importante es que la nación entera vuelva a Dios. Y en este sentido hay que decir que entre los miembros de la nación hay individuos cuya conversión tiene más autoridad y

841 Cf. T. VII, p.110.
842 Cf. T. III, p.303.
843 Cf. T. VII, p.106.
844 Cf. ibid.

trascendencia. Muchas veces la suerte de una región está en manos de algunos hombres cuya manera de pensar y cuyo ejemplo se convierten en ley. De ahí el interés que siempre mostró Mons. Pie en favor de aquellos que, por causa de una superioridad cualquiera, de fortuna, de inteligencia o de autoridad, se habían convertido de hecho en dirigentes del pueblo. Enseña la Escritura que el Señor dio a cada uno de los hombres una misión no sólo en orden a sí mismos sino también a los intereses eternos de su prójimo. Los hombres influyentes de una provincia, de una ciudad, de un pueblo o de una aldea tendrán que responder no solamente por su alma, sino por un gran número de almas. Y si es por culpa de ellos que la impiedad se ha acreditado, dando nacimiento a tantos males como trae consigo, resulta imperioso que sean ellos mismos quienes en adelante encabecen un movimiento de retorno a la religión, restituyendo así a la sociedad todos los bienes que la religión trae consigo [845]. "Vosotros, hermanos –les dice a los dirigentes de su tiempo–, que pertenecéis a esta condición tan importante y numerosa de nuestra sociedad moderna a la que hemos dedicado los más constantes esfuerzos de nuestro ministerio, vosotros a los que nuestras palabras se han dirigido casi con exclusividad hasta el presente día, nos parece que habiendo sido los principales autores del mal, os pertenece antes que a ningún otro repararlo convirtiéndoos en los principales instrumentos del bien." [846]

Podría decirse que el anhelo más frecuentemente reiterado por el Card. Pie es la necesidad de tomar conciencia clara de los males a que nos han llevado "los inmortales principios" en orden a poner el remedio adecuado. Por eso se dirigió principalmente a los hombres de la llamada "cultura", a las autoridades,

845 Cf. T. I, pp.140-141.
846 Cf. T. I, p.491.

a los dirigentes, para urgirles el reconocimiento de sus errores y la adhesión a la verdad integral. De ahí que cuando en alguna ocasión advertía que la autoridad pública se inclinaba ante Dios, se llenaba de esperanza. Así, en un discurso pronunciado en 1877 ante la autoridad suprema de la República le dice: "Señor Presidente: El Jefe de Estado da un grande y saludable ejemplo a la nación obligándose a no visitar ninguna de nuestras ciudades sin ir antes a rezar a Dios en su templo e invocar sus bendiciones sobre Francia." [847] Y en otro discurso, esta vez ante el Príncipe Presidente de la República, dijo: "Príncipe, vuestra misión no ha concluido. Las pasiones cuyo furor habéis frenado, no despuntaron de golpe ni por azar. El reino ya demasiado largo de un materialismo escéptico las ha engendrado y desarrollado. Bajo el imperio de las mismas causas y las mismas influencias, reaparecerán infalible y próximamente los mismos efectos. Príncipe, Dios lo quiere, y esa será vuestra gran obra; por encima de la moral vulgar de los intereses y los placeres, se trata de restablecer, en todos los grados de la escala social y política, la santa moral de los principios y los deberes. Que las virtudes de la abnegación y la renuncia, el espíritu de fe y de sacrificio, en una palabra, los preceptos cristianos vuelvan a ser la ley de todos los hombres llamados a ejercer o secundar el poder; y entonces Francia, que para levantarse de su decadencia no espera sino un impulso generoso, volverá a ser pronto la nación incomparable que conocieron nuestros padres, el país de las grandes empresas y de los nobles caracteres." [848]

Juntamente con la restauración de la Francia tradicional, Pie nunca dejó de soñar con la restauración de la Francia misionera, que envíe sus hijos, como lo hiciera en siglos anteriores, a todas

847 T. IX, p.531.
848 T. I, p.568.

las naciones de la tierra. Para que así como propagó el veneno de la Revolución por todo el mundo, sea ahora la pregonera de la buena nueva, de la restauración de todas las cosas en Cristo, sabiendo que en este terreno dar es adquirir, distribuir es almacenar, extenderse es fortificarse [849].

849 Cf. T. IV, pp.370-371.

Epílogo

Terminando ya la redacción del presente libro, estábamos proyectando un epílogo para mostrar la actualidad del pensamiento de este gran Cardenal a quien San Pío X no vaciló en llamar "segundo Hilario, [que] reivindicó con su elocuencia victoriosa la integridad de la fe contra los Arrianos modernos" [850], cuando llegó providencial mente a nuestras manos el texto de un elogio que el Card. Billot pronunciara en 1915, con motivo del centenario del nacimiento del Card. Pie, y que satisface de manera tan autorizada el intento al que arriba aludimos, al menos en lo que hace al tema del modernismo. Por nuestra parte, nos permitiremos agregar algunas observaciones en forma de notas, con especial alusión a los problemas que nos son contemporáneos.

Para mejor información de nuestros lectores, anteponemos algunos datos sobre la figura y personalidad del Card. Billot. Nació Luis Billot en Sierck (Moselle) el 22 de enero de 1846. Tras haber realizado sus estudios secundarios en un colegio dirigido por los Padres jesuitas ingresó en la Compañía de Jesús, donde se ordenó en 1869. Poco después comenzó una brillante carrera como profesor de teología en Laval, Angers y Jersey. En 1885, León XIII lo hizo ir a Roma, para que ocupara una cátedra en la

850 Cit. P. Théotime de Saint-Just, *La Royauté sociale de N. S. Jésus-Christ*, 3° ed., Paris 1931, pp.31-32. Para completar la bibliografía de estudios sobre el ilustre Cardenal, citemos: A. Trolley de Prevaux, *Le Cardinal Pie et ses Oeuvres*, Étude de philosophie religieuse et sociale, Poitiers 1882. Anónimo, *Son Eminente le Cardinal Pie, sa vie et sa doctrine*, Angouleme, 1895.

Universidad Gregoriana, y allí propulsase el tomismo, uno de los principales anhelos del Pontífice que promulgó la encíclica *Aeterni Patris*. Durante largos años enseñó en dicha Universidad con tal influjo que puede ser considerado el principal fautor de la renovación tomista del siglo XX. Enamorado de la integridad de la fe, fue uno de los primeros en detectar el peligro modernista y uno de los artífices de la condenación de Loisy por el Santo Oficio en 1903. Tuvo asimismo parte destacada en la redacción de la encíclica *Pascendi* y del decreto *Lamentabili* que en 1907 condenó el modernismo. Desde 1909 fue consultor del Santo Oficio, y en 1911 San Pío X lo elevó a la dignidad del cardenalato. Durante sus años de enseñanza publicó numerosos tratados de teología dogmática, llenos de profundidad y de belleza, así como muchos artículos y discursos, entre los cuales el que acá publicamos en sus partes esenciales.

En 1926 se produjo el drama que enlutó el fin de su vida. Desde hacía mucho tiempo, el Card. Billot era un fiel admirador de la Action Française, y cuando en 1926 este movimiento fue atacado por el Card. Andrieu, tomó públicamente su defensa. Al año siguiente, el Papa Pío XI puso en el Índice el diario de la Action Française y prohibió a los católicos militar en sus filas. El Card. Billot, profundamente dolorido, renunció a su capelo cardenalicio y se retiró a Galloro, en los alrededores de Roma, donde vivió en humilde retiro, muriendo el 18 de diciembre de 1931 a los 85 años [851].

Publicamos ahora un extracto del magnífico y clarividente elogio que el Card. Billot pronunció sobre el Card. Pie, dos Car-

851 Una de las primeras medidas que al subir al Sumo Pontificado tomó Pío XII –el 13 de julio de 1939– fue levantar la interdicción puesta por su predecesor. Parte decisiva tuvo en dicha decisión el Carmelo de Lisieux, que elevó al Papa una ardiente súplica en ese sentido.

denales tan cercanos en tantas cosas. Si el primero contribuyó en gran medida a la redacción del *Syllabus*, no le va en zaga el segundo respecto a la *Pascendi*; dos documentos del Magisterio que están en estrecha continuidad, como lo estaban las errores por ellos condenados [852]. Las reflexiones de Billot constituyen una actualización espléndida de lo que Pie denunció en su momento.

852 Podría asimismo mostrarse la relación del progresismo que devasta la Iglesia de nuestro tiempo con relación a los errores denunciados por los Cardenales Pie y Billot. Abundante es la bibliografía al respecto. Naturalismo, modernismo y progresismo son tres jalones de un mismo y secular proceso subversivo. Recientemente Benedicto XVI, cuando todavía era Cardenal, refiriéndose a los errores actualmente en boga, recurrió al término de "neo-modernismo" para señalar su denominador común. Ya Pablo VI se había expresado de manera semejante en su primera encíclica. El marxismo, por su parte, sólo es inteligible a la luz del proceso de la Revolución. Si ésta se caracteriza esencialmente por el rechazo de la gracia y la vida sobrenatural, así como por la pretensión insensata que concibe la creatura de conquistar, por sus propios esfuerzos y en el mero plano de la naturaleza, un estado de excelencia y felicidad paradisíacas, se advierte cómo el marxismo lleva dicho proyecto hasta su paroxismo. "Toda idea religiosa –afirmaba Lenin– es una abominación indecible [...] Millones de inmundicias, de violencias, de enfermedades, de contagios, son mucho menos temibles que la más sutil, la más pura, la más invisible idea de Dios [...] Dios es el enemigo personal de la sociedad comunista". El marxismo es la expresión más acabada del espíritu de la Revolución, signado por la voluntad de conquistar todo el mundo para su perversa ideología. Las infiltraciones marxistas dentro de la Iglesia, como por ej. las que se detectan en las teologías de la liberación a las que aludió no hace mucho el Magisterio de la Iglesia, constituyen una manifestación notable del influjo que aún tiene el espíritu de la Revolución. Cf. al respecto mi artículo "Modernismo y teología de la liberación" en *Mikael* 21 (1979) 7-50. La caída del Muro de Berlín no significó el fin del proceso revolucionario. El proyecto globalizador del Nuevo Orden Mundial, hoy en curso, no hace sino retomar las banderas de la gran revolución anticristiana. Cf. al respecto mi libro *El Nuevo Orden Mundial en el pensamiento de Fukuyama*, Ed. del Pórtico, 4ª ed., Buenos Aires 2000.

ELOGIO PRONUNCIADO POR EL CARDENAL BILLOT CON MOTIVO DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL CARDENAL PIE [853]

En la pléyade de hombres verdaderamente notables que ilustraron la religión en el curso del siglo que acaba de terminar, ninguno indudablemente era más digno de los honores del centenario que el Card. Pie; ninguno cuyo recuerdo pudiese ser reavivado más a propósito y con mayor provecho; ninguno cuyos gestos, obras y escritos, pudiesen guiarnos con mayor seguridad a través de las tinieblas de la hora presente, en medio de la atonía, el desorden y la increíble confusión de ideas que parecen decididamente ser su característica muy particular.

* * *

Lo que hay que advertir ante todo es que el tiempo en que él vivió no fue sino una preparación y un prefacio a los que vivimos ahora. Comienza con el retorno de los Borbones después de los Cien Días, y acaba exactamente con la llegada de la república radical de los Gambetta y de los Ferry, que nos gobierna todavía. Toda esa época de transición se caracteriza por diversos ensayos de reacción contra algunas consecuencias de los principios de la Revolución, al tiempo que esos principios mismos, en adelante consagrados por la legislación napoleónica, siguen reinando sobre el espíritu público, afirmándose en la opinión, y penetrando cada vez más en las costumbres.

853 Tomado del *Bulletin catholique de Montauban*, 2 y 9 de octubre 1915. Recientemente fue reproducido en *Lecture et Tradition*, marzo-abril 1954, 29-43.

He aquí en primer lugar, de 1815 a 1830, lo que se dio en llamar la Restauración, esa Restauración que sin embargo debía desmentir doblemente su nombre: ante todo porque, conducida por hombres que no habían "olvidado nada ni aprendido nada", fue, aun desde el punto de vista dinástico, tan poco inteligente como torpe; luego, y principalmente, porque en vano se buscaría en ella la restauración de los derechos de Dios, que allí se subordinaban en todo a los intereses del trono. La Iglesia, es verdad, recibió entonces un trato de favor, pero solamente en virtud de la famosa fórmula: *el trono y el altar,* el trono primero, el altar después, y el altar como sostén, amparo y apoyo del trono; en otras palabras, el mundo trastornado, para todo justo y sensato apreciador de las cosas. Las jornadas de Julio barrieron con todo esto, y a la Restauración sucedió la carta de 1830 que, al abolir el precedente régimen de protección para sustituirlo por el régimen del Estado indiferente, colocando a todos los cultos bajo un trato igual, se resolvía a hacer una aplicación pacífica y regular de los principios del 89.

¿Tratábase de un progreso sobre el precedente estado de cosas? Digamos al menos que era para la Iglesia un mal menor, dado que la libertad, aun circunscripta en los límites del derecho común, vale aún más para ella que una protección de servidumbre y de domesticidad. Asimismo, el establecimiento de este régimen igualitario coincidió de hecho con un maravilloso resurgimiento del pensamiento católico en todos los campos de la actividad humana. ¡Qué renovación anunciaba la aparición de Lacordaire en Notre-Dame, de Montalembert en la tribuna de la Cámara de los pares, de Veuiilot en la prensa, de Ozanam en las cátedras de la Universidad y en las conferencias de San Vicente de Paul! Entonces se creyó que la Iglesia había encontrado en sus relaciones con la Revolución el *modus vivendi* verdadero y definitivo. Más aún, la ilusión producida por el esplendor de este

brillante período fue tal que muchos católicos, y no de los menores, tomaron por un ideal de orden normal y regular lo que no era sino una situación deficiente, accidentalmente favorecida por venturosas circunstancias; y por mucho tiempo el recuerdo de los triunfos logrados en esos años les debía hacer olvidar: "Que una nación cristiana no está en el orden cuando en ella la verdad tiene por única garantía de su libertad la libertad de todos los errores; que el único estado normal de las sociedades cristianas es aquel en que el cristianismo las penetra, las rige, las sostiene, a título de ley fundamental; que los poderes civiles no cumplen sino la mitad de su deber cuando permiten a la Iglesia realizar sin trabas una acción individual sobre las almas, y les falta, en la medida en que es posible y prudente, ser ellos mismos cristianos como poderes."

Finalmente, los hechos mismos iban a encargarse de demostrar a su manera el vicio de las instituciones. Después de diez y ocho años apenas de existencia, la monarquía de 1830 era a su vez desalojada por la revolución de Febrero, y fue la segunda lección de cosas que debió conmover el gran espíritu del futuro obispo de Poitiers, entrado entonces en su 33° año; lección de cosas que, con otras sobrevenidas después, le haría decir más tarde, en una audiencia memorable, al emperador Napoleón III: "Nuestro derecho público establece claramente que la religión católica es la de la mayoría de los Franceses, pero agrega que los otros cultos tienen *derecho* a una *igual protección*. ¿No es proclamar de manera equivalente que la constitución protege igualmente la verdad y el error? Pues bien, Sire, ¿sabéis lo que Jesucristo responde a los gobiernos que se hacen culpables de semejante contradicción? Jesucristo, rey del cielo y de la tierra, les responde: «Pues yo también, gobiernos que os sucedéis derribándoos unos a otros, yo también os concedo una igual protección. Concedí esta protección al emperador vuestro tío; concedí la misma protección a los

Borbones, la misma protección a Luis Felipe, y a Vos también la misma protección os será dada».” Y como el emperador detuviese al obispo preguntándole si creía que la época actual comportaba ese estado de cosas, y si había llegado el momento de establecer ese reino exclusivamente religioso: “Sire –le replicó el obispo–, cuando grandes políticos como Vuestra Majestad me objetan que el momento no ha llegado, no me queda sino inclinarme, porque no soy un gran político. Pero yo soy obispo, y como obispo, os respondo: ¿No ha llegado para Jesucristo el momento de reinar? Pues bien, entonces no ha llegado para los gobiernos el momento de durar.”

Entretanto, con la revolución de Febrero y las jornadas de Junio, todo el orden social había zozobrado; se había incluso llegado al borde de su ruina, una vez que la chispa partida de Francia había pasado las fronteras. La Europa entera humeaba, y las minas que el carbonarismo había preparado por doquier se encontraban por doquier a punto de explotar. Dios sin embargo nos tendió la mano; la insurrección fue domada, el orden material restablecido, y luego de un terrible sacudón los conservadores respiraban. Ciertamente, era el caso, ayudando a ello también el miedo, de renegar finalmente de la Revolución, para tratar al menos de volver a establecer la sociedad francesa sobre sus antiguas bases, las bases del derecho público cristiano. Nada de eso. No que la república de 1848 no hubiese hecho algunos favores a la Iglesia. La expedición de Roma para restablecer a Pío IX en su trono testimoniaba la buena voluntad de la Asamblea; la ley de 1850 aseguraba a los católicos una relativa libertad de enseñanza; algunos nombramientos de obispos, entre los cuales hay que contar en primerísimo lugar el nombramiento de aquel que es el objeto de estas páginas, eran de buen augurio para el futuro, un comienzo de encaminamiento hacia una restauración verdadera y sólida. Sin embargo el derecho público seguía siendo totalmente

como lo había hecho el 89; se insistía en los derechos del hombre; no se abjuraba el *nolumus hunc regnare super nos* ("no queremos que Éste reine sobre nosotros"); y he aquí que viene el segundo Imperio que frustrará todas las esperanzas, que incluso las reducirá a nada. A pesar de las apariencias de los comienzos, a pesar de la famosa expresión: *Es tiempo de que los buenos se tranquilicen y los malos tiemblen*, era sencillamente la Revolución que retomaba su camino; la Revolución, digo, cuya obra, lejos de ser frenada, no caminaría sino más oronda.

Este período está marcado por una parte (del lado de la Iglesia) por los grandes actos del inmortal pontificado de Pío IX, por los combates heroicos librados contra el libre pensamiento, el liberalismo, la idea masónica abocada entonces a la destrucción del poder temporal, último resto del antiguo edificio político cristiano; y por otra (del lado de los poderes públicos), por el doble juego, la hipocresía, la mentira, el engaño, la política de Herodes y de Pilato. Finalmente, como la Restauración, como la monarquía de Julio, el Imperio no tardó en desplomarse; se hundiría a raíz del desastre de Sedán, dejando a Francia mutilada, jadeante, y poco después presa de todos los horrores de la Comuna y de la guerra civil. Nueva advertencia, nueva ocasión que Dios en su misericordia nos daba de retomarnos. Por tercera vez desde el comienzo del siglo, nos ponía la salvación en las manos, y por tercera vez dejábamos escapar la salvación. No es aquí el lugar de recordar cómo fuimos lanzados de nuevo a alta mar precisamente cuando parecíamos tocar puerto. Constatamos solamente el completo triunfo de la Revolución por la llegada o, mejor, la consolidación de la tercera República, que pronto se sacó la careta de régimen de orden moral, bajo la cual se había presentado en su período provisoria, para convertirse definitivamente en la república atea, jacobina, francmasona que conocimos después. En el momento en que el Card. Pie era inopinadamente alcan-

zado por la muerte en el palacio episcopal de Angulema, el 18 de mayo de 1880, Dios estaba ya suprimido, proscripto, expulsado de la escuela y del pretorio tanto como de los consejos de gobierno; su nombre ya no era más pronunciado por ninguna boca oficial, ya no se estaba sino a un mes de distancia de la ejecución de los famosos decretos Ferry, preludio de una serie ininterrumpida de medidas.

* * *

Tal es en resumen el marco en que se desarrolló la carrera del gran obispo de Poitiers, y es suficiente decir que los tiempos que vivimos no son sino la continuación, la consecuencia, el desarrollo de su época. Treinta y cinco años han pasado desde su muerte, ¿.y qué ha cambiado en la escena del mundo? Una sola cosa: que por un movimiento siempre acelerado, con auxiliares cada vez más inesperados, mediante una táctica que descubre cada día más la intervención, el aliento, la inspiración directa de Satán, príncipe de las tinieblas, la Revolución persigue su fin, que no es ni más ni menos que la aniquilación absoluta y radical de la religión de Jesucristo sobre la tierra. *Exinanite, exinanite usque ad fundamentum in ea* ("Aniquiladla, aniquiladla hasta su fundamento", Ps 136, 7).

En efecto, mientras que precedentemente, lo que se ponía sobre todo de relieve tanto en el ataque como en la defensa, era el cristianismo en su faz más bien política y social, ahora, que desde ese lado al menos la Revolución se cree segura, lo es el cristianismo simplemente, el cristianismo en su sustancia, su meollo, y el fondo mismo de su doctrina. Ahora, digo, ya no se trata de la constitución cristiana de la sociedad como tal; menos aún de la supremacía de la Iglesia sobre el Estado más bien que del Estado sobre la Iglesia. Todo eso está superado, totalmente resuelto,

y desde hace mucho. La idea cristiana, dicen, es irreductible al pensamiento moderno, de lo que resulta que no pudiendo en modo alguno coexistir la una junto al otro, una debe, y necesariamente, ceder todo el lugar al otro. Por lo demás, el progreso realizado después de tantos siglos de servidumbre, de esclavitud y de inenarrables dolores, no soporta ya otro Dios que el Dios inmanente al mundo, opuesto al Dios trascendente del Evangelio, no otra moral que la moral que tiene su principio y su base en la voluntad del hombre que se determina por sí misma, se gobierna por sí misma, y se convierte en su sola y única ley. Tal es el punto en que estamos al presente.

Pero he aquí otra cosa más nueva, y por lo mismo más característica todavía. Antes, la conjuración no venía sino de afuera, quiero decir de los que combaten bajo la bandera del libre pensamiento, con el desgnio manifiesto y en modo alguno disimulado de destruir hasta el fondo la obra de Jesucristo; ahora, es de adentro de donde viene el peligro más grande, es adentro donde se encuentra la conjuración más temible. ¿Quién hubiera podido creerlo? Conjuración de hombres de Iglesia, de sacerdotes, de clérigos o de sedicentes clericales, que se han puesto de acuerdo para retomar como ayudantes la empresa de los anticristos del exterior, pero con tretas de otro alcance, con medios de otra profundidad de perfidia, y por lo mismo de una eficacia muy diversa. No, no son ya esos herejes de los que San Juan decía: *Ex nohis prodierunt sed non erant ex nobis, si fuissent ex nobis, permansissent utique nobiscum* ("Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros; si lo hubiesen sido, ciertamente hubiesen permanecido con nosotros", 1 Jo 2, 19) [854]. No, no siendo ya de

854 De todos modos, Pie había en cierta manera profetizado que llegaría un día en que el espíritu de la Revolución, tras haber superado todos los obstáculos humanos y conquistado la mayoría de los poderes civiles, trataría de

los nuestros, sin embargo juraron ser todavía y siempre de los nuestros, es decir no salir de en medio de nosotros, permanecer en nuestras filas, mantenerse allí firmemente y contra todo hasta el último extremo, aun al precio de todas las mentiras, de todos los disimulos, de todas las hipocresías y de todos los perjurios; con tal solamente de que permaneciendo en su puesto, pudiesen asestar a la causa de la fe golpes tanto más sensibles y tanto más mortíferos. Y la conjuración va adelante; vive, obra, opera, mostrándose u ocultándose, según las circunstancias, pero no dejando caer los brazos desde hace veinte años. Jamás la Iglesia había podido hacer suya con más veracidad la queja del Salmista: "Si fuera un enemigo quien me hubiese maldecido, lo soportaría. Si hubiera sido un adversario quien se levantó contra mí, me habría escondido de él. Pero eras tú, mi amigo, tú que eras para mí otro yo, tú que eras mi confidente, con quien íbamos juntos y de común acuerdo a la casa de Dios. ¡Aun el hombre que gozaba de mi confianza y comía mi pan levantó el talón contra mí!" (Ps 54, 13-14). Segunda y notable diferencia de nuestros tiempos actuales con los de hace cuarenta años.

Pues bien, de esta entrada en escena de adversarios tan nuevos, debía naturalmente resultar otra novedad, que será precisamente la característica por excelencia de la crisis que atravesamos. En efecto, proviniendo de aquellos que por estado se presentan como los defensores naturales y los guardianes acreditados de la

---

seducir a la Esposa de Cristo, como Satán mismo lo había procurado un día pretendiendo hacerse adorar nada menos que por el mismo Cristo. De hecho, muchos hombres de Iglesia se han inclinado ante el poder del mal, adoptando sus máximas y rindiéndole homenaje, en cambio de la gloria exterior que el príncipe de este mundo ofrece generosamente a los que le sirven. Pero lo más grave es que tales personajes permanecen enquistados dentro de la Iglesia. Es lo que de Lubac llamó "la apostasía inmanente" (N. d. T.).

doctrina y de la fe cristiana, la conspiración no podía tener por objetivo confesado la destrucción de la misma. Esto es obvio. Todo lo contrario, no se trata sino de mantenerla, de salvarla, aun a pesar de ella, de la ruina que la amenaza desde la llegada de los tiempos modernos; más aún, se trata de infundirle una fuerza de supravivencia que, al menos esta vez, la hará viable por los siglos de los siglos. ¿Y cómo esto? Dándole una interpretación absolutamente inédita, es verdad, pero que será capaz de desafiar todos los desgastes del tiempo; revelándonos su verdadero sentido, que hasta nuestros días no había sido puesto al descubierto, ni afloraba en la conciencia viva de la Iglesia; enseñándonos por fin que nuestra fe no es otra cosa que el sentimiento religioso que al comienzo brotó tan sólo de las profundidades de la conciencia o subconciencia humana, evolucionando luego indefinidamente según las coyunturas de la historia, en función de los progresos de la humanidad siempre en marcha hacia destinos que se esconden en un misterio impenetrable.

Ciertamente, todas estas voces no eran precisamente nuevas, pero la idea de disfrazar la fe cristiana con todas las características que constituyen su más flagrante y más radical negación, la pretensión sobretodo de persuadir de que se la conservará renegando hasta de sus elementos más primarios, de sus dogmas más fundamentales: he aquí lo que era inaudito, inverosímil, fabuloso, paradojal. Jamás, nunca jamás, una operación semejante se le había ocurrido a la imaginación de hombre alguno. Ellos la intentarán, sin embargo, y la intentarán con un arte supremo, según los procedimientos del método llamado anestésico. Este método, que en los tiempos del Card. Pie no estaba aún sino en sus primeros ensayos, lo encuentro descrito por él con rara felicidad, a propósito de los folletos que lanzaba al público el gobierno imperial en lo más álgido de la crisis que siguió a la guerra de Italia, para distraer la opinión pública de la cuestión romana. "Así co-

mo el arte moderno –escribía– encontró la manera de suspender la sensibilidad durante los instantes más difíciles de las operaciones quirúrgicas, así, con la ayuda del folleto, mediante la inhalación artísticamente practicada de algunos vapores etéreos y narcotizantes, es posible hacerse dueño del cerebro de una nación entera, y llegar al adormecimiento tan completo de sus facultades, que ella no verá sino imágenes felices, sueños dorados y llenos de encantos, mientras se le amputa su religión, su fe, su honor, y se la despoja de sus más ricos valores". Verdaderamente, al leer estas líneas, ¿no se creería estar más bien leyendo la historia de lo que debía pasar cuarenta años más tarde en una causa mucho más grave, estar leyendo la descripción de lo que hemos visto, con nuestros propios ojos, en la eclosión del modernismo; el cuadro de lo que la encíclica *Pascendi* ponía al descubierto, ocasionando a Dios gracias el despertar de muchos que, de no ser así, hubieran acabado por convertirse en víctimas de los temibles cirujanos y de su inverosímil operación?

¿Quién no recuerda esos años en que la atmósfera estaba saturada de todos los vapores conocidos para lograr sobre el cerebro contemporáneo una captación particular? Alma moderna, mundo nuevo, pasado muerto, porvenir radiante, humanidad emancipada, tal era el éter que había que absorber por inhalaciones forzadas, que era menester aspirar quieras o no quieras, emanando a chorros continuos de las innumerables bocas de la publicidad: de los diarios, de las novelas, de los folletos, y principalmente de las revistas. La sutil esencia del alma moderna en particular había acabado por hipnotizar el mundo, al punto de producir la anestesia total de todas las facultades antiguas. No se le daba importancia sino al alma moderna, alma de especie superior, a la cual la religión de antaño no podía ya bastar, o no lo podía sino con la condición de una entera reforma, que le daría una nueva base, un nuevo origen, una nueva historia, y sobretodo

un nuevo sentido: un sentido acomodado al genio del espíritu nuevo que acababa de revelarse en el seno de la humanidad! Y se leía corrientemente, se leía sin pestañear, se leía firmadas por manos sacerdotales proposiciones como éstas: En adelante, respecto a la Escritura, ya no es posible conciliar lo que se encuentra en la Biblia como libro, y lo que nuestros teólogos afirman de su verdad absoluta y universal; respecto a la tradición, ya no es posible conciliar la evolución histórica de la doctrina cristiana con lo que nuestros teólogos afirman de su inmutabilidad; respecto a la divinidad de Cristo y de su ciencia infalible, ya no es posible conciliar el sentido de los textos evangélicos más ciertos con lo que nuestros teólogos enseñan tocante a la conciencia y la ciencia de Jesús; respecto a la redención obrada por la muerte de Cristo, ya no es posible mirar como adecuada a la economía de la salvación una teoría concebida en la ignorancia de lo que fue la historia del hombre sobre la tierra y la de la religión en la humanidad, etc., etc.

A todas esas imposibilidades que se hacían cada día más manifiestas al alma moderna, se debía la crisis de la fe, la confusión de los fieles sobre los dogmas fundamentales del catecismo católico, la pendiente de ruina en que se encontraba la Iglesia que estaba por perder definitivamente el imperio de las almas. Por tanto, concluían, ha llegado el tiempo de prevenir, de serenar la fe buscando detrás de las fórmulas y las ideas antiguas el principio de eterna verdad que contienen y que recubren, si bien bajo un disfraz engañoso. Tanto más que el catolicismo estaba forzosamente condenado a una decadencia progresiva, y por lo mismo a una muerte inevitable, mientras la enseñanza oficial siguiese imponiendo a los espíritus una concepción del mundo que no concordaba con la que ha producido el trabajo del pensamiento contemporáneo; sobre todo mientras los fieles siguiesen siendo mantenidos en el temor de ofender a Dios, por el hecho de ad-

mitir en el orden de la filosofía, de la ciencia y de la historia, conclusiones e hipótesis que no habían previsto los teólogos de la edad media. Ahora bien, por teólogos de la edad media había que entender, como es justo, los Padres, los Papas, los concilios ecuménicos, Nicea, Éfeso, Calcedonia, Trento, hasta el último de todos, el Vaticano.

Y la operación continuaba. Ciertamente, no se quedaban a mitad de camino. La encíclica *Pascendi* definía el modernismo como una sentina de todas las herejías acumuladas juntamente, en el grado en que era posible sin embargo que a este inverosímil disfraz de la antigua fe cristiana pudiese convenir aún la idea y el nombre de herejía. Porque quien dice herejía, dice eclecticismo en el orden de la fe, dice selección de lo que se admite y de lo que no se admite en la doctrina revelada de Dios y enseñada por la Iglesia, pero no dice rechazo en bloque de todos los artículos del símbolo, no dice negación formal del fundamento mismo sobre el que reposa la fe, quiero decir, de la revelación entendida en el sentido en que todas las edades cristianas lo habían entendido hasta acá. Ellos, al contrario, harán tabla rasa de todo, y su explicación del hecho religioso de la humanidad tendrá como base primera la afirmación de que no hay revelación que venga de afuera, no hay un Dios personal que nos haya hablado, no hay verdades objetivas a las que haya que adherir sobre la autoridad y la palabra de este Dios trascendente, no inmanente al mundo. En efecto, este Dios trascendente y distinto del mundo ¿no es por definición el incognoscible, según la filosofía de Kant, que ha pasado a ser toda la ley y todo el Evangelio? ¿No es un puro postulado cuya legitimidad nadie ha podido, ni puede, ni podrá verificar jamás? ¿Y cómo este incognoscible, del cual no podemos saber si existe o no existe, cómo, digo, nos habría hablado de manera de hacernos conocer que es Él quien nos hablaba?

Se conservará pues la palabra revelación, pero la revelación no será más que la aparición en la conciencia viva de cierto sentimiento nacido de la necesidad íntima de lo divino, y provocado por la presencia de la misteriosa incógnita que se esconde detrás del mundo fenoménico; sentimiento completamente ciego, por lo demás, que no por ello constituirá menos todo el fondo de la religión, y bajo cuyo impulso se elaborarán por inmanencia y expansión vital, en función de los acontecimientos y contingencias de la historia, todos los dogmas incluidos o por incluir en su *credo*. Estos dogmas, por consiguiente, no tendrán ningún valor objetivo, ninguno absolutamente, si no es para los que se hayan puesto en las condiciones requeridas para tener de su objetividad, como en una especie de sueño, no sé qué impresión experimental propia de los solos creyentes. Mientras tanto, en la realidad, no serán sino ideas, ideas sin objeto fuera del espíritu que las concibe; puras creaciones de la fe que busca explicarse y alimentarse a sí misma; que hay que conservar, sin duda, mientras cumplen su fin, pero que deben ser podadas, modificadas, transformadas cuando, como consecuencia de los cambios que se producen en la vida de la humanidad, se muestran deficientes.

¡Qué ingenuos que éramos! Sobre el testimonio del Evangelio, creíamos que Jesucristo, Hijo de Dios vivo, había verdaderamente descendido del cielo a la tierra para aportarnos la revelación de su Padre, y abrirnos por su pasión, por su muerte, por su resurrección, por la fundación de la Iglesia y la institución de los sacramentos, la entrada de la verdadera vida eterna. Y ahora se nos enseña que hay que distinguir dos Cristos. Primero el Cristo de la historia, el Cristo real, de carne y hueso, el Cristo que apareció en forma humana, que nació hacia el comienzo de nuestra era, predicó en Judea, sufrió bajo Poncio Pilato, fue crucificado y sepultado, que por fin desapareció tras la piedra que José de Arimatea hizo rodar a la entrada de su tumba. Y ese Cristo ja-

más atestiguó su divinidad; jamás soñó que tuviese la misión de rescatar el mundo; no fundó ninguna Iglesia; no instituyó ningún sacramento; no prescribió ningún culto; no enseñó ningún dogma. Y luego, hay otro Cristo, el Cristo de la fe, el Cristo-espíritu, el Cristo-idea, el Cristo místico, que comienza donde acaba el Cristo real de la historia. Porque después que el Cristo histórico desapareció, su espíritu le sobrevivió en la comunidad de los discípulos que había atraído en el curso de su carrera. Y es bajo el impulso de este espíritu de Cristo, por fuerza de la poderosa iniciación dada por Cristo, y en el ambiente de los hechos que siguieron a la muerte de Cristo, que el alma de la comunidad cristiana iba lentamente a elaborar todas las ideas religiosas que constituyen el fondo de los dogmas del cristianismo, desde el primero hasta el último.

Una vez más, los objetos de estos dogmas no pertenecen ya al orden de las realidades, sino que son ideas, y debiendo su origen a un puro objeto de la conciencia, no es sino también en esta conciencia donde existen y viven, para sufrir allí todas las modificaciones que comporta una evolución de la que es imposible prever ni asignar el término. ¡Idea, la Trinidad! ¡Idea, la Encarnación! ¡Idea, la Redención! ¡Idea, la vida eterna con todas las promesas que a ella se relacionan, y nada más! Tal es el inconmensurable abismo de nihilismo que se abria menos de veinte años después de la desaparición del Card. Pie. Ciertamente, él no había previsto un movimiento tan precipitado de la idea revolucionaria, ni un avance tan rápido, y desde muchos puntos de vista tan pasmoso, de la conjuración anticristiana, él a quien le gustaba esperar, anunciar, incluso como próxima, una restauración, temporal es verdad, pero brillante y magnífica, de la que creía ver ya las primicias. "Espero un hermoso cuarto de siglo –escribía hacia 1860–, cuyo comienzo no está muy lejos de nosotros. En el grado en que puedo presentir las cosas que Dios mantiene en su

secreto, el pontificado que seguirá a éste será un pontificado glorioso: *post tempestatem tranquillum facis, Domine, et post lacrymationem et fletum, exsultationem infundis* ("después de la tempestad traes la calma, Señor, y después de las lágrimas y el llanto infundes regocijo", Tob 3, 22)." En esto los hechos han mostrado que se equivocaba.

* * *

Es preciso pues reconocer que la época que vivimos, de un peligro tan extremo para la fe, de una rebelión tan audaz contra Jesucristo, es notablemente diferente de la que conoció el gran obispo de Poitiers; más aún, ni siquiera estaba en sus previsiones, para un futuro tan próximo al menos. Sin embargo, notémoslo bien, lo que sucedió de nuevo no ha sido sino una evolución del estado de cosas que existía en su tiempo; no fue sino el desarrollo de los principios cuyas consecuencias y derivaciones había visto con tan rara penetración; el resultado de las instituciones, de las opiniones, de las doctrinas que él no había cesado de combatir durante todo el curso de su carrera. Así como lo que engañó sus previsiones no fue sino la aceleración vertiginosa de un movimiento de anticristianismo sobre el cual no se hacía ninguna ilusión, esperando sin embargo una rémora, una reacción temporal que no debía venir tan fácilmente ni sobretodo tan prontamente como lo había creído. Todo esto hace que, a pesar de la diferencia de las condiciones, su gran figura no haya perdido nada de su actualidad; que al contrario, y más que nunca, en esta espantosa lucha entablada entre la Iglesia y la Revolución, él sea para nosotros el honor de la situación, una luz, un abanderado, un jefe digno de figurar entre esos padres de nuestra generación que debemos alabar, cuyos consejos debemos seguir, imitar sus ejemplos, meditar sus enseñanzas. *Laudemus viros gloriosos et paren-*

tes nostros in generatione sua ("Alabemos a los varones gloriosos y padres nuestros en su generación", Eccle 44, 1).

Cosa curiosa, y que quizás no ha sido suficientemente notada, es que, cuando el gran Papa que todavía lloramos [855] subió en 1903 a la cátedra de San Pedro, tras pasear su mirada sobre la sociedad contemporánea para conocer su situación y publicar así con conocimiento de causa su primera encíclica, creyó que lo mejor que podía hacer era retomar, casi palabra por palabra, como programa de su pontificado, el programa que se había fijado medio siglo atrás Mons. Pie, al tomar posesión de su sede. "Se habla hoy –había dicho entonces el nuevo obispo al pueblo al que había sido enviado–, se habla de un gran partido del orden y de la conciliación. Un solo partido podrá salvar al mundo, el partido de Dios. Se habla de acercamiento. El gran acercamiento que hay que realizar es la reconciliación de la tierra con el cielo. La cuestión que se agita y que agita al mundo no es del hombre al hombre, es del hombre a Dios [...] Nosotros somos, seremos entre vosotros el hombre de Dios, perteneceremos siempre al partido de Dios. Y si debiésemos dar una consigna, sería ésta: *Instaurare omnia in Christo*, restaurar, recomenzar todas las cosas en Jesucristo [...] Volver a poner todas las cosas bajo el legítimo imperio de Jesucristo y de su Iglesia, combatir por doquier esta sustitución sacrílega del hombre a Dios, que es el crimen capital de los tiempos modernos; resolver por segunda vez, mediante los preceptos o los consejos del Evangelio y las instituciones de la Iglesia, todos los problemas que el Evangelio y la Iglesia habían ya resuelto: educación, familia, propiedad, poder; restablecer el equilibrio cristiano entre las diversas condiciones de la sociedad: tal es la misión que deberemos perseguir entre vosotros según la

855 Se refiere a San Pío X (N. d. T.).

capacidad de nuestras fuerzas." Así se formulaba, así se precisaba el programa de un episcopado al que treinta años del ministerio más activo y más fecundo debían hacer para siempre ilustre. Abramos ahora la encíclica *E supremi*; escuchemos a Pío X declarando a su vez todo el plan y todo el pensamiento de su pontificado: "Poniendo manos a la obra, sostenido por la fuerza divina, Nos declaramos que nuestro fin único es restaurar todo en Cristo, para que Cristo sea todo en todo [...] Afirmamos con toda verdad que en medio de las sociedades humanas Nos no queremos ser sino el ministro del Dios que nos ha revestido con su autoridad. Por lo cual, si se nos pide una divisa que sea la expresión de nuestra alma, jamás presentaremos otra que ésta: *Instaurare omnia in Christo* [...] Los hay, y en gran número, Nos no lo ignoramos, que llevados por el amor de la paz, es decir de la tranquilidad del orden, se asocian y agrupan para formar lo que ellos llaman el partido del orden. ¡Ay, vagas esperanzas, fatigas dilapidadas! Partido del orden capaz de restablecer la tranquilidad en medio de la perturbación de las cosas, no hay más que uno, el partido de Dios". Este solo pasaje, sin contar los otros que sería demasiado largo transcribir aquí, nos muestra que el gran Papa del naciente siglo XX había buscado su inspiración en el gran obispo que hizo la gloria de la Iglesia de Francia a mediados del XIX. ¿Y con qué ejemplo más ilustre podríamos autorizarnos?

* * *

Nosotros pues, quienquiera seamos, a cualquier grado de la jerarquía pertenezcamos, en cualquier ambiente, oficio, función en que nos encontremos colocados, si solamente tenemos en el corazón la ambición de servir según la medida de nuestros medios la causa sagrada de Dios y de la Santa Iglesia en los tiempos excepcionalmente turbados por los que atravesamos; nosotros

todos, digo, no sacaremos sino provecho poniéndonos en la escuela del maestro cuyo centenario celebramos el presente año junto con el recuerdo de su memoria. En efecto, ¡cuántas luces suyas que utilizar, cuántas preciosas indicaciones que recoger, cuántos consejos que tomar, cuántas enseñanzas que incluir en nuestro orden del día, cuántos alientos también que recibir en medio de la fatiga y agotamiento de la lucha!

Comencemos por la idea que lo poseía totalmente, "de combatir por doquier esta sustitución sacrílega del hombre a Dios, que es el crimen capital de los tiempos modernos", y sobre todo, podemos agregar, de los más modernos de todos, a saber, de nuestros tiempos actuales, si es verdad, como lo demuestran en demasía los hechos mismos, que jamás la obra de laicización, o, como dicen también, de expulsión del principio teocrático, iniciado por la Revolución, fue perseguida con tal encarnizamiento y tal furor. ¡Y si por lo menos todo se limitase a los hechos y gestos de los partidarios acreditados de la Revolución misma! Pero ¡cuántos de los nuestros, que llevados por la corriente de la opinión triunfante, o encandilados y como hipnotizados por las brillantes apariencias de una civilización que se ha vuelto de nuevo pagana, o incluso influidos por la idea, generosa sin duda pero falaz, de reconquistar mediante transacciones el terreno perdido; cuántos, digo, aportan a la universal secularización el más inesperado al mismo tiempo que el más eficaz de los concursos! He aquí ahora un nuevo tipo de sacerdote, de sacerdote laico, vaciado de su carácter divino, que acomoda al siglo su predicación, su enseñanza, su ministerio y su conducta, dominado por una admiración sin límites por la ciencia profana, no teniendo sino el más absoluto desdén por la del santuario. He aquí el sacerdote demócrata, ocupado en formar ciudadanos conscientes y responsables, en espera de que la Iglesia, que según él ha llevado hasta sus últimos límites la expansión del principio de autoridad, se vea por fin forza-

da, como él mismo lo anhela, a encontrar procedimientos más conformes con los derechos del hombre, con los inmortales principios, con la igualdad fundamental y la dignidad personal de todos los cristianos.

Es la laicización de las mismas cosas divinas. Laicización de la exégesis, que se reducirá a un método de interpretación de los textos sagrados según las únicas reglas que ahora se acostumbra aplicar a todos los textos humanos, sin otra consideración que la que se debe al movimiento del pensamiento contemporáneo en el orden filosófico. Laicización de la teología, que ya no será como la definía San Anselmo, la fe que busca la inteligencia: la inteligencia de los misterios de Dios, de sus armonías profundas, de sus sobrenaturales bellezas, de su sentido admirable, sino que se convertirá ni más ni menos que en la historia de los sistemas, el recuento de las opiniones, la nomenclatura de las teorías imaginadas por el hombre con motivo de ella, en una palabra, el estudio del pensamiento del hombre a propósito de la verdad de Dios; lo que es también una manera de sustituir el hombre a Dios, de poner al hombre en lugar de Dios. Laicización por último de la moral cristiana, quiero decir en lo tocante a las virtudes, algunas de las cuales, las que pertenecen a la vida interior, que dependen del espíritu de oración, de penitencia, de humildad, que nos mantienen en la continua dependencia de Dios nuestro señor, de Dios nuestro creador, de Dios nuestro fin último, son jubiladas como virtudes propias del antiguo régimen, mientras las otras, que llaman activas, y que consideran como las únicas dignas del hombre adulto, emancipado, libre y consciente de sí mismo, deben en adelante tomar la delantera y tener el primado.

¡Dios mío, qué subversión de las cosas! Y ante un espectáculo tan afligente, qué hubiese dicho el gran obispo que, al subir a su sede, exclamaba ya con el Profeta: “No, no, por Sión no me callaré, y por Jerusalén no tendré reposo: *propter Sion non tacebo*

et propter Jerusalem non quiescam (Is 62, 1), hasta que el Salvador Jesucristo, rechazado por la insolencia de los hombres de nuestro tiempo, se levante de nuevo sobre el mundo para iluminarlo y volver a ser su llama salutífera, *donec egrediatur ut splendor Justus ejus, et Salvator ejus ut lampas accendatur* (hasta que el Justo se levante como esplendor y su Salvador se encienda como lámpara)." ¡No me callaré, no tendré reposo! Era, desde la primera hora, la expresión de este celo ardiente por los derechos de Dios contra la sacrílega invasión de los derechos del hombre, que debía ser la señal distintiva de todo su apostolado, y hoy más que nunca lo recomienda a nuestra atención como un jefe al que hay que seguir, un maestro al que hay que escuchar, un modelo al que hay que imitar.

* * *

Pues bien, la restauración de los derechos de Dios no es sino la restauración del reino de la verdad. Lo primero pues que necesitamos es el amor de la verdad, pero de la verdad por sí misma, de la verdad limpia de todo compromiso con el error, de la verdad integral finalmente.

De la verdad por sí misma ante todo; cosa que no es de poco mérito, ni se encuentra tan comúnmente como podría creerse. Porque ¡cuántos hay que no consideran la verdad sino en lo que el Card. Pie llamaba tan justamente *son état humain*; que la confiesan, la defienden incluso, cuando se les presenta como un partido ventajoso, pero le dan la espalda desde que advierten que podría contrariar su necesidad de popularidad, o sus intereses de convento, o sus prejuicios de escuela, o la insuperable inclinación que tienen de guardarse como de la peste de todo lo que, directa o indirectamente, moleste su descanso, o turbe esa suave quietud del empleado que ha tomado por regla de conducta, en

primer lugar nunca jamás hacerse problemas, y en segundo, dejar que el mundo vaya como va! Nada más cómodo, sin duda, pero, por favor, lejos de nosotros esa actitud de mercenarios frente a la verdad. "Mediocre es el mérito –decía el Card. Pie en su Tercera Sinodal sobre los errores del tiempo presente– de quien se declara apóstol de la verdad cuando todos la reconocen. Hacer tanto caso de la situación humana de la verdad, amarla tan poco por sí misma que se reniegue de ella desde el momento que ya no es más popular, que no tiene ya en su favor el número, el predominio, el éxito, ¿no será la nueva manera de practicar el deber y de comprender el honor? [...] Basta por otra parte un pequeño número de reclamantes para salvar la integridad de la doctrina; es la única chance de restablecer el orden en el mundo."

Por tanto, amor de la verdad por sí misma. Amor también, hemos dicho, de la verdad limpia de todo compromiso con el error, y ello no es menos meritorio cuando la exasperación misma de la lucha de las ideas invita a acomodos que dan la ilusión, siempre decepcionada, es verdad, pero a pesar de ello siempre renaciente, de reconciliar a Belial con Cristo. ¡Cuántas transacciones intentadas desde la época del Card. Pie hasta la nuestra, entre la verdad de derecho divino y el error del liberalismo, entre la fe y el racionalismo, entre la doctrina de Dios y las doctrinas humanas que reinan sobre la opinión! ¡Cuántos compromisos ensayados en todos los terrenos posibles: bíblico, exegético, apologético, teológico, filosófico, social, dando por doquier el mismo fruto de muerte! Poco importa por lo demás que en su primer origen se encuentre quizás un pensamiento de celo, de caridad, de condescendencia hacia los disidentes. No, jamás será ello un motivo para que se admita una tesitura semejante. ¿Qué digo? Es precisamente a esos primerísimos iniciadores de la confusión en que nos encontramos al presente sumergidos hasta el cuello, es a los fundadores de la brillante escuela que nos ha conducido

insensiblemente al nihilismo de hoy, es a esos hombres que fueron en su tiempo cristianos respetables y animados de las mejores intenciones, es a ellos, a ellos mismos, a quienes se dirigía nuestro gran Cardenal, cuando escribía: "Supongamos que en tiempos de epidemia el farmacéutico de la ciudad cometiese la barbaridad de cortar con la mitad de agua el antídoto que necesitaría todo su poder para triunfar del flagelo mortal, ¿sería este hombre menos criminal que un envenenador público? Pues bien, la sociedad moderna tiene las entrañas roídas por un mal terrible que puede precipitarla a la tumba. Médicos llamados junto al enfermo, no cometamos el crimen de obedecer a sus fantasías y diluir el remedio que podría curarlo."

Se nos dice que hemos de trabajar por el reino de Dios en nosotros mismos y en los demás, y abocarnos a ello cualquier cosa suceda, a despecho de todos los acontecimientos, cualesquiera sean el número, la multitud, la fuerza, el poder de los adversarios, aun cuando la impiedad haya llegado al colmo y haya invadido toda la extensión del mundo. En este sentido, no conozco nada tan hermoso como la peroración que el Card. Pie hizo en el elogio que pronunciara en honor de San Emiliano, en Nantes, donde mostraba a los cristianos de los últimos días, dispersos y esparcidos en un mundo entregado al triunfo del mal y próximo a disolverse, empeñándose con un redoble de fervor, mediante la oración y las obras, por realizar el advenimiento del reino de su Padre: "Oh Dios, nuestro Padre de los cielos, venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. *Sicut in coelo et in terra*. ¡Así en la tierra como en el cielo! [...] Ellos murmurarán aún estas palabras, y la tierra se deslizará bajo sus pies. Y así como acaeció antaño cuando, tras una espantosa derrota, se vio al senado de Roma y a todos los estamentos del Estado avanzar al encuentro del cónsul vencido, y felicitarlo porque no había desesperado de la república; así el senado de los cie-

los, todos los coros de los ángeles, todos los órdenes de los bienaventurados, saldrán al encuentro de los generosos atletas que habrán sostenido el combate hasta el final, contra toda esperanza. Entonces ese ideal imposible, que todos los elegidos de todos los siglos habían obstinadamente perseguido, se convertirá por fin en una realidad. Y Dios vivirá, y reinará gloriosa y eternamente en la plenitud del cuerpo místico de su Hijo encarnado y en la consumación de sus santos."

* * *

Me resulta grato terminar con uno de los rasgos más característicos, y sin duda el más conmovedor de todos, de la gran figura sacerdotal del Card. Pie: me refiero a su delicada devoción por la santísima Madre de Dios, la Virgen María. Niño, seminarista, sacerdote, obispo, siempre quiso depender de María como un hijo de su madre; de María esperó todas las gracias para su alma, todas las bendiciones para su ministerio, todos los éxitos para sus empresas. La imagen de Nuestra Señora y, como exergo, esta expresión escriturística de tan graciosa acomodación: *Tuus sum ego* ("Soy tuyo"): he aquí lo que resume su vida, he aquí cuál fue el sello colocado sobre su corazón y sobre todas sus obras, más aún que sobre su escudo episcopal. *Tuus sum ego!* Sí, él fue suyo, lo fue enteramente, lo fue en la vida y en la muerte. El día de su toma de posesión, había decidido que antes de entrar en su catedral, se dirigiría primero con toda su comitiva a Notre-Dame-la-Grande. Allí se despojó de su mitra, su báculo y su anillo, los depositó religiosamente a los pies de la Reina del cielo, como para decirle que le hacía homenaje de su episcopado, y no quería recibir su investidura sino de ella sola. Luego, tras haberse levantado, dijo a los sacerdotes que estaban a su alrededor, señalándoles el lugar en que acababa de hacer oración, el mis-

mo en que su cuerpo reposa actualmente: Seré enterrado acá: *haec requies mea in saeculum saeculi, hic habitabo quoniam elegi eam* ("Éste es el lugar de mi reposo final en el mundo, aquí habitaré porque lo elegí", Ps 131, 14).

Impreso en Alba Impresores
Amancio Alcorta 3910
Buenos Aires, República Argentina

Noviembre de 2007